
GUSTAVO
BOLÍVAR
NADIE
MUERE
EN LA
VÍSPERA
Planeta

GUSTAVO
BOLÍVAR
MORENO

NADIE MUERE EN LA VÍSPERA

Planeta

© Gustavo Bolívar Moreno, 2026

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2026
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): abril de 2026
ISBN 13: 978-628-7860-57-5
ISBN 10: 628-7860-57-X
Impresión: xxxxxxx xxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Primera edición en formato epub (Colombia): abril de 2026
ISBN: 978-628-7860-58-2
Libro convertido a Epub por: Digitrans Media Services LLP
INDIA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A los líderes y lideresas ambientales que cuidan con amor nuestros bosques, ríos, selvas, montañas, páramos y mares, aunque hacerlo signifique enfrentarse a la codicia, al poder y a la muerte.

A quienes han caído en esa lucha desagradecida e ignorada por muchos. Su ausencia duele, pero esta novela es un homenaje a su sacrificio y un ejercicio para confrontar a sus verdugos, para recordar que su causa sigue viva.

A quienes luchan contra la corrupción: no se cansen. Mientras exista memoria, su lucha no habrá sido en vano.

A quienes tienen rabia: no la pierdan. Ella ilumina el salón oscuro donde habitan las injusticias.

ÍNDICE

UNO
21 de septiembre de 2018

DOS
La víspera

TRES
Un viaje extraño

CUATRO
Los estragos de la intolerancia

CINCO
Un viaje más largo de lo esperado

SEIS
Las reglas de juego se respetan

SIETE
Siembra en el mar

OCHO
Un salvavidas envenenado

NUEVE
Una cena muy costosa

DIEZ
La ambición mata

ONCE
La inmensa y fría soledad

DOCE
Tan cerca, pero tan lejos

TRECE
El odio

CATORCE
Filosofando en medio de la nada

QUINCE
La razón se impone

DIECISéIS
El día antes de perder la esperanza

DIECISIETE
Una cita agridulce

DIECIOCHO
Cuando el dolor entra a casa

DIECINUEVE
Una cita en la Luna

VEINTE
Pide un deseo…

VEINTIUNO
La nada

VEINTIDÓS
La gama de verdes

VEINTITRÉS
La vida sigue

VEINTICUATRO
Daniela

VEINTICINCO
Sobre tatuajes y lealtad

VEINTISÉIS
El nido de ratas

VEINTISIETE
Hijos del agua salada

VEINTIOCHO
La sabiduría emberá

VEINTINUEVE
El legado de Gabriela

TREINTA
El virus

TREINTA Y UNO
Un prostíbulo llamado Congreso de la República

TREINTA Y DOS
El chantaje

TREINTA Y TRES
El retorno a donde empezó todo

TREINTA Y CUATRO
Pacto de ballenas

TREINTA Y CINCO
Un reencuentro lleno de preguntas

TREINTA Y SEIS
Renace la Tierra

TREINTA Y SIETE
Los traumas de Samuel

TREINTA Y OCHO
El narrador

TREINTA Y NUEVE
El tapabocas

CUARENTA
El triunfo de la mentira

CUARENTA Y UNO
El suicidado

CUARENTA Y DOS
El monstruo

CUARENTA Y TRES
Contra la corrupción se pierde o se pierde

CUARENTA Y CUATRO
17 de septiembre de 2020

UNO

21 de septiembre de 2018

La última vez que Gabriela Luna estuvo en Nuquí, una rabia que se le había enquistado en el pecho, como animal acorralado, la despertó antes que el sol. Junto a ella, un puñado de activistas, de esos que arriesgan la vida para que otros puedan vivir, había pasado la noche en vela, elaborando carteles, afinando consignas, templando su espíritu, cargando cámaras y preparando tuits y piezas gráficas para oponerse con el cuerpo y con la palabra al inicio de las obras del Puerto de Tribugá, programadas para las ocho en punto de la mañana de aquel día.

Una hora antes de que las máquinas amarillas, que esperaban como animales hambrientos para arremeter sin piedad contra milenios de selvas y manglares, empezaran a calentar motores, los miembros de la fundación Mares Vivos ahogaron sus miedos en el océano azul que los estaba mirando y se acostaron bajo las palas y las llantas colosales de los bulldozers, con carteles que advertían de su disposición a morir si una de ellas se movía un solo centímetro.

A las siete de la mañana, casi al tiempo, dos helicópteros del Ejército Nacional rompieron las nubes para aterrizar en ese bello pueblo chocoano con un puñado de políticos abordo. En uno de ellos venía el ministro de transporte con su séquito de colaboradores y, en el otro, el ministro de biodiversidad con sus egos, un *gentleman* de

apellido Román, de voz grave, peinado con gomina y perfumado de pies a cabeza, que había hecho de la grandilocuencia, el buen uso del lenguaje y de la mentira perfumada sus mejores herramientas de seducción. Vestía caro, pero no tenía buen gusto. Para la ocasión, lucía un pantalón de color café, una guayabera azul claro de manga corta, un sombrero blanco con cinta negra y unas gafas tan oscuras como sus intenciones, que no usaba para protegerse del sol sino de las miradas escrutadoras que siempre intentaban leer sus miedos, sus odios y su hipocresía.

Con los dos ministros llegaron sus equipos de comunicaciones, que más parecían fábricas de noticias falsas, y una delegada del presidente de la república que creía saber de todo, pero que, en realidad, no sabía de nada.

Los pobladores y sus autoridades los recibieron con una banda de chirimía, el grupo de danzas del colegio departamental, el alcalde de Nuquí, el gobernador del Chocó con sus respectivos legisladores y también el capitán Orjuela, comandante de policía del municipio.

Las comitivas fueron invitadas a desayunar al restaurante del hotel Las Brisas, donde Virgelina, una negra corpulenta, de blanca dentadura y sazón ancestral, era la encargada de enamorar a los visitantes con los platos típicos de la región. Estaban los invitados degustando las delicias de la cocinera cuando una noticia llegó en secreto al oído del alcalde:

—"Unos guerrilleros" se tomaron el lote donde se va a hacer el puerto y van a sabotear el inicio de las obras.

El alcalde le trasladó el secreto al capitán Orjuela, y este salió disparado, como corcho de botella de champaña en erupción, a resolver el asunto.

Lo que siguió es digno de ser silenciado temporalmente, pero será contado cuando llegue su momento.

La delegada presidencial, los asesores y los asistentes se movieron con prisa quirúrgica. Nadie supo exactamente qué hicieron, pero lo hicieron. Minutos después, la comunidad empezó a desplazarse en silencio hacia el lugar de la protesta. Algunos con la esperanza de apoyar a los activistas; otros, divididos entre el hambre

de empleo y el miedo a la devastación de cuatro mil hectáreas de manglar.

Políticos y militares, con sus aparatos de represión, se movieron con agilidad y una maldad increíble. Lo cierto es que, en menos de una hora, mientras terminaban el desayuno, ya todo estaba resuelto. Ningún periodista supo de la protesta. Al llegar al lugar, una explanada de arena gris frente al mar, perfectamente maquillada para la ocasión, las máquinas ya estaban encendidas, escupiendo diésel a la atmósfera pura del lugar. Los cangrejos corrían a refugiarse dentro de cientos de huequitos que habían cavado con sus propias tenazas y los manglares, incapaces de huir, temblaban de miedo.

Los ministros sonreían frente a las cámaras de todos los noticieros, mientras hablaban con los contratistas de un consorcio colombo-español, creado a las carreras y ganador de la licitación unos días antes. Todos estaban felices, con sus copas de champán en la mano, listos para brindar.

Al final, pescadores, parteras, estudiantes de colegios oficiales aún uniformados, amas de casa y parroquianos sin empleo, resultaron aplaudiendo la inauguración y tomándose fotos con los políticos, mientras Gabriela hacía esfuerzos insuficientes por no llorar y Sofía le sonreía con ironía a los policías. Las dos eran conducidas a empellones, junto con los demás valientes hacia el calabozo de la estación de policía. Iban golpeados, esposados y amordazados. Solo Víctor y Catalina, una pareja de esposos, comerciantes de pescado y propietarios de la escuela de surf para niños que había en Nuquí, salieron a implorar piedad por ellos y a protestar por su arresto. A ellos se sumó, con suprema indignación, Juana Perea, una mujer de nacionalidad española, propietaria de un hostal en un corregimiento cercano, quien, a gritos, trataba de hacer entrar en razón a los policías:

—Oigan, pendejos, ¿no se dan cuenta de que estas mujeres y estos jóvenes están defendiendo el planeta donde vivirán sus hijos?

Luego su indignación fue escalando hasta lograr que los policías la capturaran a ella también. El mar, testigo mudo, siguió respirando.

Después de que Eladio, el cura del pueblo, impartiera bendiciones y agua bendita sobre el lugar, los ministros cortaron la cinta amarilla para simbolizar el inicio de las obras.

La injusticia sonrió, las bestias metálicas empezaron a engullir, dentro de sus vientres de hierro, todo lo que oliera a vida, la selva lloró en silencio, los corales y manglares se convirtieron en números y dividendos, las ballenas migraron hacia otras bahías, los contratistas brindaron con la más fina champaña, sus cuentas en paraísos fiscales engordaron, la gente pobre que los aplaudió recibió su paga, el comandante de policía sumó una medalla y una anotación hermosa a su hoja de vida, y el alcalde y el gobernador aseguraron los votos para la próxima campaña.

Los periodistas lanzaron al mundo la gran noticia, pero nadie imaginó que, cuando las puertas metálicas del calabozo se cerraron con un estruendo seco que atravesó el alma de los manifestantes, la rabia —esa gata mojada que no grita de inmediato, esa mujer que prefiere temblar callada a tener que explotar sin fuerza, ese jarabe horrible que quema la garganta cuando el nombre del culpable no se puede decir, esa llama que arde lento consumiendo todo sentimiento a su paso, ese fardo que se arrastra sin cansarse ante el abuso—, esa rabia que se cree sabia, esa rabia amiga que punza el pecho cuando la balanza siempre se inclina hacia el mismo lado, esa rabia de hermosa lucidez, había despertado del todo y para siempre.

Un año después, por cuenta de varios sucesos que habrían de dar un giro impredecible a lo que sucedió aquella mañana sórdida de la inauguración, Gabriela estaba de nuevo rumbo a Nuquí, donde las obras del puerto estaban paralizadas por cuenta de varias acciones legales que su fundación había emprendido con éxito contra el Estado.

Ese triunfo jurídico le granjeó a Gabriela mucha admiración entre los ambientalistas del país, pero también muchos enemigos entre los grupos armados afines a las casas políticas que estaban tras el negocio.

19 de septiembre de 2019

Transcurría la mañana tranquila del tercer jueves del año anterior a la pandemia del covid, cuando las vidas de Gabriela Luna y Mateo Villegas coincidieron bajo el mismo cielo seminublado, bajo la misma llovizna tímida y bajo el mismo sol perezoso que iluminaba a medias el parqueadero del aeropuerto Olaya Herrera, en la ciudad de Medellín. No se conocían. Nunca se habían visto, pero el destino, que a veces juega con cartas marcadas, les tenía preparada una celada artera y macabra.

Ella, bióloga marina, filósofa, activista ambiental, animalista, vegetariana, medio atea, huérfana de padre y madre, casada con Esteban Andrade y madre de Samuel, viajaba desde Bogotá con dos tablas de surf, la frente en alto por haber frenado una obra que mataba a la humanidad, una cámara fotográfica y ropa ligera para una semana. Él, agente turístico, empresario, católico rezandero, hijo de un arriero cultivador de café, casado con Julieta Farah y papá de dos niñas extrovertidas y precoces, Isabella y Estefanía, venía de Cartagena con camisetas y cachuchas para sus seis clientes, marcadas con el logo y el nombre de su agencia de viajes.

Ambos estaban a punto de embarcarse en una pequeña y vieja aeronave hacia Nuquí, donde hacía un año Gabriela había protagonizado el acto heroico de impedir la destrucción de la biodiversidad del lugar. Nuquí era un municipio olvidado del departamento del Chocó, a orillas del océano Pacífico, aunque el calificativo de "olvidado" pueda sonar redundante en un departamento de mayorías negras, donde todos los municipios han estado en el olvido desde siempre.

Saliendo de la sala de espera, al pasar por el espantoso monumento a Carlos Gardel, en el que se ve en llamas el avión donde se accidentó el legendario cantautor argentino de tangos, en ese mismo aeropuerto, en 1935, Mateo se persignó tres veces, mientras Gabriela aplastaba un cigarrillo recién apagado, pero aún humeante, dentro de una matera repleta de colillas, varias de ellas manchadas con labial.

Ya dentro del estrecho avioncito, estaban tan ensimismados en sus celulares, hablando con sus respectivas parejas y con sus hijos, que no tuvieron oportunidad de cruzar miradas. Seguían sin

sospechar siquiera que se dirigían, inexorablemente, hacia una trampa mortal.

Cuando el avión empezó a tomar impulso sobre la pista del aeropuerto Olaya Herrera, Mateo se volvió a persignar, suplicando por su vida, mientras Gabriela tomaba fotos de la ciudad desde la ventanilla del aparato y se las enviaba con afán a su esposo antes de que desapareciera la señal de su celular. Tres minutos después, estaban sobrevolando las altas y verdes montañas de Antioquia, mientras Mateo apretaba, con sus manos escondidas dentro de una pequeña maleta, un escapulario que le regalara su madre años atrás y del cual nunca se desprendía, por sentirse protegido y quizá por temor a algún castigo divino.

Cada que el avión se sacudía por la turbulencia que generan las corrientes de aire verticales del mediodía, Mateo apretaba con más fuerza el collar de piola de cáñamo, con las estampitas de Jesús y la Virgen María en los extremos. Gabriela, en cambio, no se inmutaba con los sobresaltos, que más parecían baches tomados a gran velocidad por un carro sin buenos amortiguadores sobre una carretera polvorienta. Por eso sacó de su mochila un libro gordo, del cual ya había leído más de la mitad, pero que nunca terminaba, y se puso a leer hasta quedarse dormida, dos páginas después.

Transcurrida casi una hora de vuelo y ya más tranquilo, Mateo admiraba con perplejidad, desde la ventanilla del avión, la inmensa espesura de la exuberante selva chocoana. Al ver cómo serpenteaban alegres innumerables corrientes de agua dulce, el hombre apuntó con la cámara de su celular, pero la pequeña nave se movía tanto que le quedó imposible tomar una buena foto.

Minutos más tarde, zangoloteando sus alas viejas mientras el motor rugía con irregularidad y bajaba las revoluciones, el piloto empezó las maniobras de aproximación al aeropuerto de Nuquí, con ocho pasajeros a bordo y dos tripulantes. Nunca faltaban los sustos al aterrizar, ya fuera por la poca extensión de la pista o por la imprudencia de niños y jóvenes en busca de selfis impresionantes desde la cabecera de la misma.

A pocos segundos de tocar tierra, los pasajeros se sintieron sorprendidos con el grito del copiloto quejándose porque durante la

maniobra de aproximación a la pista del aeropuerto Reyes Murillo, un ciclista se atravesó en la parte central, haciendo que el capitán casi se parara sobre los frenos de la nave, mientras el tren de aterrizaje sacaba chispas al hacer contacto con el asfalto hirviente. Para entonces, la foto del *influencer* del pueblo, huyendo en bicicleta de un avión que lo perseguía, ya empezaba a hacerse viral en las redes sociales, el capitán Garnica anunciaba, con notoria contrariedad, la llegada al "rincón más hermoso del mundo".

Faltaban veinte minutos para la una de la tarde cuando la nave se posó con altivez frente al pequeño edificio del aeropuerto de ese terruño paradisiaco, alejado de todo, menos de la brisa pura y de la música alegre, fundado por Juanico Castro en 1917.

Como solo llegaba un vuelo a la semana, el arribo de la nave constituía todo un acontecimiento para los pobladores. Desde que el ruidoso motor irrumpía la monotonía del constante sonido de las olas y el rugir de las licuadoras, triturando pulpas de zapote, borojó y chontaduro para los jugos del almuerzo, las mujeres, desde sus casas, comentaban, casi en coro, algo que todo el pueblo ya sabía: "Está llegando el avión de Medellín".

Algunos hombres jóvenes, con cuerpos orgánicamente atléticos, vestidos como "pa' fiesta", se perfumaban y corrían al aeropuerto a pescar entre las visitantes alguna rubia australiana a quien poder seducir, en las noches de chirimía, a cambio de algunos dólares, la promesa de un viaje o por simple arrechera.

Los niños se agolpaban tras la malla que rodeaba la pista para ver el aterrizaje y, una hora más tarde, el decolaje del mismo avión de regreso a la capital antioqueña. Los vendedores corrían a tratar de hacer alguna venta entre los pasajeros que llegaban o partían. La policía se apostaba a la entrada del muelle de salida, con sus perros entrenados para descubrir narcóticos, en busca de algún positivo que les mejorara sus hojas de vida y la de sus sabuesos.

Gabriela fue de las primeras en bajar del avión, en el que también viajaba su amiga Juana Perea, la española que se ganó su encarcelada por defenderla un año atrás de los abusos de autoridad de la que fue víctima por oponerse la construcción del Puerto. La mujer, que había echado raíces en esas tierras fascinantes hacía

unos años, venía de comprar en Medellín algunos insumos y adornos para su emprendimiento de turismo ecológico en Termales, una vereda cercana a la que solo se podía llegar en lancha, bordeando el océano Pacífico.

Gabriela y Juana se saludaron efusivamente, cruzaron algunas palabras para recordar su hazaña de hacer detener la obra denunciando su falta de licencia ambiental y quedaron de verse al día siguiente en el hospedaje de Juana, en Termales. Ninguna de las dos sospechaba que haber detenido el inicio de esa obra les había puesto una soga al cuello.

Luego de recoger su abultado equipaje, Gabriela se dirigió a la salida del aeropuerto donde la estaban esperando Catalina y Víctor con algunos niños de la academia de surf, muy entusiasmados y sin quitar la mirada del largo equipaje de la bogotana. La academia deportiva no tenía ánimo de lucro, porque los alumnos, en su totalidad, eran muy pobres, de modo que los esposos entrenaban a los pequeños con tablas donadas por deportistas y turistas de corazón bonito, como el de Gabriela.

La escuela de surf se creó diez años atrás, cuando un australiano de nombre Ryan Buttan pisó tierras chocoanas con una tabla fabricada con fibra de vidrio que lo superaba en estatura y sobre la que hacía piruetas en las olas. Sorprendidos, los chiquillos del pueblo se agolpaban sobre la playa a observar al extranjero y, perplejos, lo veían avanzar con soltura sobre las crestas hasta que desaparecía entre un túnel de agua que se formaba en el doblez del pico de las olas.

Una mañana, el australiano observó desde el balcón de su habitación, en un hostal cuyos tejados estaban construidos con palmiche, que varios niños estaban dentro del mar, retando las olas y tratando de pararse sobre algún objeto largo, plano y angosto que no pudo identificar, pero que a simple vista parecía una tabla de surf.

Sonriendo, Ryan bajó los ruidosos escalones de madera de la casona y en menos de un minuto, ya estaba en la playa, observando el espectáculo de coraje y dignidad que estaban ofreciendo unos cuatro pequeños. Supo con qué estaban intentando surfear cuando sus madres se acercaron, gritándoles enfurecidas que los iban a

castigar por desarmar sus camas. Al ver a sus mamás iracundas, los niños salieron del agua con las tablas de madera bajo los brazos y se echaron a correr, más muertos de risa que de miedo.

Aunque no paraba de reír, el australiano sintió tanta admiración por el ingenio de los chicos que no tuvo otro remedio que dejarles su tabla antes de regresar a su país. Una madrugada, dos días antes del viaje, se sentó con los niños en la playa y les contó los secretos de su deporte, mientras ellos observaban el reflejo del naciente sol sobre el agua, no porque la charla no fuera de su interés, sino porque no entendían su idioma.

Al día siguiente, en vísperas de su partida, Ryan se fue de hotel en hotel indagando por alguien que supiera hablar inglés, con la esperanza de que ese alguien les tradujera a los muchachos su mensaje. El único que dominaba ese idioma en todo el pueblo era Víctor Múnera, un pescador artesanal, hijo de un inmigrante jamaiquino, que no lo hablaba a la perfección, pero lo entendía, pues había aprendido de sus ancestros el *creole*. A él le encomendó la administración de su tabla, le entregó los secretos del surf y le prometió que apenas llegara a Los Ángeles, les enviaría cuatro tablas más para motivar a los niños a practicar ese deporte.

Desde entonces, los niños, repletos de sueños, se casaron con el mar. Sus madres ya no venían a castigarlos por arruinar las tablas de sus camas, sino por dejar enfriar, por horas, el almuerzo servido. El surf, las clases, el deseo de llegar a ser como Ryan Buttan se les convirtió en obsesión.

Por eso, cuando Gabriela se apareció aquella tarde en el aeropuerto de Nuquí con las dos tablas de surf, la sexta que traía en los últimos tres viajes, ya más de cincuenta niños de la región estaban practicando ese deporte.

De todos los viajes que había hecho Gabriela a Nuquí, este era el más especial y esperado por Camilo, uno de los chicos de la escuela, a quien una mala práctica hospitalaria le había arrebatado una pierna a la edad de seis meses. Tanto la esperó, que la madre del chico les dijo a sus profesores que Camilo no dormía bien desde que supo que "la rola Gaby" venía a traerle una tabla adaptada para que pudiera practicar su deporte favorito con una sola pierna.

No solo Camilo la estaba esperando con ansiedad, también los hombres de los grupos armados, asociados a políticos de la capital, que estaban perdiendo millones de dólares con el retraso del arranque de las obras del puerto.

DOS

La víspera

Mateo Villegas se alojó en el hotel Las Brisas, el mismo donde se registró Gabriela Luna, no por coincidencia sino porque no había mejores. Mientras se lavaba las manos con rapidez en el lavamanos del restaurante, el joven empresario saludó a don Eusebio, gerente del hotel, donde también estaban hospedados los seis turistas reclutados por su agencia para la excursión "Avistamientos 2019" que, aparte de ver ballenas apareándose o pariendo ballenatos en las aguas cálidas del Pacífico, incluía una caminata por el Parque Nacional Ensenada de Utría, uno de los rincones más biodiversos del mundo.

Hasta antes de terminar la comida, Gabriela y Mateo no se habían topado conscientemente. Al terminar de cenar, caminaron a sus habitaciones recordando que la lancha que los llevaría a Termales zarpaba a las seis en punto de la mañana.

A las afueras del comedor, de sillas rústicas y con paredes adornadas con cabezas disecadas de grandes peces, Gabriela se encontró con Orlando, un paisa joven, lleno de rastas, piercings, penas y alegrías, que se ganaba la vida como tatuador y a quien conoció en alguno de sus anteriores viajes. Orlando le recordó que ella deseaba tatuarse una ballena desde hacía unos meses.

—Tengo que madrugar, Orlando. La lancha sale a las seis de la mañana. Cuando regrese de Termales miro a ver si por fin me hago el tatuaje. En verdad me lo quiero hacer.

—Tranquila, doña Gabriela. Yo la espero —le dijo mientras observaba a Mateo, que caminaba en su misma dirección.

Orlando se acercó con sigilo hasta el hombre y, con algo de pena por interrumpirlo, lo abordó exhibiendo una hoja con dibujos de animales y símbolos marinos.

—¿Dónde le hacemos el tatuaje, patrón?

Mateo se quedó mirándolo con desdén y le respondió con seguridad y algo de altanería:

—A mí no me gustan los tatuajes, amigo. Creo que esas cosas no se las hace la gente decente, eso es para hippies, marihuaneros, bandidos o gente nada que ver. De todas formas, muchas gracias.

Gabriela alcanzó a escuchar la diatriba de Mateo y no se quiso quedar callada. Por eso se devolvió y lo increpó, mientras Orlando se quedaba mirando el sol tatuado que brillaba en su hombro.

—Disculpe, señor, ¿a usted le parece que yo tengo cara de indecente, de bandida o de gente "nada qué ver"?

—No dije que usted lo fuera.

—Pero yo tengo un tatuaje —le replicó, bajando la tiranta de su vestido para que él lo viera.

—Bueno, es su problema —respondió Mateo.

—De acuerdo. Es mi problema y sería muy bueno que no generalizara, porque un tatuaje no define lo buena o lo mala que pueda llegar a ser una persona. Puedo apostar mi cabeza a que Pinochet, Hitler o Stalin no tenían tatuajes, y mire usted lo que fueron.

—Disculpas si la ofendí, pero es lo que pienso.

—¿Usted nunca se haría un tatuaje?

Mateo le dijo que por nada del mundo y que jamás iba a tocar su piel, porque el cuerpo de uno le pertenecía a Dios. La autoridad nace de un cuerpo limpio, de la pureza corporal.

—Ya. Ya entiendo de dónde nace su intolerancia. Con permiso.

Ante tamaño argumento, Gabriela se marchó sin despedirse de Orlando, quien decidió retirarse en silencio, murmurando mientras

miraba con rabia al caballero que acababa de dañarle el negocio:

—El puto cliente siempre tiene la razón.

Gabriela entró a su habitación, se duchó con placer, se lavó los dientes con los ojos cerrados, se puso una calzoneta de pijama y recostó su diminuto cuerpo contra la baranda de la cama para recogerse el pelo mojado con una toalla. Luego volvió a sacar de su mochila el libro que estaba leyendo en el avión y retomó la lectura con mucho interés. Se llamaba *La masacre de Tribugá.* Su autor, Sandro Cogollo, un escritor chocoano de menos de cuarenta años que tuvo que exiliarse en España justo el día en que su obra vio la luz, por negarse a retirar la edición a cambio de una cantidad de dinero que nunca había visto en su vida. La lucha de Gabriela, Sofía y sus activistas voluntarios de Mares Vivos, así como las cuatro mil hectáreas de manglares que destruiría el proyecto, merecieron un capítulo completo del libro y pesaron más en la conciencia del escritor que salir de la pobreza. Aunque su prosa no era muy exquisita, ese detalle ético le granjeó la simpatía de miles de lectores en todo el país, especialmente ambientalistas y activistas anticorrupción.

A falta de un gimnasio en el pueblo, Mateo, por su parte, ingería sus proteínas sintéticas y hacía pesas con dos galones de agua que pidió prestados en la recepción. Luego se lavó las manos, por tercera vez desde que llegó y se tiró al piso a hacer un par de docenas de flexiones de pecho. Era obsesivo con la limpieza y con el ejercicio. Luego salió a la terraza de su habitación, ubicada en un tercer piso y se recostó sobre una hamaca de colores.

Gabriela estaba alojada justo debajo, en la habitación del segundo piso, de modo que el techo de su balcón era el piso del balcón de Mateo. Desde sus respectivas terrazas, mientras se mecían en sus hamacas, ambos sonreían a la vida y observaban el lento movimiento del pueblo, que lucía medianamente iluminado, a pesar de que un par de bombillas del alumbrado público estaban fundidas.

A diferencia de lo que ocurre en las grandes urbes, allí todo queda cerca: la gente camina tranquila por la mitad de las calles, echan chistes, coquetean, bailan, conquistan, comen cuanta cosa

venden en las aceras y hasta tienen tiempo para enterarse de la vida de los demás.

Nuquí es un pueblo de contrastes: mágico, natural y lleno de luz, a pesar de las sombras que se ciernen sobre su suelo casi siempre húmedo. Los jóvenes del pueblo tienen pocas alternativas para llevar una vida legal. A falta de universidad, cuando terminan el bachillerato, se enfrentan al dilema de emigrar a mendigar en las calles de una gran ciudad o quedarse, con una alta posibilidad de convertirse en guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes o mineros. Salvo la pesca artesanal, un comercio insípido, las ventas callejeras y algo de turismo, allí no hay más economías legales.

Por eso a Leonardo, el comandante de una estructura criminal que recibía órdenes de varios congresistas y algunos funcionarios de la Casa Presidencial, no le quedó difícil conseguir un par de jovencitos dispuestos a segar la vida de Gabriela a cambio de media docena de millones de pesos. Sin embargo, conociendo la ruta de la ambientalista, que permanecería cinco días en la zona, decidieron perpetrar el atentado en Termales, atacando la posada de Juana Perea cuando Gabriela estuviera durmiendo, aprovechando que en ese corregimiento la presencia de las autoridades era casi nula, al igual que las comunicaciones.

***

Mientras observaba ese universo extraño, de gentes pobres pero alegres y sonidos de tambores lejanos, Mateo sintió placer infantil al columpiarse en la hamaca y sonrió al ver en la calle a dos mujeres batiendo sus caderas al ritmo de un currulao, sin dejar de mirar la pantalla de su celular en espera de que la señal de internet apareciera. Cuando la señal llegó, detuvo en seco el vaivén de la hamaca con sus pies y le marcó a su esposa.

Durante muchos minutos trató infructuosamente de comunicarse hasta que, por fin, antes de dejarse atrapar por el sueño, escuchó al otro lado una voz capaz de alterar sus pulsaciones. Era su Julieta del

alma. Hablaron más de una hora con ella y con sus dos hijas. Agotó la batería de su celular diciéndoles cosas lindas. Era tal su dulzura que las tres se peleaban el turno para recargarse de amor escuchándolo, y nunca se sabía cuál de ellas empezaba a llorar primero cuando Mateo colgaba.

Durante una conversación normal podía decirles decenas de veces que las amaba y agotar los sinónimos de belleza que alberga un diccionario. Y era cierto. Vivía por y para ellas. Moría por estrecharlas entre sus brazos grandes. Su felicidad era verlas suspirar en su pecho, a las tres al mismo tiempo.

Desde su balcón, Gabriela observó a un grupo de jóvenes tocando salsa y sintió un fuerte impulso de ponerse a bailar, pero recordó que estaba sola y sintió algo de pereza. Sin embargo, lo hizo. Movió un poco las caderas con los ojos cerrados, dejándose golpear las mejillas por la brisa marina y el corazón por los golpes de tambor.

Al rato, cuando los músicos se silenciaron, Gabriela marcó a su casa. Lamentó que su pequeño Samuel estuviera durmiendo, pero se entretuvo hablando con Esteban hasta que la silla donde estaba sentada le magulló las nalgas. Aunque él andaba preocupado porque su mujer regresara al lugar donde había desafiado a todo el estamento y no dejaba de advertirle que se cuidara, Gabriela y Esteban parecían novios. Se contaban todo lo que hacían en el día, se mandaban besos y, después de la primera media hora de conversación, se morboseaban con palabras provocadoras. Reían mucho, se contaban cosas que ya sabían y colgaban porque les tocaba, pero siempre sin ganas de hacerlo.

Esa noche, la luna se escondió antes de tiempo en Nuquí. Las nubes se habían apoderado de gran parte de la región y presagiaban una mañana sombría. Gabriela le recordó a su esposo que no era fácil volver a hablar antes de tres o cuatro días, porque a la mañana siguiente la lancha zarpaba hacia Termales, y le explicó que ese caserío vivía completamente incomunicado del mundo. Esteban se quedó tranquilo y recostó la cabeza cerca del cuerpecito tibio de su hijo hasta quedarse dormido. A su edad ya no suspiraba por nadie ni

se enamoraba, pero su corazón había hecho una excepción con Gabriela. Confiaba tanto en ella que nada lo perturbaba.

TRES

Un viaje extraño

Faltando media hora para las seis de la mañana, aún con el mar ensopado por una bruma perezosa y un sol sin muchas ganas de luchar contra los nubarrones oscuros que se divisaban en el horizonte, la lancha de don Óscar Murillo, pintada con los colores verde, amarillo y azul como los de la bandera del departamento de Chocó, empezó a calentar el motor.

En el restaurante del hotel Las Brisas, aún en penumbras, Gabriela, Mateo y sus clientes, debidamente uniformados con prendas publicitarias de la agencia de viajes, apuraban un desayuno suculento preparado por la famosa Virgelina. Mateo pidió un plato típico de la gastronomía del Pacífico en el que no podían faltar los patacones y el encocado, un delicioso plato en el que varios camarones sudados en salsa al ajillo rodeaban un filete de pescado fresco y blanco, ya fuera mero, pargo o pelada.

Gabriela no era vegetariana, pero de un tiempo a la fecha, por pura coherencia con su conciencia animalista y para no contribuir con la deforestación de la Amazonía, no consumía carne de res. Decía que cada filete de carne consumido equivalía a tres árboles talados que tardaron décadas en crecer. Tampoco ingería pescado, pero por pura lealtad. No se sentía capaz de verlos, admirarlos y después comérselos. Entonces desayunó patacones tostados y

crocantes, arroz con coco, un par de huevos fritos con la yema blanda y berenjenas asadas, preparadas por la cocinera estrella del hotel.

Antes de montarse a la lancha, Gabriela fue abordada por el entrenador de la escuela de surf. Víctor le pidió que fuera un momento a ver a los chiquillos que ya estaban practicando, sobre todo porque Camilo, que estaba muy feliz con la tabla adaptada que ella le acababa de traer, quería hacerle una demostración. Gabriela sabía que no tenía tiempo, pero su corazón no le daba para negarse y, a pasos rápidos, se aproximaron a la playa.

Mientras los pasajeros subían a la lancha en la que viajaría Gabriela, un par de hombres de aspecto sospechoso preguntaron por ella. Milton Mosquera, el ayudante del navío, les dijo que la mujer sí estaba en la lista de pasajeros, pero que aún no había subido. Los jóvenes se fueron en otra lancha que los esperaba al lado.

Con un tono sereno y rutinario, Óscar, el conductor de la primera lancha, que medía unos veintisiete pies, les insistió a los ocupantes de la embarcación que se pusieran los chalecos salvavidas para que el inspector de puerto les diera el visto bueno para zarpar. Luego empezó a llamar lista para cerciorarse de que no faltara alguno de sus viajeros: Martelo y su esposa Nelsy gritaron "presente" con mucho entusiasmo. Fernando, hermano de Martelo, y su esposa Mary también notificaron su presencia con gritos eufóricos. Elena y Ramiro, un par de divertidos septuagenarios, contestaron al llamado, pero con un tono más tímido. Por último, llamó a Mateo y a Gabriela, pero el hombre respondió por ambos:

—Mateo Villegas, presente, pero a la señorita Gabriela no se le ha dado la gana de subir.

Todos sonrieron, aunque sintieron su malestar.

—¿Será que le puede decir que aquí nadie tiene corona y que las reglas son para todos?

Con una mirada, Óscar le pidió a Milton que fuera a afanarla.

Entre tanto, Óscar les impartió a todos un par de instrucciones, una de ellas, no meter las manos al agua mientras la lancha estuviera en movimiento. Luego, como siempre lo hacía, se persignó

y encomendó su viaje a la Virgen del Carmen, para después despedirse de su esposa, una negra hermosa y corpulenta, de sonrisa blanca y veinte años más joven, a quien prometió volver, según sus señas, con un pescado de mínimo un metro de largo. Carmen Rosa sonrío, a sabiendas de que Óscar hablaba en serio, y se despidió con la mano mientras la lancha arrancaba en reverso para enderezar rumbo hacia Termales. Mateo se persignó con disimulo, mirando al piso de la embarcación.

En la playa adyacente, mientras la lancha terminaba de maniobrar, Milton gritó fuerte para que Gabriela regresara:

—Nos vamos, señorita, nos vamos.

Gabriela les dijo que se tenía que ir, pero los niños del club de surf, que estaban prestos a desafiar el mar, le pidieron que esperara a Camilo, quien venía corriendo, dando zancadas con su única pierna y con la tabla adaptada bajo el brazo. Ella, en medio de su afán, pidió clemencia a Milton con una mirada. Cuando Camilo llegó hasta ella, sintió orgullo de él y de ella misma, esbozó una sonrisa de satisfacción y se despidió:

—¡Chao, Camilo! Nos vemos el domingo —le dijo henchida de orgullo, pero el chico le pidió que lo esperara un momento para hacerle una demostración.

Gabriela le pidió a Milton que le regalara un par de minutos más, pero el joven ayudante le dijo que no era él quien mandaba. Entonces Víctor se ofreció a correr hasta la lancha para pedir que la esperaran dos minutos más. Gabriela se quedó a observar a Camilo. El chico intentó atacar una ola con su tabla adaptada, pero cayó en sus tres intentos. No lo logró.

Gabriela le prometió que, a su regreso, compartiría más tiempo con él y que estuviera tranquilo, porque todo aprendizaje en la vida conlleva un proceso.

—Le prometo que cuando vuelva ya la voy a manejar —le gritó el niño, con cierta frustración.

Ella le mandó un beso y le dibujó un corazón con sus manos mientras corría a la lancha, donde el ambiente ya se estaba caldeando por los comentarios de Mateo:

—Qué falta de respeto con el tiempo de los demás. Arranque y que la señora se vaya en otra lancha, hermano —increpó a Óscar.

—Tranquilo, que ya viene —le respondió, y Víctor le tendió la mano para ayudarla a subir a la lancha.

—Tiene que ponerse el chaleco salvavidas, doña Gabriela —ordenó Milton.

El color naranja de la incómoda prenda contrastaba fuertemente con el color verde manzana que predominaba en el vestido de baño con flores estampadas que llevaba puesto la mujer, y que un pareo negro, en forma de malla con grandes agujeros, dejaba traslucir. Era una gran nadadora y siempre pensó que le estorbaba el salvavidas.

—Qué pena la espera. Nunca le puedes decir a un niño que no —les dijo a todos justificando su demora.

Nadie le respondió. Ya todos estaban disgustados menos doña Elena, quien alcanzó a comprenderla.

La lancha arrancó, y la imagen de los niños y sus instructores diciendo adiós con las manos se fue desdibujando a lo lejos.

Doña Elena había observado con perplejidad la escena de Camilo.

—¿Cómo es que pudo hacer eso con una sola piernita? —preguntó, entre sorprendida y admirada.

Mientras la lancha empezaba a avanzar con tranquilidad hacia Termales, Gabriela le contó a la anciana, hablando duro para que escucharan los demás, la historia de Camilo. Un niño de doce años que, por una negligencia médica, vivía con una sola pierna desde recién nacido.

La sorprendente dignidad de Camilo

Gabriela les contó que un día, envuelto en la tristeza que le producía ver a tantos niños montados sobre esos artefactos que, como alfombras mágicas, se deslizaban sobre las olas, Camilo se acercó a los instructores y les preguntó si él podía intentarlo. Con el corazón partido, a Víctor no le quedó más remedio que decirle que no era fácil.

—Don Víctor, no le pregunté si era fácil o si era difícil. Solo le pregunté si puedo hacerlo con una pierna.

Mientras Víctor encontraba las palabras adecuadas para no destrozar la ilusión del niño, Camilo tomó la tabla y simuló, sobre la arena, estar surfeando. Entonces Catalina se adelantó a responder, antes que su esposo, que no era tan delicado para dar estas respuestas, frustrara sus ilusiones o le creara un trauma de inseguridad.

—Si te esfuerzas mucho y, con un entrenamiento fuerte y una tabla especial, sí puedes, Camilo.

—Qué linda historia —dijo doña Elena, y le perdonó la demora—. Tranquila, que estás más que disculpada. Es más, qué lindo gesto venirte desde Bogotá con esas tablas tan grandes. Si quieres, anota mi número y hablamos. Con mis amigas podemos hacer colectas para comprar un par más.

Las ballenas

El viaje de ida transcurría con normalidad. El relato de vida de Camilo había llenado de heroísmo a los turistas, que escuchaban sin hacer preguntas para que Gabriela no supiera que ya les había pasado el disgusto. Ahora todos disparaban fotos con avidez, cuidándose de que el agua no salpicara los lentes de sus cámaras o celulares. Por el camino se encontraron con otra lancha que venía de regreso para Nuquí, y los pasajeros de ambas embarcaciones se saludaron con la mano, desde la distancia, con efusividad y algarabía.

Luego de casi media hora de viaje, antes de llegar a Termales, el lanchero apagó los motores y les pidió silencio a los ocupantes de su nave.

—Si estamos de buenas y Dios lo quiere, una ballena nos bendice aquí y dentro de poco con su presencia —lo dijo con tanta seguridad que todos callaron, con el corazón en vilo, esperando que se diera el milagro de la aparición del gigante mamífero.

—No siempre sucede —advirtió Óscar, un rato después.

Transcurrido un cuarto de hora agregó:

—Calma y paciencia que a veces las gigantes sorprenden cuando uno menos piensa.

Pocos minutos después, la embarcación empezó a mecerse con fuerza a estribor. Milton les hizo señas a todos para que alistaran sus cámaras y apuntó con el dedo índice hacia un remolino impetuoso que comenzaba a formarse a menos de sesenta metros de allí. Gabriela parecía maniática, limpiando una y otra vez la lente de su cámara. No quería que una gota de agua arruinara la posibilidad de su mejor fotografía.

Al instante, la escaramuza cesó y las aguas volvieron a calmarse. La ballena —o lo que hubiera sido— se arrepintió de emerger en ese lugar. Un minuto más tarde, cuando Óscar halaba la manivela del motor para reemprender la marcha, se escuchó un sonido que enloqueció a todos: el de un aguacero intempestivo. Lo produjo un inmenso ejemplar al salir del mar por unos segundos, para luego zambullir lentamente su cola de forma perpendicular. El sonido semejaba al de la caída de una gran cascada.

Salvo Óscar, Milton, Gabriela y Mateo, quienes ya las conocían, los demás gritaron de dicha al verla. Era una ballena jorobada de por lo menos doce metros de longitud, un poco menos larga que la lancha, y de unas treinta toneladas de peso. Salió intempestivamente, con fuerza, se sostuvo en el aire como un basquetbolista, por un segundo, como posando con cierta vanidad para las fotos, con su piel repleta de percebes, y volvió a lanzarse de plancha contra la superficie del agua, con la intención de quitarse de encima varios de esos crustáceos perezosos que viajan gratis en su lomo por todo el continente. Luego se sumergió suavemente, dejando ver su hermosa cola con una aleta de dos puntas, hasta desaparecer por completo. A los pocos segundos volvió a salir, a menos de veinte metros de la embarcación.

—Esa cosa nos va a atacar —gritó la esposa de Martelo muy asustada.

—No nos van a atacar, tranquila —le gritó Óscar y apuntó con una sonrisa—: Ellas están pensando lo mismo y créame que los humanos somos más peligrosos para ellas.

Gabriela y Mateo sonrieron por el comentario y se cruzaron una mirada, desprovista de coquetería, pero no de curiosidad. Cuando la ballena se marchó, los excursionistas aplaudieron y comentaron con entusiasmo lo sucedido. Alguien exclamó: "esto ya pagó el viaje".

Óscar les preguntó si querían esperar a que saliera otra ballena o si deseaban reanudar el rumbo para alcanzar a tomar el desayuno en Termales.

—Desayuno vemos todos los días, ballenas una vez en la vida —exclamó Elena sin dejar de mirar al agua, y agregó con un dejo de melancolía—: Tal vez sea la última vez que vengamos por acá.

—De acuerdo, doña Elena. Voto por ver más ballenas —recalcó su esposo, Ramiro, un hombre septuagenario mientras abrazaba de dicha a su esposa, una mujer de su misma edad, pero con menos canas, menos arrugas y más brillo en la mirada—. Ustedes tienen más tiempo. Nosotros estamos de salida de este mundo.

Las opiniones estuvieron divididas. Finalmente, y por respeto a los argumentos de la pareja de ancianos, se impusieron las consideraciones de quienes querían esperar un poco, con la expectativa de un nuevo avistamiento. Obedeciendo al mandato de la democracia, Óscar se internó tres millas mar adentro para aumentar las posibilidades de contacto. Al llegar a un punto que, por su experiencia, parecía propicio para otro avistamiento, apagó el motor de la lancha y se sentó a comerse una de las varias frutas que su mujer le había empacado en una pequeña nevera de poliestireno.

En medio de ese silencio que les recargaba el alma, con una brisa necia que les acariciaba con brusquedad el rostro, a los ocupantes de la lancha se les fueron los siguientes cuarenta minutos. Hicieron chistes acerca del hambre que estaban padeciendo, compartieron unos bananos que alguien ofreció, intercambiaron fotos y videos del bello monstruo marino que acababan de observar y, con el permiso de Óscar, algunos se lanzaron al agua a nadar, con la advertencia de no alejarse y de estar pendientes del salvavidas que pendía de un lazo.

Una hora antes del mediodía, ya muy hambrientos y temerosos de una tormenta que se avizoraba hacia occidente, el lanchero ordenó regresar a Nuquí, pero el universo no acató la orden. Por

suerte, porque los sicarios ya estaban instalados en Termales esperando a Gabriela.

CUATRO

Los estragos de la intolerancia

El viento arreciaba, la marea subía y las olas parecían bocas enormes y hambrientas. Óscar se fijó en una nube negra del tamaño de medio planeta que se acercaba como si tuviera alas y se preocupó. Apuró a un par de turistas que aún nadaban cerca de la lancha y dispuso todo para partir. Contó a sus pasajeros y, cuando se cercioró de que los ocho de la lista estuvieran a bordo, anunció el regreso. Haló de la guaya que hacía girar el mecanismo que encendía el motor y, aunque prendió de inmediato, enseguida se apagó.

Óscar no se preocupó: pensó, y comentó en voz alta, que el motor estaba frío, antes de intentar encenderlo por segunda vez. Mecánicamente, Milton Mosquera movió el "choque" de izquierda a derecha y el motor intentó prender, pero se ahogó de nuevo. Las caras de todos parecían en suspenso. Aunque lo intentó hasta el cansancio, el motor no arrancó más y la angustia empezó a apoderarse de los turistas. Las primeras gotas comenzaron a golpear contra los rostros de todos, empujadas por un viento de costado. Óscar y Milton pelaron un cable con un cuchillo que sacaron de la caja de herramientas, pero la nueva conexión tampoco dio resultado.

—Está inundado. Toca esperar un rato —les dijo el ayudante con tanta naturalidad que la preocupación mermó un poco.

Una llovizna con brisa llegó antes de que se cumpliera el rato y las voces de inconformismo empezaron a escucharse:

—¿Cuántos minutos son un rato, amigo? —preguntó un tanto intranquila Nelsy, la pasajera que había llorado de emoción y miedo al ver la ballena tan cerca.

—Un rato es un rato, mi señora. Déjeme hacer mi trabajo, que yo soy el que sabe de esta vaina —contestó Óscar, un tanto estresado, mientras hacía un nuevo intento por encender el motor.

Empezaron las preguntas. Al comienzo calmadas, luego con un dejo de preocupación y, finalmente, cuando la lluvia arreció, cargadas de angustia y subidas de tono. Aunque no lo manifestaban, el miedo se apoderó de varios turistas mientras el lanchero trataba de normalizar la situación con chistes aprendidos para ocasiones similares, porque era evidente que esta no era la primera vez que la embarcación se varaba. Varios de los pasajeros no lograban convencerse de que lo que ocurría estaba dentro de lo normal. La incertidumbre crecía, pero el capitán llamaba a la tranquilidad.

—¿Cómo vamos a estar tranquilos con esos hijueputas truenos tan miedosos? —gritó Martelo, el esposo de Nelsy, mientras su cara pálida se iluminaba efímeramente por un rayo cuyo estruendo tardó tres segundos más en llegar a los oídos de todos. Luego agregó muerto de miedo—: ¡Qué tal que nos caiga un puto rayo de esos encima y nos parta en dos!

—Nos chamuscamos todos —exclamó su esposa.

Mateo era un tipo bastante peculiar, de brazos fuertes pero prominente barriga, bigote doblado en las esquinas hacía el cielo, parecido al del pintor Dalí, y cabellera ausente. Estaba emperifollado de los pies a la cabeza con gruesas cadenas de oro, estrambóticos anillos y varias pulseras de platino, cuyo valor siempre se esmeraba en explicar:

—El platino es más caro que el oro —decía con vanidad.

Con el estallido de un segundo trueno, Mateo asumió el papel de componedor para tranquilizar a sus clientes:

—Queridos amigos, tranquilos. No ha pasado nada. Tengan fe. De esta salimos.

—Fe tenemos —dijo don Ramiro—, lo que estamos perdiendo es la esperanza.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Nelsy, con extrañeza—. Fe y esperanza son la misma mierda.

—No, señora, esperanza es creer que la lancha se va a arreglar, fe es convencernos de que, aunque no se arregle, no vamos a morir —opinó Mateo.

—En mi humilde opinión —continuó— cuando la tormenta arrecia, la esperanza mira al horizonte y dice: "tal vez el motor se arregle, tal vez salgamos de aquí". La fe, en cambio, nace de la fuerza que nos da Dios para creer que, pase lo que pase, vamos a sobrevivir. El salmo 107 dice: "y las olas del mar se aquietaron, se alegraron porque las aguas se sosegaron y los condujo al puerto deseado".

—La gente tiene esperanza en un nuevo amanecer, en cambio la fe permanece incluso cuando parece que la noche nunca va a terminar —opinó Gabriela.

—¿Oigan, a qué juegan? —gritó Martelo, en medio de su desespero—. ¿Estamos metidos en medio de una tormenta, con la puta lancha dañada, y ustedes se pusieron a filosofar? No me crean tan marica.

De inmediato increpó al lanchero:

—Al menos díganos en cuánto tiempo arregla esta mierda, para saber si no perdemos la puta esperanza o la puta fe, que para mí son la misma mierda.

—La puta fe y la puta esperanza es todo lo que tenemos en este momento, don Mateo. No las espante —recalcó don Ramiro.

—Señores, cálmense, por favor. Esta no es la primera vez ni la última que un motor se demora en encender —respondió Óscar, sin lograr apaciguar del todo los ánimos caldeados.

Entonces intentó disimular la calma que estaba perdiendo, comunicándose por radio con el puerto, pero no pudo establecer contacto. En ocasiones se escuchaban voces en el transmisor, pero nadie le respondía cuando hablaba, como si no lo escucharan.

Después de unos minutos en los que reinó un silencio apabullante, mientras el ventarrón empujaba la lancha hacia los confines del horizonte, el aguacero se convirtió en tempestad. Cualquier visibilidad se perdió. La brisa endemoniada arrastró la lancha hasta donde quiso y la hizo girar tantas veces que el verde orgulloso del paisaje chocoano desapareció de la vista de todos y muy pronto se vieron rodeados de agua y nubes del mismo color por los cuatro costados. A falta de sol, perdieron la orientación.

Los gritos cundieron. Óscar entró en desespero y los mandó a callar con autoridad:

—Con gritos no salimos de está vaina —vociferó, con fuerza, mientras miraba su brújula manual, aún sin perder la calma por completo.

Gabriela observaba tranquila porque, si algo había aprendido del océano, del cielo y de sus imprevistas tormentas, era que desesperarse no calmaba los vientos.

Fernando le gritó a Óscar, con ese tono amenazante de quien cree que puede hacer valer sus derechos por la fuerza, que, si no los sacaba de allí de inmediato, iba a tener problemas. Se sentía envalentonado porque, al estar con su esposa, su hermano y su cuñada, eran mayoría dentro del barco. Óscar lo miró con resentimiento y todos comprendieron que estaba perdiendo la calma. De tanto intentar encender el motor, la guaya se estaba deshilachando.

—Usted nos saca de esta mierda o no respondo —repitió Martelo, esta vez dirigiéndose con altanería a Mateo, mientras destapaba con angustia una botella de whisky.

—Guarde esa botella, señor —le pidió Óscar.

—A mí un pobre chofer de lancha no me da órdenes —le gritó, mientras apuntalaba su dedo índice, en donde brillaba la exagerada piedra incrustada en un anillo de quilates, contra el pecho del lanchero.

—Yo podré ser muy pobre y la lancha muy insignificante, pero aquí, gústenles o no, yo doy las órdenes. Yo soy el capitán.

—¿Capitán? Ja, ja, ja. No me haga reír. Usted solo es un pobre marica —le dijo y, enseguida, se pegó del pico de la botella y se

bebió un cuarto del contenido de un solo trago.

—Si hemos de morir, que la muerte me agarre borracho —vociferó, mientras unas gotas del trago amargo se escapaban por la comisura de sus labios.

Óscar, que por lo regular era un hombre paciente, estaba a punto de perder la cordura. La perdió cuando Martelo, después de beber otro gran sorbo de whisky, le dijo que no se fiaba de un negro.

—Deje de tomar, señor.

—No me da la gana.

—Le toca, porque yo soy el capitán y en mi barco mando yo.

—Entonces sáquenos de aquí y me la tomo en otro lado, negro hijueputa.

—Oiga… por qué lo tiene que tratar así, ¿ah? —increpó Gabriela, con indignación, rompiendo su largo silencio—. Eso es racismo.

—Usted se calla, sapita de ciudad, porque mi problema no es con usted.

Mateo le hizo una seña a Gabriela para que lo dejara intervenir y se le enfrentó a Martelo:

—Don Martelo, primero, el capitán tiene unas reglas. Hay que cumplirlas. Segundo, a la señorita no la trata mal, ¿entendió?

—Pues bájenme. Bájenme a ver. Déjeme en la próxima estación —gritó ya desafiante, en medio de risas sarcásticas.

Óscar hizo su mejor esfuerzo por calmar los ánimos y, en tono conciliador, le dijo:

—Yo no estoy en estas porque quiera, sino porque esta vaina no quiere prender, señor. ¿Es que no se da cuenta? ¿Le cuesta mucho ser un poco tolerante?

Martelo se le acercó enceguecido y lo empujó con fuerza, retándolo a pelear. Óscar resistió el embate para no empeorar las cosas, pero Martelo arremetió de nuevo con insultos racistas. Gabriela volvió a romper su neutralidad y le pidió al energúmeno respeto por Óscar.

—Usted no es más que nadie, señor. Aquí todos somos iguales, así que respete —le gritó enérgicamente.

Mateo la respaldó y le pidió a su cliente conservar la calma.

Martelo parecía no entender, pues reiteró sus insultos luego de beber otros dos sorbos largos de la botella:

—Entonces dígale a este negro hijueputa que nos saque de aquí, ya mismo.

Ahí se agotaron la paciencia y la tolerancia del lanchero. Óscar perdió la cabeza y le estampó un puño en la cara, detonando una batalla, que más parecía el juicio final. Mientras la lancha se movía al vaivén de los odios, la esposa de Martelo se abalanzó sobre Óscar y lo agarró del pelo, gritándole que no fuera abusivo. Mateo ayudó a levantar a Martelo, pidiéndoles a todos que se calmaran, pero fracasó en su intento de apaciguar la trifulca. Martelo tomó la botella y la rompió contra el borde del casco de la lancha. Un filo mortal y brillante, como el sol que no aparecía, apuntó a la humanidad de Óscar. El poco whisky que quedaba salpicó a todos mientras el hombre, energúmeno como estaba, desafió al conductor y al ayudante, apuntándoles con el pico roto de la botella.

Muy asustada por lo que estaba sucediendo, Gabriela decidió no volver a tomar partido y abrazó su cámara con miedo. Prefirió guardar silencio, bajando la mirada mientras pensaba en Esteban y en su hijo Samuel. Temía, sinceramente, desde su intuición, no volverlos a ver jamás. En silencio pedía que todo aquello solo fuera una tormenta pasajera, mientras los gritos de la pelea y el brusco movimiento de la lancha retumbaban en sus oídos, tratando de destrozar sus nervios.

El aguacero arreciaba, al igual que los golpes, mientras Mateo notaba que sus gritos y su corpulencia de nada servían para apaciguar los ánimos caldeados. Cuando Martelo se abalanzó sobre Óscar con el filo punzante del vidrio verde de la botella de whisky, Milton, su ayudante, empujó a Martelo, logrando evitar que hiriera a su jefe. Nelsy arremetió de nuevo y se trepó sobre una de las bancas de la lancha para agarrar a Óscar por las orejas.

Milton tuvo la mala idea de tomar a la esposa de Martelo por la cintura para liberar a su jefe, pero la jaló con una fuerza tan desproporcionada que la señora perdió el equilibrio y cayó al mar embravecido. La mujer, que al parecer no sabía nadar, empezó a ahogarse en medio de gritos de angustia y olas feroces, alimentadas

por el diluvio descomunal que no cesaba. De inmediato, Martelo se lanzó a socorrerla y Óscar, apegado a su nobleza, por encima de todo, les lanzó un salvavidas que permanecía amarrado a una soga. Estuvieron a punto de alcanzarla, pero la mujer, en medio de su desespero, se aferró a su esposo sin permitirle nadar. Óscar recogió el salvavidas y lo volvió a lanzar con más fuerza, pero ninguno emergió para tomarlo. Algo sucedió porque, luego de luchar durante largos segundos, las cabezas de Martelo y su esposa desaparecieron en medio de las olas grises, agujereadas por inmensas gotas de lluvia que más parecían canicas de cristal.

Muy angustiado, mientras corrían los segundos sin divisarlos, el hermano de Martelo y su esposa pedían a gritos que los salvaran. Mateo trataba de hacer algo, pero al final no podía hacer mucho. El pánico se tomó la lancha, gritos iban y venían. Entonces Óscar, invadido por la responsabilidad, se lanzó al mar en busca de sus pasajeros. Varios minutos duró zambulléndose sin encontrarlos. Cuando los intentos parecieron infructuosos y todos comprendieron que Martelo y su esposa se habían ahogado, la situación pareció empeorar hasta el hartazgo.

Óscar supo que no iba a ser posible encontrarlos vivos y regresó a la lancha. Estaba tan exhausto que la fuerza no le alcanzó para trepar. Mateo y Gabriela intentaron ayudarlo, pero Fernando, el hermano de Martelo, intentó interponerse, gritando y chillando improperios procaces contra el exangüe Óscar, quien resistía asido del casco con sus brazos largos, pero cansados.

Después de varios minutos de angustia, con los ojos inyectados de sangre, Fernando cedió a las súplicas de los demás pasajeros, que le gritaban que sin quien condujera la embarcación morirían todos. Por fin, Mateo tomó uno de los brazos de Óscar y lo asió con tal fuerza que el cuerpo del capitán saltó como un pez recién capturado sobre la superficie de la lancha.

Óscar respiraba profundo y con angustia, tratando de recobrar aliento, mientras la pareja de ancianos empezaba a rezar un rosario por el alma de los difuntos y para que todo cesara. El barco no dejaba de mecerse y cada quien parecía abandonado a su propia

manera de afrontar la terrible certeza de que estaban ante una inminente posibilidad de morir ahogados en el mar.

Fernando, con un resuello furioso, decidió volver a la carga. Se levantó de repente, y, con sigilo malevo, tomó el cuchillo de la caja de herramientas. Esperó a que todos estuvieran descuidados y caminó hacia el cuerpo de Óscar, que apenas estaba en proceso de recuperarse. Gabriela vio pasar la sombra de Fernando como si fuera capaz de aplastarla y alcanzó a correr su humanidad, mientras el traicionero caía sobre Óscar asestándole una puñalada en el estómago y después, con la poca fuerza que le quedaba, otra en el pecho. Enceguecido, Fernando iba a intentar una tercera herida, pero Milton se lanzó sobre él, lo despojó del puñal, le pateó en la cabeza, lo empujó hacia la orilla del navío y luego lo lanzó al mar.

Sangrando copiosamente, mientras recordaba a su Carmen Rosa del alma, Óscar yacía moribundo sobre la banca delantera de la embarcación, tratando de impedir con sus manos que la sangre saliera a borbotones. Sus ojos, muy abiertos, se le llenaban de agua, pues la tormenta ya se había desencadenado del todo.

Milton, con la desesperación de quien se sabe perdido, se sintió empujado por la sed de venganza. Tomó un destornillador y se lanzó al agua con la nítida intención de matar a Fernando, quien hacía sus mejores esfuerzos por regresar a la lancha. El hermano de Martelo se aferró al cuerpo del ayudante como única tabla de salvación y los dos hombres se hundieron ante el horror de los demás pasajeros.

Mary, la angustiada esposa de Fernando, quiso lanzarse al mar para salvar a su esposo, pero uno de los ancianos, que ya se había decidido a tomar partido, se lo impidió con un grito de autoridad. De repente, hubo unos segundos de calma, como si se hubiera abierto una pausa en medio de la tragedia.

Gabriela y Mateo trataron de auxiliar a Óscar, pues entendían que sin quién pudiera tripular la embarcación todos estarían perdidos. Mientras ella le daba respiración boca a boca, él le oprimía el pecho con sus manos superpuestas, una y otra vez. Minutos después, no obstante sus esfuerzos, el cuerpo del lanchero dejó de respirar. Todos lloraron. Unos por miedo y otros por pesar, pero todos lloraron. Mateo arrancó del cuello de Óscar una cadena de plata de

la que colgaba un dije con la figura de Jesucristo y se la puso, advirtiendo que era para entregarla a la viuda, si Dios le daba vida para volverla a ver.

Transcurrieron dos horas mientras decidían qué hacer con el cadáver de quien fuera el dueño de la barca. Para Mateo era claro que había que llevarlo a puerto y entregarlo a su familia para que le dieran cristiana sepultura. Gabriela compartía el mismo sentimiento, pero más pensando en el dolor de la esposa que por motivaciones religiosas. Ramiro permanecía callado, imaginando que, dentro de pocas horas, si no los rescataban, o dentro de pocos años, por su vejez, estaría en las mismas condiciones. Elena solo atinó a pedir que, al menos, le cerraran los ojos. Con un gesto de pesar, Gabriela se los cerró.

Con el paso de las horas, a punto de llegar la noche, el cuerpo de Óscar empezó a descomponerse. Entonces decidieron amarrar al difunto con el lazo de rescate y arrastrarlo dentro del agua hasta que aparecieran los rescatistas.

Al caer la noche, los sobrevivientes solo estaban rodeados de agua y de miedo. Sin saberlo, la tragedia que ya había matado a cinco de los pasajeros había salvado la vida de Gabriela, porque sus potenciales asesinos se habían cansado de esperarla frente al hostal de Juana Perea, donde se apostaron a hacerle inteligencia desde antes del mediodía.

—Cuando el mar ocupa todo, la fe es seguir remando sin ver tierra… "porque vivimos por fe, no por vista" Corintios 5:7 —dijo Mateo rompiendo un largo silencio.

—Ay no, don Mateo, no nos salga con eso otra vez, que yo ya perdí la fe y la esperanza. De aquí no vamos a salir.

—No seas tan negativo, amor —recriminó doña Elena y volteó la mirada hacia Mateo con algo de curiosidad—. ¿Por qué más bien no hablamos, a ver si se pasan las horas rápido? Háblenos de su familia, don Mateo.

Mateo asintió con tristeza recordando a las tres mujeres que le copaban el corazón, y se desgajó a hablar de ellas y de su entorno familiar, mientras los peces empezaban a morder en silencio el cuerpo cada vez más descompuesto de Óscar.

Los Villegas-Farah

Les dijo que nadie en el barrio Manga, de Cartagena, podría recordar un matrimonio más armónico y feliz que el suyo con Julieta Farah y que solo les faltaba morir de viejos, abrazados, y ser enterrados en la misma fosa para ser la relación perfecta. Recordó que entre los dos tenían sesenta y cuatro años; tres metros con cuarenta y dos centímetros, cuatro ojos claros, dos hijas pequeñas, simpatiquísimas y habladoras; un perro fino, pero ladrón, una casa enorme de dos plantas, sin deuda hipotecaria, pero con balcón, jacuzzi en el solar y un quiosco de madera y palmiche donde solían celebrar los cumpleaños de todos y las Navidades, amenizadas con parrandas vallenatas y música de carrilera.

La colección de portarretratos, regados por cuanta mesa o superficie hubiera en la casona, incluidos los baños, atestiguaba una historia de felicidad, tan primaveral como el antejardín de la casa, envidia de los vecinos de la cuadra, gracias a que un impecable sistema de riego, en pleno trópico, garantizaba que las gardenias, las verbenas, las petunias y los geranios brillaran bajo dos imponentes palmeras que se alzaban una vez y media por encima del nivel de la edificación. Las fotografías testimoniaban ceremonias, paseos por países de cuatro de los cinco continentes, viajes en bicicleta por senderos ecológicos y baños familiares en ríos y cascadas. Una vida vibrante y envidiable para algunos, en especial para las vecinas chismosas de aquel barrio cartagenero que había conocido mejores épocas, pero que aún mantenía cierto señorío del pasado.

Mateo tenía una mirada color cruel, proyectada por unos ojos de tonalidades ámbar. Era apuesto, inteligente, alto, casi blanco, con un rostro de facciones tan geométricas, casi tan cuadradas que, sumadas a su muy corto cabello, su hablar golpeado y su cuerpo atlético, le imprimían un aspecto militar. Era un hombre recto pero ambicioso, como buen paisa, era emprendedor, gerenciaba su propia empresa de turismo y era conocido en el medio por hacer hasta lo imposible por lograr un negocio. Era ordenado, maniático con la limpieza, mandón, patriarcal, apegado a la familia, a la virgen María

y al Sagrado Corazón de Jesús. Amante del buen vino, los relojes de marca, los perfumes finos y algunos lujos extravagantes que, sin embargo, no le daban para aparentar ser un hombre rico. Creativo y bastante pasional, Mateo —como le decían sus familiares—, lidiaba con tres fanatismos: el del fútbol, era hincha del Atlético Nacional; el de la política, era miembro de "Patria y Orden", un partido de derecha; y el religioso, católico practicante, rezandero y crítico acérrimo de pastores cristianos y de ateos por igual.

A pesar de su belleza física, su estabilidad económica y su simpatía, no se sabe si por falta de tiempo, por compromiso con su esposa, por amor a sus hijas o por algo de temor reverencial a Dios, Mateo no tenía amantes. Ejercía una lealtad a toda prueba que le garantizaba no solo el amor, sino la devoción de su esposa Julieta, para quien tampoco existía la posibilidad de abrir las puertas de su corazón o de su cuerpo a otras personas.

Mateo copaba todo su mundo. Julieta, de origen barranquillero, tenía una inteligencia sorprendente, una ética estricta y un ángel arrollador. Era dueña de una sonrisa impecable y blanca y un cuerpo menudito, atípico entre las mujeres costeñas, pero armónico. Era dulce, delicada, medio rubia y tenía un par de lunares diminutos en la cara que disimulaba con cosméticos. Sus ojos cambiaban de color según la alegría o la tristeza del mar. Se había graduado de arquitecta a los veintiún años, pero la única obra que había diseñado y supervisado en su corta vida era la de la casa donde vivían hacía seis años. El diploma se quedó colgado con orgullo en una pared del estudio desde el primer embarazo y ahí estuvo anclado hasta después del segundo alumbramiento. Tras la crianza, había conseguido demostrar sus dotes comerciales vendiendo planes de viajes en la empresa de su esposo.

Pero su mayor orgullo era su entrega como madre y su dedicación como esposa, pues implícitamente, por formación familiar o por normalización de las costumbres, aceptaba una relación patriarcal y una cierta autoridad o prevalencia de las opiniones de su esposo en la toma de decisiones. Sus hijas, Isabella y Estefanía, pelirrojas, pecosas, hermosas e inquietas, tenían los ojos del mismo

color del padre y crecían rodeadas de inmenso cariño y comprensión, como en un cuento de hadas, pero real.

El único obstáculo que se atravesaba en la felicidad de Mateo y Julieta eran los constantes viajes de trabajo que aquel emprendía, a veces sin previo aviso. Aunque los toleraba, porque de ellos se derivaba el sustento de toda la familia, Julieta no dejaba de sufrir con las prolongadas ausencias de su esposo. Más de la mitad del tiempo estaba fuera de la casa. Su última salida fue esta hacia Nuquí. Sin saber que le estaba mintiendo, Mateo le aseguró que no tardaría más de cinco días. Para Julieta y para sus hijas eran cinco siglos, pues lo empezaban a extrañar desde el momento mismo en que lo veían empacando su ropa.

***

Luego, el turno para evocar la vida antes de este viaje fatal, fue para Gabriela. La mujer, como en una competencia por definir cuál familia era más linda y funcional, tampoco ahorró calificativos para describir su vida al lado de Esteban y su hijo Samuel.

Los Luna-Andrade

Les dijo que, aunque vivían a casi mil kilómetros de la casa de Mateo, de su esposa y sus dos hijas, ella, junto a su esposo Esteban Andrade y su hijo Samuel, también disfrutaban la vida en Bogotá, de otra manera, con otros métodos, tal vez con más frío, menos manjares, menos lujos, pero con los mismos buenos resultados emocionales.

A pesar de no haber logrado una gran estabilidad económica, en el hogar de Gabriela y su esposo Esteban Andrade también se respiraba paz y tranquilidad. Ellos adjudicaban ese triunfo al hecho de no tener tarjetas de crédito, ni redes sociales, ni fanatismo

alguno, como no fuera el que profesaban por la defensa del ambiente y la biodiversidad.

Recordó que, no obstante, su diferencia de edad —veinticuatro años en contra del hombre—, en aquella casa se irradiaba comprensión, amor del bueno, armonía con la naturaleza y, sobre todo, igualdad. Las decisiones se tomaban en consenso o no se tomaban. Nadie mandaba sobre el otro y no se reconocía superioridad de género. Más que un refugio familiar, el lugar donde vivían ella, con su esposo y su hijo, se asemejaba más a un bosque que a una casa. En él tenían sus nidos varias especies de aves urbanas, entre ellas, una pareja de copetones y una familia de esquivos colibríes, y las ardillas subían y bajaban por par de árboles sin temor a nada.

Allí nunca se discutía, se dialogaba. Nunca se contradecía, se argumentaba. Ambos, generosos en paciencia y solidaridad, cimentaban, día a día, una relación a prueba de tormentas. No habitaba la vanidad entre ellos porque, desde el día en que pactaron amarse, entendieron —al menos así se lo dijeron el uno al otro— que más allá de la apariencia física lo esencial eran sus almas, pues, en la medida en que fueran envejeciendo, las arrugas no serían determinantes para decepcionarse del amor.

Los amigos solían decirles que sus corazones estaban alineados con los astros. Permanecían entregados con devoción al cuidado y a la educación de su travieso Samuel, de siete años. Además, eran padres adoptivos de un gato malacaroso de nombre Orión, que más parecía un murciélago porque dormía en el día y corría de un lado a otro en las noches.

En el patio interior de la vivienda tenían un huerto medicinal, donde, en medio de matas de toronjil, yerbabuena, albahaca, romero y nueve matas de marihuana, de todos los tamaños, se erguían un par de arbolitos de saúco, medianos, de los que la hermana de Esteban y las tías de Gabriela cortaban flores blancas en primavera para mantener a toda la familia inmune contra la tos el resto del año.

Gabriela era mestiza, de cabellera negra y muy larga que llegaba hasta la mitad de las nalgas. De boca pequeña, ojos grandes,

juguetones, y cachetes flacos, de contextura mediana. Tenía sus cejas pobladas como ciempiés y vivía entregada, con delirio, a la defensa de todo ser vivo y, desde hacía unos cuatro años, al cuidado devoto de las ballenas de Nuquí.

Esteban era un funcionario del Ministerio de la Biodiversidad, a quien acababan de ascender al cargo de director de licencias ambientales con la esperanza de que agilizara el documento de viabilidad ambiental que tenía frenada la construcción del Puerto de Tribugá.

—A mí me toca vivir en bajo perfil porque el ministro de la Biodiversidad no sabe que soy su esposa. ¿Se imaginan? El director de licencias ambientales es esposo de la mujer que interpuso la demanda para que paralizaran la obra. Se mueren.

—Deberían entregar esa licencia ya y permitir que este país prospere —opinó Mateo.

—¿Prosperidad a qué costo? ¿Que se acabe el planeta y muramos todos?

—Qué exageración. No se va a acabar el planeta por construir un puerto.

—Uno no, pero si todos pensamos igual y seguimos destrozando la naturaleza, este planeta no nos va a durar mucho. Créanlo.

—Por lo menos a nosotros no —opinó con tristeza don Ramiro. De aquí no vamos a salir.

—Bueno, pero dejen que doña Gabriela nos termine de contar su vida. Tiempo es lo que nos sobra.

Gabriela les dijo que su esposo se había ganado ese ascenso sin una sola palanca. Que era el primero en llegar y el último en salir de su trabajo, que tenía 56 años, que no hacía ejercicio por lo que tenía el cuerpo descuidado y flácido, aunque no obeso, y que era uno de los hombres más honestos que había conocido. Aquí les ilustró esa aseveración con una anécdota que a todos conmovió:

Les contó que lo había conocido cuando ella tomaba su clase de "Pasivos ambientales", por allá en sexto semestre. Ella no se lo esperaba, pero ese profesor serio, de sonrisa escasa, reloj de gama media, mirada adusta y ceño fruncido, al que todos sus compañeros temían o respetaban, un día le dijo, sin sonrojarse, que se iba a

retirar de la universidad porque estaba infringiendo el reglamento interno. Ella le suplicó que no lo hiciera porque de todos, él había sido su mejor maestro. Cuando la joven estudiante quiso indagar por los motivos, se encontró con una razón tan poderosa que no pudo menos que enamorarse de aquel hombre para siempre:

—Quisiera decirle a una alumna que estoy enamorado de ella, pero no se lo puedo decir en mi condición de docente porque se estaría configurando un caso de acoso y abuso de poder, y no quiero ser despedido o ir a la cárcel por amar a alguien. Prefiero renunciar antes.

El profesor Andrade renunció a la universidad, pero no de manera irrevocable, por si la chica lo rechazaba. Y el mismo día que le entregó la carta al decano, ya liberado de toda atadura y sin el riesgo de cometer un abuso, le contó a Gabriela que la alumna de la que andaba perdidamente enamorado y por la que estaba dispuesto a perder el empleo y la cabeza era ella.

Entre lágrimas de emoción y una arritmia cardiaca producida por el temor de contar a sus amigas que estaba enamorada de su profesor, además un hombre mayor, la chica le pidió que la dejara pensarlo. Esteban le dijo que tenía tres meses para tomar la decisión porque hasta entonces le alcanzarían los ahorros antes de comenzar en otro trabajo o de pedir el reintegro a la universidad. Pero Gabriela no necesitó de más de un par de minutos para aceptarlo. Sabía que no volvería a encontrar un hombre con esa ética y esa caballerosidad, ni volviendo a nacer.

El amor, a pesar de los malos augurios con que muchos recibieron la noticia de su emparejamiento, había triunfado.

—Una amiga de luchas que se llama Sofía, en un último intento por disuadirme, me puso de presente una cruda realidad: "amiga, una cosa son cuarenta y ocho y veinticuatro —las edades que en ese momento teníamos—, pero otra cosa muy distinta serán setenta y cuarenta y seis, hermana, piénsalo".

Gabriela dijo que poco le había importado ese argumento y que le respondió a la defensiva, que estaba cansada de amores locos e inestables y que prefería un amor efímero pero sincero a la posibilidad de un amor de los que duran menos que un estornudo,

con un muchacho poliamoroso que sexo es lo único que quiere y que no conoce la fidelidad y menos la lealtad, cualidades que de sobra encontraría en su nuevo novio, así este pareciera su papá.

—Sofía me recordó con una sonrisita nerviosa que, de estar vivo, su padre tendría cuatro años menos que Esteban. Pero ni con ese apunte de mala leche logró persuadirme.

Gabriela y Esteban se juntaron para siempre y consiguieron hacer de la diferencia de edad la principal aliada de su relación.

Gabriela siempre estaba reluciente, jamás usaba una gota de maquillaje. No lo necesitaba, pareciera haber nacido sin poros, sin defectos en la piel. No por nada sus amigas le decían la coreana. La piel le brillaba tanto como la mirada.

En un acto solidario y para hacer más llevadera la diferencia de edad, ella trataba de vestirse como una mujer de treinta y cinco y él como un hombre de cuarenta.

En lo que no pudo ser solidaria Gabriela fue con su abundante cabellera. Mientras Esteban luchaba contra una vertiginosa alopecia que causaba estragos diarios por los lados de las sienes, ante la resistencia poco efectiva de las infusiones de romero que le había recomendado un mamo de la Sierra Nevada y el minoxidil que le recetó un médico amigo. Cada vez que miraba sus cabellos enredados en el cepillo de peinar, sentía ganas de llorar. Pero siempre se las aguantó.

—Solo un día no pudo retener el llanto —contó—. Fue el día en que el médico familiar, en un chequeo de rutina, le comunicó que estaba midiendo un metro con setenta y nueve centímetros, dos menos de los que registraba su documento de identidad. Esteban le reclamó entre airado y extrañado por la equivocación:

—No, doctor. Yo mido uno con ochenta y uno… —luego añadió con humor—: No me robe estatura.

—Medías uno con ochenta y uno, querido Esteban —espetó el médico mirándolo por encima de los anteojos que solo usaba para escribir las fórmulas.

Luego explicó:

—Los humanos nos achicamos a razón de un centímetro por década después de los treinta.

La pérdida de esos dos centímetros le produjo al pobre una depresión de varios días, a la que solo puso fin cuando su hijo le entregó una carta, escrita de su puño y letra, la primera que escribía en su vida, y en la que decía, al lado del dibujo de un hombre calvo y un niño melenudo: "te amo papá".

El pequeño Samuel era hiperactivo como su madre, pero de vez en cuando, tristón y terco como su padre. Los amigos decían, entre chanza y creencia, que había nacido viejo. Y es que hablaba con tanta solvencia y seriedad sobre temas trascendentales de la vida, y se notaba en él un poder de análisis tan inusual en los niños de su edad, que jocosamente los amigos de sus padres lo imaginaban, a los quince años, aspirando a la Cámara de Representantes y, a los veinte, a la presidencia de la República.

Todo era tan transparente en ese hogar que incluso, ante la renuencia de Esteban a aceptar que su esposa fumara marihuana, un día Gabriela se detuvo a argumentar:

—Es mi decisión personal, amor. Además, la siembro yo misma. No estoy enriqueciendo a ningún narcotraficante. Ahora, si lo prefieres, me puedo fumar mis porros donde algunas amistades y a escondidas.

Después de las consabidas advertencias, más en tono de padre que de esposo, Esteban terminó aceptando que su esposa fumara marihuana y aprovechó la jornada de sinceridades para contarle que a él le gustaba la pornografía. Gabriela se molestó, pero terminó negociando que, en adelante, mirarían los dos.

—¡Qué horror, Dios mío! —exclamó Mateo—. ¿Cuál es el ejemplo que le están dando a ese pobre niño? La mamá fumando marihuana y el papá viendo pornografía. Increíble.

—No les estoy contando mi vida para que me juzguen. Solo somos honestos. La mayoría hace estas cosas a escondidas.

—Siga contando, mamita —le pidió doña Elena.

Gabriela les dijo que de esta manera honesta llegaron a construir un muro de confianza tan fuerte y poderoso que cuando cada cual emprendía un viaje jamás aparecía el reproche o la advertencia, que todo era libertad total y confianza absoluta. Por eso, el día que Gabriela le dijo que se ausentaba por cinco días para viajar hasta

Nuquí, a terminar una investigación que venía realizando sobre las ballenas que cada año viajan desde el sur del continente hasta las cálidas aguas del Pacífico colombiano, Esteban no solo le ayudó a empacar su ropa, sino que también la llevó, a escondidas, hasta el aeropuerto El Dorado, donde Gabriela debería tomar un vuelo a Medellín, único lugar donde despegan las avionetas con rumbo a ese municipio chocoano. Eso sí, no dejó de advertirle que debía tener cuidado con el alcalde y que ojalá él no se enterara de su presencia en Nuquí, porque no descartaba que hubiera dado la orden de masacrarlos y encarcelarlos el día en que Gabriela y Sofía se metieron bajo las llantas de las motoniveladoras y las orugas de los bulldozers para impedir el inicio de la obra.

Y la verdad es que ahora estaban a punto de separarse para siempre. Él leyendo un cuento infantil a su hijo, y ella abandonada a su suerte dentro de una lancha averiada en la inmensidad del océano Pacífico, rodeada de norte a sur, de oriente a occidente y de pies a cabeza de agua y de incertidumbre.

CINCO

Un viaje más largo de lo esperado

La lluvia no amainó durante las siguientes horas. Tras las cinco muertes, los pasajeros que quedaban se sentaron, ya sin esperanzas, sobre las bancas de la embarcación a sacar agua y a recoger los vidrios que dejó la ruptura de la botella de whisky que sirvió de arma al difunto Martelo. En estado de shock, todos seguían llorando, salvo Gabriela y Mateo. Él, porque entendió que debía tomar el control de lo ingobernable, y ella, porque su ateísmo le impedía orarle a nadie, bajo el convencimiento de que "las cosas pasan porque tienen que pasar" porque "el universo es perfecto" y porque, según las leyes del karma y del dharma, "cada quién tiene lo que merece". Pero el llanto continuaba.

Mateo les dijo que entendía que estaban viviendo una pesadilla pero que, si no actuaban juntos, estarían perdidos. Luego intentó, sin ningún éxito, halar la guaya para poner en marcha el motor. Como el motor siguió apagado, les pidió a todos elevar un par de padres nuestros al Salvador.

Salvo Mary, la esposa de Fernando, los demás rezaron con Mateo. La mujer estaba descompuesta y no paraba de llorar y clavarse las uñas en los antebrazos para disipar su miedo y su ira.

Gabriela se acercó a consolarla, pero ella se rehusó. Tenía tanta rabia con Dios, por ese desenlace tan terrible e inesperado, que solo quería morirse. Elena y Ramiro pidieron a todos entregarse a Dios y, alzando los brazos al cielo, invitaron a los demás a permitir que Mateo terminara las oraciones para que el Señor obrara sobre ellos "su santa voluntad".

—Dios dijo "ayúdate que yo te ayudaré", don Ramiro —ripostó Mateo y concluyó—: Si le dejamos todo a Él, de aquí no salimos.

Mateo que estaba aterrado ante la posibilidad de dejar viuda a su esposa y huérfanas a sus hijas, encontró en la mesura de Gabriela una aliada de quilates para encarar la aventura que les esperaba.

—Luchemos —le dijo con voz segura.

Gabriela asintió con bríos. Él la abrazó instintivamente y sin ninguna malicia, lanzándole un reto:

—¿Estamos juntos en esto?

Gabriela volvió a asentir.

Conmovidos, los ancianos se sumaron al abrazo. Mary se mantuvo al margen. Estaba inconsolable, mirando hacia las aguas con la esperanza de que su esposo apareciera. Al parecer, había perdido la noción de la realidad.

***

Al filo de la medianoche, el gerente del hotel donde estaban hospedados Gabriela, Mateo y sus clientes se dirigió hacia la estación de policía del pueblo para denunciar la pérdida de la embarcación. Lo recibió uno de los pocos hombres que aún custodiaban el cuartel.

—Usted sabe, don Eusebio, que cuando les agarra la noche los lancheros prefieren quedarse en Termales —le advirtió el Sargento Benavídez, quien se encontraba de turno.

El hotelero preguntó si sería oportuno avisarle a la esposa de su huésped Mateo Villegas, pero el teniente le pidió que esperaran un

poco, porque estos incidentes solían ocurrir y también solucionarse con bastante frecuencia.

En Termales, Juana Perea también había estado todo el día esperando a Gabriela. Le había reservado la mejor alcoba de su hostal. Por eso, ya de noche, decidió subir hasta el árbol frondoso en cuya copa la señal no era tan débil y marcó su número infructuosamente, durante varias ocasiones, sin advertir que los matones no le perdían el movimiento.

Aunque en Nuquí el sargento insistía en que algo como lo que estaba ocurriendo era completamente normal, y todos lo sabían, cuando Carmen Rosa, la esposa de Óscar, llegó a la comisaría a denunciar la desaparición de la lancha de su familia, el capitán Orjuela empezó a tomar las cosas más en serio. Enseguida alertó a algunos de los policías que dormitaban en las celdas interiores de la pobre edificación y, apertrechado entre cuatro guardias, salió hasta el muelle a dar un vistazo, a todas luces infructuoso, mientras repetía una y otra vez que esa noche no tenían recursos, ni económicos, ni humanos, ni técnicos, para organizar una brigada de búsqueda. Pero su desidia tenía un trasfondo demasiado macabro. Sabía que en esa lancha viajaba Gabriela Luna y pensó que, si no precipitaba la búsqueda, se podían ahorrar el dolor de cabeza de asesinarla con sicarios. Desde entonces, dio la orden de colaborar lo menos posible y, si fuera del caso, si les tocara ayudar, hacerlo de mala manera.

Ante el alboroto de Carmen Rosa, la insistencia de don Eusebio, y la aparición de Farid Mosquera, padre de Milton, el capitán Orjuela marcó al celular del alcalde, no sin antes advertirlo de su macabro plan. Misael Triana apareció unos minutos después para pedir calma y prometer que apenas despuntara el sol, una cuadrilla de búsqueda, con todas las lanchas que voluntariamente quisieran participar, saldría del puerto. Se inscribieron más de diez. No había en todo el pueblo una sola persona dedicada a la pesca que no adorara y respetara a Óscar.

***

En la embarcación todo era tristeza, pero la ironía era mayúscula, pues ninguno de los cinco sobrevivientes podía exteriorizarla con llanto, so pena de morir deshidratados, según una advertencia de Gabriela que todos acogieron por aparentar ser muy lógica.

—El que llore se muere —les dijo, pero a Mary no le importó la advertencia. Estaba inconsolable y además quería morirse. No concebía la vida sin su Fernando y menos sin las lágrimas que pudiera derramar por él.

Gabriela se dedicó a contar historias ejemplares para mantener el control usando frases optimistas y acudiendo a la memoria de lecturas como *El profeta*, un libro de Khalil Gibran que leyó una vez y media en su adolescencia. Luego empezó a contarles sobre la trama del libro *La masacre de Tribugá* del escritor Sandro Cogollo, y ahí fue Troya. Mateo empezó a gritar que no solo los paramilitares cometían masacres y que, si lo hacían no era con otro fin que el de acabar con las guerrillas que tanto daño le estaban haciendo al país. Gabriela le pidió que se calmara porque su intención no era hablar mal de nadie sino contar la trama de un libro que no había escrito ella y que ningún fin justificaba asesinar a otras personas en un país donde no había pena de muerte.

—Es lo que merecen —insistió Mateo.

—¿Sabe una cosa, señor? —preguntó Gabriela—. La diferencia entre usted y yo es que, aunque considero que los paramilitares son unos narcotraficantes asesinos, yo no quiero para ellos la muerte sumaria. Quiero que los lleven a la justicia y que sea un juez, y no un energúmeno sin argumentos, quien decida su culpa y la pena que debe cumplir por ella.

—¿Energúmeno sin argumentos? ¿Sabe cuánta gente han secuestrado esas bestias?

—Miles. Pero es que yo no los estoy defendiendo. Creo que los guerrilleros también hacen daño y merecen también todo el peso de la ley, pero no la pena de muerte. ¿Y sabe por qué? Porque tanto los paramilitares como los guerrilleros son pueblo. Jóvenes humildes

que viven en pueblos donde no hay oportunidades ni de empleo ni de educación.

—¿Los estás justificando? O sea, ¿si uno se queda sin empleo se puede volver un matón criminal o un secuestrador?

—No he dicho eso. Dije que hay pueblos donde no existen economías legales, donde un niño, al nacer, ya está condenado a la ilegalidad. No es el caso de Medellín, de Bogotá o Cartagena, pero sí lo es, por ejemplo, del municipio donde nos estamos quedando. En esas ciudades, así sea vendiendo arepas, uno sobrevive, aquí no. Tal vez a usted no le tocó pasar necesidades, y ojalá nunca le toque, amigo, pero una cosa es criticar desde la comodidad y otra, muy distinta, es amanecer y ver llorando a su mamá o a sus hijos de hambre porque no tienen nada que comer. ¿O acaso ha sabido de un solo caso donde el soldadito muerto o el paramilitar muerto o el guerrillero muerto sea hijo de un senador, de un ministro o de un industrial? No tiene que responderme porque sé que no. Todos ellos son pueblo matando pueblo. Pueblo usado como carne de cañón para defender a los que se roban y violentan este país. Los de arriba les niegan la educación y el trabajo digno para poderlos mantener en la guerra. Unos atacando, otros defendiendo. Es lo que está pasando.

Un silencio de probación se tomó la lancha. Poco a poco, mientras el aguacero iba amainando, las nubes se desvanecían y la luna se hacía más visible. Gabriela se puso al frente de la administración de la tragedia y les pidió a todos que pusieran sobre una de las bancas la comida y las bebidas que les quedaban. La pareja de ancianos se mostró reacia a compartir su comida y don Ramiro opinó que cada cual se defendiera con lo que traía. Gabriela se enojó y de la peor manera:

—Todos me entregan ya mismo la comida que llevan en sus bolsos o se bajan de la lancha —les gritó con una fiereza tan inusual en una mujer de apariencia dulce que hasta ella sintió miedo de sí misma.

Aunque la amenaza no cayó bien entre la pareja. Mateo salió en defensa de los ancianos.

—Es su comida, es su propiedad, ellos verán cómo la usan.

—¿Qué dice? —le preguntó Gabriela, amenazante, y advirtió a todos con indignación—: Escuchen bien. Estamos juntos en esto, ¿no han entendido? Si se salva uno, nos salvamos todos. Somos una comunidad, por si no lo han notado. El individualismo a la mierda o morimos todos.

—Pero hay reglas, señorita. La propiedad privada se respeta.

—Váyase al carajo con sus malditas tesis neoliberales porque aquí, y en esta circunstancia, no aplican. O hacen lo que les digo o se van a la mierda todos, y que el egoísmo se tome la lancha y que sobreviva el más fuerte. Y créanme que, precisamente, ustedes no son los más fuertes, amigo y amiga —les advirtió a los ancianos poniendo la cara muy cerca de las suyas.

Mateo recapacitó y, con cierto resquemor, respaldó la petición de Gabriela:

—No sé si tenga razón, pero hagan lo que les dice.

—Qué fácil se ablanda, amigo —le gritó el anciano en tono de burla.

—Pongan la maldita comida sobre la banca ya, o yo mismo me encargo de empujar a los que se atrevan a sacar ventaja sobre el otro en un momento tan trágico como este —advirtió.

Muy asustados por las amenazas, los dos ancianos y Mary, la cuñada de Martelo, hicieron caso. Entendieron a las malas que Gabriela y Mateo estaban hablando en serio y que, en adelante, ellos dos liderarían la causa de salvarse.

El primer inventario que se hizo fue deprimente. Mary aportó un par de chocorramos y dos botellas de agua. Los ancianos aportaron dos bananos, un paquete de galletas y otras dos botellas con agua. Gabriela entregó cuatro sobres de proteínas en barra, una botella con agua y media totuma con manjar blanco que le llevaba de regalo a Juana Perea y a su esposo. Mateo entregó las seis bolsitas con el refrigerio que le pensaba entregar a sus seis clientes en la tarde. Cada uno se componía de una botellita plástica con 250 centímetros cúbicos de jugo tropical, una pera verde, un bocadillo de guayaba y un paquete de maní salado. En el cajón de Óscar encontraron un par de litros de agua y los almuerzos que les había empacado Carmen Rosa para él y para Milton. Los alimentos cocidos

estaban en un portacomidas que, por alguna razón, aún permanecía tibio. Dentro de los recipientes encontraron arroz de coco, medio pargo rojo para cada uno, cuatro pataconas y ensalada de cebolla y tomate rociada con limón.

Con el inventario sobre la banca, Gabriela calculó las raciones y les entregó una buena noticia:

—Tenemos comida y agua para sobrevivir dos días, siempre y cuando nadie gaste energías infructuosamente y siempre y cuando nadie proteste por la ración que reciba, porque seré lo más equitativa y tacaña posible. ¿Entendieron?

Un silencio de conformidad supuso implícita una respuesta positiva.

—Lo primero que vamos a comer es esto —les dijo a todos, exhibiendo el portacomidas de Óscar, y explicó—: Es comida cocinada. Si no la ingerimos ya, se daña. Los no perecederos se guardan para después.

—Comida de negros, esto es asqueroso —gritó Mary, con escrúpulos.

—Si no come ahora, tendrá que esperar hasta la repartición de la próxima ración, que será dentro de doce horas, señora. ¿Le queda claro?

—Ustedes cómanse esa cosa asquerosa. A mí me da lo mismo morirme ahogada o de hambre —respondió.

—Señora, usted no ha entendido. Si no come de lo que todos vamos a comer ahora, pierde su oportunidad. Tendrá que esperar a que volvamos a repartir comida y eso no será hasta mañana al mediodía. Solo comeremos dos veces al día.

Mary, digna, no respondió. Los almuerzos de Óscar y Milton Mosquera fueron repartidos entre los otros cuatro ocupantes, mientras Mary refunfuñaba casi al oído de Elena:

—Malditos negros asesinos, comida asquerosa de asesinos.

—Deberías probarla al menos. Está sabrosa —le aconsejó Elena.

La mujer volvió a rehusarse, se encogió de hombros y se giró para no verlos comer.

Cuando terminaron de engullirse, con las manos, la comida preparada por Carmen Rosa, decidieron intentar encender el motor

de la lancha de nuevo. Intento fallido. El motor seguía muerto. Rememorando los tiempos en que su padre desbarataba y armaba, cada mes un viejo Studebaker del año 62 heredado de su abuelo, Mateo pensó que podría tratarse de mugre en el filtro de la gasolina y le pidió a don Ramiro que le ayudara a destapar el carburador con la herramienta que había dentro del cajón del lanchero. Lo intentaron durante un largo rato, pero no tenían toda la herramienta requerida y la oscuridad no les ayudaba. Sin embargo, soplaron los chicleres y volvieron a armar el aparato con mucha fe puesta en que este intento sería efectivo. Hubo mucha expectativa en la lancha cuando Mateo y don Ramiro se dispusieron a halar de la guaya. Doña Elena les pidió que le permitieran bendecir el nuevo intento y así lo hizo. Se persignó, dibujó tres cruces imaginarias con la mano sobre el motor y cerró los ojos en espera de escuchar su rugido.

Pero nada funcionó. Mateo se cansó de intentarlo. Luego lo intentó don Ramiro. El motor estaba completamente muerto. Todos lo lamentaron en silencio.

—Tenemos que esperar hasta el amanecer a ver si nos rescatan —suspiró Mateo.

—¿A ver si nos rescatan? ¿Es que acaso está pensando que no nos van a encontrar? —preguntó Mary con rabia y desconsuelo.

—Nos van a encontrar —exclamó Gabriela, tratando de transmitir entusiasmo, mientras una luna enorme empezaba a alumbrar los riscos de agua que golpeaban contra la embarcación.

SEIS

Las reglas de juego se respetan

A las cinco en punto de la mañana, aún en penumbras, Carmen Rosa y Martina, las esposas de Óscar y de Milton, y unos ocho hombres —entre ellos Farid Mosquera, el padre del ayudante—, todos con cara de haber trasnochado, aparecieron en el muelle para emprender la búsqueda, en una lancha prestada por el Ejército. Ninguna de las dos mujeres pudo subir, por órdenes mal intencionadas del capitán Orjuela. Ellas protestaron porque se sentían con derecho de estar allí, pero al final cedieron sin estar de acuerdo y se quedaron en Nuquí esperando noticias de sus esposos. Doña Idalia, madre de Carmen Rosa, preparó una descomunal olla con sancocho de pescado para agradecer a los integrantes de las brigadas de búsqueda y agregó unos platos de más, segura del regreso de su yerno y su ayudante.

Como la noticia del posible naufragio ya se había regado como pólvora por todos los rincones del pueblo, más de un lugareño fue a consolarlas sin perder de vista el manjar que se estaba cocinando. A Óscar la comunidad lo quería porque era un hombre servicial y pacífico que mediaba en las peleas que presenciaba, prestaba dinero sin cobrar intereses a quien lo necesitara y, en no pocas ocasiones, su lancha había servido como ambulancia para evacuar heridos y enfermos hasta poblados con mejor infraestructura social.

A la misma hora, las familias de Gabriela y Mateo empezaban el día sin si quiera imaginar el drama que estaban viviendo ellos en alta mar. En Bogotá, junto a su padre, el pequeño Samuel expelía bocanadas de aire helado, abrazado a su gato, en una esquina cercana de su casa, donde esperaba todos los días el bus que lo llevaba al colegio. En Cartagena, Julieta conducía su auto rumbo al colegio de sus gemelas, que yacían dormidas en el puesto de atrás, abrazadas a su perro Max, atravesando calles vacías con semáforos ignorados, escuchando música vallenata y cantando en voz baja mientras secaba su cabello con el viento que entraba por la ventana del carro. Su mente enviaba ráfagas de recuerdos al lado de su amado Mateo, ignorando que, a esa hora, el pobre trataba de sortear el peor momento de su vida.

Entre olas amenazantes, bajo un cielo atiborrado de nubes grises y densas, y aún con las ropas húmedas, Mateo y Gabriela soportaban el frío de la madrugada, enroscados como camarones, con las manos entre las piernas, sobre el casco de la lancha, al vaivén de las corrientes marinas. Sin mirarse, pues tenían sus cabezas metidas entre los hombros encogidos, seguían hablando sobre sus maravillosas parejas y sus estupendos hijos para mantener viva la llama de la esperanza de volver a verlos.

—No puedo con el frío —dijo Mateo con voz temblorosa y agregó con nostalgia—: lo que daría por estar en Cartagena.

—Si es por el clima, yo no debería extrañar a Bogotá.

Ambos sonrieron levemente.

—¿Y qué hay de tus padres?

—Casi que ni los conocí. Murieron en un accidente cuando era niña.

—Cuánto lo lamento —exclamó Mateo con un resoplo mientras empuñaba sus labios.

De repente se escuchó la voz de Mary. Se notaba bastante afectada y nerviosa:

—¿La señora "filósofa" por qué no deja de hablar tanta mierda con el señor "empresario" y nos ponemos más bien a mirar cómo salimos de aquí?

—Estamos hablando de nuestras familias, mi señora. Amo a mi esposa y a mis hijas y me encanta hablar de ellas en todas partes. Eso no es hablar mierda —explicó Mateo, y anotó—: Créame que, si hubiera algo que hacer para salir de aquí, ya lo hubiéramos hecho. No depende de nosotros. ¿O usted sabe arreglar lanchas? ¿Alguien sabe arreglar lanchas? Nadie. Nos toca esperar a que nos encuentren.

Gabriela alzó la mirada para enfocarlo:

—Te brillan los ojos cuando habla de ellas —le dijo en secreto.

—¿Lo alcanzaste a notar?

—Sí. La mirada se te llena de luz.

—Debe ser porque las amo más que a mí mismo.

—Ojalá salgamos de esto rápido para que puedas volver a verlas en los cinco días que les prometiste...

—Dios todopoderoso te oiga. No voy a decir esto por vanidad, pero sin mí esas tres princesas se mueren.

—Suena un poco prepotente, pero puede ser verdad. No lo siento inmodesto, yo tampoco creo que Esteban y mi pequeño Sammy sobrevivan sin mí. Los mataría la tristeza.

***

Ya en su puesto de trabajo en Bogotá, como director de licencias ambientales, sin saber que su mujer estaba a la deriva sobre el océano Pacífico, a Esteban le llegó la hora de tomar una decisión muy importante, una que marcaría un punto de quiebre en su carrera profesional. Se trataba de una reunión en la que él, como director, en compañía de un comité técnico, debían decidir sobre la viabilidad —o no— de la licencia ambiental para el proyecto del Puerto de Tribugá.

Gabriela y su compañera Sofía, dirigentes de la Fundación Mares Vivos, eran las principales opositoras al proyecto por considerarlo dañino, en grado máximo, para la biodiversidad de la zona, y Esteban tenía la misión de impedir que esa licencia fuera otorgada.

Tenía un problema: no sabía si declarar o no su conflicto de interés, al ser esposo de la representante legal de la fundación demandante. A todas luces era lo correcto, pero en el fondo presentía que la salud del planeta merecía esa mentira.

Pero el camino no estaba despejado del todo, ni siquiera ser el director garantizaba que el proyecto siguiera paralizado o se cancelara, que era lo que buscaba. Por eso se sorprendió de que dos de los miembros del comité hubieran cambiado su posicione de una semana para otra y ahora se mostraran de acuerdo con otorgar la licencia.

Entonces los increpó y les recordó el informe que habían presentado días atrás, en el que hacían una relación detallada de los estragos ambientales que se causarían con la construcción del puerto. Los funcionarios alegaron que, con nuevas técnicas constructivas y un cambio en el diseño, esos daños se podían mitigar y que por eso habían cambiado su postura. El director, calculando que perdería la votación, puesto que con los miembros que se declaraban en favor de otorgar la licencia los interesados en el puerto ya eran mayoría, decidió suspender la reunión. Sabía que a esos miembros de la junta les habían llegado al precio y no estaba dispuesto a ceder.

Al salir, visiblemente disgustado, Esteban fue abordado por Ornella, su secretaria. Ella se le acercó nerviosa y, en secreto, le dijo que había recibido una llamada del ministro de Transporte. El director pidió que lo comunicara y, sin mediar palabra, después de la llamada tomó su saco y su maletín y salió apurado, con rumbo desconocido.

Ironías de la vida. Ni Esteban sabía que su esposa estaba perdida en el mar, ni Gabriela sabía que su esposo estaba recibiendo presiones salvajes para aprobar la licencia ambiental del Puerto de Tribugá. Ella daba por descontado que Esteban actuaba como un dique moral frente a las pretensiones de los constructores y sus secuaces en el gobierno.

***

Mateo se arrodilló sobre el casco de la embarcación y estiró sus brazos hacia el agua. Quería lavarse las manos otra vez. Lo hacía constantemente, de forma maniaca. Gabriela empezó a sospechar de esa conducta y no lo quiso callar:

—Te lavas las manos cada cinco minutos.

—Sí. Me gusta mantenerlas limpias.

—¿Crees que aquí eso importe?

—Es una manía que tengo desde niño. Mi mamá nos castigaba si nos veía las manos sucias. Tal vez me quedé con esa costumbre.

—No es una costumbre —opinó Gabriela—. Es un trauma, o tal vez un TOC.

—¿Un TOC? ¿Qué es eso?

—Trastorno obsesivo compulsivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi marido tiene uno.

—¿Se lava las manos a menudo?

—Si fuera eso lo dejaría… Qué miedo me dan esas personas tan obsesivas con la limpieza.

—¿Yo te doy miedo?

—Por esas actitudes… sí, un poco.

—Qué tristeza. Pero bueno. ¿Y puedo saber cuál es el TOC que tiene tu esposo?

—Aún no. Quizá, si salimos de aquí con vida, te lo cuente.

—¿Es un asesino en serie?

Gabriela sonrió y aclaró con paciencia:

—Esteban no es capaz de aplastar un zancudo. Solo es un poco depresivo.

—Entonces, ¿qué es? Dímelo. Si no salimos de aquí, no quiero morir sin saberlo. Me mata la curiosidad.

—Es algo pendejo. El piso de nuestra casa es ajedrezado. A él no le gusta pisar las rayas que dividen las baldosas y siempre camina evitándolas.

Mateo se echó a reír a carcajadas.

—Entonces tengo dos TOC, porque también hago eso.

—Te dije que era una bobada. Mi esposo es tan… tan él, tan especial, tan lindo.

—A ti también se te nota en la mirada un brillo especial cuando hablas de él.

—No mucho —exclamó ella, en broma—. Ese señor solo es mi vida entera.

Luego dejó escapar, por primera vez en horas, una pequeña sonrisa contenida.

—Qué bello escuchar palabras así en medio de esta desolación —opinó el hombre con un dejo de nostalgia, mientras se lavaba las manos nuevamente.

***

Esa honestidad de Esteban, que tanto admiraba Gabriela, estaba a punto de ser sometida a prueba. Su esposo ingresó al despacho del ministro de Transporte y fue recibido con bastante respeto y efusividad por Augusto Rey, el asistente del ministro.

—Cómo le va, director. Soy Augusto Rey, asistente del doctor Román.

—Muy bien, gracias, fui citado por el ministro Román.

—Él se demora un poco porque lo llamaron de presidencia, pero me dejó una razón muy delicada que no sé si quiera escuchar.

—¿Él se demora?

—Sí —le dijo mirando el reloj—. Un par de horas. Pero podemos avanzar. Créame que es como si estuviera hablando con él.

—¿De qué se trata?

—Bueno, en ese caso me debe permitir su celular, si es tan amable.

Esteban se molestó por el gesto de desconfianza, pero el asistente del ministro trató de tranquilizarlo.

—Tranquilo, director, es un protocolo. Yo también dejaré de lado el mío —dijo para llenarlo de confianza mientras tomaba los dos

teléfonos y los introducía dentro de una caja hermética. Luego volvió a su puesto y, sin quitarle la mirada de encima, le dijo que iba a ser breve—. Director, están dando dos millones de dólares por la licencia ambiental de Tribugá.

—¿No es muy poco? —preguntó Esteban, ingenuamente, pensando que el asistente del ministro se refería al precio que debería pagar la constructora al gobierno por la licencia. Pero Augusto Rey, que no estaba hablando del precio formal de la licencia, sino de un soborno, se vio obligado a ser más directo:

—Director, no se haga el ingenuo… usted sabe de qué estoy hablando. Le están ofreciendo a usted, a usted, a Esteban Andrade —enfatizó— dos millones de dólares por solo firmar la licencia.

Esteban abrió los ojos, muy indignado, y se levantó de la silla exigiendo respeto:

—Oiga, respéteme. ¿Con quién cree que está hablando, ah? ¡Le pido que me respete!

—No se ponga bravo con el mensajero, director. Yo solo doy razones y me dijeron que, si se ponía muy digno, podían subir la oferta hasta tres millones, por si tiene que repartirle algo a los de la junta… ¿Los toma o los deja?

—Por supuesto que los dejo —dijo pegando un manotazo al escritorio—. No sabe con quién está tratando. Entrégueme mi teléfono, por favor —exigió con mucha molestia.

—Pero no se ponga bravo conmigo, director. Yo solo le entregué una razón.

—Ninguna razón, señor. Esto es un intento de soborno y créame que lo pondré en conocimiento de las autoridades.

—¿Con qué pruebas, director?

—Con mi palabra. Soy testigo directo.

—No le aconsejaría hacerlo, director. Es su palabra contra la mía. Me defenderé con toda. Le recuerdo que fue usted quien vino a la oficina y el que visita es el que busca. Las cámaras de seguridad no mienten.

Esteban tomó su celular y salió indignado del despacho del alto funcionario, casi sin despedirse.

El asistente del ministro se quedó preocupado, pero su secretaria, de quien tampoco se despidió Esteban, se quedó pensando, con una sonrisa, que por fin alguien salía de esa oficina con más rabia que dinero en la cuenta. En verdad le pareció hermoso ver que, por fin, alguien se resistiera a un soborno en medio de esa epidemia de codicia que devoraba a tantos hombres y mujeres que pasaban por ese despacho.

Cuando Rey salió, con evidente molestia, a desquitarse con ella, la mujer estaba gozando por dentro.

—Comuníqueme con el jefe y también con el ministro de Biodiversidad, por favor —le gritó—. Es urgente.

La secretaria logró la llamada entre Rey, Román y Juan Emilio Aristizábal, ministro de Transporte. Indignados porque una persona no se dejó comprar, acordaron pasar a una segunda estrategia para "enredar" a Andrade.

El rechazo de un soborno en un país tomado por la corrupción era como regar con agua bendita la única flor del pantano de inmundicia en que se había convertido la administración pública. Ese acto convirtió a Esteban Andrade en un estandarte anónimo de la moral y habría sido seleccionado, por un orgulloso Emmanuel Kant, como norma de conducta universal. Para la filosofía popular, en cambio, no era más que una estupidez, porque "hay que aprovechar el cuarto de hora". Para los corruptos fue una declaratoria de guerra. Negarse al soborno fue suficiente para desatar la ira del grupo que impulsaba el puerto.

***

De haber estado presente en la escena donde Esteban mandó al carajo al ministro de Transporte, luego de rechazar la posibilidad de lograr la tranquilidad económica de veinte años, Gabriela hubiera matado a besos a su esposo. Como si lo presintiera, hacía alarde de su honestidad a toda hora:

—A mi esposo le pueden ofrecer todo el oro del mundo para que se tuerza y no lo logran. Ese hombre es incorruptible.

De repente se oyó la voz de Mary. Seguía fastidiada por la conversadera:

—¿Oigan, no se van a callar? Quiero mi comida. Tengo hambre.

—Aún faltan seis horas para repartir la nueva ración, mi señora —le informó Gabriela.

—Se lo advirtieron, querida Mary —resopló Elena.

—En seis horas ya habré muerto de hambre. No sea tan inhumanos —respondió.

—Señora, yo le advertí que debía acatar unas normas mínimas o esto se vuelve un caos —contestó Gabriela.

—Yo como a la hora que me dé la gana, no a la hora que usted quiera —refunfuñó Mary, haciendo que Gabriela perdiera la compostura.

—Está bien, tiene razón. Vamos a comernos todo ya mismo —le respondió con una postura de falsa comprensión y de inmediato se incorporó y procedió a repartir todo lo que quedaba.

—No, espera —ordenó Mateo— no podemos acabar con todo de una vez sin tener la certeza de cuándo saldremos de aquí.

Enseguida todos empezaron a persuadir a Mary para que permitiera mantener las reglas dentro del barco, pero Mary no entendía razones. Tomó su ración mientras les gritaba a todos que eran una manada de malvados, asesinos, insensatos que la querían matar de hambre. Les dijo, con la mirada trastornada, que se iba a vengar de ellos y que, cuando todos estuvieran durmiendo, los iba a matar.

Don Ramiro estalló en carcajadas y preguntó con sarcasmo:

—¿Usted cree que alguien en estas circunstancias podría dormir, doña Mary?

—Dormidos o despiertos me voy a vengar… Lo juro por Dios —exclamó besando una cruz que hizo con sus dedos.

Muy asustado, don Ramiro le dijo a Mateo que a esa señora había que lanzarla al mar. Evidentemente, Mateo creyó que se trataba de una exageración, pero un segundo después de desestimar el comentario, y ante una nueva andanada de

improperios y descontrol por parte de Mary, Ramiro se levantó y, sin mediar palabras ni gesto alguno, empujó a la señora hacia el oleaje.

El cuerpo de Mary no cayó al mar porque ella se agarró con fuerza del borde, pero quedó a nada de soltarse. Todos abrieron los ojos. Todos gritaron. Todos intentaron ir hacia ella para auxiliarla, pero, de un instante a otro, sin anuncio previo, como una lengua de agua gigante, el mar escupió una enorme ola que por poco expulsa a todos del barco. Nadie supo cómo pudo Mary asirse del borde de la lancha para no caer al mar embravecido, pero ninguno podía salvarla de momento.

La ola había estremecido a todos por igual y nadie podía levantarse del piso, so pena de tragar agua a borbotones. Mateo intentó incorporarse, pero una nueva ola lo lanzó contra el suelo de la lancha. Ramiro, por su parte, parecía enajenado y cerró los ojos ante la estupefacción y el miedo de los demás, mientras acariciaba la mano de Elena, quien, al lado suyo, se tomaba una pierna con dolor.

La embarcación se movía sin parar, como si ella misma hubiera sentido la convulsión que no paraba desde el día anterior. El cuerpo de Mary, aferrado a la lancha, se mecía con cada embate del océano sin poder ser socorrido pues, como si se tratara de un juego infantil, el que no estuviese sentado era expulsado de manera cruel e inclemente.

Todo se hizo una suerte de nudo, el tiempo se contrajo. Los tripulantes se callaron y resistieron asidos a las sillas, respirando, algunos apretando los ojos, otros rezando. Pasaron tres o cuatro minutos que se sintieron como horas, hasta que el mar comenzó a calmarse, y el movimiento a cesar.

De repente, el sol se asomó detrás de la grisura opresora del cielo.

Cuando se hizo la calma, Mary, petrificada por el miedo y por el frío, fue rescatada con gran dificultad. Tocó abrirle las manos a la fuerza, pues sus dedos entumecidos no flexionaban, como si se hubiesen soldado al casco de la lancha. Gabriela increpó a Ramiro por haberla empujado. Mateo, apoyando el reclamo, se quedó mirándolo con severidad.

—Fue en defensa propia —exclamó él—. ¡Dijo que nos iba a matar!

SIETE

Siembra en el mar

Los rescatistas ya eran el doble, andaban en dos embarcaciones y se habían dividido para hacer más efectiva la búsqueda. Una lancha rápida tomó rumbo al oeste, mar adentro, y la otra se dirigió al sur, paralelo a la costa, partiendo del lugar desde donde algunos testigos, de otra lancha, dijeron haber visto la embarcación cuando se dirigía al avistamiento. Difundiendo localizaciones falsas basadas en informaciones inventadas, el comandante de policía trataba de enfocar la búsqueda hacia lugares remotos donde sabía que no estaban los náufragos.

***

Cumplido el plazo estipulado, sobre el mediodía, Gabriela repartió la comida en cinco raciones:

—Yo prefiero que mi parte se la sirvan a Elenita. Aún no tengo hambre —dijo Ramiro con un gesto de resignación y culpa, mientras miraba el cuerpo de Óscar flotando bocabajo.

—No le hagan caso —respondió Elena y al instante agregó—: Él ha sido así siempre.

Don Ramiro escondió la vergüenza que sentía por su arrebato infantil pero fatal, mientras Mateo entregaba a cada uno su pequeña ración. Entre tanto, Gabriela servía el agua en vasos plásticos, advirtiendo que al terminar de vaciar el contenido debían asegurarse de no dejarlos expuestos al viento para que cayeran al mar y para que los pudieran reutilizar.

—He visto peces, mantarrayas y tortugas con plásticos enredados en sus cuerpos. Muchos han muerto ahorcados —explicó.

—Típica pendeja. Nos estamos muriendo los seres humanos y piensan más en los animales —increpó Mary.

—Los animales son indefensos. Nosotros nos sabemos defender, señora.

—¿Podemos comer en paz? —preguntó Mateo con un gritó, poniendo fin a la discusión.

En silencio, todos comieron y bebieron sus raciones sin protestar.

—No es por amargarles la comida —les recordó Gabriela—, pero hasta dentro de doce horas no me pueden pedir nada más. Nos quedan cuatro raciones para cada uno. Si las ingerimos cada doce horas, tenemos comida para cuarenta y ocho horas. Si las agotamos hoy mismo y no nos encuentran, para mañana no tendremos qué comer.

Mateo miraba con inquietud a don Ramiro quien no había comido todo.

—Don Ramiro, cómase todo. Con hambre no va a poder soportar lo que falta: fue un accidente, hombre, no se culpe, todos estamos nerviosos —le dijo en tono amable.

Don Ramiro respondió mirando el mar y de sus ojos escaparon unas lágrimas. Enseguida Mateo entendió lo que estaba sucediendo:

—Todos somos responsables. Nada de lo ocurrido ha sido producto de la intención de alguien. Tenemos miedo y va a ser muy importante que guardemos la calma.

—Ella se va a vengar —aseguró Ramiro—. Nos va a matar a todos, estoy seguro.

Lo dijo con tal certeza que el mismísimo Mateo con su estatura y sus músculos bien desarrollados, empezó a sentir temor.

***

Al cumplirse seis horas de búsqueda, las brigadas se acercaron a Termales a reaprovisionarse de combustible. Hasta el momento no había rastro de los desaparecidos. Juana Perea se notaba muy consternada y se quiso sumar a la búsqueda, pero no se lo permitieron por falta de cupo. Luego, en una actitud un tanto sospechosa, el comandante de policía le insistió y le recomendó que desde su posada en Termales era más útil por si Gabriela se aparecía por allá o se trataba de comunicar.

En Nuquí, mientras los niños empezaban a llegar a las playas con sus largas tablas de surf, las conversaciones de los rescatistas giraban en torno a la posibilidad de un naufragio. Camilo se notaba afectado. No podía creer que la persona que le había hecho el regalo más valioso de su vida estuviera perdida en el mar. La tarde anterior había entrenado con devoción para mostrar sus avances al regreso de Gabriela.

***

En alta mar, mientras la barca era empujada por el viento hacia el lado opuesto al sol, se sentía el revoloteo y el chapuceo de las aletas de peces grandes circundando, tal vez atraídos por el cadáver de Óscar, que ya mostraba un evidente resquebrajamiento de la piel. De un momento a otro, un pequeño banco de peces de escamas brillantes, lustrosas y azuladas saltaba y se sumergía a toda velocidad a corta distancia.

—Esos peces pueden ser nuestra comida —dijo Mateo agarrando el cuchillo, pero Gabriela lo detuvo con un grito.

—Dije que aquí nadie va a matar peces.

Mateo asumió que lo dicho por Gabriela se trataba de una broma y soltó una risa.

—No puedes estar hablando en serio.

—Estoy hablando muy en serio.

—No seas tan ridícula, señora —le gritó y agregó con autoridad —: No nos vamos a morir de hambre por su pendejada animalista.

—Me pueden decir idiota o lo que quieran, pero aquí nadie mata un pez.

—Señorita Gabriela, sentido común, por favor —suplicó don Ramiro.

—Ya les dije. Aquí nadie mata un pez… Y les pregunto: ¿qué pasaría si uno de esos peces fuera uno de nosotros?

—¡Dios, dame paciencia! —exclamó Mateo suplicando al cielo, y grito con desespero—: ¡No soy un puto pez, pero si mañana encarno en uno los autorizo para que me coman! No se van a morir de hambre por pesar conmigo. Por favor. Esto es una locura.

—Mañana se nos acaba la comida, mi amor —exclamó doña Elena en tono maternal, pero Gabriela siguió empeñada en defender a cuatro escualos que seguían rondando la embarcación con una frase motivacional que desarmó a todos:

—Mañana vamos a comer en nuestras casas. Y si ya perdieron la fe, háganlo —dijo quitándose del medio—. Si creen que mañana vamos a seguir aquí, maten un tiburón y guárdenlo para varios días. Pero yo no he perdido la fe. Yo quiero que mañana todos estemos en casa— exclamó sin mucho convencimiento, pero segura de estarles salvando la vida a los peces con esa actitud.

Un silencio de esperanza, mezclado con brisa fresca, recorrió los rostros de los sobrevivientes.

Los tiburones empezaron a tragarse a Óscar mientras todos volteaban la mirada hacia el lado contrario de la sangrienta escena.

—Lo mejor es soltarlo. De nada nos sirve llevarle a la esposa un cadáver mutilado y hecho pedazos —aconsejó don Ramiro, y de inmediato Mateo procedió a soltar el lazo del que pendía el cuerpo de Óscar.

Mientras el cuerpo empezaba a descender lentamente hacia el fondo del mar, Elena les pidió rezar un padre nuestro y elevar una oración por su alma. La única que no participó de la ceremonia fue Mary. El cadáver de Óscar desapareció justo en el lugar donde él hubiera querido; su mar precioso, el océano Pacífico de sus sueños, su hogar, su sustento, su alegría, su cuna, su vida… La alberca

gigante cuya hermosura nunca dejó de sorprenderlo, sobre todo en verano, cuando las aguas cálidas de su Nuquí del alma recibían las migraciones de cetáceos.

Tal vez por eso no fue casualidad que en la distancia apareciera la cola de otra ballena sumergiéndose, como si las ballenas que tantas veces vio quisieran venir a despedirlo. Los pasajeros sobrevivientes se alegraron olvidando por un momento la tragedia. Gabriela no supo si usar la poca batería que le quedaba para hacer fotografías, pero se convenció de hacerlo cuando al lado del bello ejemplar aparecieron sus dos crías. El espectáculo era tan hermoso que ninguno pudo negarse a sonreír. Los tres mamíferos se exhibieron con generosidad mientras Gabriela alistaba con afán su snorkel para sumergirse con su cámara subacuática.

—¿Qué haces? —le preguntó Mateo un tanto sorprendido.

—Trabajando. Es mi oficio —le respondió Gabriela con total naturalidad—. A eso vine.

Un segundo después se sentó en el borde de la lancha y se lanzó al agua, sin pensarlo, ante la perplejidad de los demás.

—Estás muy débil para hacer eso —le gritó Elena.

Los demás aprobaron su comentario con preocupación, menos Mary, quien por dentro deseaba que se ahogara.

Gabriela sabía que la vida pasaba en el presente, así le doliera recordar a Samuel y a Esteban. Para eso estaba en Nuquí, a pesar de la desolación y violencia vividas en aquella embarcación a la deriva, y no iba a desperdiciar la oportunidad de ver una ballena con sus dos crías tan cerca. Por eso, y dosificando sus fuerzas, se acercó lo más que pudo a los animales, sin advertir que la barca, fuera de control como estaba, se alejaba peligrosamente de su humanidad cansada.

—Te estás alejando mucho —le gritó Mateo, pero sus gritos se perdieron en la inmensidad.

Gabriela ya estaba tomando fotografías y videos de los cetáceos. Estaba tan encantada que, sin darse cuenta, perdió la noción de tiempo.

Cuando las ballenas se fueron, Gabriela amarró su cámara a su cuerpo y se dispuso a regresar a la embarcación. Pero no la divisó a

simple vista. Entonces pensó que se trataba de una alucinación y trató de calmarse. Cerró los ojos, flotó de espaldas con el sol sobre su rostro, tomó aire y trató de relajarse dejando que el agua dirigiera su cuerpo. Luego abrió los ojos nuevamente y se dio cuenta que la barca no estaba donde la había dejado. No estaba. Entonces, sintió angustia, desesperación y una sensación que, por paradójica que pudiera parecer, era cercana a la claustrofobia.

Desde la barca Mateo gritaba con angustia con la esperanza de ser escuchado. Pero desde allí tampoco se veía la humanidad de Gabriela. Los rizos de agua se extendían hasta donde lo permitía la vista. Todos temieron lo peor y Mateo tuvo deseos de lanzarse al agua para ir a rescatarla, pero calculó que podía correr la misma suerte de la mujer y se abstuvo de hacerlo. Sin embargo, siguió buscando la manera de contactarla.

Entonces caminó haciendo equilibrio hasta el puesto que ocupaba Óscar y esculcó una neverita de icopor donde el capitán guardaba sus documentos. Allí encontró una bengala. Pensó que era buena idea lanzarla para que Gabriela se pudiera orientar, pero don Ramiro lo detuvo con una pregunta capciosa:

—¿Es la única que queda?

Mateo asintió, sabiendo que el anciano se iba a oponer. Y en efecto lo hizo con una reflexión:

—Entonces, ¿por qué no la guardamos para la noche, que es más efectivo?

—Se va a ahogar si no la orientamos.

—Lo dejo a su sabiduría, hijo. Solo le pido que actúe como lo haría un buen capitán.

—Si acaso puedo pensar como un buen ser humano, don Ramiro —le respondió, y enseguida lanzó la bengala.

Gabriela, que en ese momento no sabía hacia dónde nadar, vio el chorro de humo color fucsia que se formó en el cielo y tuvo ganas de desfallecer. Estaba tan lejos que se sintió sin fuerza para llegar. Sin embargo, ya orientada, se propuso intentarlo. Tomó una bocanada de aire y empezó a nadar sin desesperarse hacia la estela que dejó la columna de humo, que ya empezaba a dispersarse con el viento.

La tristeza regresó a la barca. Tres o cuatro minutos después de lanzar el artefacto luminoso al cielo, las aguas del Pacífico no daban razón de Gabriela. Mateo se llevó las manos a la cabeza y, sin quererlo, sintió cómo se le deslizaban dos lágrimas por las mejillas.

—Amaba a su esposo y a su hijo —les recordó a los demás.

—Pero qué le vamos a hacer. Ella decidió lanzarse como una loca. Ni siquiera lo pensó —refunfuñó Mary con algo de remordimiento por los deseos expresados.

—Por lo menos murió haciendo lo que le gustaba —dijo doña Elena mientras preparaba una oración por su alma.

Don Ramiro observaba a lo lejos con la esperanza de encontrar la melena de la mujer flotando sobre la superficie.

Pero Gabriela estaba lejos. Menos lejos que hacía unos minutos, pero distante aún. Sin embargo, no perdía la fe. Cada veinte metros se detenía, descansaba, tomaba aire y reanudaba la marcha, cada vez con menos fuerza. A su lado pasaron de nuevo las ballenas, pero ya no las quiso ni determinar. Entendió en ese instante que había dedicado su vida a salvar a muchos seres vivos, pero que ahora la vida que más importaba era la suya, que estaba en verdadero riesgo.

OCHO

Un salvavidas envenenado

Gabriela estaba a punto de desfallecer, cuando a pocos metros, apareció un paquete del tamaño de un televisor, envuelto en plástico negro. Enseguida lo divisó, pensó que estaba alucinando y se refregó la cara. El paquete plastificado, como de un metro por cincuenta centímetros de longitud, seguía ahí, flotando muy cerca de ella. Entonces nadó hasta él y se aferró a una de las cuerdas que lo amarraban.

Era un paquete extraño. Agarrada de ese bulto por un buen rato logró recobrar sus fuerzas, sin dejar de pensar en lo que pudiera haber dentro. Como pudo, se montó de pecho sobre la parte más ancha del paquete y empezó a remar con sus manos.

En la embarcación, Mateo no dejaba de llorar por Gabriela mientras evadía la idea de pensar que sus hijitas corrieran la misma suerte de quedar huérfanas si él no salía de allí con vida. La crisis emocional, que ya había tocado fondo con Mary, lo tocó a él. Empezó a gritar y a golpear el agua, como si quisiera cobrarle al mar la imprudencia de Gabriela.

—Por qué, por qué nos matas, por qué… —le gritaba al agua mientras pegaba puñetazos a las olas.

De repente, don Ramiro exclamó con algo de alegría, señalando el lugar donde un bulto negro se mecía con lo que parecía ser una

persona a cuestas:

—Miren. Allá. ¡Es ella!

—¿Qué es eso? —preguntó Elena.

—Si no estoy alucinando, ella viene nadando sobre una mantarraya —opinó don Ramiro.

Mateo olvidó de momento el drama y tomó los binoculares de Óscar. Descubrió, con sorpresa que, sobre esa cosa negra que por lo brillante reproducía algunos destellos del sol, venía Gabriela.

—Es Gabriela, sí, es Gabriela… —gritó emocionado—. Vamos, ayúdenme todos a remar con las manos… Vamos, vamos.

—Si me soltaran, podría ayudar —les dijo Mary.

Mateo decidió confiar en ella y le soltó las ataduras.

Y todos remaron con las manos, aunque sin mucha efectividad, hacia el lugar donde el paquete y la mujer flotaban sin rumbo. Cuando los tuvieron a menos de treinta metros, Mateo se lanzó al agua y nadó hasta ella. La encontró exhausta, casi moribunda, y la empezó a empujar hacia la barca con ansiedad. Parecía un minero transportando una descomunal esmeralda.

A menos de diez metros recibieron la cuerda con el salvavidas y de esta forma pudieron llegar hasta el casco de la nave. Entre todos los ayudaron a subir con denodado esfuerzo, incluso Mary, quien parecía estar haciendo las paces consigo misma. Mateo hizo todo lo posible por reanimar a Gabriela, y lo logró. Le dieron un poco de agua, aunque bajo una canalla advertencia de Mary:

—Ya se bebió el agua que le correspondía por hoy.

Mateo le mentó la madre con una mirada mientras regañaba a Gabriela con algo de rabia y cariño a la vez.

—¿Cómo te lanzas al agua así, de esa manera tan loca y sin medir las consecuencias, ah?

—No pensé que la lancha se fuera a alejar tanto —respondió ella con humildad, reconociendo su error.

—Estamos a la deriva. Vamos hacia donde el viento diga, no hacia donde nosotros queramos que vaya —advirtió don Ramiro, terminando de reprenderla.

—Lo siento. De verdad lo siento. Fui una irresponsable, aunque… —sonrió tocando la cámara— acabo de lograr algo que llevaba

cuatro años persiguiendo. Ya sé por qué las ballenas nunca abandonan a sus hijos y porqué identifican a sus progenitores por el sonido.

A nadie pareció importarle su descubrimiento porque enseguida Mary expresó con curiosidad:

—¿Qué vamos a hacer con el paquete? —su tono parecía indicar que conocía de lo que se trataba.

—Nada. Dejarlo seguir —aconsejó Gabriela, sospechando también su contenido.

—No deberíamos dejarlo ir —opinó don Ramiro—. Puede ser un salvavidas poderoso en una tormenta.

—Creo saber lo que contiene. Por eso opino que sería mejor dejarlo ir —expresó Gabriela con cierta desconfianza, pero abriendo la puerta a la curiosidad de todos.

—¿Qué crees que contiene? —preguntó Mary con ansiedad.

En un inicio no quiso responder. Midió las consecuencias de contar lo que sabía, pero vino la presión de todos y al final tuvo que decirlo.

—Dinos —suplicó Mateo—. ¿Qué contiene el paquete?

—O es cocaína o es dinero —aseguró Gabriela, recordando las historias que le referían cada año, cuando veía pasar, desde el hotel, a algún personaje en motocicleta nueva con su cuello repleto de cadenas de oro o de platino.

—¿Por qué lo sabe? —preguntó Ramiro con suspicacia.

—Estamos en la ruta de la droga hacia Panamá. Los narcos suelen lanzar los paquetes al agua cuando se ven descubiertos por la DEA o la policía antinarcóticos.

—Y qué esperamos para abrirlo —gritó Mary.

—No es nuestro. No nos pertenece —exclamó Gabriela con autoridad.

—No lo robamos. Lo encontramos —dijo Mateo con cierta ambición, dejando entrever una elasticidad en su moral.

—Bajo esa lógica, yo sería la dueña por haberlo encontrado. Y como dueña del paquete, pido que lo dejemos seguir su curso —ordenó la mujer, aún exhausta.

—¿Y cómo encontraste ese paquete, mi amor? —preguntó Elena, sorprendida.

—Los transportan en lanchas rápidas desde Bahía Solano o Buenaventura. El objetivo es llegar a Panamá. Esta es la ruta para llevar la droga a Centroamérica. Las lanchas viajan hacia Honduras o hasta Nicaragua repletas de droga y se devuelven repletas de dinero.

—La corriente de Humboldt —exclamó Mateo.

—Exactamente. La corriente de Humboldt —corroboró ella.

—Usted dijo que si no era droga podía ser dinero —recordó Mary sin poder esconder un dejo de ambición que Gabriela censuró con una mirada.

—Dije que podía ser dinero porque los narcotraficantes suelen tirar estos bultos desde avionetas para que sean recogidos por lanchas amigas. En ese caso, si es dinero, esta bolsa debe tener oculto un dispositivo electrónico. Un GPS.

—Si les da miedo agarrar esa plata no se preocupen. Yo la guardo toda para mí —exclamó Mary con los ojos desorbitados por la ambición.

—Si es dinero, estamos en problemas —exclamó Gabriela en tono de advertencia.

—No veo el problema. No nos lo robamos —recalcó Mateo.

—Si es dinero, es muy posible que nos encuentren muy rápido sus dueños. En ese caso nos matarán a todos —aseguró Gabriela advirtiendo que ella sabía cómo eran las cosas.

—Dios mío —exclamó Elena persignándose.

—Y si es coca, nos encontrará la dea —dijo Ramiro—. Si no tenemos una buena explicación nos llevarán a los Estados Unidos y nos condenarán sin consideración alguna. Les encanta mostrar colombianos en la prensa. Es una forma de justificar su trabajo.

—Su trabajo y su guerra perdida. En ese caso, reitero mi voto porque dejemos ir el maldito paquete —exclamó Gabriela, sin ambages.

Pero don Ramiro se opuso y con muy buenas razones.

—Si es cocaína quedémonos con el paquete. Prefiero una cárcel en los Estados Unidos a una tumba en el océano Pacífico.

Como algunos no entendieron el razonamiento, que era más una analogía a la consigna de Pablo Escobar antes de ser ultimado por las fuerzas del orden, se dispuso a explicarlo:

—Qué me importa que me pongan presos los de la DEA si voy a estar vivo. Además, puedo conseguir un abogado y explicar lo que sucedió. Ese paquete es un pasaporte a la salvación.

—¡No nos van a creer, don Ramiro! —gritó Gabriela.

—¡Y qué putas me importa! —exclamó el viejo riendo por la ironía—. Me vale madre que no me crean. Voy a estar vivo. Si dejamos ir el maldito paquete, como lo llama la señora Gabriela, vamos a perder una posibilidad de ser encontrados, de vivir. Cambio ya esta barca de mierda donde no tenemos donde cagar, donde no hay ni comida, ni bebidas, por una cárcel en los Estados Unidos. ¿Dónde les firmo ese canje?

Un silencio se apoderó de la embarcación. El dilema era grande y no era tan simple como parecía a primera vista. De algún modo todos pensaron que don Ramiro tenía razón. Si lo dejaban ir, perderían la ilusión de ser encontrados. Si se quedaban con él podían morir o ir a la cárcel. Hasta que apareció una propuesta que pareció desentrabar la discusión. Vino de Mateo:

—Opino que lo abramos. Si es dinero nos lo repartimos y cada cual mira cómo lo guarda. Si es cocaína la hundimos y se acabó el problema.

Gabriela no estuvo de acuerdo, pero Ramiro sí se sintió atraído por la propuesta y por eso pidió que la sometieran a votación.

—Esto no se trata de democracia, don Ramiro, se trata de sentido común —agregó Gabriela tratando de impedir una votación que ella sabía perdería sin atenuantes.

—Somos cinco, Mateo. Si tomamos las decisiones por mayoría y no por conveniencia, vamos a tener problemas —advirtió Gabriela.

Mateo se quedó sin argumentos, pero ya no pudo echar para atrás la medida a pesar de que sintió la censura en una mirada con fuego que le lanzó Gabriela.

—Yo voto por que abramos el paquete —dijo don Ramiro.

—Yo voto por que lo dejemos ir —suplicó Gabriela con las manos en señal de oración.

—Yo voto por que lo abramos y nos repartamos lo que encontremos dentro —dijo Mary anunciando el resultado parcial—. Dos a uno. Vamos ganando los que no somos pendejos —concluyó.

—Tu voto nos pone tres a uno y nos ganamos esa plata, mi amor —le dijo Ramiro a doña Elena tratando de convencerla con una sonrisa y un argumento más—: Haz que esta aventura de mierda valga la pena, vieja.

—No sé qué hacer —dijo la anciana con el peso de la responsabilidad sobre sus hombros—. Todos tienen razón, tanto los que quieren que dejemos ir el paquete, como los que quieren que lo abramos… ¿Qué hago, mi amor? —preguntó a su esposo mientras se deshacía de los nervios.

Ramiro aprovechó su indecisión para inducirla a votar en su favor.

—Por nuestras bodas de oro.

Elena sonrío y lo abrazó mientras tomaba la decisión.

—Está bien. Vamos a hacer que esa fecha llegue, mi amor. Voto por que dejemos ese paquete del demonio flotando por ahí sin que lo destapemos —dijo haciendo que Ramiro se llevara las manos a la cabeza.

—Nooo. ¿Qué hiciste, mujer?

Gabriela abrazó a Elena llenándola de valor.

Ramiro la miró, incrédulo, pidiéndole una explicación con la mirada.

—Si tomamos ese paquete no habrá bodas de oro, Ramiro. Te lo juro. Nos van a matar. Háganle caso a la señora Gabriela.

Ramiro se enfureció, pero no quiso exteriorizarlo.

—Queda su voto, capitán Mateo —le dijo Mary con sarcasmo—. No nos vaya a salir con una cagada. Abone algo de dinero a las demandas que le voy a poner cuando nos encuentren. Es más, si en ese paquete hay mucho dinero le juro que me olvido de demandarlo. Con lo que encontremos ahí será suficiente.

—¿Qué pasa, don Mateo, se arrugó por el miedo? ¿Le dio culillo? —presionó don Ramiro, desafiante ante su indecisión.

Mary también lo acosaba, diciéndole que con esos músculos y esa estatura no podía ser tan cobarde. Pero quien más ejercía presión psicológica, con su silencio y su actitud, era Gabriela. Ella se

sentó y se puso a jugar con el agua mientras Mateo decidía. Le estaba dando a entender que no le importaba su voto o que, a lo mejor, ya sabía qué decisión iba a tomar. En la distancia apareció de nuevo la ballena con sus dos críos y ya nadie quiso mirarla.

El tiempo se agotó y la presión del viejo y de Mary lo hicieron decidir. Mateo miró a Gabriela, luego miró al cielo como pidiendo sabiduría y, mirando las ballenas alejarse, y lanzó su voto.

—Yo voto… yo voto en blanco.

Gabriela lo observó con tanta perplejidad que lo alcanzó a incomodar. Por eso se vio en la obligación de aclarar su voto:

—Dejo la decisión en sus manos. No me quiero meter en eso. Prefiero ponerme a mirar las ballenas.

—Qué tibieza tan decepcionante —exclamó Gabriela, aterrada. Se sintió tan defraudada que optó por llevarse una de sus prendas a la cabeza y se acostó sobre una banca completa, con la cara tapada hacia el cielo.

Don Ramiro dijo que, como estaban empatados, debían volver a votar. Gabriela le respondió, con el rostro cubierto, que no contaran con ella. Que tomaran la decisión que les diera la gana tomar, que ella vería qué hacer. A Mateo le dijo que votar en blanco en un momento en el que se decidía la vida de todas las personas que iban en la lancha equivalía a ponerse de parte de los asesinos. Lo tildó de cobarde, de conveniente, de pusilánime y de otras cuantas cosas más. Incluso lo culpó de lo que pudiera pasar.

Entonces Mateo quiso pedirles que reabrieran la votación para rectificar su voto, pero fue tarde. Sintiéndose mayoría, Ramiro y Mary votaron de afán por destapar el paquete y empezaron a romperlo con el cuchillo.

Gabriela se asomó por debajo de la tela de la prenda y, al verlos tan angustiados por el afán de dinero fácil, sintió una fuerte premonición de tragedia. Fuera lo que hubiera dentro de ese paquete, las cosas iban a empeorar.

En segundos, Ramiro y Mary terminaron de cortar las cuerdas que amarraban el paquete y el contenido quedó expuesto a los ojos atónitos de Mateo quien, como Judas, supo que le había vendido el alma al diablo. Al ver los innumerables fajos de billetes de cien

dólares, su remordimiento fue tan grande y las palabras de Gabriela tan ciertas, que se quedó mirando a lo lejos para cerciorarse que los dueños del dinero no estuvieran cerca. Gabriela lo lapidó con una frase que arrancó de su corazón dolido:

—Hay ocasiones en las que tenemos que tomar partido, amigo. El silencio es cómplice.

NUEVE

Una cena muy costosa

El ocaso, a pesar de lo hermoso, con su gama de colores anaranjados y rojos en el horizonte, asomados sobre el morro, llegó cargado de pesadumbre a Nuquí. Mientras las brigadas de rescate suspendían las operaciones de búsqueda, envueltas en un halo de pesimismo y cansancio, a la oficina de Esteban entró una llamada inusual, minutos antes de salir de la Dirección de Licencias Ambientales. Ornella, su secretaria, entró agitada y nerviosa, sacudiendo las manos con emoción:

—Jefe, jefe, ¡es el ministro! —le dijo atragantándose las palabras —. Lo quiere invitar a cenar.

—¿Por qué sabe? —exclamó él muy extrañado. En tantos años de trabajar allí jamás un ministro, de los más de siete que había tenido como superior, le había hecho una invitación semejante.

—Me preguntó cómo estaba su agenda para esta noche.

—Pásame la llamada, Ornella —le dijo con cierta pereza, intuyendo que todo estaba conectado con el intento de soborno del ministro de Transporte. Entonces tomó el aparato y contestó con poco entusiasmo.

—Andrade, ¿cómo te va? —el ministro lo saludó efusivamente.

—Buenas tardes, señor ministro. ¿En qué le puedo servir? —le preguntó con mucha seriedad.

—Tengo un temita para comentarle, doctor Andrade. ¿Cómo está de tiempo esta noche?

—Si es para lo mismo de la vez pasada, no me interesa, ministro.

—¿Perdón, director? No sé de qué me está hablando.

—Estoy hablando de la propuesta que me mandó a hacer con su asistente, ministro. No quiero volver a escuchar propuestas indecentes y le advierto que, si es para eso, no cuente conmigo.

—¿Propuestas indecentes? Yo nunca he mandado propuestas indecentes con nadie. ¿De qué me habla? —protestó indignado.

—Su asistente, Augusto Rey, me ofreció tres millones de dólares por firmar la licencia ambiental para la obra del Puerto de Tribugá. De eso le hablo, ministro.

—¿Qué? Esto es inaudito —gritó indignado—. Sepa que yo jamás he mandado esa razón, doctor Andrade. Por el contrario, si lo estoy citando es para hablar de otro asunto, porque jamás me prestaría para un acto de corrupción. Así que, si tiene algo que decir, dígaselo a quien le hizo el ofrecimiento. Soy ajeno a cualquier acto de corrupción.

—Pues eso fue lo que me propuso ese señor.

—Pues si tiene la prueba, es su deber ir a denunciarlo a la Fiscalía. Por mi parte, lo voy a confrontar porque no voy a tolerar ningún acto de corrupción, y menos en mi despacho.

—Eso espero, ministro.

—Bueno, pero yo llamo para darle una buena noticia. ¿Hablamos esta noche? Cenemos.

—Está bien, ministro. Dígame dónde y a qué hora, y allá estaré muy puntual.

Esteban, siempre sumiso, se justificó ante su secretaria con una pregunta de respuesta única:

—¿Cuántas veces lo invita a cenar a uno el ministro en la vida, Ornella?

***

Esteban llegó al restaurante quince minutos antes de lo acordado, en compañía de Sofía Galindo, la socia de su esposa en la Fundación Mares Vivos. Acordaron que ella se sentaría a pocos metros para tratar de escuchar lo que dijeran el ministro y sus asesores y que le textearía algunos datos por WhatsApp, de ser necesario.

Estaban en un enorme emplazamiento, con reservados y peceras por todas partes. Ansioso, pues sabía de lo extraordinario de la invitación, se sentó donde le indicó el *maître*. El hombre le sirvió un poco de agua en una enorme copa y Esteban, cuando estuvo solo, metió la punta de la servilleta en la copa y se refrescó las sienes. Sofía sonrió al verlo. Luego Esteban dispuso todo como si nadie hubiera tocado nada. Revisó su celular, el reloj, y pensó en Samuel y en el silencio de Gabriela. De hecho, aprovechó el momento para hacerle una llamada que, desde luego, no respondió. Después le preguntó a Sofía desde la distancia:

—¿Has sabido algo de mi mujer?

—No nada. No se ha comunicado.

Mientras el tiempo corría, se llenó de pesimismo.

¿Cómo pude ser tan estúpido de creer que el ministro me podía invitar a cenar? —le dijo a Sofía mientras caminaba hacia el baño, sonriendo, con esa vergüenza que exhiben los inseguros.

—Esperemos otro poquito. Qué afán —le aconsejó ella.

—Si en quince minutos no llega nos vamos.

Pero no tuvo que esperar tanto. El ministro llegó orondo y perfumado a las nueve y veinticinco de la noche, cincuenta y cinco minutos después de la hora acordada, cuando ya Esteban daba por hecho que le habían jugado una broma pesada.

El burócrata lucía impecable. Zapatos de marca, mancuernas bañadas en oro, camisa de cuello blanco, traje oscuro, corbata de seda, el pelo engominado y oloroso a perfume dulce. Su mirada se antojaba calculadora y soberbia. Atravesó el restaurante mirando a todos por encima del hombro.

Como quien llega puntual, el ministro saludó efusivamente a Esteban, como nunca lo había hecho. El pobre seguía tan sorprendido que hasta se olvidó que estaba disgustado por la espera.

—Doctor Andrade, no tengo mucho tiempo, pero quería felicitarte por tu trabajo. Me gusta mucho lo que haces. Es usted un hombre muy eficiente y vital para nuestro país.

—Muchas gracias, señor ministro. De verdad, muchas gracias por sus palabras, me alientan mucho —le respondió Esteban, bastante sorprendido por el reconocimiento a su trabajo.

—Muy justo y merecido —recalcó el funcionario sin que se le notara sinceridad alguna, mientras bebía un sorbo de agua de una copa cristalina.

—Bueno, Andrade. Quise verte porque necesito saber cómo va el estudio de la licencia ambiental para el Puerto de Tribugá. Necesitamos que esa obra inicie cuanto antes. Está en el Plan de Desarrollo.

—¿Otra vez con lo de Tribugá, ministro? —preguntó asustado, sabiendo de qué se trataba, pero buscando ganar tiempo para organizar una respuesta—. Fui muy claro en que en esta cita no se debía tocar ese tema, doctor Román. Ahora sí entiendo la propuesta de su asistente.

—No, señor. Esto nada tiene que ver con sobornos. Se lo estoy pidiendo como funcionario del gobierno, preocupado por cumplir unas metas del plan de desarrollo.

—Pero muy curioso que tanto su asistente como usted me hablen de lo mismo.

—Mire, Andrade. Yo no voy a poner en duda su palabra, pero no me compare. Como se lo dije esta mañana, debería denunciarlo ante la Fiscalía. Además, es su deber hacerlo.

—Ese es el problema, ministro: no tengo pruebas. Es la palabra de ese señor contra la mía.

—Bueno, mientras decide qué hacer, le pregunto, sin sobornos —aclaró sonriendo —: ¿cómo va esa bendita licencia?

—Mal. Todavía no tiene viabilidad, señor ministro.

—¿Cómo que todavía no tiene viabilidad? —gritó exaltado, pero pronto volvió a entrar en el papel del hombre tranquilo—. Bueno, ¿para cuándo calculas que pueda estar?

Esteban calló abruptamente para no tener que decir lo que el ministro no quería escuchar.

—Tranquilo, diga lo que piensa. Lo que sea. Es importante para mí.

—Con todo respeto, señor ministro, pienso que no debería construirse un puerto en ese lugar —respondió Esteban, envuelto en sudor y como vomitando un sapo.

El ministro lo miró con un gesto adusto y quiso indagar más en sus razones.

—¿En qué basa su concepto, Andrade?

—Son varias razones, señor ministro, la principal es ambiental. Allí se aparean las ballenas en verano…

—Qué cosas estás diciendo, Andrade —exclamó el ministro llevándose las manos a la cabeza—. ¡Otro burócrata que antepone la vida de los animales a la de los seres humanos? ¿No se da cuenta de que la gente en el Chocó necesita prosperidad, desarrollo, empleo? Los está matando la pobreza. Ese puerto les traerá bienestar. ¡Las benditas ballenas pueden ir a parir y a follar en Guapi, en Buenaventura, en Panamá, en Costa Rica, en Malpelo, en donde les dé la puta gana! Este océano es inmenso. No porque les quitemos unas hectáreas de mar se van a poner a hacer manifestaciones contra Tribugá, o se van a quedar en Chile emputadas, mamándose el frío del Antártico en invierno.

Andrade no respondió inmediatamente, pero siguió haciendo su exposición con convicción:

—Yo entiendo eso, pero existe una barrera de coral muy grande que se perdería con la llegada de buques de gran calado, señor. Pero, sobre todo, es un lugar de inmensa riqueza natural. Es el segundo más biodiverso del mundo. Muchas especies en vías de extinción desaparecerían, miles de hectáreas de manglares morirán como sucedió por allá en los años ochenta en el Parque Natural Salamanca, ¿recuerda usted?, entre Ciénaga y Barranquilla.

—Mire, Andrade, usted es técnico y yo soy político. Sé que debemos preservar hasta lo posible nuestro hábitat, pero póngase en el lugar del presidente de la República, nuestro jefe. Él no le puede decir a un negrito de Quibdó o de Condoto que no tiene trabajo, que piense en los corales o en los manglares. Él no le puede decir a un viejo con hambre que piense en las ranas, Andrade, por

favor. El presidente tiene que solucionarle la vida a esa gente. Busquemos una solución intermedia. Rómpanse la cabeza pensando en algo que nos sirva a todos, se lo pido.

—Estamos en eso, señor.

—Dígale a su equipo que hemos considerado esas razones, pero también tenemos que resolverle la vida a la gente pobre de esa región, Andrade. Ese puerto traerá desarrollo, trabajo para las comunidades. Lo podemos hacer sin un gran impacto ambiental.

—Con todo respeto, señor ministro, las comunidades viven de la pesca artesanal, de la minería, de la explotación de la madera a baja escala. No son ricos, pero viven tranquilos. Si se hace un puerto en Nuquí, se debe hacer una autopista de doble calzada desde Pereira o Medellín. Si se hace esa carretera, vendrán miles de colonos a deforestar ese pulmón de la humanidad… vendrán las disputas violentas de las bandas criminales por apoderarse de los terrenos baldíos de los parques naturales. Van a desaparecer muchas especies, se va a romper el equilibrio ambiental y la seguridad del lugar. Será una catástrofe.

—Catástrofe lo que me está diciendo, doctor —gritó enfadado—. Esa obra es de las pocas cosas que tiene para mostrar el gobierno en infraestructura. Su gobierno, Andrade. Nuestro gobierno. Perdemos la continuación del proyecto y, perdóname, pero todo se va a la mierda.

—Opino que deberíamos hacer una consulta previa a ver qué piensan las comunidades —propuso Esteban.

—¡Qué consulta previa ni qué mierdas, Andrade! ¿Usted también con esas mamertadas? —exclamó airado el ministro y se justificó—. La principal especie del reino es el ser humano —dijo y empezó a maldecir, subiendo el tono hasta terminar gritando—. Primero el bienestar de la gente que el bienestar de los putos animales y las putas plantas y los putos ríos y los putos mares, ¿es que no entienden?

—Lo entendemos perfectamente, señor ministro. Si defendemos la naturaleza, los ríos, los mares es porque el ser humano está primero. Sin un ambiente sano y vital, sin esos putos mares y esos

putos ríos como usted los llama, el ser humano muere. Se extingue el planeta…

Román se quedó mirándolo con ira absoluta, con ganas de pegarle un puño en la cara, pero se contuvo. Había un jugoso negocio de por medio que salvar. Por eso fingió demencia y puso fin a la conversación:

—Sabes qué, Andrade. Olvídelo. Tiene razón. Vamos a socializar el proyecto y vamos a hacer las consultas con las comunidades. Haga de cuenta que esta conversación no existió. Es más, no vine. Solo quería conocer su opinión porque cuando anunciemos el proyecto los ambientalistas pondrán el grito en el cielo y queríamos tener argumentos para enfrentarlos.

—Le puedo preparar un punteo con los argumentos para que puedan sentarse a dialogar con esas organizaciones, ministro.

—Por favor. De verdad es muy importante socializar este proyecto con las cabezas visibles del activismo ambiental. Tienen que entrar en razón. No pueden seguir deteniendo el desarrollo del departamento más pobre del país con argumentos de pacotilla.

—Cuente con eso, doctor Román.

Al verlo medio atolondrado, el ministro se despidió:

—Me voy, Andrade. Pensaré en algo muy importante para ti. Tienes muchos años de experiencia en el sector y ya es hora de que des un salto cualitativo.

—Tranquilo, señor ministro, estoy dispuesto a servir a mi país desde donde ustedes dispongan, muchas gracias —dijo Esteban nervioso.

—El viceministerio, por ejemplo, es un cargo con buen salario, buenos gastos de representación, más prima técnica, más prestaciones —señaló Román.

Esteban asintió ofendido porque sentía que le estaban canjeando la firma la licencia por ese cargo, sin embargo, le quedó sonando la idea en lo más recóndito de su poca ambición.

—Muchas gracias, señor ministro. Como le dije: ustedes disponen.

—Estamos para ayudarnos, Andrade. Cuento con usted, del mismo modo que usted cuenta conmigo para lo que sea.

—Sí, señor, y muchas gracias por tenerme en cuenta para el ascenso. Si se da, bien, y si no, tranquilo, que en el cargo que tengo estoy bien. La verdad siento que aquí los cargos no se suplen por merecimientos sino por recomendaciones políticas, y yo no tengo un padrino político. El senador que me ayudó a entrar al ministerio ya está retirado. Pero yo no soy una corbata. Hago bien mi trabajo. Hay personas ocupando cargos para los que no están capacitadas y, lo peor, ni siquiera vienen a trabajar.

—Pero ¿cómo que no tienes padrino político, Andrade? ¿Con quién crees que estás hablando, ah?

Esteban respondió con un gesto neutro, tal vez porque sabía que no quería perder su independencia ni empezar a pertenecerle a alguien. Una sonrisa falsa, dos golpecitos en el hombro y el ministro se despidió mirando su reloj y dejando una estela de su perfume, con olor a madera fina revuelto con sutiles aromas sintéticos, por todo el camino. En la salida lo esperaban cuatro hombres armados pero discretos.

De repente se volteó:

—Coma algo, Andrade, pida una botella de vino, lo que quiera y se relaja. Todo quedará cubierto con mi tarjeta.

Esteban se quedó más preocupado que feliz con el encuentro y, sobre todo, pensando que a su esposa no le iba a gustar nada la idea de aceptarle altos cargos al gobierno y menos viniendo de parte de Leonidas Román, ese impresentable que tanto despreciaba. Menos sabiendo que, a cambio, iban a pedir la licencia de Tribugá.

Un crimen ambiental que seguían denunciando Gabriela y Sofía, desde hacía varios meses, y contra el que habían jurado oponerse, incluso anteponiendo sus cuerpos a las palas de los buldóceres.

Apenas sintieron que la caravana del ministro partió, Sofía regresó a la mesa que ocupaba Esteban.

—Son unos desgraciados, Esteban. Además de incoherentes. Quieren acabar con la vida dizque para arreglarles la vida a los chocoanos. No pudieron con el de puerto de Buenaventura, convirtieron a esa ciudad en un reino de narcotraficantes, contrabandistas y paramilitares y ya quieren hacer otro puerto en la misma costa. Eso me suena raro.

—Tranquila. No lo vamos a permitir. Sobre mi cadáver firmo esa licencia.

—Ojalá así sea, Esteban. No te dejes comprar con un pinche viceministerio. Tú sabes bien que el dragado y el tránsito de buques aumentaría la turbidez del agua, los residuos sólidos y metales pesados, afectando la vida de muchas especies. Mira lo que le pasó a Sandro Cogollo por denunciar estas cosas. Le tocó salir corriendo del país. ¿Te acuerdas del tuit que puso antes de irse al exilio? "Es más peligroso enfrentar el establecimiento mafioso que enfrentarse a un cáncer o a un sida. De estos últimos puedes salir vivo, del primero no".

—Gabriela está leyendo ese libro. De hecho, lo llevó al viaje.

—Yo se lo regalé por su cumpleaños. Cogollo denuncia en su libro que esto venía fraguándose desde hacía varios años. Primero mataron a cinco en Nuquí, dizque por colaboradores del ELN, y qué casualidad, los cinco muertos eran poseedores de tierra en Tribugá, justo el lugar donde planean hacer el puerto ahora.

—Fue una masacre calculada —opinó Esteban.

—Claro. Los paramilitares, pagados por los empresarios que están detrás de la construcción del Puerto, acabaron con la gente que se oponía a la obra. Unos murieron y a otros les tocó irse. Solo estamos resistiendo los de Mares Vivos y algunos habitantes, como Juana Perea.

—Pasó igual con la represa de Hidroituango —añadió Esteban—. Primero masacraron campesinos del Aro y La Granja porque se negaban a vender sus tierras y se oponían a la construcción. Luego desplazaron a los campesinos, masacraron a los que resistieron, se apoderaron de sus tierras y, al final, lanzaron el proyecto y ya. Todos multimillonarios y los campesinos jodidos, llorando a sus muertos y llorando sus parcelas. Hijos de puta, pero esta vez no van a poder. Te juro que esta vez no van a poder. Me tienen que matar primero.

Lo dijo tan en serio que, antes de despedirse, Sofía no solo le creyó. También se asustó y hasta se sintió orgullosa de él.

Mientras traían la cuenta, Esteban pensó en Gabriela y marcó de nuevo a su teléfono. No parecía haber señal. Por eso se levantó, tomó un sorbo largo de agua, puso la servilleta encima de la mesa y

se metió una mantequillera metálica, pequeña, con forma de ostra, en el bolsillo de la chaqueta. Pero antes de marcharse la volvió a dejar en su lugar.

DIEZ

La ambición mata

Cuando los sobrevivientes del Carmen Rosa terminaron de contar la cantidad de dinero que contenía el paquete encontrado por Gabriela, varios de ellos sintieron el inexorable frío de la muerte. Aunque la codicia les hubiera mostrado de manera efímera lo peligroso del asunto a tres de ellos, el éxtasis de la ambición arrasó las advertencias morales.

Eran fajos y fajos y fajos de dólares envueltos en pacas del tamaño de un libro gordo, herméticamente sellados con polietileno al vacío para evitar su contacto con el agua. Los primeros paquetes que se asomaban llevaban escritas con tinta indeleble las iniciales "AR" que se repetían por lo menos la mitad de las veces, y la otra mitad de paquetes traía las iniciales "RR".

Luego de un silencio de perplejidad, Mary tomó la palabra con los ojos muy abiertos:

—Bueno, tenemos que dividir esto por cinco.

—Un momento. Ya les dije que yo no quiero ese dinero sucio —advirtió Gabriela categóricamente.

—No está sucio —advirtió Mary exhibiendo uno de los fajos que, efectivamente, lucía limpio y brillante.

Gabriela puso cara de vergüenza ajena mientras Mateo aclaraba:

—¿Ustedes saben cuánto puede haber ahí?

—No importa la cantidad. Dijimos que lo repartiríamos en partes iguales —respondió Ramiro.

—Pues se lo pueden repartir entre los tres porque yo tampoco quiero meterme en problemas —observó Mateo con deseo de congraciarse con Gabriela. Y lo logró.

—¿Ustedes saben cuánta gente ha muerto y cuántas hectáreas de bosques han sido deforestadas para sembrar la coca y la marihuana que produjo todo este dinero?

—No sé ni me importa de dónde viene esa plata, señorita. Para mí cayó del cielo, porque tengo deudas y a mi Diosito no lo voy a despreciar. ¿Sabe cómo le pagamos este viaje a usted, don Mateo? Con tarjeta de crédito, con intereses de usura, porque en este puto país si uno no es rico, los bancos nos sacan hasta la lengua —exclamó Mary atragantándose con su sonrisa nerviosa, con ojos desorbitados.

—Pero esa no es la discusión, mi señora —advirtió Gabriela—. Arregle sus problemas financieros como le dé la gana, pero la discusión aquí es que no podemos quedarnos con un dinero que primero no es nuestro y, segundo, está manchado de sangre y, tercero, nos pone en riesgo porque por esta cantidad nos van a venir a buscar.

Mateo reforzó su argumento.

—De acuerdo con Gabriela. Esa plata viene es del infierno y al infierno nos mandarán a todos si la tocamos. Es plata del diablo. Y por la plata de la excursión no se preocupe, doña Mary, que se la vamos a devolver.

—Ah, ¿es que usted no pensaba devolvernos la plata que pagamos por esta mierda de excursión? Una demanda es lo que se va a ganar. ¿Y a mi marido quién me lo devuelve? ¿Y a mi cuñado y a su esposa? Se equivoca, don Mateo. Nos va a tener que pagar hasta la risa.

—¿Y por qué no piensa en salvarse primero para que tenga vida con qué cobrarme hasta la risa? —la exhortó Mateo.

Mary agachó la mirada buscando más argumentos entre los fajos de billetes.

—Los narcotraficantes deben estar buscando esta plata —insistió Gabriela—. ¿Ustedes creen que RR y AR están tranquilos rascándose la barriga sabiendo que tienen millones de dólares flotando en el mar? Pues claro que no. Ya deben estar buscando el dinero. Ellos saben en qué zona cayó porque los pilotos les dan las coordenadas. Es más, ¡deben estar viniendo para acá porque esos paquetes suelen tener rastreadores electrónicos!

Aunque en el fondo todos lo sabían, hubo silencio para la reflexión. Al cabo de un minuto, Mateo se acercó a Gabriela, mientras Mary y Ramiro contaban fajos de billetes con una avidez que rayaba en la demencia.

—Repartámosla entre los tres, no les vamos a rogar que sean ricos —gritó Mary, y de inmediato Gabriela les advirtió de nuevo que estaban cometiendo un grave error.

—Nos van a matar a todos —recalcó.

A ninguno de los tres les importó el discurso de Gabriela. Cuando contaron el dinero, ninguno podía creer lo que estaba viendo: eran cerca de doce millones de dólares. Tal como lo prometieron se lo dividieron entre ellos y, al final, cada uno resultó con cuatro millones de dólares en improvisadas bolsas de plástico.

Mientras embutían fajos en sus maletines y morrales, Mary encontró un artefacto electrónico muy pequeño, del tamaño de una moneda y lo escondió. No quiso contarle a nadie por temor a perder su nueva fortuna. Gabriela y Mateo hablaban en un extremo de la embarcación:

—Nos van a matar. Lo sé. Nos van a matar a todos —repetía Gabriela con suma preocupación.

—Y el problema es que cuando lleguen por el dinero, no van a preguntar quién lo agarró. Nos van a disparar a todos —agregó Mateo a estas alturas ya envuelto en una elocuente paranoia.

—Deberíamos hacer algo —dijo Gabriela sin quitarles la mirada.

—¿Qué se te ocurre?

—Irnos de aquí —opinó la mujer como poseída por una premonición.

—¿Bajarnos de la lancha?

Gabriela asintió.

—¡Estás loca! —refunfuñó él.

—Es la única manera de salvarnos.

—Podrían no venir —respondió Mateo con algo de fe.

—No van a perder doce millones de dólares. Los deben estar buscando con muchas lanchas. Más de las que nos deben estar buscando a nosotros.

—Tienes razón, pero…

—No lo podemos pensar mucho. Hay chalecos salvavidas, nos ponemos uno y llevamos otro en las manos.

—Nos van a comer los tiburones —exclamó Mateo.

—Igual vamos a morir. Yo no quiero morir vejada y tal vez violada por un narcotraficante asqueroso de esos y aparecer en la prensa como una narcotraficante. Mi hijo cargaría con ese estigma de por vida.

Mateo lo pensó largamente sin poder negar que la mujer tenía razón.

***

En Bogotá, las ballenas se jugaban su suerte y sus viajes de verano a Colombia en una especie de cumbre mafiosa que se estaba celebrando entre los ministros de Transporte, Juan Emilio Aristizábal, y de la Biodiversidad, Leonidas Román, junto con su macabra mano derecha, Augusto Rey. Los altos funcionarios estaban indignados por la oposición "tan estúpida" que el director de Licencias Ambientales estaba ejerciendo para dilatar la licencia del puerto. Y, más que indignados, ya estaban emputados.

—¿Qué esperas que no lo mandas para la mierda a ese imbécil, Leonidas? ¿Qué te pasa? —le gritaba el ministro de Transporte.

—¿Tú crees que si yo pudiera despedirlo sin el permiso del señor presidente ya no lo habría lanzado a la porra?

—¿Y por qué el presidente protege al idiota?

—Andrade es recomendado de una "amiguita" del hombre.

—No me digas… Nos jodimos —dijo Aristizábal.

—Los presidentes y su eterna costumbre de meter el pene en todas partes —dijo Román.

—Deja la doble moral, Leonidas. Si llegas a ser presidente harás lo mismo.

—No hablo sobre hipótesis —dijo con una sonrisa malena—. A Andrade hay que buscarle la caída por otro lado.

—¿Un accidente? —propuso Rey y un silencio fúnebre se tomó el lugar.

Las miradas iban y venían porque aun cuando se sabe que eran bandidos, ninguno de los tres era muy dado a solucionar las cosas con asesinatos.

—Prefiero el asesinato moral —dijo Román al cabo de unos segundos.

—Yo también —apoyó Aristizábal—. Lo otro para más adelante, si todas las estrategias fallan.

—De acuerdo. Yo no muevo un dedo sin que ustedes autoricen. Andrade es casado. Busquémosle una mocita bien linda, a ver si cae.

***

Dentro de la lancha empezaban ya los conflictos por la mala repartición del dinero. Al terminar de contar el suyo, Mary advirtió que le faltaban treinta mil dólares.

—Uno de ustedes dos los tuvo que haber agarrado —les dijo con rabia a doña Elena y a don Ramiro.

—Usted está loca.

—Loca no. Me aparecen mis treinta mil o no respondo.

—Pues si quieren volvamos a contar, yo no tengo problema —propuso doña Elena.

—Yo sí creo que hay que contar de nuevo porque no me voy a aguantar que uno de ustedes saque ventaja.

—Pongan todo de nuevo aquí —dijo don Ramiro vaciando sus bolsas sobre el casco de la lancha.

—¿Oigan, se volvieron locos? —les gritó Gabriela—. Cada uno tiene cuatro millones de dólares, ¿y están peleando por treinta mil?

—Dijimos que en partes iguales, pero uno de estos viejitos se quiere pasar de vivo. No me lo aguanto.

—Técnicamente ese dinero es mío porque yo lo encontré, ¿y me ven peleando por un solo billete del demonio?

Los tres se miraron como dando la razón, pero Mary no daba su brazo a torcer. Y en un arranque de locura, otro de los muchos que había tenido, se abalanzó sobre don Ramiro. Y estaban en la trifulca, golpes iban y venían, gritos iban y venían cuando, muy tenue, en la distancia, se escuchó el ronquido seco y brioso de un motor de caballaje respetable. Hubo un revoltijo de sensaciones dentro de la barca. A medida que el ruido se hacía más nítido y presente, Gabriela y Mateo se miraron como preguntándose mutuamente qué hacer.

—Oigan, ya paren —gritó muy fuerte Gabriela. Y, como no dejaban de pelear, se metió en el medio y les dijo con ceremoniosidad—: ¡Vienen a matarnos carajo!

Todos se silenciaron y el sonido de la lancha que se aproximaba se hizo más presente.

—Vienen a rescatarnos —gritó Ramiro, emocionado, mientras volvía a meter con afán los billetes a la bolsa.

—La virgencita me escuchó —dijo Mary vaciando en el mar el contenido del bolso donde Gabriela guardaba los pocos alimentos que quedaban para rellenarlo de fajos.

Gabriela vio con indignación cómo los alimentos se iban al océano y quiso agarrar a Mary por el pelo, pero visualizó la lancha a lo lejos y dedujo que no tenía tiempo. Como en la bolsa no le cupieron todos los fajos, Mary los distribuyó en su cintura, como una faja que moldeaba su cuerpo. De repente, algo cayó al casco de la lancha. Era el dispositivo electrónico que Mary se había guardado. Gabriela lo miró y ya no tuvo dudas:

—¡Son los dueños de la plata!

—Negociamos con ellos —dijo don Ramiro con ingenuidad, y Gabriela ya no quiso discutir más.

Al momento se sintió el sonido de dos cuerpos cayendo al agua. Gabriela y Mateo se habían lanzado al mar. Cada uno con un flotador puesto y otro en las manos.

—¿Qué hacen? —preguntó Mary muy asustada mientras la pareja se alejaba de la lancha nadando con mucha fuerza.

—Salvándose —opinó Elena con un dejo de tristeza en su mirada, mientras el ruido del motor se hacía más cercano. Luego agregó—: ¿Y por qué no hacemos lo mismo, mi amor? Estamos a tiempo.

—No tenemos la fuerza, Elena —reconoció Ramiro, resignado—. Tengamos fe que vienen a rescatarnos.

—Dios mío, compadécete de nosotros —exclamó la anciana mirando al cielo.

Minutos después llegó la lancha y todos quedaron estupefactos. El frío de la muerte recorrió sus rostros. Desde una distancia aproximada de ciento veinte metros, Gabriela y Mateo vieron llegar a la Carmen Rosa una lancha rápida con varios hombres fuertemente armados. No supieron más nada. Solo escucharon gritos de súplica y, al cabo de unos pocos minutos, varias ráfagas de fusil. Gabriela se soltó a llorar mientras Mateo le pedía silencio para no ser descubiertos.

Cuando los hombres se fueron, Mateo y Gabriela trataron de hundirse, pero sus chalecos les impidieron sumergirse del todo. Quedaron con sus vidas al azar. Si la lancha con los asesinos pasaba cerca, correrían la misma suerte de Mary, Elena y Ramiro. Entonces decidieron ponerse boca abajo y flotar como si estuvieran muertos. En esa posición, aguantando la respiración, se mantuvieron en vilo mientras la barca se alejaba. El oleaje, alborotado por la lancha, zangoloteó sus cuerpos y los alejó aún más de la Carmen Rosa.

ONCE

La inmensa y fría soledad

En Nuquí las olas estaban alborotadas, bastante picadas, propicias para los surfistas. Víctor y Camilo dialogaban en la playa, de espaldas al mar y con mucha preocupación, sobre la suerte que estarían corriendo Gabriela y los demás tripulantes, mientras Catalina cuidaba a cuatro niños y a dos niñas del club. A pocos metros de allí, Carmen Rosa, con los ojos tristes y el rostro demacrado por el insomnio, no dejaba de mirar fijo al horizonte en espera de que la lancha de su marido apareciera con todos sus pasajeros.

—Pobrecita. Todas las mañanas se sienta a esperar a su negro.

—Como Penélope, la de la canción.

Las embarcaciones que buscaban a los desaparecidos pasaban de un lugar a otro como hormigas preparando el invierno. Y, como si los pilotos la escucharan, Carmen Rosa les gritaba con desespero:

—Por ahí no, hombe. Métanse bien adentro.

Ignoraba que todo era una pantomima para no encontrarlos.

Catalina se acercó, la abrazó y le regaló unas palabras de aliento:

—Van a aparecer.

Carmen le respondió con una sonrisa tierna, que trataba de esconder sus miedos mordiéndose los labios.

—Es que tienen que aparecer porque si mi negro no aparece, yo prefiero morirme, doña Catalina.

—No diga eso, Carmen. Tienes dos hijitos que te esperan. Además, Óscar sabe mucho del mar. No se va a dejar morir —le aseguró con otro abrazo.

—Del mar nadie sabe lo suficiente —respondió Carmen Rosa con preocupación y se marchó cabizbaja y sin despedirse.

Enseguida llegó Víctor y abrazó a su esposa:

—Sería muy triste que doña Gabriela no volviera. Los niños están bajos de nota. Casi no quieren entrenar.

—Aplaza el entrenamiento, amor. Así no vale la pena —le dijo Catalina resignada, dejándose impregnar por la tristeza, mientras miraba en la arena húmeda las huellas que iba dejando Carmen Rosa al alejarse.

Víctor asintió y puso su silbato en la boca para, con tres llamados, hacer regresar a los niños y a las niñas que a esa hora entrenaban con desgano. El primero en llegar, con su sola pierna fue Camilo. Sus palabras resumieron toda la tragedia:

—Yo jugando con tremenda tabla nueva y la que me la regaló por allá sufriendo, profe.

—Deberíamos hacer una oración por ellos —opinó Catalina y nadie se opuso. Pidieron a los niños que se sentaran en círculo sobre la playa. Todos se tomaron de las manos y elevaron sus miradas al cielo. Víctor empezó la oración:

—Señor, con toda humildad queremos pedirte por la salud y la vida de nuestra amiga Gabriela, por nuestro amigo Óscar, por Milton y por todas las personas que ocupan su lancha. Tráelos a Nuquí con vida, por favor. No permitas que algo malo les suceda.

Los niños, que empezaban a sentir frío por una brisa helada que pasó de repente, repitieron la oración con devoción mientras los sobrecogía un nuevo ocaso que parecía pintar de un color naranja sus rostros y resaltaba el color de sus ojos.

***

Con gran esfuerzo y guiados por las gaviotas que se agolpaban sobre la lancha, Gabriela y Mateo lograron regresar de nuevo a la Carmen Rosa. Apesadumbrados al ver los cadáveres de Elena y Ramiro, porque el de Mary no se encontraba allí, se pusieron a llorar.

Debido a su hemofobia, Mateo tuvo que vomitar un par de veces en el mar. Por eso, fue muy poco lo que ayudó para que lanzaran los cadáveres de los ancianos al mar. Aparte de recitar una corta oración, Mateo se limitó a empujarlos, sin verlos, y a lavarse las manos con un asco que no había manifestado en todo el viaje. Antes del empujón final hacia la eternidad, Gabriela le pidió que le ayudara a entrelazar los cuerpos de los dos ancianos para que pudieran cumplir lo que posiblemente se prometieron algún día: estar unidos hasta la muerte. Los sujetaron de sus cinturas con una cuerda de las que amarraba el bulto de dinero, que evidentemente ya no estaba dentro de la lancha, y cuando ya los iban a empujar al agua, en medio de su asco Mateo, notó tres fajos de billetes de cien dólares que se asomaban dentro de la pretina de la pantaloneta del anciano, y miró a Gabriela pidiendo aprobación para tomarlos:

—Nos pueden servir de algo —le insinuó.

Gabriela soltó una carcajada y preguntó con sarcasmo:

—Ahí se te acabó el asco.

—Los podemos usar más adelante —argumentó.

—¿Estás hablando en serio? Porque si es así, ve y compras, por favor, ocho galones de agua, una ensalada para mí, una hamburguesa triple carne para ti, un motor fuera de borda nuevo, que funcione, gasolina, un GPS, ah, y una caja de chicles, nuestro aliento apesta.

—No me creas tonto —rezongó Mateo un tanto molesto.

—Piensa lo que quieras, pero creo que, en circunstancias como estas, es cuando se da uno cuenta de que el maldito dinero no sirve para una mierda.

Mateo la miró con vergüenza.

—¿Cuánto hay ahí?

—No sé, tres fajos de diez mil dólares —respondió Mateo muerto de pesar.

—¿Y qué podemos comprar aquí con treinta mil dólares? ¿Acaso una sombrilla? ¿Un porro de marihuana que necesito?

—Ah, cierto que tú fumas esa mierda.

—Te lo había contado. ¿Algún problema?

—No me importa lo que hagas con tu vida, pero me duele que, con tu puto vicio, estés financiando a los narcotraficantes que matan gente…

—Ya te dije que la siembro en el patio de mi casa. No financio asesinos. Eso lo tengo claro.

—Lo que no puedo creer es que tu esposo lo sepa y no te diga nada —opinó Mateo indignado.

—No tengo secretos con mi esposo. Él lo sabe.

—Claro… me imagino que se pegan sus trabas juntos.

—Supone mal, amigo. Mi esposo no fuma marihuana. Simplemente es un ser comprensivo, de mente abierta, como no parece serlo usted.

—Claro que lo soy.

—¿Ah sí? —sonrió y lo puso en jaque—: ¿Permitiría que su esposa fumara marihuana?

Con un largo silencio, Mateo decretó el mate.

—No me cambies el tema. ¿Qué piensas hacer con los treinta mil dólares aquí, ah? —le preguntó Gabriela.

Al cabo de unos segundos, Mateo lanzó los tres fajos al mar. Con gran pesar, observó por largo rato el dinero alejándose de la barca, mientras imaginaba lo que podía comprar con ese dinero en su mundo.

Gabriela lo aplaudió con sarcasmo.

Cuando regresó de esa especie de fantasía consumista que lo transportó hacia centros comerciales, restaurantes y almacenes de tecnología, el hombre le pidió ayuda a su acompañante para lanzar los pesados cuerpos de Elena y Ramiro a las aguas, a esa hora, heladas, del Pacífico. Luego de verlos sumergirse, durante largos minutos que consumieron la luz del día que les quedaba, se dedicaron a buscar la comida y las bebidas que habían dejado, pero solo encontraron una mínima parte. Mientras engullían con avidez lo poco que encontraron, que era lo último, Gabriela y Mateo cavilaron

sobre su situación. La luna despuntaba en el oriente, al tiempo que los últimos reflejos del sol se desvanecían entre polvaredas de nubes negras al occidente.

—No queda agua: si no nos encuentran antes de veinticuatro horas, moriremos de sed.

Sin responder nada, Gabriela se limitó a mirar al infinito mientras Mateo hacía un nuevo intento por encender el motor de la embarcación, obviamente sin éxito.

—Primero resucita un muerto —dijo y se tiró bocarriba a mirar las estrellas también.

A su mente llegaron las imágenes de sus hijas graduándose en la universidad con la sola presencia de su madre y algún padrastro distante. No le quedó más remedio que llorar. Gabriela lo intentó consolar, pero no pudo. Era tan cerrado, tan distinto, tan arrogante, que su personalidad creaba un muro.

Ambos cerraron los ojos y se quedaron imaginando a sus seres amados, en silencio, recibiendo con ilusión, en sus caras, las primeras gotas de una esperanzadora llovizna que luego se convertiría en un aguacero infernal, que al principio recibieron con la boca abierta. Parecían las plantas del desierto que agradecen la llovizna.

—¿Qué habrá pasado con Mary? —preguntó Mateo mientras refregaba sus manos al contacto con la llovizna. Gabriela se mantuvo en silencio. No quería pensar. Solo sentir las gotas de agua sobre su rostro.

***

Julieta marcó al celular de su esposo, con el afán de que sus hijas lo escucharan, pero la llamada no se concretó. Sintió un poco de tristeza, pero no se preocupó. Sabía que así era siempre. Y aunque trató de explicarles a las niñas las razones por las que Mateo no contestaba, Estefanía, la menor, con la precocidad que la caracterizaba, insistió:

—A las princesas deberían llamarlas más seguido, ¿no cierto, mamita?

—A mí me dice que soy su reina y le creo. Tu papá es alguien muy especial.

—Qué tal que esté con otra mujer, mamá, y con otras hijas —exclamó Isabella provocando una risotada de Julieta.

—No te rías —le gritó la niña con cierto disgusto.

—Es que no creo que eso esté ocurriendo, mi vida. Confío en tu padre. Siempre ha sido un hombre leal. Bueno, vamos a hacer tareas porque tenemos que madrugar.

***

El aguacero que caía sobre las humanidades de los sobrevivientes de la Carmen Rosa era miedoso, pero a la vez bendito.

—Si esta tempestad no nos hunde, nos salva la vida —apuntó Gabriela.

Estaban viviendo un diluvio acompañado de vientos muy fuertes. Las olas pasaban por encima de sus cabezas. Los expertos hubieran dicho que se trataba de una tormenta tropical, porque la velocidad de los vientos superaba los sesenta kilómetros por hora que, aunque no alcanzaban para categorizarlo como huracán, sí eran lo suficientemente intimidantes.

El agua que se acumulaba dentro de la embarcación casi los cubría por completo, pero ellos la bebían con avidez. Nadando dentro de la lancha con apenas la cabeza por fuera de la alberca que se había formado, Gabriela tuvo tiempo para hacer una reflexión.

—Se lo dije a mi esposo: si no nos mata primero el tiempo nos matará el cambio climático.

Al momento, un poderoso rayo iluminó fugazmente los rostros de la pareja, y un sonido gutural, que tardó muy poco en llegar, los hizo sumergirse con mucho miedo dentro del agua que casi hundía la lancha. Al sacar las cabezas, Mateo le sugirió rezar.

—Deberíamos orar, más bien, para que Dios, creador del cielo y de la Tierra cese su furia sobre nosotros.

—Primero saquemos el agua o nos hundimos. Luego rezamos –le contestó Gabriela con algo de escepticismo.

Enseguida se movilizaron a sacar el agua de la barca. Primero con las manos y luego con los envases que encontraron, cuidándose de dejarlos llenos para el futuro. Durante el proceso de evacuación, Gabriela sacaba manotadas de agua lluvia que bebía con agrado. Amarrándose con los pies a las bancas de la lancha, miraba al cielo y abría la boca para beber también el agua que caía en su rostro. Mateo hacía lo mismo y, de esta forma, terminaron hidratándose lo suficiente para soportar un par de días más a la deriva.

Dos horas después, el aguacero cesó y, con él la ventisca. Los cuerpos de ambos, con sus ropas empapadas, yacían en la cubierta de la lancha sin alientos. Se notaban cansados, pero con ganas de vivir. Luego de un tiempo, aprovechando que sus caras estaban tan cerca, Mateo le preguntó a Gabriela por algo que le quedó sonando:

—¿En verdad tú crees en eso del cambio climático?

—Tan cierto como que estamos perdidos.

—A mí me han dicho que eso es pura mierda.

—Los negacionistas se aterran de los ateos porque niegan a Dios, pero ellos niegan la naturaleza y su poder, que es peor.

—Dicen que la Tierra tiene tiempos calientes y eras heladas, que así ha sido siempre.

—Qué idiotas. ¿Por qué más bien no cambiamos de tema? —propuso Gabriela para no amargarse el rato.

Mateo estuvo de acuerdo y lanzó una pregunta distinta:

—¿Qué es lo que más extrañas de tu casa?

—El calor de mis dos hombrecitos —respondió ella sin pensar—. Cuánto quisiera estar en medio de ellos en estos momentos.

—Puedo brindarle un poco de ese calor, si no le molesta.

—No es que me moleste. Es que mi cuerpo no recibe calor distinto al de ellos. De todas formas, gracias.

—Quiero que sepa que se lo ofrecí sin malicia alguna.

—Lo sé. Reconozco una mala intención a kilómetros.

Aunque trataron de quedarse dormidos, sus ropas mojadas fastidiaban y mucho más cuando apareció una brisa fría. Al llegar la madrugada, en la antesala de la salida del sol, Gabriela empezó a tiritar de frío. Sabiendo que ella se lo impediría si se lo volvía a preguntar, Mateo tomó la iniciativa y, en un gesto solidario, la abrazó con sus brazos fuertes y su enorme cuerpo. Gabriela lo agradeció sin decir nada.

DOCE

Tan cerca, pero tan lejos

La mañana no trajo buenas noticias para Gabriela. Amaneció ardiendo en fiebre y al mismo tiempo seguía temblando de frío. Tirada de costado sobre el casco de la lancha y abrazando sus piernas encogidas, la mujer rogaba por que la salida del sol se produjera cuanto antes. Mateo, que lavaba sus manos con el agua que había dejado el aguacero en el piso de la lancha, trataba de ayudarla con algo de escrúpulos, pero nada era suficiente. Los primeros rayos del sol se antojaban tímidos para luchar contra el borbotón de nubes que se interponían entre su luz y el sector por donde deambulaba la lancha. El hombre, preocupado por ella y también por el terror de quedarse solo, trataba de retorcer la camiseta que se acababa de quitar dejando expuesta su musculatura.

Inmóvil, en medio del crepúsculo matutino, Gabriela se acurrucó metiendo la quijada sobre sus rodillas y lo miró de soslayo.

—Si me permites, puedo escurrir tu ropa. No puedes exponerte a una neumonía —le dijo Mateo mientras retorcía su pantaloneta sobre un recipiente.

Gabriela empezó a considerarlo. Llevaba puesto un vestido de baño de dos piezas, estampado con flores y vegetación en tonalidades verdes y amarillas, y encima un pareo de color negro.

Luego de pensarlo, y aunque el pudor la hizo dudar, la mujer comprendió que era necesario. Mateo entendió el momento y se giró dándole la espalda. Gabriela aprovechó para quitarse la ropa mientras él le hablaba sin girarse hacia ella.

—Tienes que luchar. Piensa en tu familia —le dijo con algo de desconsuelo mientras ella terminaba de desvestirse.

Mateo estiró el brazo para que la mujer colgara las prendas en él. Cuando el hombre las retorció extrayendo con su fuerza todas las gotas de agua que pudo, se las devolvió con premura y se quedó de espaldas a su compañera, mirando hacia el horizonte plateado. Cuando terminó de acicalarse, Gabriela le anunció que ya podía girarse. Él la miró con ternura y ella le agradeció el caballeroso gesto uniendo sus manos en señal de oración, pero sin dejar de temblar. Mateo trató de aproximarse con algo de temor a ser rechazado, pero el momento no se prestaba para consideraciones morales. Gabriela necesitaba el calor de su abrazo y él se atrevió. La rodeó de nuevo con sus brazos bronceados, más por el deseo de no quedarse solo que otra intención. Ella aceptó de nuevo, sin oponer resistencia.

En esa posición, abrazados, bamboleándose al vaivén de las olas, pasaron las siguientes horas, como estatuas, hasta que el sol ganó la batalla y se hizo pleno y radiante sobre sus cabezas. Ella, plácida por ese calor humano que le sanaba el malestar, y él porque sintió que la mujer ya no le tenía miedo.

Unos minutos después, una familia de ballenas interrumpió el silencioso y sanador momento. Al verlas, Mateo le señaló a Gabriela con la boca, sin soltarla, la llegada de las yubartas:

—Mira, mira, mira… —le dijo con entusiasmo.

Gabriela se giró, levantó la mirada y medio sonriente lanzó un apunte.

—Son maravillosas, llevan viajando largas semanas desde el sur. Algunas crías se quedaron por el camino. Las que alcanzaron a llegar jamás olvidarán ese largo viaje, en busca del calor, de su patria caliente.

—¿Son chilenas o argentinas?

—Ellas no tienen fronteras en sus cabezas. Son de donde se sienten bien.

Mateo soltó a Gabriela y empezó a manipular su cámara sin ningún resultado.

—¿Tú crees que si la cámara tuviera batería dejaría pasar este momento? —le preguntó la mujer.

Dando por hecho que no lograría su cometido de revivirla, Mateo se dejó envolver por la brisa fresca sobre su rostro y se quedó mirando fijo el espectáculo. Dos ballenas jorobadas, gigantes, jugando con sus críos.

—Son muy lindas —exclamó con un suspiro.

—Y pensar que hay gente que las pesca para comérselas —dijo Gabriela con algún desconsuelo.

—Soy empresario. No me gusta criticar los negocios de otros. A lo mejor de esa actividad comen muchas familias. Debe generar muchos empleos —opinó Mateo abriendo el habitáculo de la cámara donde se alojan las baterías.

—Me limpio el culo con los empleos que genera la masacre de ballenas —exclamó ella indignada.

—Tranquila. Fue solo una opinión. No encuentro diferencia alguna entre matar una ballena y matar un pescado pequeño. Entre matar un pollo o una vaca.

Gabriela prefirió guardar silencio momentáneo. No estaba dispuesta a discutir algo que para ella no tenía discusión.

—Tal vez, si los de corbata que mandan desde Bogotá vinieran aquí, cambiarían de parecer. Yo lo estoy haciendo. La pedagogía es mejor que la rabia —agregó el hombre.

—Es una magnífica idea —exclamó Gabriela con sarcasmo.

—Deberíamos invitar al ministro a Nuquí.

—Mi esposo trabaja con el Ministerio de la Biodiversidad. Es director de licencias ambientales. Me dice que su jefe no conoce un carajo del tema. Es neoliberal como tú. Solo le interesan los negocios, el billete, el resultado operacional, el porcentaje de ejecución, el crecimiento de la economía, la rentabilidad económica, pero nunca se fija en la rentabilidad social. Eso es puro capitalismo salvaje… Le diré que lo invite a conocer esta hermosura. Tienes razón, de pronto se sensibiliza.

—Invítenlo. Quien quita que el hombre, conociendo esto de primera mano, se atreva a hacer algo.

—Tampoco queremos que haga algo —exclamó Gabriela—. Queremos que dejen este paraíso quieto. Que hagan de cuenta que no existe.

—De todas maneras, invítenlo. A los políticos hay que sacarlos de los cocteles y las cenas de negocios —insistió él.

—El ministro debe estar muy preocupado haciendo lobby con las multinacionales para retomar la construcción del puerto de carga en Nuquí —aseguró ella.

—Algo leí por ahí. Dicen que será más grande que el de Buenaventura —dijo el empresario con un tufillo de orgullo patrio.

—O sea, el doble de problemas. El doble de muertos y el doble de mafias. Si hacen un puerto aquí van a acabar con todo, hasta con el turismo.

—Míralo por el lado positivo. Habrá empleo, habrá desarrollo, estas gentes podrán tener una carretera que los integre al país. Son muy pobres, la necesitan.

—¿Habrá desarrollo? ¿Y eso qué importa si esa carretera acabará con el mejor pedacito que tiene el planeta?

—Se puede hacer con cuidado de no dañar la naturaleza.

—No sea iluso. Abrir una carretera nueva atraerá oleadas migratorias. Apenas la construyan, vendrá gente de todas partes y hasta testaferros de políticos a tumbar selva para hacerse a los baldíos de la Nación o para luego venderlos a grandes latifundistas o narcotraficantes. No dejarán un árbol en pie a cientos de kilómetros a la redonda. No dejarán una hectárea de bosque intacta. Esto se llenará de vacas, toros, búfalos y palma africana. ¿Y sabes quién pagará las consecuencias?

Ante un argumento indiscutible el hombre prefirió guardar un conveniente silencio, esperando a que la mujer se respondiera a sí misma la pregunta que le acababa de hacer:

—Sus dos preciosas hijas —le dijo y remachó su comentario por si las dudas—, y sí, mi hermoso hijo también.

—Mis hijas quizá jamás vengan por este lugar —respondió con algo de ingenuidad—. En un par de años nos iremos a vivir a los

Estados Unidos.

Gabriela resopló con una sonrisa de burla, pero se llenó de paciencia para explicarle:

—¿Te puedo decir idiota? —le preguntó tratando de no perder la paciencia.

—¿Y por qué tienes que ofenderme? Estamos charlando tranquilos. ¿Ustedes los mamertos no pueden discutir sin ofender? —le preguntó con rabia.

—No me ofende que me digas mamerta. Es más, me encanta. Lo prefiero a que me digan idiota o masoquista.

—A mí sí me ofende que me digas idiota porque no lo soy.

—Está bien, te diré ingenuo. ¿Te suena mejor?

Mateo lo aprobó con una mirada rencorosa.

—Mira, ingenuo. Si destruyen esta selva, este bosque, estos millones de árboles, estas miles de especies de insectos y otros animales, no habrá quién produzca oxígeno para absorber el dióxido de carbono que tú y tus familiares y los míos producimos, y la Tierra se va a seguir recalentando. Si la Tierra se calienta más de tres grados, y te recuerdo que ya se calentó uno, se derretirán los polos, los glaciares, los nevados, Groenlandia, Siberia... ¿Entiendes? Ese hielo, don ingenuo, se volverá agua, subirán los niveles de los ríos y los mares y habrá inundaciones. Tu linda Cartagena o la bella Miami, adonde seguro te irás a vivir con tu familia en pocos años, se inundarán también. Aparecerán pandemias, huracanes más poderosos que los que hemos visto y la contaminación matará de enfermedades pulmonares a millones. Y qué decir si te vas a Europa, a China o a Australia, ingenuo, porque "efecto invernadero" no quiere decir que se pueden ir a pasear en invierno. No. Quiere decir que nos vamos a morir todos. Desaparecerá la especie humana. ¿Lo entiendes, ingenuo? En todas partes del planeta se sentirá el rigor del recalentamiento. Por eso se llama calentamiento global. Glo-bal —repitió enfatizando en la división silábica—. ¿Te sigo explicando o ya lo vas captando?

Una hermosa trampa

Esteban despertó de un sobresalto, sudando y preocupado. No pasó una buena noche. Lo tenía estresado la presión del ministro para que firmara la licencia ambiental del puerto en Tribugá. Se estaba rompiendo la cabeza por alcanzar un punto medio que satisficiera al ministro y al planeta al mismo tiempo para así mantener el cargo por el que tantos años luchó.

Con ese sentimiento de angustia vivió todo el día. Desde el momento en que dejó al pequeño Samuel, casi dormido, en la ruta del colegio, hasta pasado el mediodía cuando salió de la oficina en busca de almuerzo con una compañía inesperada. Una mujer muy bella, muy bien arreglada, alta, rubia teñida, de cabello ensortijado, sonrisa perfecta y ojos inocentes que le preguntó en el ascensor si podían almorzar juntos. A Esteban le pareció extraño porque en el pasado se habían cruzado docenas de veces sin que la mujer siquiera lo mirara. Por eso, aunque esa invitación le resultó muy extraña, aceptó. Tan premeditado estaba todo que, al llegar al restaurante, el administrador le comunicó a la mujer que la mesa que había reservado estaba lista. Ella se sonrojó, haciéndose la desentendida.

Tan pronto ordenaron al mesero —ella una ensalada mediterránea con jugo de mandarina y él una crepe de pollo al curry con una limonada de coco—, el director entendió la generosidad de la mujer:

—Me presento. Soy Daniela Mejía, asesora de despacho.

—¿De cuál despacho? —preguntó él queriendo pasar de ingenuo para corroborar su sospecha.

—Del despacho del ministro Román. ¿Nunca me habías visto?

—Sí. Sí. Muchas veces, pero… usted nunca se había dignado mirarme o dirigirme la palabra. Igual no es un reproche. Vengo a trabajar porque me gusta lo que hago y porque necesito el dinero para sostener mi hogar, no para merecer sonrisas de nadie.

—¿Eres casado?

—Soy casado y tengo un hijo.

—¿Qué edad tiene…?

—El niño.

—Me imagino que ese chiquillo es tu adoración.

—Ambos. El niño y mi esposa. Ni siquiera mi adoración. Son mi vida entera, mi razón de ser. El niño tiene siete años.

—Qué bien. A pocos hombres les oigo hablar de esa manera tan linda de sus esposas. Tú sabes, siempre están tratando de conquistarnos con mentiras, como si para nosotras, en un mundo moderno y de mente abierta, fuera un obstáculo un hombre casado.

—Debe ser porque yo a usted no la estoy conquistando, señorita —le respondió riendo, pero con sutil antipatía.

Aunque ella lo supo disimular, hasta ahí le llegó el impulso. A las claras, Daniela pretendía crear una fisura emocional para entrar por ella a la vida de Esteban. Ella, resignada; él, incómodo, almorzaron en silencio. De vez en cuando lo observaba, explorando una probable sugerencia de seducción. Miradas sutiles pero coquetas mientras la cuchara entraba a la boca, sonrisas tímidas al beber el jugo, movimientos de pelo con la excusa del calor, pero Esteban, ante la grosera obviedad, terminó su almuerzo, se levantó y le dijo que debía ir al banco.

—Dejo pago lo suyo, señorita —agregó y salió sin despedirse de beso en la mejilla. Cualquiera diría que, más que una salida grosera, fue una huida.

***

Después de un largo silencio, solo se escuchaban los golpetazos que daba el mar por debajo de la barca. Al cabo de unos segundos Mateo se tendió bocarriba y empezó a chapucear el agua.

—Eres bastante peleona, ¿sabes? —le dijo a Gabriela.

—Qué va… solo defiendo con determinación mis puntos de vista.

—Eso está bien, pero hay personas que piensan distinto y tienes que respetar eso.

—Lo acepto.

—Hay gente que cree que las drogas son más malas que el alcohol, hay personas que consideramos que el neoliberalismo y el libre mercado son el mejor sistema, el más justo. Hay quienes

creemos que el cambio climático no existe. Hay gente que incluso habla de una nueva era glaciar.

—Están equivocados o están manipulando, porque hay evidencia del aumento de temperatura. Los últimos veranos están marcando récords de temperatura en varias partes del mundo. Si hacen un puerto aquí, además de las terribles consecuencias ambientales, este pueblo perderá la tranquilidad, llegará la muerte que se instaló en Buenaventura, los grupos de limpieza, los narcos a sacar su sucia cocaína, los contrabandistas a sobornar policías para poder pasar sus mercancías, los paramilitares a picar gente y a matar líderes sociales para que no denuncien sucios negocios.

—Ustedes, como siempre, exagerados y fatalistas.

—Es cierto. Leí en las noticias que los narcos pagan 10 millones de dólares por el cargo de director de aduanas en Buenaventura. ¿Por qué cree que lo hacen? Para sacar cocaína y para entrar contrabando al país sin control alguno. Para nada más.

—Es posible —aceptó Mateo.

—Pero los negocios sucios ni siquiera son el mayor problema. Lo importante es lo que perdemos como humanos. Se irán las ballenas, las olas grandes, se irá el turismo. ¿Ahora sí lo entiendes? Y discúlpame por haberte ofendido con lo de idiota, pero es que siento mucha rabia cuando la gente camina hacia el matadero sin darse cuenta y, lo que es peor, defendiendo a sus verdugos —le dijo en tono menor, más pedagógico.

—Digamos que es cierto lo que dices, pero sé que hay mucha gente que está de acuerdo con el puerto. Así como los vallunos tienen por dónde sacar sus productos, los paisas y la gente del Eje Cafetero también merecemos un puerto cercano. Allí hay muchas industrias exportadoras.

—De empresarios que solo miran sus cuentas corrientes sin importarles lo que le pueda suceder al planeta. Además, tienen Urabá, tengo entendido que están haciendo túneles para acortar la distancia. Allí están empezando a hacer otro puerto. O pueden hacer un puerto seco. Atravesar el Pacífico en tren. Los ferrocarriles, mientras no tengan estaciones, no generan colonización.

—Te aclaro que no todos los empresarios piensan solo en la plata. Aquí, en el Chocó, hay mucha gente interesada en este puerto. Muchos nativos. Están cansados del atraso mientras el resto del país se desarrolla. ¿Les has preguntado si quieren o no el puerto? A lo mejor si lo haces, te llevas una sorpresa.

—Eso es cierto. Hay que buscarles alternativas. Aquí hay frutas exóticas que se pueden exportar. Pueden vender oxígeno. Hay matas de marihuana y coca que en algunos años van a estar legalizadas.

—No creo que legalicen esa mierda.

—Estados Unidos, Canadá y Uruguay ya legalizaron la marihuana. Muy pronto nuestros políticos jurásicos van a entender que nos estamos perdiendo de un gran negocio y de una gran oportunidad para acabar con el narcotráfico y con la pobreza de nuestros campesinos.

—No estoy de acuerdo con eso. Nuestros niños la conseguirán más fácil. No quiero que mis hijas sean drogadictas.

—¿Y crees que por estar prohibida van a estar a salvo de las drogas? —ante un silencio casi aterrador de Mateo, Gabriela decidió aclarar—: No. Claro que no. Como están las cosas hoy es peor que esté prohibida. El narco les vende a nuestros niños sin problema, porque solo les importa la plata. Si la legalizan, el gobierno solo se la venderá a los adultos. Así es en los Estados Unidos. Solo les venden a mayores de 21 años.

—No sé. Tengo muchas reservas. Pienso que a esos narcos hay que acabarlos por la fuerza.

—En esas llevan 50 años, incluso los Estados Unidos, primera potencia mundial, no ha podido ganar esa guerra. Ustedes, los paisas, han sentido más que nadie las guerras del narco y ¿qué ha pasado? Mataron a Escobar y nada. Cada día hay más drogas, cada día hay más muertos, cada día hay más drogadictos, cada día hay más presos. Es una guerra perdida. Matan un narco y nacen cien, meten preso a un capo y nacen otros diez capos. El mundo tiene que ensayar otra fórmula y esa ya está inventada hace casi cien años: la legalización. Funcionó con el alcohol, que apropósito mata más gente que todas las drogas juntas.

—Deja de hablar estupideces.

—No hablo estupideces. Hablo con conocimiento de causa. El alcohol mató a mis papás —gritó con rabia.

Mateo no se lo esperaba.

Llorando, Gabriela recordó el episodio:

—Estaba de noche, mis papás acababan de salir de la casa paterna. Mis tíos estaban celebrando el cumpleaños de la abuela. Mi papá no se midió y bebió demasiado. Yo viajaba en la parte de atrás del carro, inocente de la vida. No me acuerdo de nada más. Cuando abrí los ojos estaba en la clínica, partida en tres pedazos y mis papás nunca vinieron a verme. Hasta que me tuvieron que contar la verdad: esa misma noche del accidente murieron desnucados por el impacto.

—Dios mío, lo siento mucho —expresó Mateo con sinceridad y decidió perder la discusión con tal de no herir a su contendora.

TRECE

El odio

Al llegar a su oficina, aún repleto de dudas, Esteban pidió un café negro, muy espeso, y se sentó a calmar sus demonios. De repente, su celular vibró. Abrió el WhatsApp y leyó:

—Creerás que esto estaba preparado, pero no. Deja de subestimarte. En verdad necesito algo que tú tienes y me interesa. ¿Por qué no dejas volar tu imaginación?

Esteban se quedó pensativo. Sintió la ansiedad subiéndole por el pecho.

El celular vibró de nuevo.

Una fotografía dejaba ver las piernas de Daniela Mejía saliendo de una falda muy subida, ya insinuando las bragas. Bajo la foto se leía:

"Espero que esta no sea la última vez. La cena de esta noche la preparo yo. Cra. 4 No. 74-38, apartamento 4018. 8:00 p.m. Te espero". El mensaje terminaba con el emoji de un corazón.

Esteban se apresuró a contestarle:

"Estás loca. ¿Qué pretendes? ¿Destapa tus cartas? ¿Te mandó el ministro a seducirme?".

La pantalla se quedó vacía. La luz que se encendía con cada mensaje se quedó apagada. Pero desde ese momento, Esteban nunca volvió a ser el mismo.

Todo el día la pensó con lujuria. Aunque nunca le fue infiel a Gabriela, todo el día estuvo tentado a acudir a la cita. Todo el día estuvo distraído y sus colaboradores lo notaron.

—El jefe está ido —les dijo Ornella a quienes fueron a verlo.

Y la verdad era esa. Esteban estaba ido. Quería más fotos de la mujer. Entonces empezó a creerse el cuento, a preguntarse: "¿Y si es verdad que tengo lo mío?". Luego se enfocaba, domaba su lujuria y le marcaba a su mujer. Como no le contestaba, volvía a apagar el teléfono y se ponía a trabajar.

El monótono infinito

La inmensidad los saturó de silencio y de impotencia. Las horas se les pasaban entre el sonido del agua, la brisa sobre sus rostros y sus miradas al infinito. Mateo y Gabriela se sentían más solos que nunca. Observar el infinito los llenaba de más pesimismo. Daban y daban vueltas al aburrido paisaje y no entendían cómo se iba a producir el milagro de que los sacaran de ese infierno sin llamas. A lo lejos, muy en lo alto, vieron pasar un avión dejando una estela de CO_2. Mateo gritó muy fuerte para que lo escucharan, pero solo logró arrebatar una sonrisa a Gabriela.

—¿Para dónde irá? —preguntó resignada.

—Depende de dónde estemos.

—Si el sol se está ocultando hacia allá —dijo ella señalando el occidente, el norte es para allá.

—O sea que el avión va para el sur. Deben ir para Perú o Argentina —concluyó Mateo.

—¿Conoces por allá?

—Tengo una agencia de viajes, —recordó—. Más bien deberías preguntarme a dónde no he ido.

—¡Qué vanidosos eres, carajo! ¿Entonces dime a dónde no has ido, don Pirry?

—¿Quién es ese?

—Pirry, el periodista ese que tenía un programa donde presentaba lo más destacado de cada país.

—Ah, sí. Ya sé quién es. Bueno pues no he ido ni a Nueva Zelanda ni a Australia. De resto, creo que conozco los países más importantes de cuatro continentes.

—Yo solo conozco Colombia, México y Cuba.

—¿Conociste a Fidel?

—No. Fuimos con mi esposo de vacaciones. Nada político, aunque Esteban sí estuvo por allá cuando el proceso de paz.

—El proceso de entrega del país a las Farc, querrás decir.

—¿Sabes qué? Tengo pereza de pelear. Porque apuesto que fuiste del 50,4% que votó por el "no".

—Obviamente.

—Mejor dejemos ese tema ahí. Me da vergüenza la gente que votó para que el Acuerdo se hundiera.

—A mí me dan vergüenza los que votaron por el sí.

—¿Sabes quiénes votaron por el "sí"?

—Me imagino. Mamertos, comunistas, guerrilleros…

—No. Te equivocas. Quienes más votaron por el sí fueron las víctimas de la violencia. Por ejemplo, en Nuquí, donde llevas a tus clientes, el sí ganó por amplia mayoría. ¿Sabías eso?

—No. A lo mejor la guerrilla los sacó a votar obligados.

—No fue así. Entonces vayamos a un lugar al que la guerrilla hizo mucho daño: Bojayá. Las Farc lanzaron un cilindro bomba a una iglesia donde se estaban refugiando los desplazados del conflicto y mató, quemadas, a 115 personas, entre ellas, a 48 niños. ¿Sabes cuál fue el resultado del plebiscito allá?

—No sé ni me interesa.

—Te digo para que sepas: 97% por el "sí", 3% por el "no". ¿Y sabes por qué esa amplia votación en favor de la paz? Porque son los que sufren la violencia, el desplazamiento, el asesinato, las desapariciones. El "no" ganó en las ciudades donde no se vive la guerra. Quienes viven cómodamente y en paz, decidieron la vida de los que ven pasar las balas en frente de sus caras y sus casas a toda hora. Una aberración total.

—De todas maneras, el presidente hizo su trampa y al final logró firmar el acuerdo del diablo ese. Increíble: 10 bandidos asesinos con curules en el Congreso.

—¿Los prefieres en el monte echando bala que en el Congreso haciendo leyes como dijo un expresidente?

Mateo prefirió callar para no perder esta otra discusión.

***

A las ocho de la noche, Esteban se paró frente al número 74-38 de la carrera 4. Estaba nadando en el mar de indecisiones que se formó con su sudor. No sabía si entrar y jugarle sucio a su esposa, o dar rienda suelta a sus instintos y satisfacer su lujuria. No era una decisión fácil para un hombre que amaba a su esposa. Sin que lo notara, desde la distancia los hombres que le habían tendido la trampa tomaban fotografías con lentes de gran alcance.

Y justo cuando se disponía a oprimir el botón que lo comunicaba con la portería, se llenó de valor y se arrepintió. Pensó que Gabriela no merecía soportar el precio de su debilidad. Recordó sus caricias, sus cuidados, el hijo maravilloso que le había dado y decidió marcharse. Los secuaces de Rey se quedaron sorprendidos y Daniela se quedó desvestida. Esta vez no fue. Esteban estuvo a la altura de su debate ético interior y decidió no jugarle a la doble moral de los que critican la infidelidad teniendo amante. Un buen lector de momentos podría haber dicho, a simple vista… se aculilló.

Cuando llegó a su casa abrazó tanto y con tanto amor a su hijo que el niño le preguntó varias veces si estaba borracho.

***

Y de borrachos estaban hablando Gabriela y Mateo.

—¿Por qué tu papá tenía que beber si iba a manejar? ¿Por qué nadie se lo impidió?

—Esa pregunta me la he hecho varias veces —reconoció ella.

—Eso es muy irresponsable —criticó Mateo—. Yo jamás conduzco cuando me tomo mis wiskis. Jamás. Y menos si mis hijas y mi mujer van en el carro. Jamás.

—Hay gente que no lo sabe, pero cometen estupideces porque se detestan, se aborrecen.

—O sea, tu papá no te quería, lo digo en serio.

—Es posible. Si no se quería él, menos podía querer a los demás.

—Definitivamente. Eso se llama falta de amor propio —remarcó Mateo.

—Si nos odiamos a nosotros mismos nos queda muy difícil cuidar y amar a otros.

—Entonces hay una epidemia de odio —sugirió Mateo.

—El odio que nos han sembrado los medios, los políticos, las religiones.

—No, señora. Qué pena. El odio empieza en la casa, se traslada a la escuela donde profesores adoctrinados les enseñan a los niños a odiar todo. A odiar al gobernante, a odiar al policía, a odiar al sistema…

—Es al contrario, la gente odia a los políticos y al sistema porque solo los tienen en cuenta para pagar impuestos, para cumplir normas y leyes, a veces absurdas y abusivas, y para votar casi siempre manipulados.

—Siempre llevas todo al extremo —alegó Mateo.

—Eso crees, pero te doy argumentos. El odio no nace solo. Se cultiva, como una bacteria en un medio propicio que se llama inconformismo, incomprensión, no reconocimiento, exclusión —explicó ella.

—Por el contrario, yo creo que el odio nace del pecado, de olvidar a Dios, de querer tener lo que otros tienen. No lo justifiques más —suplicó Mateo.

—Cuando hablas de pecado pienso en gente botando comida, en adultos pegándoles a sus niños, en poderosos sembrando miedos, políticos haciendo leyes por encargo para propiciar desigualdad, periodistas defendiendo privilegios, curas pidiendo obediencia, candidatos arrodillados al poder económico de los narcos, militares

reprimiendo con brutalidad. ¿Cómo pedirle a la gente que no sienta odio? —exclamó Gabriela.

—Puro resentimiento disfrazado de justicia —ripostó Mateo.

—Tal vez. Pero el odio siempre señala una herida social, no un alma rota.

—¿O una herida espiritual que la sociedad no sabe curar porque no se acerca a Dios?

—Curarla no es rezar. Es cambiar las condiciones que infectan la herida y la sociedad tiene muchas heridas abiertas e infectadas.

—Y curarlas con rabia puede volverla monstruosa.

—Sí, te concedo esta otra. Lo dijo Federico Nietzsche: "Quien lucha contra monstruos debe procurar no convertirse en monstruo en el proceso".

—Si combates a los monstruos con odio es difícil que no te conviertas en monstruo —apuntó Mateo.

—Y cómo quieres combatir a un genocida, por ejemplo. ¿Con amor? Nooo. La rabia es la llama que mantiene viva la lucha contra ese monstruo.

—No te pido que ames al monstruo, te pido que comprendas de dónde sale ese monstruo, como lo hace Dios. ¿Sabes si en su niñez fue maltratado? ¿A lo mejor violado?

—¿Y qué culpa tiene la sociedad de que a ese monstruo le hayan hecho mierda la vida cuando niño como para venir a justificar que en su edad adulta se vuelva un genocida?

—Dios lo entendería y lo perdonaría.

—No somos Dios, afortunadamente.

—Las personas que se acercan a Dios pueden curar el odio más fácil.

—Ahí es donde yo digo: la religión es como una especie de anestesia general.

—¿Por qué? ¿Porque enseña a amar?

—No. Porque enseña a la gente a resignarse, a creer que todo pasa porque Dios quiere que pase. Y cuando pecan, les lanza tablas de salvación con una laxitud increíble que los vuelve peores. Ya imagino a asesinos católicos como Pinochet o Videla rezándole a Dios y pidiéndole que los absuelva de todos sus pecados.

—El perdón engrandece a las personas y tal vez por eso no hay nadie más grande que Jesús.

—No creo en ese perdón tan gratuito a los asesinos. ¿Sabías que Pablo Escobar tenía tatuado el nombre de Jesús en el pecho?

—El diablo confunde.

—No. Lo hizo porque creía en Jesús y porque pensaba que, teniéndolo en el pecho, no le iba a pasar nada porque él lo protegía. ¿Más religioso que ese asesino quién? ¿Y qué le mandó a decir Dios a través del que era su representante en la Tierra después de matar miles de personas? Hijo mío, te absuelvo de todos tus pecados y como penitencia debes rezar tres padres nuestros, tres avemarías y dejarle algunos bienes a la Iglesia. ¡Por favor! ¡Eso es un chiste!

—Dios es piadoso —defendió Mateo.

—Eso no es piedad, se llama impunidad, eso es reforzar la maldad. ¿Recuerdas al sicario que retrata tan bien Fernando Vallejo en *La Virgen de los sicarios*? Alexis, un muchacho joven, casi adolescente, buen mozo él, le enreda un escapulario al arma con la que va a matar a una persona y le reza a la virgen para que "le vaya bien en su trabajo". Es decir, para que la víctima muera y no vaya a quedar herida. ¡Virgencita te ruego que la vuelta me salga bien, que el paciente no quede vivo! ¿Eso qué es? —protestó indignada.

—Es posible que tengas razón en eso. Pero Dios no cree en la ley del talión. Cree en la redención, en la conversión de las almas, en la retoma del buen camino.

—Pero juzgaste a mi padre por haber conducido embriagado.

—No solo yo. Tú también lo habrás hecho mil veces. Un borracho conduciendo es un asesino en potencia. Y cuando pedimos penas ejemplares para ellos qué dicen ustedes: populismo punitivo, no a la pena de muerte, no a la cadena perpetua…

—No creemos en la pena de muerte porque el ser humano merece una segunda oportunidad de resocializarse y porque, con una justicia tan imperfecta y corrupta muchos inocentes morirían antes de demostrar que no son culpables.

—¿Si otro borracho mata a tu madre en un accidente y se comprueba que conducía embriagado no hubieras pedido una pena severa para él?

—Tal vez sí. Pero entonces me das la razón. El alcohol mata a más gente que la marihuana. Y sé que no lo sientes porque te interesa más ganar la discusión, pero te estoy diciendo la verdad. Cuando me recuperé empecé a preguntar y los médicos me lo dijeron. "Los fines de semana no damos abasto atendiendo accidentes provocados por gente tomada", me dijeron. Más de tres millones de personas mata el alcohol al año. Una barbaridad.

—Te repito que lo siento y puedes darme todos los argumentos que quieras, pero jamás estaré de acuerdo con la legalización de las drogas —puntualizó.

—Está bien, respeto lo que pienses, pero respóndeme una sola pregunta. Una sola.

—¿Cuál?

—Si por alguna razón de la vida, a una de tus hijas o las dos, porque uno nunca sabe, le tocara consumir alguna sustancia de estas…

—Eso nunca va a pasar porque a ellas lo que les va a sobrar es papá para encaminarlas o para corregirlas —interrumpió indignado.

—¿Y si no salimos de aquí?

Un silencio triste que los aterrizó en su penosa realidad, recorrió la lancha. Gabriela aprovechó para terminar la pregunta.

—Si eso pasara. Si tus hijas, o mi hijo, para hacerlo más equitativo, cayeran en las drogas, ¿dónde te gustaría que las compraran? ¿En una olla llena de malandros y gente del bajo mundo, o en un dispensario del gobierno? Respóndame con total honestidad, señor Mateo.

—No voy a responder a esa pregunta necia, porque mis hijas jamás probarán esa mierda. Lo juro.

—Yo sí respondo. Me gustaría que la compraran en una tienda controlada por el ministerio de salud. Mil veces. O que la sembraran en su casa. Y si para entonces aún estoy viva y todavía me gusta, pues acompaño a mi hijo y nos la fumamos juntos. A mi hijo no se lo dejo a la calle ni a las malas amistades.

—¡Qué horror! —gritó Mateo indignado—, pobre niño con una mamá que piense así.

—Lo mismo pienso yo. Pobres niñas con un papá tan retrógrado.

—Qué asco, qué cinismo el tuyo —exclamó Mateo—. Con razón defiendes esa mata del demonio. Oye, no tienes autoridad moral para hablar de narcotráfico. Mejor cambiemos de tema… ¡Qué decepción!

—Al contrario, tengo mucha autoridad moral para hablar de eso porque te lo vuelvo a decir: la cultivo en un invernadero en mi propia casa, no financio narcos y no soy adicta. ¿O me has visto delirando por fumar? Deja de ser tan infantil.

—La señora marihuanera dándome lecciones de moral. Vaya, vaya…

—Yo fumo marihuana, pero apuesto a que usted se emborracha con aguardiente hecho por el gobierno.

—No me gusta el aguardiente. Tomo whisky. Me emborracho de vez en cuando, pero te recuerdo que el licor es legal, esa es la diferencia —le dijo con una sonrisita, como decretando su triunfo.

—La verdadera diferencia, don ingenuo, es que el alcohol mata tres millones de personas al año mientras la marihuana no mata a una sola persona. Esa es la verdadera diferencia —recalcó Gabriela, abandonando la charla con el triunfo argumental en su bolsillo.

CATORCE

Filosofando en medio de la nada

Las ballenas se fueron. El agua del océano empezó a enfriarse por la entrada del otoño en el norte del continente y los cetáceos reemprendieron el viaje. Aunque Gabriela las llamó a gritos en medio de la locura que le iba produciendo el sol, el hambre, la sed, la soledad, no las volvieron a avistar.

Preso del hambre, Mateo empezó a buscar comida. En esas recordó los tres fajos de dinero que había sacado de la pretina de Ramiro antes de lanzarlo al mar y soltó la carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriela.

—Si me hubieras permitido conservar los treinta mil dólares, estaríamos a esta hora en el mejor restaurante del mundo. Ahora mira… no tenemos ni un peso para comprar nada. Vamos a tener que pescar.

—No vamos a pescar.

—¿Cómo que no vamos a pescar?

—No voy a comerme a mis amigos —exclamó Gabriela inmersa en una especie de delirio.

—No digas bobadas. Si queremos ver a nuestros hijos y a nuestras parejas de nuevo, tenemos que alimentarnos.

—¿Por qué su vida o la mía deberían valer más que la vida de una tortuga, una mantarraya o un pez espada? ¿Quién define eso?

¿Quién dice que nosotros, por poseer la fuerza y el poder, tenemos la razón?

—Dios… Él puso los animales en el mar para que nos pudiéramos alimentar.

—¿Y quién dice que eso fue cierto?

—La Biblia.

—Ah, la Biblia. ¿Y quién escribió la Biblia? ¿Quién nos garantiza que dijo la verdad?

—La fe.

Gabriela lo censuró con la mirada por el comentario, pero él se afanó en justificarse:

—¿O entonces por qué hizo multiplicar los peces para que todos pudieran comer?

Gabriela sonrió de nuevo y se burló de él:

—Es bella la biblia, es un hermoso relato, pero me temo, querido ingenuo, que solo quienes la leen con tanta literalidad son aquellos incapaces de imaginar que lo de la tal multiplicación de los peces es una metáfora. Una metáfora que nadie sabe si existió. No hay pruebas. Solo la fe. Nos enseñan a creer en ciertas cosas solo porque sí.

—Creo en Dios y en todo lo que dejó escrito. ¿También eres atea?

—Soy agnóstica. Creo en muchas cosas que no he visto, como tú, quizás…

Mateo tragó saliva. Sintió algo de indignación, pero decidió no discutir.

—No te preocupes, cada cual con sus creencias. Tú respetas las mías, yo respeto las tuyas —le dijo ella para tranquilizarlo—. Creo en la vida. Y si Dios creó la vida, no deberíamos matar animales para descuartizarlos y luego freírlos en una sartén, ¿no crees?

Mateo no tuvo un argumento convincente para rebatir esta reflexión y prefirió mantenerse en silencio. Un rato después anotó:

—Lo importante es que estamos de acuerdo en que Dios es el único que nos puede sacar de aquí.

Gabriela aceptó sin estar convencida del todo y Mateo le ofreció su mano:

—¿Me acompañas en una oración?

Gabriela lo pensó largos segundos que parecieron horas. Luego le respondió entregándole su mano con algo de vergüenza, mientras vociferaba en voz inaudible:

—Nada pierdo si no existe.

Y así, unidos por una necesidad, comenzaron a orar. Ella con desgano, él con devoción. A pesar de que la circunstancia no se prestaba para dobles interpretaciones, ambos sintieron culpa de cada roce, de cada contacto. Ambos sentían que traicionaban a sus parejas cada que el otro tocaba su piel. Asumiendo la situación, Mateo comenzó a orar de manera sentida por el alma de los que murieron, ignorando que, en ese mismo instante, la pobre Carmen Rosa llegaba destrozada a su casa.

Sus dos hijos la abrazaron y lloraron a su lado. Las posibilidades de haber perdido a su padre resultaban cada vez más altas. Ella los invitó a orar porque la búsqueda del día había sido infructuosa. En algún punto del universo las dos cadenas de oración se juntaron.

***

Al caer la noche, sin imaginar hacia dónde los dirigían el viento y las olas, Gabriela y Mateo sintieron miedo. El firmamento estaba dando una bella demostración de humildad, pero la barca se movía más rápido que nunca, como si estuviese siendo halada por una mano invisible. Ellos no sabían si hacia la costa o hacia más adentro del mar, pero sentían que se movían con velocidad. No había una sola nube y la luna estaba reducida a un hilo que delineaba algo parecido a una banana. En medio de aquella aterradora oscuridad y de la frenética velocidad que había alcanzado la lancha, Gabriela empezó a identificar las constelaciones. Aunque no podía concentrarse en lo que estaba diciendo, Mateo trataba de prestarle atención, pero se notaba nervioso, como si la lancha fuera a frenar abruptamente, expulsándolos hacia el océano. Pero su mente también estaba en Cartagena, pensando que, si no los encontraban mañana, cuarto día

de incomunicación, su esposa y sus dos hijitas se iban a enterar de su desaparición y sin duda empezarían a sufrir demasiado.

Cuando Gabriela se percató de estar hablando sola lo miró fijo y se silenció abruptamente.

—Perdóname —le dijo el hombre apenado—, es que si no nos encuentran mañana…

—Si no nos encuentran mañana —interrumpió ella—, esta será la última vez que veamos las estrellas. No hay agua, no hay comida. Estamos muertos. Disfrutemos este espectáculo como si cada estrella fuera una lenteja, un grano de cereal…

—Si me dejaras pescar.

—Creo que esa discusión ya está cerrada.

—La cerraste tú concluyendo que nuestras vidas valen igual a la de los peces. No, señora. ¡Valen más nuestras vidas! ¡Deja de ser tan obstinada! —refunfuñó Mateo con ironía.

—¿Por qué?

—Porque somos seres inteligentes y ellos no —respondió él airado.

—¿Inteligentes? Ja, ja, ja. ¿Inteligentes nosotros que nos estamos autodestruyendo? ¿Inteligentes nosotros que conducimos la Tierra a la debacle ambiental? ¿Inteligentes nosotros que destruimos un páramo para extraer oro? ¿Inteligentes nosotros que arruinamos un río para extraer petróleo o carbón? ¿Inteligentes nosotros que arrasamos con los bosques y las selvas para criar vacas? No me hagas reír. Inteligentes ellos que hacen posible el equilibrio de la naturaleza. Nosotros somos simples consumistas que, con el pretexto de darnos una buena vida, estamos acabando con la vida misma. Somos puro consumismo estúpido. Compramos cosas que no necesitamos porque están baratas.

—¿Qué tienes contra el consumo? Si no existiera el consumo, no existirían fábricas ni almacenes, la gente no ganaría para comer, para vestirse, para estudiar o para ir al médico. Con los impuestos que genera el consumo pagamos las escuelas y los hospitales.

—Podemos consumir responsablemente.

—Sí, claro. Viviendo como cavernícolas. ¿En serio eres tan radical? ¿Qué tiene de malo darnos nuestros gustos o algunos lujos

después de trabajar arduamente durante semanas o meses?

—Comprar un Rolex no es un lujo. Lujo el que se da un campesino que no es esclavo del tiempo y por eso no necesita un reloj. Lujo vivir en las montañas lejos del smog; lujo, y el más grande de todos, es que tu gobierno no venda tu salud como una mercancía al mejor postor.

—Todo lo idealizas. Qué difícil debe ser vivir con una persona como tú. No lo conozco, pero considero a tu esposo. Pobre hombre. ¿Le permites pensar?

—Mira quién habla de exageraciones. Por supuesto que puede pensar y hablar y hacer. Es libre. Nuestra relación se fundamenta en la libertad. Es más, muchas de las cosas que te he dicho las he aprendido de él. Ahora te pregunto: ¿qué se siente depredar el planeta donde vivirán tus hijos, tus nietos y los hijos y los nietos de ellos?

—No me siento depredando nada. Solo soy un empresario que produce para su familia y su país, para que con mis impuestos se construyan escuelas y hospitales, o para que otras personas puedan tener un empleo, por ejemplo. No veo por qué me atacas por esto.

—¿Cómo se te ocurre? No estoy atacando el que seas un empresario. Necesitamos millones como tú, pero que produzcan con responsabilidad, de manera sostenible. ¿Es mucho pedir?

—Soy responsable. Defiendo lo mío. Pago muchos impuestos para que tu esposo, que es un burócrata, pueda ganar un salario alto.

—Ahora te salí a deber.

—¿He dicho alguna mentira? Los mamertos son felices trabajando con el gobierno y con oenegés que viven del Estado, ¿y quiénes mantienen al Estado, si no somos los que pagamos impuestos?

—Te concedo una. Pero sin esos burócratas nada funcionaría. La salud, la seguridad, las vías, la educación…

—La educación de los mismos burócratas, porque la mía es privada. Las matrículas de mis hijas son costosas. Así que no me des clases de indignación financiera. Me gusta la plata, sí, pero no robo a nadie. Tengo derecho a prosperar, a emprender. Soy muy juicioso

con los negocios, me gusta trabajar, no quiero que me regalen nada. ¿Suficiente?

—¿Crees que, en un país con tanta desigualdad, a nadie hay que regalarle nada?

—Todos tenemos una cabeza, una inteligencia, dos manos, dos piernas. ¿Por qué unos podemos lograr el éxito económico y otros no? Porque son atenidos, vagos, perezosos… —exclamó Mateo a gritos.

—¿Te parece atenido o perezoso un niño de la Guajira que no tiene comida ni agua y que para estudiar tiene que caminar 10 kilómetros diarios? ¿Crees que si se le ayuda estamos promoviendo la vagancia? ¿Dónde estudiaste, Mateo?

—Eso no importa, en un colegio y después en una universidad.

—¿De verdad crees que no importa? Déjame adivinar: estudiaste en un colegio bilingüe y en una universidad privada de élite. Jamás conociste a nadie de una clase social distinta a la tuya, a no ser que fueran empleados de tu familia. Crees que eso es normal, por una especie de darwinismo social que te hace pensar que los más fuertes son los que más se esforzaron y los débiles, los que no hicieron lo suficiente. Los atenidos, como los llamas.

—Imagina lo que quieras. No te voy a escuchar más…

—¿Y cómo empezaste tu empresa? —continuó ella.

—Mi papá nos repartió en vida dos casas y con un préstamo que me hizo un tío, que a propósito ya le pagué.

—Me das la razón —exclamó Gabriela.

—¿Por qué?

—Dices que todos tenemos dos manos, dos piernas, una inteligencia y demás. Pero no todos tenemos una herencia, por pequeña que sea, un préstamo sin garantías y supongo que con bajos intereses, y no todos tenemos un colegio privado y bilingüe ni plata para pagar una universidad costosa y menos un tío rico.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho. Tiene todo que ver porque ustedes, los privilegiados, los neoliberales, quieren dejar todo a la libre competencia. ¿Pretenden que ese niño de la Guajira, o uno de aquí mismo del Chocó, que no tiene buena alimentación, que tiene que caminar o

navegar varias horas para llegar a su escuela, que no tiene la ruta del colegio en la puerta de su casa, que no tiene educación bilingüe, que no tiene cómo pagar una universidad ni un papá que le herede nada, si es que tiene papá, ni un banco que le preste plata, compita con el niño que lo tiene todo en la vida? ¿Quieres que el niño del colegio privado compita por un lugar en la economía con el niño de la Guajira o del Chocó que crece desnutrido? ¿Si se le entrega educación y alimentación mientras estudia, ese niño es un vago, un mantenido?

Los argumentos de Gabriela fueron tan claros que Mateo prefirió no responder.

—De esos desequilibrios nace la desigualdad, Mateo, y de esa desigualdad y esa falta de oportunidades nace la violencia, que todos hemos padecido en carne propia, y más ustedes, los riquitos insensibles.

—Con ese argumento estás justificando a los pillos, a los narcos, a los delincuentes, señora Gabriela. Entonces, ¿cómo soy pobre y papá Estado no me da nada puedo salir a atracar, a matar, a secuestrar?

—De alguna forma, sí. No creo que esos pillos hayan decidido en su infancia ser matones o ladrones o delincuentes cuando grandes.

—Estás loca, demente…

—Loca no. Ningún angelito de tres o cuatro años sabe lo que es la delincuencia ni para qué sirve. Todos nacen inocentes. Todos mamaban de las tetas de sus madres sin saber lo que les deparaba el destino. Todos, Pablo Escobar, el Mono Jojoy, el asesino Garavito o los hermanos Castaño, todos jugaban a la pelota o al trompo sin pensar en lo que se iban a convertir. ¿En qué momento se rompió la inocencia y de quién fue la culpa? Es ese el juicio que debemos hacer para empezar a comprender por qué existen, por qué delinquen, por qué matan.

—Cada cual es lo que quiere ser. Si tu teoría fuera cierta todo el que está desempleado o el que no ha tenido con qué estudiar sería un ladrón. Y no es así. La mayoría de gente es pobre pero honrada.

—Resignada, diría yo. Pero no todos son así. Hay millones de excluidos que un día van a salir a las calles a reclamar lo que el

Estado les debe.

—El Estado no les debe nada. Deja de estar armando revoluciones donde no las hay.

—Sí, señor… Les debe oportunidades. De educación, de empleo, de soñar, de ser lo que quieren ser y no lo que les toca ser… ¿Te parece poco?

—Pero tampoco se ayudan… La mayoría son flojos. ¿Por qué hay minusválidos que se rebuscan vendiendo lotería o lo que sea, mientras jóvenes fuertes, con salud, con vitalidad se meten a atracar?

—No es flojera. Es un círculo vicioso. Son pobres porque no han sido educados. Como no son educados les queda difícil salir de la pobreza. Al ser pobres venden el voto, al vender el voto autorizan al corrupto a que se robe la plata de su educación. Sin educación, sin crédito para emprender, solo tienen dos caminos: la pobreza o entregarse a las mafias, a las guerrillas, a los paramilitares o a abrir un negocito informal empeñándole la vida a un prestamista gota a gota que le cobrará el 10 o el 20% diario y que le sacará los ojos cuando no le pague.

—Pero conozco casos de gente que nació muy pobre y que sin ningún apoyo pudo surgir.

—Obvio que los hay. Pero son la excepción. La regla es que crecen sin oportunidades porque los malditos corruptos se roban el dinero de los programas sociales.

—No los voy a defender, pero hasta la corrupción mueve la economía.

—¿Ah sí…? Qué descaro el tuyo. ¿Eres lo suficientemente sincero para responderme una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Pagarías un soborno? —le preguntó ella sabiendo la respuesta.

El empresario, puesto en confesión, bajo presión, optó por callar.

—Sé que quien calla guarda. ¿Qué más da aquí y ahora una verdad más o una mentira menos? ¿Dime?

—Sí, lo he hecho. He pagado sobornos a las empresas estatales para que me otorguen contratos o para que me aceleren un pago.

Todo el mundo lo hace. El que no soborna no contrata con el Estado. Es una práctica normal.

Gabriela disintió con rabia, totalmente decepcionada.

—Lo siento. Así ha sido siempre. Así funciona. Tengo empleados, tengo que pagarles cada quince días y cumplidamente. Si no lo hago, otros operadores turísticos sí lo hacen y me quedo por fuera del mercado.

—El mercado. El mercado. ¿No dicen que el puto mercado es perfecto?

—Es perfecto, pero hay que pagar para ver la mano invisible.

Gabriela no se quedó callada y defendió su posición:

—¿Crees que le hace más daño al país una mujer que decide fumar marihuana y que la siembra en su patio, que un empresario que paga sobornos para quedarse con contratos del Estado?

—Hum… Pienso que ambos.

—No seas cínico, don Mateo. Si pagas sobornos eres un corrupto. Deja de normalizar esos comportamientos sucios. Eres un corrupto y punto. Tu soborno daña a millones de personas. Mi consumo me daña a mí y a nadie más —respondió la mujer casi sin aliento, poniendo sus manos en la frente porque el sol pleno le impedía mirar al cielo. Luego exhaló con un dejo de rabia—: Estoy tan decepcionada de este puto mundo que ya ni siquiera quiero que nos encuentren…

QUINCE

La razón se impone

Daniela no soltó la presa que le había encomendado Rey. A la oficina llegó más insinuante y menos vestida que nunca. Cuando fue a preguntar por Esteban, Ornella la miró de pies a cabeza como queriéndola vestir con la mirada y le dijo que su jefe no había llegado. La verdad es que Esteban estaba dentro de su oficina, medio escondido y huyendo como un cobarde de las curvas y voluptuosidades de esa mujer.

Durante todo el día mantuvo apagado el celular y por eso no vio las repetidas llamadas que le estaba haciendo don Eusebio, el propietario del hotel Las Brisas de Nuquí para advertirle de la desaparición de la barca en la que viajaba su esposa, hecho que ya era noticia en Nuquí. La posibilidad de un naufragio de la Carmen Rosa llegó hasta los rincones más recónditos. La atmósfera de pesar colectivo llenó de pesimismo a los pescadores y demás lancheros del pueblo. Óscar era para ellos como un jefe en la sombra, una autoridad orgánica. Aunque nunca les daba órdenes, era quien organizaba el negocio, regañaba a los pescadores por atrapar peces pequeños, fijaba las tarifas de los viajes, era el experto en meteorología, el ejemplo a seguir. Nadie se explicaba cómo, con tanta experiencia, podía haber sucumbido en las entrañas del mar.

Por eso, cuando el alcalde canceló la búsqueda, las esposas de Óscar y su ayudante, los profesores y los alumnos de la escuela de surf armaron tremendo escándalo. Alguien se atrevió a decir, sin más explicaciones, que a Óscar había que buscarlo, mínimo, hasta que llegara la Navidad. Y para ello faltaban tres meses.

—Lo siento, ayer ya se cumplieron las 72 horas de búsqueda y no encontramos nada, —sentenció el alcalde—. No tengo los recursos para seguirlos buscando. Necesitaríamos, como mínimo, un helicóptero, y el comandante del ejército ya me dijo que los tiene ocupados en un operativo contra las disidencias de las guerrillas de las FARC.

—No los puede dejar de buscar —lo increpó Carmen Rosa con furia y tomándolo por el cuello e impulsando a dos policías a detenerla.

—Lo siento, mi señora, pero desde este momento decreto el cese de operaciones de búsqueda.

A pesar del maltrato, el alcalde se acomodó el cuello de la camisa con rabia, pero luego la miró con pesar y se marchó.

Los niños y sus profesores quedaron desolados. Las esposas del lanchero y su ayudante se abrazaron y se desbordaron a llorar. Sintieron por primera vez que se extinguía la llama de la esperanza, pero escucharon a Víctor encendiéndola de nuevo.

—Vamos a buscarlos en mi lancha —les dijo—. Tengo que entregar un pedido de pescado a los restaurantes de Bogotá, pero me vale huevo el pedido. Primero las vidas de nuestros amigos.

En medio de rumores y especulaciones sobre la suerte que habrían corrido Óscar y sus pasajeros, nadie notó el arribo a Nuquí de una comisión oficial de ingenieros procedente de la capital. Entre ellos había un hombre de aspecto oriental. Venían a hacer un levantamiento topográfico preliminar para reanudar las obras que dejaron abandonadas un año atrás gracias a una tutela que falló el Consejo de Estado en favor de los habitantes de Nuquí, defendiendo su derecho a un medio ambiente sano. Daban por hecho que, en pocos días, el director de Licencias Ambientales, expediría la viabilidad ambiental para el proyecto.

Y sobre Tribugá, ya más calmados, estaban hablando Gabriela y Mateo mientras bebían agua lluvia de la que apararon la noche anterior mientras el sol tostaba sus pieles con inclemencia.

Él le dijo que apreciaba mucho lo que le había enseñado el día anterior sobre las consecuencias de construir un puerto en un lugar tan rico en recursos naturales, pero que debían buscar la manera de conciliar con los chocoanos sus anhelos de desarrollo.

Ella le dijo que, de las cosas que la llenaban de pesar, en caso de morir, aparte de su familia, estaba su Fundación, Mares Vivos, y la lucha que estaban librando con una amiga suya por impedir que este puerto se construyera. Sofía era una paisa guerrera, indignada por naturaleza, con la que se juntaron para luchar por el cuidado de los ecosistemas. Se conocieron en la carretera Panamericana, a la altura del departamento del Cauca, una tarde de 2009 que, junto con varios estudiantes de diferentes universidades, se fueron a defender a los indígenas que protestaban contra la aspersión con glifosato ordenada por el gobierno de entonces. Desde ese encuentro hicieron propia la causa ambiental y nunca más se separaron. Juraron mantenerse unidas hasta cuando a alguna de las dos las sorprendiera la muerte artera por andar desafiando a lo que ambas denominaban "las poderosas mafias de este país". Así lo reafirmó ante Mateo con su corazón henchido de orgullo:

—Hace un año nos pusimos bajo las enormes llantas de las excavadoras para que no arrancaran a destruir la selva y los manglares. Nos levantaron con represión violenta, pero les ganamos por la vía legal. Y estamos dispuestas a dejarnos aplastar, si fuere necesario, para que el mundo sepa del terrible asesinato de la razón que se va a cometer en ese sitio.

—Vaya. Qué convicción —opinó el hombre entre sorprendido y admirado, por lo que no le quedó más remedio que aceptar parcialmente su derrota—. Ya imaginé este lugar sin ballenas. Ya imaginé la deforestación que habrá cuando esa carretera se construya para llegar a Tribugá y tengo que reconocer que su lucha es más que justa —le dijo con humildad y logró una mirada tierna de Gabriela—. Sin embargo —continuó el hombre mientras se volvía a lavar las manos en el mar—, no podemos detener el desarrollo del

país y menos el de esta gente tan pobre. Hay que buscar una solución intermedia.

—Habló el tibio. No, señor, entre la vida y la muerte no hay punto medio.

—Pues tienen que encontrarlo.

—Hoy me arrepiento de no haber hecho más —exclamó ella—. Hoy me arrepiento de no haber escupido en la cara del ministro de la Biodiversidad cuando nos dijo a los ambientalistas que la obra se podía construir sin destruir la naturaleza porque el progreso estaba por encima de cualquier consideración. ¿A quién cree que engaña el idiota?

—A lo mejor le preocupa la pobreza de los chocoanos.

—Tenemos conceptos muy diferentes sobre qué es ser pobre, señor. Ellos no son pobres. No es pobre un pueblo que respira aire puro. No es pobre un pueblo que come pescado sin mercurio. No es pobre un pueblo que come verduras sin químicos. ¿Qué es para usted ser rico? ¿Vivir entre autopistas con miles de carros emitiendo gases tóxicos hacia sus pulmones? ¿Ser rico es tener tanto dinero que ni en mil vidas lo pueda gastar y aun así andar por el planeta depredando los recursos naturales para acrecentar esa riqueza material? ¿Cree que la gente de Nuquí envidia a los que viven dentro de ese mal llamado "progreso"? No creo. No creo que les llame la atención una vida de monotonía y esclavitud: levantarse, bañarse medio dormidos, desayunar de afán, subirse a un transporte inhumano durante dos horas, llegar a un trabajo sin saber si el jefe está de buen o de mal humor, esperar con tedio a que llegue la hora del almuerzo, comer con la sensación de que no vales nada, regresar al trabajo por otras cuatro horas, rezando para que sean las seis; regresar al transporte público por otras dos horas y llegar a la casa tan cansado que apenas tienes tiempo para saludar a tus hijos, que a lo mejor están dormidos. No creo.

Gabriela respiró mientras bebía otro sorbo de agua. Comenzaban a faltarles la energía y la fuerza. Con desgano, volvió a la diatriba:

—¿Y repetir esta rutina por un mes, por un año, por toda la vida esperando que llegue el sueldo para pagar gastos que cuestan casi

lo mismo que ganas? ¿Eso para ti es progreso? ¿Eso para ti es vivir en un pueblo desarrollado?

—Yo vengo hace muchos años aquí y las gentes quieren eso. Quieren fábricas, industrias para poder tener un trabajo estable. A lo mejor no saben lo que les espera porque no han vivido en el desarrollo, pero deberían tener la oportunidad —apuntó el hombre.

—Ellos viven en un paraíso único. Aquí no hay bancos, aquí no hay abogados ni congresistas vendiéndote a ti y a tu patria. Aquí no hay clínicas estéticas para poner a competir a las mujeres por las tetas más grandes, la cintura más pequeña, la piel con más bótox, o a los hombres por la dentadura más blanca. Los dientes de todos estos negros hermosos son perfectos, no necesitan diseño de sonrisa. Los cuerpos de todos y todas ellas son perfectos, no necesitan del bisturí de un cirujano... Aquí no hay clubes sociales para mostrar superioridad de clase, ni centros comerciales para jugar al que más compre. Eso significa vivir en el cielo. El cielo, ¿entiendes eso? Te levantas oyendo las olas del mar, desayunas un pescado sacado del agua horas o minutos antes, lo pasas con agua de coco natural, vas a trabajar a la hora que te da la gana, no tienes jefes, no tienes carros escupiéndote en la cara chorros de humo con diésel. Tienes tiempo para tus hijos, para tu mujer, para ver los atardeceres; tienes tiempo para reírte, para danzar, para pasear, para tocar un tambor. Es tan divino este pueblo que a lo mejor esto explica por qué las ballenas viajan seis mil kilómetros cada año hasta aquí, y no a otra parte. Esto es tan lindo que a lo mejor ellas piensan que vale la pena el largo viaje.

Un silencio de Mateo y luego una sonrisa de perdedor.

—Pero no tienen para dónde crecer, no tienen forma de progresar.

—¿De qué mierdas vale el progreso si eres esclavo?

Silencio de Mateo.

—Dime si no tengo razón.

—Dios mío, hasta me haces sentir vergüenza de lo que pienso, pero no me vas a convencer. Pues claro que no tienes razón. Esa es tu verdad, no la mía. ¡Me haces sentir que he sido un tonto toda mi vida!

—No te culpo… Eres del inmenso club de manipulados por el Estado y por sus medios pagos. Ellos no lo cuentan todo. Solo lo que les conviene. Ellos te manipulan para que creas lo que ellos quieren que creas, no lo que tu conciencia, tu intelecto y tu corazón te digan que debes creer. Por ejemplo, ¿sobre Tribugá han dicho que se deforestarán, sin misericordia, miles de hectáreas de bosques y manglares? No. Ni lo dirán. No le han dicho a la gente que allí hubo una masacre cometida por paramilitares que despojaron a indígenas y campesinos de esas tierras para vendérselas, bajo amenazas de muerte, a quienes hoy deben ser los socios del proyecto. Algo parecido a lo que pasó con el pueblo de Ituango, en Antioquia. Sacaron a los campesinos a punta de sangre y fuego, mataron a los líderes ambientales que se oponían a la construcción de una gran represa y ahora hay allí, adivina qué… ¡una gran represa! ¿Y de quién eran las tierras que la EPM inundó pagando oro por ellas? De los paramilitares y de los políticos amigos que las robaron a los desplazados en las masacres del Aro y La Granja. ¿Algo más claro? Despojan a los campesinos de sus tierras para luego revenderlas a lo que ellos llaman miserablemente "terceros de buena fe". Y si algún campesino reclama sus tierras, como se lo permite la ley, fácil: lo matan.

—Debes tener razón en algunas cosas, pero, como siempre, ustedes los mamertos exageran las cosas.

—No trates de ofenderme con eso de mamerta. Ya te dije que me encanta que me lo digas. Es más, me disgusta menos que si me dijeran facha. Me sentiría muy triste si fuera facho o facha. Eso sí me daría muy duro. Creo que me suicidaría.

—¿Debo suicidarme?

—Aún no porque… —bajando el tono—, aunque te estoy odiando, te necesito.

—En eso coincido contigo, fíjate. No me gustan tus formas ni tus ideas, pero no me quiero quedar solo. Yo diría más bien que nos necesitamos.

Gabriela se quedó mirándolo con sentimientos encontrados. No sabía si sentir rabia o agradecer su presencia. Mateo no le resistió la mirada y se tiró de bruces sobre el borde de la lancha a lavarse las

manos dentro del mar. Ella dio varias vueltas en su mismo eje para recordar que a su alrededor no había más que un hombre al que detestaba y agua en cantidades.

DIECISéIS

El día antes de perder la esperanza

Un sobre color beige lacrado con su nombre, reposaba sobre su escritorio esa mañana en la que Esteban ya comenzaba a sentirse preocupado por el silencio de Gabriela. Al abrirlo, sacó un papel seda y después una tarjeta de invitación atravesada en una esquina por la bandera y el escudo de la República de Colombia. Tenía la firma del presidente de la República. Era una invitación a la Casa de Nariño. El hombre apenas lo podía creer. Estaba tan perplejo que solo atinó a decir a su secretaria:

—Voy a conocer el Palacio presidencial, Ornella. Tengo que ir ya mismo a comprar ropa.

En esas cayó la tarde. El sol inclemente, el haber hablado de más y la falta de alimentos les hicieron perder la conciencia a Gabriela y a Mateo. Quedaron más a la deriva que nunca. Jugaba a su favor que la brigada de búsqueda organizada por Víctor no quería regresar al puerto sin novedad. Hubo desconsuelo por no localizar la embarcación. Encendieron lámparas, hicieron sonar sirenas y pitos, lanzaron un par de bengalas con dos horas de distancia y decidieron prolongar las labores de búsqueda hasta pasada la medianoche. Y nada. Las esperanzas se achicaban sin piedad.

En casa de Julieta, en Cartagena, la cotidianidad se empezaba a romper. En medio de un reguero de cuadernos y juguetes esparcidos por toda la sala y por las alcobas, las gemelas departían con su madre con gran felicidad, debido a que al día siguiente volverían a hablar con su padre. Julieta les dijo que cuando Mateo llamara ella hablaba primero. Aunque protestaron, no se cambiaban por nadie. La figura paterna las atraía como un poderoso imán. Una de ellas juró que no quería tener un novio distinto a su papá. Ninguna de las tres sospechaba siquiera el drama que estaba viviendo Mateo a esa misma hora. Una de ellas tuvo la idea de acostarse temprano para que la noche le quitara la ansiedad. Quería abrir los ojos y escuchar la voz de su padre. La gemela estuvo de acuerdo y le pidieron a su madre que les contara un cuento para dormirse temprano. Ella les contó, por enésima vez, la historia casi novelesca de cómo conoció a su esposo. Les encantaba esa historia porque les reforzaba la idea de tener a un rey en la casa.

Una tarde, a las playas de Boca Grande llegó el mar de leva a tratar de tragarse a las personas. Julieta departía bajo el sol, en traje de baño, al ritmo de la música reggae que salía de un pequeño bafle colgado de una palmera junto a un quiosco de madera, saboreando una cerveza helada junto con dos compañeras de la universidad, cuando una de ellas la retó a nadar hasta una boya roja de los muchas que delimitaban el sector permitido para los bañistas. Mateo, que se encontraba atendiendo una excursión de canadienses, observó el momento justo en que la bella joven empezó a ahogarse debido a un aumento súbito del nivel de las olas. Ante la demora de los guardianes salvavidas, que se encontraban atendiendo otra emergencia similar y aún a riesgo de su propia vida, decidió lanzarse a las bravas aguas del mar Caribe con la ilusión de salvarla.

Nadó con brío hasta el lugar donde veía su cabeza hundirse y salir con desespero. Cuando llegó a ella con el último esfuerzo, parecía tarde. Julieta ya se había sumergido. Con desespero nadó hacia el fondo con los ojos abiertos y la buscó hasta encontrarla. Ya con las últimas fuerzas que le quedaban la enganchó del cuello con su brazo izquierdo y nadó hasta la superficie con el brazo derecho hasta ver la luz y sentir la brisa endemoniada de aquella tarde sobre

su rostro. Cuando pudieron hacer pie sobre la arena sin que el nivel del agua tapara sus rostros, supo que se la había arrebatado al mar. Como pudo la arrastró de nuevo hasta la playa y allí, junto a sus dos amigas y bajo una lluvia de aplausos de los turistas, la ayudó a revivir con devoción y angustia. No sabía por qué, pero la necesitaba viva. Le abrió la boca con sus dos manos y le entregó su aliento.

El momento no podía ser más angustiante y melodramático. Mientras una voluntaria le apretaba el pecho a razón de cinco veces por cada bocanada de aire del nuevo superhéroe, él le suplicaba que volviera, casi con lágrimas en los ojos. Hasta que lograron hacerla toser. Julieta escupió tres bocanadas de agua salada y volvió a la vida. Alcanzó a ver el rostro de su salvador y le sonrió antes de perder el conocimiento.

Con esa misma sonrisa llegó a urgencias, donde fue reanimada con éxito. Cuando Julieta despertó en esa clínica cercana, Mateo ya no estaba. La Policía hizo evacuar la playa y su salvador tuvo que irse con sus clientes gringos a otro lugar. Se le notaba en su rostro la satisfacción por el deber cumplido, pero también la tristeza de saber que nunca volvería a ver a aquella mujer que le había arrebatado al mar. Cuando las dos amigas le contaron de la hazaña de aquel hombre, Julieta no pensó en otra cosa que en buscarlo para agradecerle. Una de ellas recordó el nombre de la agencia de viajes que los gringos llevaban estampado en sus camisetas y de esta forma lo encontraron al día siguiente.

Mateo estaba preparando un viaje a Perú con sus clientes canadienses cuando Julieta se presentó, junto con Juliana, su mejor amiga de la época, en su oficina. Cuando su secretaria le dijo que alguien lo buscaba, el joven empresario alcanzó a contrariarse porque el vuelo hacia Bogotá, que era escala obligada, salía en hora y media. Pero no fue sino enterarse, a través de una nota que le entregó su secretaria, de que quien lo buscaba era la joven que él había salvado para que su semblante cambiara de furioso a dichoso en un segundo. Salió corriendo a buscarla y la detuvo un segundo antes de que Julieta abordara un taxi con su amiga.

Julieta le dijo que no le quitaba tiempo porque sabía que estaba de afán, pero que solo quería agradecerle por haberle salvado la

vida. Mateo, que ya venía pensándola desde el día anterior con algo de nostalgia, se transformó en un condenado en el corredor de la muerte. Sabía que era su única oportunidad de atraerla, pero los rubios de ojos azules ya estaban caminando hacia el autobús que los conduciría al aeropuerto de Crespo.

Le dijo tantas cosas, una sobre otra, al verla tan radiante, tan bella, que Julieta no sabía si su salvador la estaba halagando, fastidiando o si simplemente estaba haciendo bromas. Con los canadienses subiendo al bus, Mateo se jugó sus últimas cartas. Le dijo, con la misma torpeza, que a ella no le iba a alcanzar la vida para pagarle lo que él había hecho y que lo mejor era que le empezara a devolver el favor en ese mismo instante. Julieta no entendía muy bien si el hombre estaba hablando en serio o en broma, pero le dijo que estaba dispuesta a hacer lo que él dijera para recompensarlo.

—Rescátame tú también a mí —le dijo en un sutil tono que viajaba entre la súplica y la coquetería, y que alcanzó a asustar a la joven.

—No entiendo —dijo ella entre sonrisas nerviosas—. ¿Cómo te rescato?

—Yo también me estoy ahogando. Sálvame —dijo con seriedad mientras el conductor del autobús hacía sonar las trompetas.

—¿Cómo te puedo salvar? —le preguntó ella entre asustada y encantada a la vez con la arrolladora personalidad de Mateo.

—Estoy solo con esta excursión. La persona que me ayudaba se tuvo que ir y, bueno… No doy abasto. Necesito a alguien que me ayude.

Julieta le dijo que con mucho gusto le ayudaba pero que no conocía nada de turismo, que ella apenas era una estudiante de arquitectura que aún no gozaba de la libertad suficiente para irse de su casa sin permiso de su abuela. Pero Mateo, que la quería seguir viendo toda la vida, prometió enseñarle el oficio en tres segundos. Cuando ella le dijo que no tenía tiempo y que no se quería desenfocar de su carrera, él le dijo que podría esperarla a que terminara de estudiar.

—No estudio arquitectura para dedicarme a otra cosa —le respondió con sinceridad y pena a la vez.

—Está bien, te entiendo, pero entiéndeme tú también. El chofer del bus me está acosando, vamos a perder el vuelo de mis clientes y yo… Yo quiero volverte a ver.

—No hay problema. Cuando regreses me llamas y nos tomamos un café.

—Está bien, pero de una vez te advierto. No es suficiente el café. Quiero volverte a ver siempre. Quiero verte toda la vida, todos los días.

Julieta se quedó un poco asustada con el arrojo de Mateo, pero no fue indiferente a sus atrevidas y hasta ingenuas propuestas.

Dos semanas después, cuando se terminó el tour y la temporada alta de vacaciones llegó a su fin, se volvieron a encontrar. Les fue difícil ocultar que se habían extrañado. Después de entregarle una pequeña réplica de Machu Picchu y una botella de pisco, le dijo que no quería volver a viajar sin ella. Dos semanas más tarde, cuando ya el uno se había vuelto parte del otro, le propuso matrimonio. Ella le dijo que le parecía muy pronto y que, por ningún motivo lo haría antes de tener en sus manos el título universitario.

Entre ires y venires, advertencias de los abuelos de la novia y los constantes viajes de Mateo, Julieta violó sus propias condiciones y aceptó la propuesta tres meses después. Estaba enamorada de su salvador. Sentía que era su dueño. Y aunque sus amigas feministas le criticaban esa sumisión advirtiéndole que ella no le debía nada a nadie porque todo había sido circunstancial y el acto de aquel había sido voluntario, Julieta estaba encantada con su caballerosidad, con su empuje para trabajar, con la manera como la trataba.

—Nunca nadie me ha tratado con tanta dulzura y consideración —les decía— y apelaba a mitos religiosos para justificarse aún más. Dios sabe cómo hace sus cosas y si me lo mandó a él para que me salvara es por algo.

Se casaron descalzos una noche de luna llena en la playa del Club de Pesca de Cartagena, ante un grupo mediano de clientes, amigos y familiares, en medio de antorchas humeantes, arcos tapizados con flores, meseros estrellándose por atender con rapidez

a los invitados y el golpeteo de las olas rellenando los espacios que dejaba, entre canciones, un saxofonista que en ese momento interpretaba en solitario la canción "Careless Whisper". No podían faltar los chismosos criticando o alabando cada detalle del evento.

Ese día Mateo prometió en público que Julieta sería su reina para siempre y ella le dijo al cura que sus ojos cancelaban cualquier intento de mirar a otro hombre distinto a su rey.

Siempre que Julieta llegaba a este punto del relato, las gemelas ya estaban dormidas por lo que nunca podían consumir el dulce de la torta que, de todo el relato, era la parte que más les interesaba.

***

A esa misma hora de la noche, Esteban llegaba a casa. Y aunque sabía que el niño no entendería la magnitud del evento, le contó que a la mañana siguiente conocería al presidente de la República.

—Quiero que vayas con mamá —fue todo lo que atinó a decir el pequeño Samuel.

—No alcanza a llegar para la hora de mi cita, pero ella debería estar aquí mañana en la noche, mi amor —le respondió, marcando a Gabriela desde su celular, convencido de que ya debería estar en Nuquí. Luego de varios intentos, se resignó y, muy pensativo, abrazó a su hijo invitándolo a dormir.

***

En alta mar, la luna ya estaba posada sobre las cabezas de Mateo y Gabriela. Con la media noche, llegó la desolación. Los náufragos despertaron somnolientos por la fuerte y helada brisa que soplaba a ráfagas sobre sus cuerpos. Se estaban congelando. Apenas podían mover los ojos, como si sus párpados estuvieran llenos de arena. Tras tantas conversaciones, la deshidratación comenzaba a pasar

factura. Gabriela tenía la garganta reseca y no tenían ya una sola gota de agua dulce para refrescarla. Mateo miraba al cielo con la ilusión de que volviera a caer, cuando menos, una llovizna, pero no había una sola nube arriba de ellos. Ella se mantenía callada. La saliva de su boca se estaba acabando. Mateo, que estaba en las mismas condiciones, intentó agarrar una manotada de agua del mar, pero ella se lo impidió:

—Es mucho peor. Aguanta, por favor —le suplicó.

Él asintió, reprimiendo las ganas, pero mostrando desespero. Ella le explicó que quizás estaba peor que él, pero que la sal no era una buena opción. Explicó que la salmuera era capaz de resecar sus últimas reservas de líquido dentro del cuerpo. Mateo entendió su angustia y hasta tuvo una idea tan ridícula que ni siquiera fue capaz de expresarla. La idea de darle un poco de su saliva. Se sentía culpable por haberla escuchado hablar por horas sobre neoliberalismo, Tribugá, Chocó y el medio ambiente sin haberla detenido. Sin embargo, en el piso de la barca quedaba algo de agua del aguacero reciente. Ambos la miraron con asco porque lucía sucia, de un color turbio, pero entendieron que debían beberla si no querían morir.

—Por lo menos dejémosla asentar —opinó Gabriela.

***

Víctor y sus amigos regresaron casi de madrugada al muelle de Nuquí con caras largas, entre tristes y angustiadas. Los rostros de la tragedia. Pero Carmen Rosa no se daba por vencida. Les dijo a todos que ella conocía las capacidades de Óscar y que algo muy dentro de su corazón le decía que el mar no era capaz de vencerlo a él. Por eso les suplicó que le dieran una última oportunidad al día siguiente. En un gesto humanitario, todos aceptaron, algunos con más pesimismo que otros, y quedaron de verse en el muelle tres horas más tarde, a las 6:00 de la mañana en punto.

DIECISIETE

Una cita agridulce

Extrañada al no recibir noticias de su esposo, en el tiempo que ella creía prudente, Julieta se comunicó con el hotel Las Brisas, en Nuquí. Nadie le respondió y esto acrecentó su zozobra, pero quiso creer, para no preocuparse, que era muy temprano para que alguien contestara. Volvió a marcar al celular de Mateo, pero de inmediato sonaba el buzón de mensaje. Para no arruinar su día y no hacer conjeturas desesperadas, creyó en la idea de que el regreso de Mateo se había complicado desde Termales por el mal tiempo y que debía estar atrapado en algún paraje de difícil acceso a las comunicaciones. Quiso indagar a través de internet por el estado del tiempo, pero tuvo miedo de encontrarse con que en aquel lugar hubiera un día seco y soleado. Aunque confiaba ciegamente en él, no quería pensar en dos cosas, ninguna más grave que la otra: o tenía problemas o andaba con otra mujer.

Fortuitamente, las dos cosas estaban pasando. En medio de un nuevo amanecer, casi exánimes, aferrados el uno al otro, a pesar de la animadversión que se sentían, Gabriela y Mateo estaban entregados al destino.

La mañana los sorprendió dormidos sobre el casco del barco. O mejor, fundidos. Por eso, a pesar del sol canicular sobre sus rostros, no tuvieron la suerte de observar que, hacia el oriente, a unas

cuantas millas de donde estaban, las lomas verdes, tupidas de robles, ceibas y guayacanes de la selva chocoana, se insinuaba como una cortina de vida. Y no tuvieron mucho tiempo para enterarse de que la salvación estaba a la vista porque en cuestión de una hora, el mar los empujó de nuevo hacia la nada. Nunca supieron que la tierra firme que con anhelo buscaban, estuvo tan cerca.

Mala suerte. Esta vez no hubo una llovizna que los despertara ni una ola de cuatro metros sobre sus caras, ni una ráfaga de viento helado que los hiciera buscarse. Era como si el universo se hubiera confabulado con las mafias corruptas de Bogotá para mantenerlos extraviados para siempre.

***

Esteban también se estaba empezando a preocupar. Gabriela debía haberse comunicado la noche anterior. Sin embargo, quiso darle una espera prudente con la esperanza de que en cualquier momento apareciera. La inquietud lo hizo llegar a su cita en el Palacio de Nariño un tanto descompuesto. Al verlo llegar al lobby de recepción, su jefe lo notó nervioso de inmediato. Ignorando su preocupación por la suerte de su esposa, el ministro Román le pidió que se relajara, advirtiéndole que el presidente le tenía buenas noticias.

—No tienes por qué estar preocupado —le dijo mientras le daba golpecitos en la espalda.

Esteban trató de disimular su desazón, pero no pudo. El ministro le preguntó si ya sabía de lo que le iba a hablar el señor presidente. Él le respondió que tenía alguna vaga idea y le mencionó de nuevo el puerto de Tribugá. Le dijo que ese tema era pequeño al lado del que le iba a plantear el jefe de Estado. Esteban se llenó de ansiedad, pero no quiso profundizar en la conversación para que su interés no se malinterpretara. Los segundos que siguieron fueron eternos.

Un edecán militar con guantes blancos de seda, se ofreció a acompañarlos al despacho presidencial. Era un joven atlético, de buena estatura, muy bien vestido, con traje de gala de vistosos

colores satinados, entre los que predominaban el rojo, el blanco y el azul, con botones dorados y botas de cuero impecablemente lustradas. El ministro y Esteban lo siguieron sin mediar palabra por un par de largos pasillos alfombrados. Luego de pasar por varias puertas de madera de doble hoja, algunas cerradas, otras abiertas, llegaron a unas escaleras entapetadas por una alfombra roja lustrosa y con pasamanos forjados con adornos en bronce perfectamente brillados.

Al terminar de subir, divisaron un ascensor algo estrecho, con enchapes dorados, y en él subieron al tercer piso. Al bajar del elevador, luego de caminar unos pocos metros y de visualizar unos cuantos salones de gran tamaño, de estilo francés, adornados con molduras, capiteles en hojilla dorada, maderas torneadas, esculturas de todas las épocas y estilos, y enormes pinturas originales, llegaron al despacho del primer mandatario. Una secretaria muy amable se levantó de su silla para recibirlos y los hizo seguir a una antesala vecina a la oficina presidencial, donde les pidieron dejar sus teléfonos celulares. Quince minutos después les anunció que el jefe de Estado ya los estaba esperando.

El presidente estaba sentado sobre un sillón incómodo, mirando su celular, y al escuchar los pasos levantó la mirada con un gesto de superioridad, pero también de falsa modestia. Estaba acompañado por un par de asesores, un senador de su partido y una mujer muy bella que mantenía en su mano derecha una tableta electrónica para tomar apuntes. Todos se saludaron con hipócrita efusividad. Con solo ver al presidente de la República a Esteban se le estaba saliendo el corazón. Cuando saludó a su máximo superior no pudo más que asentir con humildad, como agradeciendo su mano. Por dentro sintió que estaba siendo muy servil y pensó con rapidez que esa no sería la forma en que Gabriela lo hubiera saludado. Pero cortó de tajo el remordimiento al concluir que ese saludo ceremonioso y casi reverencial era lo que brotaba de su ser, de manera natural, y que contra la honestidad del actuar no había ningún reproche.

—¿Cómo le va, doctor Andrade? —preguntó el presidente mientras miraba su hoja de vida sin quitar la mirada del celular.

—Muy bien, señor presidente, un poco sorprendido con esta cita. Nunca me la esperé.

—Soy una persona justa, doctor. Nuestra amiga en común me dice que lleva muchos años trabajando con el Estado y, aunque veo que gracias a su recomendación lo ascendimos a la dirección de la LIAM sinceramente pienso que usted tiene perfil académico y de experiencia para merecer mejores cosas.

—Bueno, muchas gracias, señor presidente. Usted es el que manda y decide. Y la verdad sí me había estancado un poco porque en política, si uno no tiene un padrino, no asciende, y siempre soy tan de malas que los senadores por los que voto nunca ganan.

Risas de todos.

—Bueno, doctor Andrade, pues se le terminó la mala suerte porque le tengo una propuesta. Mentiras, una propuesta no. Un reconocimiento más que merecido.

—Ay, señor presidente, le agradezco mucho todo lo que haga por mí y por mi familia.

—Bueno, sin más rodeos, porque tengo otra cita, doctor Andrade, quiero que usted sea mi viceministro de la Biodiversidad.

Todo ensordeció, como si una bomba nuclear acabara de estallar. Un silencio punzado por un pitido seco y prolongado se tomó el recinto. Esteban sintió que su vida se dividía en un antes y un después de la última sílaba pronunciada por el presidente de su país.

El tiempo se detuvo y a su mente llegaron fragmentos efímeros de imágenes vagas que tenían que ver con lo que él creía que iba a pasar en adelante. Vio a su madre inundada en lágrimas, abrazándolo orgullosa; vio a sus amigos diciéndole que ellos sabían que un día llegaría muy lejos. Vio a su pequeño Samuel vestido con corbatín en la ceremonia de posesión. Vio a los periodistas revoloteando a su alrededor, haciendo preguntas necias. Imaginó a su profesor preferido de la universidad diciéndole que estaba orgulloso de él. Recordó al cura Godoy, amigo de la familia, diciéndole, veinte años atrás, en medio de sus frecuentes divagaciones que “todo tomaba su tiempo”. Pero también vio a sus copartidarios de la coalición ambiental pidiéndole explicaciones por su desconcertante decisión de pertenecer al gabinete de un gobierno

depredador, laxo con la deforestación, permisivo con el *fracking* y la aspersión con glifosato, y que anteponía los negocios a la vida y a la razón. Y, por último, visualizó a Gabriela reprochándole con una mirada certera su traición a la causa. La imaginó empacando sus cosas en la maleta más vieja de la casa; llorando de rabia, decepcionada de él; la imaginó convirtiéndose en su peor enemiga y hasta pidiéndole el divorcio y, de paso, la custodia de su pequeño.

Entre tanto, el presidente y el ministro Román esperaban con desconcierto una respuesta que ningún otro funcionario se habría tardado más de dos segundos en dar.

—Doctor Andrade, estoy esperando su respuesta. ¿No quiere ser mi viceministro de biodiversidad? La fila es larga y usted la hizo.

Entonces el sumiso de Esteban, el hombre brillante pero sin carácter, el padre de familia resignado a envejecer tras un escritorio de burócrata, el ser humano paciente y respetuoso, sacó de su corazón una fuerza de dignidad tan brutal que ni él mismo conocía. Y mirando a los ojos del presidente y luego a los del ministro, pronunció las palabras que debía pronunciar:

—Señor presidente, le agradezco mucho el haber confiado en mis capacidades, de verdad me honra con su ofrecimiento, pero… no puedo aceptar el cargo.

—¿Te enloqueciste, Andrade? —preguntó el ministro Román sin salir de su asombro.

—No. O, mejor dicho, no le puedo dar una razón hasta tanto no lo consulte con mi esposa.

El ministro Román se atragantó con la respuesta y prefirió comerse un par de frases que quiso decir para no irrespetar a su jefe. El presidente lo miró desconcertado. En un medio donde los burócratas pescadores de cargos y contratos le venden el alma al diablo por un cargo similar, un hombre sin mayores aspiraciones que las de ser feliz al lado de su esposa y su hijo le acababa de tirar a la cara el segundo cargo más importante del ministerio. Aunque una ola de calor rabiosa subió a la cabeza del primer mandatario, respirando profundo, pudo controlar su ímpetu y abordó el tema instantáneamente con una calma a todas luces fingida.

—A ver, doctor Andrade, ¿cuánto tiempo necesita para consultarlo?

Antes de que Esteban le respondiera, se levantó y le ofreció su mano:

—¿Le parece bien 48 horas para que lo consulte con su esposa y me dé una razón?

—Sí, su excelencia. Suficientes.

—Usted es un muy buen tipo, Andrade. Le llegó la hora de asumir y poner en práctica todo lo que sabe. Usted tiene el turno de viceministro. Su era como funcionario de tercera llegó a su fin. Hasta luego.

Y así, sin darle tiempo a pensar en su vida de desempleado, el presidente se fue con el ministro. Se les notaba disgustados. Esteban se quedó mudo, tratando de reabrir la conversación consigo mismo sobre la conveniencia o no de dar ese salto cualitativo en su vida, pero nuevamente dudó. La imagen de Gabriela moviendo su cabeza hacia los lados con profunda decepción, mientras empacaba su maleta, lo hizo maldecir por tener que decidir entre lo que quería y lo que debía.

Sin embargo, Andrade no era pendejo. Sabía que el ofrecimiento tenía como objetivo sacarlo de la LIAM para entregarle el cargo a alguien que les firmara la licencia del puerto en minutos.

El hambre

La noche llegó con un oleaje amenazante. Echados a su suerte, los cuerpos de Gabriela y Mateo se sacudían con más violencia de la acostumbrada. Él despertó con los golpes que se daba contra el casco y se preocupó al ver que Gabriela no reaccionaba a pesar de los violentos sacudones. Pensó lo peor. Como pudo, con sus últimos alientos, se acercó a ella y le tomó el pulso, pero no pudo medirlo por el agitado movimiento de la barca. Entonces la tomó por la espalda y la sacudió mientras la llamaba por su nombre. Gabriela no reaccionaba y el agua dentro de la lancha ya superaba el nivel de las bancas.

Mateo entró en pánico. No sabía si evacuar el agua para no hundirse o tratar de revivir a su compañera de infortunio. Optó por lo segundo. Acercó su rostro mojado al de ella, abrió su boca y lanzó dentro de la suya una bocanada de aire, luego otra y otra y otra, hasta quedarse sin aliento. Como la mujer no reaccionaba, empezó a llorar por la vida que se iba y también porque no imaginaba la travesía en solitario. Sintió miedo. Tal vez por eso tomó un segundo aliento y reanudó la reanimación. Volvió a lanzar por su boca varios soplos de vida, al tiempo que ejercía presión sobre su corazón, aunque sin mucha técnica. No importó. A los pocos segundos Gabriela abrió los ojos y los volvió a cerrar mientras él le suplicaba que no lo dejara solo. Luego la abrazó muy fuerte mientras le repetía lo mismo:

—No me dejes solo, por favor. No me dejes solo. Te lo suplico, por favor. Por favor.

Ella lo abrazó débilmente, como agradeciéndole la ayuda, y así, abrazados, aferrados uno al otro, dándose calor corporal, pasaron la tormenta mientras succionaban sus ropas empapadas de agua lluvia para calmar la sed.

Y aunque no tenían aliento suficiente para moverse, el agua que inundaba la barca, que ya tapaba sus piernas, los hizo reaccionar.

—¿No hemos muerto? —preguntó ella.

—Aún no —respondió Mateo con voz tenue pero trémula, mientras miraba a todos lados en busca de un recipiente para evacuar el agua—. Si no nos movemos a sacar el agua de la barca, nos vamos a hundir —gritó queriendo demostrar un desespero que el cuerpo ya no le permitía mostrar.

Gabriela sonrió con tristeza porque no tenía fuerza ni para luchar por su cámara que era, sin duda, el objeto material más preciado de su vida. Aun así, hizo su mejor esfuerzo y empezó a chapotear agua hacia el exterior de la lancha. Apenas tuvieron fuerza para mirarse mientras las olas los hacían saltar sobre el piso de la embarcación. A estas alturas, ya no tenían muchas esperanzas de sobrevivir. Con parsimoniosa paciencia y la ayuda de un par de envases plásticos que partieron por la mitad con el cuchillo que mató a Óscar,

pudieron evacuar más de la mitad del agua que por poco los hace naufragar.

—Y yo que odio tanto el plástico —apuntó Gabriela con sorna y algo de humor mientras observaba el recipiente.

Mateo respondió con una historia.

—Mi abuelo fue dueño de una funeraria por más de cuarenta años. Un día no les pudo pagar el semestre de estudios a mi papá y a mi tío. Ellos no entendían lo que estaba pasando hasta que el abuelo se los explicó de la manera más didáctica del mundo: "Muchachos este mes no se ha muerto nadie en el pueblo, no hay plata para un carajo".

Gabriela sonrió exhausta, pero entendió la analogía:

—Es verdad, nada es completamente malo, ni todo es completamente bueno en la vida. Hay matices.

—La virtud consiste en encontrar lo bueno que hay dentro de las cosas malas y lo malo que hay dentro de las cosas buenas —agregó Mateo.

Gabriela sonrió por el tono pedagógico con el que su compañero le explicaba las anécdotas, como si ella no supiera de lo que estaba hablando. Le escuchó con humildad varios ejemplos hasta que le tocó explicar la frase irónica que acababa de lanzar contra el culo de la botella plástica que les había salvado la vida.

—El plástico contamina y es indestructible. Ha matado a muchos peces, a muchas tortugas, a miles de especies. Además, puede tardar cientos de años en descomponerse en el fondo del mar. ¿No vio el documental de la National Geographic?

—No. Pero es irrelevante. Ahora ese plástico nos está salvando la vida —exclamó mientras se bebía un sorbo de agua del recipiente—. En cientos de años no vamos a estar aquí.

—Maldito egoísta. Van a estar los tataranietos de tus nietos. Tu sangre, tu misma sangre, la sangre de tus amadas niñas.

—Está bien, pero no hablemos del año 2200. Hablemos de ahora, del 2019. Miles de personas subsisten gracias al plástico. Los que lo fabrican, los que reciclan, los que elaboran envases y utensilios, lo que venden botellas con agua.

—Eso sonó muy mezquino. Puede que miles vivan del plástico, pero el plástico contribuirá a que se extingan millones de personas, toda la especie humana. 8.500 millones de personas.

—Bueno, esa es una discusión con varios puntos de vista. El mío es que, antes que pensar en los problemas del mundo, la gente tiene que resolver sus propios problemas: conseguir para la comida, el arriendo, los servicios. Resolver su propio universo primero. Y las empresas son las que les dan empleo. Hay libre empresa. No le puedes decir a una empresa qué hacer o qué producir.

—Dejemos así, no estás preparado para esta conversación —respondió Gabriela con indignación y poca paciencia.

—¿Por qué no? ¿Porque ustedes, los de izquierda, son los dueños de la verdad revelada?

—No. Porque como dicen por ahí: "cuando discutes con un idiota tienes dos posibilidades: perder o terminar arrastrado por el idiota a su nivel de incompetencia". Mejor dejemos así.

—Cuando empiezan a insultar es porque se quedan sin argumentos, ¿verdad? —preguntó Mateo.

—No. Argumentos hay y muchos. Lo que pasa es que ni usted me va a convencer a mí de sus puntos de vista, ni yo a usted de los míos. Entonces, ¿para qué seguir agrandando las diferencias si lo que necesitamos ahora es estar fuertes y unidos para salir de esto?

—O sea, estás admitiendo que también eres una idiota.

Mateo se quedó mirándola con desdén, pero sin rabia, y alcanzó a sentir pesar de que personas tan valiosas se tuvieran que casar con una ideología distinta a la suya. Era exactamente lo que estaba pensando Gabriela al mirarlo con desprecio.

DIECIOCHO

Cuando el dolor entra a casa

La mañana siguiente llegó con angustia a los hogares de Julieta y Esteban. Habían pasado cinco días desde que sus parejas salieron de casa. Como si estuvieran de acuerdo, ya no quisieron esperar más la llamada que quizás nunca habría de llegar y ambos llamaron al hotel Las Brisas, y a la alcaldía de Nuquí, en ambos lugares les dijeron lo mismo: "Están perdidos hace cuatro días".

Julieta se encerró en el baño de su alcoba a llorar para que no la vieran sus hijas y no supo cómo enfrentar la nueva realidad. Imaginar que el hombre de su vida, el padre de sus niñas, estaba muerto le taladraba el alma sin misericordia. Pero se sobrepuso y mantuvo la esperanza, y empezó a buscar la manera de viajar a Nuquí.

Desesperado, pensando en lo peor, Esteban solo tuvo una idea. Se presentó en el despacho del ministro Román y, con el pretexto de darle una razón al presidente consiguió que este lo atendiera de inmediato. El ministro pensó que Andrade venía a aceptarle el alto cargo y no se equivocó. Con cara de angustia, el eterno burócrata entró a su despacho y se quedó mirándolo sin saber cómo decirle a qué venía. El ministro se lo facilitó:

—Andrade, qué gusto. Sabía que no iba a necesitar las 48 horas completas para tomar una decisión tan importante. Nadie desprecia

un viceministerio —le dijo con cierto sentido de realismo político.

—Señor ministro, está bien. Vengo a decirle que acepto el viceministerio, pero tengo una condición.

—No, no, no, no. No me ponga condiciones ahora, doctor Andrade, porque detrás de ese puesto hay un montón de gente.

—Con todo respeto, nadie de ese montón tiene mi hoja de vida, mi experiencia y mis conocimientos, doctor Román.

Con pereza, el ministro tomó aire y se mostró dispuesto a escuchar la propuesta:

—Diga a ver qué necesita, Andrade. Le diré si puedo hacer algo.

—Mi esposa está perdida en Nuquí. La embarcación donde se transportaba está a la deriva hace cuatro días. Necesito que me consiga un helicóptero para encontrarla, se lo suplico. Hay diez personas con ella en esa lancha. Por favor.

—No me diga que su esposa está en esa barca que se perdió hace unos días en Nuquí.

—Sí, señor. ¿Por qué lo sabe?

—Bueno, porque al ministro de Defensa le enviaron una solicitud para que prestara un helicóptero para la búsqueda.

—¿Y lo van a prestar?

—No creo. Están ocupados en orden público.

—Dios mío. Ese es el favor que vengo a pedirle, ministro. No me lo niegue, por favor.

—Doctor Andrade, eso está difícil. Pero dígame, ¿cómo se llama su esposa?

Un silencio inundó la oficina. Esteban sabía que delatar su relación con la archienemiga del ministerio le podría traer consecuencias graves. Sin embargo, no tenía salida. Si quería encontrarla tenía que sincerarse.

—Ella se llama Gabriela Luna, señor ministro.

El rostro del ministro se iluminó. Con una sonrisa se levantó de su silla y empezó a caminar dando vueltas alrededor de Esteban.

—Vaya, vaya. La facinerosa que nos detuvo la obra del puerto de Tribugá está perdida y ahora su esposo viene pidiendo ayuda para que la salvemos.

—Es un acto humanitario, doctor Román. Se lo suplico.

—Número uno, Andrade. Usted nos omitió ese parentesco al momento de aceptar la dirección. Debió declararse impedido. ¿Sabe que eso le puede acarrear una sanción disciplinaria muy drástica?

—No. No lo sabía. Pero no veo el conflicto de interés.

—No se haga el pendejo, Andrade. Ella y su fundación nos demandaron ante el Consejo de Estado.

Esteban prefirió guardar silencio.

—Número dos, Andrade. ¿A cuenta de qué deberíamos ayudar a salvar a una persona que se ha ensañado conmigo, desprestigiándome en todos los medios y oponiéndose al desarrollo de este país, ah?

—Doctor Román, puedo tender puentes entre usted y ella para que hablen de esto, pero primero ayúdeme a encontrarla, por favor. Hago lo que me diga. Por favor. Présteme el helicóptero.

—Quiero esa licencia ambiental firmada antes de una hora aquí en mi escritorio, Andrade.

Esteban no supo qué responder. Era la licencia o la vida de su esposa, la madre de su hijo.

—Una hora —le repitió.

Y se preguntó mentalmente: ¿por qué rescatar a la persona que me hará la vida imposible en los próximos años?

Pero no podía dejar escapar la oportunidad de sacar partido de esa circunstancia para obtener, por fin, la licencia que destrabara la obra que le podía dejar unos cuantos millones de dólares en ganancias subterráneas.

Mientras tomaba la decisión más infeliz de su vida, Esteban pensó que si le firmaba la licencia a Román, su alma podría hacer una tregua ayudando a encontrar a su esposa. Sin embargo, sabía que quedaba comprometido a que Gabriela, en agradecimiento por la salvación de su vida, no le haría más oposición al proyecto de Tribugá, cosa que Esteban no podía garantizar, conocedor como el que más de la independencia y criterio de su esposa.

—Lo toma o lo deja, Andrade. Sin licencia no hay helicóptero.

Rendido ante la angustia, Andrade solo movió su cabeza hacia arriba y hacia abajo.

***

Dos horas después, un helicóptero del Ejército con expertos rescatistas y dos pasajeros inusuales a bordo despegó de la base aérea del aeropuerto Catam, en Bogotá con rumbo a Nuquí. Julieta y Esteban fueron presentados al jefe de la operación, un teniente lambón al que le advirtieron, en secreto, que debía hacer hasta lo imposible por no encontrar la barca perdida.

Las parejas de Mateo y Gabriela se llevaron más que bien. Hablaron de sus familias, de sus hijos, de las angustias que estaban viviendo. Entre otras cosas dijeron que, si sus cónyuges no aparecían, iban a morir de tristeza y que no iban a ser capaces de contarles a sus hijos que jamás volverían a verlos. Pero también hablaron en positivo de la gran fiesta que harían si sus parejas regresaban a sus hogares, sanos y salvos.

Al final, cuando el piloto les anunció que se disponían a despegar, enderezaron su pesimismo y decidieron apostarle a la esperanza.

Hubo gran alboroto en el pueblo con la llegada del ruidoso aparato, un vetusto MI de fabricación rusa, similar al que usó el Ejército con las falsas insignias de la Cruz Roja, para rescatar a Ingrid Betancourt y a otros catorce secuestrados en manos del grupo guerrillero de las FARC, en una operación heroica que después se supo no lo fue tanto.

Carmen Rosa lloró de emoción durante el descenso del helicóptero. Al verlo, mientras sostenía su vestido para que el ventarrón que producían las hélices del aparato no lo levantara hasta la cara, tuvo la certeza de volver a ver a su esposo en pocas horas. Minutos después, mientras la nave era reabastecida de combustible, los miembros de la tripulación y los encargados del rescate se reunieron con el alcalde, algunos pescadores de la zona y el conductor de la lancha que vio por última vez la barca de Óscar.

Con los datos que recolectaron entre todos, los militares al mando de la nave empezaron la búsqueda, con Carmen Rosa como pasajera adicional.

—Yo sé por dónde le gusta pararse a Óscar cuando lleva turistas a ver las ballenas —le dijo al piloto antes de despegar, y señaló hacia el suroeste con la mano en la que tenía enredado un escapulario y su anillo matrimonial.

Sin embargo, antes de cerrar las puertas del aparato, apareció el comandante de policía de Nuquí con otras instrucciones:

—Capitán, la señora no puede viajar con la brigada de búsqueda —le dijo al piloto de la nave, señalando a Carmen Rosa.

—Pero cómo me va a negar el derecho de ir a buscar a Óscar, hombre. No sea así.

—Puede hacerlo, pero no en un aparato del Ejército, mi señora. Entiéndame. No puedo responder por usted. ¿Tiene algún seguro? No creo. Y yo no me voy a arriesgar a que les pase algo y se me dañe la carrera militar por andar de buena persona.

—¿Pero por qué ellos sí pueden ir? —reclamó señalando a Esteban y a Julieta.

—El señor es funcionario público y la señora tiene seguro —respondió por salir del paso el capitán.

—¿No será más bien porque soy negra?

—Señora, por favor. Entre más se demore en bajar más nos vamos a demorar en encontrar a su esposo.

Al final bajaron a Carmen Rosa de la brigada. El Capitán sabía que con ella corrían el riesgo de encontrar la lancha y no podía darse el lujo de perder el apoyo de los ministros y su grupo de senadores en el Congreso, donde se aprueban los ascensos.

A medida que el helicóptero se alejaba del piso, en forma vertical, las casas del pueblo se iban haciendo más pequeñas y el océano más inmenso. En los solares se veían mujeres lavando ropa, hombres bañándose a totumadas y ropa extendida sobre cuerdas, algunas de las cuales volaron con el ventarrón que produjo el aparato. Cuando obtuvo la altura necesaria, tomó rumbo horizontal hacia el suroccidente. Ingenuamente, Esteban y Julieta empezaron a mirar por las ventanas de la nave desde el momento mismo en que esta empezó a sobrevolar las playas donde a esa hora, los niños del Club Tiburones empezaban precalentamiento para la clase de surf.

Cerca de hora y media anduvo el helicóptero, sobrevolando la zona a menos de mil pies de altura sobre el océano Pacífico. Los ojos de los doce ocupantes barrieron cada metro de agua existente entre Termales y Nuquí, entre la costa y noventa millas al oeste. Salvo un par de lanchas rápidas pertenecientes a la Policía, ninguno de los tripulantes divisó algo tan siquiera parecido a la lancha de Óscar, que estaba pintada con colores vivos y fosforescentes.

El caso es que tuvieron que regresar al pueblo a abastecerse de combustible. Antes de retomar la búsqueda, Esteban vio con amargura cómo aterrizaba en Nuquí una avioneta privada con un grupo de constructores, con la licencia en sus manos para reiniciar las obras del puerto. Cuando los abordó, lo saludaron con el remoquete de viceministro, y sintió vergüenza. Se enteró que venían a reiniciar las obras y pensó que le estaba clavando un puñal a su esposa en el corazón. Se preguntó si ella entendería la venta de su alma al diablo por el préstamo del helicóptero y enseguida se respondió que no. Gabriela preferiría que nunca la encontraran a entregar sus principios, a permitir que los negocios destrozaran la vida del planeta.

Antes de reemprender la búsqueda, al verlo cabizbajo y ensimismado, Julieta le preguntó a Esteban si había perdido la esperanza. Él le respondió que de ninguna manera y trató de cambiar el semblante para no impregnar de malas energías la búsqueda. Carmen Rosa se acercó a ellos y los llenó de fuerza contándoles varios casos de botes perdidos con finales felices. Les contó de un barco pesquero de un señor del que solo recordó su apodo, el Negro Ulises, que duró diecinueve días con sus noches a la deriva.

—Lo encontraron en Panamá —les dijo y agregó con una sonrisa entusiasta—: Estaban más vivos y rozagantes que como estaban cuando se fueron.

Julieta y Esteban se llenaron de fe, pero hicieron preguntas:

—Supongo que en un barco pesquero no puede faltar el alimento y por eso se mantuvieron vivos —opinó Julieta.

—Esa es la esperanza que yo tengo. Óscar es uno de los mejores pescadores que hay en Nuquí —exclamó con orgullo—. De hambre

no se va a dejar morir.

—¿Y el agua? —preguntó Esteban.

—Por aquí llueve mucho. Si se les acabó, deben estar recogiendo agua lluvia. Mejor dicho, ustedes tranquilos, que sus espositos van a aparecer sanos y salvo —les aseguró Carmen Rosa con ese entusiasmo que la caracterizaba y que en otros momentos parecía haber perdido.

—Si su esposo es tan buen pescador, los vamos a encontrar con vida. Ya me volvió la fe —dijo Esteban logrando arrancar una sonrisa de esperanza a Julieta.

Enseguida volvieron a despegar.

***

Y allá, en medio del océano, buscando prolongar la vida en espera del milagro del rescate, Mateo hacía sus primeros pinos como pescador. Al comienzo lo intentó con una toalla abierta entre el agua. Los peces ni se asomaban. Al cabo de varias horas pasó una barracuda por encima de la prenda, pero el animal fue tan veloz que el pobre ni tiempo, ni fuerzas tuvo para sacarla del agua con agilidad.

Luego inventó una especie de arpón, amarrando un destornillador que encontró en la caja de herramientas a la punta del remo y se dedicó a esperar a que pasara algún pez. Algunos se acercaron, pero no lo suficiente, y otros parecieran conocer el truco porque se alejaban instintivamente. Pensó que necesitaba una carnada, pero lo único vivo que quedaba dentro de la embarcación eran ellos dos. Tuvo pensamientos desagradables, pero logró evitarlos.

En esas despertó Gabriela, más desalentada que nunca. Al ver a Mateo mirando al agua con gran concentración, indagó por sus intenciones. Él le dijo que no pensaba morir de hambre. Ella lo entendió, pero le pidió que, al menos, elevara una oración de perdón a los peces que pescara.

—Antes de matar al pobre, pídele perdón a su elemental. Le agradeces por alimentarte.

—¿Qué es eso del elemental? —preguntó extrañado.

—El alma. Todos los seres vivos tienen alma. Incluso las plantas.

—Dios mío, está bien, les pido permiso y perdón o lo que quieras, pero tienes que comer.

—No pienso comer seres vivos, ya te lo dije.

—Estás loca. Vas a morir.

—Muero feliz. Cuando uno muere con sus principios intactos muere feliz. ¿No lo sabías?

—Nunca he muerto para saberlo —le dijo con algo de disgusto por su terquedad y siguió en su faena.

Y pasaron tantas horas sin la posibilidad de pescar nada que no resistió más la tentación de frenar sus pensamientos tétricos y le abrió la puerta al menos cruel. Muerto de hambre, con una sensación de vacío en el estómago que le hacía arder la calma, tomó el cuchillo con el que le quitaron la vida a Óscar, esperó a que Gabriela cerrara los ojos nuevamente y lo llevó a su antebrazo. Lo empezó a clavar de costado, poco a poco, y soportando el dolor con estoicismo, traspasó la piel con el filo. Luego, sin mirar, apretando los ojos y los labios, arrancó un pedacito del músculo. No gritó para no despertar a su compañera, pero sus gestos denotaban un sufrimiento terrible. Luego puso su brazo dentro del agua y la sangre empezó a mezclarse con el agua. Quería llamar la atención de algún depredador.

Entre tanto, con un ardor que le hacía apretar todos los músculos de la cara, Mateo izó su pedacito de carne en la punta del destornillador y lo volvió a sumergir dentro del agua. Sabía que, en adelante, todo sería cuestión de paciencia. Y la tuvo, además, porque no tenía otra alternativa.

Media hora después se puso en alerta. Sus ojos desorbitados vieron pasar una sombra grande por debajo de la carnada. Se alistó con algo de ansiedad para pescar el pez que tal vez los mantendría con vida por al menos una semana, pero el pez nunca llegó. Quizás el hambre le estaba haciendo ver visiones. Creyó que se trataba de un gran tiburón, pero solo era una ola grande que arrastraba una

porción de algas oscuras. Sonrío a carcajadas y luego se puso a llorar. Y del llanto pasó a desgarradores gritos que despertaron a Gabriela. Ella lo miró con lástima y, como pudo, se incorporó para darle consuelo. Casi a rastras, avanzó hacia él y lo abrazó.

—Tranquilo, tranquilo, tranquilo —le decía mientras él mandaba al diablo a todo el mundo, inclusive al Dios al que siempre se aferraba cuando tenía problemas y en el que nunca había dejado de creer.

Cuando se le acabaron las fuerzas para gritar, Gabriela le dijo algo que más nunca olvidaría:

—En el libro de la vida ya se sabe qué será de nosotros mañana. Estaremos vivos o estaremos muertos, pero tus gritos no van a cambiar nuestro destino.

Mateo la abrazó e intentó relajarse llorando como un niño sobre su hombro. Y estaba en ese umbral, entre el sueño y la vigilia, cuando vio que alrededor de la lancha estaban merodeando un par de escualos. Pensó que se trataba de otra alucinación, pero, por despejar su duda, le preguntó a Gabriela si estaba viendo lo mismo. Ella, muy a su pesar, le respondió que parecían ser dos tiburones pequeños. Como si tuviera un resorte, Mateo se levantó de un brinco y tomó el remo. Revisó que su pedacito de humanidad estuviera aún clavado en la punta del cuchillo y zambulló el cabo del remo en el agua. Gabriela se dio vuelta para no ver lo que seguía.

Él le gritó que era una egoísta y que debería ayudarle. Ella le demostró su indiferencia con un silencio largo y el dedo corazón de su mano derecha izado en señal de protesta. El caso es que uno de los tiburones, que por su tamaño parecía nuevo en este mundo, se acercó lo suficiente para poner a millón el corazón del hombre hambriento. Su saliva se hizo abundante. Sus ojos y su boca se abrieron al tiempo, mientras aguantaba la presa como si fuese esa su última oportunidad de comer en la vida.

Cuando lo tuvo muy cerca, se paralizó de miedo, calculó la estocada y, con un movimiento rápido y certero, empujó el remo y le clavó el destornillador en la frente. El animal se sacudió fastidiado y huyó. Mateo se sintió morir de tristeza. Se resistía a creer que hubiera fallado. Además, se había llevado la herramienta incrustada en la cabeza.

La rabia se apoderó de su ser y empezó a gritar de nuevo. Gabriela se giró para saber lo que había pasado y, al ver que su compañero de infortunio no había podido matar al animal, sonrió. Este gesto causó mucha contrariedad en Mateo y lo que siguió no fue agradable para ella. La estrujó muy fuerte mientras la trataba de insolidaria, pendeja, mamerta, estúpida y otra docena más de calificativos.

—¡Me estás haciendo daño! —le gritó Gabriela tratándose de zafar.

—¿Es que no quiere a su esposo? ¿Es que no quiere a su hijo? ¿Es que no se quiere usted misma? ¿Cómo puede ser tan imbécil?

A ninguno de los agravios respondió ella, en parte porque sabía que el hombre tenía razón y en parte porque no le gustaba pelear con energúmenos. Cuando le sintió la voz temblorosa, se apiadó de él y de sus ganas de aferrarse a la vida y le ofreció disculpas. Él las aceptó llorando sobre su pecho. Y estaban dándose consuelo mutuamente cuando Gabriela observó algo que le hizo abrir mucho los ojos. Luego lo golpeó sutilmente en la espalda para que volteara a mirar lo que ella estaba viendo. Era el tiburón flotando con el cuchillo en la frente. Sin pensarlo dos veces, Mateo se lanzó al mar. Nadó con más ganas que nunca y, cuando llegó al animal, que aún luchaba por sobrevivir sacudiendo de vez en cuando su cabeza, lo abrazó y lo empezó a arrastrar hacia la lancha.

Gabriela le lanzó una cuerda y lo ayudó a acercarse. Y estaba a punto de llegar al borde de la embarcación cuando otro tiburón, tal vez la madre del moribundo, apareció de la nada con intención de embestir.

Gabriela entró en pánico y le gritó a Mateo que debía subir de inmediato. En la angustia, él intentaba hacerlo sin perder de vista su presa. La amarró con la cuerda que ella le había lanzado y, como pudo, se agarró del borde de la lancha para tratar de elevarse. Pero sus fuerzas no le daban para poner al menos las piernas a salvo en el borde del casco. Sin vacilaciones el tiburón se lanzó hacia ellas. Quería venganza. Entonces Gabriela lo tomó por las manos con una fuerza descomunal que ni ella misma sabía que le quedaba y lo ayudó a subir.

Cuando Mateo metió dentro del bote su último pedazo de humanidad, el atacante se estrelló contra el casco de la nave y sus enormes dientes alcanzaron a astillar un borde de la embarcación. Mateo le agradeció con un cerrar de ojos, pero no podía perder tiempo. Se concentró en no perder la pesca. Con el mismo remo empezó a ahuyentar al compañero de su presa. Al cabo del tiempo lo logró y entre los dos empezaron a subir a la embarcación el alimento que los mantendría con vida por mucho tiempo.

Cuando lo pusieron sobre el piso del barco, el animal aún se contorsionaba por lo que Gabriela le pidió a su compañero que le ayudara a poner fin a su sufrimiento. Mateo desclavó el destornillador de la frente del gran pez y lo volvió a hundir con torpeza, tanta que Gabriela ya no estuvo segura de que ese fuera un mejor final.

Con sus manos ensangrentadas y su rostro salpicado, Mateo sonrió como un psicópata, se acostó bocarriba y tomó aire una decena de veces. Estaba exhausto y ni siquiera se acordó de soltar el arma. Cuando hubo de recobrar alguna parte de sus fuerzas y llevado por el hambre, se incorporó y empezó a desmembrar al animal con la sevicia de un descuartizador. Empezó por las aletas. Ni siquiera tuvo tiempo de degustarlas. Se atarugó la boca y los cachetes con pedazos del pez mientras le ofrecía a su compañera los mejores trozos. Gabriela se limitó a mirarlo, sin reproches, pero sin mostrar el mínimo interés de acompañarlo. El hombre comía la carne cruda con avidez mientras ella disentía con su cabeza con más pesar que asco. Al final prefirió dirigir su mirada hacia la inmensidad.

—Si me toca te obligo a comer, pero tú a mí no me vas a dejar solo —le advirtió Mateo con la boca llena.

—Cuidado con tus amenazas, amigo. Algo que no perderé nunca es mi libertad de elegir.

—Escúchame bien. Si no comes, mañana a esta hora estarás muerta —le advirtió con la boca llena y agregó—: Y no quiero que te mueras. ¿Entendiste?

—Di la verdad. No te importa mi vida. Lo único que te importa es no quedarte solo. Eso se llama egoísmo, señor.

—Egoísmo o lo que sea, tú no te mueres, ¿entendiste?

Gabriela no quiso contestar.

—¿Qué si entendiste? —le repitió varias veces y luego tomó un pedazo de carne pulpa de la aleta y lo llevó a la boca de la mujer sin su consentimiento. Ella volteó la cara y empezó un forcejeo extraño. Como un energúmeno, él trataba de introducir a la fuerza un trozo de pez en la boca de la mujer, al tiempo que le gritaba:

—Sí me importas, sí me importas, sí me importas.

Ella, que no tuvo fuerzas para defenderse, terminó atarugada con el bocado.

DIECINUEVE

Una cita en la Luna

La última semana de octubre, casi un mes después de la desaparición de la Carmen Rosa, desde el helicóptero del Ejército alguien divisó lo que podría ser un cuerpo inerte bamboleándose en la playa, al vaivén de las olas. Enseguida se enviaron las coordenadas del lugar a las lanchas y, en pocas horas, se pudo constatar que el cadáver pertenecía a un hombre cuyas características físicas coincidían con las de Martelo Zambrano. Horas después, por la misma zona fue avistado el cuerpo de su esposa Nelsy Morales.

Con dos cadáveres, según Medicina Legal, con señales de ahogamiento desde hacía aproximadamente un mes, ya a nadie le cupo duda de que todos los integrantes de la lancha estaban muertos y se suspendió la búsqueda. Oficialmente, todos los pasajeros de la Carmen Rosa fueron declarados muertos por ahogamiento. Un general del Ejército alegó, sin que le faltara razón, que mientras trataban de salvar la vida a diez personas, miles estaban en peligro por la ausencia del aparato en las zonas de conflicto.

Todos aceptaron, pero la verdad no fue esa. Román le mandó a pagar un dinero al piloto de la aeronave para que hiciera lo posible por no encontrar a los náufragos. Sabía que Gabriela se convertiría

en el principal obstáculo para el desarrollo del proyecto. Por eso, desde el segundo día de búsqueda pidió que Esteban, Julieta y Carmen Rosa no estuvieran en la aeronave, alegando que la misma era de uso oficial y que no quería después investigaciones de la Procuraduría.

Cuando el alcalde dijo que la vida tenía que seguir, la resignación se instaló a vivir en Nuquí. Lo cierto es que, con razones o sin ellas, la búsqueda fue cancelada de manera definitiva.

Julieta y Esteban regresaron a sus hogares con sus vidas destrozadas y sus almas deshilachadas. Estaban abatidos y demacrados por el llanto. El camino de retorno, aún con el transbordo en Medellín, no les dio tiempo suficiente para improvisar un discurso tranquilo que les permitiera no matar de tristeza a sus hijos.

Mientras volaba de Medellín a Bogotá, Esteban decidió construir un relato que no afectara a su pequeño Samuel. No era fácil pues debía tener el suficiente cuidado para no contarle que su madre estaba muerta, pero sin decirle que estaba viva. Al final optó por despistarlo con una especie de cuento de hadas, que obviamente un niño de su edad ya no tendría por qué creer. Le dijo que Gabriela se había ido a vivir un tiempo con las ballenas. El precoz respondió con una ráfaga de preguntas que su ingenuo padre no pudo contestar:

—¿Y por qué no se despidió? ¿Son más importantes las ballenas que nosotros, papá? ¿Cuándo va a volver?

Esteban le respondió con algo de vergüenza, pero tratando de que no se le notaran las mentiras:

—Quizá las ballenas no son más importantes que nosotros, Samy, pero tu mamá está salvando el planeta.

—¿Salvándolo de quién?

—De nosotros mismos, hijo. De los humanos.

***

En Cartagena, Julieta solo pudo abrazar a sus hijas sin pronunciar una sola palabra, como quien se está quemando un dedo sin poderlo sacar de las llamas. Las niñas nunca se atrevieron a preguntar si su papá estaba muerto por miedo a que les dijeran que sí.

Por alguna razón, Julieta tampoco se atrevió a confírmales la noticia, pero lloró y lloró noches enteras, mientras recibía la solidaridad de amigos y familiares que se agolpaban por turnos en la sala de su casa, con un pocillo de café preparado por Lucía, una vecina que asumió como propia la tragedia. Solidaridad que no encontró entre los familiares de los clientes que viajaron con Mateo a Nuquí. Varios de ellos empezaron a amenazarla con demandar la empresa de su esposo por no haber devuelto a sus clientes con vida.

La venganza artera

Por esos días, tan pronto como se declaró terminada la búsqueda de los náufragos, las mafias que no pudieron matar a Gabriela a tiros se ensañaron contra las personas que protestaron contra la construcción del puerto de Tribugá. El 29 de octubre de 2020, en una playa del municipio cercana a la estación de policía, apareció el cadáver de una mujer de unos 50 años, de nacionalidad española, con un tiro en la cabeza. Su nombre era Juana María Perea Plata, la amiga de Gabriela, una de las pocas personas de Nuquí que protestó por el arresto de los miembros de la Fundación Mares Vivos el día que se opusieron al inicio de las obras del puerto.

La noche anterior, mientras cruzaba mensajes con su esposo quien se encontraba fuera del país, Juana se inquietó con los ladridos de Foca, un perro fiel que la acompañaba desde que ella lo rescató, y se levantó a averiguar qué sucedía.

—Ya vuelvo —le dijo, y el hombre de origen norteamericano se quedó esperando toda la vida a que su mujer le volviera a escribir.

Foca le estaba ladrando a varios hombres armados del Clan del Golfo que se la llevaron a la fuerza de su hostal ecoturístico en Termales a eso de las nueve de la noche. En la madrugada, fue

trasladada en una lancha por los hombres armados hasta el río Nuquí donde la asesinaron y lanzaron el cadáver al mar. A Juana la mató el Clan del Golfo, aunque nunca se supo públicamente de dónde vino la orden. Los autores intelectuales eran los mismos que habían hecho todo lo posible por no encontrar a Gabriela, los mismos que le pagaron a Rigoberto Reyes para que la matara en alta mar, los mismos que estaban celebrando el inicio de las obras del puerto.

Al asesinato de Juana Perea siguió una bomba en la sede de la Fundación Mares Vivos y un atentado contra Sofía. Desde luego, esto los puso en desbandada temporalmente, pues se negaron a recibir protección de la Fiscalía General de la Nación, alegando que esa entidad estaba infiltrada por tentáculos de la mafia. Después de ver al esposo de Gabriela ungido como viceministro de Biodiversidad, tras firmar la licencia ambiental a la obra del puerto, ya no confiaban ni creían en nadie.

Esteban regresó a su trabajo muy acongojado. No sentía los pies. Toda su existencia física se resumía en lo que miraban sus ojos mientras flotaba de un lado a otro como un ánima en pena. Con la mirada perdida y la voz casi ahogada se acercó al despacho del ministro y le pidió a la secretaria que le agendara una reunión con él. Ella lo sintió tan angustiado que de inmediato se metió a la oficina del doctor Román a pedirle que lo atendiera. No se sabe qué le dijo, pero enseguida lo hicieron seguir al despacho.

—Señor ministro, vengo a renunciar al viceministerio. Le agradezco mucho su deferencia al nombrarme, pero… no puedo más con esto.

—¿Cómo se le ocurre renunciar en este momento, Andrade? —le dijo mirándolo a los ojos—. Ahora es cuando más necesita este puesto.

—No hay duda, lo necesito, pero no podría estar en un lugar donde ella no quisiera verme. Usted me entiende.

—Ella ya no está, Andrade. Su esposa ya no existe. Tiene que seguir la vida. Tiene que seguir adelante —le contestó enérgicamente y a manera de consejo.

—Pero no quisiera seguir adelante deshonrando su memoria. Haciendo cosas que a ella le desagradaban.

—¿Se refiere a Tribugá?

—Sí.

—Andrade, Tribugá va. Tribugá se hace con usted como viceministro o retirado en su casa y echado a la pena. ¿Entiende lo que le estoy diciendo? Su renuncia no cancela el proyecto. No puede cancelar su firma y, así lo hiciera, el nuevo director la va a firmar. A nadie le va a importar que se vaya y se quede sin empleo. Piense en su hijo, Andrade, deje de ser pendejo. Piense en los niños del Chocó condenados a la pobreza eterna. El país debe seguir su marcha, debe crecer. Necesitamos ese puerto. ¡Si se queda puede ayudar a mejorar la licencia ambiental de mierda esa que usted mismo ya firmó!

—Los ambientalistas me están masacrando en las redes sociales por esa licencia, ministro.

—Y eso que no quise que le sacaran lo del conflicto de interés que no declaró. Lo hubieran tildado de corrupto. Relájese. Esto ya no lo detiene nada.

—Con todo respeto, señor ministro, ese proyecto no tiene arreglo. Se hace o no se hace. Se destruye el Chocó o no se destruye el Chocó. La vida no tiene término medio. Así de sencillo. La mierda esa ambiental, como usted la llama, es la vida misma.

—Mire, Andrade, no tengo tiempo para meterme en discusiones existenciales ni para debatir algo que ya está aprobado en el Plan de Desarrollo del Gobierno. Piénselo. Ahora tengo que salir. Si quiere seguir, en dos semanas viajamos a Nuquí y en un mes a España para hablar con los contratistas catalanes a ver cómo mejorar las condiciones ambientales de la construcción.

El ministro se fue y Esteban se quedó pensando que quizá el burócrata tenía razón. Además, le llamó la atención el nuevo viaje a Nuquí. En el fondo de su corazón sentía que podía existir alguna posibilidad de que su amada esposa siguiera con vida.

En Nuquí, al completarse las primeras cinco semanas desde la desaparición de la lancha, Carmen Rosa se negó a realizar un entierro simbólico de Óscar y de su ayudante, como se lo

propusieron los pescadores amigos. Dijo que lo iba a esperar hasta su último suspiro de vida porque, para ella, su negro seguía respirando. De hecho, volvió a recordar la historia de dos embarcaciones que duraron varios meses perdidas y que al final aparecieron con sus ocupantes vivos.

***

Ni Carmen Rosa ni Esteban estaban equivocados. A cientos de millas náuticas de la costa, frente a las selvas de Panamá, o quizá de Costa Rica, Gabriela y Mateo seguían a la deriva aún con vida. Desde luego, ignoraban la triste noticia del asesinato aleve de Juana Perea y la persecución a los miembros de Mares Vivos.

Habían sobrevivido gracias al alimento del enorme pez, y a los aguaceros que, aunque aislados, les permitían hidratarse de vez en cuando. Sin embargo, sus cuerpos cansados ya parecían sucumbir a la inclemencia del clima. El sol había manchado y oscurecido sus caras; el viento, resecado y cuarteado sus pieles, sus labios y sus cabelleras. El agua salada ya había derruido sus ropas. Los ojos y las miradas de los dos parecían sumergidas, lejanas, sin brillo. Sus cabelleras estaban enredadas y sus dientes, amarillos. Mateo ya lucía barba, el pelo más largo. Algo que detestaba aun encontrándose en esa inmunda situación.

—Ya pareces un mamerto —le dijo Gabriela un día, en medio de risas, burlándose de su cabello largo.

—Dios mío, con lo que detesto llevar el pelo así —respondió fastidiado y como tratando de arrancarse un mechón.

—El pelo y la barba. Te falta la boina y en dos semanas quedarás igualito al Che.

—¡Cállate!

—Es en serio —volvió a burlársele sin parar de reír mientras él trataba de arrancarse a pedazos el cabello.

—Qué haces, deja de ser loco…

—Jamás me pareceré a un guerrillero. Primero muerto.

—Ya cálmate… Es por molestar —le gritó impidiendo que se hiciera daño.

Mateo trató de mirar el reflejo de su rostro en el agua y se quedó esperando a que el agua se calmara un poco. Al cabo, cuando las olas se calmaron, pegó un alarido:

—Tienes razón, ya parezco un puto mamerto.

—En cambio yo no parezco una facha, ¿o sí? —le preguntó Gabriela entre burlas y acomodándose su enredado pelo hacia un lado, con lo poco que le quedaba de coquetería.

—Pareces una idiota… Eso es lo que pareces —le gritó el hombre y se fue a un costado de la lancha a rumiar su fastidio.

Del tiburón solo quedaban algunos huesos carnudos. Gabriela sentía que la carne del escualo ya estaba podrida, a pesar de que Mateo la estuviera tratando con salmueras, vertiendo delgadas capas de agua marina sobre ella para que el sol destilara el agua y dejara la sal necesaria para conservarla. La carne, ya seca, les proporcionaba alguna energía que los mantenía a flote.

—¿Cuánto tiempo llevamos perdidos? —preguntó ella.

—Ya perdí la cuenta…

—¿Crees que saldremos de esta?

—Si no lo creyera ya me hubiera dejado morir —respondió él con algo de entusiasmo.

—Por ahí dentro de un mes será Navidad. Mi pobre Samuel estaba tan ilusionado con un viaje que íbamos a hacer a Orlando. Ya le debieron contar que estoy muerta.

—Es lo más seguro —puntualizó Mateo, que agregó por fastidiarla—: A lo mejor ya tenga otra mamá que no fume marihuana y quizá con ella el niño vaya a conocer al pato Donald. Porque ustedes los mamertos son felices hablando mal de los Estados Unidos, del imperialismo, pero apenas consiguen algo de platica se van para allá a comprar ropa de marca y a caminar por sus parques… Incoherencia pura.

—No me gusta ir a Estados Unidos. No me gusta ir a un país donde los de inmigración lo miran a uno como un criminal. Va uno a dejarles dólares y lo que recibe es desprecio. Si acepté ese viaje lo hice por cumplirle el sueño a mi hijo. Pero por mí, hubiera hecho el

paseo a Europa. Me gusta más y me han contado que no nos fastidian tanto al entrar.

—A mí sí me encanta Estados Unidos. La libertad, el capitalismo, la libre competencia. Todo mundo centrado en sus vidas y no como en Colombia, que las personas viven más pendientes de uno que de ellas mismas.

—Ah, pero el chisme es rico. No me digas que no te gusta el chisme, rajar de la gente, burlarse de algún fulano o alguna fulana…

—No me gusta. Uno tiene que ser serio. Además, burlarse de la gente es pecado.

—¿O sea que decirte Che Guevara es pecado?

—Ya deja la bobada y más bien tratemos de calcular el día en que estamos parados a ver si celebramos nuestra Navidad…

Gabriela se sintió tan desdichada que se puso a llorar.

—¿Primera o segunda semana de noviembre, tal vez? —calculó Mateo.

***

Mientras Flor Alba vestía con entusiasmo fingido el árbol de Navidad, Samuel se quedó mirándola fijamente con ganas de preguntarle algo. El niño estaba retraído, se le notaba triste y trataba de jugar con su gato Orión sin lograr concentrarse, pero finalmente se atrevió:

—¿Mamá no va a volver, cierto?

La tía se volvió hacia el niño sin saber qué responderle. No lo quería engañar, pero tampoco le quería cortar la ilusión. Por eso optó por una respuesta ambigua con la que Samuel no se conformó:

—Mi amor, tu mamita volverá cuando Dios quiera que vuelva.

—¿Pero está muerta, cierto? ¿Por qué no me dicen la verdad? —exigió y se puso a llorar.

La tía Flor Alba lo abrazó y lo estrelló contra su pecho sin saber qué palabras usar para consolarlo. En esas llegó Esteban y se sumó al duelo.

—Está preguntando por Gabriela —le dijo Flor Alba, y al hombre no le quedó más remedio que enfrentar la situación con gallardía y contarle la verdad a su hijo. Lo tomó de los bracitos, que el niño mantenía pegados al cuerpo y, mirándolo a los ojos con infinita ternura, le contó lo que estaba sucediendo:

—Mira, mi amor. No te voy a decir mentiras. No sabemos si tu mamá está viva o está muerta. Está desaparecida hace casi tres meses. La lancha en la que viajaba con otras personas se perdió y no la han podido encontrar. Así que vamos a tener que seguir nuestras vidas con ese dolor y lo vamos a tener que superar porque lo más probable es que mamita no vuelva más. ¿Entiendes?

El niño se soltó a llorar refugiándose en el pecho de Esteban. Flor Alba no pudo menos que sumarse a la lloradera abrazándolos a ambos.

En Cartagena, Julieta la estaba pasando igual. Las gemelas no dejaban de preguntarle por su papá y su ausencia hace rato estaba afectándoles el estado de ánimo. Sin embargo, la mujer no tuvo las agallas que tuvo Esteban de enfrentarlas con la verdad. Siempre les decía que el viaje del papá a Nuquí se había prolongado y que pronto volvería.

Hasta que un día las niñas se rebelaron y de qué manera. Le impidieron a Julieta armar el árbol de Navidad con el que ella pensaba distraerlas y entusiasmarlas. Isabella, la mayorcita, le advirtió que sin su papá en la casa no habría Navidad, no habría nada, y le cerró con altanería la caja de la que Julieta estaba empezando a sacar las luces y las primeras ramas.

—No vamos a tener Navidad sin mi papá —sentenció Estefanía sumándose a la protesta de su hermana, y a Julieta no le quedó más remedio que abrazarlas con mucha zozobra sobre el futuro.

VEINTE

Pide un deseo…

Las noches en altamar se tornaban tan largas que una manera que encontraron Gabriela y Mateo de acortarlas fue charlando. Como siempre el tema central eran sus familias y, en segundo lugar, la política, porque les encantaba polemizar. Habían encontrado en el acto de llevarse la contraria una manera de odiarse, porque habían descubierto que, a falta de amor, el odio los mantenía más vivos. Pero también tenían espacio para las trivialidades y el más proclive a esas preguntas vanas era Mateo.

—Si se apareciera ahora un genio de la lámpara… así bien grande, que saliera del mar todo mojado y te dijera: Gabriela, te concedo un deseo. ¿Qué le pedirías?

Gabriela sonrió por la ocurrencia mientras pensaba la respuesta.

—Rápido, pues, que se va el genio…

—Ay, no sé, tengo tantas cosas en mente… Ver a mi familia, por supuesto. Ese sería el deseo egoísta, pero también me gustaría pedirle por la gente que está sufriendo. Que les alivie a todos la situación.

—Qué cosita contigo —dijo en tono de regaño—. ¿Por qué siempre todo tiene que ser tan trascendental? Algo para ti. Algo tuyo.

—Ver a mi familia.

—Bien. ¿Y si el genio te concede el deseo y llegas y encuentras a tu esposo con otra señora?

—No creo. Esteban me prometió que sería su último amor, hasta la muerte. A lo mejor cumpla. Aunque… si no salimos de esta… No me gustaría que estuviera solo el resto de su vida, ¿sabes? Me gustaría que se volviera a juntar con alguien, ojalá una mujer buena que trate bien a mi hijo.

—Hum. Yo sí no estoy preparado para que Julieta esté con otro tipo, aunque pobrecita. Ya llegará un momento en que necesite de un hombre. Pero no. Le halo las patas donde se meta con otro tan pronto.

—Egoísta.

—Egoísta no. Las promesas son para cumplirlas y el cura a nosotros nos dijo: hasta que la muerte los separe. Y yo estoy vivo, ¡punto!

—Pero ella no lo sabe. ¿O eres de las personas que piensan que la pareja les pertenece?

—Sí. Yo soy de ella y ella es mía. Ese es el trato.

—No puedo creerlo —le dijo y le cambió el tema, en el entendido de que iban a empezar una nueva discusión en la que ninguno cedería—. ¿Tú qué le pedirías al genio?

—Yo creo que lo mismo. Extraño mucho a mis princesas. A cada segundo me pregunto qué estarán haciendo… Cómo habrán tomado las noticias…

—Te la devuelvo. ¿Y si tu esposa ya está con otro tipo?

—No creo. Nuestro amor ha sido muy grande. Está hecho a prueba de ausencia. Demorará en acabarse. Pero no sé… Casos se han visto.

—Es una probabilidad que debemos empezar a asumir. Porque a mí Esteban me dijo que yo sería su último amor, pero no me dijo que sería su última mujer. A lo mejor consigue una mujer y está con ella sin amarla. Si lo ha hecho, me tocará entender. Además, mi hijo necesita de una mujer en su formación. No me gustaría dejarle su crianza al patriarcado hegemónico.

—Me imagino que tu marido es machista.

—Es difícil que no lo sea. De alguna forma todos lo son, pero él ha evolucionado eso… Pero no los culpo. Son siglos de comportamientos machistas normalizados por la sociedad. Sin embargo, mi maridito es tan lindo que se esmera por desaprender.

—Desaprender, decrecer, releer… Esas palabrejas que usan ustedes me causan rasquiña.

—Desaprender significa olvidar los patrones que lo hicieron machista.

—Yo también debo ser machista, pero ni siquiera lo sé. Uno actúa según su educación y la Biblia dice que el hombre es el que provee. El hombre es la cabeza del hogar. El jefe de la casa.

—La Biblia es solo un punto de vista. Hay más religiones. Aunque los musulmanes son más machistas todavía. Pobres mujeres… Esto es de paciencia. Paciencia que no tienen las feministas para enseñarnos a no ser machistas. Nos dan muy duro, nos insultan cuando nos equivocamos en el lenguaje, como si tuviéramos la culpa que en nuestras casas nos hubieran criado así.

—Algunas madres, no todas, pero nos debes entender. Son milenios de machismo, de sometimientos, de abusos, maltratos, injusticias. Por eso se nos nota la rabia.

—Pero, bueno, retomando el tema, y no es por lo machista, a mí me daría muy duro que Julieta estuviera con alguien. No resistiría que mis pecosas tuvieran otro papá.

—Lo dices por tus hijas o porque el macho no quiere que otro macho se meta en la vagina de su mujer.

—¡Oye, te pasas!

—Solo hice una pregunta. Es el vaginocentrismo en el que están basadas la mayoría de las relaciones machistas.

—Dejémoslo ahí, no me gusta dar peleas que ya tiene uno perdidas antes de empezarlas. Más bien hagamos algo para salir de aquí. No podemos seguir esperando la muerte sin hacer nada. ¡Ya me desesperé!

—No depende de nosotros. Somos fichas del destino.

—No sabemos para dónde nos empuja el viento la barca, que a propósito: bien construida sí está.

—Es verdad, ha resistido bastante porque es mujer. “La barca”.

—No me importa si es el barco o la barca, pero hagamos algo porque ya me desesperé. Al menos recemos, gritemos a ver si alguien nos escucha.

—Los cuerpos irán hasta donde la barca y el mar quieran. Nuestras mentes van hasta donde nosotros queramos —dijo Gabriela.

—Yo quiero ir hasta volverlas a ver.

—Yo también quiero ver a mis dos hombres… Hagámoslo.

—¿Qué se te ocurre?

—Ya sabemos que el sol sale por el oriente y sabemos que se oculta por el occidente. Nuquí o la Costa están a nuestro oriente. Tratemos de remar. Eso nos mantendrá activos. Sea que lleguemos a algún lado, sea que no.

—El problema es que vamos a necesitar litros de agua para hidratar el esfuerzo —opinó Mateo mientras miraba las reservas de agua lluvia depositadas en dos botellones.

—¿Y cuál es el problema?

—No sabemos cuándo vuelva a llover

—Y que nos importa si vuelve a llover o no. Para ellos estamos muertos. Y la única forma de resucitar es haciendo algo extraordinario.

Mateo sintió que la vida retornaba a su cuerpo en forma de remolino. Sonrió con demencia, y empezó a remar como si estuviera poseído por una fuerza extraña.

A las dos horas, luego de agotar todas sus fuerzas y el agua que había en los recipientes, Mateo cayó extenuado. Gabriela lo relevó con más ganas que fuerzas y luego Mateo volvió a remar por espacio de una hora más. Pero la barca permaneció muda en medio de la nada. Las ilusiones de los desaparecidos se desvanecieron al tiempo que los últimos rayos del sol, pero no perdieron la fe. Quedaron de intentarlo a la mañana siguiente porque la sed empezó a acosarlos.

Compadeciéndose mutuamente por el esfuerzo realizado, Gabriela dejó que la cabeza de su compañero se posara sobre sus piernas y le empezó a acariciar el cabello. Mientras pasaba sus dedos cuarteados por el cuero cabelludo grasoso, le decía que se

sentía muy orgullosa de él y le agradeció su esfuerzo. Luego intentó remar, pero no resistió más de quince minutos. En realidad, estaba muy débil.

Mateo solo pensaba en el agua y repetía como loco y sin cansarse:

—Tiene que llover, tiene que llover, tiene que llover.

Horas más tarde, cuando los labios de Mateo se resecaron del todo, el hombre entró en desespero. Con la garganta seca y la boca como arena del desierto, lanzó sus manos al agua para beber del mar, aunque Gabriela ya le hubiera advertido de las nefastas consecuencias. Cuando ella intentó detenerlo, Mateo le dijo que ya no podía más, que se quería morir y hasta se intentó lanzar al agua para dejarse ahogar.

—¡Cómo se te ocurre! —le gritó agarrándolo con sus débiles brazos, pero el hombre se zafó con mucha facilidad.

—No me puedes dejar sola —le suplicó—. Ese es el pacto.

Entonces Mateo trató de recapacitar, pero se puso a llorar sin lágrimas.

—No doy más, perdóname, pero no doy más. Estoy muriendo de sed.

Al verlo tan angustiado, tan desesperado, le preguntó si le importaba beber un poco de su saliva. Mateo no supo responder. Sus labios estaban tan secos, que hubiera recibido con gusto una botella de cianuro. No tenía otra alternativa.

—No pienses que es una locura —dijo él—. Hace unas semanas quise hacer lo mismo contigo.

Sin más dilaciones, Mateo llevó uno de sus dedos a los labios de Gabriela, con toda vergüenza y le pidió que los mojara. Gabriela lo hizo y él se los llevó a la boca y los chupó con avidez. Y siguió lo que tenía que seguir, ella escupió un poco de saliva en su mano y se la ofreció. Él la bebió de su palma con desespero, unas tres veces.

No era cianuro, pero, a la postre, esa saliva habría de convertirse en eso. Un veneno que mata.

Por el lado opuesto del ocaso empezó a aparecer una luna tímida. Gabriela recordó que una noche, mientras Esteban le leía uno de los muchos poemas que le escribió durante el noviazgo, él le

dijo que si algún día se perdían mirara a la luna que allá, sin temor a equivocarse, volverían a reencontrar sus miradas. Esa noche, más larga que las demás, se quedó observando la luna hasta dormirse, recostada sobre una pierna de Mateo. Se fascinó mirando sus cráteres y las estrellas que la rodeaban porque sabía que en esos mismos instantes Esteban iba a estar mirándolos. No se equivocó. Su esposo y su pequeño Samuel estaban mirando la luna desde la terraza de la casa. No se veía tan nítida como desde altamar, pero él sabía que, de estar viva, su Gabriela iba a estar concentrada en ese mismo punto.

La mañana los sorprendió con un viento helado que venía del norte del continente, donde ya estaba entrando el invierno. Mateo amaneció tembloroso y, aunque con algo de vergüenza, le pidió a Gabriela que lo cubriera con sus brazos. A ella le quedó muy difícil negarse después de todas las veces que él la había socorrido de la misma manera. Entonces lo abrazó y lo durmió entre su pecho.

Sin moverse, sin hablar, sin esperar nada, vieron salir un sol pleno que se posó sobre sus existencias. Sin ninguna pista geográfica que les indicara estar aproximándose a tierra firme, la pareja encontró en ese abrazo, que sintieron definitivo, la cura para sus temores. Estaban tan relajados que por un momento pensaron que les daba lo mismo ser encontrados o seguir perdidos. Estaban tan amañados, tan conectados, tan despreocupados de lo que pudiera suceder, tan desprendidos de alguna esperanza, que dejaron de sentir miedo por un desenlace inesperado.

Mateo cerraba los ojos y pensaba que los brazos que lo rodeaban eran los de su Julieta amada. Gabriela solo pensaba en sobrevivir para tener la dicha del reencuentro con Esteban y Samuel. Cuando se dieron cuenta de que llevaban horas sin despegarse, sintieron pena, pero no la suficiente como para separarse. Era un momento incómodo para ambos, pero necesario para sus almas vulneradas por la desgracia. De la fortaleza de sus dos cuerpos dependía la supervivencia. Y sin pensarlo, esa cercanía, ese calor humano que se estaban dando, se convirtió en una forma desprevenida de embolatar el hambre y la incertidumbre. Era un estado de relajación que los atrapó en una espiral de libertad, sudor y bienestar.

La muerte embriagada

A comienzos de diciembre, una comitiva gubernamental de burócratas, encabezada por el ministro Román, el viceministro Andrade, la nueva directora de Licencias Ambientales, el director de Puertos de Colombia y los empresarios españoles, arribó a Nuquí sobre las once de la mañana. Como Esteban les advirtió que regresaría, Catalina y Víctor llegaron al aeropuerto a esperarlo, más por solidaridad que por la expectativa de alguna noticia. Para entonces ya tenían conocimiento del nuevo cargo de su visitante y le tenían algunas preguntas guardadas.

El saludo fue un tanto triste. Esteban ni se tomó la molestia de preguntar por su esposa, suponiendo que, si ellos supieran algo, lo habrían recibido con algarabía. Solo se limitó a preguntar por Carmen Rosa y por el asesinato de Juana Perea. Le dijeron que Carmen Rosa estaba destrozada, tirada en su lecho, sin ganas de vivir, y sobre Juana Perea, con algún grado de sospecha, le respondieron que ellos también querían preguntarle por la investigación, ya que imaginaban que él podría estar más cerca de los asesinos. Esteban les dijo que no sabía nada, que él no se había inmiscuido en esas investigaciones, que venía a una reunión con el alcalde y el gobernador para tratar un asunto del que no dio mayores detalles, pero que, al salir de allí, le gustaría pasar a saludar a Carmen Rosa. Todos estuvieron de acuerdo en esperarlo para llevarlo hasta su casa. Sin embargo, Catalina, miembro activo del comité de lucha contra el puerto de Nuquí, al ver tanto movimiento, se atrevió a preguntarle algo con no poca diplomacia:

—Vienen a lo de Tribugá, ¿verdad? —indagó con indignación.

Esteban sintió la vergüenza de quien es invitado a una casa y termina robándose las pertenencias del anfitrión. Por eso se quedó mudo. Solo atinó a asentir con su cabeza mientras caminaba hacia una patrulla de la Policía que lo estaba esperando. Catalina se llenó de rabia y la compartió con su esposo y su mejor amigo:

—Ni dejó enfriar el cadáver de doña Gabriela para terminar vendiéndole el alma al diablo por un puesto. Ya veremos si son capaces de atreverse…

Luego se fueron decepcionados rogando porque el rolo, como lo llamaron despectivamente, no regresara.

La comitiva de burócratas, exasperados por el calor, visitó el lugar donde se empezaba a construir el puerto. Llevaban sombrillas para contrarrestar los rayos solares y cada uno mantenía en sus manos una botella con agua y un plano. Mientras el español explicaba algunos aspectos técnicos de la obra, un par de indígenas emberá, con sus hijos en brazos, desembarcaban de una pequeña lancha de madera movida por el motor de una máquina podadora. El español, a quien ningún invento debía impresionarlo por venir de un país desarrollado, no podía creer que una podadora de césped a gasolina hecha en su país, exclusivamente para cortar pasto, estuviera propulsando la canoa. Con total asombro se quedó mirando el aparato y exclamó en medio de risas:

—¡Joder, tenemos que patentarlo!

Después de mirarlos a todos con recelo, los cuatro miembros de la familia emberá se internaron en la manigua con algo de desconfianza y no poco afán.

Tribugá es una bella ensenada, un golfo de aguas profundas y limpias con un entorno selvático e inhóspito que empieza desde el mismo lugar donde termina la playa. Durante la marea alta, el mar se filtra por entre un extenso bosque de manglares y, luego de alimentar el bosque y los anfibios, regresa a formar olas alegres sobre las que los niños surfean con mucha felicidad.

Hace menos de veinte años había allí un asentamiento de indígenas tranquilos y felices que fue desplazado a sangre y fuego por los paramilitares del bloque Elmer Cárdenas de las Autodefensas Unidas de Colombia, un 31 de agosto de 2001. Cuentan los nativos que los paramilitares llegaron calladitos por el río Anchachí, en dos lanchas rápidas provenientes del poblado de Anchí donde vivían sin Dios ni ley desde hacía un año, y con lista en mano buscaron a quince personas que acusaron de auxiliadores de la guerrilla del ELN. Solo encontraron a seis de ellas y, de inmediato, en presencia de los aterrados habitantes del caserío, a cinco kilómetros de la cabecera urbana de Nuquí, les dispararon varias ráfagas de fusil que

hicieron volar contra las paredes sus sesos y buena parte de la sangre que llenaba sus venas.

Testigos mudos de aquella masacre, aún quedaban en pie unas cuantas casas destruidas y abandonadas, agujereadas por balas de fusil e invadidas por la maleza. Todas parecieran haber sido de color blanco, aunque un par de ellas conservaran el sello del horror en forma de chispas de sangre sobre sus muros.

Por las ventanas y puertas de los ranchos en ruinas, se asomaban ramas de árboles, muchos de los cuales ya se han abierto paso hacia el cielo, tumbando los tejados que quedaron en pie después de la incursión de los hombres armados.

Algunas paredes, pintadas con consignas de la ultraderecha y manchas de sangre indígena, dejaban ver los rastros de la tragedia de un pueblo que perdió más que a seis de sus habitantes. Aquella terrible noche que Sandro Cogollo narró tan magistralmente en su libro, los habitantes de Tribugá también perdieron, y para siempre, la confianza en la humanidad.

Luego de ingeniárselas con triquiñuelas para que los españoles no vieran las paredes manchadas de sangre, la comitiva regresó a Nuquí. Las reuniones con el alcalde del municipio y el gobernador del Chocó se hicieron a puerta cerrada, pero no había secretos. Se estaban poniendo de acuerdo en la manera como debían mitigar el impacto de la obra sobre el turismo, el ecosistema, la pesca, la deforestación, el narcotráfico y en general la vida de los habitantes de Nuquí. Puro formalismo. A nadie de esa reunión, salvo a Esteban y un poco al alcalde, le importaban esas cosas. Y menos las personas. Los burócratas solo querían saber de a cuánto le tocaba a cada uno por hacerse los de la vista gorda con los controles que debían ejercer sobre el proyecto.

El ministro les advirtió a los mandatarios locales que el puerto era un anhelo del presidente y que él quería dejarlo, si no inaugurado, por lo menos en construcción. Para lograrlo, el cronograma debía ejecutarse a la perfección, sin más retrasos.

El gobernador les advirtió que la prensa iba a empezar a martillar sobre la inconveniencia del proyecto y que para esos casos lo mejor era comprarles pauta a las emisoras y periódicos de la zona. Todos

estuvieron de acuerdo menos Esteban. En un par de ocasiones estuvo a punto de intervenir, pero el ministro, adivinando en sus ojos la intención de sabotear el proyecto, le negó la palabra. Su cobardía para imponer su punto de vista le hizo sentir pena de sí mismo, le hizo sentir cada vez más asco de su nueva envoltura.

Pero fue cuando se llegó al tema de los líderes y lideresas sociales que se oponían al proyecto, cuando Esteban no pudo soportar más su propia pusilanimidad. Les dijo a todos, sin pedir permiso para hablar, que el asesinato de Juana Perea no podía quedar impune y que no se podía pasar por encima de la voluntad de los verdaderos dueños del territorio, de sus habitantes, de quienes iban a recibir el impacto de las migraciones y que por eso era necesario, desde el punto de vista ético y legal, hacer una consulta previa para respetar la autonomía de los pobladores en las decisiones que los iban a afectar.

Con disgusto, el ministro le respondió que justamente estaban hablando con los representantes de esas comunidades, por lo que la consulta sobraba, pero Esteban fue más allá al advertirle que la Corte Constitucional era clara al defender los derechos de la gente a elegir su propio destino.

—Es la ley. No la podemos violar.

Muy pronto las palabras de Esteban tuvieron eco y los asistentes a la reunión le sugirieron al ministro que era mejor hacer la consulta para no incurrir en una ilegalidad. Visiblemente disgustado el ministro aceptó, aunque con algún temor de que se echara a perder la dinámica que ya tenía el proyecto por las "maricadas" de Esteban, pero lo tranquilizaron mostrándole un sondeo que la gobernación había mandado a realizar con una pregunta relacionada con la conveniencia de construir el puerto en su departamento.

Según el resultado de esa encuesta, el 65% de los chocoanos estaba de acuerdo con la construcción del puerto y solo un 14% estaba en desacuerdo con la obra. Un 21% no sabía sobre qué les estaban preguntando. Obviamente, se trataba de una encuesta manipulada que pagaron los interesados en el puerto.

Acongojado de solo pensar que el resultado de esa encuesta fuera cierto, Esteban no volvió a opinar. Imaginó la tristeza que

hubiera sentido Gabriela al conocer ese sondeo. Lejos estaba de saber que, a esa misma hora, forzada por las circunstancias, su esposa yacía inconsciente dentro de la barca que desapareció.

VEINTIUNO

La nada

Era mediodía y los rayos del sol se desgajaban a plomo y sin resistencia de nube alguna sobre las pieles hiperbronceadas y resecas de los desaparecidos. Gabriela estaba medio desmayada, resignada, esperando la muerte. Mateo apenas podía ver por un ojo y sus alientos no le daban para pescar, solo lo mantenía despierto un fuerte dolor en su dentadura. A pesar de que se esmeraron en cepillarse los dientes con los dedos y hacerse enjuagues con la sal que depuraba Mateo en sus procesos de destilación, las dentaduras de ambos ya mostraban un deterioro considerable. La caries empezaba a comerse el esmalte de los molares de ambos, produciendo dolores insoportables.

Dentro de la barca ya no había agua, ni comida, ni fuerzas, ni esperanzas. El silencio era total. La brisa pasaba sin detenerse a mirarlos. La muerte rondaba en forma de gaviotas que revoloteaban desde lo alto, tratando de fisgonear algún alimento. La presencia de gaviotas suponía alguna cercanía con la costa, pero ninguno era capaz de verlas. Sus miradas estaban más cerca de la nada que nunca.

Era cinco de diciembre. Se cumplían setenta días desde la madrugada aquella en que, inmersos en la alegría más grande, ocho pasajeros y dos tripulantes abordaron la Carmen Rosa en el puerto

de Nuquí. Obviamente, ninguno de los dos tenía la menor idea del día que marcaba el calendario en ese momento. Tampoco sabían la hora ni sus nombres ni tenían conciencia ya del grave riesgo de muerte en que vivían, porque se sentían muertos en vida.

Al caer la tarde, Mateo dejó de pelear contra las ganas de morir. Acomodó su cabeza sobre el pecho de Gabriela y se entregó al destino. Ya ni siquiera oraba ni encomendaba a Dios su existencia. Para entonces, las ropas de ambos ya estaban raídas por el sol, el viento y la sal. La pareja yacía casi desnuda. De repente, la barca empezó a hacer giros extraños. Unas olas la empujaban hacia mar adentro, mientras que otras trataban de llevarla hacia el lugar contrario.

De pronto, los tres motores de una lancha rápida rugieron a la distancia con sus cuarenta caballos de fuerza. Mateo pensó que se trataba de un sueño o de alguna de las tantas alucinaciones que había tenido a lo largo de la travesía y no quiso hacer mucho para hacerse notar.

En la lancha que pasaba rauda, dos hombres que viajaban como perseguidos por el demonio advirtieron la presencia de la Carmen Rosa, pero no se detuvieron. Iban asustados, como huyendo de algo o de alguien. Posiblemente estaban inmersos en su carrera contra la pobreza, transportando un cargamento de cocaína hacia Centroamérica.

Sacudido por el oleaje que produjo el paso cercano de la lancha rápida, Mateo apenas pudo abrir el ojo que le servía para observar cómo se alejaba con la misma rapidez con la que se había aproximado. No tuvo alientos de levantarse y pedir auxilio. Para no amargarse, introdujo en su cabeza la idea de que aquel sonido y aquella lancha veloz, de rugir portentoso, no eran más que un producto de su imaginación, pero por más que lo intentó, no pudo engañar a su corazón y se puso a llorar. Maldijo no haber tenido fuerzas ni para pedir auxilio. Nunca supo que dentro de la lancha rápida viajaban Ferney y el Negro Ulises, experto en naufragios y amigo y compadre de Óscar y de su mujer, Carmen Rosa.

Al ver la barca a la deriva, Ulises tuvo la intención de detenerse para socorrer a los dos ocupantes, pero su compañero de viaje se lo

impidió sin vacilaciones. Incluso hubo un peligroso contrapunteo entre ambos. Ulises le dijo que en esa barca estaba su compadre. Ferney le advirtió que si se detenían, podían perderlo todo, y que, entre un compadre y su familia, escogía lo segundo. Ulises le recalcó que no podía dejar a Óscar en medio de la nada y trató de frenar, pero Ferney, que no quería arriesgar los diez mil dólares que les estaban pagando por llevar ochocientos kilos de cocaína hasta un país cercano, no tuvo más remedio que sacar su pistola y apuntar a la sien derecha de Ulises, quien venía manejando:

—Te detienes y te mato —le advirtió muy en serio.

Ulises no tuvo más alternativa que volver a acelerar a fondo, pero no olvidó ni por un momento el lugar aproximado por el que estaban pasando. Incluso miró el GPS y trató de memorizar las coordenadas del lugar.

Siguió tan preocupado que, al llegar a Panamá, a un puerto improvisado sobre las selvas del Darién llamado Puerto Cocalito, lo primero que hizo, luego de recibir la paga por el viaje, fue comunicarse con su familia en Nuquí. No pudo establecer comunicación esa noche, pero al día siguiente navegó hasta Jaqué, un pueblo pequeño pero de estimulante comercio, y desde allí se pudo comunicar.

***

El avión de la comitiva gubernamental estaba despegando cuando la noticia del avistamiento de la Carmen Rosa se regó como pólvora por todo Nuquí.

La primera en gritar de emoción, con lágrimas en sus ojos, fue la misma Carmen Rosa. Como pudo, se trasladó hasta la casa de los padres de Milton Mosquera, adonde llegó ronca de gritar y les contó, atropelladamente, que el Negro Ulises había llamado para decir que había visto la lancha perdida en límites entre Colombia y Panamá.

De inmediato, se armó la comitiva de búsqueda. Nadie podía creer lo que estaba pasando. Eran muchos días desde la

desaparición y el Negro Ulises apenas pudo contar que había visto la lancha, pero no dio más detalles. Cuando Carmen le preguntó si había visto a alguien dentro de la embarcación se cortó la comunicación y ya no le fue fácil reconectarse, y no volvería a saber de él pronto, porque los pocos que podían coronar un viaje con droga se aparecían por Nuquí a las dos semanas, para no despertar sospechas de las autoridades. Por eso, para no incriminarlos, nadie pudo contarle ni al alcalde del pueblo ni al comandante de la policía acerca del avistamiento.

En silencio, como si se fueran de paseo o de pesca, Carmen Rosa organizó la nueva búsqueda con Víctor y Farid Mosquera —papá del ayudante de Óscar—, entre otros. La solidaridad de la gente hizo que, de la nada, surgieran binóculos, agua, comida enlatada, anclas, linternas, cuerdas y demás implementos de salvamento. A la mañana siguiente, muy temprano, dos lanchas con cuatro personas cada una estaban listas para zarpar hacia el lugar que les había indicado Ulises. Como todos en el pueblo sospechaban el objetivo del viaje del Negro y del porqué de su negativa a detenerse al ver la Carmen Rosa, el papá de Milton sintió la necesidad de ir a hablar con el jefe narco más cercano a la gente de Nuquí, a ver si le recomendaba a uno de sus más avezados navegantes. Uno que conociera tanto el mar y sus corrientes que fuera capaz de escapársele a un guardacostas norteamericano.

Les pidió a sus compañeros que lo aguardaran unos minutos y se fue a buscar a Rigoberto Reyes, un viejo amigo que conocía al dedillo el negocio de transportar droga en lanchas rápidas hasta Centroamérica. Trepó la única loma del pueblo y se acercó a la casa más bonita de Nuquí, aun sabiendo que su vida podía correr peligro. Al aproximarse, luego de atravesar una cerca de alambres de púas, se acercó al portal de la casa quinta. Los perros de Rey, dos pastores alemanes entrenados, empezaron a ladrar y lo delataron. Al verlo, los hombres que custodiaban la puerta le apuntaron a la cabeza, a una distancia de unos diez metros y le dieron cinco segundos para que se fuera.

Farid les dijo que no venía en son de problemas, que solo quería hablar con el "propio" para pedirle un favor. Uno de los hombres le

respondió que el jefe no hacía favores. Entonces el padre de Milton les advirtió, sin miedo alguno, que lo iban a tener que matar porque de ahí no se iba a ir sin hablar con el patrón. Nunca le llamó por su nombre para no dejar en evidencia que él sabía de sus alias, porque seguro estaba de que Rigoberto no era su nombre de pila ni Reyes su apellido. Los hombres no sabían qué hacer.

El padre de Milton les dijo que su hijo estaba perdido hacía casi tres meses en alta mar y que venía por ayuda. Pidió que se comunicaran por radio con "el patrón" pero los hombres, con la paciencia colmada, decidieron quitarse de encima a Farid, como lo aprendieron en las escuelas del crimen.

Cuando uno de ellos quitó el seguro de su arma para dispararle, apareció Rigoberto desde el balcón de su alcoba, ubicado en un segundo piso y les gritó a sus hombres, desde la distancia, que lo dejaran pasar. El pequeño capo reconoció a Farid desde el ventanal de su casa. Rigoberto había sido su empleado en las labores de pesca, antes de ser infectado por el virus de la ambición.

—¿Qué quieres, negro huevón? No debiste venir así sin avisar, hermano. Te pudieron haber matado mis hombres, pendejo.

—Lo sé, don Rigo, pero estoy tan muerto en vida que ya no me importaría morir una vez más.

—¿Por lo de tu hijo?

—Sí.

—Y en qué puedo servirte, viejo.

—Alguien que iba para Panamá llamó a la esposa de Óscar y le dijo que había visto la lancha por los lados de la frontera, antes de llegar a Cocalito. Supongo que no se pudieron detener por… Por lo que usted ya sabe, pero bueno… Tengo la esperanza de que mi hijo esté con vida aún. Necesito que me preste a uno de sus hombres para que nos guíe hasta ese lugar…

Rigoberto respondió con un silencio largo, precedido por un suspiro profundo. Luego encendió un tabaco y se puso a dar vueltas por la sala, que más parecía un museo de historia natural, tapizada en sus pisos y techos con pieles de animales salvajes y, en las paredes, con incrustaciones de bocas gigantes disecadas de varias clases de tiburones y peces de gran tamaño.

—¿Me puedes ayudar? —insistió Farid, pero luego, al sentir que el hombre no se pronunciaba porque sabía algo, preguntó—: ¿Pasa algo, don Rigoberto?

El narco apagó su chicote contra el piso, le puso un pie encima y lo rastrilló hasta que dejó de salir humo. Luego levantó la mirada y apreció fijamente a su exjefe. Acto seguido se le acercó con cara de compasión y le soltó la noticia más triste que había recibido Farid en la vida:

—Negro, yo a usted lo respeto y si me quiere creer, también lo quiero. Usted fue un buen patrón, usted me enseñó a pescar y podría decir que por usted soy rico. —Luego soltó una risa nerviosa —. Obviamente no me hice rico pescando el mero o el pargo más grande del mundo, pero si no hubiera sido por usted, nunca me hubiera atrevido a meterme tan mar adentro, donde encontré la fortuna: un maldito paquete con cuarenta kilos de cocaína.

—Don Rigo, no se preocupe. No me interesa saber esas cosas — le dijo Farid con prudencia y continuó—: Resérveselas para usted porque no quiero que el día de mañana alguien las diga y usted piense que fui yo y eso me cueste la vida. Lo único que quiero saber es si me puede prestar un navegante experto para ir por Milton. Nada más.

—Negro, para allá iba, pero si quiere que le resuma el cuento, se lo resumo. No tengo problema: su hijo está muerto, hermano.

Farid sintió que su vida era una vela cuya llama acababa de soplar Rigoberto. Sintió que las bocas de todos los peces gigantes se descolgaban de las paredes y se acercaban a su humanidad para engullírselo. En ese instante supo que ya no tenía que buscar más a su hijo, sino más bien una razón para poder seguir respirando sin él. Sabía que el criminal que tenía enfrente no hablaba sandeces. Luego de asimilar la noticia, con un nudo de puntillas en la garganta, limpió varias lágrimas que rodaban por su rostro y le preguntó los detalles. Rigoberto le contó que sus hombres habían ido a rescatar un dinero que le habían descargado desde una avioneta en el mar y que lo habían encontrado dentro de la barca que andaban buscando, pero que allí no estaban ni Óscar ni Milton. Preguntamos por ellos, porque

yo mismo estuve en el rescate de mi billete, y las personas que quedaban en la barca me dijeron que estaban muertos.

—¿Qué les pasó?

—No lo sé. No preguntamos.

—¿O sea que en esa barca no está mi hijo?

—Ni tu hijo ni nadie. Solo tres cadáveres. Mis hombres tuvieron que matar a las personas que quedaban allí porque, tú sabes, se querían robar la plata y además... nunca dejamos hilos sueltos. Desde Bogotá me mandaron a preguntar por una tal Gabriela. Yo mismo pregunté quién era y una mujer levantó la mano. La orden desde Bogotá era matarla junto a los que estuvieran con ella.

—Dios mío —dijo en voz baja y luego repitió la misma frase mientras elevaba el tono de su voz.

El último "Dios mío" que expulsó con las venas de su garganta a punto de estallar se escuchó hasta el muelle donde lo esperaban con impaciencia los rescatistas amigos. Enseguida algunos intuyeron lo que estaba pasando.

Minutos después lo corroboraron.

—No vale la pena salir, amigos. Lo que vio el Negro Ulises fue solo la lancha a la deriva. Todos están muertos —les dijo Farid con los ojos hinchados de llorar y la voz entrecortada.

—¿Óscar también está muerto?

Farid asintió llevándose las manos a la cara. Todos quedaron suspendidos en un vacío brutal.

Aunque llovieron las preguntas y a pesar de que muchos estuvieron dispuestos a ir a rescatar los cadáveres, Farid fue enfático:

—En esa lancha solo quedan los cadáveres de tres turistas. Una mujer que se llama Gabriela y otros dos. Los demás no estaban cuando… Cuando esa gente llegó a buscar una plata que se les había perdido. Ustedes entienden. No puedo dar muchos detalles.

—A mí no me importa lo que digan, yo voy a ir a buscar a mi marido vivo o muerto. Aunque sea me traigo el cuerpo de mi negro para enterrarlo. Los que quieran acompañarme pues vamos, los que no, pues que no vayan —exclamó Carmen Rosa sin perder la

esperanza en ese milagro que no dejaba de esperar con esa fe que tienen los jugadores que siempre pierden.

—Vamos —le dijo Víctor—. Si no encontramos a Óscar y a Milton, por lo menos rescatas la barca. Te va a servir para comer algunos meses.

Los pocos que se decidieron a partir cupieron con holgura en la lancha de Víctor. Los demás se quedaron esparciendo la noticia por todo el pueblo con suma eficiencia. Tanta, que media hora después, todos ya lo sabían.

El propio Farid corrió a esconderse por haber violado la confidencialidad de la charla con Rigoberto, pero no le valió de nada. Los sicarios del narco lo alcanzaron en su casa, sobre una silla mecedora, bebiendo una botella de viche al lado de la foto de su hijo. Al verlos y sabiendo a lo que venían, les pidió que no lo mataran sin antes terminarse la botella de curado, un viche fermentado con canela para calentar la sangre fría, con anamú para que el miedo se le despegara del pecho, y con un bejuco amargo para aceptar lo inevitable.

—Quiero irme borracho al infierno, muchachos. Y miren… todavía me falta la mitad.

Los hombres de Rigoberto sintieron tanto pesar del hombre que le permitieron beberse el resto, aunque lo apuraban de vez en cuando. Cuando le quedaba un trago, Farid brindó por sus verdugos y se acercó a sus pistolas, dando tumbos.

—Ya pueden mandarme al infierno —les dijo llorando—. Si alguien me pregunta, aunque no creo, porque toda la vida he sentido que no le importo a nadie, díganle que me fui a reunir con mi negrito. Lo único lindo que tenía en la vida —exclamó con nostalgia, sabiendo que esas eran sus últimas palabras.

Los hombres se miraron, llenos de compasión en sus ojos, lo acomodaron en la silla y le pidieron perdón por lo que iban a hacer.

—Usted sabe que son órdenes y tenemos que cumplirlas, don Farid.

El señor Mosquera asintió con los ojos perdidos. Acto seguido sonó el disparo. Uno solo. Certero, en la frente. Luego, los hombres impulsaron la silla mecedora y se fueron. Farid se quedó tranquilo,

desangrando su fracaso, meciendo su desdicha, descansando de su dolor.

VEINTIDÓS

La gama de verdes

Víctor, Carmen Rosa y los demás regresaron en la noche sin alientos y sin buenas noticias. Anduvieron por los lugares señalados hasta que los cuatro timbos de gasolina se agotaron y no vieron nada. La inmensidad del mar se los tragó. Entonces decidieron esperar a que Ferney y Ulises regresaran de Panamá para obtener más datos de la localización.

Ferney regresó a las dos semanas, cerquita de la Navidad. Aunque todos sabían que ya era muy tarde, Carmen Rosa aún no perdía la fe. Habían hecho de la esperanza una llama que se fue apagando con el paso de los días, pero que habían vuelto a encender con la noticia dada por el Negro Ulises. Para seguirla atizando, alguien dijo que si los náufragos ya habían resistido noventa días podían resistir otros treinta. Aun así, Ferney y Ulises no dieron más información relevante. Se limitaron a contar lo que el Negro ya había dicho en la llamada:

—Solo vi la lancha y como una pareja adentro, estaban acostados, pero no supe si estaban vivos o muertos —corroboró Ferney.

Aun así, Carmen Rosa le pidió a Ferney que por la amistad que habían tenido con Óscar, casi toda su vida, los acompañara a buscarlos. Casi se lo suplicó de rodillas, pero Ferney "estaba

coronado", tenía dinero. Aunque deseaba ir a ayudar a rescatar a su compañero de infancia, su ambición, su vanidad y su lujuria lo acosaban. Necesitaba chicanear en el pueblo con los diez mil dólares que había ganado por "la vuelta". No estaba dispuesto a perderse un par de fiestas con jovencitas que habían organizado sus compañeros de aventura. Quería pavonearse por la calle principal con la moto nueva que pensaba comprarse y con la cadena de oro que siempre soñó. Un lazo ancho, brillante, con un dije de Jesucristo del tamaño de su ignorancia. Quería pavonearse con la mujer más bonita de su barrio delante de todos los "envidiosos" y los que le deseaban mala suerte y hasta la muerte.

Carmen Rosa comprendió su inmadurez y no tuvo más remedio que esperar a que se gastara hasta el último de los diez mil dólares, sabiendo que cada segundo corría en contra de sus esperanzas y que, para su mala suerte, el dólar estaba caro y por ello Ferney recibiría más pesos para gastar. Sin embargo, no se guardó nada y no se resistió las ganas de decirle a Ferney que era un desalmado y que no se podía ser más hijueputa en la vida. Ferney le respondió con una sonrisa:

—Para qué le discuto eso, negrita, si es la pura verdad.

Ferney cumplió su sueño de derroche y lujuria. Compró la moto, se embambó el cuello con cadenas de oro, se emborrachó durante una semana seguida repartiendo ron y viche a todo el que lo saludara, anduvo con tres de las cuatro mujeres que lo traían loco porque la cuarta, la que más le gustaba, le dijo, con mucha dignidad, que no se metería con un narcotraficante. Y eso a Ferney le dolió tanto que se metió a un prostíbulo hasta agotar todas sus energías y sus ahorros, mientras Carmen Rosa lo observaba como una sombra desde todas las esquinas. Un día, al verlo borracho, como a las cuatro de la mañana, se ofreció a manejarle la moto y lo llevó hasta su casa. Su objetivo era mantenerlo vivo hasta cuando se quedara sin un solo peso.

Ferney jugaba cartas, cambiaba de novia como cambiar de calzoncillos, insultaba policías, daba serenatas, buscaba peleas, contrataba músicos y Carmen Rosa ahí cerquita, como su sombra, cuidándolo para que no se fuera a perder. Más parecía una esposa

celosa que una mujer negándose a la viudez. Cada que podía, se le acercaba al borracho y le volvía a suplicar que los acompañara a buscar a Óscar. Ferney se limitaba a ofrecerle un trago o un plato de comida y a pedirle que no lo jodiera más. Lo acechaba tanto que a veces el hombre agarraba su moto, recién comprada, y se escabullía en zigzag por las calles polvorientas del pueblo haciendo gritar de miedo a quienes lo observaban.

—No te vayas a matar, Ferney —le gritaba Carmen Rosa muy asustada con la posibilidad de perder al único ser vivo que podía mostrarle el camino hacia su esposo.

Desde entonces, siempre que lo veía borracho, le escondía las llaves de la moto y lo mandaba en un bicitaxi hasta su casa. A veces ella misma lo llevaba, le quitaba los zapatos y lo acostaba en su cama para cerciorarse de que estuviera a salvo. Tanto era el acoso que la esposa de Ferney empezó a sentir celos. Pero Carmen Rosa la encaró y le contó por qué lo cuidaba y hasta la regañó por no controlarlo y dejarlo hacer lo que le diera la gana.

—Hum. Esa pelea ya la perdí, amiga. Mientras Ferney me dé para mis cosas y mantenga la casa y no le falte nada a mis hijos, que haga lo que le dé la gana —le dijo resignada.

Sin embargo, le permitió a Carmen Rosa cuidarlo las veces que quisiera y hasta terminaron convertidas en amigas. Se la pasaban hablando mientras Ferney rumiaba sus guayabos.

Cuando por fin se le estaba acabando el dinero, luego de regalar pulseras y anillos de oro a dos de sus amantes y una cadena a su mujer, y después de estrellar la moto contra un árbol, Ferney empezó a aterrizar en la realidad.

Era 24 de diciembre, víspera de la Navidad, y al muchacho apenas le quedaba plata para una última fiesta. Le dijo a Carmen Rosa, embriagado como vivía esos días, que como a él nunca le habían dado regalos de Niño Dios cuando era pequeño se iba a regalar dos muñecas ese día.

—Las muñecas son para las niñas —le dijo ingenuamente—. Cómprese un baloncito o un carrito —le aconsejó.

Como a las diez de la noche Ferney volvió al prostíbulo de don Manuel, un caleño que comerciaba con la necesidad de mujeres

pobres, y le pidió las dos más jóvenes que tuviera. En uno de los cuartos olorosos a creolina de ese antro, se encerró con dos adolescentes por horas. A pocos minutos de la medianoche, la gente empezó a correr de un lado a otro y la pólvora empezó a iluminar el cielo de Nuquí. El sonido de las explosiones se fusionaba con la música del villancico de la niña reclamando juguetes a la mamá y uno que otro disparo al aire. Las chicas que le estaban vendiendo placer a Ferney le pidieron permiso para llamar a sus familias y desnudas, como estaban, les desearon feliz Navidad desde sus celulares, una de ellas a su mamá y la otra a su novio en Cali.

Carmen Rosa se llenó de angustia y empezó a llorar porque no pudo compartir el momento con sus dos hijitos, pero le dio miedo dejar a Ferney solo, justo cuando estaba terminando de gastarse lo que le quedaba. Primera Navidad sin su papá y también sin ella. Pero no podía dejar solo a Ferney porque corría el riesgo de perderlo y él era el único que la podía guiar hasta el lugar donde vieron la barca por última vez. Entonces tomó una decisión muy arriesgada. Se metió al prostíbulo y le suplicó a don Manuel que la dejara golpear en la habitación de Ferney. El proxeneta se negó rotundamente y a la pobre le tocó amanecer en una mesa del lugar, soportando propuestas de borrachos y arriesgándose a que algún cliente del prostíbulo saliera a contarle al pueblo que la mujer de Óscar se había vuelto puta.

Como a eso de las seis de la mañana, Ferney salió del puteadero, dando tumbos, mientras Carmen Rosa le apoyaba un brazo sobre el hombro. En medio del guayabo por las botellas de licor bebidas, Ferney le dio a la mujer de Óscar la mejor noticia:

—Negrita… se me acabó la plata.

Carmen Rosa lloró de alegría y no le importó que, en el trayecto hasta la casa de Ferney, adonde lo llevó para que descansara, el pueblo barriera con su reputación.

—Prefirió pasar Navidad con ese lavaperros que acompañar a sus hijos —dijo una señora.

—Estuvo trabajando toda la noche donde don Manuel —dijo la otra.

—No fue sino que se le muriera el marido para salir a volverse loca… ¡Así son! —expresó el dueño de un supermercado que le vendió a Carmen Rosa una soda con Alka-Seltzer para que Ferney no llegara tan jodido a su casa.

***

Para Isabella, para Estefanía y para Samuel, esta también fue su Navidad más amarga. No valieron los costosos regalos que con gran esfuerzo les regalaron Julieta y Esteban, ni el verse rodeados por los familiares cercanos. Los niños sintieron la ausencia de Mateo y Gabriela y lloraron hasta dormirse, rayando la madrugada. Impotentes ante tan triste situación, tanto Julieta como Esteban sintieron deseos de morirse. Les quedaba de consuelo que ya habían superado la primera de dos fechas terribles en ese diciembre.

***

Al día siguiente, sin mayores expectativas, Carmen Rosa, Víctor y Ferney partieron de madrugada con rumbo a Panamá, guiados por un GPS que les mandó don Rigoberto sin que nadie se lo pidiera. Víctor no lo quería recibir, pero Ferney fue enfático:

—Sin GPS no hay viaje. ¿Cómo se les ocurre?

—Sin GPS ya fuimos una vez —argumentó Víctor.

—Estuvieron de buenas —respondió Ferney—. Los agarra una tormenta de esas que no dejan ver dónde está el sol, y se pierden.

Con habilidad, Ferney arrancó haciendo alarde de su pericia y muy pronto los introdujo en la corriente de Humboldt. Carmen Rosa sabía que esta era la última oportunidad que tenía de volver a ver a Óscar. Era ese día o nunca. Por eso rezó durante todo el camino. Bajo una toalla que envolvía sus manos para protegerlas del sol,

llevaba una camándula cuyas esferas metálicas fue recorriendo con sus dedos, una a una, hasta rezar dos veces el Rosario.

***

A esa misma hora, Mateo y Gabriela yacían casi inertes, tal vez muertos, sin percibir que en la distancia se divisaba una inmensa cortina de colores verdes, que desde la lancha abarcaba toda la vista hacia el oriente. Podía ser el espeso follaje de las selvas del Darién. Una gama de colores naturales que iba desde uno muy oscuro, casi negro, pasando por uno del color de las esmeraldas más finas, y luego uno chillón como el de las manzanas, que se intensificaba hasta uno muy claro que parecía amarillo. Toda esa exuberancia servía de marco callado y perfecto a una sucesión de hechos que terminarían por desencadenar el caos perfecto para que la pareja renaciera.

La barca había encallado sobre una zona rocosa, cercana a esa playa casi virgen, sin que los moribundos lo notaran. De un momento a otro, con el aumento de la marea y del oleaje, la Carmen Rosa empezó a emitir el sonido de la madera al astillarse. Con el vaivén de las olas, la lancha traqueaba y estuvo a punto de regresar al mar sin que los náufragos supieran que la tan anhelada tierra firme, que por meses y con ansias esperaron ver, estaba ahí, a su alcance, a unos ochenta metros. Pero las fuerzas no les daban para saber nada. Habían perdido la conciencia sobre el tiempo y sobre las cosas.

Al momento, sucedió algo inesperado. Otra ola, más grande que las anteriores, sacó la lancha de las rocas y la volvió a empujar contra unos espolones gigantes con tanta fuerza que no resistió este segundo embate y empezó a desbaratarse. El oleaje la montó con furia sobre una serie de piedras filudas que le produjeron las primeras fisuras.

El agua empezó a filtrarse por debajo del casco averiado, pero ellos estaban tan inconscientes que ni lo notaron. Luego, la lancha

se estrelló contra una roca de tan considerable tamaño que le rompió un costado. Al sentir el agua sobre su rostro, Gabriela fue la primera en abrir los ojos, aunque no tenía conciencia de lo que estaba pasando. Luego, cuando el agua empezó a ingresar por múltiples grietas sin que Mateo reaccionara, ella empezó a moverlo para que despertara. Con una voz casi imperceptible le habló al oído.

—Nos estamos despedazando —le dijo.

Tuvo el agua que meterse por la nariz del hombre para que este reaccionara, aunque con letargo.

Al momento la barca, cansada del sol, cansada del agua, fatigada de tanta tristeza, se partió en dos y la pareja cayó acostada sobre las piedras. El oleaje los empezó a separar. Fue cuando Mateo tomó conciencia de lo que estaba sucediendo y empezó a desplazarse a nado lento hacia el lugar donde Gabriela se hacía más pequeña gritando:

—¡Mi cámara, mi cámara!

Supo que estaban a salvo porque, poniéndose de pie, el agua no cubría su cabeza y porque el follaje espeso que tenían al fondo significaba, nada menos, que su renacimiento.

Aunque no tenía fuerza para caminar sobre la arena repleta de fósiles de caracoles, estrellas de mar y piedras punzantes, la emoción de ver la selva frente a sus ojos le devolvió algo de ímpetu y avanzó. Cuando el agua apenas le tapaba la cintura, empezó a caminar empinado en busca de su compañera de viaje. Sin embargo, por varios segundos, Gabriela desapareció de su vista. Mateo se angustió tanto que se echó a nadar y, cuando se cansaba, se ponía a caminar dentro del agua.

La encontró varios metros mar adentro. La tomó por el pelo y la sacó dormida, casi muerta. Como pudo la arrastró hasta la orilla y allí la recostó sobre la arena sin mucha delicadeza. Luego, llenó de aire sus pulmones y descargó varias bocanadas de su aliento dentro de su boca. Fue inevitable que Mateo recordara la misma escena, años atrás, cuando le salvó la vida a su Julieta. Como Gabriela no reaccionaba, le empezó a gritar y le pedía que despertara, que no lo dejara solo, que hasta le perdonaba el sectarismo. Luego le decía

que estaban a salvo, que estaban en tierra firme. Y fue cuando le nombró a su hijo y a su esposo cuando la mujer reaccionó:

—Gabriela, despierta por favor. Mira, ahí vienen Esteban y tu pequeño Samuel. Samuel, Samuel —le repetía sacudiéndola y abriéndole la boca para lanzar una nueva bocanada de aire.

Y así, entre mentiras y pasión, el hombre angustiado hizo que Gabriela volviera a la vida. Ella tosió sin fuerza, escupió una cantidad pequeña de agua y abrió los ojos con algo de fastidio por el sol. Sin entender lo que estaba sucediendo, volvió a preguntar por su cámara antes de volverse a quedar dormida. Mateo gritó de alegría. Desde el nacimiento de sus gemelas no había sentido una felicidad tan grande en su corazón.

Entonces, sin que Gabriela necesitara más aire, la besó. La llenó de tantos besos en la boca que la mujer, recién nacida, no pudo evitarlos. Le decía que la amaba, que sin ella no podía vivir. Le agradecía por volver a la vida y, en medio de la algarabía, le regaló la playa y las palmeras. Y como si no fuera él, sino la persona que por los prejuicios no podía ser, empezó a decir cosas muy arriesgadas, como inmerso en un estado de éxtasis que podría ser el último de su vida.

—Mira, mi amor, todo esto es nuestro. ¡Todo! ¡Todo! Nosotros lo descubrimos. Somos la reencarnación de Cristóbal Colón. Nuestros corazones izan la bandera del amor aquí y la bandera del triunfo de la fe ahora. Esta playa llevará tu nombre. Aquí tendremos hijos. Aquí fundaremos un pueblo. Aquí moriremos de viejos juntos, mujer de mi alma, espejo de mis deseos, compañera de mi renacer. ¡Levántate para que vayamos a tragarnos toda esta selva!

Aunque Gabriela estaba extasiada por sus desvaríos, no tuvo aliento suficiente para responder nada ni para atajar su locura.

—Solo quiero mi cámara —repetía.

—Tu cámara se perdió, pero mira, mi amor. Estamos vivos y ahora podemos grabar una película de la vida real con nuestros propios ojos. Estamos vivos, mi cielo. Todo esto es real y todo es nuestro.

Mateo estaba enajenado. Solo se calló cuando se le secó la garganta mientras miraba hacia la selva espesa con un apetito

brutal. Sus papilas gustativas colapsaron por falta de saliva para lubricar su ansiedad, entonces se desmayó. Ella que tampoco entendía lo que estaba pasando, ni se preocupó. Solo recostó su cabeza sobre la panza de su compañero y se quedó dormida también preguntando por última vez y con voz muy tenue por su cámara.

Despertaron muchas horas después, cuando subió la marea y las olas empezaron a mojar sus cuerpos. Además, una poderosa combinación de sol, hambre y sed empezaban a mortificarlos. Mateo fue el primero en abrir los ojos. Gabriela estaba un par de metros abajo y como la marea había subido, las olas ya la estaban arrastrando mar adentro. Él la haló hacia playa y ella despertó. Al parecer el hombre ya ni se acordaba de la andanada de poéticos piropos que le había lanzado, porque se extrañó al verla y ya no supo ni qué decirle. Luego recordó que estaba muriendo de sed y le dijo, con angustia, que se iba en busca de agua.

—Por favor, no te puedes mover de aquí —le advirtió, pero Gabriela sintió miedo y le pidió que no la dejara sola.

Entonces ambos se incorporaron y con pasos muy débiles, como los de una jirafa acabada de nacer, se desplazaron hacia la selva que tenían frente a sus ojos en busca de agua y de comida.

Ambos estaban en ropa interior, ya muy deshilachada. Era lo único que había sobrevivido a más de noventa días de exposición al sol y al agua. Sus cabelleras lucían enredadas, sus pieles estaban tan curtidas que parecían cueros viejos. Su aspecto era primitivo. Y ojalá Mateo no se mirara pronto en algún espejo de agua porque su parecido con el Che Guevara, con el que tanto lo matoneaba Gabriela, era impresionante.

Al llegar al bosque se quedaron admirados con el tamaño de los árboles y empezaron a beber agua de las hojas de los arbustos más pequeños. Las lamían o las chupaban con ansiedad absoluta. Luego empezaron a comer cuanto fruto extraño encontraban. Así empezaron a revivir. Así empezaron a celebrar la nueva oportunidad que les regalaba la vida. Ni siquiera pensaban en un segundo más allá del presente. Para ellos ya no existía el futuro y el problema es que también se les desapareció el pasado, al menos

momentáneamente. La subsistencia se convirtió en lo urgente y lo importante, en lo indispensable y lo prioritario, en el todo.

VEINTITRÉS

La vida sigue

Ya en el lugar que les registraba las coordenadas que les envió Ulises en el GPS, Víctor, Carmen Rosa y Ferney se cansaron de dar vueltas en espiral sobre una zona de aproximadamente ocho kilómetros. Cuando les quedó el combustible exacto para regresar, tomaron la determinación de poner fin a la búsqueda. Carmen Rosa se rehusaba, pero la realidad objetiva era esa. O regresaban o se quedaban a la deriva. Ferney, conocedor como ninguno de las lides del mar, tomó la decisión:

—Nos vamos.

—No, por favor —gritaba la esposa de Óscar a sabiendas de que esta era la última oportunidad de encontrar al amor de su vida.

—Lo siento, negrita. Usted me conoce —le dijo con profundo pesar— si no fuera necesario me quedaba otro rato por acá, pero mire —anunció alzando con una mano el timbo de gasolina que les quedaba—: apenas tenemos para devolvernos.

Todos se quedaron mirando con pesar. Las oportunidades se habían acabado. Entonces Víctor abrazó a Carmen Rosa y le prestó su pecho para que empezara a hacer el duelo definitivo. Ella aceptó con resignación y se echó a llorar con los restos que le quedaban, mientras Ferney cuadraba la lancha para arrancar el camino de regreso.

A los pocos minutos de reemprender el viaje, el estricto conductor divisó unos maderos de colores. Sus ojos se abrieron con expectativa mientras disminuía la velocidad. Pertenecían a la lancha de Óscar. Ferney se detuvo y los señaló. Carmen Rosa levantó la mirada y se quedó observándolos mientras su corazón se fraccionaba.

La lancha se acercó a los restos de la nave para mirarlos de cerca. No había duda, pertenecían a la lancha extraviada. Incluso en un madero de color rojo y verde estaba impreso un pedacito del nombre de Carmen Rosa. Ella movió la cabeza, con los ojos encharcados en señal de que se daba por vencida, pero les pidió que subieran el pedacito de lancha que flotaba sobre las olas. Víctor y Ferney se lanzaron al agua, la subieron con la ayuda de un lazo y Carmen Rosa abrazó el madero como si se tratara del mismísimo Óscar. Lo abrazó como se abraza algo que se ama y que se está yendo para siempre. Lo abrazó y lloró con su corazón deshecho, latiendo por costumbre y no por su voluntad. Todo lo andado con su negro, las palabras dichas, los paisajes recorridos, el nacimiento de sus hijos, las jornadas de pesca, los momentos de amor sublimes, se quedaron en suspenso. Supo que no lo vería más nunca, pero también supo que nunca se iría.

De modo que la lancha de Víctor tuvo que regresar a Nuquí envuelta en un manto de tristeza delirante. Al llegar al pueblo, sin soltar la tabla que sobrevivió al naufragio, Carmen Rosa se arrodilló en la arena, regañó a Dios por haberle robado la mitad de su vida y se levantó con dignidad para aceptar, por fin, empezar el novenario por su esposo a la noche siguiente.

Los hijos de Carmen Rosa no tuvieron que preguntarle cómo le había ido. Al verla entrar con el pedacito de barco en sus manos la abrazaron y la acompañaron en el llanto. Ese fue el primer día, luego de tres meses, que sobre la mesa no se sirvió comida a Óscar. Desde el día de su desaparición, el puesto del jefe del hogar nunca fue ocupado por nadie y sobre su individual siempre hubo un plato con comida al desayuno, otro al almuerzo y otro en la cena. Ella decía que no servirle era como reconocer que ya había muerto, era como dejarse ganar la batalla de la esperanza.

Esteban y Julieta recibieron las últimas noticias, las del cierre, las definitivas.

—No hay nada que hacer. Al hallazgo de los cadáveres de dos de los pasajeros se sumaba ahora el pedazo de la embarcación que fue encontrado en alta mar. Todos los ocupantes están muertos —le aseguró Víctor.

Y todavía faltaba lo peor. Según testimonios, una de las víctimas, de nombre Gabriela, fue ultimada a tiros por unos narcotraficantes que estaban buscando un dinero que fueron a recoger en altamar.

Esteban cayó de rodillas y, en esa posición, con la cabeza clavada en el piso como musulmán orando, se pasó las siguientes horas. Entre lágrimas y lamentos empezó a asociar las muertes de Juana Perea, la de su esposa y el atentado a Sofía. No podía creer que ahora estuviera participando de la mafia que había arremetido con tanta saña contra ellas. El tiempo le alcanzaba para planear el desquite, pero no se apresuró. Estaba de salida hacia España y no quería perderse la oportunidad de ese viaje por todas las pruebas que pudiera recaudar allí para llevar a cabo su venganza.

***

Gabriela y Mateo, evidentemente más recuperados, empezaron a buscar entre la selva un lugar seguro donde pasar la noche. Pero había tantos insectos y avispas que decidieron retornar a la playa, que de todos modos no estaba lejos. Allí, con ramas secas caídas de las palmeras, armaron un pequeño cambuche. Se miraron largamente sin hablar. Estaban contemplando la Luna que se desplazaba incólume de un lado a otro del planeta, con una que otra nube en su trayecto. No lo podían creer. El firmamento dejaba ver sin mayor esfuerzo las constelaciones mientras una brisa fresca envolvía sus rostros y sus cuerpos casi desnudos. Ella las nombraba como un niño que descubre un truco: Orión, Tauro, Canis Mayor, Cruz del sur, Géminis…

—¿Tú que signo eres? —le preguntó al hombre.

—Aries, pero yo no creo en esas cosas. Creo que el destino es el que nos traza Dios.

—¿Y quién dijo que los signos sirven para conocer el destino? Lo que determina muchos de nuestros caminos es la carta astral, pero eso no tiene que ver con los signos sino con la hora, el día, el año y el lugar donde nacemos…

—Peor —gritó Mateo fastidiado—. No creo en esas cosas.

—Yo soy Acuario y a veces creo en eso. Me he hecho la carta astral un par de veces y en un alto porcentaje las cosas se dan, aunque a veces hay que salir a buscarlas.

—Mis hijas son Géminis.

—Bueno, para que veas que los astros sí determinan algunos comportamientos de las personas te puedo decir que son divertidas, habladoras, indecisas, inteligentes, hiperactivas… Pueden hacer varias cosas al mismo tiempo. Son niñas de pensamiento veloz y mirada inquieta, cambiantes como el sol que nos alumbra: ríen y preguntan al mismo tiempo, pasan de la ternura a la ironía sin pedir permiso, curiosas hasta el desvelo, incapaces de habitar un solo silencio. Tienen dos fuegos encendidos en el pecho: uno que observa y otro que responde, uno que duda y otro que se lanza. Aman la palabra, la discusión, el juego mental; necesitan entender el mundo hablándolo, desarmándolo, contradiciéndolo. No son inconstantes por vacío, sino por exceso: demasiadas ideas, demasiadas preguntas, demasiada vida queriendo salir a la vez.

Con la boca abierta, sin saber qué decir, absolutamente absorto por lo que estaba escuchando, Mateo solo atinó a abrir los ojos y a preguntarle:

—¿Cómo carajos las pudiste describir tan bien? Es como si las conocieras.

—Los signos en los que no crees —le dijo triunfadora, pero aclaró con honestidad—: Sofía, mi mejor amiga, es Géminis. La conozco más que a mí misma —aclaró mientras Mateo seguía perplejo sin poder creer en lo que había escuchado. Una síntesis exacta del perfil psicológico de sus hijas. Entonces con algo de vergüenza le preguntó por el signo de Julieta.

—Julieta es cáncer. Me imagino que sabes cómo es ella.

—Mucho. Mi marido es de julio. Julieta debe ser una mujer hecha de memoria y marea. Lleva el Caribe en la piel y el hogar en el pecho: protectora, intuitiva, profundamente leal a quienes ama. Siente antes de pensar y recuerda incluso lo que otros ya olvidaron; por eso su fortaleza no es ruidosa, es persistente. Puede parecer reservada, pero cuando confía se vuelve cálida, envolvente, casi maternal, como una casa abierta al final del día. Su sensibilidad no es fragilidad: es una forma de leer el mundo, de anticipar el dolor ajeno y de cuidar sin que se lo pidan. Ama lo íntimo, las conversaciones bajas, las promesas cumplidas, y aunque el miedo a perder la haga retraerse a veces, cuando decide quedarse lo hace con una fidelidad oceánica, profunda y silenciosa. Tienes que decirle veinte veces al día que está linda o pierde la autoestima. Un poco pesimista pero soñadora. Ah, y muy sarcástica y llorona.

—Puta mierda —exclamó Mateo. Esto no puede ser cierto.

—¿Acerté?

—En todo. Estoy asustado. O sea que sabes cómo soy yo.

—Pues un poco le dijo sonriendo y empezó a jugar con la arena.

Hasta que la brisa se tornó más fría y Gabriela empezó a tiritar. Mateo se le acercó y la abrazó. Ella lo agradeció asintiendo con la cabeza. Se recostaron sobre la playa, en posición fetal, y se cubrieron con palmas secas. Una luciérnaga pasó por encima de ellos y Mateo le lanzó una palmada.

—¿Qué haces?

—Nos puede picar —alegó él.

—Es una luciérnaga, ¿por qué la quieres apagar justo cuando la vida nos devuelve la luz para vivir?

Mateo sintió vergüenza y agachó la cabeza. Ella sintió ternura por él y por su ignorancia, y le pegó en las manos como si estuviera reprendiendo a un hijo. Él sonrió y exclamó con humildad:

—Tengo mucho que aprender.

Entonces Gabriela se giró, quedó dándole la espalda y Mateo la abrazó encajando perfecto su humanidad en la suya. A los pocos minutos la naturaleza de ambos se empezó a manifestar. Primero con besos de Mateo sobre el cuello, luego en la espalda de la mujer. Gabriela quiso reaccionar, pero fue tarde. Al abrazarla por detrás, era

inevitable que las manos abiertas de Mateo no abarcaran sus senos. Luego, al abrirlas, los pezones de Gabriela se entrelazaban entre sus dedos inquietos.

Ninguno de los dos quiso recordar lo que era, ni lo que tenía, ni lo que debían hacer, ni lo que habían vivido. Solo estaban ahí, después de más de tres meses, viviendo horas extras, agradeciendo con amor el milagro de la vida. De los besos pasaron a las caricias, de las caricias al hambre. Llegó un momento en que el animal interior de cada uno hizo su parte y se encarnizaron, se devoraron mutuamente. Sintieron esa nueva vida que Dios o la vida les estaba regalando, como si ambos estuvieran perdiendo la virginidad.

***

En Bogotá, Esteban estaba alistando maletas para viajar a Barcelona con la comitiva gubernamental. Lo mortificaba la idea de regresar en enero dejando a su hijo con su hermana durante la llegada del nuevo año, pero sabía que la vida, a pesar de todo el dolor, debía continuar.

—Esos españoles no paran el fin de año… Para ellos es más importante la fecha de Reyes Magos en enero —le dijo el ministro a Esteban cuando este intentó persuadirlo para que el viaje se hiciera después de la despedida del Año Viejo.

El pequeño Samuel se quedó bajo el cuidado de su tía Flor Alba, quien con dedicación hacía todos los esfuerzos para suplir los cuidados que le daba su madre.

Desde la desaparición de Gabriela, ella se había mudado a la casa del barrio Teusaquillo y eso, en parte, había hecho que Esteban no se derrumbara del todo.

Mientras se trasladaba de su casa al aeropuerto El Dorado, el hombre, que ya se consideraba viudo, extrañó las charlas con su mujer durante los trancones. Hablaban sobre el uso de la bicicleta, las chimeneas de humo de algunos buses del transporte público y

hasta las nubes de esmog, que ese día estaban más espesas que nunca.

Recordó que en una de esas conversaciones Gabriela le manifestó que, si algún día era ministra de la biodiversidad, cambiaría el día sin carro por todo un mes sin carro.

—Te apuesto a que estos cielos se abren y podremos ver los nevados en el día y en la noche las estrellas —le dijo en alguna ocasión.

Ignoraba Gabriela que los meses sin carro estaban por llegar, pero no por la vía de un decreto gubernamental, sino por decisión de la naturaleza.

Esteban sonrió con tristeza al recordarla y tuvo ganas de llorar, pero se las aguantó porque en ese momento Hermes, su conductor, le preguntó por la aerolínea en que viajaba para dejarlo en la puerta correspondiente.

Al bajar del auto frente a la entrada cuatro, Esteban se sorprendió al ver que Daniela Mejía, su compañera de trabajo, descendía de otro vehículo con un par de maletas del máximo tamaño permitido y en compañía de Augusto Rey, el hombre que había intentado sobornarlo. Ahí empezó a entender que Leonidas Román no había sido sincero cuando disimuló estar enojado por el chantaje que Esteban había denunciado.

Para su sorpresa, la asesora del ministro apareció en la lista de invitados a Barcelona, pero, conociendo su bajo desempeño profesional no entendió a qué iba. Lo sabría un par de noches después. Sin embargo, ni le molestó ni le agradó verla caminando cadenciosamente por el aeropuerto, y hasta se quedó mirándole las nalgas mientras avanzaban por el túnel que conducía al avión. Sí lo inquietó un poco que su silla fuera justo la más próxima a la de Daniela pues, pensó maliciosamente que ya no se trataba de una coincidencia. Pero lo asumió con tranquilidad, aunque no tenía ánimos ni temas suficientes para hablar con un ser tan básico durante un viaje de diez horas hasta el Aeropuerto de Barajas.

***

En Cartagena, luego de un doloroso duelo y aprovechando la temporada de vacaciones, Julieta decidió que la vida debía continuar porque los gastos de la casa, el colegio de las niñas, las sesiones con la psicóloga que contrató para que les ayudara a repensar la vida sin Mateo, el abogado para enfrentar las demandas judiciales y la nómina de empleados no daban espera. Entonces, aprovechando el impulso que le daba el amor por sus hijas y la solidaridad que le expresaba la gente cercana, se llenó de ímpetu y retomó los negocios de la agencia de viajes. No fue fácil abrir el escritorio de Mateo y encontrarlo repleto de todas las carticas que le escribían Isabella y Estefanía. Los dos portarretratos, apostados en las esquinas del escritorio con fotografías del matrimonio, fueron declarados inamovibles. Varios detallitos y recuerdos que Julieta le había regalado aparecieron en todos los rincones, como testigos mudos de un amor que nunca se cansó de conjugar el verbo dar.

Como pudo, se sobrepuso y empezó a organizar excursiones, dentro y fuera del país. Muchos clientes, conocedores de la tragedia familiar, se acercaron con solidaridad a comprar sus tiquetes y planes en la agencia. Así que muy rápido, las cuentas se empezaron a cuadrar casi que con magia matemática. Pronto organizó un tour por Europa con 17 personas que llegarían a Madrid el 12 de enero y desde allí se desplazarían por tierra a 7 países incluidos Francia e Italia.

Las amigas de la sociedad cartagenera empezaron a invitar a Julieta a todo tipo de eventos. Le decían que tenía que salir, divertirse, vivir, conocer nuevas personas. Pero a todas las invitaciones Julieta dijo no. Muchos hombres solteros que veían en ella a una de las mujeres más lindas de la ciudad empezaron a cortejarla, pero a todos dijo no. No porque mantuviera la esperanza de que Mateo estuviera vivo, sino porque quería mantener la promesa de no volverse a entregar a ningún hombre.

—Ya te llegará el momento en que quieras rehacer tu vida —le dijo doña Magdalena, su madre, con ternura—. Y no debes sentir

vergüenza de hacerlo, hija. Estás joven y mereces una oportunidad. Toda la gente lo va a entender, mi amor. Has sido una mujer ejemplar.

—Por ahora no me gusta nadie ni tengo ojos para nadie, mamá. Quiero dedicarme a sacar adelante la agencia y a mis hijas. Por ahora no me interesa hablar del tema —concluyó.

***

Decenas de personas se congregaron en la casa de Carmen Rosa para despedir al buen Óscar durante nueve noches. En torno a un altar repleto de flores silvestres de todos los colores, velas blancas encendidas y una foto de Óscar en el centro, estaba la tabla de la lancha rescatada en alta mar. Se podían leer en ella siete letras: "armen Ro".

En la fotografía que de una u otra forma lo mantenía vivo entre los asistentes, Óscar lucía sonriente y elegante. Camisa blanca, corbata negra, saco gris oscuro y un clavel rojo en el bolsillo del saco. Esa fotografía se la tomaron uno de los dos días en que se vistió de traje en toda su vida y ese fue el día en que se fue hasta Bogotá a cumplir la cita con un cónsul de la embajada norteamericana, con la ilusión de conseguir la visa para irse a trabajar legalmente a Estados Unidos.

Como a él le habían advertido que a los gringos tocaba decirles la verdad, so pena de ser rechazado, "porque ellos lo saben todo", pues el honesto de Óscar les dijo la verdad. Les contó que era muy pobre y que se iba a trabajar allá para procurarles un mejor futuro a su esposa y a sus dos hijos bebés. Cuando le preguntaron si pensaba quedarse en los Estados Unidos, él respondió que sí y que después mandaba por su familia. Se la negaron *ipso facto*. Después, otros amigos lo regañaron por su sinceridad y le dijeron que debió haber mentido, que es lo que a ellos les gusta o, por lo menos, haberles dicho lo que dicen todos para que se la aprobaran: que quería ir a conocer a Mickey Mouse.

La segunda ocasión en que se vistió de corbata fue más especial y rindió más frutos. Fue el día en que se casó con Carmen Rosa. Una boda que no habría podido celebrarse en otro lugar distinto a una playa repleta de antorchas y flores blancas, dada la vocación de aquel por el mar y el amor de aquella por las flores y las escenas románticas.

Tanto al episodio alegre de su unión marital en la playa como a este triste en la casa, los invitados eran casi los mismos. Padrinos, vecinos, familiares y uno que otro colado tratando de suplir la falta de alimentos.

Ya resignada, la mujer se esmeraba en atender a los invitados. Para amenizar el duelo trajeron desde Triana, un municipio ubicado en el Valle del Cauca, al mejor maestro vichero de la zona para que destilara licor ancestral durante los nueve días. Don Antonio Bolaños llegó con el ocaso. No solo trajo la caña miel, recogida en luna creciente y molida entre cánticos, sino también las 45 hierbas ancestrales que empezó a mezclar a fuego lento en una olla gigante, del tamaño del amor de la pareja.

Sobre la tapa, la olla tenía un orificio que conducía el vapor hacia una manguera que estaba conectada a una botella de vidrio. El líquido destilado era logrado gota a gota, pero consumido a cántaros y con alegría por los invitados. Cada uno de ellos le daba un valor espiritual a la bebida. Algunos la consumían para curarse el alma y el cuerpo, otros para simplemente envicharse hasta perder la cabeza de felicidad, olvidando problemas, desinhibiendo formas de actuar o elevando las vibraciones sexuales con el arrechón, una variedad de viche que don Antonio preparaba para vender en el Petronio Álvarez, un festival de música y gastronomía del Pacífico que se celebra anualmente en Cali.

A quienes no gustaban del viche, se les ofrecía tazas de café humeante y bocadillos de guayaba. Luego aparecía la hermana con galletas o la mamá con trocitos de chicharrón de pescado.

Durante horas se dedicaban a contar anécdotas siempre en torno a la vida del difunto. La que más impactó fue una que contó Ferney:

—El negro era honesto —les dijo a todos en voz alta para que nadie se quedara sin escucharlo, y luego empezó el relato—: El día

que me salió el primer viaje, ustedes ya saben de qué —explicó entre risitas socarronas—, le dije, Óscar, ¿no estás cansado de estar pobre? Y me dijo que no, que él no se consideraba pobre porque tenía dos de las tres cosas que más anhela la gente: salud y amor. Yo le dije cómo así, es que a usted no le dan ganas de tener una motico, una buena casa para su negra, no sé… Lo traté de convencer y me dijo que sí le importaba tener todas esas cosas, pero trabajando honradamente, porque para él la tranquilidad era lo más importante. Yo le dije que lo felicitaba pero que se iba a morir de hambre si seguía pensando así. Entonces le conté lo que iba a hacer y le dije que me pagaban diez mil dólares por llevar la lancha hasta Panamá. Me dijo: Ferney, no es por desanimarlo, pero la vida de uno vale un millón de veces esa plata. ¿Cómo se va a ir por allá a arriesgarse a que lo maten, lo agarren los gringos o se le vare la lancha en esa inmensidad? No sea bruto, me gritó mientras me estrujaba y me pegó en la cabeza. Luego me fui. Esa vez yo coroné y me vine a visajear con la plata. Le dije: Mire, Óscar, de lo que se perdió. Entonces me miró y me dijo con esa sonrisa que se mandaba él: No, Ferney, usted es el que no sabe de lo que se perdió. Mientras usted andaba por allá asustado y estresado sin saber si lo iban a agarrar, yo me la pasé arrunchado con mi negra todo el fin de semana, comiendo pescado, tomándome mis viches, oyendo salsita y saboreando esas caderas pulpitas… mínimo le empaqué tres hijos a mi Carmencita.

Todos soltaron la carcajada mientras Carmen Rosa protestaba avergonzada y, en medio de gritos divertidos:

—¡Oiga, Ferney, pa qué cuenta esas cosas!

***

El sol fastidió y fastidió a Mateo hasta que lo hizo despertar. Al abrir los ojos vio el mar viniendo hacia su rostro. Sintió miedo momentáneamente porque pensó que seguía en la barca, extraviado para siempre, pero muy rápido se hizo consciente de la realidad al

sentir la arena bajo su cuerpo. Sintió un alivio restaurador y se giró. Al no ver a Gabriela a su lado se volvió a asustar, pero pronto la encontró con la mirada. Estaba acurrucada contra una palmera, con las piernas abrazadas y el mentón reposado sobre las rodillas. Enseguida recordó lo sucedido en la madrugada y la quiso dejar tranquila para que hiciera su duelo. Él también lo hizo. Recordó a su mujer y a sus dos hijas y les pidió perdón en silencio por lo que había hecho, aunque muy rápido se autojustificó: la culpa fue de la naturaleza. Todo lo redujo a un instinto primario que lo salvó del frío y la locura, que lo hizo cruzar una frontera moral que no conocía, en medio del shock de estar vivo. Después mostró arrepentimiento ante su Dios y se autoinfringió un par de penitencias que quedó debiendo.

Las reflexiones de Gabriela después del acto sexual fueron más profundas. Estaba sintiendo una mezcla insoportable de vergüenza y remordimientos. Pero pensó que sentirse viva en todos los sentidos, después de estar casi muerta y a la deriva por más de tres meses no era del todo malo. Sentía en el alma una mezcla de culpa silenciosa, una especie de alivio sanador que le apretaba el pecho y los recuerdos, como si el universo no la pudiera juzgar por traicionar a su esposo, sino por traicionarse a sí misma, traicionar lo que ella creía que era. Entonces se empezó a justificar también. No fue amor, fue necesidad, se repetía. No fue deseo, fue supervivencia. No fue del alma, fue biológico. Al final dictaminó que lo hecho no era un error sino un acto humano inevitable.

Después de exonerarse, le dijo desde la distancia que tenía hambre. Mateo sonrió y le preguntó con tono de mesero de restaurante, si quería pescado frito o mariscos con verduras o con arroz de coco. Ella solo atinó a sonreír con una luz que no se le veía desde el día en que se despidió de Esteban en el aeropuerto de Bogotá. Mateo se quedó mirándola con otros ojos. Con los ojos del niño que descubre un universo nuevo. Ella se cubrió los senos, que casi los tenía al aire por el deterioro de su bikini.

—No te miro las tetas… Te estoy mirando los ojos, boba.

Ella volvió a sonreír con una mezcla de pena y coquetería, y se giró para evitarlo.

¿Se estaban enamorando? ¿Estaban escapando del autoritarismo de la monogamia? ¿Eran conscientes de lo peligroso que resultaba abrir esa puerta?

Mateo había desarrollado tanto las técnicas de pesca que encontrar un pargo para saciar el hambre no fue problema. Lo entrampó entre las piedras y lo ensartó en una lanza que fabricó con un manglar al que sacó punta con una piedra y sus dientes. Luego lo puso a rodar al sol y esperaron un poco para comerlo crudo, esta vez sin la resistencia animalista de Gabriela, porque ambos eran conscientes de que el problema ahora era superar la desnutrición. Ella, por su lado, consiguió un par de cocos y entre ambos se dieron a la tarea de romperlos para beber su agua.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Gabriela desconcertada.

—Gracias a Dios estamos a salvo. Ahora toca buscar el camino para regresar —apuntó él.

—¿Queremos regresar? —exclamó Gabriela haciendo que un trueno invisible retumbara en el ambiente.

—¿Tú no quieres? —preguntó Mateo aterrado con la posibilidad de que él tampoco quisiera.

—Después de lo que hicimos no. Me siento sucia, desleal. No sería capaz de volver a besar a mi marido.

—Oye, oye, espera, espera, espera. ¿Por qué te das tan duro? Lo que sucedió anoche fue algo que no premeditamos. Somos humanos. La naturaleza se manifestó… Nada más.

—Nunca le había sido infiel a Esteban. No sería capaz de volverlo a mirar a la cara sin contarle.

—Pues le cuentas. Él lo va a entender.

—¿Tú le contarías a tu esposa?

—No. Es muy celosa. Mi Julieta aún no ha madurado. No lo entendería.

—Pues Esteban es maduro y no es celoso, pero tampoco lo entendería. Nadie lo entendería, me siento desleal —exclamó subiendo el tono de la voz y se lanzó al mar, como queriendo borrar la noche de pasión con un chapuzón dentro del agua salada.

Las angustias y vergüenzas de Gabriela empezaron a resolverse en la noche, casi al tiempo con la llegada de su esposo a Barcelona.

Gabriela y Mateo volvieron al cambuche, pero ya en un estado absoluto de conciencia. Eso les permitió reabrir el tema sin reclamos ni apasionamientos. Ella tomó la iniciativa:

—Esta noche no puede volver a pasar.

—Como tú quieras.

—Te absuelvo y me absuelvo porque estábamos en un trance difícil, no teníamos idea de lo que estábamos haciendo, pero las cosas ya cambiaron. He estado pensando durante todo el día en mi familia y quiero volver. Quiero salir de aquí. Quiero abrazar a mi hijo y a mi esposo, decirles que los amo.

Mateo asintió a todo lo que Gabriela dijo, pero prefirió callar.

—¿No vas a decir nada?

El hombre movió la cabeza hacia los lados en señal de desacuerdo, giró su cuerpo y se acostó sobre la arena dándole la espalda. Gabriela se quedó un poco confundida, pero también se recostó buscando conciliar el sueño para recuperar fuerzas.

A la mañana siguiente reemprenderían el camino de regreso a casa. No sabían dónde estaban, ni qué tan lejos quedaba Nuquí o cualquier otro caserío, pero lo querían intentar.

Comisiones de éxito

En Barcelona, Esteban caminó despacio admirando cómo la arquitectura moderna se mezclaba con la antigua y le fue inevitable recordar a su Gabriela, con la diferencia de edad que se llevaban. Miró hacia lo alto de un edificio nuevo construido al lado de uno milenario y notó cómo el vidrio convive con la piedra, el acero se apoya sin culpa en muros que han sobrevivido siglos, y ninguno parece pedir perdón por estar ahí. Entonces pensó en ella, en la juventud que le regaló para acortar sus años, en cómo su risa nueva encontraba descanso en sus silencios antiguos. Como la ciudad, su amor, no era una ruptura sino una superposición: capas de tiempo que no se anulan, que se sostienen. Él era la memoria, ella el

ímpetu. Como Barcelona con su arquitectura ecléctica, donde lo viejo no se cae y lo nuevo no invade, desafiaron las lenguas largas y los comentarios tontos.

Esteban empezaba a cumplir varios de sus sueños. A pesar de haber transcurrido más de la mitad de su vida, había viajado poco. La verdad es que las finanzas nunca le dieron para darse el lujo de salir del país con su familia muy a menudo. Y ahora estaba en Barcelona caminando por los alrededores de la catedral de la Sagrada Familia, admirando la obra magna de Gaudí, extrañando como nunca a Gabriela. Sentía un profundo dolor al disfrutar paisajes y buenos hoteles sin ella a su lado. Por eso, durante las primeras reuniones se le vio ido. Varias veces se perdió de las cosas que los catalanes estaban diciendo porque su mente estaba parada sobre sus recuerdos. Igual no tenía mucho margen de maniobra para negarse a nada. A todo asentía sin importar que le estuvieran ofreciendo un soborno o pidiendo agilidad con una licencia. Él sabía que solo estaba cumpliendo un trabajo de rutina y que había aceptado el viaje por conocer un país al que nunca pensó llegar, y por acopiar pruebas para vengar la muerte de Gabriela.

Básicamente en esas reuniones estaban hablando con los consorcios que habían ganado la licitación para construir el puerto de Tribugá mediante una concesión a treinta años, y ahora querían, con maniobras que se justificaban en el retraso del inicio de las obras, que la concesión se extendiera a cincuenta. Para eso debían interponer una demanda contra el Estado colombiano por no haber otorgado la licencia en el tiempo que estipulaba el contrato para buscar, en la conciliación, una negociación de cero pretensiones económicas a cambio de la extensión de la concesión por veinte años más.

Esto implicaba sobornar a unos cuantos políticos, a unos cuantos miembros del gobierno entre los que estaban los ministros de transporte, biodiversidad y al mismo Esteban; a unos cuantos periodistas y a unos cuantos magistrados. Para lograrlo habían dispuesto de una suma para ellos pequeña, pero para nosotros astronómica: cuarenta millones de dólares.

Si todo salía bien, los contratistas colombo-españoles abrían una autopista de doble calzada con dos peajes, construían el puerto, lo explotaban comercialmente durante cincuenta años y después de ese tiempo la propiedad del puerto y el cobro de peajes se revertían a la nación. Colombia solo ponía la tierra y las licencias. Ese fue el trato. Muy poco se habló del impacto ambiental. El tiempo se les fue en intereses, seguros, fiducias, comisiones, tiempos, volúmenes de carga por mes y por año y, ya más en privado, hablaron de consignar las coimas, que para lavar sus conciencias bautizaron con el nombre de "comisiones de éxito", en paraísos fiscales.

***

Antes de emprender el viaje a casa, con los primeros rayos del sol, Gabriela y Mateo fabricaron zapatos con hojas y cortezas de árboles. Sabían que, descalzos, sus pies no iban a avanzar mucho. Por la ubicación del sol supieron hacia dónde era el sur y hacia dónde el norte, pero no sabían para cuál de los dos lados tomar, pues no sabían si la lancha perdida había tomado hacia Buenaventura o hacia Panamá. Era una decisión difícil porque de ella dependía el tiempo que tardarían en regresar a casa. Mateo opinó que deberían marchar al norte, porque la lancha se había perdido cerca de Termales, que está localizado al sur de Nuquí. Gabriela fue más cauta y le dijo que fueron muchas semanas. Que nada de raro tendría que estuvieran muy lejos, incluso en algún país de Centroamérica. Recordó que las corrientes que pasan frente al departamento del Chocó, en su mayoría, viajan hacia el norte y que si una de estas los había arrastrado lo más probable es que estuvieran al norte, muy cerca de Panamá o de Costa Rica. Con esta tesis en mente decidieron marchar hacia el sur.

—Si estamos equivocados y Nuquí está al norte, llegaremos a Bahía Solano o a Buenaventura —concluyeron.

Decidieron marchar en paralelo al mar, sobre la arena, para evitar laceraciones en los pies y también con la esperanza de que algún

barco pasara cerca. La primera jornada, que se realizó en silencio, duró cuatro horas. La estela infinita de huellas que dejó la pareja describía una trayectoria irregular. Desde lo lejos se veían como un camino de hormigas gigantes.

Durante el trayecto no encontraron un solo rastro de vestigios humanos. Entonces se detuvieron a alimentarse y a buscar agua dentro de los cocos.

—Ni siquiera una botella plástica de las que hay trillones en las playas del mundo —se quejó Gabriela.

—Tenemos que estar muy lejos —dijo Mateo con algo de tranquilidad en su mirada.

—No se te nota mucho afán por llegar rápido —opinó la mujer con un dejo de curiosidad que buscaba alimentar un poco su ego.

Quería escuchar de los labios de ese hombre extraño que acababa de irrumpir en su vida algo como: "No. Deseo que nos quedemos aquí perdidos en este maravilloso lugar y para siempre". Pero el hombre solo se limitó a decirle que no importaba el tiempo mientras llegaran con vida. Agregó que el afán ya se le había quitado porque ella le había hecho entender que lo más importante en la vida es la vida.

Gabriela le dio la razón y le pidió que descansaran una hora, al menos, porque sus pies ya estaban empezando a llenarse de llagas. Él le respondió que no tenía problema en pasar la noche en ese sitio. Gabriela asintió como agradeciendo con su mirada.

—La ganancia es estar vivos. Tomémoslo con calma y cuidémonos. No tenemos obligación de hacer otra cosa —reiteró Mateo.

—Es verdad, ya todos nos dan por muertos, no hay afán. Estamos viviendo horas extras —respondió ella y se recostó lentamente sobre la arena a mirar un cangrejo que se aproximaba. Al verla, el animal se sintió amenazado y se metió en uno de muchos hoyitos que había en el lugar.

—Cada hoyo es un mundo, un cangrejo, una casa, un refugio —explicó ella.

—No vuelvo a comer cangrejo —dijo Mateo en broma y ella le correspondió con una sonrisa.

Ninguno de los dos sabía que ese día era el último de 2019… En catorce horas se acababa el año. El peor año de sus vidas, o el mejor, si la vida les permitía aplicar en el futuro la cantidad de enseñanzas que les estaba dejando la odisea.

VEINTICUATRO

Daniela

Al finalizar la cena de medianoche con la que recibieron el nuevo año y en la que aprovecharon para celebrar con los empresarios españoles el preacuerdo para ampliar la concesión para la construcción del puerto de Tribugá, Daniela estaba observando a Esteban con una sonrisa poco inocente. Él le correspondió con una sonrisita tímida de cortesía, pero la mujer se le acercó con su mirada seductora de siempre:

—Gracias a ti pudimos cerrar el negocio.

—Yo no hice nada. Es la verdad…

—Por lo que haya sido, toca celebrarlo, recibir el año como debe ser.

—Yo estoy cansado. Además, no tengo ganas de hacer nada. Me voy a dormir.

—Perdona el atrevimiento, vice: ¿me podría quedar en tu habitación?

Esteban sintió que la Tierra se había detenido bruscamente y que todos los humanos, con él a la cabeza, salían expulsados por la inercia contraria. Tal vez por eso se sostuvo del asiento del cual se acababa de levantar para despedirse de su jefe y los demás acompañantes. Aunque quería aceptar la invitación de Daniela, se sentía sucio y desleal, mancillando la memoria de Gabriela.

—Ya no tienes pretexto, amor. Eres viudo, llevas varios meses solo —insistió ella mojando el dedo índice con su lengua y llevándolo luego a la boca de aquel.

El hombre empezó a sudar, no porque sintiera temor de irse a la cama con ella sino por lo que representaba para su ego, que la mujer que un día lo trató de seducir por interés hoy lo estuviera invitando a su cama por placer. Aparte de enmudecer, no supo qué más hacer.

—Está bien, piénsalo —le dijo y sacó de su bolso una tarjeta magnética y se la entregó—. Si te dan ganitas, te espero en la 408.

Esteban la vio caminar: llevaba puesto un vestido de seda, vaporoso, gris claro, ceñido a sus curvas. Al caminar el borde del vestido se levantaba hasta exhibir casi todos sus muslos, muy cerca del inicio de sus nalgas.

Cuando llegó a la habitación, casi con la luz del alba, el hombre no se desvistió con la esperanza de que un ataque de debilidad lo hiciera sucumbir. Se sentó en el borde inferior de su cama, aún con la respiración agitada, jadeando como lobo sediento y sin dejar de mirar la tarjeta de ingreso a la habitación de Daniela. Indeciso, empezó a recordar sus caderas avanzando en cámara lenta. Varias veces se levantó y caminó hasta la puerta con la llave de la habitación de la mujer en las manos, pero se arrepintió de salir. Gabriela no salía de su cabeza.

Con el tiempo en contra, miró el reloj, se llenó de valor y, finalmente, salió de su cuarto. Caminó despacio por el pasillo, durante unos quince segundos y, cuando encontró la habitación de la mujer, se detuvo a mirar la puerta y a pensar. Estaba demasiado indeciso. Era una guerra entre la lujuria y la lealtad, entre las ganas de engullirse a la mujer que lo venía tentando hacía varios meses y su ética. Se decidió a entrar. Introdujo la tarjeta que ella le había dejado por entre la ranura superior de la cerradura electrónica, pero se arrepintió. Luego tomó aire y la introdujo de nuevo, pero al instante se volvió a arrepentir como aquella noche frente a su edificio.

Finalmente, cerro los ojos y se dejó arrastrar por sus demonios y metió la tarjeta en la cerradura con total decisión. El corazón se le

subió hasta la garganta dando latidos que más parecían pisadas de elefante. Cuando se encendió la luz verde de la chapa, Esteban empujó la puerta y se lanzó por un tobogán sin retorno.

Sonriendo porque su presa había pisado la trampa, Daniela se sentó sobre el borde de la cama, abrió y cerró las piernas con maldad, y lo invitó a acostarse a su lado. Estaba bebiendo un Martini mientras le coqueteaba con sus tetas al aire y dejaba escapar, de adrede, un chorrito del coctel sobre su pecho.

—Sabía que ibas a venir —le dijo sonriendo como una demonia, mientras bebía un sorbo de la copa sin dejar de mirarlo.

Él se acercó despacio, ansioso, con el corazón angustiado. Tocó sus hombros desnudos y deslizó los dedos hacia sus pezones. La miró con deseo y poco a poco comenzó a acariciar sus labios con la yema de sus dedos. Daniela abrió la boca y lo haló para que la besara, pero Esteban se rehusó. Recordó que Gabriela le había dicho en alguna ocasión que si por alguna circunstancia de la vida le era infiel le podía meter el miembro a su amante, pero jamás besarla en la boca y menos eyacular dentro de ella.

Entonces bajó hasta el cuello y deslizó la lengua por su manzana de Adán, mientras con sus manos la despojaba de la copa. Ella, desinhibida por completo, se le ofrecía toda. Deslizando su boca por su cuerpo, Esteban empezó a descender vertiginosamente por el valle de los senos y despacio, muy despacio, empezó a averiguar su "punto G" con su lengua de serpiente. Supo que lo había encontrado porque la sintió estremecer. Para no adelantarse al clímax, Daniela le pidió que se desnudara frente a ella, pero el pobre se sintió intimidado. Llenándolo de confianza le dijo que ella no buscaba un modelo de portada de revista sino un macho que la hiciera sentir y le ayudó a desapuntar el cinturón. Luego le ayudó a bajarse el pantalón y se quedó mirando con desilusión aquel cuerpo de piernas flacas y peludas y barriga prominente, pero evitó hacer comentarios para no generar un trauma de susceptibilidad que dañara el momento.

Ella con sus redondeces casi perfectas también trataba de ocultar la celulitis, aunque sin mucho éxito. Entonces Esteban le pidió que se masturbara para él. Ella accedió sin mucho problema a cambio de

que él hiciera lo mismo. Cuando el fuego en ambos estuvo a punto de ebullir, él la empujó con suavidad hacia la cama, le dio la vuelta y la penetró con delicadeza. Daniela, sin dar crédito a la destreza de Esteban, se concentró en la imagen desnuda de un exnovio que nunca pudo olvidar y alcanzó un orgasmo casi sordo pero muy decoroso para una primera vez. Esteban cumplió la promesa y conservó su energía seminal intacta.

—Sí crees en las cabañuelas, haremos el amor todo el mes de enero.

Esteban no supo qué responder. No sabía qué eran las cabañuelas.

—Lo que hagas en los primeros doce días de enero, será lo que hagas en los doce meses del año. Primer día haciendo el amor significa que todo el mes de enero estaremos follando como conejos.

A Esteban no le desagradó la idea, pero prefirió volver a guardar silencio.

—Bienvenido al 2020 —agregó Daniela y recostó la cabeza sobre su pecho.

***

Cuando Gabriela despertó de la siesta ya eran las cuatro de la tarde. El sol empezaba su lucha contra las nubes que a diario querían impedir un atardecer magnífico. Se sorprendió al no ver a Mateo y se incorporó con susto. Al instante se dio cuenta de que sobre su cabeza tenía una corona de flores. Se la quitó, la miró y sonrió. Luego empezó a mirar para todas partes.

Al cabo de varios largos segundos sin encontrarlo, gritó:

—¿Dónde estás? No me asustes que yo soy nerviosa.

Una carcajada lo delató. Estaba trepado en una palma de coco. Gabriela soltó un suspiro de alivio y lo invitó a bajar:

—Bájate de allí, bobo, ven. No te vayas a matar, por favor. No sabría salir de aquí sola.

—¿Es lo que te importa?

—No seas bobito, ven. Baja ya de esa palmera, por favor.

Mateo lanzó un par de cocos a la arena y se bajó, sin mucha habilidad. Recogió los cocos y en segundos estuvo a su lado. Ella le agradeció por la corona de flores y lo abrazó. Él cerró los ojos. Gabriela se desprendió con un poco de brusquedad y lo invitó a observar la puesta del sol. Ambos se quedaron mirando hacia el horizonte con ganas de decirse cosas, pero el paisaje fue más avasallante y elocuente que nada. Mateo la intentó tomar de la mano, pero Gabriela no lo correspondió. Vivía una guerra interna entre lo que deseaba y lo que no podía hacer.

Sentados sobre un tronco de manglar, medio enterrado entre el agua y la arena, observaron el sol cayendo sobre el horizonte. Gabriela se resistía a abrirle la ventana a un nuevo amor, sin imaginar que, a esa misma hora, Esteban acababa de sucumbir a sus instintos naturales.

De repente la naturaleza los invitó a disfrutar de un espectáculo emocionante: el apareamiento de dos gaviotas. Fue algo épico. Se persiguieron durante minutos, como aviones de guerra, hasta que el macho logró hacerla aterrizar forzosamente sobre la arena y se montó sobre ella. El apareamiento duró apenas unos segundos, pero los hizo sonreír de ternura porque después de pisarla, el macho le trajo a la hembra un pequeño pez que pescó para ella, tal vez en señal de agradecimiento. Ella lo comió con gusto y después voló. El macho se quedó observándola sin saber si debía perseguirla. Al final se decidió y a los pocos minutos ambos se perdieron de vista en la inmensidad.

Mientras comentaban el hermoso episodio, empezaron a mirarse cariñosamente, disfrutando a su vez de la brisa marina sobre sus rostros. Este atardecer no tuvo nada distinto a las decenas de atardeceres que vieron durante su travesía, pero era el primero que disfrutaban sin zozobra, en libertad. El color naranja del astro se reflejó en los ojos esperanzados de ambos. Les fue humanamente imposible evitar un beso, aunque nervioso y vergonzante, y luego un abrazo de cara al sol agonizante que ya se despedía sin saber que causaba estragos en dos corazones a los que no les hacía falta

manifestar físicamente lo que empezaban a sentir. La piel de uno empezó a erizarse por la sola proximidad de la del otro.

Y en ese juego del quiero, pero no puedo; deseo, pero no debo; hago, pero me arrepiento; no hago, pero lo lamento; pasaron los días y las noches. Caminaban y caminaban, comían frutos silvestres, pescaban, corrían, se besaban con sentimientos de culpa y hasta hacían el amor de vez en cuando, pero aún con remordimiento.

Luego de tres días de recorrido, les aterraba tanto ser encontrados como no encontrar rastros de civilización humana. Hasta que, por fin, un envase plástico de un solo uso en la playa, de los que Gabriela tanto detestaba, los alcanzó a llenar de esperanza. Gabriela agarró la botella como quien atesora un salvavidas en medio de un naufragio. La miró detalladamente y le dio vueltas hasta descubrir que el envase venía viajando hacía varios años y desde muy lejos.

—No es inglés ni español —le dijo mostrando unas letras talladas en el envase.

—Parece chino o japonés.

—Viene de lejos. No es de por acá —concluyó ella con gran pesar.

No era más que una botella que viajaba en el mar y en el tiempo, tirada por algún inconsciente a cientos o quizás miles de kilómetros de allí. De tanto angustiarse por no hallar el camino, perdieron el afán. Aunque extrañaban a sus familias y no paraban de hablar de ellas, estaban resignados a lo que les deparara el destino, entendiendo que el milagro de estar vivos ya era suficiente. Sabía tanto Mateo de la familia de Gabriela como ella de la suya.

No es exagerado pensar en que ambos llegaron a sentir amor y hasta admiración por los familiares del otro. Gabriela llegó a sentir tantos deseos de conocer a las gemelas como Mateo de ver a Samuel. Soñaban con abrazarlos algún día. Para Julieta y Esteban no había sino consideración, solidaridad y comprensión de parte de ambos. Sin embargo, el amor fortuito y orgánico que nació entre ellos empezó a crecer tanto, que ya no quisieron pensar en el momento de despedirse. El momento terrible en que llegaran a la civilización, tomaran un teléfono y llamaran a sus casas para contar

a sus esposos y a sus hijos que estaban vivos. No lo comentaban, pero lo pensaban y sabían que ese momento sería conmovedor. Para entonces ya la angustia por sentirse perdidos había cesado. Estaban empezando a escribir una historia distinta.

***

Luego de una gira por tres ciudades de España, Esteban regresó a Colombia a finales de enero, cargado de regalos para Samuel, incluida una posible madrastra. En Cartagena, Julieta regresaba de Europa con un grupo de diecisiete turistas que significaron el renacer de Alextour, la empresa que con tanto entusiasmo había emprendido su esposo doce años atrás. Estaba muy feliz por su valor para sobreponerse al dolor por la pérdida de su marido, que más que su pareja muerta, era el amor de toda su vida. Lo que Julieta estaba practicando era resiliencia pura. Lloró toda la Navidad hasta agotar las lágrimas y repitió la dosis al despedir al año viejo. De vez en cuando despertaba en la madrugada empapada en sudor y lágrimas, pero se sobreponía con admirable rapidez y seguía adelante.

El dolor por la muerte de Mateo la estaba carcomiendo en vida. Sentía que su corazón se consumía como una casa de cartón bajo el fuego. Hasta juró no volver a entregar su corazón a ningún otro hombre. Estaba tan segura de eso, que decidió seguir portando su anillo de bodas. Se lo hizo saber a doña Magdalena, su madre, el día antes de viajar a Perú, con otro grupo de clientes, cuando les encargó a sus hijas con la súplica de que las cuidara más que como la cuidó a ella cuando tenía su edad. Magdalena, una mujer esbelta y bella a sus 56 años, le dijo que no necesitaba hacer una promesa así porque era obvio el amor que sentía por sus nietas.

Esteban, en cambio, tras esa noche de pasión en el hotel con Daniela, terminó por entregarse, aunque no por completo, a la lujuria sin amor. Al regresar a Colombia se vieron un par de veces

más y a escondidas. Y aunque ella trató de invadir su espacio, pidiéndole que la dejara quedar en su casa, el hombre fue enfático:

—Jamás nadie dormirá en la cama que compartí con mi esposa. Jamás mi hijo conocerá un reemplazo para su madre. Si aceptas esas condiciones, podemos seguir viéndonos, si no, lo siento. No podría continuar con esto —le advirtió.

Daniela aceptó la ignominiosa imposición y los encuentros se trasladaron a moteles, hoteles, una vez en el reservado de un restaurante, un intento fallido en el carro del viceministro y un par de veces en la oficina del funcionario. En verdad, ella estaba enamorándose del "aburrido" de Esteban, pero también estaba solucionando su soltería y alcanzando la seguridad que siempre quiso tener. Le atraían su frialdad, su seriedad, su inteligencia y su fogosidad en la cama. Pero también su nuevo salario. A pesar de la sinceridad de su amor, Daniela Mejía era una mujer ambiciosa. Le gustaban los lujos, los regalos, las invitaciones a lugares elegantes y esa vida solo se la podía dar un hombre con buenos ingresos y una buena posición. Una noche, una amiga la encontró con Esteban en un restaurante y por chat la invitó al baño del lugar. Estando allá, la fulana no se aguantó las ganas de decirle que era una interesada por andar con un hombre tan mayor, pero la respuesta de Daniela le disipó las dudas.

—No te equivoques, amiga. Soy linda, me ha costado mucho dinero arreglarme ciertas cositas, uso ropa y bolsos finos, me he preparado con mi plata porque a mí nadie me pagó ni la universidad ni la maestría… Entonces, ¿qué quieres, que me meta con el primer pendejo que pase por enfrente? No gracias. Así que tengo claro que merezco un hombre interesante, que me pueda dar gusto y no me voy a meter con cualquier pendejo para que la gente como tú esté feliz. Ah, y no te equivoques por la apariencia… ese señor, ahí donde tú lo ves, es el mejor polvo que he tenido en mi vida.

Luego se fue disgustada y más nunca volvió a contestarle.

Desde su arribo de España, Esteban volvió a su trabajo muy animado y dispuesto a empezar una nueva vida, pero sin olvidar un segundo a Gabriela ni a su hijo. Le apenaba tanto que el niño lo

viera con otra mujer que evitó al máximo que el pequeño Samuel se enterara de su relación con Daniela.

El punto de no retorno de la honestidad

El ministro estaba muy satisfecho, más que con su trabajo, con el silencio de Esteban. Lo empezó a considerar como un gran cómplice para la ampliación de la concesión del Puerto de Tribugá. Tanto que, llegado el momento de armar la licitación, se le acercó y le dijo al oído, asegurándose de que no hubiera nadie a su alrededor:

—Si logramos ampliar la concesión, vas a obtener un jugoso regalo, Andrade.

Esteban se asustó mucho. La deshonestidad le causaba pavor. Por eso se limitó a contestarle que él con su nuevo sueldo se sentía satisfecho, que no necesitaba más y que muchas gracias por el ofrecimiento, pero que él no era de las personas que estaba dispuesta a enriquecerse con el Estado como no fuera con el fruto de su trabajo y su disciplina. Volvió a repetirle que no, que muchas gracias. Su negativa obligó al ministro Román a aclararle un par de cosas.

—No es que quiera o no quiera recibir la prima de éxito, Andrade. Es que las cosas funcionan así. Aquí todo el mundo va a obtener ese detalle. Cuando digo todo el mundo me refiero a todos los que viajamos a España. Cuando digo todo el mundo, es porque esa es la única manera que tenemos de garantizar un pacto de silencio. O comen todos, o no come ninguno.

—Prefiero que no coma nadie, ministro —respondió con algo de ingenuidad.

Román respondió con una carcajada y una pregunta burlona:

—¿Qué putas está pensando de la vida, Andrade?

Esteban guardó silencio.

—Ni usted puede cambiar la manera en que funciona esto, ni yo voy a rechazar un regalo que me hacen los constructores. Que le hacen a cualquiera. ¿Acaso cree que si usted y yo no estuviéramos en este negocio a otros no le ofrecerían lo mismo, o hasta más?

Esteban empezó a sudar y la boca se le llenó de saliva.

—Pero diga algo, pendejo —le gritaba Román sin dejar de acosarlo—, diga algo ya mismo, o cuénteme si tengo que buscarme un socio más inteligente y más astuto que usted.

—¿Qué pasa si yo no recibo el soborno, pero… pero me quedo callado? Le prometo que no diré nada —dijo con el corazón lleno de miedo.

—Nada. Seguiría siendo un cómplice porque todo mundo está obligado a denunciar un delito. Tendría que denunciarme, Andrade, y hoy mismo.

—Usted sabe que no haré eso con quien me dio la oportunidad de estar donde estoy.

—Eso lo convierte en un bandido también.

Esteban no supo más que decir. El ministro Román tenía razón. Tomar la coima o no tomarla y callar tenían las mismas consecuencias en el Código Penal.

—Ya le dije, Andrade. O comemos todos o no come ninguno.

—Es que yo, definitivamente… No quiero untarme las manos de dinero sucio, señor ministro.

—¿Y quién le dijo que este dinero es sucio? Ni siquiera es dinero del Estado, si es lo que le preocupa. Es plata de los constructores y si no la recibimos nosotros, la van a recibir otros. Anímese, Andrade, no sea estúpido, invite a Daniela a Europa, goce, disfrute, compre buenas cosas, dese gusto con un buen reloj, con ropa de marca, unos zapatos finos, mire que el poder y la plata tienen muchas cosas buenas. Piense en su hijo, las universidades son carísimas. Cómprele lo que usted jamás pudo tener, asegúrele la educación.

Mientras tragaba saliva copiosamente, Esteban permanecía en silencio, ignorando que, en cosas de corrupción, el silencio era cómplice. Su pusilanimidad rayaba en el absurdo. Ni aceptaba ni se negaba a nada.

Tal vez lo hizo pensando en su hijo, pero era tanta su inexperiencia en estas lides de la corrupción, que ni siquiera se atrevió a preguntar cuánto le correspondía ni en qué forma llegaría esa plata a sus manos. Fue el ministro quien le advirtió que debía abrir una cuenta en Islas Caimán, Panamá, Islas Vírgenes o

Bahamas para que la Fiscalía no rastreara el dinero. Cuando Esteban le dijo que no sabría hacer eso, su jefe lo tranquilizó entregándole la tarjeta de un bróker especializado.

Esa noche, mortificado por haberse convertido en un corrupto de los que siempre detestó, Esteban llegó a su casa entre asustado y amargado. No quiso cenar. Su conciencia empezaba a mortificarlo y pensó que como él no había pronunciado un sí, podía llegar a la mañana siguiente a decirle al ministro que se retiraba de la repartija. Pero el ministro ya estaba diseñando con el jefe de la oficina jurídica la estrategia para ampliar por veinte años más la concesión.

No había forma de echarse atrás. El anticipo ya venía en camino y lo supo cuando su teléfono repicó y al otro lado de la línea estaba el asesor que le ayudaría a salvaguardar el soborno en un paraíso fiscal. Temiendo ser grabado y que el escándalo llegara hasta los confines mismos de la eternidad donde creía él que se encontraba Gabriela, tan pronto se mencionó el asunto, Esteban colgó. Luego buscó refugio en su pequeño Samuel, pero lo encontró dormido. Su hijo empezaba a sobreponerse con admirable rapidez a la falta de su madre.

El trabajo de su tía Flor Alba estaba siendo formidable. Le leía cuentos antes de dormir, lo levantaba con canciones, le preparaba los alimentos con mucho cariño, lo sacaba a esperar la ruta del colegio sin retrasos, le ayudaba a hacer las tareas y hasta tenían tiempo de jugar en el parque por las tardes. Cuando a Samuel no le daban ganas de ir a estudiar, ella, sin recriminarlo, se acostaba a su lado como compañera de pereza y lo excusaba con el colegio. Su idea era llenar con creatividad y amor el vacío dejado por Gabriela.

Al día siguiente, muy envalentonado, muy convencido de su honradez, Esteban se presentó en el despacho del ministro y le dijo con seguridad y categóricamente que, definitivamente, él no iba a recibir la comisión. Que no contaran con él para esas cosas pero que se comprometía, por el alma de su esposa, que era lo más sagrado, a que no diría una sola palabra de lo que había visto o escuchado.

Sonriendo, Román lo dejó terminar de hablar y al final le dejó claro que esto no era un juego:

—¡Ay, Andrade qué poco sabes de la vida! Ayer te llamó el bróker y no contestaste, por eso, y porque somos cumplidos con lo que prometemos, nos apresuramos a consignarte el dinero en tu cuenta —le dijo mientras le entregaba un comprobante de consignación por dos mil millones de pesos.

Andrade entró en pánico. Miró el recibo y empezó a sudar.

—No pueden hacer algo así… ¿Cómo justifico ese ingreso? Me van a encarcelar.

—Bueno, solo te queda un camino, amiguito. Cuando entre el dinero, ir al banco, retirarlo y ponerlo en una caja fuerte como nos toca a todos nosotros. En adelante, pagarás todo en efectivo. ¿No te parece genial? —le advirtió con voz burlona.

—No quiero ese dinero —le dijo con voz temblorosa mientras le regresaba el comprobante de consignación.

—No has entendido, Andrade. El problema no es la abultada cifra en la cuenta de un asalariado. El problema es quién lo consignó —le dijo mientras se levantaba de su puesto y lo dejaba ahí sembrado con sus miedos, sus dudas y sus vergüenzas.

—¿Quién lo consignó? —le preguntó antes de que su jefe cruzara la puerta de la oficina.

—Un contratista colombiano, socio de los catalanes.

—Pues se van a la cárcel conmigo.

—Se inmolan para llegar al cielo. Ya hoy, la empresa que te consignó no existe. Yo de ti sacaría esa plata antes del mediodía, Andrade. Tu pequeño hijo no querrá perder al único padre que le queda.

Lo que siguió a esa celada fue asqueroso: Andrade hablando con el gerente del banco para que le entregara la suma en efectivo. Fueron necesarias cuatro maletas medianas para transportar semejante cantidad. El gerente, conocedor de ese proceder, solo se limitó a preguntarle si no le interesaba dejar una parte en un CDT. Andrade le dijo que alguien se había equivocado al consignar ese dinero y que debía devolverlo ese mismo día o su vida se vería amenazada. Sin creerle una sola coma, el gerente ayudó a que un par de funcionarios acompañaran a Andrade hasta su automóvil y Esteban salió del banco envuelto en la más grande vergüenza sin

saber qué hacer con esa cantidad. Lo habían embaucado con un acto de corrupción del cual ya era cómplice y del que más nunca podría salirse. Cuando estaba metiendo ese dinero en cuanto escondite encontró en la casa, recibió una llamada del ministro:

—Es solo un anticipo, Andrade.

Luego colgó y Esteban se puso a llorar de susto y por la profunda decepción que estaba sintiendo de sí mismo. Luego se fue a comprar una caja fuerte. Porque había perdido la coherencia, pero no la inteligencia.

VEINTICINCO

Sobre tatuajes y lealtad

Cansados de caminar, con sus pies lacerados, Gabriela y Mateo tuvieron que construir un cambuche y quedarse a vivir allí hasta que sus heridas sanaran. Su improvisado nido de amor quedó encallado en lo alto de un roble frondoso de tronco gigante y ramas fuertes. Duraron dos días armándolo con mediano entusiasmo. A la casa del árbol se accedía por una escalera chueca, elaborada con palos de manglar y amarrada con la vena que las ramas de palmera tienen en el lomo. No les quedó tan mal, pero tampoco tan bien. Lo importante es que funcionaba.

El reflejo de la luna sobre la playa mojada dejaba ver los innumerables huequitos por donde entraban y salían cangrejos muy pequeños, de un color entre rojizo y anaranjado. De repente, un gran remezón en el agua, a unos ochenta metros mar adentro, le hizo creer a Mateo en la presencia de una ballena. Gabriela le dijo que nunca se acercaban tanto a la playa por miedo a encallar y que ella creía que la temporada de aguas cálidas ya se había ido hacía tiempo.

—Puede ser un tiburón o algún pez más pequeño.

Entonces recordó la conversación que tuvo con Orlando, el tatuador del hotel y exclamó, muy segura:

—Si salimos de esta me tatúo una ballena.

El hombre no quiso comentar nada, pero soltó una sonrisa mientras batía la cabeza hacia los lados.

—Son lindas. ¿Te harías un tatuaje?

—Jamás… Recuerda lo que te dije en el restaurante de don Eusebio, la primera vez que te vi. No me gustan los tatuajes, todo lo que somos es de Dios. El cuerpo es prestado.

—También dijiste que solo se lo hacían bandidos criminales y gente nada que ver. ¿Te parezco una chica nada queque ver?

—Ya me disculpé. Pero sigo creyendo que la mayoría lo son.

—¿Por qué eres tan idiota, Mateo? —le preguntó ella con rabia, pensando cómo desbaratar el comentario—. Conozco gente maravillosa que tiene tatuajes. Es más, la gente más inteligente y libre que conozco tiene tatuajes.

—Qué casualidad, y yo no conozco a nadie que haya triunfado en la vida y que tenga tatuajes.

—Pero, por favor. No los conocerás tú, pero son miles. Todos los artistas famosos tienen tatuajes, los mejores deportistas del mundo. Entre los vikingos era una práctica cultural llevar uno… El tatuaje no determina ni el éxito ni el fracaso de una persona. Es solo un gusto, una elección de vida.

—No te imagino de 80 años con ese tatuaje todo arrugado.

—Descuida, don piel pura, no me verás a los 80. Jamás tendría de amigo tanto tiempo a un tipejo tan abyecto.

—Oye, ¿qué significa abyecto?

—Si tuvieras un tatuaje, a lo mejor lo sabrías.

Mateo quedó aburrido y apenado. Ella sonrío y empezó a dibujar en la arena, con una ramita, la ballena que se pensaba tatuar. El hombre se disculpó. Ella aceptó las disculpas, pero no perdió la oportunidad de sacar provecho. Lo miró a los ojos y le hizo una propuesta con un tanto de picardía.

—¿Y si prometemos que, si salimos de esta, ambos nos tatuamos una ballena?

Mateo prefirió guardar silencio. La propuesta era buena, pero pensó en Julieta y la manera como debía explicarle un tatuaje de los que tanto criticaba. Entonces Gabriela esgrimió un nuevo argumento que Mateo no pudo contrarrestar:

—Ese tatuaje podría ser lo único que nos quede de recuerdo de toda esta aventura.

—¿No nos volveremos a ver?

Largo silencio.

Entonces Gabriela empezó a borrar la ballena en la arena y respondió a esa difícil pregunta con una exhalación:

—Ni tú querrás dejar a Julieta y a las niñas, ni yo quisiera dejar a Esteban y a mi pequeño. Prometimos ser eternos. Cumplámosles.

—Es verdad, pero me gustaría volverte a ver. Extrañaré nuestras peleas.

—Tenemos que ser sensatos, Mateo. Sabes que eso no será posible. No quiero tener un amante. No quiero tener que esconderme en un baño para responder mensajes o llamadas. No quiero tener una doble vida. No quiero mentir mirando a mi marido a los ojos. No quiero vivir una mentira. Quiero ser la que siempre he sido. Una esposa leal, entregada a una causa que se llama planeta Tierra y a otra que se llama familia.

—Al menos una vez al mes —propuso el hombre en tono de súplica.

—No. Mi hijo no merece que su madre llegue en las noches a acariciarlo con las mismas manos que acariciaron el pene del amante de su madre, ni mi esposo merece recibirme con un beso en la boca después de haber tenido el miembro de otro hombre en mi boca. No. Me niego. Antes de hacerlo me separo. Esteban no merece mi deslealtad. Es un hombre excepcional. Y no es porque sea una mojigata. No creo en la monogamia. Pero sí creo en la ética. Si quisiera estar con más hombres en este momento le pediría a Esteban que tuviéramos una relación abierta. Pero no es lo que quiero.

—¿Y crees que es ético lo que hicimos? —preguntó él.

—No. Pero, sin ganas de justificarme… No lo pude evitar. Fue algo más grande que mi voluntad en ese momento. Entonces me cuestiono: ¿es deshonesto lo que nace?

—Entonces sepárate —exhaló Mateo con rabia.

—Estás loco —respondió Gabriela—. ¿Tú te separarías de Julieta?

—No podemos mentirnos, Gabriela. Aquí ha nacido algo —dijo tocándose el pecho—. Algo grande. Y no por negarlo dejaremos de sentirlo.

—Entonces responde. ¿Dejarías a Julieta por mí o solo estás buscando un juguetico extra?

Largo silencio que obligó a Gabriela a responderse a sí misma.

—¿Te das cuenta? No es fácil. Al menos yo no lo haré porque por mucho que me gustes y es algo que ya no voy a negar, nada es más grande que nuestras familias.

Mateo guardó silencio.

—Ahora sí respóndeme, te lo voy a preguntar por tercera vez: ¿eres capaz de dejar a Julieta y a tus gemelas por mí?

—No. Jamás lo haría. No porque no lo merezcas ni porque no te quiera. No lo haría porque también las amo, porque me necesitan y yo las necesito a ellas para ser feliz.

—Qué bello tú, cabrón. Digno representante de tu especie. Sepárate tú, pero yo no me separo porque me necesitan. Eres un maldito egoísta.

—No pienses mal. No quiero que seamos amantes. Solo quiero saber de ti, de vez en cuando. Quiero verte, aunque sea poco. Al menos por cámara. Entiende que me vas a hacer muchísima falta.

—Eso no será posible, Mateo. También te quiero. Como tú dices, no por negarlo voy a dejar de sentirlo. Pero esto nació silvestre, no lo buscamos, no es mi condición humana. Apenas salgamos de aquí lo tenemos que olvidar. No hay más alternativa. El otro camino es destruir a nuestras familias que nada tienen que ver en esto. Tu esposa y mi esposo que habrán sufrido lo indecible con nuestra desaparición, no lo merecen. Yo no lo haré.

Mateo agachó la mirada y ya no quiso discutir más sobre el asunto. Sin embargo, dejó entrever una tristeza que lo acompañaría el resto de la travesía.

Al final de la tertulia, cuando ya se sacudían la arena para trepar hasta su casa en el árbol, Mateo dejó sembrada una duda sobre el tatuaje:

—Si ese tatuaje se va a convertir en lo único que conserve de ti, prometo pensarlo.

—Un tatuaje tiene que nacer del alma. No tienes por qué forzarlo.

—Del alma me nace todo lo que te digo.

—¿Nos tatuaríamos la misma ballenita? —preguntó Gabriela con algún brillo en sus ojos—. Cuando tú la mires, piensas en mí; cuando yo la mire pensaré en ti como algo lindo que el universo puso en mi camino, temporalmente.

—Acepto —respondió Mateo mientras se acercaba a besarla. Sabía que esos serían los últimos días en que podría disfrutarla. Y a punta de besos la llevó hasta el árbol y lleno de lujuria la ayudó a subir por la escalera a la casa de madera, mientras magullaba sus nalgas con morbo. Al llegar a su casita en el aire, hicieron el amor con más ternura que deseo, hasta el amanecer. Ambos sabían que en cualquier momento encontrarían la salida o los encontrarían a ellos, y todo acabaría.

***

Esteban pasó la noche en vela. No porque su esposa estuviera haciendo el amor con otro hombre, cosa que ignoraba porque ya la daba por muerta o porque al menos ya se había resignado a su desaparición, sino porque su participación turbia en el negocio de la construcción del puerto de Tribugá lo mortificó sin descanso. Mirando la caja fuerte, sintió la llegada del día y de los primeros rayos del sol.

Cuando escuchó a su hermana en el trajinar diario de alistar a Samuel hasta sacarlo a la ruta, aprovechó su desvelo para ayudarle en algo. Se levantó y caminó hasta la cocina.

—Ayúdame a peinarlo —le gritó Flor Alba al verlo, mientras batía dos huevos con un tenedor.

Su hijo se puso muy feliz y corrió a abrazarlo.

—Hoy me toca cantar, papito —le dijo mientras se sentaba en sus piernas.

—Qué bien, mi amor. ¿Y qué vas a cantar?

—*Rin, rin, renacuajo*...

—Pero si eso no es una canción, es un poema de Rafael Pombo.

—Yo sé, pero el profe le puso música.

—Ahhh. Muy bien. ¿Y me vas a dar un adelanto?

—No —le respondió apenado.

Esteban lo abrazó muy fuerte y empezó a peinarlo. Luego le ayudó a dar el desayuno y posteriormente lo acompañó al bus escolar. Cuando el vehículo se alejaba lo imaginó en peligro y sintió miedo de perderlo. Muy mortificado entró a la casa, se arregló y salió hacia el ministerio con una determinación que no se le había visto nunca.

Al llegar a su oficina, más temprano que de costumbre, le dictó una carta a su secretaria y se fue a llevarla personalmente. Era tanto su afán de liberarse que la firmó por el camino. Al llegar se introdujo al despacho de su jefe sin anunciarse.

Al verlo, el ministro le increpó:

—La próxima vez se anuncia, Andrade.

—No habrá próxima vez, señor ministro.

Caminó rápido hacia su escritorio y puso sobre él, con determinación, su carta de renuncia.

—¿Qué es esto? —le preguntó sospechando de lo que se trataba.

—Mi carta de renuncia, señor. Es irrevocable, no voy más. Muchas gracias por todo, pero hasta aquí llego. Usted me dirá a dónde llevo el dinero. Ya lo retiré del banco. Con su permiso —dijo y empezó a caminar hacia la puerta para no darle tiempo a Román de pensar ni de decir nada que pudiera convencerlo de echar para atrás su decisión.

Pero el ministro se movió rápido y se atravesó en su camino, entre el escritorio y la puerta. Luego lo tomó por el cuello y lo obligó a sentarse:

—¿Hasta aquí llego? ¿Cree que es tan fácil, so pendejo?

—No quiero trabajar más aquí. No quiero participar de esos sobornos. No quiero ir a la cárcel. Quiero vivir mi vida tranquilamente. ¡Déjeme pasar! —exclamó tratando de abrirse paso de nuevo, pero una vez más Román lo detuvo. Esta vez con malos modales. Lo empujó al sofá de la oficina y le exigió que lo

escuchara. Le dijo que no se podía ir porque ya conocía del negocio. Que estaba participando gente muy poderosa, más que él y que saberlo era su condena.

—¿Los mismos que mataron a mi esposa? ¿Los mismos que mataron a Juana Perea?, ¿Los mismos que atentaron contra Sofía Galindo?

Un largo silencio se apoderó del lugar. Román caminó hasta su nevera y sacó una pequeña botella de whisky. La destapó y se la bebió de un sorbo. Luego le advirtió:

—Podré ser ladrón, Andrade, pero jamás matón. Y si he de matar a alguien, el primero serás tú porque te voy a decir una cosa. No, te voy a jurar una cosa… Abres la boca y eres hombre muerto. Nada ni nadie se va a interponer en mi interés de llegar a ser, en pocos años, el presidente de este país.

—No me importa lo que usted quiera llegar a ser —dijo Esteban —. No quiero ser un corrupto y nadie me puede obligar.

—Entiéndalo —le repitió con énfasis—: ya no se puede ir, Andrade. Y aquí el planteamiento ya no es "o come uno o comen todos", no señor. Ahora estamos: "o comen todos o mueren todos".

Esteban se quedó pasmado. Las palabras de su jefe retumbaron con fuerza en sus oídos.

—¿Me está amenazando, señor ministro?

—Pero por supuesto, cabrón de mierda —exclamó Román sonriendo y aplaudiendo al mismo tiempo. Luego agregó con sarcasmo—: No sabe cómo me alegra saber que se está volviendo inteligente, Andrade. Y ya que lo entiende —le dijo acercándose a su cara— se lo repito para que le quede aún más claro: ya está untado. No se puede ir. Hay muchos millones de dólares en juego y no vamos a dejar ruedas sueltas. Lo de las películas es cierto, Andrade. Usted no quiere un hijo huérfano de papá y mamá, ¿verdad?

—Con mi hijo no se atreva, doctor Román. Tampoco he matado a nadie, pero le juro que si me toca lo hago.

—Entonces no se meta con nosotros, Andrade.

Esteban se quedó atónito. Sus manos sudaban copiosamente. Supo que su moral había muerto en ese instante. De nada valían ya los remordimientos ni los arrepentimientos. Como le acababa de

decir su jefe, ya estaba untado hasta los tuétanos y le tocaba seguir hundiéndose en el fango so pena de morir. Sin embargo, quiso hacer un último intento para desligarse del ilícito:

—¿Y qué pasa si me quedo y participo y ayudo en lo que quieran, pero no recibo la coima?

—No nos sirve, Andrade. O comemos todos o todos morimos. A mí nadie me garantiza que el día de mañana usted sufra otro ataque de culpa y salga a delatarnos a todos. No, señor. ¿O que la Fiscalía indague por el dinero y usted termine cantando para salvarse con un principio de oportunidad? No, señor. Ya está metido en esto hasta el cuello, doctor.

—Yo le juro por mi hijo que nunca diré nada.

—Puede jurar por su santa madre, Andrade, o por su esposa muerta. Lo único que nos garantiza su silencio es un video como este —le advirtió sacando su celular del bolsillo interno de la chaqueta. Al momento buscó un video y se lo enseñó. Se veía un hombre recibiendo un fajo de dinero que, rápido y con susto, guardaba un maletín. Esteban quedó aterrado.

—¿Rogelio Daza? —preguntó incrédulo.

—Rogelio Daza —confirmó el ministro.

—No puedo creerlo. Conozco a Rogelio, es el hombre más íntegro y honrado que conozco…

—Era —interrumpió Román esbozando una sonrisa y repitió—: Era.

—No quiero estar en un video como el de Rogelio Daza, no. Prefiero la muerte. Yo me voy, ministro. Haga lo que quiera. Y no intente detenerme más o empiezo a gritar.

—Qué ingenuo eres, Andrade. Tu video ya existe y es más impresentable —exclamó con cinismo el ministro mientras le mostraba a Esteban un video en el que se le veía saliendo del banco con cuatro maletas que luego transportaba hasta su auto.

—No se ve que sea plata.

—No. Tienes razón. Eso solo se ve en los registros del banco que pedirá la Fiscalía si se llega a destapar todo.

Aterrado, Esteban se deshizo del ministro y trató de ganar la puerta con gran decisión, pero Román lo detuvo para advertirle:

—No es usted el que sufrirá las consecuencias, Andrade. Será su hijo.

En ese momento el mundo se derrumbó. Entendió que no tenía salida. Recordó su visión del bus alejándose mientras sentía el peligro latente sobre su pequeño Samuel. El ministro leyó en su rostro la claudicación y se adelantó a confirmarla:

—Esto no es un juego, Andrade. Ya está dentro. Ya está untado. Respire profundo y hágase a una idea: "Va a ser rico. Punto". No dañe la felicidad de su hijo ni la suya. Ahora, váyase tranquilo. Todo va a salir bien.

Le dio dos palmaditas en el hombro y le abrió la puerta. Esteban salió destrozado de ese lugar. La secretaria leyó en su rostro lo mismo que había leído en el rostro de otras personas el tiempo que había acompañado a Román en sus diferentes cargos. La mujer apretó los labios con amargura y siguió en sus labores moviendo la cabeza hacia los costados.

***

Una semana después, mientras Julieta terminaba de recorrer Perú con sus clientes y mientras los contratistas colombo españoles anunciaban en rueda de prensa la multimillonaria demanda a la Nación por el retraso en el inicio de las obras del puerto de Tribugá, Gabriela y Mateo reemprendieron el viaje apenas el sol asomó por el este de la casita improvisada. Las heridas de sus pies ya habían sanado. Y aunque les costó mucho trabajo abandonar su casa en el árbol, el mejor refugio que habían tenido desde la desaparición, lo tuvieron que hacer. Las ganas de regresar eran mayores que sus apegos. Sin embargo, antes de partir, Mateo quiso escribir algo en un árbol, pero Gabriela se opuso:

—Ellos sienten. No puedes hacer eso.

—Es un tatuaje nada más. ¿No que te gustan? —respondió el hombre, dejando sin defensa a la mujer y empezando a escribir las iniciales de sus nombres dentro de un corazón.

—¿No se te pudo ocurrir algo más cursi?

—Cursi, pero aquí permanecerá por décadas, hasta que a alguien se le ocurra construir un hotel en esta zona.

—¿Un hotel? Por Dios. Por qué no te callas, mejor. A todo le sacas negocios.

—Todo en la vida son negocios. Tatuarnos la ballena será un negocio.

Empezaron a caminar sin dejar de mirar atrás, cada tanto, hasta que la casa y el árbol desaparecieron de sus vistas. Sintieron nostalgia, pero estaban resueltos a encontrar el camino de regreso a sus casas sin importar el tiempo ni la distancia. Hablaron tanto los días previos que ya se les habían agotado los temas. Solo les quedaban las miradas y alguno que otro comentario nuevo por la aparición de una concha de colores vistosos, la presencia de algún ave exótica o el esqueleto de un animal. Sus pies ya no estaban descalzos. Mateo consiguió fabricar unos zapatos con el cuero de algunos animales que encontraron muertos y que cosió con unas fibras extraídas de algunas plantas que luego puso al sol. Sabían que no les iban a durar mucho tiempo, pero ya sabían hacerlos. No tendrían problemas en fabricar los pares que fueran necesarios.

Caminaron cinco horas bajo una llovizna constante. Sus prendas de vestir rudimentarias y las alpargatas que fabricaron con materiales naturales les daban un aspecto cavernícola.

Al día siguiente caminaron seis horas más y, al siguiente, otras ocho. La constancia rindió sus frutos. Al cuarto día, luego de tres horas de caminata, encontraron sobre la playa un fogón de leña y los vestigios de un nutrido paseo de humanos. Había cáscaras de plátanos, botellas plásticas de bebidas gaseosas de una marca colombiana, sobras de comidas, huesos de gallina y hasta un juego de baterías, seguramente descargadas. Pero lo más esperanzador era una columnilla insípida de humo que salía del fogón. Significaba que el paseo había tenido lugar apenas horas antes. Se abrazaron, se llenaron de felicidad al ver salir el sol por segunda vez ese día, y las fuerzas de sus piernas volvieron a renacer. Ahora debían descubrir por dónde se habían ido los humanos para seguir su rastro y así llegar a un pueblo desde el cuál poderse comunicar.

—No será difícil adivinarlo —opinó Gabriela. Se nota que son personas inconscientes. Seguramente habrán dejado un reguero de botellas plásticas y de basura a lo largo del camino.

Tenía razón. Siguiéndoles el rastro encontraron pepas y cáscaras de mamoncillo, tapas y envases de bebidas, huellas de zapatos y algunas de motocicletas, y hasta un pañal usado de bebé. Y mientras más avanzaban más sus corazones se llenaban de sentimientos encontrados por lo que pudiera pasar con sus vidas en la civilización. Por todo el camino, avisando del peligro que significaba perderse en aquella jungla, encontraron prendas amarradas a las ramas de los arbustos. Un pañuelo, un sostén, una media, una camisa rota, cualquier pedazo de tela o de plástico. Cada cierta distancia había algo que servía de seña para que otros no se extraviaran. A medida que avanzaban, un nudo en las gargantas de ambos les impedía tragar saliva. Estaban inmersos en un estado de euforia contenido que no les permitía siquiera pensar.

Motivados por la posibilidad de volver a sus vidas de antes, caminaron y caminaron sin descanso por caminos fangosos, difíciles. A veces entre bosques de árboles tan altos y tan frondosos que parecían rascacielos atajando el sol. A veces por colchones de hojas que les impedían caminar con fluidez, a veces por pantanos tan profundos en los que sus piernas se hundían hasta las rodillas y, en ocasiones, hasta el cuello. A veces evitando una serpiente o un enjambre de moscas gigantes. El hecho es que de pronto los rastros de humanos se perdieron en la orilla del río Tampavadó.

Imaginaron que el grupo había atravesado el río en alguna embarcación, pero el caudal no les daba confianza como para atravesarlo a nado.

—Tenemos que cruzar ese río si queremos seguir el rastro.

—No sabemos si lo atravesaron o si solo cogieron río abajo, o río arriba en una embarcación —opinó Gabriela.

Muy aburridos, se tomaron un descanso para decidir entre tres opciones. Atravesar el río, seguir ribera arriba o continuar ribera abajo. Decidieron esperar la noche y tomar una decisión en la mañana, esperando con alguna fe que apareciera otro grupo.

Nadie volvió a pasar por allí en dos días.

Imaginaron que era un día cercano al fin de semana, porque Mateo opinó que esos "paseos de olla" suelen ser dominicales. Les quedaba entonces la opción de esperar cinco días más, a ver si el domingo siguiente volvía otro grupo a cocinar con leña en la playa.

Fue lo más inteligente que se les antojó. Con toda la experiencia acumulada construyeron con rapidez un cambuche que los alejara de los zancudos y los animales, y pasaron los días recolectando frutos, dándose besos y fabricando nuevas prendas y nuevos zapatos.

Cerca del río, colocaron una estaca por cada día vivido a fin de no confundirse de día domingo. Con tan mala suerte que una lluvia torrencial produjo una fuerte crecida del río y las marcas desaparecieron. Aun así, no les fue difícil calcular los días allí vividos, pues hicieron cuentas de las veces que hicieron el amor. Al final reemplazaron las estacas por rayas sobre el tronco de un árbol.

Llegado el que calcularon era domingo, se pararon en la orilla. Pasaron horas enteras, sin pestañear, esperando ansiosamente. Pero llegó el ocaso y nadie apareció. Tal vez el paseo era mensual o anual. Entonces se desesperaron, lloraron de rabia e impotencia y decidieron caminar ribera abajo, es decir, en dirección a la corriente del río.

VEINTISÉIS

El nido de ratas

El entramado de corrupción que se llevó a cabo para que el consorcio colombo español pudiera extender la vigencia de la concesión de 30 a 50 años es digno de enmarcarse en el libro de los crímenes perfectos. Además de maestría y sofisticación, lo que estos actos demostraban era la larga experiencia de los autores del ilícito en estas lides de componer entuertos, poner de acuerdo a los bandidos, sacar el dinero a paraísos fiscales, eliminar a los que incomodaban, saltarse la ley como quien masca un chicle, reconocer a los sobornables, entrampar a los incorruptibles y pasearse con total impunidad por todo el código penal sin dejar huella y sin sonrojarse y, lo que es peor, haciendo que la prensa los exaltara, el público los aplaudiera y la historia les deparara unas páginas en sus libros.

Después de la rueda de prensa en la que anunciaron la demanda contra la nación por los perjuicios que se estaban causando por la demora de más de quince meses en el inicio de las obras del puerto de Tribugá, un tribunal de arbitramento llamó a las partes a conciliación. Las pretensiones del consorcio eran tan elevadas que cualquier arreglo hubiera sido aplaudido por la prensa y por la ciudadanía, aunque nadie sospechara que todo estaba concebido así, premeditadamente, cuando en la demora de la licencia vieron la

oportunidad de alzar reclamos. Es por eso que la licencia ambiental firmada por Esteban en calidad de director de Licencias Ambientales fue engavetada por Román en su escritorio porque cuando llamó a los contratistas a contarles que ya la tenía, estos le comentaron lo que tenían en mente para aprovecharse de la demora, y Román decidió guardarla hasta nueva orden.

Los dos mil millones de dólares que pretendían ganar los demandantes fueron canjeados en la conciliación por el aumento de 20 años en la vigencia de la concesión. Dos de los tres miembros del tribunal estaban previamente arreglados, por lo que el fallo de primera instancia no tuvo problema alguno. Cada magistrado recibió un millón de dólares. La mitad en efectivo, dentro del cilindro de unas lavadoras nuevas que un camión de encomiendas dejó frente a sus casas, y la otra mitad les fue consignada en Panamá.

No obstante, la ratificación de ese fallo correspondía a una corte de casación. En dicha corporación, era necesario persuadir a cuatro de los siete magistrados para lograr las mayorías requeridas. Y aunque para esta instancia la tarifa era mucho mayor, dos millones de dólares para cada uno, la situación fue más complicada porque solo habían logrado persuadir a tres de los siete magistrados. Faltaba una semana para la votación y debían apresurarse a conseguir el cuarto voto para alcanzar la mayoría, que era el de un magistrado con fama de impoluto, a quien resultaba muy difícil torcer.

Pero para Román en cuestiones de corrupción nada era imposible. Decía en las reuniones que todo el mundo tenía un precio y que la moral de los jueces era tan elástica, que se estiraba de acuerdo a los ceros que tuviera la cifra. Pero nunca actuaba directamente. Era bastante sigiloso y jamás dejaba rastros de sus delitos. Para eso tenía a Augusto Rey, un asistente muy eficiente. Rey era un corrupto simpático que había nacido con el don de convencer a todo el mundo por las buenas o por las malas. Eran muy famosas las fiestas en su lujosa casa, que nadie sabía cómo consiguió cuando apenas diez años atrás se movilizaba en taxi o en bus urbano. Lo que sí suponían todos era que, si el asistente del

senador Román era multimillonario, el senador debía ser billonario. Y no se equivocaban.

El senador Román había descubierto que los vicios y las debilidades humanas de sus enemigos eran sus mejores armas para lograr lo que se proponía. Por eso, cuando uno de los cuatro magistrados cuyos votos necesitaban para ratificar el acuerdo fallado por el tribunal se rehusó a recibir el soborno, solo tuvo que ir a un extenso archivo que llamaba "pasaportes", y bajar en una memoria USB el video que habría de cambiar el sentido de ese voto en menos de 30 segundos.

Al día siguiente, el "intachable" magistrado recibió el *pendrive* en su despacho, de manos de su secretaria, pero no le dio mucha importancia y lo dejó en la bandeja de "pendientes". No pasó un minuto antes de que a su celular entrara una llamada. Era Rey con voz pausada, tranquila:

—Su señoría, dentro de esa memoria USB que le acaba de entregar su secretaria va un regalito para usted o para la prensa nacional, usted decide.

El magistrado colgó muy asustado y corrió al baño con su computador portátil. Conectó la USB al ordenador, se sentó en la tapa del inodoro y se puso a mirar lo que contenía la memoria. Oh sorpresa… En el video se veía al magistrado considerablemente ebrio, teniendo sexo con un jovencito menor de edad en una de las habitaciones de la lujosa casa de Rey. Muy sorprendido y acongojado, el magistrado se llevó las manos a la cabeza y solo atinó a decir con voz muy tenue:

—Muchos hijueputas.

La votación en la Corte quedó cuatro a tres en favor del consorcio colombo-español. Para salvar el honor y despejar dudas, los cuatro magistrados le pidieron a Román que les permitiera un pequeño triunfo al bajar de 50 a 45 años el tiempo de la concesión.

Así lo hicieron y todos quedaron contentos. La prensa elogió el arreglo, la opinión pública agradeció que la nación no tuviera que pagar esa inmensa demanda, los magistrados corruptos llenaron sus bolsillos, los contratistas aseguraron 45 años de explotación del puerto y la mafia, que estaba detrás de todo esto, a la cabeza de

Leonidas Román siguió amasando inmensas fortunas para asegurar el triunfo de todos sus secuaces en las campañas al Congreso. Un adefesio maligno como Román ya completaba fácilmente más de cien millones de dólares en comisiones en menos de diez años, suficientes para ganar, sin problema alguno, cualquier campaña parapara la Presidencia de la República.

Solo Esteban quedó desolado al ver cómo funcionaban "las cosas" en la política y decidió, en uno de esos arrebatos éticos que le daban muy a menudo, sobre todo cuando recordaba a Gabriela, empezar a desbaratar esa mafia que lo había envuelto dentro de su espiral incontenible. Se comunicó con un senador de la oposición, que fama tenía de correcto, y le empezó a mostrar las pruebas de todo el proceso. El senador de apellido Botero le sugirió que debía interponer la denuncia respectiva en la Fiscalía, pero Esteban fue claro. No se pueden enterar que estoy detrás de las denuncias o me asesinan.

Desde entonces empezaron a manejar todo con mucha discreción.

Las huellas del odio

Gabriela y Mateo anduvieron por estepas, pantanos y ensenadas durante varios días sin encontrar rastro de vida humana. Decenas de horas avanzando en un espiral que varias veces los condujo al mismo lugar, sin que se dieran cuenta. Eran jornadas inhumanas por entre una jungla áspera, espesa, de atmósfera húmeda y asfixiante, abriendo caminos inciertos entre epífitas, musgos y bromelias; luchando a piel limpia contra palmas espinosas como la chirca o arbustos urticantes como la pringamoza, y siempre bajo un sofoco tormentoso que los hacía sudar como caballos de carreras.

De repente se sentaban a descansar y terminaban apreciando espectáculos naturales de inigualable belleza como un ejército de colibríes disputando el néctar de las flores a las abejas; o dos ranas kokoi de vistosos colores peleándose el territorio a gritos estridentes.

Se enfrentaron a animales salvajes, a saltamontes de tamaños superlativos, a murciélagos enormes, a hormigas gigantes, a insectos de antenas tan largas como látigos, a ranas de colores bellísimos pero venenosas y a otros animales más conocidos como las tarántulas y las serpientes, y escucharon el rumor de casi dos mil especies de aves que amenizaban o ensordecían las madrugadas, dependiendo del estado de ánimo de los caminantes.

En las noches tuvieron que trepar árboles para descansar tranquilos sin la amenaza de una rata, una legión de hormigas coloradas o un jaguar hambriento. Los pobres tenían sus cuerpos y sus rostros tan picados por los zancudos que las ronchas los hacían parecer constelaciones de estrellas rojas.

Solo los salvaba el amor. El recuerdo de sus parejas, de sus hijos, la ilusión de volverlos a ver. Solo los salvaba la piel del otro. No pocas veces lloraron acariciándose los genitales como única salida a las angustias existenciales que estaban viviendo.

Villa Óscar

Hasta que un día, con la esperanza casi perdida y la fe bastante envolatada, vieron a lo lejos la dichosa luz al final del túnel. A unos doscientos metros, con el resplandor del mediodía, divisaron unos techos de palmiche que les hizo retumbar el corazón como pasos de elefante. Era tanta la espesura del bosque que tardaron más de una hora en aproximarse al caserío.

Al acercarse, vieron una explanada con dos arcos para jugar al fútbol, hechos con piedras, y al fondo varias malocas construidas sobre el agua y sostenidas por pilotes de madera. Se adentraron con angustia, pero con cautela en el caserío; con la ilusión de encontrar a alguien que los visibilizara ante el mundo. Fue tanta la ilusión que hasta alcanzaron a despedirse. Un abrazo largo y lastimero y sin palabras sirvió para que cada uno tuviera claro que, a partir del regreso a la vida civilizada, sus vidas volverían a ser de quienes eran antes de partir a Nuquí en septiembre del año anterior.

—¡Gracias! —se dijeron casi al tiempo y en coro antes de abrazarse como amantes, la última vez. Lloraron un poco de dicha, de dolor, de alegría, por lo que fuera y se metieron al caserío a anunciarle al mundo de su supervivencia.

Pero la luz del túnel era falsa, una ilusión… estaba apagada. Era una comunidad desierta. No había rastro humano. Ingresaron con desconsuelo a cada una de las chozas y no encontraron vida. Buscaron en los alrededores y nada. Solo encontraron rastros de sangre, destrucción, utensilios en el piso, huellas de botas, casquillos de balas, un bracito de muñeca, una barca desbaratada a hachazos. En un aula de clases, destechada tal vez por una explosión, encontraron varios pupitres volteados e incinerados y, en una de las paredes, un tablero verde donde se podía leer con tiza blanca, a punto de volverse ilegible, un letrero que decía: "Solo la muerte garantiza la paz, Att.: Autodefensas Gaitanistas".

La guerra había pasado por allí antes que ellos.

—¡Gaitanistas! ¡Qué insulto a la historia —alegó Gabriela—, como si Jorge Eliécer Gaitán hubiera sido matón y narcotraficante!

—Ya no están —dijo Mateo.

—Parece que los mataron a todos.

—O se fueron… —respondió Mateo.

—No se fueron… Los desplazaron —aclaró Gabriela con las lágrimas haciendo fila para saltar de sus ojos.

—Por algo sería —opinó Mateo encendiendo una nueva guerra en ese lugar.

—¿Qué insinúas? —preguntó Gabriela con evidente molestia, tal vez sabiendo la intención que tenía cada sílaba de su compañero de travesía.

—Que a nadie le hacen esto por estar quieto.

—¿Qué dices, estúpido? Por los rastros que veo eran indígenas. ¿Entiendes eso? Gente que está aquí hace miles de años. Esta tierra es de ellos.

—Del que sea, pero se la buscaron. A lo mejor apoyando guerrilleros.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Eres de los que va condenando sin juicio previo?

—Según la sigla, fueron las Autodefensas Unidas de Colombia las que estuvieron acá. Si lo hicieron es porque se enteraron de algo.

—Eres un imbécil. No sabes nada del país donde vives porque vives concentrado en hacer billete. Para tu conocimiento, si los indígenas apoyan la guerrilla con alimentos, los paramilitares los vuelven enemigos. Y si "ayudan" a los paramilitares, ayuda entre comillas porque siempre lo hacen bajo amenazas, entonces se vuelven enemigos de la guerrilla. Así que deja de inventar pendejadas. Ellos solo son víctimas de una guerra fratricida que nos consume hace décadas. ¿Entendiste? Ellos estaban aquí hace quinientos años cuando llegaron los españoles a exterminarlos. Vivían felices, vivían tranquilos. ¡Y ahora el blanco los sigue exterminando!

Mateo se silenció para no incrementar el conflicto.

Rescataron lo que pudieron para continuar la travesía. Zapatos viejos tirados por doquier, ropa de mujer de vistosos colores, un cuchillo ensangrentado que limpiaron a la orilla del río y una hamaca que, aunque en mal estado, podían arreglar para pasar las siguientes noches.

En ese caserío, que se llamaba Santa Marta, pasaron la noche, con miedo y con el alma partida. Gabriela sintió tanta impotencia que no tuvo más remedio que desahogarla con un llanto que tardó horas en desaparecer. Imaginó a los niños corriendo aterrorizados y a sus padres tratando de protegerlos. Imaginó el rostro de maldad de sus verdugos y se preguntó varias veces si la barbarie tendría fin algún día. Miraba con rabia a Mateo buscando en su rostro respuestas y, ante su mirada incólume, su falta de empatía, terminaba respondiéndose a sí misma:

—No. Con gente como tú… Esta guerra inmunda jamás tendrá fin.

Al día siguiente, luego de agarrar machetes, cantimploras y cuanto utensilio pensaron pudiera servirles, se alejaron lo que más pudieron de ese tenebroso lugar. La tristeza de Gabriela sucumbió cuando tuvieron que pasar por un túnel de árboles, como de medio kilómetro, que no dejaban penetrar un solo rayo de sol. Allí el día parecía noche y la noche, tinieblas.

Pero el soberbio espectáculo era tan solo una ilusión. Bajo ese túnel natural de árboles frondosos que se enredaban con sus ramas, unos con otros, solo había un camino de tierras movedizas. El barro se les adhería a los pies, a las manos, a la cara y varias veces les robó los zapatos. Tenían que buscarlos a tientas con el lodo en el cuello. Cada paso les hacía esforzarse demasiado para despegar las piernas del barro. Fue como un recorrido en cámara lenta que les quebró la fuerza física y los dejó embadurnados hasta el cabello y sin alientos en las piernas para continuar el viaje.

Los alcanzó la noche y la jungla se tornó miedosa. El verde de los árboles se volvió negro y daba lo mismo transitar el camino con los ojos cerrados que con los ojos abiertos. Sintieron que sus cuerpos flotaban mientras sus olfatos se agudizaban y los sonidos se tornaban más nítidos y fuertes. Ranas, grillos, cigarras, búhos gritaban sin cesar, a veces en coro, a veces alternándose. El miedo de no saber dónde estaban parados les hizo caminar casi toda la noche. Con los primeros rayos del sol pudieron ubicar un lugar donde dormir la mañana entera, pero gracias a las opiniones de Mateo sobre la culpa de los indígenas por sus desgracias, las cosas no volvieron a ser iguales.

El lugar era una especie de cementerio de árboles derribados, pero no supieron si por el hombre o por alguna tormenta. Con los cadáveres de cuatro guayacanes gigantes, que por su tamaño más parecían sembrados por la imaginación, armaron otra casita y la protegieron con matorrales tapizados de espinas para protegerse de los depredadores. Colgaron la hamaca, la repararon y se dejaron caer sobre ella sin un solo aliento. Allí pasaron la mañana entera, pero sin abrazarse, olvidados de sí mismos. Y estaban tan cansados de batallar contra el planeta que ni siquiera sintieron las tres lloviznas que cayeron sobre sus cuerpos durante toda la mañana. Pasado el mediodía despertaron hambrientos y con ganas de seguir. Para ese momento ya habían perdido todo el sentido de la ubicación y del tiempo. Ya ni sabían hacia dónde estaban caminando.

Tres días después, cansados de andar sin rumbo, cansados de buscar una salida, cansados de estar cansados, cayeron de rodillas, se giraron hacia el sol, sin una gota de fuerza en sus piernas, con

sus cuerpos rayados por la manigua y sus rostros percudidos por el lodo, y decidieron parar. Convencidos de que la esperanza estaba perdida, se dejaron caer de bruces contra el mundo. Decidieron entregarse, dejar de buscar un camino y establecerse en ese lugar hasta que alguien pasara por allí. Deforestaron una pequeña área y allí en el centro construyeron una casita de una sola habitación y un espacio que pidió Mateo para organizar un altar para orar a la virgen de la Candelaria, de la cual era devoto. También dejaron un espacio para las investigaciones de Gabriela y una letrina para dignificar el lugar.

Reinventaron la tinta para escribir a partir de la savia de algunas plantas y hasta tuvieron tiempo de adornar el lugar con plantas ornamentales: helechos, líquenes y matas con flores que ambos conseguían en la selva. Con maderas extraídas de árboles caídos, porque Gabriela no permitía cortar una sola rama de árbol viviente, armaron una despensa y la llenaron con cuanto alimento encontraron a fin de asegurar la comida de varios días, en caso de que volvieran los diluvios.

Allí vivieron medio en paz y resignados cerca de 27 días y 28 noches. Poco a poco la rabia de Gabriela fue cediendo y la pareja volvió a sentirse. Se amaron al debe, ya sin remordimientos, y ensayaron todo tipo de recetas para alimentarse mejor. No en pocas ocasiones terminaron intoxicados con plantas venenosas como el guaritoto, el paují o el cucaracho. Todo era ensayo y error.

Entre resignados y felices, Mateo y Gabriela contemplaron, por momentos, la idea de echar raíces en ese lugar. Hasta que un día vieron pasar una lancha con varias personas que alumbraban con linternas el cauce del río.

Muy ilusionados se acercaron a la ribera para gritar que estaban ahí, pero unas ráfagas de ametralladora los hicieron correr despavoridos del lugar. Los hombres no tuvieron tiempo de alcanzarlos, pero esa escaramuza les notificó que dentro del aparato viajaban varios hombres armados, a lo mejor de alguno de los grupos guerrilleros o de narcotraficantes que dominaban esa zona.

Muy aburridos decidieron que si esa embarcación estaba transitando río arriba era porque había salido de algún lugar río

abajo. Empacaron con afán la comida recolectada, las prendas manufacturadas, se despidieron del pueblo que fundaron y al que llamaron Villa Óscar, en honor al lanchero de la Carmen Rosa, y partieron de madrugada, decididos como nunca a encontrar la salvación o a morir en el intento.

VEINTISIETE

Hijos del agua salada

Dos días después, luego de atravesar a nado el río por el lugar más estrecho que encontraron en todo el trayecto, descubrieron un camino de herradura con muchas huellas de suelas de zapatos calzados por humanos. Las siguieron sigilosamente durante un buen rato. Parecían botas. Al principio pensaron que eran del ejército, pero luego, analizando el dibujo de las pisadas, concluyeron que las huellas eran muy heterogéneas, quizás de varias marcas, y especularon sobre la posibilidad de que fueran de miembros de algún grupo ilegal.

Cuando ya el cansancio los puso a pensar en acampar para pasar la noche, Mateo subió un pequeño montículo en busca de ramas secas para fabricar una nueva casita y desde allí divisó algo que le cortó el aliento. Se quedó perplejo mirando hacia ese algo que le estaba indicando el final de la travesía. Ese algo le proyectó la película de su vida en las próximas semanas. Se vio feliz al lado de su esposa y sus dos pequeñas, se imaginó dando entrevistas de náufrago sobreviviente y alcanzó a sentir desespero por la ausencia de Gabriela.

Sintió tanto miedo de aquello que miraba con tanta nostalgia, que por un momento pensó en no compartir el descubrimiento con su compañera de viaje y pedirle que se alejaran de allí lo más pronto

posible. Pero no alcanzó a pensar la trampa. Gabriela se acercó, fue atraída por esa cara de perplejidad que Mateo no pudo disimular. Cuando se posó junto a él dirigió la mirada hacia donde él la tenía fija y ante sus ojos se materializó la esperanza. Entonces divisaron a lo lejos los techos de palmiche de un grupo de ranchos, que jugaban a pasar de incógnitos entre grandes arbustos. Estaban a salvo. Esa era la noticia que Mateo no podía procesar. A diferencia de la vez anterior, supieron que en este poblado sí había vida, pues de algún punto se elevaba una columna de humo propia de un fogón de leña.

En menor medida, Gabriela también sintió el frío del adiós y sus sentimientos se trocaron de igual forma. Imaginó a su hijo abrazándola junto a su esposo. Pero luego miró la tristeza en el rostro de Mateo y la euforia se convirtió en desazón. Ambos se miraron con desconsuelo durante un largo rato, como queriendo borrar del paisaje aquel caserío, pero les pudieron más los sentimientos por sus familias y sus miedos a enfrentar un problema que no necesitaban.

Entonces se abrazaron durante largo rato, como en una especie de duelo colectivo y al cabo de los minutos rompieron el silencio con un beso y un par de frases:

—Nuevamente gracias —exclamó Gabriela, que reconocía estar viva gracias a que su compañero la había animado en los peores momentos, y hasta la había obligado a alimentarse a la fuerza.

—Gracias a ti por enseñarme tanto sobre este planeta. Nada volverá a ser lo mismo a partir de ti.

—¿Solo por eso…?

—No lo quería decir por respeto con nuestras parejas, pero… Al diablo la moral en este momento. Gracias por tu amor, por tus besos, por tu cuerpo, por tus caricias… Por tu vida… Me siento enamorado de la vida a través de ti, Gabriela.

Gabriela se aferró a él y ambos lloraron. Era un amor extraño el que sentían pues, a pesar de querer seguir juntos, anhelaban al tiempo ver a sus parejas. Los hijos tenían un peso enorme en esa decisión. Minutos después aterrizaron en su realidad, se limpiaron las lágrimas y empezaron a caminar hacia el caserío. Mateo abrigó la malvada esperanza de que ese pueblo diminuto también estuviera

desolado como lo estaba el caserío Santa Marta. Pero pronto midió las consecuencias de ese deseo, imaginó la destrucción de vidas y de sueños y sintió vergüenza de su pensamiento.

Se afanaron en llegar a aquel lugar sin saber de dónde les surgía tanta energía. Lo cierto era que a los pocos minutos se encontraron con otro afluente, el río Juradó, que al estrellarse con el río Tampavadó, formaba una "Y" donde justo estaban construidas las trece malocas de la comunidad de Dos Bocas.

***

A las afueras de ese pequeño poblado de viviendas redondas, construidas sobre pilotes como de metro y medio de altura, con techos cónicos fabricados con hojas secas de palma, había una lancha amarrada a un muelle rústico. Mateo y Gabriela decidieron ser prudentes antes de mostrarse, esperar un poco para averiguar qué tipo de personas habitaban allí. A los pocos minutos, agazapados tras frondosos arbustos que rodeaban el caserío, vieron pasar un perro. Sonrieron como dementes por esa prueba inequívoca de estar cerca de la salvación. Pero media hora más tarde, al ver que no aparecían rastros de vida humana, a pesar de ser las tres de la tarde, decidieron actuar. Lo hicieron con sigilo.

No había nadie. Esta aldea también estaba desolada. Algunos metros a la derecha vieron un pequeño colegio, semidestruido del que colgaba un aviso que decía Colegio Agroambiental Armando Achito Lubiasa. Se asomaron y solo vieron rastros de desplazamiento. Colchonetas arrumadas, restos de comida, ollas tiznadas por el carbón, cobijas rotas.

Se miraron con impotencia y desconsuelo. Mateo volvió a sentir vergüenza por haber deseado hacía unos minutos que las casas no estuvieran habitadas y pidió perdón al cielo. Gabriela se veía tan afectada que Mateo sintió su necesidad de un abrazo. Antes de corresponderle, ella le preguntó:

—¿Culpa de los habitantes también?

—No lo sé.

—Entonces, si no lo sabes, te suplico que no vuelvas a hacer comentarios estúpidos o hasta aquí llegamos. No puedo estar con un hombre que no me despierte alguna admiración.

Mateo solo se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Qué cosas malas pueden hacer ellos para merecer el destierro? ¿Por qué esta gente es tan mala? ¿Por qué no los dejan en paz si de ellos eran estas tierras antes de que los españoles llegaran…?

Belisario

No habían recorrido más de veinte pasos cuando escucharon una voz que les pareció irreal. Era una voz ronca a la que se le notaba el engruese de los años. Era la voz de la experiencia, la voz gutural de una selva tupida, la voz del fumador ancestral de tabaco, la voz del abuelo Belisario, un hermano mayor de la tribu Emberá, un chamán conocido en esa región como jaibaná.

A los recién llegados les llamó la atención que, aunque conservaba varios accesorios de la indumentaria indígena autóctona, tenía puesta una camiseta de franela con la fotografía del presidente de la República de cuando estaba en campaña. Bajo la foto del personaje había un eslogan bastante mentiroso y paradójico: "El futuro es de todos".

Al verlo, con su cabellera grisácea y larga, su mirada cansada, sus collares hechos de semillas y colmillos de jaguar, sus pulseras adornadas con chaquiras y sus vestimentas alegres, Gabriela y Mateo se acercaron a él muy esperanzados. Era la primera persona distinta que veían en meses, la primera con la que podían conversar. A simple vista parecía inofensivo.

Tenía 86 años, pero parecía más antiguo que viejo y su edad se contaba en crecientes del río. Tenía la piel quemada y surcada por arrugas que no parecían heridas del tiempo sino caminos: unos profundos como grietas del alma y otros finos como quebradas buscando un río para descargar sus aguas. Tenía los ojos pequeños,

pero tan atentos que parecía escuchar con ellos. No tenía arrugas inútiles, al parecer, todas querían contar algo. Una historia, un sufrimiento, un aprendizaje. Arrugas que guardaban secretos de la selva que ni la muerte se atrevía a borrar.

—¿Está bien, señor? —le preguntó Gabriela con buenos modales y consideración.

Belisario los quedó mirando a los ojos y, luego de un rato de silencio, respondió:

—¿Ustedes qué creen? En un mundo de apariencias vale más lo que se percibe que la verdad.

—Lo vemos bien —exclamó Gabriela con algo de ingenuidad.

—Bueno, te equivocas —dijo el viejo—. Como pueden ver, no estamos bien. Mi pueblo fue duramente golpeado por el hombre blanco, por la codicia —les contó el anciano esbozando una sonrisa triste y pasó a explicar, sin que se lo pidieran y solo porque supo de la curiosidad con que los forasteros la miraban, la propaganda en su camiseta—: Es que por acá llega la publicidad de los políticos, pero ellos y sus ayudas jamás.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Gabriela.

—Los hombres armados les trajeron el miedo y los arrancaron del árbol como hojas secas arrastradas por un río crecido —les respondió el hombre con nostalgia.

—¿Los mataron? —preguntó Mateo.

—Los arrancaron de sus tierras, que es lo mismo que si lo mataran a uno. La tierra es parte del alma de nuestro pueblo. Quitarnos la tierrita, desarraigarnos de ella es como si a uno le arrancaran el corazón. Sin tierra el indio deambula sin alma. Los que se fueron por miedo andan por ahí deambulando sin corazón y sin alma. Y con miedo, que es peor que perder la vida.

Gabriela asintió apretando sus labios mientras Belisario retomaba la charla con su voz cansada:

—Toda la vida aquí viendo nacer hijos, nietos, tataranietos y de repente llegan esas bestias a decirle a uno y con malos modales: tienen 24 horas para irse o les pasa lo mismo que a los indios hijueputas de Buenavista, Santa Marta, Aguascalientes o Tribugá. ¿Qué hace uno? Pues irse.

—¿Y usted por qué no se fue, señor? —indagó Mateo.

—¡Tengo 86 años! —exclamó con una sonrisa contenida—. A esta edad qué le importa a uno morirse. Valgo tan poquito que los tacaños esos no han querido ni gastar una bala para matarme. Por aquí pasan de vez en cuando y me preguntan: "¿Cuándo se va a morir viejo gran hijueputa?" —y soltando una carcajada continuó—: Les digo que tengan paciencia, que ya casito. Luego se toman el café que yo mismo les preparo, se llevan las mazorcas y los plátanos que ven por ahí medio creciditos, y se largan a sembrar terror en otros lugares. La paradoja es que muchos de ellos mueren primero que yo. Aquí llegan a contarme sus historias. Que a uno le pegaron tres tiros, que a otro cuatro, que fulano se ahogó, que a zutano lo picaron a machete, que a perencejo lo mató una culebra, que otros dos murieron en un bombardeo… En fin.

—Eso se llama karma —opinó Gabriela.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Mateo.

—No importa quiénes son. No haga esas preguntas si quiere salir de aquí con vida, muchacho. Lo que importa es lo que hacen. Matan. Matan por cuidar sus minas de oro, matan por cuidar sus cultivos de coca y marihuana. Matan porque no pensamos igual a la ideología que ellos tienen. Matan por demostrar poder. Matan para asustar y lograr obediencia. Matan por la tierra. Matan por matar. Matan para controlar el territorio. Matan porque les gusta la sangre. Matan porque ser bárbaros los hace sentir importantes. Matan porque, cuando niños, les mataron el amor y devuelven odio. Pero yo soy tan de malas que a mí ni me odian ni me matan.

Luego, repitió la queja con mucho desconsuelo:

—¡Soy al único que no matan! ¡Háganme el bendito favor!

—No piense eso, señor. Su vida vale mucho. Todo lo que usted lleva dentro, sus conocimientos ancestrales, su experiencia, su sabiduría, valen mucho —le dijo Gabriela con total sinceridad.

—¿Y qué hago? No tengo alientos ni para caminar y tendría que andar veinte horas entre el lodo para irme a encontrar con mis hermanos. Ahora el pueblo respira solo, como un viejo sin hijos. Pero no pudieron borrar los espíritus. Ellos siguen sentados en las casas

vacías. Aquí mismo deben estar entre nosotros —aseguró girando su cabeza hacia todos lados.

—¿Por qué no lo llevaron?

—No quise. A mi edad la sinceridad es ley. Soy un estorbo.

—No. No piense eso. Si usted quiere, puede guiarnos. Nosotros lo ayudamos a llegar hasta ellos. Nos ayudamos mutuamente —le propuso la mujer.

—Noooo. Ja, ja, ja. Apenas se me entierre una pata en esos fangos del demonio ahí quedo —dijo soltando una carcajada que al final se convirtió en tos abundante.

Gabriela y Mateo esperaron a que se recuperara para retomar la charla.

—Vayan solos. Si buscan gente, tienen que ir hasta Caimito. Allá están las familias que se fueron de Santa Marta y Dos Bocas.

—¿Dónde queda Caimito? —preguntó Gabriela ilusionada— ¿Cómo llegamos hasta allá?

—Sin un guía es difícil, pero les explico. Tienen que caminar cuatro o cinco horas por una trocha, bordeando el río, hasta llegar a Buenavista. Allá se encuentran con los hermanos que fueron sacados a la brava del Cedral y La Loma. Si siguen por el borde del río, llegan a Santa Teresita.

—En cual de esos dos pueblos podemos hacer una llamada.

—En ninguno. Si quieren comunicarse tienen que ir hasta Juradó. En ninguna otra parte van a encontrar esos aparatos. Bueno, en Nuquí también, pero eso está más lejos todavía.

—Y a cuánto de aquí está Juradó.

—Bueno, depende. Si consiguen caballos o lancha, en pocas horas. Si van caminando, un par de días, pero corren el riesgo de perderse de nuevo —les advirtió Belisario sospechando, por sus preguntas y por sus harapos, que estaban extraviados hacía mucho tiempo.

Gabriela y Mateo sopesaron la información y decidieron quedarse en Dos Bocas hasta el amanecer. El hombre los invitó a su bohío y allí pasaron la noche acostados sobre un par de esteras. Era un lugar muy pobre, oloroso a tabaco, a carbón de leña. Había dos bancos construidos en madera y una batea, también hecha con algún

tronco, repleta de frutos de la región, algunos verdes y otros maduros. Los utensilios de una pequeña cocina, que cohabitaba a un costado, estaban hechos de maderas, totumos y cañas de bambú. Don Belisario dormía sobre una estera, fabricada también con filamentos de hoja de palma. El único lujo existente en aquella habitación, el único objeto "moderno", era un reloj despertador de cuerda que el indígena conservaba con devoción porque se lo regaló treinta años atrás un sacerdote jesuita que lo estaba evangelizando, un día antes de que lo mataran.

Después de asar unos plátanos y de beber chicha de corozo —no había más—, hablaron hasta las siete de la noche, hora en la que el viejo se quedaba dormido religiosamente. Gabriela le preguntó por la fecha en la que estaban y el viejo le dijo que creía que 20 o 21 de febrero.

—Cuando uno está perdido la fecha es lo menos importante —anotó.

—Pero para mí es importante saberlo. Es mi fecha de nacimiento.

Mateo la miró como preguntando si eso era verdad.

—Bueno, de mi segundo nacimiento —aclaró ella—. Prometí que el día que nos encontraran sería mi segunda fecha de nacimiento. Hoy hemos vuelto a la vida. ¿Te parece poco?

Gabriela sonrió y le pidió que se adhiriera para que ese 20 o 21 de febrero también fuera la fecha de su segundo nacimiento.

—¿De dónde vienen? —preguntó el viejo.

—Estuvimos perdidos en el mar muchos meses… Más de tres.

—Entonces son hijos del agua salada —apuntó Belisario con la voz pausada, cargada de selva y memoria, la voz de quien había visto pasar ríos, tragedias y personas.

Casi llegando al umbral que hay entre la vigilia y el sueño, Belisario les contó del origen de su pueblo, de los territorios sagrados, de los territorios encantados, de los territorios prohibidos. Sus palabras giraban en torno al territorio y a la tierra. Les dijo que el origen de nuestras guerras era ese. La tierra mal repartida, la tierra arrasada, la tierra inhóspita, la tierra india, la tierra negra, la tierra productiva, la tierra mama. La *Pachamama*. La tierra robada a los indígenas y a los campesinos, la tierra luchada, la tierra

manchada de sangre, la tierra por la que ellos daban la vida, pero que para los terratenientes y narcotraficantes no era más que trofeos encerrados en alambres de púas.

—Apenas se la roban, esa tierra se vuelve improductiva. Los desgraciados esos solo la usan para aparentar poder. A veces la usan para cultivar cocaína y marihuana… La tierra, la tierra —dijo entre dientes antes de quedarse dormido.

Fascinados, Gabriela y Mateo se tomaron de las manos y se quedaron mirando a ese hombre sabio, como quien ha leído la mejor página de un libro que la literatura ha parido. Luego se acomodaron para ilusionarse con el regreso.

—Ahora sí siento que estamos cerca de salir de este laberinto —opinó Mateo.

—Si es febrero, llevamos más de cinco meses perdidos —recordó ella— Ya nos habrán dado por muertos, supongo. Difícil que Esteban esté solo. Le encanta el sexo.

—En cambio yo sigo creyendo que Julieta no ha conseguido a nadie.

—Estás pensando con el deseo —opinó ella y el hombre prefirió no contestar.

Después vino un silencio prolongado, en medio de una oscuridad absoluta pero amenizada por el griterío y el canto de millones de insectos. A punto de dormirse, Mateo se atrevió a traspasar una raya muy peligrosa. La línea media entre perderlo todo a cambio de nada.

—Gabriela…

—Dime.

—No sé si deba decírtelo, pero no quiero que esta aventura termine sin que sepas algo.

—No lo digas, por favor. Sé lo que vas a decirme, pero no lo digas por favor. Por tu esposa, por tus hijas. No lo digas por favor.

—No lo puedo guardar más. Me está ahogando.

Gabriela prefirió callar para no seguirle el juego, pero de nada le sirvió. De repente la selva dejó de hablar, las ranas callaron, los grillos hicieron una pausa, los búhos también se silenciaron, como si todos esos animales supieran que Mateo necesitaba de esa

atmósfera calmada para expresar la frase solemne que le estaba oprimiendo el pecho y atorando la garganta:

—Te amo —dijo como una exhalación.

El mundo se apagó por unos segundos. El tiempo quedó congelado hasta el cambio de era. Gabriela soltó la mano de Mateo y se giró lentamente, con más vergüenza que ilusión. La selva se mantuvo callada como esperando la respuesta de la mujer, pero ante su silencio, unos segundos después, reanudó el bullicio. Mateo no quiso insistir.

VEINTIOCHO

La sabiduría emberá

A las cinco de la madrugada estaban listos para partir. Mientras les preparaba un café, Belisario los empezó a preparar para lo que se debían enfrentar:

—Van a tener que atravesar varios ríos. Si hacen lo que les digo no se van a ahogar. Toquen el agua primero con la mano derecha y déjenle un pensamiento limpio. El río no los va a abandonar.

—¿Hay animales peligrosos en el río? —preguntó Mateo.

—Nada es peligroso si se enfrenta sin miedo. El miedo corre más rápido que el hombre. Siempre los va a alcanzar. Lo importante es sacar valor para enfrentarlo.

—Hay tantos peligros… —recordó Gabriela.

—Ante el peligro, siéntense, respiren profundo y recuerden a sus seres amados. El recuerdo es el mejor amuleto.

—Eso hacemos a cada instante.

—Y no se angustien si no encuentran los caminos. La selva los pondrá a prueba por un buen tiempo hasta que ella misma pueda comprobar que tienen corazón verdadero.

—Bueno, ¿y por qué usted más bien no se viene con nosotros, don Belisario? —le propuso Mateo a lo que Gabriela se unió con entusiasmo.

—Me parece la mejor idea, abuelo. Vamos, nos ayudamos entre todos.

El viejo se negó una y mil veces con el mismo argumento:

—Estos bandidos van a pensar que me dio miedo y yo sí prefiero morir a que me digan cobarde.

—No tiene por qué importarle lo que ellos puedan pensar, don Belisario. Usted necesita estar al lado de su familia. Vamos —le insistió la mujer.

—Pero ellos van a reírse de mí. Van a decir que el indio Belisario se cagó del susto y salió corriendo.

—¿Y qué le quita o qué le pone a su vida lo que unos asesinos piensen? Piense más bien en su familia y en sus nietos, en su esposa, pobrecita. Vamos.

Al final lo convencieron.

Belisario se despidió de Dos Bocas sin mucha nostalgia, observando cada cosa con más curiosidad que pesar. Sabía que, de lograr la hazaña de llegar a Caimito, nunca más volvería a ver el caserío donde creció su espíritu, donde vio nacer y crecer a los diecisiete hijos que tuvo con tres esposas.

Arrancaron con mucho entusiasmo, mientras el viejo soltaba consejos sabios que Gabriela trataba de memorizar:

—Caminen con la ilusión del que regresa, no con el miedo del queque huye. La selva los podría mal interpretar —les decía al verlos caminar tan rápido.

—La verdad es que sí tenemos afán, o mejor… ansiedad. Son más de cinco meses sin ver a nuestros hijos y a nuestras parejas. Usted imaginará.

—Entiendo. Pero es mejor pisar firme. De todas formas, si diéramos pasos equivocados, si nos perdemos, pídanles a sus seres amados que los acompañen. Ellos vendrán. Los jaibanás muertos caminarán a nuestro lado y enderezarán nuestros pasos torcidos…

Ambos estaban extasiados, aprendiendo de la cosmovisión emberá. Más Mateo quien siempre consideró, como se lo habían vendido sus líderes políticos, que los indígenas eran unos vividores, chupasangres del Estado. Y en un momento donde el camino se

cerró y no sabían para dónde echar, Belisario, al ver a Mateo desesperado, les pidió que no se angustiaran:

—El monte no se mira como enemigo. Al monte se le trata con respeto, amigo. Como se entra al vientre de la madre.

—No hay por donde pasar —exclamó Mateo contrariado.

—Los caminos son sabios. Se saben abrir a quienes están perdidos y se saben cerrar a quienes no quieren volver. ¿No será que alguno de ustedes tiene ganas de no regresar? —dijo el viejo soltando una carcajada que se convirtió en tos.

Gabriela y Mateo se miraron largo rato como buscando al culpable.

De repente, la selva entregó su veredicto. Un puma enorme irrumpió desde la maleza tupida, dejando un boquete por el cual pasar. El puma los miró con desdén y siguió su camino. Gabriela y Mateo estaban estupefactos sin saber qué hacer, ni qué decir.

—La selva habla, se los dije.

En medio de relatos y consejos caminaron por dos horas más, pero a medida que avanzaban, los pasos del anciano se hacían más débiles, más lentos, más demorados. Tanto que los tres sabían, en coro mental, que esa aventura no terminaría bien.

—Calma, no hay que correr —les decía al sentirse fatigado—. El que camina de afán y sin mirar se pierde dos veces. La selva no es enemiga cuando uno la respeta. Aprendan a escucharla. Ella habla bajito: el crujir de las hojas, el pájaro que avisa, la serpiente que se arrastra sin malicia, el río que nunca miente —aconsejaba con inmensa sabiduría el indio, tratando de recuperar fuerzas.

Gabriela y Mateo preferían callar para no perder la oportunidad de aprender de él. Y estaban escuchándolo cuando Mateo pisó una serpiente que le hizo pegar un grito espantoso. Belisario sonrió.

—Es una boa constrictor. Tranquilo, no es venenosa. Si trató de morderlo es porque primero recibió la ofensa. Ella no te buscó.

—Qué susto —exclamó con evidente taquicardia.

—Hijos del agua salada, no hay que pelear con el monte. La selva es la madre vieja, la madre antigua. No hay que desafiarla, no hay que asustarla. Hay que hablar moderado, los gritos la asustan.

—Disculpas, pero me asusté bastante.

—No será la única que se encuentren por el camino. También abundan por estos lares la anaconda verde, que tampoco es venenosa, pero asfixia. La coral y la mapaná sí son venenosas, mucho cuidado con esas. La mapaná se camufla entre las hojas, ataca rápido como el viento y su veneno causa necrosis y hemorragias.

—Dios mío —suspiró Mateo.

—Hay que lidiar con eso porque como dicen los mayores del monte: "la culebra grande se anuncia, la pequeña mata en silencio".

—¿Algún consejo para evitarlas, abuelo? —preguntó Gabriela medio asustada.

—En lugares donde la selva esté muy tupida hay que caminar arrastrando ligeramente los pies, no levantándolos. La puedes aplastar y te salta a la cara. Nunca meter la mano en troncos o piedras huecas. Si las ves primero, quietud, ella se irá sola. También huye de los humanos… Aquí decimos que "la culebra no persigue al hombre. El hombre es quien pisa donde no mira".

Con esas advertencias siguieron caminando, más pendientes del suelo que nunca. Y no fue sino llegar a una zona anegada del camino para que don Belisario abortara su intento de volver a ver a su esposa Nohemí y a su extensa familia antes de morir. Sus pies quedaron enterrados hasta las rodillas sin que el viejo tuviera alientos de sacarlos. Entre Gabriela y Mateo se vieron en problemas para desenterrarlo. Terminaron halándolo, muertos de risa, porque el viejo les advirtió que podían quedarse con uno de sus brazos entre sus manos.

Al final lograron sacarlo. El viejo no caminó más. Les pidió que lo dejaran ahí. Ellos lo aceptaron porque ya les había demostrado de lo que era capaz su sabiduría, que sabía mejor que nadie lo que era mejor para él. Se despidieron con mucho pesar, a sabiendas de que nunca más volverían a verlo y le solicitaron un par de consejos. Belisario les pintó en la tierra, con un chamizo, las señas del camino y les lanzó una oración en su lengua wounaan que, por supuesto no entendieron, pero agradecieron. Al ver sus caras aterradas, luego les explicó en español:

—Busquen el agua y sigan su paciencia. No pueden ir más rápido que su corriente. Los ríos son abuelos laaargooos que nunca supieron volver. No los crucen sin pedirles permiso, ellos tienen alma, tienen oídos.

—Así lo haremos, abuelo.

—Caminen más despacio que los pensamientos y no pisen tan fuerte para no despertar a los dueños del monte.

—Sí señor —respondieron casi en coro, encantados, valorando como un tesoro cada palabra del sabio.

—Si sienten que la noche pesa, hablen con los muertos buenos y no maldigan la oscuridad. Ella también es bendita para muchos animales. La oscuridad también los cuida.

—Amén —exclamó Mateo.

Finalmente, les aconsejó que pasaran la noche en Buenavista, aunque para lograrlo debían caminar muy rápido y el terreno no se prestaba para los afanes.

Con gran pesar lo abrazaron y se despidieron sin palabras. Él se quedó mirándolos, lanzándoles palabras raras. Cuando estaban a unos treinta pasos el viejo les gritó:

—Hijos del agua salada, recuerden siempre quiénes son. No se convierte en sombra quien recuerda lo que es.

Gabriela asintió y no se resistió las ganas de regresar a darle un último abrazo. El viejo lo aceptó mientras le hablaba al oído, cada vez más pausado:

—Si el cansancio los dobla, si el frío les muerde los huesos y el miedo les nubla la razón, piensen en los que se fueron. Ellos quisieran ser ustedes. Y piensen en los que aún esperan.

Gabriela se echó a llorar y lo soltó. Sintió que Belisario había sido el padre que nunca tuvo. Agradeció al universo por la oportunidad de conocerlo y caminó hasta donde Mateo la esperaba.

—¿Qué te dijo?

Ella se fue contándole mientras empezaban el largo camino.

Siguiendo cada uno de los consejos de Belisario, tomaron un atajo en una gran curva del río, que no era más que una trocha fangosa y selvática, pero esa decisión, aunque riesgosa, les ahorró más de dos horas de camino. Aun así, no alcanzaron a llegar al

caserío Buenavista. Pasaron la noche en una cueva natural que encontraron escondida entre la maleza y que revisaron muy bien por la fobia de Mateo a las culebras y a las arañas.

A la mañana siguiente reemprendieron el viaje y hacia la media mañana divisaron lo que parecía ser el pueblo que buscaban. Era más pequeño de lo que imaginaban. Por los trazos y las distancias calculadas, tenían duda de que ese fuera el caserío Buenavista.

No obstante, coincidía con las referencias dadas por el viejo Belisario acerca de una gran población de desplazados por la violencia. Decidieron arrimarse con precaución.

Se camuflaron tras los troncos de dos ceibas gigantescas y empezaron a analizar el movimiento. Temían que hubiera algún grupo armado ilegal haciendo presencia. Al cabo de los minutos vieron pasar cuatro mujeres de aspecto indígena. Tenían puestas vistosas y multicolores faldas que les cubrían desde sus cinturas hasta sus rodillas. Llevaban el torso desnudo y los pies descalzos. Sus rostros estaban tiznados con bellas líneas curvas y simétricas que lucían con orgullo. Sus sonrisas eran completamente blancas y no se les notaba infelicidad alguna. Iban charlando en su lengua nativa mientras reían. Por la firmeza de sus senos parecían adolescentes.

—Son de la misma tribu de Belisario, los Emberá —opinó Gabriela con toda seguridad.

—¿Y si les hablamos? —preguntó Mateo

—Toca con calma. Los indígenas son desconfiados. Ya nos lo contó Belisario, los han querido exterminar para apoderarse de sus tierras y sus negocios.

—Entonces qué sugieres que hagamos.

—Ellos tienen un gobernador. Vamos averiguando cuál es su casa y nos le aparecemos. Seguramente sabe de nosotros. Las noticias de naufragios se dispersan rápido.

Empezaron a caminar con sigilo buscando el centro del caserío. Por el aspecto que traían, los indígenas los miraban como bichos raros. Asociaron la barba descuidada de Mateo con la guerrilla, por lo que tres pequeños, dos niños y una niña, los sorprendieron por la espalda y empezaron a gritar en su lengua:

—¡Peligro, peligro!

De inmediato el poblado se empezó a congregar en torno a ellos. Mateo tuvo el instinto de proteger a Gabriela, aunque no había rastros de agresión en las actitudes de quienes empezaban a rodearlos.

Pronto apareció alguien que hablaba español y se comunicó con ellos:

—¿Quiénes son ustedes?, ¿qué quieren?

—Somos los náufragos de Termales. Queremos que nos ayuden a regresar a Nuquí.

—Ustedes están muertos —les gritó el hombre.

—Estamos vivos, pueden vernos —exclamó Gabriela con cierta risita nerviosa.

El hombre se acercó a ellos para cerciorarse de que eso fuera cierto, mientras los demás retrocedían con miedo. Alguien le gritó que tuviera cuidado de esos espíritus.

La verdad es que parecían espantos. Para entonces la barba de Mateo rozaba su pecho, el cabello sus hombros. En el rostro de Gabriela no cabía una peca más y su cabello estaba tan enredado que más parecía un nido de águila. Sus caras estaban manchadas por el sol y, aunque en sus ojos había brillo, sus expresiones eran ineludiblemente tristes. Parecían seres extraños, paridos por un volcán.

Al llegar a ellos, el hombre los tocó con cierta prevención con la yema de su dedo índice. Al notar que eran sólidos repitió la acción varias veces. Al final gritó con una carcajada:

—¡Están vivos!

Todo el pueblo salió de la estupefacción, muchos estallaron en risas, otros se acercaron a palparlos y a ayudarlos. Mientras caminaban al quiosco de rituales, a algunos les causó curiosidad los zapatos hechos de pieles rústicas. Mateo los ofreció por un plato de comida. Estaban hambrientos, no sabían lo que era una buena comida hacía cinco meses y medio. Todo el pueblo se movilizó para complacer a la pareja. Las mujeres le trajeron a Gabriela una bella falda, con una combinación de colores fosforescentes que nadie más podría plasmar en una tela. Parecían pigmentadas y cosidas a mano.

Aunque se les notaba un afán por conservarlas, muchas costumbres de los emberá ya no eran las originales. La transculturización era evidente. Se notaba un alto grado de colonización en el vestir, en el hablar, en el modo de transportarse, en la música y, sobre todo, en la religión. Algunos lucían buzos y zapatillas fabricadas por los mestizos en las grandes ciudades. Muchos conservaban aún las camisetas de la campaña de 2018 con las consignas de los mentirosos de siempre. Unos tenían puesta la de un candidato de la derecha y otros la de un candidato del Partido Liberal. Muchos usaban reloj y varios tenían celulares.

A Mateo y a Gabriela les causó curiosidad que algunos estuvieran usando tapabocas, pero no se atrevieron a preguntar por qué. Cuando Mateo notó que uno de sus guías llevaba un teléfono en la mano, se vio tentado a pedirle que le dejara hacer una llamada, pero Gabriela lo detuvo:

—Calma, Mateo. Hay que saber dar la noticia.

—De acuerdo, pero ellos merecen saberlo y ya.

—Lo sé. Pero me estoy devanando los sesos para encontrar las palabras precisas. No podemos simplemente llamar y decir: "hola estoy viva. Ven a recogerme…" Los podemos matar del susto y de la angustia.

—Tienes razón, pero tenemos que pensar rápido.

Al momento llegaron a un quiosco amplio, sombrío, fresco. Muy pronto les trajeron agua que ellos bebieron con avidez.

—Comida —suplicó Mateo sin ambages.

—Ya la están preparando —les dijo el hombre que hablaba español.

—¿Es posible que en un rato podamos hacer un par de llamadas? Tenemos que avisar que estamos a salvo —advirtió Gabriela.

—Tenemos celulares, pero no señal. Para llamar tenemos que ir hasta Caimito o Juradó.

—¿Ni una gota de señal aquí? —indagó Mateo.

—Nada —respondió el hombre.

—A cuánto está Juradó —indagó Gabriela.

—Está cerca. Por mucho unas ocho horas en un *chingo*.

—¿Ocho horas les parece poco?

—En estos lugares, sí. Es una distancia normal. Hay pueblos a dos días de camino.

—¿Y qué es un chingo? —preguntó Mateo recordando la expresión homónima mexicana que significa "un montón".

—Canoa —aclaró el indígena que se llamaba Kimy.

—Me aterra la distancia. ¿A pie cuánto sería? —indagó Gabriela.

—Días. Muchos días, pero no les recomiendo ese tramo a pie. No hay trochas abiertas. Tendrían que inventar el camino y en este lado la selva es más tupida.

Gabriela y Mateo perdieron la esperanza.

—Tocará mañana entonces —dijo Gabriela al ver que ya el sol se estaba despidiendo tras algunos árboles.

—Mañana no. En una semana —exclamó Kimy haciendo que los ojos de los recién llegados se abrieran como dos lunas llenas.

—En una semana no. Necesitamos ir mañana. Nuestras familias no saben que estamos vivos —alegó Mateo.

—El chingo que va a Juradó salió hoy a las 6:00 de la mañana y solo viajamos una vez a la semana.

—¿Una semana? —preguntó Gabriela con incredulidad y angustia.

—Nos toca así. El combustible es costoso.

—Yo les pago lo que sea por el viaje, por favor —suplicó Mateo.

—La otra semana —advirtió Kimy con alevosía.

La pareja entró en crisis. Sintieron como si todavía siguieran a la deriva, mar adentro.

—¿Tendríamos un cupo en esa lancha? —preguntó Mateo con resignación—. Cuando lleguemos les mandamos el dinero de lo que cueste el viaje.

—En la que sale el próximo jueves es imposible. Hay mucho turno. Además, ustedes no tienen plata y esos aparatos no se mueven sin gasolina. No creo que nos puedan mandar la plata cuando regresen. Por acá no llegan ni las malas noticias. Solo llega la publicidad de los políticos.

—¿Entonces cuándo? —preguntaron los recién aparecidos.

—Tienen que trabajar para ganarse lo que vale el viaje —aclaró Kimy.

—No hay problema. Hacemos lo que sea. Tenemos que salir de aquí.

—Tranquilos. Por ahora coman y duerman. Les haré colgar un par de chinchorros. Mañana ya veremos qué se ponen a hacer.

Ambos se resignaron a cumplir las reglas y terminaron tomándolo con la tranquilidad de saber que, por lo menos, ya estaban a salvo. Contemplaron la idea de seguir caminando, pero prefirieron esperar a seguir jugándose la vida en la selva por caminos inciertos.

—¿Dónde nos podemos bañar? —indagó Gabriela, incómoda con su olor y con su aspecto.

—En el río —respondió el indígena y completó con ironía su explicación—: ¿Ustedes creen que por acá llega el agua por tubos?

Al momento entraron varias mujeres, entre ellas, Mara, la esposa de Kimy, con ropa y telas para Gabriela. La invitaron a arreglarse. Ella aceptó gustosa.

La llevaron al río, la ayudaron a bañarse, le refregaron el cuerpo con estropajos naturales, le hicieron masajes con lodo, luego la exfoliaron con arena. De allí salió una mujer de aspecto muy diferente a la que llegó una hora antes al caserío. Luego la llevaron a una de las chozas y la ayudaron a vestir.

Dos horas después, al bohío donde Mateo dormía sobre una hamaca, entró una nueva princesa emberá formidablemente hermosa. Le pusieron una de esas faldas de colores inolvidables, le pintaron las mejillas con líneas asimétricas que se entrecruzaban con sus pecas y hacían resaltar más sus ojos y sus cejas. La peinaron con dedicación y paciencia, y le recogieron el pelo en una trenza que, por la espesura, más parecía una cola de iguana.

Cuando Mateo abrió los ojos, su impresión fue tal que en sus labios se dibujó una sonrisa que no pudo borrar. Estaba perplejo por la belleza de Gabriela. Por el nuevo color de piel que el sol le había regalado. La recorrió de arriba a abajo hasta tatuarla en su mente. No podía creer que hubiese tanta perfección en una mujer. Quedó tan hermosa que no quiso dañar el momento con una palabra o una frase que no fuera capaz de traducir lo que sus ojos estaban viendo y prefirió callar su admiración.

—Vamos, levántate. Ahora es tu turno, don Che Guevara.

Mateo se levantó muy motivado por el impresionante cambio de Gabriela y se fue al río, sin ayudantes, a despojarse de toda la mugre acumulada. Gabriela se fue con Mara a buscar algo de ropa para Mateo en el armario de Kimy.

El resultado fue el mismo. Kimy le fio una tijera y una cuchilla de afeitar y, por fin, se pudo quitar la barba larga que tanto le fastidiaba. Como en la aldea no había hombres corpulentos ni de su estatura, tuvo que ponerse ropas de tallas más pequeñas, por lo que, al verlo, Gabriela no pudo más que echarse a reír. Mateo se sintió mal, pero ella se le acercó cariñosa y le devolvió los piropos.

—Mentiras… Quedaste muy lindo, muy papacito.

—¿De verdad?

—Sí. Aunque me gustabas más por allá en el segundo mes cuando empezaste a parecerte al Che.

—Qué horror. Nunca más me volverás a ver así.

Gabriela lo abrazó fuerte y cerró los ojos.

VEINTINUEVE

El legado de Gabriela

A la salida del edificio donde funcionaba su oficina, a Esteban lo esperaba una camioneta blindada con dos escoltas de los que tanto detestaba su esposa. Ahora era un hombre importante, no para el universo que tanto juró cuidar, sino para el mundo de la política corrupta. El ministro, muy complacido con su nueva actitud, lo invitaba a todas partes. Y no porque a Esteban le encantara andar metido en esa burbuja de opulencia y poder. Todo formaba parte de un plan, sugerido por el senador Botero, para que Esteban se ganara la confianza del ministro a fin de tener mayor acceso a todo tipo de información.

Por eso Esteban no había gastado un solo peso de lo que recibió en efectivo. El senador de la oposición con el que estaban intercambiando información le sugirió que no lo hiciera porque en caso de desatarse una investigación, podía usar ese argumento como un atenuante ante la justicia.

Estaba tan desquiciado con su situación que incluso un día quiso tirar a la caneca de la basura la clave de apertura de la caja fuerte, pero se arrepintió y se la entregó a su hermana, pensando en que, si le pasaba algo, su hijo pudiera sobrevivir por un tiempo importante con ese dinero.

Por eso, Daniela se empezó a quejar. Le decía que le parecía el colmo que con sus nuevos ingresos extras no se estuvieran dando mejor vida.

—Vamos a buenos restaurantes, mi amor, vamos a viajar. Tú con toda esa plata y ni ropa nueva has comprado.

Esteban le respondía que todo a su debido tiempo y para contentarla, de su sueldo, le daba algunos lujos medianos. Sus encuentros, por el desencanto que estaba sufriendo con esa relación, ahora eran más cuidadosos y esporádicos, y ella lo notaba. Estaba tan traumatizado con el video que Román le mostró del magistrado que nunca más volvió a tener sexo tranquilo. Se desconcentraba pensando dónde habría una cámara grabándolo. No descartaba que en algún momento Daniela lo hubiera filmado. Le preocupaba lo que pudiera pensar su hijo, algún día. Para Samuel, su madre aún vivía en el corazón de su papá.

Y mientras Gabriela trabajaba duro dentro de la comunidad indígena para ganarse el viaje en lancha hasta Juradó, para poderle contar a su hijo y a su esposo que estaba viva, Esteban seguía hundiéndose más y más en el lodazal de la política corrupta.

En una cena con el ministro Román conoció a un general que dirigía la brigada militar que operaba en la región pacífico. Durante la cena, discutieron una estrategia para anticiparse a las protestas que desataría la reanudación de la construcción del puerto en Nuquí, que ya tenía viabilidad jurídica y ambiental. Necesitaban que Esteban les diera una lista de los amigos de su esposa para empezar a perfilarlos en las redes sociales y hacerles inteligencia. Esteban se negó tajantemente:

—No conozco a ninguno —les dijo sin poder ocultar la mentira—. Y si los conociera, créanme que no se los diría. Ya me traicioné a mí mismo, jamás traicionaría a los que luchan.

—A ver, Andrade… —le increpó el ministro mirándolo a los ojos.

—No puedo hacer eso, espero que me entiendan.

—No es para nada malo —opinó el general—. Lo entiendo, solo queremos saber el perfil de estas personas para saber cómo abordarlas. Queremos hablar con ellas.

—Lo siento, pero no. Ya traicioné mucho la memoria de mi esposa. No lo haré más —dijo. Luego se levantó de la mesa y estiró su mano para despedirse del general—. General, un placer conocerlo.

—El placer fue mío, señor viceministro.

Román lo dejó con la mano extendida y solo atinó a decirle algo que marcaría para siempre la triste función de Esteban dentro del ministerio:

—Siéntese, doctor, y deje de decir maricadas que usted no se manda solo. Los españoles llegan la semana entrante y tengo que tener el camino despejado. Si encuentran protestas o marchas o alguna estupidez de esas, se van a arrepentir de financiar el puerto. Además, le recuerdo que no está en condiciones de exigir nada ni de imponer condiciones. Ya recibimos el anticipo y algunos ya nos lo comimos. ¿O de dónde cree que saqué para comprar el Ferrari en el que anda mi hijo en Miami?

—¿De qué está hablando, señor ministro? —preguntó, apenado, ante el general.

—Usted sabe de qué estoy hablando, doctor Andrade, pero si no se acuerda, se lo puedo repetir delante de un general de la República. No tengo problema.

Esteban agachó la cabeza, se sentó y prometió pensarlo.

—Usted puede, doctor Andrade. Ya me lo ha demostrado —concluyó el ministro y lo liberó de la vergüenza—. Y por el general no se preocupe que también obtuvo su parte.

El general sonrió, igualmente avergonzado.

Román tenía la costumbre de involucrar a sus cómplices, cuidándose de que todos supieran todo de todos por si algún día alguno se salía de control. Una especie de solidaridad mutua basada en el conocimiento de los delitos que cada quien cometía.

***

Gabriela y Mateo estaban conmovidos con la triste realidad humanitaria que se vivía dentro de la comunidad de Buenavista. Había gente padeciendo de malaria, niños desnutridos pero con protuberantes barrigas a punto de reventar por los parásitos; enfermos de paludismo, sin atención, abandonados a su suerte; desplazados por la violencia; viudas de líderes sociales asesinados por oponerse a la minería o a los cultivos ilícitos, y un centro médico improvisado donde un chamán formulaba hierbas para la diarrea, gotas de marihuana para el insomnio, extractos de hoja de coca para apalear dolores de muelas, y remedios para los dolores de enfermos terminales fabricados a partir de la batracotoxina, un analgésico más poderoso que la morfina, extraído de la piel de las ranas kokoi. Ni una penicilina, ni un antídoto para la mordedura de serpientes, ni un laboratorio, ni una unidad de cuidados intensivos, nada. Solo hierbas, desde luego milagrosas, y acetaminofén, un remedio barato para dolores leves.

Esta situación de insalubridad desde luego devastó el alma de Gabriela. Sintió tanta impotencia y tanta rabia que se juró volver con ayudas.

Para ganarse el derecho a subir a la lancha del próximo jueves, Gabriela y Mateo se empeñaron a fondo. Cultivaron y recogieron cosechas de maíz, cocinaron, barrieron los patios públicos del caserío, ayudaron a moler maíz, hirvieron agua del río para el consumo humano, dieron algunas lecciones de español a los niños de la pequeña escuelita, trajeron leña desde el monte y, luego de un rápido curso, ayudaron a las mujeres a tejer hamacas y bolsos, y a las jóvenes a hacer collares con chaquiras. Lo hicieron todo con tan buen ánimo, que muy rápido se ganaron el cariño de los indígenas.

—¿Estás segura de que no me quieres ver cuando salgamos de aquí? —le preguntaba todos los días Mateo, con cierta insistencia.

—Eso ya lo hablamos, Mateo. No es que no te quiera ver. Es que no debemos vernos. ¿Cómo más quieres que te lo diga?

Ante la indiferencia que comenzó a mostrar Gabriela, Mateo pensó en una nueva estrategia para acercarse.

—Les dijiste que volverías por estos lados.

—Voy a volver. Prometí volver. Estas comunidades necesitan ayuda. Sería incapaz de vivir en paz sabiendo cómo viven.

—Cuenta con mi ayuda económica.

—¿En serio? ¡Gracias! ¿A cambio de algo? —preguntó con curiosidad.

—Me ofende esa pregunta.

—Bueno, discúlpame. A lo mejor pensé que me ibas a poner como condición venir a entregar las ayudas.

—¿Y si es así qué? —preguntó el hombre.

—No sé… Déjame pensarlo. Igual, todos los septiembres vuelvo por acá. Tengo que ver a los niños de la escuela, seguir investigando a mis ballenas.

—¿Te montarías de nuevo en una lancha para ir a Termales? —preguntó Mateo con incredulidad y risa sarcástica.

—Lo haré. Tengo que visitar a mi amiga Juana Perea. Además, dos veces a nadie le pasa lo que a nosotros nos pasó.

—Eso es verdad. Entonces… ¿Te veré en septiembre?

—Si coincidimos… Sí, ¿por qué no? O por televisión a lo mejor me veas. Pienso llegar a movilizar mucha gente para impedir que se construya ese puerto de Tribugá.

Ni una cosa ni la otra. Gabriela no sabía que Juana estaba muerta y el Puerto estaba vivo.

***

Afanado al conocer las intenciones de Román para acabar física o moralmente con los miembros de Mares Vivos, Esteban llamó a Sofía Galindo, quien ante la muerte de Gabriela había ascendido a la dirección de la fundación, para invitarla a tomar un café. Quería ponerla en alerta del peligro que se cernía sobre ellos. La mujer, muy indignada como estaba con Esteban, le dijo que no hablaba con funcionarios del gobierno de manera privada. Que si quería hacerle alguna propuesta se la hiciera por una red social de manera pública. Esteban le dijo que no le quería hacer propuesta alguna, que solo la

quería advertir del inminente peligro que estaba corriendo. Ella le dio las gracias, pero le exigió que denunciara lo que supiera. Esteban insistió en la cita, pero la mujer se negó. Estaba dolida porque el esposo de su socia y compañera de luchas, recién fallecida, hubiera aceptado un cargo que se prestaba para, precisamente, destruir todo lo que ellas habían logrado.

Pero después de varios mensajes con tono desesperado, Sofía aceptó la reunión.

Se encontraron al caer la tarde, en el café Juan Valdez de la carrera sexta con calle doce, en el centro histórico de Bogotá, y la reunión no duró más de un minuto. Esteban llegó con un tapabocas porque los medios venían hablando del surgimiento de una pandemia en China que se había extendido a Europa, justo donde había estado semanas pasadas.

—¿Estás agripado? —preguntó Sofía al verlo con el tapabocas puesto.

—No. Solo que estuve en España y me recomendaron ponerme tapabocas mientras investigan la manera como se contagia el COVID. —luego enfatizó—: Vine para advertirte que…

—No me tienes que advertir nada, Esteban —lo interrumpió—. Soy yo la que te tiene que decir algo.

Esteban asintió dispuesto a escucharla.

—La primera, que Gabriela era mucho para usted. La segunda, que ella estaba equivocada de cabo a rabo sobre su presunta dignidad. La pobre debe estar revolcándose de rabia y de tristeza en su tumba o donde esté al ver que su esposo vendió su lucha y sus ideales por un puesto.

—¿Y la tercera? —le dijo Esteban.

—Que le digas a tu maldito jefe que jamás permitiré que se salgan con la suya. Tribugá destruirá una parte muy importante de este planeta y, como lo decía con mucha dignidad tu esposa, sobre mi cadáver se construirá ese esperpento.

Esteban trató de explicarle sus razones, pero Sofía fue enfática:

—No son las palabras las que determinan lo que una persona hace, Esteban, son los actos.

Luego se fue muy furiosa, pero satisfecha de haberle podido decir al marido de su amiga lo que pensaba, lo decepcionada que estaba de él.

—Sofía, Sofía —le gritó Esteban desde la distancia.

La mujer se volvió a mirarlo:

—Tienes que cuidarte, por favor…

—¿Me estás amenazando, Esteban?

—¿Cómo se te ocurre? Sé por qué te lo digo. Los van a querer quitar del camino a las malas. Yo sé por qué te lo digo.

—¿Entonces tengo que salir a esconderme cagada del susto?

—No.

—¿O me tengo que ir del país para despejarles el camino?

—Tampoco. Solo tienes que cuidarte. Ya sufriste un atentado. Lo pueden volver a hacer.

—Estoy lista. ¿Y sabe una cosa, Esteban? Dígales habrá muchos que recojan estas banderas. Que si matan a diez, nacerán cien, y que si matan a cien nacerán miles. Así somos los humanos de tercos cuando defendemos una causa justa. Que no se equivoquen.

A Sofía no pareció importarle el consejo de Esteban y se fue con la cabeza en alto y la mirada muy altiva. El hombre sí se quedó muy preocupado recordando la propuesta del general. Por eso no ahorró una última advertencia y le gritó:

—Cámbiate de casa.

Sin voltearlo a mirar, la mujer le hizo un gesto obsceno con el dedo de su mano y siguió altiva y segura. Esteban, además se alegró muchísimo de que el legado de su esposa hubiera quedado en tan buenas manos. En tan guerreras manos.

Pero por más que resistieran, por más que la fuerza les alcanzara para enfrentar a las mafias de la corrupción, los miembros de la fundación estaban muy expuestos. El general dio la orden de investigarlo todo. Cada contrato, cada donación recibida, el pasado de Sofía, el pasado de cada uno de sus activistas. También se puso de acuerdo con el director de inteligencia para interceptar, ilegalmente, los teléfonos de los funcionarios más importantes. La idea era acabarlos con chantajes y, de no funcionar, amedrentarlos a ellos y a sus familiares hasta obligarlos a pedir asilo.

TREINTA

El virus

Hasta que llegó el jueves glorioso en que Mateo y Gabriela recibieron la orden de zarpar hacia Juradó. Se despidieron con nostalgia de la comunidad que les transformó la apariencia y el alma, y Gabriela prometió volver. Kimy y su esposa Mara se ofrecieron a acompañarlos.

La lancha empezó a transitar despacio por entre canales naturales, en medio de árboles centenarios atosigados por enredaderas, repletos de bejucos y adornados con flores y helechos enormes. Los pájaros con sus cantos, de todos los tonos, acompañaban el viaje, que en un comienzo era lento ante la posibilidad de encallar o romper las hélices del motor contra la raíz de algún manglar. Cuando superaron una enramada selvática de aproximadamente dos kilómetros de longitud, se abrió ante los ojos de los ocupantes de la lancha una ciénaga del tamaño de un golfo y el motor empezó a rugir.

Aunque era pequeño, de doce caballos de fuerza, el aparato hacía bastante ruido y alcanzó a recordarles a Gabriela y a Mateo la tragedia vivida meses atrás al salir de Nuquí. El agua empezó a salpicar los rostros de los doce ocupantes y el viento sobre sus caras les hizo cerrar los ojos con algo de satisfacción. Gabriela y Mateo sintieron la libertad y el inminente regreso, pero no lograban

sincronizar sus corazones con lo que estaba sucediendo. La verdad era que estaban tan confundidos que por momentos rogaban que la lancha jamás llegara a su puerto.

Mateo empezó a ensayar en su mente el instante de la primera llamada, del primer abrazo, el momento del reencuentro con sus tres mujeres, cuidándose de que ninguna palabra sonara falsa. Se rompía la cabeza pensando cómo besar a Julieta o cómo hacerle el amor sin que se le notara rastro alguno de la presencia de Gabriela en su vida.

***

El doctor Solórzano estaba transitando por la avenida Pedro de Heredia, en Cartagena, en medio de un gran trancón, recibiendo con rabia las emisiones tóxicas de un viejo autobús que estaba delante de él, cuando por fin se pudo comunicar con Julieta desde su teléfono celular.

A la mujer la llamada le cortó el aliento. Con dolor y mucho miedo, el doctor Solórzano le confirmó sus sospechas: había importado desde Europa el virus que ahora estaba atacando a su mamá, a sus dos hijas, a su hermano, a su cuñada, a sus dos sobrinos y, posiblemente, a todos los profesores y compañeritos de Isabella y Estefanía. Aunque el examen aún no llegaba de Bogotá, el médico le advirtió que todos los síntomas que padecían sus seres queridos, sumados al hecho de su reciente paso por Europa, así lo determinaban.

Al verla preocupada, Estefanía preguntó a su madre por lo que estaba sucediendo. Julieta solo atinó a decirles a ella y a su hermana que tenían problemas, pero que los iban a solucionar. Para desconcertar aún más a la pobre Julieta, Isabella le dijo que, si su padre estuviera presente, nada malo estaría ocurriendo.

Media hora antes, Julieta advirtió a la rectora del colegio donde estudiaban las niñas que era muy probable que sus hijas estuvieran infectadas con el nuevo coronavirus. Aunque la rectora se alarmó

ante esa posibilidad, se negó a cerrar clases hasta que no viera con sus ojos el resultado de las pruebas. Julieta le pidió que lo considerara, pues, de no tomar precauciones, así solo fuera por sospecha, resultaba una actitud bastante irresponsable. Por eso, apenas se enteró de la situación, la llamó inmediatamente a transmitirle lo que el doctor Solórzano le acababa de contar. La rectora siguió insistiendo tercamente en mantener las clases hasta tanto la Secretaría de Educación no le ordenara el cierre del plantel.

***

De ninguno de estos sucesos extraordinarios estaban enterados Gabriela y Mateo. Ignoraban la angustia de la humanidad y los miles de titulares de prensa en todo el mundo hablando sobre el virus del COVID 19, ya declarado por la OMS como una pandemia. Menos sospechaban que la familia de Mateo estuviera viviendo un drama por cuenta del virus. Luego de varias horas de recorrido, al fin arribaron a un caserío llamado Santa Teresita, pocas horas antes de llegar a Juradó. Se detuvieron a cambiar la polea del arranque del motor que estaba a punto de reventarse. Los pasajeros aprovecharon la circunstancia para bajar a estirar las piernas.

Ese lugar, en el que habitaron hasta no hace muchos meses más de 200 indígenas, estaba casi desolado. Una pareja de indígenas emberá, muy jóvenes, acompañados por dos perros confianzudos de mediano tamaño, se acercó en busca de información. Estaban buscando a alguien. Mateo y Gabriela aprovecharon para conversar con ellos, pero ninguno respondió a sus preguntas. Parecían mudos. A las claras se advertía en ellos un miedo terrible de caer en alguna trampa que les significara la muerte. No les daba confianza la apariencia militar de Mateo. Al final, apenada por tantas preguntas sin respuestas, la mujer de la pareja soltó una frase con la que explicó su silencio:

—Nos disculparán, pero para sobrevivir por estos lados es mejor mantener la boquita callada.

—Si uno no la cierra se la cierran —añadió el hombre mientras calmaba a su perro, que se notaba inquieto con la presencia de Gabriela y Mateo.

—No se preocupen —dijo Gabriela—. Lo entendemos.

—Pero así toca, doña —resopló el hombre con amargura y tratando de no hablar muy fuerte.

—Es duro —reconoció Gabriela—. Alguna vez oí esta frase de Cristina Bautista, la gobernadora indígena asesinada el año pasado en Tacueyó, en el departamento del Cauca: "Si callamos nos matan, si hablamos también… Entonces hablamos".

—No es cierto. Los líderes sociales que han hablado están todos muertos. Ella misma está muerta por hablar. Nos han matado a muchos —dijo el joven emberá—. Uno aquí pierde con cara y con sello, señorita.

—¿Ustedes por qué no se fueron? —les preguntó Mateo.

—Estamos esperando al abuelo. Tenemos la esperanza de que nos alcance.

—¿Se llama Belisario? —preguntó Gabriela sospechando que estaban esperando al abuelo con el que tuvieron contacto.

—Sí. ¿Por qué lo sabe? —preguntaron interesados.

—Estuvimos con él —les contó Mateo con entusiasmo.

—¡Es hermoso! —exclamó Gabriela.

—¿Y cómo está? —preguntó con afán el joven.

—Bien, muy bien. Muy lúcido, muy sabio, muy vital…

—Gracias a Dios, pensaba que ya lo habían matado.

—Lo intentamos traer, pero en la zona de pantanos se tuvo que devolver. Los alientos no le daban para continuar el viaje.

—Qué pesar. Lo sabemos. Gracias por intentarlo —dijo haciendo un gesto de agradecimiento y luego miró a su compañera.

—Hay que contarle a Nohemí para que no lo espere más —dijo con tristeza y explicó a los forasteros que parecieran no entender—: Es la esposa del abuelo.

—Qué fuerte —opinó Mateo.

Al momento pasó una lancha rápida por el lugar con varios hombres a bordo y los jóvenes se asustaron. Miraron hacia todas

partes buscando una línea de escape. Luego se levantaron a mirar hacia el río.

—¿Quiénes son?

La pareja prefirió no contestar más preguntas. No querían hablar. Era evidente que sus vidas corrían peligro.

De haberse enterado del coronavirus, Mateo y Gabriela hubieran enloquecido pensando en sus hijos y sus cónyuges. Justamente, en ese mismo instante, Isabella y Estefanía estaban siendo examinadas por el doctor Solórzano bajo sospecha de estar infectadas por el peligroso coronavirus.

***

A Julieta le causó curiosidad que el médico llevara tapabocas y guantes mientras examinaba a las niñas. Él le dio una razón un poco triste. Le dijo que lo más probable es que ya estuviera infectado por haber examinado a un par de pacientes más, con los mismos síntomas, sin haber usado los elementos de bioseguridad adecuados, pero que conservaba la esperanza de no haber adquirido el coronavirus porque en el fondo, por su edad, le temía y mucho. El doctor Solórzano acababa de cumplir 74 años y por eso se afanó en hacerse la prueba para descartar o enfrentar la enfermedad.

—Es demasiado contagioso, se transmite por las partículas que expulsamos al hablar o al reír. Entra por la nariz e incluso por los ojos —explicó—. Nos podemos contagiar en un saludo, un estornudo, un apretón de mano. Y nosotros que nos saludamos de beso en la mejilla.

Julieta asintió apenada. En verdad, el virus se estaba esparciendo por el mundo con la velocidad con que se había esparcido en Colombia el virus de la corrupción, que a esa misma hora se estaba manifestando en un salón elegante de algún ministerio en Bogotá.

***

Pero el universo es perfecto. Lo que no pudieran frenar los de la Fundación Mares Vivos con su tesón, Esteban con sus arrepentimientos o el senador de la oposición con la exhaustiva investigación que estaba realizando, lo iba a frenar la naturaleza. Cuando las máquinas amarillas con su apetito de selva regresaron a Nuquí, luego de un largo viaje en barco desde Buenaventura, pasó lo impensable.

Los contratistas del lado colombiano recibieron una llamada urgente del ministro Emilio Román.

—Está pasando algo terrible. El gobierno acaba de cerrar los aeropuertos para impedir el ingreso y la propagación del coronavirus.

Con voz nerviosa, uno de los contratistas llamó a Jordi Figueres, el lobista del equipo de contratistas españoles para comunicarle la mala noticia advirtiéndole que, en esas condiciones, no podían firmar el acta de inicio de la obra.

Augusto Rey se encargó de organizar reuniones virtuales de urgencia para definir el camino a seguir. Se le notaba consternado porque el 50% de la comisión que le adeudaban y que habían quedado de consignarle en Panamá, cuando se iniciaran las obras, se le estaba envolatando. Nunca imaginaron las más de dos mil especies de pájaros de Chocó, ni las 275 especies de ranas, ni las ballenas que cada año viajan desde la Patagonia hasta el Pacífico colombiano a aparearse, ni las cerca de mil ochocientas especies de árboles, a quienes un virus les acababa de prolongar la vida, por lo menos, una década más.

La selva suspiró.

A Esteban la noticia también le cayó en gracia. Cuando el ministro lo llamó para contarle que se había suspendido el inicio de la obra, sintió un gran alivio en su alma y no pudo evitar una sonrisita socarrona mientras aparentaba una profunda preocupación al otro lado de la línea. Sin embargo, no dejaba de preocuparle el anticipo del soborno que había recibido, pero Román lo tranquilizó

diciéndole que los españoles estaban firmes y que este retraso producido por el coronavirus era cuestión de dos o tres meses mientras los gringos, los rusos o los chinos encontraban una vacuna.

***

Esa noche Esteban le envió un texto a Sofía Galindo por una red de mensajes alternativa que había comenzado a usar por sugerencia de ella. "Todo está suspendido: el virus frenó el asunto".

Tras recibir el mensaje, Sofía festejó hasta la media noche con los demás miembros de la fundación Mares Vivos y no faltó quien del grupo especulara con que Santa Gabriela ya estaba empezando a hacer milagritos desde el cielo. Sofía no disimuló la alegría y amaneció lapidada en las redes sociales porque, en medio de la celebración y con tres vinos en la cabeza, escribió en su cuenta de Twitter: #BenditoCoronavirusTeAmo. Le dijeron que no tenía empatía, que no se burlara de las víctimas, que ojalá no le fuera a dar el virus, la amenazaron de muerte para que "aprendiera" y hasta le exigieron pedir perdón. Desde luego nadie conocía el trasfondo de sus palabras, pero tampoco lo quiso explicar.

Ya en su sano juicio escribió: "ofrezco disculpas a quienes ofendí con el HT #BenditoCoronavirus. No quise burlarme de las víctimas. Pero guarden este tuit, en unos meses muchos dirán lo mismo. La revolución de la naturaleza ha llegado. El planeta es inteligente y llegó a su límite. No nos tolera más. Ha empezado a defenderse".

Muchos aceptaron sus disculpas y apoyaron su profecía.

En el momento preciso en que Esteban estaba llegando a su casa para asegurarse que su hermana y su hijo estuvieran bien, entró la llamada de Daniela para contarle lo que él ya sabía. Ella le dijo que estaba cerca de su casa, que si la podía recibir dos minutos para entregarle algo. Esteban se rehusó. Le había dejado claro que su hijo jamás debía conocerla. Pero cuando Daniela le dijo que se trataba de los videos que ella, por órdenes de Román tuvo que grabar, se llenó de rabia y de miedo y cambió de parecer.

—Desgraciados, miserables. Yo sospechaba que tu viaje a España era para eso.

—Por acá no hablemos de eso. Yo te puedo explicar.

—No quiero que me expliques nada.

—Esteban, Román todavía no tiene la grabación. Yo te la quiero entregar porque jamás te haría daño.

—Ya me lo hiciste. Me traicionaste. Te acostaste conmigo por espiarme.

—Lo siento, fue una orden —le gritó llorando, le suplicó—: dame la oportunidad de resarcirme, por favor. Te entrego todo. Veámonos ya.

Esteban le pidió que se vieran en otro lugar. Ella le dijo que no podía ser en un lugar público porque su vida corría peligro.

Desesperado, Esteban accedió a recibirla en la sala de su casa, dos horas después, es decir, cayendo la tarde, bajo la condición de que su familia no podía siquiera sospechar que entre ellos hubiera existido algún tipo de relación. Ella aceptó. Desde ese momento, nunca más volvió a tener calma. En adelante, los nervios empezaron a controlar su vida, justo cuando más calma necesitaba para sortear la avalancha de acontecimientos que se empezarían a desencadenar desde ese mismo instante.

***

Con la puesta del sol, una vez cambiaron la polea averiada, los conductores de la lancha que transportaba a Gabriela y a Mateo decidieron no reanudar la marcha. No se arriesgaron a continuar navegando en la noche por un río infestado de hombres armados y troncos de árboles flotando por doquier. Kimy, Mara y los demás compañeros de viaje que ya los conocían les ofrecieron posada en humildes tambos: refugios construidos sobre pilotes hechos de madera para protegerse de la humedad, las lluvias y los animales. Tuvieron que quedarse esa noche en Santa Teresita, un

asentamiento rural y comunitario donde, principalmente, viven indígenas emberá.

Al llegar al tambo de la esposa de Belisario, notaron que olía a río. Sobre un fogón de leña dos mujeres asaban, lentamente, una sarta de pescados recién sacados del agua y envueltos en hojas verdes de bijao que crujían a su contacto con el fuego. A un lado, una anciana estaba cocinando unos plátanos en una olla de barro mientras dos hombres pelaban la yuca blanca y lechosa, y unos niños, casi adolescentes, machacaban a golpes, en un pilón, el maíz que luego se convertiría en chicha. Gabriela malhayó no tener su cámara para registrar el increíble momento, la parsimonia de la gente, la cooperación silenciosa entre ellos. Porque allá el reloj no mandaba, era la selva la que marcaba el tiempo.

Cuando todo estuvo listo, incluso el ají molido con hierbas de monte, la mayora de la casa invitó a compartir los alimentos.

—Cómo se llama este pescado —preguntó Mateo.

—Doncella —respondió una de las mujeres—. Abunda mucho por acá. También hay bocachico y sábalo, si gusta probarlos.

—No. Este está bien. Es bastante carnudo.

—¿Les hace mucha falta el abuelo Belisario? —preguntó Gabriela.

—Más que al abuelo, extrañamos sus fórmulas medicinales —apuntó Nohemí con un dejo de nostalgia que disimulaba en sus gestos duros.

Después vino lo impensable: detrás de una chicha, vino la otra y después de esta una más hasta perder la razón. Según los días de fermentación, esta bebida puede tener pocos o muchos grados de alcohol, y la que estaban tomando ya llevaba seis días, por lo que cada totumada podía equivaler a dos cervezas.

Los vecinos de la vereda fueron trayendo flautas de caña, tambores artesanales y maracas y se formó la fiesta. Gabriela y Mateo se embriagaron y no pararon de llorar por todo: porque se iban, porque llegaban, por sus hijos, por sus parejas, por ellos. Y hasta tuvieron alientos para bailar y hasta se cayeron al piso sin parar de reír.

—Están enchichados —gritó Kimy mientras los demás ayudaban a levantarlos.

De repente empezaron a ladrar los perros. Todos se quedaron en silencio, porque conocían el significado de esa actitud. Alguien merodeaba, alguien venía, alguien extraño. Entonces Kimy se apresuró a pedirles a Gabriela y a Mateo que se escondieran. Muy rápido lo hicieron, sin tener conciencia de lo que estaba sucediendo.

Los perros no estaban equivocados. Al momento irrumpieron ocho hombres armados mientras otro grupo rodeaba el lugar. Pertenecían a un grupo armado ilegal, pero no se identificaron. Solo preguntaron por qué la bulla y con permiso de quién la estaban haciendo.

—La abuela está cumpliendo años —comentó Mara señalando a Nohemí.

Quién parecía ser el jefe de los hombres armados, empezó a mirar con sigilo y con una linterna de gran poder: cada cosa, cada rincón, incluso levantó la mirada hacia los árboles. Desconfiado por naturaleza, sabía que los indígenas solían mentir para salvarse. Entonces pidió comida y chicha. Kimy corrió a servirla.

—¿Alcanza para todos? —preguntó el comandante.

—Sí, señor, y si no alcanza les preparamos a los demás —dijo Mara, más asustada que acomedida.

—Con lo que tienen basta —dijo el comandante recibiendo los alimentos y la bebida, y se marchó luego de hacer una advertencia —: Porque la abuela está cumpliendo años, pero ustedes saben que estas cosas no se pueden hacer sin permiso. Les doy una hora para que terminen de celebrar. Pórtense bien…

Luego se fue.

Pasado el susto, los indígenas expulsaron de sus pulmones el aire que estaban comprimiendo. Cuando se cercioraron de que no estuvieran cerca fueron por los forasteros y los pusieron al tanto de lo sucedido. Dos, tres chichas más y a dormir.

—Menos mal me escondieron porque no me hubiera aguantado las ganas de decirle sus tres cosas a esos guerrilleros —dijo Mateo envalentonado por las chichas de más.

—Primero que todo no sabes si eran guerrilleros, segundo, deja de decir bobadas. Nadie se puede enfrentar a ellos a menos que te llames Ejército Nacional y estés armado. ¿Estás loco o qué?

—Loco por ti —le dijo y se echó a reír sobre la estera que les prestaron para dormir.

TREINTA Y UNO

Un prostíbulo llamado Congreso de la República

Casi a la misma hora en que se detuvo el viaje en Santa Teresita, Esteban llegó a su casa a preparar su encuentro con Daniela. Sobra decir que estaba nervioso. Sin embargo, no perdía la cabeza ni su inteligencia. Por eso, le pidió a su hermana que se llevara el niño a su casa y les prometió recogerlos más tarde. No quería correr riesgos pues, por más que disimularan, podrían despertar alguna sospecha.

Luego de que su hermana y su hijo se fueron, empezó a disponer todo para la llegada de su novia. Y estaba terminando de ultimar detalles cuando sonó el timbre. Era ella. La atmósfera se tornó rara. Algo grande estaba por pasar. Entonces puso a grabar su teléfono y lo introdujo en el bolsillo interior del saco. Cuando abrió la puerta, con el corazón en vilo, se encontró con una persona muy distinta. No era la misma Daniela coqueta e insinuante y llena de confianza que había conocido meses atrás. Estaba descompuesta, nerviosa, paranoica. Ni siquiera quiso saludarlo en la puerta. Se autoinvitó con afán y entró sin pedir permiso. Ya dentro de la casa quiso saludar a Esteban, pero él le esquivó el beso que ella dirigió a su boca.

—¿Qué pasa? —preguntó haciéndose la extrañada.

—¿Qué pasa? ¿Grabas nuestras relaciones y todavía tienes el descaro de preguntarme qué pasa?

—Te lo puedo explicar todo.

—No es que me lo puedas explicar, es que tienes que explicármelo todo y ya mismo.

Daniela le contó, llorando, que más que una espía era una esclava sexual de Leonidas Román. Que él la había reclutado hacía varios años, desde que era senador.

—¿Cómo pasó? —preguntó aterrado, consciente de que en su bolsillo tenía la grabadora del celular encendida, presta a recoger otra prueba.

—Todo empezó hace ocho años. Yo estaba sin trabajo hacía varios meses. Andaba desesperada, llena de deudas. De repente me llamó una amiga y me dijo que estaba trabajando en el Congreso con un senador y que iba a ver si me podía ayudar. Me puse muy feliz. A los dos días me pidió la hoja de vida. Te ofrecen un contrato de prestación de servicios por tres meses, muy bien remunerado, en la unidad de trabajo legislativo del congresista o en algún puesto sin responsabilidad que les dan las mesas directivas a sus amigos.

—Lo que llaman corbatas.

—Sí. Son miles. Nos pagan sin estar obligadas a ir ni a cumplir funciones. La mayoría son las "amiguitas" de los congresistas.

—Continúa, por favor.

—Bueno, obviamente acepté el contrato. Te tratan bien, te hacen sentir útil, te ilusionan con que vas a llegar muy lejos. Te dicen que si lo haces bien te lo prorrogan por otros seis meses. Entonces tratas de darlo todo, ilusamente, claro está, porque a ellos no les importa si uno hace bien o hace mal sus tareas. De hecho, no me ponían tareas y eso me preocupaba. Lo que les importa es crear la dependencia al salario alto que te pagan. Luego vienen las invitaciones a cocteles, a viajes, a fiestas. No te puedes negar a nada. Y no es porque te obliguen sino porque estás pujando por ganarte la prórroga del contrato. Luego te mandan a las chicas que trabajan allí y que ya están esclavizadas. Ellas te empiezan a decir que el senador es muy bueno, que es un caballero, que es muy

amplio y que hay que tenerlo en el bolsillo, si quieres tener un futuro más despejado.

—¿Qué quiere decir tenerlo en el bolsillo?

—Uno pregunta qué significa tenerlo en el bolsillo y te responden que "portarte bien".

—¿Y qué quiere decir "portarse bien"?

—Ahí sonríen y le responden a uno con un "amiga no te hagas la boba que tú sabes lo que significa portarse bien".

—Continúa —exigió Esteban convencido de estar logrando un documento probatorio de gran valor.

—Pues lo van acercando a uno hasta que llega la primera insinuación. Casi siempre es de parte de la secretaria del senador. Ellos se buscan secretarias eficientes y sin moral parapara que les cuadren todo. Ellas guardan sus secretos y se convierten en sus verdaderas cómplices. Por eso son las que más ganan. Entonces un día la secretaria del senador te dice: "Esperancita, el senador te necesita este fin de semana en Cartagena porque está invitado a la convención bancaria y la fulanita que maneja la agenda no puede viajar, ¿tú puedes ir con él?". En ese momento faltan menos de veinte días para vencerse el contrato. Por ponerte un ejemplo, tú vienes de ganarte un mínimo en tu trabajo anterior, después de estar desempleada varios meses, y aquí te ponen sueldos de cinco o seis salarios mínimos. Eso te empieza a llenar de angustia. No te quieres devolver a la calle. Entonces uno dice que sí. Obvio. Allá en Cartagena me invitó a cenar y yo le dije que sí. Luego, cuando faltaba media hora para ir al restaurante, me dijo que gracias a la convención en los restaurantes estaba todo el país, que si podíamos hacer la cena en un lugar más privado.

—Y le dijiste que sí.

—Pero… pero… ¿Cómo dice uno que no? Sería desconfiar de tu jefe. Eso lo hubiera molestado mucho.

Esteban puso cara de saber para dónde iba el asunto y se calló para que Daniela terminara de contar.

—Fue cuando me dijo que cenáramos dentro de su habitación. Ahí supe para dónde iban las cosas. Me puse muy nerviosa y lo único que se me ocurrió decirle fue que me daba pena con su

esposa. Me dijo que nadie se iba a enterar. Entonces llamé a una amiga que es abogada y me dijo que tenaz, pero que, si ya me tocaba, que le propusiera que fuera en mi habitación.

—¿No es lo mismo?

—Por si pasaba algo, que en las cámaras del hotel quedara que fue él quien vino a mi habitación y no yo a la de él.

—Ok. Y me imagino que pasó lo que tenía que pasar.

—No pero casi. Se portó muy caballeroso, me dijo que yo le gustaba pero que eso no tenía nada que ver con el contrato, que si quería me lo prorrogaba el lunes mismo y me llevó un regalo. Un perfume. Luego me besó.

—¿Cómo besa uno a alguien que no quiere?

—No es que yo no hubiera querido. Es que lo va envolviendo a uno para llegar a eso.

—¿Tuvieron sexo esa noche?

—No. A la siguiente.

Hubo un silencio plagado de rabia.

—Me dijo que si se podía quedar conmigo, que se sentía muy solo y hasta me prometió que nada pasaría. No le dije que sí ahí mismo, pero me rogó todo el día, me estuvo coqueteando, tratándome como a una reina, y, en fin: caí como cayeron todas.

—¿Cuántas?

—Solo Román tenía como diez, pero casi todos los senadores de ese combo tenían varias.

—¿Quiénes?

—Dios mío. Varios senadores, los de las mesas directivas, el director del noticiero, el jefe de compras, el jefe de personal. Eran muchos.

—Convirtieron el Congreso en un prostíbulo.

—No. Ya era. Después supe que esa práctica venía de muchos años atrás. Un expresidente se volvió famoso allí por meter modelos muy encumbradas a su oficina. Por ahí desfilaron varias y de las más conocidas.

—¿Cuál?

—Cuando esté segura lo contaré todo.

—Y ya no te pudiste zafar de eso.

—No. Y cada vez fue peor. Leonidas me usó como su juguetico nuevo durante unos seis meses y después ya vino la degradación.

—¿Qué te hizo?

—Cuando se me venció el segundo contrato de tres meses me ofreció uno de seis meses y con mejor sueldo, pero me pidió que le ayudara a entrampar a sus colegas, a magistrados, a contratistas, a fiscales, a jueces.

—Dios mío… ¿Cómo?

—Para ese momento ya yo sabía cuáles chicas estaban en la nómina haciendo ese trabajo. Nos mandaban a fiestas que otro senador armaba. —En este punto se desgajó a llorar.

—Tranquila —dijo Esteban abrazándola y después le trajo un vaso con agua. Ella se calmó y continuó el relato:

—Nos decían que no nos podíamos negar con nadie y, pues claro, ellos aprovechaban.

—¿Era para grabarlos?

—Sí. Algunas veces para grabarlos. Ellos tenían montadas las cámaras espías en las habitaciones. Pero otras veces era para ganar votos para pasar algún proyecto. Les conocían las debilidades a todos y les daban gusto. Incluso supe de senadores que les gustaban los muchachos y también les ponían jóvenes bonitos de carnada.

—Y me imagino que esto sigue pasando.

—Claro que sí. Y seguirá pasando.

—¿Y si los denunciamos?

—El problema es que las chicas se atrevan a hablar. No sé… Toca convencerlas.

—¿Tú estarías dispuesta a hablar?

—Si me garantizan mi seguridad, sí. Si no, no. Ellos son peligrosos. En esas fiestas se da uno cuenta de todo lo que hablan. Son terribles.

—Quiero que le des tu testimonio al senador Gerardo Botero. ¿Sabes quién es?

—Sí.

—¿Él ha participado de estas juergas?

—No. Que yo sepa no.

—Él está documentando un debate y valdría la pena ayudarle.

—¿Un debate de qué?

—Un debate contra la corrupción de esas mafias enquistadas dentro del Congreso.

—¿Contra quién?

—¿Para qué quieres saber? ¿Sigues haciéndome inteligencia?

—Cómo se te ocurre decirme eso. Si estuviera en ese plan no te lo hubiera contado ni habría venido a traerte la USB.

—Dámela.

Daniela la sacó de su cartera y la exhibió sin entregársela:

—Solo tengo una condición.

—¿Cuál? Cuando te la entregue habré roto todo lazo con Román. Me va a perseguir y me va a querer matar. Él sabe que yo sé mucho. No me va a dejar suelta por ahí.

—¿Qué quieres?

—Garantízame mi seguridad y la de mi familia. No es un favor. Es una exigencia. De hecho, él nos espía y ya debe saber que estoy acá.

En ese momento sonó el celular de Daniela y efectivamente era él. Daniela le mostró la pantalla del celular a Esteban, que decía: "ministro Román".

—Contesta —ordenó Esteban.

Ella asintió.

—Hola, doctor.

—¿Dónde andas? —le preguntó con amabilidad.

—Donde el doctor Andrade. Me invitó a conocer su hijo. Vamos a salir a cenar los tres.

—Muy bien. Me lo saludas, por favor. Pasa por mi oficina mañana. Tengo unas cosas ahí que necesito evacuar.

—Sí, señor. Ahí estaré.

Al colgar, Esteban la recriminó:

—¿Para qué le dijiste que estabas acá?

—Él lo sabe todo. Una mentira y nos saca del llavero.

—Tiene que hablar con el senador Botero. El país tiene que conocer estas inmundicias.

—Lo haré.

—Ahora dame la memoria…

—No. Primero tienes que asegurarme, ya te dije. Apenas te la entregue apago mi celular y me desligo de Román.

Esteban se quedó pensativo, sin saber qué hacer, pero necesitaba la memoria para estar tranquilo.

—Te puedo pagar un hotel por unos días.

—Pero me acompañas.

—Estás loca. Lo nuestro terminó cuando me enteré que me hacías inteligencia.

—Entonces no hay memoria —dijo con seguridad y guardó la USB en un bolso de nuevo.

—Tú de aquí no sales con esa memoria, te lo advierto.

—No estoy interesada en salir. Tú eres el que me está echando.

—¿Entonces pretendes quedarte aquí en mi casa, en la casa de mi hijo?

—A un hotel no me voy, Esteban. Por encima de tu miedo a que tu hijo sepa que te acostaste con una puta del Congreso está mi vida y créeme que la voy a defender como una leona.

—Te puedes quedar aquí por hoy. Mañana miramos qué hacer.

—Está bien.

—Ahora dame la memoria.

Daniela se la entregó y Esteban corrió a su estudio a comprobar que estuvieran los archivos. Cuando lo corroboró se ruborizó:

—Qué horror.

—Tienen archivos de más de cien personajes de la vida nacional. Por eso nunca van presos. Les abren y les abren procesos, pero el expediente siempre llega a manos de algún juez, algún fiscal, algún magistrado al que le tienen un video. Ahí termina todo. O lo archivan o lo dilatan para que recluya. Malditos—. A un senador lo tienen en un video con la esposa y con una de estas mujeres contratistas del Congreso. Los tres.

—Hacer un trío no es delito. ¿Cuál es el delito?

—Que la mujer soy yo y que el senador me obligó a tener sexo con él y con su esposa. Si no lo hacía le contaba al noviecito que tenía en esa época que yo era una perra. También tiene videos míos

y, cuando me rebelaba, me amenazaba con dárselos a mis seres queridos.

—Desgraciado.

—El viaje a España se dio en las mismas circunstancias. Siempre bajo chantaje, solo que esta vez no puse mucha resistencia porque tú me gustas de verdad, Esteban. Aunque no lo creas. Me enamoré de ti.

—Obviamente no te voy a creer.

Daniela asintió con tristeza mientras Esteban hacía una llamada.

—¿Flor Alba, cómo está el niño?

—Bien. Está comiendo.

—¿Lo puedes dejar allá en tu casa contigo esta noche?

—La pregunta sobra y ofende —le dijo, y Esteban empezó a organizar su nueva realidad.

Llamó al senador Botero, lo reunió con Daniela y entre los tres empezaron a planear la manera de empezar a destruir a Román.

Acto seguido, Daniela apagó su celular y ya no quiso saber más de su esclavista. Sintió tanta libertad que se puso a llorar en el pecho de Esteban.

—Han sido años horribles.

Esteban sacó fuerzas de dónde no le nacían para darle un poco de cariño a la mujer que le quiso hacer daño.

Y estaban mirando hoteles seguros y pequeños para guarecer a Daniela al día siguiente cuando apareció la noticia de la orden de confinamiento por 72 horas en Bogotá. Se ordenaba también el cierre de establecimientos y se limitaba totalmente la circulación de personas y vehículos en las calles. Desde luego, los planes cambiaron.

En un principio Esteban se negó, por pena con su hijo y con su hermana, a que Daniela se quedara en su casa esas 72 horas, pero en realidad no había otra alternativa. Entonces tuvo que pedirle a Flor Alba que cuidara al niño esos tres días y él se quedó en el cuarto de Samuel esa noche para que Daniela durmiera en el suyo. Pero la mujer no se dio por vencida. Usó todos sus encantos para tratar de seducirlo, pero no pudo. Saber que lo podía estar haciendo con algún interés oculto le nubló los deseos a Esteban.

***

Muy de madrugada, con los primeros rayos del sol y sin haber dormido más de tres horas, Gabriela y Mateo, envueltos en el letargo del guayabo por la sobredosis de chicha que ingirieron, regresaron al embarcadero para tomar la lancha que los llevaría a Juradó, su destino final, el lugar donde darían a conocer al mundo la noticia de su renacimiento.

En el embarcadero, bajo una lloviznita casi imperceptible, formada por gotas que parecían bruma, se quedaron Kimy con su esposa Mara y los jóvenes indígenas con sus perros, despidiéndolos con miradas melancólicas. Se les notaba la zozobra de tener que seguir luchando por sobrevivir en una zona que antes ocupaban los frentes 34 y 57 de las FARC, pero que luego del Proceso de Paz y una vez que este grupo subversivo se desmovilizó, fue copada por la guerrilla del ELN y por los paramilitares del Clan del Golfo, que en ese momento se disputaban a sangre y fuego las rutas de la cocaína hacia Panamá y el negocio de la extracción ilegal de oro.

A medida que se acercaban a su destino, Gabriela se llenó de sentimientos encontrados que iban desde la emoción de volver a ver a su familia, pasando por el miedo a enterarse que las cosas con Esteban hubieran cambiado, hasta el pesar por dejar de ver a Mateo. En cambio, este permanecía incólume, sin dejarse leer, aunque por dentro se sentía como un condenado a muerte. Le estaba haciendo el duelo a la idea de separarse de la mujer que amaba.

La ley del silencio imperaba en esos lugares como una forma de subsistencia. Casi que, al cerrar los ojos, dentro de esa lancha en movimiento no se escuchaba nada distinto al rugir del motor, los silbidos de algún pájaro y el sonido del agua al caer, y no se sentía nada diferente a la brisa cálida, el olor a pescado y las gotas que saltaban del río a los rostros de los viajeros. Ni el conductor, ni el ayudante, ni los pasajeros de la embarcación abrían la boca para nada. Era como si les cobraran por hablar, aunque la verdad es que solo se trataba de pereza o temor.

Juradó es un municipio insular, muy pobre, azotado doblemente por las violencias humanas y las naturales, ubicado en una especie de islote que se conforma entre el océano Pacífico y los ríos Juradó y Apartadó que, luego de unirse, se separan de nuevo para luego desembocar en el océano. Fue fundado por afrocolombianos que, aterrorizados por la esclavitud, decidieron buscar el lugar más remoto e inaccesible para establecerse allí sin peligro de perder su libertad.

Cuando la lancha atracó en el muelle, Gabriela y Mateo ya no sentían el corazón. Estaban a minutos de escuchar las voces de sus cónyuges y sus hijos. Estaban a punto de recuperarlo todo. Y era el fin de una historia de amor que nunca tuvo libreto y que protagonizaron a fuerza de circunstancias, sin haber hecho audición.

El olor a miseria muy pronto se hizo presente. Era un olor que irritaba más el alma que las fosas nasales. El muelle estaba atiborrado de rebuscadores con caras angustiadas. Luego de despedirse de sus silenciosos compañeros de viaje, el conductor de la lancha les pidió que lo siguieran. Se dirigieron a una estación de policía cuyas paredes exteriores estaban repletas de agujeros hechos por balas de fusil. Sin duda habían sido atacados en el pasado por grupos ilegales.

Luego de traspasar unas barricadas de costales de arena, fueron detenidos por el policía que custodiaba la entrada.

—¿Para dónde van? —les preguntó con firmeza, con lo poco que le podía quedar de amabilidad a un hombre sometido al estrés de la violencia diaria.

—Queremos hablar con el comandante, somos los que estábamos desaparecidos —respondió Mateo.

—Hay más de dos mil personas desaparecidas en la zona —alegó el policía, con algo de alevosía, pero con muchísima razón.

—Ellos son de la lancha Carmen Rosa —explicó el lanchero y esa seña fue suficiente para que el policía entendiera la importancia de la visita y corriera a dar la razón.

Enseguida fueron autorizados a ingresar y un minuto después estaban hablando con el comandante. Un teniente, fuerte y simpático, de estatura media, que no le daba para ser general, pero

de contextura gruesa, que llevaba puesto un uniforme casi nuevo y verde, recubierto a la altura del tórax con un chaleco antibalas un poco más oscuro.

El oficial los invitó a sentarse mientras llamaba a Bogotá con cara de novedad. Sin embargo, Gabriela le dijo que no querían causar un infarto a sus familiares y que, por favor, les ayudara a buscar la mejor forma de anunciar su regreso sin causar traumatismos.

—Ellos nos dan por muertos, teniente… usted entenderá —complementó Mateo.

—Sí, claro. No había pensado en eso, pero hagámoslo como ustedes quieran.

—Deberían anunciar primero que hay sobrevivientes del naufragio. Después sabrán que fuimos nosotros —opinó Gabriela.

—Bueno, pero a mis superiores sí me toca informarles todo con sus nombres. Espero me entiendan a mí también.

Gabriela y Mateo estuvieron de acuerdo y luego de mirarse se tocaron las manos, a escondidas del teniente, como si ese fuera el último chance de hacerlo. Sus labios destemplados y sus miradas azaradas lo dijeron todo mientras escuchaban, en el fondo, al teniente Ortiz dando la noticia:

—Dios y patria mi coronel, para reportarle que dos ciudadanos que se identifican como sobrevivientes del naufragio de la lancha Carmen Rosa de Nuquí están aquí, vivitos y coleando en la estación de Juradó.

TREINTA Y DOS

El chantaje

Eran las nueve y treinta de la mañana cuando Mateo y Gabriela llegaron a la estación de policía de Juradó. A esa misma hora, Daniela dormía semidesnuda y sin sábana sobre la cama matrimonial de los Luna Andrade. Aunque la puerta de la alcoba permanecía cerrada para que los demonios de la lujuria no tentaran a Esteban, el hombre necesitó abrir para sacar ropa.

Al verla en la cama de su esposa sintió pena. Estaba molesto, no se sentía a gusto. Nunca ninguna mujer se había acostado en la cama de Gabriela por lo que él sentía que estaba cometiendo un sacrilegio contra el santuario de su amor. Y lo peor era que tenía que esperar a que se cumplieran los tres días de aislamiento para poderla trasladar a un hotel, porque todos estaban cerrados en virtud del decreto.

Como la mujer no despertaba, se puso a mirar por la ventana. No se veía un alma, no había carros, el comercio estaba cerrado, el transporte público se encontraba fuera de servicio. No pasaban aviones. El tiempo parecía detenido. El planeta estaba teniendo un respiro inusitado. Los árboles y las cuerdas de la luz se volvieron a llenar de pájaros.

Inmerso en ese estado de crisis existencial, Esteban escuchó repicar su teléfono. Reaccionó rápido para silenciarlo pues no quería

despertar a su invitada, porque la prefería dormida y porque, aburrido con la situación, aún conservaba esa caballerosidad que saltaba a la vista como quizá su mayor atractivo. Tomó el teléfono en el segundo timbre, pero como observó en la pantalla un número desconocido, resolvió no contestar. Lo puso en silencio.

—¿Por qué no contestas? —preguntó Daniela desperezándose.

—No sé quién es.

El teléfono volvió a sonar y entonces decidió apagarlo, aunque le llamó la atención tanta persistencia.

—A lo mejor es Leonidas. Como tengo mi teléfono apagado pone gente a hacer llamadas a ver si uno le contesta a un número diferente.

—¿Por qué no lo enciendes? He estado pensando que perderte de la noche a la mañana lo va a poner en alerta.

—Yo te dije que si te entregaba la memoria me tocaba perderme o era mujer muerta.

—Él no sabe que tengo la memoria. Ahora con esto de la cuarentena las cosas cambian. El senador Botero tendrá que aplazar el debate. Tenemos tiempo de averiguar más cosas.

—No entiendo. Quiero que seas más claro.

—No te desligues de Román todavía.

—¿Cómo así? —preguntó sentándose en la cama de un solo movimiento—. ¿Me estás pidiendo que me vuelva una espía de él?

—No me parece descabellado. Ya lo sabes hacer.

—No es que lo sepa hacer. Ya te expliqué por qué lo hice.

—Bueno pues cambio la frase. Ya tienes experiencia. Piénsalo. Podemos sacar de la política a un personaje que le hace mucho daño a este país…

—Déjame pensarlo —respondió Daniela creyendo que la propuesta no era descabellada del todo. Además, venía acumulando un odio visceral contra Leonidas Román.

***

—No contestan en su casa, señora Gabriela. Ahora voy a marcar a la de don Mateo a ver si cuento con más suerte.

Entre triste y preocupada, Gabriela no entendía por qué su esposo no respondía las llamadas, pero pronto recordó que Esteban era reacio a contestar números desconocidos. Además, agradeció que no hubiera contestado porque aún se debatía en el dilema de no saber qué decirle, ni cómo decírselo.

Mateo empezó a sudar. Sabía que la situación iba a ser embarazosa, pero Gabriela leyó su incomodidad y le facilitó las cosas saliéndose de la oficina del teniente Ortiz. Pero Julieta tampoco respondió. Estaba buscando paliativos para la fiebre de sus niñas porque no había sido posible que las aceptaran en la clínica, y preguntando entre conocidos si alguien le podía ayudar a conseguir un respirador artificial para su mamá. No había uno solo disponible. No era su prioridad contestar llamadas en momentos de tan alta angustia.

Quienes sí se enteraron de la aparición de los náufragos fueron los periodistas de Quibdó y, por intermedio de ellos, los de la capital del país. El coronel que recibió la novedad la transmitió a un corresponsal de un noticiero de televisión nacional que trabaja desde la capital de Chocó. El periodista, Herbert Vásquez, se interesó tanto por el caso que pidió permiso en Bogotá para viajar a Juradó. Lo separan 320 kilómetros de distancia. Argumentó ante su jefe de redacción que podía ser una noticia nacional de mucho interés pues la pérdida de la embarcación y su aparición en estado de destrucción causó mucho revuelo en la prensa y en las redes sociales. Aun así le negaron el permiso, pero Vásquez esgrimió un argumento ante el cual su jefe de redacción sucumbió sin atenuantes:

—Nos podemos estar perdiendo de una historia fenomenal, jefe. Acuérdese de Velasco, el náufrago que sirvió de inspiración al primer libro de García Márquez.

Finalmente, y ya entrada la noche, la orden de desplazarse hasta Juradó llegó desde Bogotá. Herbert preparó sus cámaras con mucho entusiasmo para ir a cubrir una noticia que prometía audiencia. Gabriela y Mateo se quedaron tranquilos porque tuvieron más tiempo de pensar en la primera charla con sus parejas. Sin embargo,

la tranquilidad se rompió cuando el teniente recibió un reporte por radio sobre una incursión armada en una vereda cercana.

—Tenemos problemas. Me tengo que ir. Las Autodefensas Gaitanistas están jodiendo de nuevo a los emberá de Santa Teresita.

—Dios mío, de allá venimos —exclamó Mateo aterrado.

—¿Les habrá pasado algo a nuestros amigos? —agregó Gabriela muy afectada y pidió claridad—: ¿Jodiendo? ¿Qué quiere decir jodiendo? —preguntó olvidándose de su propio drama.

—Puede ser un hostigamiento, una incursión, una masacre… Es muy difícil saberlo ahora —explicó el teniente—. Es muy lejos, ya lo vieron. Siempre que llegamos ya se han ido. Duele decirlo, pero a veces llegamos a recoger los muertos.

—Dios mío —dijo Mateo llevándose las manos a la cabeza.

—Que no les haya pasado nada, por favor. Son tan buenos.

Gabriela maldijo con impotencia esa situación y lloró de rabia.

—¡Por qué no dejan en paz este país!

—Señorita, mientras exista cocaína esta guerra nunca se va a terminar.

—Lo que te dije —le dijo Gabriela a Mateo, y luego se dirigió al teniente—: Y una aclaración, teniente. No son Autodefensas Gaitanistas. Gaitán nunca mató gente, nunca traficó con drogas, nunca sembró el terror. Gaitán fue un demócrata, un líder popular que quería cambiar este país, no incendiarlo.

—Lo tendré en cuenta, señorita, pero toca decírselo a la prensa también porque ellos le hacen el juego a eso. Pero bueno, me tengo que ir a resolver el asunto. ¿Ustedes dónde se van a quedar?

—No tenemos dónde, pero queremos regresar hoy mismo a Medellín —advirtió Mateo.

—O a Nuquí —propuso Gabriela.

—Me queda más fácil embarcarlos a Quibdó, pero el único vuelo ya salió. Tienen que esperar hasta mañana. Para ir a Nuquí tendrían que tomar una lancha. Se demoran tres horas. Ustedes verán.

—De allá salimos sin conocernos y allá es donde hacen los tatuajes —dijo Gabriela a su compañero como queriendo convencerlo de volver al lugar donde se vieron por primera vez.

—Como tú quieras —le respondió Mateo con tal de alargar, por unas horas, la presencia de Gabriela en su vida.

—Les da lo mismo porque tienen que dormir en Nuquí y esperar el avión de las once de la mañana —les advirtió el teniente sin conocer el intríngulis de esa decisión.

El corresponsal en Quibdó del noticiero nacional, se alcanzó a enterar de la movida de los náufragos hacia Nuquí y cambió su tiquete de avión para entrevistarlos allá. Sin embargo, para que nadie le robara la "chiva", decidió lanzar un extra en la emisión nocturna del noticiero, donde contó que había dos sobrevivientes del naufragio de septiembre en aguas del océano Pacífico, y prometió, para la emisión del día siguiente, una ampliación de la noticia con la identificación de los sobrevivientes. Esto causó un terremoto en las familias de los diez ocupantes de la barca.

Ni Esteban ni Julieta se enteraron. De hecho, Julieta estaba de espaldas al televisor, tomando la temperatura a sus hijas, cuando salió la noticia. Esteban estaba dedicado a solucionar su problema con Daniela, pero algunos de sus amigos sí vieron la noticia y lo llamaron de inmediato para contarle, pero había apagado el celular. Estaba paranoico, sentía que era Román para preguntarle por Daniela. Estaba aislado por la vergüenza y por el miedo sin saber que se estaba perdiendo la noticia más importante de toda su vida.

Aunque quisieron averiguar por la suerte de sus amigos emberá, Mateo y Gabriela permanecieron en la estación de policía. El teniente Ortiz no quiso arriesgarse a que les sucediera algo mientras partían hacia Nuquí y les organizó un camarote dentro de un cuarto de la estación para que descansaran mientras partía la lancha en un par de horas. Se acomodaron, ella en el primer piso del mueble y él en el segundo. Aunque Mateo quiso convencerla de tener una última relación sexual ella se negó categóricamente:

—Descarados no, Mateo. Estamos a horas de reencontrarnos con tu mujer y con mi marido. Descarados no.

Mateo sintió algo de vergüenza y ofreció disculpas.

***

Sobre el mediodía, Esteban escuchó unos gritos que venían de su habitación y acudió a su llamado con algo de preocupación. Cuando entró a la habitación, por un segundo, pensó ver a Gabriela en su cama y su mente se nubló. Daniela se había puesto la ropa de su esposa y estaba jugando con su gato. Entonces sintió ganas de golpearla.

—¿Qué haces? ¡Por Dios!

—¡Esteban, tengo hambre!

—¡Por qué te pones la ropa de mi esposa! —preguntó hecho un energúmeno, con una rabia que nunca se le había visto.

—Necesito cambiarme. No traigo nada. Pensé que…

—Pensaste mal, carajo. Te exijo que te la quites ya mismo.

—Entonces tráeme ropa porque no me voy a poner la misma que tenía ayer.

—Te pones una pijama mía, pero nunca en tu vida, nunca, vuelvas a atreverte a tocar nada de mi esposa, ¿entendiste? Ni el gato.

Daniela asintió asustada. Furioso, Esteban empezó a buscar en sus cajones algo que la mujer pudiera ponerse. Encontró un pantalón de sudadera con una camiseta blanca de algodón, y se los lanzó desde la distancia, aun con rabia.

—Qué grosero eres —le dijo ella mientras tomaba las prendas.

—Grosero no. Es que uno en la vida tiene que aprender a tener tacto y delicadeza.

—Bueno, pero ya no me regañes más. ¿Qué culpa tengo que tú quieras mantener viva a una persona que está muerta, ah?

Esteban se dejó caer sobre la silla del tocador de Gabriela y se llevó las manos a la cara mientras Daniela se cambiaba.

***

Acompañados por un policía, Gabriela y Mateo tuvieron tiempo de salir a mirar en detalle la miserable realidad de ese pueblo fundado 180 años atrás. Aunque los lugareños convivían en normalidad con esas imágenes desgarradoras, para los recién llegados, lo que estaban viendo les copaba la capacidad de sentir toda la lástima que cabía en sus corazones. Cientos de desplazados por la violencia, con sus hijos, con sus corotos, con sus mascotas, durmiendo bajo los voladizos de las casas y de los negocios de la zona comercial.

Hombres sentados en los andenes con los rostros totalmente cubiertos por sus manos. Niños con cara melancólica, con las miradas perdidas, pintando figuritas en la tierra. Allí, bajo casuchas de plástico, en medio de un calor insoportable y sofocante, mendigando alimentos, estaban todos los fantasmas de Dos Bocas, Santa Marta y Buenavista que Mateo y Gabriela no habían encontrado a su paso por esos lugares. Hasta ahí habían venido a parar los indígenas desterrados con amenazas y asesinatos, sin imaginar que en la práctica ya estaban casi muertos y sin posibilidad de resurrección alguna.

—Imagina un mundo donde la gente no marche. Un mundo donde el poder corrupto hace y deshace sin que la gente proteste por cosas como estas —le dijo Gabriela.

Mateo no supo qué responder.

—Imagina este país sin que la gente se indigne ante el robo de tierras a campesinos, ante el saqueo de nuestros recursos naturales. Imagina que hacen Tribugá y nadie protesta. Imagina que arruinan el agua de Santurbán por explotar oro y nadie dice nada.

—Escúchame bien… Deja de echarme indirectas. Ese discurso no es para mí. Soy buen ciudadano, pago impuestos sin hacer trampa. Educo a mis hijas con amor, no robo a nadie, genero empleo, no mamo de la teta del Estado. Ese es mi aporte. Pero no esperes que me vaya a gritar consignas pendejas en una marcha igual de pendeja.

—Pero votas mal. Con eso borras todo lo bueno que crees hacer.

—El voto es subjetivo y es secreto. Uno vota por el que le da la gana. Es un derecho —exclamó Mateo.

—Es un derecho que acarrea unas responsabilidades, como no votar por asesinos ni ladrones.

—Ay, por Dios. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Todos son iguales. ¿Tú crees que la gente de la izquierda no mata y no roba? Por Dios, mi vida, seamos objetivos.

—Eso es cierto, no voy a defender lo indefendible como hacen ustedes. Pero también hay gente honesta. Gente que se ha jugado la vida por cambiar las cosas.

—Bueno en la derecha también hay de todo. Gente buena y gente mala. Normal…

—No nos deberíamos conformar. Ese normal me sonó como a "qué le vamos a hacer si las cosas son así". No, señor. Esa mentalidad derrotista hay que cambiarla.

—Bueno, cambiémosla. Necesitamos treinta años para cambiarla y empezando desde ya. Pero por ahora no hay remedio. Nos ponen a elegir entre el cáncer y el sida, y yo voto por él que me deje trabajar. Por el que me baje los impuestos y me permita crecer para generar más empleo y más riqueza. ¿Cuál es el delito? —preguntó Mateo, un tanto molesto.

—Que cuando te rebajan los impuestos tú no puedes cambiar tu Toyota nueva por la del año entrante, pero al pobre le quitan el bus. Que tendrás que comprar un Rolex en vez de un Patek Philippe mientras al pobre le quitan el almuerzo. Que ya no puedes comprar en Ermenegildo Zegna sino en Hugo Boss, mientras el pobre se queda sin zapatos. Que ya no puedes beber Macallan sino Chivas, mientras al pobre le quitan el agua. Que tus hijos ya no pueden ir a Harvard sino a la Universidad de los Andes mientras los hijos del pobre se quedan sin escuela. Eso es lo que pasa cuando le quitan impuestos a un rico. Es plata que deja de recaudar el Estado para atender viejitos con hambre, campesinos sin tierra, niños sin techo.

—Suficiente ilustración, ya entendí. Deja de sobreactuarte —alegó el hombre.

—Cuando les duelen las verdades no son capaces de contraargumentar. O nos dicen exagerados, o mentirosos o que estamos locos. Pero, aunque te duela, eso es lo que pasa cuando votas para que te bajen los impuestos y, para mí, eso es inmoral en

un país que convirtieron ellos en uno de los más desiguales del planeta.

—¿Quiénes son ellos?

—Los que han gobernado, los que están gobernando. La desigualdad no se genera sola, señor. La desigualdad se genera cuando los políticos hacen leyes para favorecer a los de arriba, punto.

—Bueno, dígaselo a ellos entonces. Yo no tengo por qué cargar con las penas de la humanidad.

—Pero tú votas por ellos. Entonces te digo a ti.

—¿Sabes qué? Dejémoslo ahí. No quiero seguir discutiendo.

—Me decepciona tanto tu falta de empatía. Ver cómo te exoneras de todos los temas que te incumben.

—Soy objetivo, nada más.

—Lo que es objetivo es esta pobreza que estás viendo, esta guerra que estás observando, estas víctimas, esta desigualdad tan terrible que se vive en los territorios y que quieres ignorar. ¿Te parece que votar contra los que produjeron esta debacle, esta violencia, esta corrupción, está bien?

Nuevamente un silencio de Mateo, pero Gabriela sabía que no tendría otra oportunidad de expulsar la rabia que tenía en su corazón.

—Eres libre de pensar en lo que te dé la gana, señor Mateo. Lo respeto. Pero no puedes perder la empatía porque pierdes el alma, ¿me escuchaste?

—¿En serio vas a seguir en este plan? —indagó con preocupación y molestia el hombre.

—Sí —respondió Gabriela dándole la espalda con fastidio.

—¿Qué te pasa?

—Pasa que jamás me podría enamorar de una persona a la que no admiro.

Mateo quedó aburrido pensando que la mujer tenía razón.

***

En casa de Esteban, las cosas no mejoraban. El silencio había completado de romper la relación y el hecho de tener apagados los celulares estaba a punto de colapsar todo.

—Te noto preocupado —opinó Daniela.

—Lo estoy. Mi hijo no va a entender por qué se tiene que quedar otra noche en casa de su tía —respondió Esteban, poniendo en el cesto de la ropa sucia las prendas de Gabriela, que Daniela se acababa de quitar.

—¿Por qué no lo traes? No tiene nada de malo.

—¿Y qué le digo? ¿Mira, mi amor, te presento a tu madrastra?

—No seas exagerado. Además, tú ya no quieres nada conmigo.

Esteban prefirió no opinar al respecto mientras ponía a cargar su reloj electrónico, que estaba en su closet.

—Le dices que soy una amiga que se quedó en tu casa porque nos sorprendió aquí el decreto de cuarentena. Además, es cierto.

—No. Él está muy chiquito para entender eso.

—Eres un hombre soltero, Esteban. ¿Cuál es tu problema?

—Soy viudo.

—Es lo mismo. Además, tu esposa desapareció hace más de seis meses. Cualquiera entendería que te vuelvas a organizar. Si no quieres conmigo, con otra mujer.

—Quizá después de un año me atreva. Ahora no me gustaría que mi hijo y mi familia se enteraran de nada.

—Bueno, tú verás cómo lo manejas. Me parece que estás exagerando.

—La verdad, ese es mi problema. Ahora, dime, ¿qué has pensado de la propuesta que te hice?

—No sé. Leonidas es un hombre muy astuto, muy inteligente. Lo va a notar.

—No si actúas normalmente, como siempre.

—Tendría que hacerlo muy, muy bien. ¿Pero sabes algo? Voy a tomar el riesgo. Quiero que ese hijueputa y sobre todo Augusto Rey paguen por cada cosa que me han hecho.

—Qué buena noticia, te prometo que haremos las cosas bien —exclamó y aprovechó para sacarse una duda—: ¿Qué papel juega

ese Augusto Rey en la vida de Román? ¿Por qué es tan importante para él?

—Todo. Es el que ofrece las coimas, el que cobra, el que organiza las orgías. Es el que manda a poner las cámaras en las fincas y en las casas que usan para sus fiestas. Es el que chantajea a los que aparecen en los videos y el que contrata los sicarios cuando quieren matar a alguien… Más que su mano derecha, Rey es todo. También es su mano izquierda y su otra mente. Él hace el trabajo sucio. Es el encargado de mantener a Román limpio. Y tienen claro que, si algún día caen, Rey se echará toda la culpa para mantenerlo incólume. También tengo claro que, si me pasa algo, todo lo va a haber organizado Augusto.

—No te va a pasar nada, ya verás.

—Si hacemos las cosas bien, porque si les despertamos la menor sospecha no solo me van a matar a mí, Esteban. También te van a matar a ti.

Esteban no tuvo tiempo ni de preocuparse por la sentencia de Daniela. De repente pasó algo que habría de empeorar las cosas. El pequeño Samuel se asomó a la habitación aprovechando que su padre había dejado la puerta abierta.

—¡Papá! —le dijo fijando su mirada en la mujer que estaba sentada sobre la cama con Orión.

Esteban se quiso morir. Muy avergonzado, le pidió que esperara en la sala.

—Quiero a mi gato —dijo el niño y Esteban se lo alcanzó con rabia mientras se asomaba a la puerta a reclamarle a su hermana que venía caminando hacia él.

—¿Por qué no avisaste? —le gritó muy contrariado.

—Te estoy llamando y no contestas.

—¿Y no podías esperar a que yo te llamara?

—Hermano, es que pasó algo muy importante…

—¿Qué? —preguntó sin ganas, pensando que de esa forma la noticia no sería tan grave.

—En las noticias están diciendo que aparecieron dos de los que iban en la barca esa de Nuquí.

—¿Qué? ¿Cómo así? ¿Quiénes?

—No han dicho quiénes. Pero dijeron que un hombre y una mujer.

Esteban quedó estupefacto. No supo qué decir ni qué responder. Solo se llenó la cabeza de pensamientos y corrió a su celular con la intención de encenderlo.

—Espérame en la sala, por favor.

—¿Crees que tu mujer esté viva?

—La información que tengo es que la mataron a tiros en alta mar… pero no pierdo la esperanza…

Daniela asintió entre triste y molesta.

—Perdóname, tengo que averiguar si entre esos sobrevivientes está mi mujer —dijo con mucho nerviosismo y empezó a marcar números desde su celular.

***

Gabriela y Mateo llegaron al embarcadero, estaban listos para su viaje a Nuquí. En el puerto los estaba esperando una lancha de la policía. Varias personas que ya se habían enterado de la noticia llegaron a saludarlos y a despedirlos. Algunos les pidieron fotos. Ellos se negaron, pero a la gente no le importó. De todas formas, se acercaron a pocos metros y se hicieron selfis con ellos en el fondo.

Teléfono roto

Cuando el comandante de la policía de Juradó se comunicó con el comandante de la policía de Nuquí para informarle que la pareja de náufragos sobrevivientes iba en camino, en Nuquí se formó una revolución. Las noticias iban y venían totalmente agrandadas, exageradas, acomodadas a los sentimientos de los deudos y deformadas a todos los tamaños. Como el teniente que los atendió y despachó no tuvo tiempo de dar los nombres de los dos sobrevivientes, la especulación corrió por cuenta de cada quien.

Y acababa de zarpar la lancha cuando al teléfono del teniente Ortiz entró una llamada que el oficial dudó en contestar. Era Esteban, pero el policía decidió no responder.

***

Carmen Rosa estaba alistando a los niños para mandarlos al colegio cuando una vecina golpeó en su puerta para contarle lo que quiso:

—Vecina, vecina, que encontraron a su negro. ¡Encontraron a don Óscar!

—¿Qué? —exclamó Carmen Rosa soltando un plato que portaba en sus manos.

—Acaban de avisar en la estación de policía que ya vienen para acá desde Bahía Solano.

—¡Dios mío! ¿Quién dijo?

—Prenda las noticias y verá…

—Me muero —gritó Carmen Rosa envuelta en lágrimas de felicidad mientras prendía la radio y entregaba la noticia a sus pequeños que, por el escándalo, se habían aparecido en la sala.

—Mis amores, su papá está vivo. Lo encontraron, lo encontraron, ya viene para acá.

—Les repetía eufórica mientras los abrazaba y revoloteaba de un lugar a otro sin saber qué hacer.

Enseguida se formó la algarabía. Los vecinos empezaron a llegar y en minutos la sala de la casa de Carmen Rosa se vio repleta de gente celebrando el acontecimiento. La esposa de Óscar recibía felicitaciones a granel mientras desbarataba el altar que le tenía armado en la sala de la casa desde que terminaron las nueve noches.

Y, entre besos, gritaba:

—Yo sabía que estabas vivo, mi amor. Yo lo sabía. Yo se los dije a varios de ustedes, ¿cierto?

La mayoría respondió positivamente mientras la esposa del ayudante preguntó si con Óscar venía Milton. Nadie supo decirle,

pero, por analogía, la mayoría dedujo que sí, gracias a un comentario de un tercero:

—Si son dos los sobrevivientes, y Osquitar y Milton son los dos que más saben del mar, seguramente fueron los únicos que supieron sobrevivir.

Pero la alegría les duró muy poco a los familiares de Mosquera. Un señor llegó a contar que en el puesto de policía le habían dicho que los sobrevivientes eran un hombre y una mujer. Eso cambió las cosas inmediatamente.

—¿Quién será la mujer? —se preguntaron todos.

Los niños de la escuela se llenaron de ilusión pensando que la mujer fuera Gabriela, pero Catalina y Víctor trataron de calmarlos para que posteriormente no se llevaran una desilusión.

La noticia entristeció a los familiares de Milton, pero un primo suyo le dijo a Carmen Rosa que no se ilusionara tanto porque en vez de Óscar podría venir Mosquera. Hubo pleitos y escaramuzas de golpes por ese comentario. Carmen Rosa le dijo que estaba segura que el sobreviviente era Óscar porque el capitán de un barco era el último en abandonar la nave.

La polvareda de la noticia, con todas sus distorsiones, pronto cubrió la totalidad del pueblo. El muelle parecía insuficiente para albergar a todos los habitantes de Nuquí porque nadie quería perderse el acontecimiento. Estaban arreglándose para salir a recibir a los sobrevivientes, pero las noticias del nuevo virus ya habían llegado al pueblo. Por esto, el alcalde tomó precauciones y decretó que el uso del tapabocas era obligatorio. El problema era que, salvo los residentes del centro de salud, nadie más tenía tapabocas.

En silencio, con poquísimas esperanzas, en un rinconcito tímido cercano de la multitud, esperaban dos jóvenes que no dejaban de mirar hacia el horizonte en espera de la aparición de la lancha. Eran los nietos de Elena y Ramiro. Sabían que no era fácil que de los diez ocupantes de la lancha justo los dos más débiles y viejos fueran los sobrevivientes, pero nunca dejaron de conservar una leve ilusión en el fondo más recóndito de sus corazones.

TREINTA Y TRES

El retorno a donde empezó todo

La lancha de la Policía Nacional, empujada por tres briosos motores de treinta y dos caballos de fuerza, parecía volar sobre la superficie del océano Pacífico. Las ráfagas de brisa que producían los ochenta kilómetros por hora sobre los rostros de los ocupantes les impedían a Gabriela y a Mateo abrir los ojos. Sin embargo, hicieron el esfuerzo de girarse para recibir el viento de espaldas, y así poder observar el paisaje y conversar un poco.

Querían recordar las horas aciagas en las que tantas veces sintieron la muerte. Enseguida los recuerdos se agolparon en sus mentes como hojas secas bajo un árbol silvestre de Chicalá.

Mateo recordó las muertes trágicas de Óscar, su ayudante, la familia de Martelo, el tiburón que cazó y que les sirvió para mantenerse con vida varias semanas, mientras Gabriela recordó las noches de luna llena, el firmamento despejado, las estrellas, el sol quemando su piel. Ambos volvieron a pensar en sus familias. Estaban dichosos con la posibilidad de verlos. Ignoraban si a esta hora ya conocían la noticia y deseaban que así fuera.

Los cuatro policías que los acompañaban, uno que conducía y tres que custodiaban con sus armas de largo alcance a los pasajeros, tuvieron una corta charla con la pareja:

—Vamos a llegar más rápido de lo que teníamos previsto.

Mateo y Gabriela se miraron acrecentando su nerviosismo y agradecieron a los policías por la amabilidad, pero no dejaron de sentir nostalgia por la proximidad de la hora cero.

En el embarcadero de Nuquí el pueblo entero se estaba agolpando para recibir a los héroes. Con un megáfono, un funcionario de la alcaldía les pedía a los asistentes que no se juntaran tanto.

—No olviden el distanciamiento social, por favor —gritaba angustiado.

Carmen Rosa estaba bella en extremo. Usó un vestido blanco que solo se ponía para ir a bodas, una pava del mismo color adornada con imitaciones de frutas, unos zapatos altos de color rojo y una cartera de charol de la cual sacaba a cada tanto un pañuelo para secar sudor y lágrimas por igual, y una estampita de la virgen que besaba sin parar por encima de un tapabocas improvisado que le impedía mostrar al mundo su renovada sonrisa.

A los pocos minutos llegó otro rumor. "Que están muy cerca y que no vienen de Bahía Solano sino de Juradó". Muchos se aterraron, otros le encontraron más lógica a esa ubicación y cambiaron de posición para direccionar sus miradas hacia el norte. El todo es que hasta la chirimía del colegio municipal llegó al lugar para amenizar la tarde que, aunque con nubes oscuras en el horizonte, ya era alegre por la sola esperanza de recuperar dos vidas que se daban por perdidas.

Los alumnos de los colegios que andaban aburridos en sus casas por las órdenes que dio el ministro de Educación de suspender clases hasta tanto no pasara la pandemia que se empezaba a extender por todo el país, se sumaron al acontecimiento. Eso sí, tenían que llevar sus bocas y narices cubiertas al menos por un trapo.

Los niños de la escuela Tiburones se hicieron presentes con sus tablas, por si se les daba el milagro de ver llegar a Gabriela con vida.

Cada segundo en aquel lugar generaba una tonelada de angustia y ansiedad entre los familiares de los que zarparon en aquella lancha, seis meses atrás.

***

En Bogotá, mientras Esteban llamaba con desespero al director de la Policía, al alcalde de Nuquí y al gobernador de Chocó, a su teléfono entró una llamada del ministro Román. Muy sorprendido y atendiendo a lo hablado con Daniela, decidió tomarla, aunque con algo de nerviosismo:

—Ministro, ¿a qué debo el milagro?

—Realmente ocurrió un milagro, Andrade.

—¿Qué pasó, ministro?

—Me acaban de llamar de Nuquí, encontraron dos sobrevivientes de la lancha donde desapareció su esposa.

—Sí. Eso supe, pero no conozco el nombre de los dos sobrevivientes. Estaba llamando precisamente al alcalde…

—Sí. Hasta ahora la información es confusa. Solo se habla de dos personas, pero no sabemos si son mujeres, hombres, hombre y mujer…

—Dios mío, eso me tiene en ascuas.

—Bueno, Andrade, le sigo informando cuando sepa algo más. Lo llamaba para darle la buena noticia.

—Sí, señor. Gracias. No sabe lo esperanzado que estoy.

—Entiendo —le respondió el ministro con hipocresía porque en el fondo deseaba que entre los dos sobrevivientes no estuviera Gabriela. Sabía que con ella las cosas serían a otro precio y por eso se movió rápido para que Augusto Rey conociera de primera mano la información. El regreso de Gabriela complicaría las cosas.

Esteban no quería contarle la noticia a su pequeño hijo por no causarle un trauma, en caso de que entre los sobrevivientes no estuviera su madre, pero confió tanto en que una de las sobrevivientes fuera ella, que enseguida, procurando no despertar a Daniela, empezó a empacar un par de mudas de ropa en una pequeña maleta.

Pero Daniela se despertó y al verlo empacando le preguntó qué se proponía.

Sin mirarla, Esteban le respondió que se iba para Nuquí.

—¿Ya te confirmaron que tu esposa es una de las sobrevivientes?

—No, pero tengo que ir.

—¿Por qué no esperas a estar seguro?

—Mi corazón me dice que Gabriela está de regreso. Pero si la corazonada me falla, estoy muy interesado en que los sobrevivientes me cuenten qué pasó con ella, cómo murió, en qué circunstancias, cuándo, dónde está su cuerpo…

Terminó de empacar y salió hacia la sala marcando desde su celular un número. Le contestó su secretaria:

—A sus órdenes, doctor.

—Ornella, necesito que me gestiones un helicóptero con la policía. Voy para Nuquí.

—Sí, señor, ¿para cuándo?

—Para ya.

—Señor, pero mire la hora… van a ser las cuatro de la tarde. Ellos no vuelan de noche.

—No me importa. Y si no se puede en helicóptero, quiero un avión de la Fuerza Aérea. ¿Hay cupo en el convenio?

—Sí, señor, pero ese no es el problema. El problema es la hora. Voy a necesitar autorización del ministro.

—Yo la pido. Vaya gestionando.

Colgaron y Esteban se quedó haciendo las llamadas del caso.

Augusto Rey también se movió y rápido. En una llamada encriptada al mandamás de Nuquí, se cercioró de que Gabriela no estuviera viva. Rigoberto Reyes le confirmó que a ella la habían matado sus hombres en la lancha.

El renacimiento de Julieta

Julieta estaba deprimida, tirada sobre su cama, mirando un punto fijo de las nubes que desde allí podía observar a través de la ventana abierta de su alcoba, cuando empezó a sonar el teléfono. Lloraba por la culpa de haber infectado a sus hijas, a su hermano y a su madre, cuando decidió mirar la pantalla de su teléfono. Era una

llamada inesperada. Al otro lado de la línea estaba el propietario del hotel Las Brisas.

Al verlo sintió un presentimiento convertido en corrientazo y contestó con angustia, pero, al igual que a los demás, la noticia le llegó fracturada.

—Mi señora, hay dos sobrevivientes del naufragio de la lancha Carmen Rosa, pero no sabemos quiénes son. Solo sabemos que se dirigen en estos momentos a Nuquí en una lancha rápida de la Policía Nacional.

Julieta quería entusiasmarse, pero su estado de ánimo se lo impedía. Por eso lo tomó con negativismo y miedo. Empezó a sentir que todo le temblaba, incluso la voz. No se hizo muchas ilusiones.

—¿Hay alguna esperanza de que mi esposo sea uno de los sobrevivientes? —preguntó nerviosa.

—No lo sabemos —respondió don Eusebio a secas.

—Es una lotería —dijo ella y trató de colgar.

El hombre la alentó con un simple comentario estadístico: —Una lotería muy fácil de ganar, doña Julieta. Es una rifa del uno al diez. Ese es el número de todos los pasajeros reportados.

A Julieta le cambió el ánimo paulatinamente al punto que fue hasta el tocador, se peinó con dudas y entabló una videollamada con su hermano. Le consultó si sería bueno contarles a las niñas de la posibilidad de que su padre estuviese vivo, pero acordaron que lo mejor era esperar a que se confirmara si Mateo era uno de los sobrevivientes.

Con el paso de los minutos se siguió ilusionando e imaginó el escenario feliz del reencuentro. Sonrió con ilusión, pero también con precaución. No quería estrellarse de nuevo contra la realidad. Sin embargo, se llenó de ánimos y tomó el teléfono para volver a llamar a Nuquí. Le contestó don Eusebio de nuevo.

—¿Don Eusebio, usted me puede hacer un favor?

—Claro que sí, con mucho gusto.

—Si entre los sobrevivientes está mi esposo, ¿me lo pone al teléfono enseguida?

—Pero por supuesto, mi señora. No tiene necesidad de pedirme eso. Es lo que pensaba hacer.

—Si hubiera un vuelo para allá, ahora mismo me iría a recibirlos —aseguró Julieta.

—No se preocupe. No es necesario, doña Julieta. Apenas lleguen yo me comprometo a llamarla y a contarle quiénes son. Y si entre ellos está su esposo… Lo celebraremos.

—Dios quiera que mi marido sea uno de ellos.

—Dios quiera que sea así, pero le aconsejo que no se haga muchas ilusiones, doña Julieta. Están diciendo que son un hombre y una mujer, pero aseguran que el hombre es el conductor de la lancha. Pero lo mejor es esperar. Hay mucho chisme.

Julieta cortó la llamada con algo de desilusión, pero dejó colgada su fe donde su corazón guardaba las esperanzas perdidas.

Jolgorio y suspenso

A la distancia se observaba el chapuceo exagerado y constante de una lancha aproximándose a toda velocidad sobre el mar. La gente se puso inquieta cuando el rugido de los motores empezó a escucharse cada vez más cerca. Los miembros de la fuerza pública que portaban binóculos confirmaron que se trataba de la lancha de la policía que traía a los sobrevivientes.

—Son ellos —gritó el jefe de policía y concluyó—: Están llegando.

Carmen Rosa tomó de la mano a la mujer de Mosquera. Ambas sudaban copiosamente. Nadie quitaba los ojos del aparato que se iba haciendo más y más grande y ruidoso a medida que se iba acercando.

Gabriela y Mateo especularon sobre lo que iba a suceder mientras se tomaban de la mano quizás por última vez en sus vidas.

—Gracias —le dijo él por tercera vez, como si tuviera una pelota de béisbol atravesada en la garganta.

—Gracias a ti por haberme salvado la vida —respondió ella con los ojos llorosos.

—Fueron meses difíciles, pero a tu lado fueron más llevaderos.

Gabriela prefirió no responder, pero asintió con la cabeza. Apretaba los labios, estaba tratando de contenerse.

—¿De verdad no quieres que nos comuniquemos algún día? Yo te juro que no te voy a molestar. Te llamaré solo cuando me lo autorices —volvió a insistir Mateo sabiendo que esta era, en verdad, la última oportunidad que tenía para convencer a Gabriela.

—No, Mateo. Esto muere hoy, aquí. Ya te lo he dicho varias veces. Te aprendí a querer y eso no lo voy a negar, pero no dejaría a Esteban por nadie y menos por un hombre felizmente casado. Quizás te piense y mucho, pero Esteban no merece tener una esposa a medias. No se me haría raro que estuviera en el muelle esperándome ahora que bajemos. Me ama, muere por mí. Daría la vida por mí. Yo haré lo mismo por él y por mi hijo. Somos felices y voy a luchar por esa felicidad.

—No solo lo entiendo. Amo a mi esposa y a mis hijas, pero no puedo entender por qué me duele tanto dejarte de ver para siempre. No es justo. Dios me perdonará porque nunca le había fallado a Julieta, pero te voy a pensar.

—No le fallaste. Ya lo hablamos. Fue algo fortuito e inevitable que nació en el momento.

—¿Y si en vez de nosotros hubieran sido mi esposa y Esteban los que se hubieran perdido y hecho lo mismo?

—Yo lo entendería —aseguró Gabriela.

—Yo no. Por eso siento el pecado encima.

—No deberíamos seguir suponiendo cosas. Estamos llegando. Tenemos que despedirnos.

—Te voy a extrañar y quizás llore muchas noches en el baño de la casa por ti. Te amo, Gabriela. Te amo y ese sentimiento no es deshonesto porque nace de mis entrañas. No tengo la culpa de que haya nacido. Tú sabes que no fue mi intención. De hecho, antes de que ese bendito motor de la lancha se apagara yo ni siquiera me había fijado en ti. A lo mejor nos cruzamos muchas veces, pero no me interesaba ver a nadie…

—Ya, tranquilo. No tienes que decir nada más. Te entiendo porque es lo mismo que me está sucediendo a mí —concluyó Gabriela y tomó una bocanada de aire como si con eso bastara para borrar lo sucedido.

—Crucemos datos por favor —le volvió a suplicar Mateo, pero Gabriela siguió resistiéndose.

—No. Volveré en septiembre a continuar mis estudios sobre las ballenas. Lo haré cada año para la misma fecha. Si coincidimos, te daré un abrazo y seguiré mi camino. No hay más que hablar.

Mateo no tuvo tiempo de replicar. La lancha bajó la velocidad y empezó a aproximarse hacia el muelle.

—¿Y si nos vemos aquí cada septiembre?

—Podría ser…

—Serían trescientos cincuenta y nueve días para ellos y cuatro para nosotros. Cinco en un año bisiesto.

Gabriela asintió y el semblante de Mateo cambió. Estamos a marzo, nos vemos en cinco meses.

—Está bien... Nos vemos en el hotel de don Eusebio la tercera semana de septiembre de cada año.

Mateo asintió esperanzado y la abrazó.

—Hay una condición —dijo ella.

—¿Cuál?

—El tatuaje.

La lancha bajó la velocidad y empezó a maniobrar para amarrarse al muelle.

—Que sea un pacto —dijo él.

—Un pacto de ballenas…

Ambos sonrieron con un dejo de tristeza y asintieron para firmar el pacto. La aventura fortuita había llegado a su final.

Carmen Rosa saltó el control que habían puesto los pocos miembros de policía con que contaba el alcalde y corrió hacia la punta del muelle. Quería cerciorarse de que uno de los sobrevivientes fuera su Óscar del alma.

La lancha apagó el motor. El piloto se la jugó por estacionarla con el solo impulso que traía.

Carmen Rosa, cuyo corazón estaba en vilo, se asomaba con miedo y con esperanza. Pero no transcurrieron ni cinco segundos para que su alma se astillara en mil pedazos.

Apenas el aparato chocó suavemente, de costado, contra el muelle de madera, dos voluntarios se comidieron para ayudar a

bajar a los pasajeros. Al instante empezaron a descender Gabriela y Mateo. Al verlos, Carmen Rosa cayó de rodillas y sembró su cabeza contra el piso. Mateo no sabía lo que estaba sucediendo.

—Es la esposa de Óscar, el lanchero —le explicó un policía.

—Dios mío —dijo, y se quitó la cadena y la pulsera que le pertenecieron al excapitán y caminó hasta la mujer.

Entre ambos trataron de socorrerla y consolarla, pero Carmen estaba inmersa en una tristeza que la paralizó. Luego empezó a manifestar su rabia con alaridos espeluznantes. Sus amigos también fueron a tratar de abrazarla, pero no la lograron consolar.

El secretario de salud del municipio, portando un tapabocas quirúrgico que le cubría la nariz y la boca, se acercó y les pidió a todos que guardaran la distancia. La pobre Carmen, retorciéndose con angustia, gritaba que quería morirse y pidió que la dejaran sola. Con señas y miradas, todos estuvieron de acuerdo en permitirle masticar el dolor. Mateo aprovechó para entregarle las joyas de su esposo. Ella las miró, las reconoció y lloró mientras las apretaba contra su pecho. Mateo le dijo que lo sentía y la mujer aceptó su abrazo.

—No hizo más que amarla hasta el último segundo —le contó Mateo.

Apenas se sintió liberada, Carmen se lanzó al agua con intenciones de dejarse ahogar. No triunfó porque la profundidad del agua no era tanta y porque enseguida varios hombres se lanzaron a salvarla. Aunque tuvieron que luchar contra su peso y sus deseos de ahogarse, al final lograron sacarla sin consecuencias graves.

Mateo y Gabriela se sintieron tan conmovidos con la escena que les provocó ser Óscar, ponerlo en su lugar, haber muerto para evitar la desdicha de su esposa y el llanto de sus hijos.

La otra cara de la moneda la vivían los niños de la escuela de surf y sus maestros. Aunque amargados por la tragedia de Carmen Rosa, Víctor y Catalina recibieron con alegría a Gabriela, la rodearon, la abrazaron con cierta prevención que ella no entendía y agradecieron a Dios por regresarla con vida.

Nadie celebraba la presencia de Mateo. Por el contrario, miembros de la familia de Mosquera, en medio de su desconsuelo, lo

maldijeron por haberle quitado un cupo a su ilusión. Los nietos de Ramiro y Elena se retiraron de la misma forma en que llegaron, en silencio Mientras abrazaba a quienes le brindaban una cálida recepción, Gabriela observaba de reojo y con pesar a su compañero. El pobre no sabía qué hacer. Se sentía incómodo, triste porque nadie lo estaba esperando. No entendía por qué Julieta no estaba ahí.

TREINTA Y CUATRO

Pacto de ballenas

Pasada la novedad de los saludos y el chismerío que produjo la llegada de los náufragos, la única patrulla de policía que había en el pueblo trasladó a Carmen Rosa hasta el puesto de salud y el comandante les pidió a los recién llegados que esperaran a que volviera el carro para llevarlos a la alcaldía. Ambos aceptaron y hasta intentaron hacer el trayecto a pie, pues la estación estaba a solo cuatro cuadras del muelle, pero la curiosidad de los pobladores no les permitía caminar. Los funcionarios pidieron a la gente que los dejaran tranquilos para evitar el contagio. La gente comprendió y despejó el camino para que la pareja caminara hasta la patrulla que ya estaba de regreso.

—De qué contagio hablan? —preguntaron los recién llegados.

—Debe ser que se nos nota el amor y no se quieren contagiar —explicó, risueño, Mateo.

—Bobo —refunfuñó ella dejando escapar una sonrisa tierna, mientras Víctor y Catalina los ponían al tanto de las últimas noticias del COVID. Aun así, no lograban dimensionar de lo que se trataba.

Los alumnos de la escuela de surf les hicieron un caminito de honor con las tablas hasta la camioneta, en la última parte del trayecto a la patrulla. Gabriela estaba hecha un mar de sentimientos mientras agradecía a los niños y a sus amigos la bienvenida. Les dijo

que volvería pronto a seguir trabajando por conseguirles más tablas de surf mientras pedía con desespero un teléfono para llamar a Esteban y a Samuel. En la puerta del carro estaba Camilo esperándola con una cartita que le entregó amarrada con un cordón azul. Gabriela lo abrazó con cariño inmenso.

—La leo esta noche en el hotel —le prometió.

—Bueno, profesora. Quiero que sepa lo que pensé en este tiempo mientras estuvo perdida. Oré mucho

—Gracias, Camilo, te quiero.

Le dio un último abrazo y subió a la camioneta donde ya la estaban esperando el solitario Mateo y el comandante de la policía. El alcalde subió a una moto y el grupo arrancó dejando la muchedumbre en medio de un cotorreo interminable.

Dentro de la patrulla el capitán Murcia, comandante de la policía, les preguntó a los recién llegados si necesitaban hacer alguna llamada. Gabriela levantó la mano casi instantáneamente y el oficial le entregó el celular. Ella marcó de inmediato al número de Esteban, pero se quedó mirando a Mateo quien ya empezaba a sentirse incómodo y colgó.

—La hago apenas lleguemos a la estación.

—No, tranquila, llama de una vez —le dijo Mateo.

Gabriela asintió.

Queriéndose desentender del tema, Mateo bajó el vidrio y, con el viento sobre su cara, se puso a mirar las casas de Nuquí, unas más pobres que otras, pero todas arregladitas. Aunque Gabriela hubiera decidido que ya era hora de enfrentar las cosas, el teléfono de su esposo seguía apagado y esto ya empezaba a molestarla.

—Seguramente lo cambió —opinó Mateo sin que ella le preguntara nada, logrando fastidiarla aún más.

—Debe ser —respondió molesta y le entregó el celular al capitán.

Ignoraba que, a esa misma hora, Esteban estaba a bordo de un avión de la Fuerza Aérea con destino a Medellín y que en la madrugada del día siguiente estaría llegando a Nuquí en un helicóptero que el ministro le había facilitado a regañadientes.

Entonces Mateo, con ánimo un tanto revanchista, se animó a hacer su llamada.

—Si no es mucha molestia, yo también quisiera intentarlo, Capitán.

—Con todo gusto, pero ya llegamos. Si quieren, entran y hacen las llamadas desde mi oficina, mientras miramos cómo organizamos la ida de ustedes a Bogotá.

Los milagros existen

Julieta estaba pegada a la radio y a la televisión, a la espera de noticias de Nuquí. Parecía una maniática cambiando el dial, buscando emisoras o canales de televisión que estuvieran hablando algo de los náufragos. La verdad es que ya se estaba desesperando. Sus hijas, que estaban en el suelo de la sala armando con cientos de fichas de lego una mansión para sus muñecas, al notarla extraña le preguntaron qué le pasaba. Ella les respondió que estaba esperando una noticia muy importante. Y no terminó de decirlo cuando su teléfono comenzó a sonar. Así en la pantalla hubiera un número extraño, Julieta contestó casi de inmediato.

—Dime que eres tú.

—Sí, mi amor. Soy yo. Soy yo. Dios quiso que volviéramos a vernos.

La reacción de Julieta fue de incredulidad. Se postró y empezó a llorar y a gritar de alegría mientras Mateo, con el corazón en pausa, le preguntaba por lo que estaba pasando sin dejar de decirle que las amaba y que Dios les estaba dando una segunda oportunidad. Las niñas se acercaron con expectativa. Julieta no pudo aplazar más la noticia:

—Mis amores, es papá. Papá está vivo. ¡Papá está vivo! ¡Dios nos lo ha traído de vuelta!

Las niñas no lo podían creer, se disputaron el teléfono, halándose de los cabellos le hablaban atropelladamente. Los "te amo" iban y venían. Julieta decidió poner el altavoz del celular para que las tres pudieran hablar. Todo se volvió una locura. Todo era felicidad. El amor exacerbado que sentían en ese momento los cuatro no los dejaba entender nada de lo que decían. Y tampoco hacía falta.

Sentada en una silla de la oficina del capitán Murcia, Gabriela observaba el espectáculo de amor y algarabía que vivían Mateo, su reina y sus dos princesas con algo de envidia, aunque de la buena. Pidió otro teléfono para reintentar su llamada. El capitán salió a conseguirle un celular mientras el periodista Herbert Vásquez, recién llegado desde Quibdó, lanzaba la noticia a nivel nacional mediante un extra informativo en el que comunicó, como lo había prometido la noche anterior, las identidades de los dos sobrevivientes.

El precio de la debilidad

Al ver la noticia en vivo, Daniela lanzó una botella contra el televisor de Esteban, logrando romperlo, mientras Flor Alba se las arreglaba para convencerla de salir de la habitación. Pero ningún discurso le funcionaba. Ajeno a lo que estaba sucediendo, Esteban aterrizó en Medellín y no había pisado el suelo de la pista del aeropuerto cuando un coronel se le acercó a darle la noticia.

—Señor viceministro, acaban de llamar de la estación de Nuquí. Su esposa está viva. Acaba de aparecer.

Esteban solo consiguió apretar la boca y los ojos para que no se le salieran las lágrimas, mientras miraba al cielo en señal de agradecimiento. El mundo se le quedó suspendido en un silencio imposible, como si al aire se le hubiera olvidado cómo moverse dentro de sus pulmones. Sintió que la esperanza, esa palabreja que se cansó de usar y que había aprendido a pronunciar en voz baja, se le desbordaba ahora como la leche que hierve en el fogón sin que nadie la pueda detener. Las manos le temblaron, no de incredulidad sino de gratitud, y una emoción antigua, casi sagrada, le terminó de humedecer los ojos: no era solo alegría, era sentir el milagro en cada célula de su ser, era derrotar al tiempo equivocado, era devolver la muerte a su oscuridad, era el triunfo de un amor obstinado. Sencillamente, no lo creía. Tenía que verlo.

El ser humano suele ser predecible en casi todas las ocasiones, pero en esta, contrario a lo que el coronel y los agentes que lo acompañaban pensaron, la primera reacción de Esteban no fue

preguntar por ella ni pedir que se la pusieran al teléfono, no. Esteban se apartó un tanto de la gente que lo rodeaba y le marcó a Flor Alba. Tenía un problema que arreglar y no pensaba dejar cabos sueltos ante el inminente regreso de su esposa a la casa.

—¿Ya pudiste sacar a Daniela?

—Creo que no se va a poder, Esteban.

—Dios mío, Flor Alba, ¿cómo que no se va a poder? ¿Ya escuchaste la noticia?

—Sí, pero esa señora está descompuesta. ¿Es algo tuyo?

—Ahora no. Fue algo pasajero en el viaje a España, pero después te explico. Por ahora ayúdame a sacarla, por favor.

—No quiere. Dice que se sale cuando tú mismo vengas a sacarla.

—Dios mío. ¿Y Samuel ya sabe?

—Pregunta quién es ella, nada más.

—¡Pero sabe que Gabriela está viva?

—No sé cómo contárselo al niño.

—Dile que mamá ha regresado. Que Dios la ha traído de vuelta. Díselo antes de dormir y, por favor, mañana, cuando llegue con Gabriela, esa mujer no debe estar ahí. Te lo suplico. Llévala a un hotel.

—No dejan salir a la calle. ¿Qué hago?

—Organiza con Hermes. Que la lleve en el carro del ministerio. Si nos sacan una multa yo la pago.

Flor Alba quedó más preocupada que el mismo Esteban. Le acababan de encomendar una misión, casi que imposible. Entonces se llenó de valor y se fue a enfrentarla con mucha ingenuidad y con estas palabras:

—Oiga, Daniela, ¿usted por qué no se va sin necesidad de que la echen? Mire que cuando un hombre no quiere, es porque no quiere. Punto. Uno tiene que quererse un poquito, mija. El amor no se mendiga. Si mi hermano no quiere seguir con usted, váyase, déjelo. Usted no lo puede obligar a estar a su lado. Eso es engañarse a una misma.

Como si las palabras de Flor Alba le hubieran entrado por un oído y se hubieran quedado a vivir en el umbral del olvido, Daniela solo atinó a preguntar:

—¿Ya terminó, señora? Es que veo que usted no tiene ni idea de lo que está hablando y pues uno no debería opinar de lo que no sabe. Yo no estoy aquí por su hermano. Él ya me dejó claro que no quiere nada conmigo y pues obligarlo, pues tampoco. Estoy aquí porque él me prometió seguridad y no me voy a arriesgar a que me maten para que Esteban quede bien con la recién resucitada. No. Así no son las cosas y hagan lo que quieran.

Entonces la hermana de Esteban supo que por las buenas no iba a poder cumplir la tarea. Y como su misión era sacar a Daniela de la casa a como diera lugar, acudió a técnicas un tanto burdas para lograr su cometido. Primero se llevó al pequeño Samuel para su casa. Luego volvió con un electricista y cortó los cables de la electricidad del contador que daba a la calle. Daniela pensó que era un corte de energía normal y esperó a que el servicio se restableciera con toda la calma del mundo. Como la luz no llegó, llamó a Esteban. Le dijo que su hermana le había cortado la luz y que, si lo que querían era guerra, pues que "guerra iban a tener".

—¿Esteban tú me crees tan idiota como para entregarte los videos sin haber hecho una copia?

—No. Con personas como tú siempre hay que creer que juegan con la doble.

—Me encanta que lo sepas. Entonces o le dices a tu hermana que deje de joderme la vida o nos vamos para la mierda los dos. ¿Entendiste?

Esteban guardó silencio. Estaba en jaque.

—Que si entendiste, pregunté —le gritó nuevamente y advirtió—: Me vuelven a poner electricidad ya mismo o me vuelvo tu peor enemiga. Que tu mujer sepa que mientras ella estaba perdida en el océano tú estabas culeando conmigo.

Esteban sintió que el mundo se le derrumbaba. Después de colgar la llamada, le pidió a Flor Alba que restableciera el servicio. Pero la guerra ya estaba declarada. Daniela empezó a buscar un cerrajero para cambiar las guardas de la puerta de entrada a la casa y de la habitación principal. Al rato lo llamó:

—Ya le cambié las guardas a la casa, así que ni te aparezcas con tu mujercita. Mañana le cambian las guardas a la caja fuerte y todo

lo que encuentre allí dentro será mío —le advirtió presionándolo.

—¿Qué es lo que quieres, Daniela? Dime qué quieres y te lo daré, pero déjame en paz. ¿Quieres la caja fuerte? Llévatela. Llévatela con todo lo que hay dentro, pero me prometes que nunca más te apareces en mi vida.

—Si fuera por plata me hubiera metido con un rico, pendejo. Encantos me sobran.

—Entonces ¿qué quieres, carajo? —le gritó angustiado.

—Te quiero a ti, ¿es que no entiendes? Estoy enamorada, imbécil —le gritó y se puso a llorar.

A Esteban no le quedó otra alternativa que pedirle a su hermana que les consiguiera, en tiempo récord, un apartamento amoblado para Gabriela. Le dijo que iba a inventar que la casa estaba en remodelación, pero le pidió, por último, que le rescatara algo de ropa, tanto a él como a su esposa.

Cuando Flor Alba fue por la ropa, supo que las llaves no le funcionaban. Daniela se asomó y le dijo que no podía sacar nada. Entonces la hermana de Esteban amenazó con llamar a la policía y ahí fue Troya:

—Hágale, llámela. Llame a la policía para que se enteren de todos los torcidos que está haciendo su hermano. Hágale, ¿qué espera? ¿O quiere que llame yo?

—Mi hermano no es un corrupto, respete.

—¿Ah, no? Pues va a morir inocente, cuñadita, porque sí lo es. ¿O con qué cree que remodeló esta casa y anda en carro último modelo? ¿Con el salario de mierda que gana un viceministro o con los ahorros que nunca pudo hacer de secretario?

Muy acongojada, Flor Alba le trasladó a su hermano las acusaciones de Daniela y a Esteban solo le quedó cerrar los ojos por vergüenza y la boca por conveniencia.

Gabriela se encontraba consternada debido a la falta de respuesta de Esteban a sus llamadas telefónicas, por lo que optó por contactar a Flor Alba. Su cuñada le contestó con evidente nerviosismo y, antes de que le preguntara por Esteban, la conectó con Samuel. El niño quedó en shock. Primero se mostró incrédulo y luego fue incapaz de expresar su alegría, mientras Gabriela le

manifestaba su inconmensurable amor. Cuando le preguntó por su papá, Samuel se sintió incapaz de responder debido a la presencia de Daniela en sus vidas, por lo que dirigió una mirada a su tía en busca de una explicación o para que ella respondiera esa pregunta. Flor Alba le dijo que, al enterarse de la noticia, Esteban se había vuelto loco de felicidad y que se embarcó sin pensarlo hacia Nuquí para ir a recibirla. Que si no le contestaba era porque estaba volando.

—No existen vuelos a Nuquí durante la noche.

—Supongo que el gobierno le está proporcionando transporte en un avión privado —concluyó Flor Alba, lo que brindó cierta tranquilidad a Gabriela.

Minutos más tarde, los recién llegados fueron trasladados al hotel Las Brisas. El dueño los atendió con todas las consideraciones y los invitó a pedir lo que quisieran de la carta mientras les alistaba los dormitorios.

—¿Una sola habitación? —preguntó don Eusebio con cierta malicia, sin pensar que la pregunta haría sonrojar a sus huéspedes, pero lo hizo sin prevención alguna, porque acababan de pasar juntos una temporada de seis meses.

—Dos —se apresuró a responder Gabriela para despejar cualquier duda.

Entrando al comedor se encontraron con Orlando, el tatuador. Apenas los vio, el hombre le recordó a Gabriela la promesa de tatuarse una ballena al regresar. Gabriela y Mateo se quedaron mirando, entendiendo que era el momento.

—De una vez —le dijo ella y se fue con Orlando a escoger el diseño.

—El único recuerdo que les quedará de tremenda aventura, mi don —le dijo Orlando.

Mateo asintió con dudas y se quedó pensando en voz alta:

—¿Qué le digo a mi mujer cuando me vea el tatuaje? Le juré que jamás me haría uno. He criticado toda la vida a quienes se dañan la piel con esas cosas del demonio.

—¿Estás dudando? —le preguntó Gabriela mientras seguía con el tatuador hacia su lugar de trabajo, que estaba incrustado en un

rinconcito bajo las escaleras que subían al segundo piso.

—No. Es solo que no sabré cómo explicar en mi casa que alguien que criticaba tanto los tatuajes y a los tatuados, llegue con uno.

—Tranquilo, patrón, le dice a su esposa que se volvió un man "nada que ver" —le dijo Orlando, sacándose el clavo de hacía unos meses.

Mateo le sonrió con ganas de matarlo.

—Si no quieres tatuártelo, no hay problema —le dijo Gabriela—. Los negocios se deshacen como se hacen. Los pactos también —le advirtió la mujer zambullendo la mirada en el catálogo de figuritas.

Mateo se aproximó como sin querer y dirigió su mirada hacia la página donde se veían ballenas y colas de ballena de todos los estilos y tamaños. Después de que Gabriela eligió la de su gusto, Orlando empezó a alistar las herramientas. Mateo trataba de buscarle la mirada como pidiendo consejo, pero ella no lo volvió a determinar. Se distrajo adrede observando cómo Orlando preparaba las tintas y la máquina de tatuar porque estaba disgustada. Cuando el artista tuvo todo listo preguntó a Gabriela dónde se quería poner el tatuaje. Ella le dijo que en el hombro. Mateo ripostó enseguida:

—¿No dijiste que acá, en las muñecas?

—Era en las muñecas cuando nos los íbamos a hacer juntos. Ese lugar pierde sentido cuando no se tiene alguien serio con quién hacer un pacto.

Mateo sonrió y sin más dilaciones dio su brazo a torcer.

—Está bien. Hagámonos tatuar, pero una ballenita pequeña. Dios mío, ¿qué dirán mis amistades? Esto es una locura.

Se llevó las manos a la cara, revoloteó en un espacio de dos metros cuadrados como un hombre caminando al cadalso y después soltó una carcajada:

—Qué carajos… Hagámoslo.

Gabriela sonrío con picardía.

El tatuador, un paisa dicharachero y encantador al que no le cabía un dibujo más en los brazos ni una rasta más en su cabellera, les dijo que irse de Nuquí sin tatuarse una ballena era como ir a un festival de reggae y no fumarse un porro de marihuana. En medio de risas, escogieron el diseño. Luego eligieron el lugar donde los

cetáceos se quedarían a vivir para siempre sobre sus pieles y confirmaron que la parte interna de la muñeca era el mejor sitio. Ella en el brazo izquierdo, él en el derecho.

Durante todo el proceso se estuvieron mirando, conteniendo una risa de niños haciendo una pilatuna. El cosquilleo mortificante de las punzadas a veces les hacía recordar, episodio por episodio, casi todo lo vivido en la selva.

Cuando Orlando terminó las dos ballenas, una encorvada y la otra alargada, entendió a través de sus miradas lo que estaban sintiendo sus clientes y les pidió que unieran las muñecas, de forma que las ballenas quedaran unidas. Luego les sugirió que fueran al mar a sellar el pacto.

—¿El pacto? ¿Por qué sabes del pacto? —preguntó Gabriela.

—Muchachos, yo soy un psicólogo de la calle. Yo sé lo que significa cada tatuaje para las personas, ¿sí me entienden?

Gabriela y Mateo se lanzaron una mirada cómplice mientras sus labios expulsaban un par de risitas nerviosas.

Al final hicieron caso y se fueron a la playa. Allí, frente a las aguas del Pacífico que los vio sufrir, bajo un sol anaranjado a punto de extinguirse y bajo la brisa aún cálida del final del día, se tomaron de la mano, volvieron a unir sus muñecas, de modo que las ballenas se besaran y luego se abrazaron en silencio.

—Tercera semana de septiembre de cada año hasta que uno de los dos muera —sentenció Mateo recordando los términos del contrato verbal y aclaró por si las dudas—: Tres días sin remordimientos y volvemos a nuestras casas a seguir amando a nuestras parejas.

—No me parece honesto —dijo Gabriela—, pero hagámoslo.

—No es honesto con ellos, pero sí con nosotros. ¿O te parece honesto dejarnos de ver para siempre sabiendo que nuestros corazones y nuestras almas se revuelcan de amor cada que nos miramos?

—Ya no se trata de qué es honesto sino de qué es justo —reiteró la mujer, apesadumbrada por no poder controlar sus demonios. Demonios que descubrió durante la fortuita travesía que ella no planeó.

—No puede ser… —respondió Mateo con burlas—. Ahora eres tú la que piensa como una conservadora de derecha y yo como un mamerto de izquierda —dijo envolviendo sus palabras en una ruidosa carcajada.

—Deja de ser idiota y escúchame —le dijo ella medio ofendida.

El hombre se silenció por completo y ella le explicó en un tono más pedagógico:

—No sabemos qué va a pasar en nuestras casas. No sabemos si todo vuelva a ser igual. A lo mejor sí. Y esto sería lo mejor. A lo mejor no.

—A lo mejor ya están casados o tienen otras parejas… —dijo él —. Puede que empecemos a extrañarnos tanto que sintamos la necesidad de buscarnos. No lo sabemos.

—Sí. Es completamente incierto —exclamó ella exhalando un suspiro—. Entonces, lo que debemos pactar es que, pase lo que pase, tu mujer, mi esposo y nuestros hijos van por delante. Si alguien tiene que sufrir aquí, por esto que pasó, somos los dos. Ellos se quedan por fuera de toda consecuencia, ¿entendiste?

—No entiendo.

Ella le siguió explicando con paciencia porque le interesaba que todo quedara lo más claro posible:

—Para resumirlo de alguna manera: ni Julieta ni Esteban ni tus hijas ni mi hijo van a sufrir por lo que pase en adelante. Ellos tienen que salir indemnes de todo esto. No van a ser traicionados, no van a ser cachoneados por decirlo en términos coloquiales. Si algún día decidimos vernos, para algo diferente a saludarnos, tú te separas de tu esposa y yo me divorcio de mi esposo. Ese es el pacto. Un pacto de lealtad hacia ellos.

—Me parece muy lindo, pero poco realista.

—No me importa a qué suene ni cómo se vea. Es lo justo.

—¿Y si, por ejemplo, me separo de mi esposa, porque no pueda más vivir sin ti, a dónde te aviso, carajo?

—Aquí. Siempre vamos a volver a Nuquí en temporada de ballenas.

—¿Y por qué no puedo tener tu maldito número de teléfono?

—Ya te lo expliqué muchas veces. Quiero seguirle apostando a mi hogar. No quiero sombras en mi presente, Mateo. Comprende que nosotros solo fuimos un puto accidente en la vida del otro.

—¿Y cómo sabremos si estamos bien?

—Un corazón conectado avisa —aseguró la mujer.

—Está bien. Tú ganas. No habrá comunicación —dijo Mateo resignado, levantando la mano derecha. Luego procedió al juramento—: ¿Pacto de ballenas?

—Pacto de ballenas —repitió Gabriela y lo abrazó.

A lo lejos, Orlando apreció la escena con algo de morbo, y de pura felicidad, se puso a bailar, en solitario, bajo un par de palmeras enanas que servían de portal a la salida que el hotel tenía a la playa. Una canción de Bob Marley que sonaba en su grabadora portátil mientras encendía un porro de marihuana. Ellos lo observaron con cierta vergüenza y se llenaron de ternura.

—Te veo en septiembre —le recordó Mateo por enésima vez.

—Si de aquí a eso no se nos ha pasado la pendejada —apuntó ella sin piedad.

—No se nos pasará. ¿Acaso crees que el mundo se inventa un naufragio, ocho muertes y una aventura de varios meses por la selva a cambio de nada?

Gabriela pensó que Mateo tenía razón y asintió preocupada.

—Está bien. Nos vemos en septiembre. Veremos qué pasa de aquí allá.

Con un último beso y una última refregada de muñecas, algo así como el último beso de las dos ballenas tatuadas, se selló ese pacto de amor a plazos que habría de convertirlos en un par de amantes de temporada, con las manos vacías. De repente cayó la noche. Definitivamente.

TREINTA Y CINCO

Un reencuentro lleno de preguntas

El helicóptero que transportaba a Esteban aterrizó a las siete en punto de la mañana en el aeropuerto de Nuquí. Caminando a pasos largos, casi que marchando, con un ramo de rosas en una mano y un pequeño maletín en la otra, el viceministro recorrió los setenta metros que separaba la aeronave de la salida de la pista, donde lo esperaban el comandante de policía y el alcalde. Casi sin mediar saludo, les pidió que lo llevaran al hotel donde estaba hospedada su esposa.

Al hotel Las Brisas llegaron tres minutos después en la patrulla que estaba siendo escoltada por dos motocicletas de la policía, con dos patrulleros en cada una. El gerente del hotel salió a saludar a Esteban y le pidió que esperara unos minutos mientras le avisaba a su esposa.

—Pensé que estaba esperándome —alegó con algo de desconsuelo.

—Su esposa se cansó de llamarlo anoche, doctor. Además, la pobre no dormía en una cama hacía varios meses, debe estar fundida.

—Entiendo —dijo y de pronto le nació una ocurrencia que enseguida le propuso: —¿Por qué no me deja despertarla a mí?

El gerente lo dudó, pero a los dos segundos pensó que no era mala idea. Entonces le dijo en qué habitación estaba y Esteban empezó a trepar las escaleras que lo separaban del segundo piso, de a tres en tres escalones.

Gabriela estaba durmiendo plácidamente sobre una cama de madera fuerte y ancha, arreglada con lencería rosada. Estaba semidesnuda, de costado. Se había desarropado y, por culpa del calor, había sacado una pierna por fuera de la sábana que solo la cubría hasta la cintura. Todo su ser reposaba sobre el colchón y su rostro denotaba mucha tranquilidad. Estaba profunda. Tanto que no sintió cuando Mateo se asomó a su habitación por la ventana del balcón, al que había trepado en busca de un último beso de despedida. Y estaba tratando de entrar por la ventana cuando sintió que la puerta de la habitación se abría. Le sobraron reflejos para tirarse al piso y esconderse.

Cuando Esteban entró a la habitación sintió tanta ternura y tanto amor por su esposa que no se atrevió ni a despertarla. Se sentó a contemplarla, incrédulo, y negando con la cabeza. Se quedó mirándola como quien mira algo sublime y se puso de rodillas a besarle la mano mientras lloraba. Estaba tan henchido de alegría y de amor que por un momento sintió que su corazón se volvía un salón de baile. Aun así, no quería despertarla. Extasiado, la observó dormir por largo rato. Esperó impaciente a que despertara, sentado sobre el borde de la cama, acariciándole con fina sutileza el cabello largo y enredado que le cubría medio rostro. Varias lágrimas, adobadas con dicha, cayeron sobre la esponjosa cabellera de Gabriela. El esposo agradeció infinitas veces a Dios por devolverle a su esposa y le hizo a su señor todo tipo de promesas por el milagro. Desde una que le quedaba muy fácil de cumplir, como la de serle fiel hasta la muerte, y otra que él sabía le podía costar la vida: impedir que un bulldozer se posara sobre Nuquí con la intención de abrir camino por entre las selvas chocoanas. Juró que jamás permitiría construir el Puerto de Tribugá así tuviera que inmolarse. Y todo en

homenaje a esa luchadora que había dado por muerta, pero que la vida le había devuelto de la nada.

Una llamada de Flor Alba por poco despierta a Gabriela. Esteban se fue al balcón de la habitación a contestar.

Le interesó mucho la llamada de su hermana porque sabía que se trataba de Daniela. Flor Alba le dijo que ya le tenía un apartamento amoblado para tomar en arriendo porque, definitivamente, Daniela se había quedado a vivir en la casa matrimonial. Esteban le pidió que trasladara al niño y lo preparara para ver a su madre. La mujer le contó que Samuel ya había hablado con Gabriela y que estaba demasiado feliz.

Cuando Esteban regresó del balcón a la habitación, Gabriela empezó a despertar. Tardó varios segundos en abrir los ojos. La claridad la encandilaba. Al ver a su esposo pensó que estaba soñando. Pero rápidamente Esteban le acercó la cara y le dijo, entre lágrimas, que era real. Que la pesadilla había terminado. Que Dios les había dado una nueva oportunidad. Gabriela hizo consciente el momento y le tocó las mejillas.

—No puedo creerlo, mi amor.

—Yo tampoco, pero es cierto, mi cielo. Estamos juntos de nuevo.

Se abrazaron por un largo rato y lloraron sin parar y sin decirse nada hasta que se les acabaron las lágrimas. En verdad, las palabras sobraron durante largos minutos.

—Te amo —le dijo con sinceridad.

—Te extrañamos tanto… tanto…

—Quiero ver a mi hijo, ¿por qué no lo trajiste?

—Nadie puede salir, estamos en cuarentena. Conmigo hicieron una excepción.

—¿En qué viniste? ¿Tenemos forma de viajar ahora mismo a Bogotá? —preguntó ella incorporándose con lentitud.

—Por supuesto. Arréglate y nos vamos, amor.

Gabriela se movilizó, pero preguntó algo que no cuadraba en su mente:

—¿En qué viniste? No entendí bien.

Esteban titubeó.

—El único vuelo llega aquí a mediodía —recordó Gabriela.

—Bueno, vine en un helicóptero. En ese mismo nos devolvemos.

—¿En un helicóptero? ¿Quién te prestó un helicóptero? No entiendo, amor. No tenemos plata para pagar algo así…

—Vete arreglando y por el camino te cuento, mi vida. Es una historia larga.

Gabriela asintió preocupada y salió hacia la ducha mientras Esteban organizaba el relato. Sabía que debía dar muchas explicaciones.

Al salir, mientras se secaba el cuerpo, Gabriela empezó a despejar dudas. Tenía muchas.

—El… helicóptero es… ¿del gobierno? —preguntó.

—Sí.

—¿Dices que te lo prestaron?

—Sí.

—¿Y por qué, mi amor? ¿Por qué el gobierno le presta un helicóptero a un funcionario de tercer nivel?

—Amor, tengo muchas cosas que contarte, pero… ¿qué te parece si salimos de esto y nos sentamos a hablar?

—¿Por qué no ahora?

—Tenemos que despegar…

Sin proponérselo, Gabriela pensó en Mateo.

—Espera un momento. ¿Podemos llevar a Medellín a… la otra persona que sobrevivió conmigo?

—Pero por supuesto. ¿Quién es?

—Un señor que vive en Cartagena —explicó a secas.

—Sí, claro, mi vida. No hay problema. Vamos, termina de arreglarte. Ya quiero que nos reunamos con Samuel. Debe estar ansioso.

Gabriela empezó a vestirse un tanto prevenida. Presentía que aquello que su esposo le iba a contar no sería de su agrado. En un momento, cuando levantó un brazo para ponerse la camisa, Esteban notó la ballena recién tatuada en su antebrazo. No quiso preguntar nada por miedo a que Gabriela volviera a preguntarle cosas incómodas, pero se quedó con la duda.

Mateo se paseaba de un lado al otro de su habitación, sin saber cómo despedirse de Gabriela por última vez. Sabía que no la vería

en meses y eso le estaba taladrando el alma. También pensaba en su esposa y sus dos hijas cuando un agente de la policía golpeó en su puerta para decirle que un helicóptero los esperaba y que tenía diez minutos para arreglarse. Sin hacer preguntas corrió al baño y empezó a ducharse con rapidez.

A pesar de su inmensa alegría por el reencuentro telefónico con sus princesas y su reina, aún sin irse de Nuquí, Mateo empezó a extrañar a Gabriela. Un dolor le punzaba el corazón. Saber que no volvería a verla hasta septiembre o quizás hasta nunca, lo mantenía inquieto y nostálgico.

Cuando don Eusebio se enteró de la inminente partida de sus huéspedes, quiso despedirlos con un suculento desayuno, a lo que Esteban, a pesar de su afán, no se pudo negar. Gabriela y su esposo ocuparon una de las mesas del comedor del hotel que estaba levantado sobre unos pilotes de madera, cuya vista, a través de unas barandas hechas con madera de manglar, dejaba ver el gris del océano Pacífico a esa temprana hora de la mañana. Y no pasaron tres minutos cuando el alcalde del pueblo se hizo presente y se acercó a saludarlos. Al verlo, Esteban supo que habría problemas. Su afán en realidad era huir de las personas que conocían su nuevo cargo y que, sin quererlo, podrían delatarlo. El alcalde era uno de ellos y no se equivocó:

—Buenos días, señor viceministro —le dijo.

El mundo de Esteban empezó a derrumbarse.

—¿Viceministro? —preguntó Gabriela mirándolo.

—Sí, amor, es que… es de las cosas que quiero contarte cuando estemos ya más tranquilos.

—¿Viceministro de qué, mi amor?

—De la Biodiversidad, mi cielo.

—Dios mío, eso es magnífico. ¿Por qué no me contaste que te habían ascendido?

—Es parte de las cosas que tengo para contarte, mi amor.

—¿Por eso te prestaron el helicóptero?

—Exacto. Como te dije, lo conversamos con calma.

—¿Dije algo que no debía? —preguntó el alcalde al notar la confusión.

—No, señor alcalde, para nada. Es solo que mi esposa no sabe muchas de las cosas que pasaron en estos seis meses y, obviamente, está sorprendida.

Y no se acababa de aclarar una cosa cuando ya empezaba a oscurecerse la otra. En la puerta, con cara de trasnochado y apurado por no perder el helicóptero, apareció Mateo. Gabriela no supo cómo actuar. El alcalde se levantó a buscar una silla para él, mientras Esteban miraba con expectativa a ese hombre.

—Mira, mi amor, te presento a Mateo. Fue mi compañero de resistencia durante todo este tiempo.

Esteban sintió enseguida la inseguridad. No quiso exteriorizarla, pero se alcanzó a mortificar momentáneamente de ver un hombre veinte años menor, de buena contextura física, con solo imaginar que hubiera estado a solas con su esposa por seis meses. En cambio, Mateo sintió alivio de ver que Esteban lo superaba con creces en años, pero no en vitalidad. Se convenció de que debía ser una muy buena persona para merecer el amor de una mujer tan bella y tan especial como Gabriela.

Ambos se saludaron amablemente pero no quisieron ir más allá del saludo. Gabriela estaba muy incómoda, pero trató de disimularlo sin éxito porque su ética le impidió comportarse como una hipócrita. Optó por el silencio.

Esteban la conocía tanto que enseguida supo que algo sucedía dentro de su humanidad. Lo corroboró cuando, al levantar su brazo para beber un sorbo de chocolate, Mateo dejó expuesto el tatuaje de la ballena que llevaba en el antebrazo, en el mismo lugar donde lo llevaba su esposa. Fue en ese instante cósmico cuando Esteban lo entendió todo. Pero tenía tanta culpa encima, por el tema de Daniela y por haberse dejado comprar la conciencia por el ministro Román, que decidió no hacer preguntas al respecto. Al menos por ahora.

Desayunaron en medio de un explicable silencio y se despidieron del gerente del hotel con amabilidad. A la salida, a Gabriela la estaban esperando los niños del club de surf y sus instructores Víctor y Catalina. Le pidieron que no los abandonara a pesar de la difícil experiencia y ella les prometió volver. Camilo le preguntó que si había leído su carta. Gabriela le dijo que esa noche lo haría. El niño

se marchó dando brincos con su única pierna y le mandó un beso desde la distancia. Muerta de ternura, Gabriela le dibujó un corazón con sus dos manos.

De camino al aeropuerto, tramo que hicieron caminando dado que el hotel solo estaba separado por tres cuadras, Mateo y Esteban se cruzaron varias miradas. Se alternaban para curiosearse, y en un par de ocasiones sus miradas se estrellaron como esferas de acero, haciendo más incómodo el momento, sobre todo para Gabriela. Había mucha tensión en el ambiente. A lo largo del camino la gente salió a despedir a los recién aparecidos. Aunque muchos hubieran preferido que quien estuviera al lado de Gabriela hubiese sido Óscar, ya casi todo el pueblo estaba resignado.

Al llegar a la pista, el helicóptero ya estaba con las hélices encendidas, y el ruido impidió que hubiera un diálogo fluido. Hubo despedidas silentes, con gestos, y un hecho que aterrizó en la realidad a los recién aparecidos. Antes de subir a la nave, Esteban le entregó un tapabocas a cada uno.

—¿Para qué?

—No sé si te contaron, pero ha llegado al país una pandemia que nos tiene a todos con los nervios de punta.

—Sí he visto a algunas personas con tapabocas y algo me han contado, pero no pensé que fuera tan grave.

—Es más grave de lo que imaginas, amor. Se llama el coronavirus y está matando a mucha gente en Europa. Ya hay 70 casos en Colombia y varias personas han muerto. Mejor pónganse los tapabocas. Es por precaución.

—No creo en eso —dijo Mateo y lo guardó en un bolsillo.

—Disculpa, amigo. Tienes que ponértelo —le advirtió Esteban sin disimular la rabia—. El Helicóptero es un espacio cerrado. El virus se transmite con partículas que se expulsan al hablar.

—Bueno, tranquilo, está bien. Ya me lo pongo.

A regañadientes, Mateo se puso el tapabocas y ascendió a la nave con evidente disgusto. Celos, diría un psicólogo principiante. Luego de acomodarse en una silla lejana a Gabriela, empezó a mirar por las ventanas del aparato. No podía o no sabía esconder la molestia.

Gabriela se puso el tapabocas, empezó a hacer preguntas.

—¿Es tan peligroso?

—Tiene una letalidad del tres por ciento. Nada despreciable.

—Dónde puedo leer algo sobre ese virus. Me da miedo que Samuel se contagie.

—En Bogotá, pero te adelanto… Flor Alba contrajo el virus e infectó la casa. No podemos llegar allá por unos días. Ya tengo preparado otro lugar.

—¿Flor Alba tiene el virus? —preguntó aterrada.

—Sí, pero es asintomática. Es decir, hay gente que lo adquiere, pero no siente molestias.

—¿Y ropa para mí, para ti, para el niño?

—No te preocupes, mi amor. La hice sacar esta mañana.

—Qué susto eso. Ojalá no se propague tanto.

— Ya es una pandemia. Así lo declaró la OMS hace dos meses.

—El cambio climático —concluyó ella muy preocupada, y Esteban solo atinó a asentir mientras se acomodaba los audífonos. Estaba sentado en medio de ella y de Mateo.

—¿Y el niño está protegido?

—Sí, no te preocupes. El Gobierno acaba de suspender las clases y las ciudades están en cuarentena. Ni el Congreso se está reuniendo.

—Es más grave de lo que creí —exclamó Gabriela aterrada.

—No te preocupes —le dijo él abrazándola—. No te va a pasar nada. Te voy a cuidar mucho.

Mateo se hizo el desentendido mientras miraba hacia la pista.

—Vamos a despegar —dijo el piloto—. Revísense los cinturones y buen viaje.

El Helicóptero despegó sobre las 9:35 de la mañana. Mientras se elevaba, Gabriela observó a los pequeños surfistas y a sus tutores diciendo adiós con la mano. Tres segundos después estaba viendo la inmensidad del mar y sintió un pavor momentáneo al recordar aquellas jornadas desafiantes. Cuando el helicóptero giró para tomar la ruta hacia Medellín, el verde oscuro de la jungla, con sus árboles centenarios y altísimos, se hizo presente y llenó la vista de todos.

Gabriela sonrió con admiración y soltó un comentario ante el cual, por falta de autoridad moral, Esteban decidió callar:

—Malditos cerdos, ¿cómo pretenden acabar con este paraíso?

Esteban se sintió aludido y cambió el tema con habilidad:

—Mira cómo se ve el mar de inmenso.

Mateo lo miró con fastidio.

Un trauma llamado felicidad

Samuel pensó que su tía le estaba mintiendo cuando ella le contó que su mamá estaba en camino. Le gritó varias veces que era una mentirosa. Con paciencia y ternura la incondicional Flor Alba le demostró que sus palabras eran ciertas y al pobre niño no le quedó más remedio que ponerse nervioso y refugiarse en su gato.

—¡Júrame que no me estás engañando, tiita, júralo! —le pedía con gritos.

Ella se lo juró de todas las maneras y, al final, no tuvo más remedio que llamar a Esteban a ver dónde venían, pero la llamada no entró. El helicóptero donde se trasladaban apenas estaba sobrevolando la represa de Hidroituango, un adefesio mal planificado, o mejor, un negocio sin alma que acabó con el río Cauca y de paso con la actividad económica de varios pueblos de pescadores y barequeros. Al reconocerla desde el aire, Gabriela exclamó con un tono de resentimiento:

—Tenía la esperanza de que ya se hubiera roto.

—Eso mataría a muchas personas, amor. Deja de decir bobadas.

—Ya las mató… Primero a bala, recuerda las masacres, y ahora de hambre. Desgraciados.

Mateo la miró de reojo sin querer opinar.

***

Media hora más tarde, el piloto empezó la maniobra de aproximación para aterrizar en el aeropuerto Olaya Herrera de Medellín. Entró por el valle que hay entre las comunas nororiental y noroccidental y se fue acercando, primero, sobre la plaza de toros La Macarena, y luego por la Avenida Oriental, absolutamente vacía, al aeropuerto Olaya Herrera.

—No se ve un carro —dijo Gabriela con admiración.

—La cuarentena es obligatoria, amor.

Aterrizaron sobre las 11:05 de la mañana bajo un cielo que no pudo pasar desapercibido para los sobrevivientes. Medellín no tenía esmog, las montañas se veían con nitidez. Esto obligó a una asombrada Gabriela a hacer preguntas. El piloto, con quien tenía comunicación vía intercom, le dijo que desde que empezó la cuarentena la naturaleza estaba teniendo un increíble florecimiento. Gabriela no daba crédito a lo que estaba viendo. La visibilidad era absoluta, el verde diáfano. El aire puro, el cielo muy despejado y azul. Había desaparecido la capa grisácea y rojiza del esmog que por tanto tiempo se instaló en el techo del Valle de Aburrá y que mantenía a la capital antioqueña en estado de emergencia ambiental.

Al aterrizar, Mateo se comunicó con su esposa. Estaba ansioso por verla, pero su euforia se transformó en pánico cuando escuchó a Julieta pidiéndole que no llegara a casa.

—¿Qué pasa, amor? ¡Quiero verlas!

—No te lo quise decir anoche para que descansaras, pero no puedes venir a casa, mi vida. Por mucho te podemos mirar desde lo lejos.

—¿Pero por qué? ¿Qué pasa?

—Simplemente no vengas, por favor.

—¿Qué pasa, Julieta? ¿Ya hay un reemplazo? Quiero decir, ¿ya me reemplazaste?

—Cómo se te ocurre, bobito. Así no hubieras aparecido nunca, ya tenía una decisión tomada y es la de no meterme con nadie más en la vida.

—¿Entonces, mi amor? —preguntó el hombre, más liviano.

—No te vayas a asustar, pero… tenemos el coronavirus, amor.

—Dios mío. ¿Y me pides que no me preocupe? Me están diciendo aquí que mucha gente ha muerto.

—Yo soy asintomática, amor. No me pasará nada. A las niñas les dio con levedad. Sobreviviremos, amor.

Mateo apenas lo podía creer. Aunque no tenía mucho conocimiento del virus, alcanzó a preocuparse. Por eso preguntó ingenuamente:

—¿Ni siquiera de lejitos?

—De lejitos sí. No sé qué te han contado del coronavirus, pero es muy, muy contagioso. No sería justo que después de tanto luchar por tu vida llegues a infectarte y a ponerte en riesgo.

—¿Y entonces dónde tengo que esperar y cuánto tiempo, mi vida? Muero por verlas, mi amor.

—Tienes que ir adonde tu madre, pero no creo que por más de tres días, cielo. Estamos en el día once. El virus dura catorce.

Esteban aprovecho lo que estaban escuchando para validar su mentira ante Gabriela:

—¿Te fijas, amor? Es un virus muy contagioso.

Luego miró a Mateo y le expresó solidaridad por su familia contagiada. Gabriela también le expresó su pesar.

Medellín tenía más flores que de costumbre, más silencio que el cotidiano, más nítidos los paisajes. A todos les sorprendió ver tantos aviones en tierra. Por lo menos una treintena de ellos permanecían parqueados en todas partes del aeropuerto. Esteban le explicó que los vuelos estaban cerrados y que ningún aeropuerto estaba operando. Cada dato la aterraba más.

Miraban todo con asombro porque asombroso era lo que estaba pasando. Un planeta reinventándose, sacudiéndose para que los humanos dejaran de destruirlo. Sentían como si la naturaleza estuviera estrenando vestido.

Cuando llegó el momento de despedirse de Mateo, dado que el avión de la Fuerza Aérea que los llevaría a Bogotá ya había encendido sus turbinas, los ojos se extraviaron en la inseguridad de la culpa. Las manos de ambos sudaron y los pies de ambos se hicieron lentos. Ninguno de los dos sabía si ese sería el último encuentro de sus vidas. Gabriela alcanzó a ver la ballena tatuada

bajo el antebrazo de Mateo y sintió pena de que Esteban la hubiera visto. Ignoraba que ya la conocía y que ya había hecho las suposiciones del caso. Y fue precisamente Esteban quien rompió el hielo de la despedida:

—Bueno, amigo. Nosotros regresamos a Bogotá en este instante. Muchas gracias por traérmela con vida. Ella es mi vida entera.

Mateo asintió con humildad, pero preguntó en qué se iría si las aerolíneas estaban paradas. Esteban le contó que el gobierno nacional había dispuesto de una avioneta para regresarlo a su ciudad.

—Santo Dios, muchas gracias —exclamó Mateo con sinceridad, pero añadió con tristeza—: Aunque no puedo ver a mis princesas de cerca, ya estoy aquí, aprovechando esta segunda oportunidad que me ha dado mi Dios para dedicarles lo que me queda de vida.

Gabriela lo lamentó en silencio. Les faltaba información para comprender el alcance del virus, pero ya sabían que era peligroso. De todas maneras, Esteban se puso a sus órdenes y le pidió que anotara su número por si llegaba a necesitar algo del gobierno. Gabriela intentó evitar el intercambio de datos, pero no le fue posible.

—Bueno, aquí me despido. Que sean felices.

—Tú también y dale fuerza a tus "princesas". Si pudimos superar el mar y la selva, durante tantos meses, podemos superar este virus —le dijo con orgullo.

Mateo sonrió con algo de tristeza y se despidió de su compañera de tantos días, tantas semanas, tantas angustias. Aquí ya no pudieron disimular más las ganas que tenían de ser sinceros. El abrazo de despedida no admitía actuaciones estelares. Fue un apretón de cuerpos cálido, hermoso, sincero, íntegro, con los ojos cerrados, con las quijadas de cada uno reposando en el hombro del otro. Un instante doloroso en el que cada uno sintió el vacío que dejaría la otra persona. Un abrazo de un siglo para Esteban, que ya no sabía dónde meter tanta incomodidad. Ellos parecían quedarse pegados, como queriendo devolver la película de varios meses y proyectarla en esos larguísimos cuarenta segundos.

Esteban prefirió mirar hacia otra parte. Sentía celos, pero la comprensión del momento no admitía aristas. Después de que sus cuerpos se soltaron, se miraron a la cara y ya no pudieron ocultar más lo inocultable. Pusieron las ballenas frente a frente y juntaron las muñecas.

—Pacto de ballenas —dijo uno.

—Pacto de ballenas —respondió el otro.

Esteban pasó saliva amarga y miró de nuevo hacia el avión, como queriendo apurarlos.

TREINTA Y SEIS

Renace la Tierra

—¿Cuánto tiempo más vas a estar en silencio? —le preguntó Gabriela a su esposo en pleno vuelo de regreso a Bogotá.

Esteban estaba molesto, celoso, tenía muchas preguntas atoradas en su garganta, pero le parecía que Gabriela no merecía un recibimiento tan tóxico. Entonces seguía mirando el paisaje soberbio que le brindaba la naturaleza desde la ventanilla del avión, en parte para calmarse, en parte para pensar en sus propios problemas.

—¿Siento que me quieres preguntar algo?

—Muchas cosas —respondió él sin mirarla.

—¿Por qué no empiezas, amor?

—Porque hay cosas tan obvias que a veces no necesitan explicación.

—No lo veré más —explicó Gabriela.

—Eso no borra lo que pudo pasar entre ustedes.

—No pasó nada distinto a lo que puede pasar entre dos personas que conviven solas, durante seis meses, sin esperanzas de vivir.

—No quiero que me cuentes nada, por favor.

Gabriela supo enseguida que esa petición le abría la puerta al derecho que tenía a permanecer callada. Al rato, cuando ya el avión se aprestaba a aterrizar sobre la pista dos del aeropuerto El Dorado

de Bogotá, Esteban no aguantó más las ganas de saber algo y se lo preguntó:

—¿Qué significado tienen esas ballenas que se tatuaron en las muñecas?

—Vinimos a ver ballenas. Ellas viajan miles de kilómetros para aparearse en Nuquí. Son el símbolo de la resiliencia porque a pesar de un viaje tan largo, siempre regresan a su lugar de origen. Nosotros salimos de Nuquí, recorrimos cientos de kilómetros para regresar. Anoche nos encontramos a un tatuador que trabaja por temporadas en el hotel de don Eusebio y nos propuso que como recuerdo de tan grande aventura nos hiciéramos ese tatuaje. Y lo hicimos.

—Esas ballenas van a Nuquí a aparearse.

—Lo sé, amor. A eso vine, a fotografiar sus crías.

—¿Ustedes también se aparearon?

La pregunta cayó como un rayo enceguecedor, y fulminó la zozobra que se había generado desde la despedida de los firmantes del pacto de ballenas. Demolió cualquier rastro de duda. Destruyó los cimientos de la confianza construida durante años. Gabriela perdió el habla. Esteban le nubló la mente con la pregunta. La había colocado en la línea justa, un milímetro antes de ese espacio invisible en el que empiezan las mentiras.

—No tienes que contestar a esa pregunta si no quieres —le dijo.

—Puedo y debo contestarla, Esteban. El problema es que yo jamás te he dicho una mentira y no será esta la vez en que te diga la primera. Si estás dispuesto a escucharla, no tengo problema en hacerlo.

En ese momento las llantas del avión golpearon sobre la pista. El movimiento del avión los hizo zangolotear y tomarse de la mano fortuitamente. Gabriela aprovechó las frenadas para analizar la respuesta. Durante el carreteo de la aeronave pensó que lo mejor era no contarle. Pero al detenerse el avión, supo que no le quedaba otro chance que hacerlo. Cuando el piloto les dio la bienvenida a la capital, Esteban se quedó mirándola como esperando la respuesta. Ella se quitó el cinturón de seguridad y se levantó de la silla

exhalando la más correcta que encontró para no dañar su matrimonio perfecto:

—No. No fuimos a Nuquí a aparearnos.

Esteban recobró el aliento. Le fue imposible no esbozar una sonrisa y levantarse de la silla con su orgullo masculino intacto. Gabriela lo siguió, tranquila por el futuro de su familia, porque el juego de palabras la favorecía. No había mentido. Esteban preguntó si había ido a aparearse a Nuquí y ni ella ni Mateo fueron a eso. Ella fue a continuar su investigación sobre las ballenas y él a atender a los clientes del tour. Luego no había mentido y esa autojustificación la dejó tranquila.

Las pistas del aeropuerto estaban atestadas de aviones, las calles de Bogotá estaban desoladas. Gabriela apenas podría creerlo.

—Parece un primero de enero a las seis de la mañana.

—El planeta está respirando —explicó Esteban, y aclaró—: Hay quienes piensan que la pandemia es un estornudo de la Tierra para que la humanidad reflexione sobre el mal uso que está haciendo de los recursos naturales, quiere que la humanidad le preste atención.

Al momento se detuvo una camioneta grande, medio nueva, color gris oscuro. A Gabriela le sorprendió que una camioneta blindada con dos escoltas llegara a recogerlos. Incluso se molestó:

—No es la vida que hemos soñado, amor —le dijo con evidente animadversión.

—Lo sé, mi amor, pero es el protocolo de seguridad que establecen las normas para un viceministro.

—Horrible —recalcó ella y prefirió mirar hacia otro lado.

—Algunos periodistas quieren entrevistarte.

—No me gustaría… —le respondió sin mirarlo—. Por ahora, quiero respirar el aire puro de la ciudad. Nunca más la volveremos a ver con estos cielos despejados.

—Hay tiempo, amor. Faltan dos semanas para que se termine la cuarentena.

Ambos subieron a la camioneta: ella con pereza, él con temores, y el carro arrancó sin prisa.

—Dios mío. No quiero imaginar el hambre que estarán pasando los que no tienen trabajo.

—Hay toda una discusión al respecto. Los políticos de la oposición exigen al gobierno que les paguen una renta básica a las familias que viven en la informalidad, los de la derecha solo les tiran migajas. No creo que sea suficiente. Y el problema es que nadie puede salir. Tú sabes que en un país como el nuestro más de la mitad de la gente vive del rebusque.

—Estudio el tema y empiezo a apoyar desde las redes sociales —dijo Gabriela muy conmovida.

—Me parece magnífico, aunque deberías descansar, amor.

—¿Cómo puedes descansar mientras otros mueren de hambre? En serio no pareces el hombre que dejé en la casa hace seis meses.

—Claro que sí. Solo que debes estar cansada. Fueron seis meses de… ¿O acaso no la estaban pasando mal?

—¿De qué hablas? No te permito que dudes de mí.

—Lo siento, amor. Discúlpame.

—Olvídalo. Tenemos que ponernos al frente de la campaña para llevar comida a la gente que está encerrada. Le pediré a Sofía que me ayude. ¿Has hablado con ella?

—Una sola vez.

—¿Y?

Esteban prefirió no dar detalles de la reunión. En cualquier caso, tendría que mentir y estaba tratando de lograr lo imposible: que Gabriela pensara que nada había pasado en su ausencia.

—Quiero llamarla a ver cómo van nuestras luchas. Hoy más que nunca quiero ayudar a cambiar este mundo. No imaginas todo lo que vi… Muerte, desplazamiento, abandono, tristeza por todas partes…

—Odio. Todo eso se llama odio…

—Pues tenemos que luchar contra la gente que genera ese odio —le dijo tratando de bajar el vidrio de su ventana.

—No baja. Es blindado.

—¡Qué mierda! —exclamó, recostó la cabeza contra la silla y cerró los ojos.

***

En Medellín, Mateo luchaba por encontrar la manera de transportarse hasta Cartagena. No era cierto que tuviera a su disposición un avión para regresar a su casa, como se lo dijo Esteban, no se sabe con qué intención. Lo cierto era que el pobre intentó por tierra y tampoco. Las empresas de buses estaban cerradas. No había vuelos. Nadie podía salir por decreto presidencial ante la alta posibilidad de contagio. El comandante de Policía, al verlo desesperado, le dijo que estaba haciendo gestiones para que le autorizaran subirse, hasta Cartagena, en un avión que transportaba tropas. Esa noche pernoctó en una casa fiscal del Ejército. Sus pensamientos estaban divididos entre la ansiedad por ver a sus dos princesas pequeñas y a su reina Julieta, y la nostalgia por no tener por dónde hablarle a Gabriela. Ninguna de las cuatro se borraba de sus pensamientos. Llegó a desesperarse tanto con ese dilema que se metió a la ducha por tanto tiempo que terminó sentado, bajo el chorro de agua, hasta dormirse.

Julieta no cabía de la dicha. Oró tanto y dio tantas gracias a Dios, que durante toda la noche ofreció cuatro penitencias que juró cumplir. Visitar al Señor de los Milagros de Buga, ir a la Basílica de la Virgen de Guadalupe en Ciudad de México, llevar mercados a diez familias muy pobres y pagarle la universidad a un niño sin padres. Sus hijas no querían irse a acostar de la felicidad que las embargaba. Hablaban y hablaban, imaginando el momento del reencuentro, hasta que se quedaron dormidas.

***

Gabriela y Esteban iban llegando al hotel, pero nada había salido como ambos lo habían planeado en el hipotético caso de que Gabriela apareciera. Ella se sentía molesta, él se notaba nervioso.

—Pensé que iba a ser mejor nuestro reencuentro —le reclamó él.

—Yo también, amor, pero debo confesarte que encontrarte trabajando al lado de la gente contra la que he luchado tanto tiempo me tiene molesta y preocupada. Siento que aún no me has explicado muchas cosas.

—Te voy a explicar todo, mi vida, pero eso no puede dañar un momento que yo me imaginaba sublime. Soñaba con este día. Se lo pedí a Dios cada minuto de mi vida mientras no estuviste con nosotros.

—Lo siento. A veces me dejo llevar por la rabia, pero estoy feliz —le dijo y se recostó en su pecho—. No sabes la falta que me hicieron y lo mucho que añoré volver a ver a mis hombres. Te amo.

Esteban le dio un beso y la abrazó muy fuerte, pensando quizá que esa fuera la última vez que lo pudiera hacer, dados los problemas que se le venían encima cuando Gabriela supiera que no tenían casa, que él se había prestado para validar la construcción del puerto y, sobre todo, la existencia de Daniela en su vida. Desde luego, con esos difíciles pendientes, nada podría salir bien, salvo el reencuentro de Gabriela con su hijo.

Al llegar al lobby del hotel, les midieron la temperatura, les hicieron meter los pies con zapatos en un tapete rociado con alcohol, les aplicaron desinfectante en las manos y les preguntaron si habían estado fuera de Colombia durante los últimos tres meses.

Gabriela dijo que no y Esteban prefirió mentir.

—Esto del virus es en serio —opinó ella, aterrada por todos los controles.

Luego se chequearon y subieron por las escaleras a una habitación, porque el ascensor estaba cerrado. Era parte de los protocolos de bioseguridad que les imponía la ciudad a los pocos hoteles que aceptaron operar con solo el 25% de su capacidad. La suite era de las más cómodas del hotel. Tenía dos camas grandes, un par de litografías del pintor Jacanamijoy, firmadas y enmarcadas, un sofá, un escritorio, un baño con jacuzzi y un gran closet que Gabriela se quedó mirando con nostalgia:

—Está lindo, pero no tengo nada que poner ahí —le dijo con una sonrisa apagada, y se lanzó a la cama como quien trata de disfrutar algo con parsimonia. Mientras saboreaba las almohadas de plumas

envueltas en fundas de algodón egipcio, volvió a preguntar por su hijo. No aguantaba más las ganas de verlo. Entonces Esteban le dijo que durmiera un poco porque, gracias a los protocolos de seguridad y movilidad, Samuel no vendría hasta la mañana.

Esteban llamó a Flor Alba para que trajera a Samuel muy temprano, pero su hermana le advirtió que el niño estaba prometiendo que apenas viera a su mamá iba a contarle sobre la relación de su papá con "esa mujer". Esteban le pidió que hiciera lo necesario, que le prometiera lo que él quisiera para que no hablara sobre eso. Luego se lanzó a la cama, muy preocupado, y empezó a acariciar a su mujer. La abrazó con los pulmones henchidos de amor y cerró los ojos a soñar de nuevo con un futuro a su lado. A Gabriela aún le parecía increíble estar allí, pero seguía con muchas preguntas atravesadas entre su corazón y su garganta.

Aunque trató de ser cálida, no pudo volver a ser la misma. No porque estuviera extrañando a Mateo, sino porque aún no encontraba el camino para entender la llegada de Esteban al viceministerio. Así y todo, se durmió muerta de ternura en los brazos de su esposo.

Aunque lo pensó y lo alcanzó a sentir, Esteban percibió que no estaban dadas las condiciones para tener sexo con su mujer. Pero tenía tantas ganas de ella que mientras dormía, la destapó con sutileza y se masturbó mirándola.

La hora de las verdades

Al día siguiente, en la madrugada, Gabriela despertó muy asustada. Había dormido cerca de doce horas. Fue lo que su cuerpo le exigió para empezar a recuperar alientos y su salud. Al ver a Esteban dormido a su lado, aun con la ropa del día anterior puesta, sintió ternura y lo besó en la frente. Luego le acarició el cabello y recordó muchas horas a su lado. El sol estaba empezando a proyectarse tenuemente dentro de la alcoba y el viento doblaba las ramas de un par de palmeras gigantes que se divisaban desde la ventana. Gabriela se levantó y se fue al balcón a observar la ciudad. En el

costado norte estaba la carrera séptima con sus edificios emblemáticos y en el oriente los barrios pobres del centro de Bogotá. Tan pronto como aclaró un poco más, se quedó observando con curiosidad que muchas casas del sector oriental, enclavadas dentro de los cerros bogotanos, tenían izada una bandera roja en sus fachadas. Al momento Esteban se paró a su lado y la abrazó por la espalda. Ella sintió su calor con agrado y se lo reconoció con un beso.

—Te amo, mi amor. Doy gracias infinitas a Dios por tenerte de nuevo en mi vida —le dijo él.

—Yo también te amo, mi cielo. No imaginas la falta que me hicieron. ¿Por qué no ha llegado Samuel? Muero por verlo… ¿Pasa algo?

—Hoy lo ves, mi cielo. No te preocupes.

—¿Pero a qué hora? ¡Ya quiero abrazar a mi niño!

—Ya casi lo traen. No te preocupes. Para moverse dentro de la ciudad hay que pedir un permiso.

Esteban se lo aseguró con otro beso.

—Amor… ¿qué quieren decir esas banderas rojas en las puertas y ventanas de algunas casas?

—Hambre —respondió él, a secas.

—No entiendo.

—Lo que veníamos hablando, mi vida. El Gobierno ordenó el confinamiento de la gente, pero no subsidió a los más necesitados. Al no poder salir a trabajar, están pasando necesidades. Tú sabes que la mayoría de la gente más pobre vive del rebusque. Entonces alguien inventó que quienes estuvieran pasando hambre pusieran una bandera roja. La gente solidaria golpea en esas puertas y les regala mercados.

—Qué dolorosa realidad. Quiero leer mucho sobre lo que está pasando. ¿Tienes el computador aquí?

—Sí, pero primero vamos a desayunar.

Durante el desayuno empezaron a aflorar las preguntas que Gabriela tenía guardadas desde el día anterior.

—Amor… ¿cómo es que llegaste a ese cargo de viceministro y por qué justamente cuando yo desaparezco de tu vida? ¿Yo era un lastre

para ti? ¿Te estaba frenando? Dime la verdad.

—Jamás. Siempre fuiste, eres y serás mi mayor motivación en la vida, mi amor.

—Pero algo pasó, porque supuestamente muero y tú mejoras tu situación laboral, cambias de aspecto, ahora te noto más guapo, más arreglado…

—No te llenes la cabeza de bobadas, mi vida. Estoy dispuesto a contarte todo.

Y Esteban le dijo que, ante su desaparición, había ido a pedirle ayuda al ministro Román porque necesitaba un helicóptero para ir a buscarla. Le aseguró que, para entonces, el alcalde de Nuquí ya había suspendido la búsqueda porque habían pasado más de cinco días sin que las lanchas de la policía pudieran ubicar la embarcación de Óscar. Le contó que la angustia por encontrarla lo había llevado a cometer muchos errores, incluso a venderle el alma a los politiqueros y a los corruptos de su país:

—¿Qué hiciste? —le preguntó ella, muy preocupada.

Esteban le pidió perdón antes de contarle. Sabía que Gabriela iba a morir de pena moral cuando lo supiera.

—No puedo perdonarte sin saber lo que me vas a decir.

—Ellos me pusieron una condición para prestarme el helicóptero.

—¿Cuál?

—Aceptar el viceministerio.

—¿Bueno y eso qué tiene de malo? Ya sé que eres viceministro de la Biodiversidad, amor. Desde ese cargo puedes ayudar a detener varias licencias ambientales que van a acabar con medio país, ¿no?

—Bueno. No es tan fácil. Lo que no te he contado es para qué me necesitaban en ese cargo.

Gabriela le dijo que no se quería imaginar cosas y le pidió que le contara, lo que tuviera que contarle sin rodeos.

Entonces Esteban se llenó de valor y soltó la lengua. Le dijo que todo era un chantaje, pero que él lo había aceptado conscientemente, dado que para él lo más importante en la vida eran ella y su hijo. Que había tenido que vender sus principios y su dignidad a cambio de volverla a ver y que no solo no se arrepentía, sino que lo volvería a hacer un millón de veces, así lo azotaran hasta

hacerle sangrar el alma. Fue ahí cuando le contó que se había comprometido a calmar a los ambientalistas frente al proyecto de Tribugá.

Hasta aquí llegó la leyenda. Gabriela sintió cómo toda la admiración que sentía por su esposo se caía en forma de máscara de porcelana que muy rápido se estrelló contra el suelo, astillándose en mil pedazos. En medio de la más profunda de las tristezas lo empezó a increpar de una manera tan grosera que el personal del restaurante tuvo que acercarse a pedirle cordura. Gabriela se levantó y caminó hacia la salida, pero Esteban la trató de detener:

—¡No puedes irte así, mi amor! ¡Estamos en cuarentena!

—Sí puedo. No quiero estar más al lado de alguien que traicionó nuestra causa.

—Espérate. ¿A dónde vas?

—Adonde me dé la gana —le gritó expulsando fuego por la nariz, los oídos, la boca y el alma.

Esa confesión le había aplastado el corazón. Su esposo, su compañero de vida y de luchas la había traicionado en lo más sagrado que era impedir la destrucción del Chocó, permitiendo la construcción del puerto de Tribugá.

Por más que trató de impedirlo, Esteban no pudo detenerla. Gabriela bajó las escaleras forcejeando y se echó a andar por la calle desolada. Estaba tan desilusionada que deseó no haber vuelto a la civilización, se fue maldiciendo el milagro de haber reaparecido. Lloraba de rabia.

—¿Por qué no me quedé en la selva? ¿Por qué? —se preguntaba.

—El niño quiere verte, mi amor —le gritaba Esteban a prudente distancia, tratando de hacerle entender que todo lo había hecho por ella, para volverla a ver, porque estaba desesperado con la posibilidad de que hubiera muerto, pero ella se devolvió a gritarle que su vida valía tanto como la de los árboles, los ríos, los manglares y como la del aire del Chocó, porque de eso era de lo que iba a vivir su hijo cuando creciera.

Atravesando calles y avenidas, Gabriela tomó el camino que conducía a su casa y Esteban se quiso morir.

—¿A dónde vas?

—Voy a mi casa a recoger a mi hijo. No quiero volverte a ver.

—El niño está donde mi hermana —dijo como último recurso.

—¿Cómo así que con tu hermana? Me dijiste que estaba contagiada.

—Ya le pasó —dijo como el peor mentiroso de la historia.

Gabriela lo notó.

—Voy a mi casa, recojo algo de ropa y salgo por él —sentenció.

—La casa está en obra. Dejé todo en cajas —le gritó tratando de impedir a toda costa que su esposa llegara hasta el lugar donde Daniela seguía atrincherada.

—¿Cómo que en obra? —preguntó con curiosidad.

—La mandé a remodelar.

—¿La mandaste a remodelar sin mi presencia, justo cuando me fui de tu vida? —le preguntó profundizando aún más su decepción.

—Tenía la esperanza de que volvieras.

—No mientas, Esteban. Jamás me propusiste remodelar la casa. ¿O es que estás ganando tanta plata que no sabes qué hacer con ella?

—Te juro que lo hice por distraer a Samuel, por brindarle un mejor hogar y sí, también me mejoraron el sueldo y pensé en eso.

—Entonces paso ya mismo por donde Flor Alba, recojo al niño y me dejas sola. Necesito pensar —le advirtió.

—No hay taxis. Espérame saco el carro y te llevo.

—No. Me voy a ir caminando y de la casa de tu hermana llamo a Sofía para que me recoja.

—No has entendido: nadie puede salir. Yo puedo hacerlo porque ando en un carro oficial que tiene permiso.

—Entonces me voy a pie.

Ante la mirada triste y muy preocupada de su esposo, Gabriela se fue a casa de su cuñada a recoger a su hijo. Esteban empezó a llamar a su hermana con desespero para ponerla a tono con sus mentiras.

TREINTA Y SIETE

Los traumas de Samuel

Flor Alba tuvo que convertirse en actriz en el poco tiempo que Gabriela tardó en llegar a su casa. Al verla, se alegró mucho, la felicitó por ser capaz de volver y le dijo que la saludaba de lejitos porque estaba saliendo del virus y le daba miedo contagiarla. Luego le pidió que esperara un minuto mientras iba por Samuel.

Al ver a su madre, el pequeño se quedó paralizado. No sabía si creerlo o no. Miraba a todas partes temeroso de que hubiera una trampa. Ni siquiera quiso correr a abrazarla. Gabriela tuvo que arrodillarse, ofrecerle sus brazos y decirle que todo era verdad, que mamá había vuelto y que más nunca volvería a dejarlo solo. Samuel se echó a llorar en sus brazos, inmerso en un coctel de sentimientos que recorrían su pequeña existencia. Gabriela lo convenció de que aquello no era un sueño. Lo abrazó, lo lloró, lo besó, le dijo como mil veces que lo amaba y luego se lo llevó a vivir a casa de Sofía Galindo.

Esteban quedó devastado. Aunque en el fondo su piel celebraba la aparición de su esposa, el presentir que la iba a perder para siempre le hacía doler la sangre que lo recorría lentamente, como con pereza de llegar al cerebro.

Al mediodía, mientras almorzaban leyendo la prensa, mirando la noticia de su reaparición, Sofía y Gabriela hablaron de los motivos

que tuvo Esteban para venderle el alma al diablo y terminaron entendiéndolo.

—Lo comprendo, pero no lo perdono —sentenció Gabriela y justificó su fallo—. Puede uno estar muriéndose por una hoja, pero si salvar ese amor implica deshojar un árbol, un solo árbol, que se joda el amor.

—No seas tan radical, hermana. Esteban te ama más que a su propia vida. No le puedes pedir que no haga nada por encontrarte.

—No sé qué pensar. Estoy tan ofendida.

—Vamos a buscar salidas y que ni crean que van a construir el puerto ese. Ya todo el movimiento está en modo protesta. Incluso la discusión ya llegó al Senado. Hay un senador de apellido Botero que está tuiteando fuerte contra la construcción de ese puerto.

—Bueno, aquí estoy para apoyar.

De repente Sofía se quedó mirando la prensa:

—Oye, Gabi, el tipo con el que te perdiste tiene lo suyo, ¿no? —opinó Sofía mirando la fotografía.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gabriela haciéndose la desentendida.

—Ay, amiga. No me digas que el naufragio te volvió tonta. Me refiero a que es buen mozo, muy simpático, es alto, acuerpado… Está lindo.

—Bueno, sí… ¿y qué con eso?

Sofía se quedó mirándola fijo y no aguantó las ganas de disipar sus dudas:

—Gabi, fueron más de seis meses…

—¿Y?

—O sea, tú y él… ¿nada de nada en todo ese tiempo?

Gabriela prefirió callar. Sofía entendió su incomodidad con la pregunta y prefirió cambiar de tema.

—Bueno, no tienes por qué responder. Ahora hablemos de lo nuestro. Te cuento lo que ha pasado con Tribugá.

—Por favor… Y no te preocupes que cuando llegue el momento, sabrás lo que pasó en ese tiempo —prometió Gabriela.

Muy comprensiva, Sofía le dijo que no se preocupara y pasó a contarle que gracias a la acción que ambas habían emprendido, el

Consejo de Estado había frenado el inicio de las obras. La licencia se tardó meses en expedirse.

—Sin embargo, pasó algo que no entendí o que entendí después. Ya con la licencia en mano no quisieron publicarla y no arrancaron con las obras.

—¿Por qué?

—Alegaron que la paralización de las obras era culpa del Estado, que se había demorado en expedir la licencia, y lo demandaron.

—¿Para qué si ya tenían licencia?

—Para obligarlo a conciliar y así aumentar de treinta a cincuenta años la concesión.

—¿Y lo lograron?

—Dicen que a eso fueron Esteban y Román a España.

—¿Esteban estuvo en España?

—Sí. A reunirse con el consorcio que había ganado la licitación.

Gabriela apenas tenía tiempo para asombrarse con tantas sorpresas.

—¿Qué más me falta saber? —preguntó aterrada.

—No sé, pero en ese viaje sucedieron cosas feas, Gabriela.

—Tiene que ser, pero de Esteban puedo pensar cualquier cosa, menos que sea un corrupto.

—Dicen que corrieron costalados de dinero.

—Malditos.

—Pero están de malas. La semana pasada, justo cuando iban a arrancar la construcción, empezó la cuarentena y tuvieron que aplazar las obras. Ni siquiera quisieron firmar el acta de inicio.

—¿Cuánto crees que dure esta pandemia?

—Nadie sabe, pero acaban de alargar de tres a cuarenta los días de confinamiento obligatorio.

—O sea que tenemos cuarenta días para movernos, amiga.

—Esteban nos ayuda, amiga. No lo dejemos por fuera que ya me dijo que estaba dispuesto a desembarrarla como sea.

Gabriela le dijo a Sofía que si le tocaba se iba al ministerio de Ambiente con carteles a hacerles la guerra al ministro y al viceministro, así fuera su esposo. Sofía, siempre incondicional, le dijo que contara con ella, pero que le tenía otra noticia quizás peor que

la de su esposo vendiendo el movimiento por unas horas de helicóptero.

—¿Qué pasó? —preguntó asustada.

—No solo Esteban vendió el movimiento, Gabi. Varias organizaciones sociales del Chocó le dieron el visto bueno al gobierno para el inicio de la obra.

—¿Qué? —exclamó Gabriela sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Así como lo oyes. Se realizó la consulta previa a las comunidades para que decidieran sobre la conveniencia de la obra y el "sí" ganó con un 65%.

—Sofi, dime que eso es mentira —respondió Gabriela totalmente desilusionada.

—No es mentira, amiga. Los chocoanos quieren el puerto. Dicen que no les pueden seguir negando el derecho al desarrollo.

—Ellos tienen razón en eso, pero no pueden poner en peligro la vida del planeta mismo. ¿Ellos son conscientes de lo que perderá la humanidad con esa decisión?

—Lo están, pero dicen que no pueden seguir siendo los guardabosques del planeta, los que cuidan la biodiversidad para que la humanidad no muera mientras ellos mueren de hambre y pasan necesidades.

—Tienen razón, pero podemos buscar soluciones intermedias. Que esos países les paguen por los bosques y las selvas que cuidan. Que paguen por el oxígeno y por la descarbonización para que cada chocoano pueda vivir una vida cómoda y tranquila —propuso Gabriela, muy preocupada porque su lucha se había venido abajo con la decisión de los chocoanos.

—Tú sabes que nos hemos jugado la vida por impedir ese proyecto y lo seguiremos haciendo, pero pongámonos en sus zapatos, Gabi. Los países desarrollados, los más ricos, son los que más contaminan. La gente en esos países se da la gran vida mientras a nuestra gente del Chocó, que les cuida el aire para que el planeta no colapse, ni siquiera tiene una vía decente para comunicarse con su propio país. No tienen acueductos ni universidades. Y venirles a decir ahora que no les podemos llevar el

desarrollo porque tienen que seguir cuidándole el planeta a los más ricos que son los que contaminan, y a cambio de nada, no tiene ninguna ética, amiga, ninguna presentación.

—Estoy de acuerdo, pero acabar con el planeta no es la solución. Los políticos tienen que buscar alternativas para ellos. Si dejan hacer ese puerto, las consecuencias serán terribles. Una autopista atravesando la segunda selva más biodiversa del mundo sería devastadora. Tendremos que hacer algo muy creativo para convencerlos de cambiar de opinión —aconsejó Gabriela y luego propuso convocar una reunión con los demás miembros del movimiento y de la fundación para buscar soluciones y conocer la opinión de todos sus compañeros.

—Por la pandemia no se permiten reuniones presenciales, pero la podemos hacer virtualmente —advirtió Sofía—. Esa es la moda. Reunirse a través de una plataforma que se llama Zoom.

Gabriela no sabía que era Zoom, no sabía cómo usarlo ni para qué servía. Cuando se conectaron y vio a sus diecisiete compañeros distribuidos por recuadros a lo largo y ancho de la pantalla del computador exclamó:

—Qué maravilla. Así nos podemos organizar más rápido.

Unos segundos después, los recuadros se llenaron de manitos virtuales. Todos querían felicitarla por su regreso.

—No veo a Juana Perea —le dijo Gabriela a Sofía.

—¿No te han dicho?

—No. ¿Qué me tienen qué decir? —exclamó Gabriela con miedo.

—Gabi, a Juana la mataron.

Gabriela quedó estupefacta. La noticia la partió en dos con la fuerza de un rayo, y se echó a llorar, en un comienzo con incredulidad y luego con mucho dolor. Sofía le contó los pormenores del asesinato y la alivió un poco diciéndole que, al menos, los autores materiales estaban presos.

El drama de Mateo

Aunque moría por verlas, después de un tortuoso viaje por tierra de más de catorce horas desde Medellín, Mateo ni siquiera pudo acercarse a sus tres amadas mujeres. Llegó en una patrulla de la Policía hasta la fachada de su casa y les notificó su presencia con una pequeña pedrada en el vidrio. Cuando sus dos hijas y su esposa se asomaron, las lágrimas de los cuatro empezaron a rodar. Ellas queriendo saltar para abrazarlo y él queriendo volar para alcanzarlas en esa ventana. Fue un momento de mucho amor e impotencia.

El hombre quería subir hasta su habitación para que sus hijas y su esposa se lo comieran a besos. Julieta le recordó que ella y las niñas estaban contagiadas con el virus y que no querían ponerlo en riesgo, pero le explicó que eran asintomáticas y que en cuestión de dos o tres días volverían a estar juntos. Él se tranquilizó un poco, pero se sintió desamparado. Después de seis meses de ausencia quería estrecharlas contra su pecho hasta fundirlas con su ser, pero ese virus extraño, que aún no terminaba de entender, se lo acababa de impedir.

Sin embargo, se quedó a contemplarlas por casi una hora. Se decían cosas a todo grito, se consentían desde la distancia, se expresaban amor mutuo y se dibujaban corazones en el aire. Hasta que un oficial de la Policía se le acercó a contarle que en minutos arrancaba el toque de queda en Cartagena.

A gritos, que varios vecinos percibieron desde sus balcones, les dijo que jamás las volvería a dejar solas mientras respirara. Mandando besos y corazones desde el balcón y abrazándose entre sí, aún incrédulas, Julieta y las niñas se despidieron de Mateo agradeciendo a Dios habérselo devuelto después de haberlo imaginado muerto.

Los policías le advirtieron de nuevo que debían partir. Con pesar se despidió de sus encantadoras mujeres y les prometió volver al día siguiente con una serenata. Los policías lo llevaron hasta la casa de su madre y allí, sin poderse quitar el tapabocas, se enteró por boca de su papá, de los pormenores del virus.

Supo que el virus se originó en China, que saltó de un murciélago a otro animal y de ese animal al hombre. Supo que se esparció por el mundo entero en menos de tres meses, a través de pasajeros de

ese país que viajaron a Europa y de allí a los demás continentes. Se aterró con las cifras de muertos y de infectados que estaba dejando la pandemia a su paso arrasador, pero sintió un ligero alivio al saber que su mujer y sus gemelas estaban dentro de ese 80% de infectados asintomáticos que no sentían fiebre, dolor de cabeza, ausencia de olfato y, a veces, una falta absoluta de aire en los pulmones que los llevaba a la muerte.

La madre de Mateo, doña Mariela, una mujer alentada de unos 66 años, estaba paranoica porque los medios de comunicación no dejaban de repetir que el mayor porcentaje de víctimas eran los mayores de 65 años. A pesar de la inmensa felicidad que le causó saber que el hijo que llevaba llorando día y noche estaba vivo, prefirió saludarlo sin tocarlo mientras aplicaba alcohol en el ambiente con un aspersor manual.

Mateo intentó abrazarla, pero ella le pidió que no se acercara y que se practicara primero la prueba del coronavirus. Le dijo que la perdonara pero que no quería morir para poderlo disfrutar el resto de vida que le quedaba. Aunque don Manuel, su esposo, le dijo que era una exagerada, Doña Mariela tampoco le permitió abrazar a su papá. Le dijo que si lo hacía, se tenía que marchar con el recién llegado a otro cuarto.

Mateo entendió sus razones, pero se entristeció ante la imposibilidad de estrechar a los seres amados que tanto había extrañado. La policía le aconsejó que entrara en cuarentena. Le explicó que, si pasaba catorce días encerrado en algún lugar sin presentar síntomas, podría volver a su casa. También le explicaron que en pocos días su esposa y sus hijas quedarían libres del virus.

Como no pudo quedarse ni en su propia casa ni en casa de su madre, no tuvo más opción que decidir pasar la cuarentena en un hotel, pero pronto se enteró que los hoteles habían sido cerrados en su totalidad por órdenes del gobierno local. Entonces consiguió un cerrajero y se fue a dormir a la oficina donde funcionaba su agencia de viajes. Allí, entre afiches de destinos turísticos, aviones en miniatura y computadores apagados, encontró el refugio que la pandemia le negó en sus antiguas casas. Como pudo se quedó dormido en el sofá pensando en sus hijas y su mujer, pero también

tuvo espacio en su mente para recordar a Gabriela. La imaginó feliz al lado de su esposo y empezó a sentir el rigor de no tener su contacto para escucharla, para saber de su vida.

La tristeza de Gabriela

Gabriela no tuvo tiempo de pensar en Mateo. Estaba tan triste y agobiada por la muerte de Juana Perea, la traición de Esteban y el resultado de la consulta previa en Chocó, que su cabeza no le daba para pensar en el amor. Se estaba llenando de odio. No le cabía en la cabeza que estuviera luchando por unas personas que no querían ser defendidas. Tampoco podía superar el hecho de que su marido hubiera vendido tan barato sus ideales:

—Por un puto helicóptero —se repetía a cada rato.

A pesar de que Sofía también sentía rabia, trataba de disculparlo con todo tipo de argumentos. Y aunque quiso decirle que a lo mejor lo había hecho por amor, recordó que rodaba el chisme de que Esteban andaba con una mujer del ministerio, pero prefirió callar para no agravar las cosas. Esa parte de las sorpresas aún era ignorada por Gabriela. Aunque estaba tan desilusionada con la construcción del puerto de Tribugá que a lo mejor eso le hubiera importado menos y lo hubiera entendido con mayor facilidad.

Era un asunto pendiente para su corazón que no tardaría en conocer.

Sucedió a la mañana siguiente mientras las dos cocinaban el desayuno. Recién levantado, el pequeño Samuel se acercó a buscar algo en la nevera. Gabriela lo saludó efusivamente, le hizo varios mimos y le pidió que se sentara en la mesa del comedor para alcanzarle los alimentos. Samuel se quedó mirándola y le soltó la primera estocada:

—¿Por qué no estamos en la casa, mamá?

—Porque la están arreglando, mi vida.

—No es cierto. La casa ya está arreglada hace rato.

—¿No hay obras en la casa ahora? —preguntó Gabriela interesada.

—No. Yo creo que papá no quiere que vayas porque allá hay una señora. Una señora que se pone tu ropa.

Sofía supo enseguida que los sismógrafos habían empezado a mover sus agujas y se escurrió como una escapista hacia el patio de ropas.

—¿De qué señora hablas, mi amor? —preguntó Gabriela.

—La señora que vive en nuestra casa. Una que le dicen Daniela.

—Debe ser la empleada que contrató tu papá cuando tu tía se enfermó.

—No. No es empleada. Duerme en tu cama.

Gabriela sintió que el mundo se le seguía desmoronando. No quiso controvertir lo que el niño estaba diciendo, pero le preguntó a su amiga si sabía algo de eso que Samuel le había contado. Sofía se sintió en la obligación de contarle lo que sabía y con eso fue suficiente para que el corazón de Gabriela quedara aplastado como por un camión de mil llantas. Su ego femenino resultó tan seriamente lesionado que se le quemó el alma de solo considerar que el hombre que había jurado cuidarla por toda la vida le hubiera encontrado un reemplazo tan pronto.

Sofía trataba infructuosamente de defender a Esteban, recordándole que a ella ya la habían dado por muerta, pero Gabriela no entraba en razón. En pocos meses, el hombre con el que pensaba envejecer la había defraudado en todos los sentidos.

Mientras las cifras de muertos y contagiados por el coronavirus seguían aumentado en el mundo, ella mojaba su lecho de lágrimas. Duró varios días llorando dentro de una cueva subjetiva que le impedía dejar un ápice de esperanza para una versión más humana, más gris, de los hechos.

Ni siquiera tuvo tiempo de enfocar la situación por donde verdaderamente debía hacerlo. Por el lado de la personalidad del hombre que estaba odiando tanto en ese momento. No se quiso dar la oportunidad de recordar que Esteban era un pobre pusilánime incapaz de asumir con carácter ciertas situaciones. Tampoco admitió que ese hombre con el que había engendrado un bello hijo era, con todo y sus defectos, el hombre menos imperfecto que había conocido en su vida. La encegueció la melancolía. Hasta tuvo tiempo

de ir a comprobar que su casa estaba tomada a las malas por una mujer sin escrúpulos a la que sacó a empellones con ropa y todo. Gabriela estaba acostumbrada a enfrentar peores situaciones en su vida.

Luego de que pudo recuperar su vivienda, que ahora lucía más moderna y con un baño adicional, Gabriela halló en el computador del estudio la evidencia del inmenso amor que su esposo le profesaba a ella y a su hijo. Encontró el contrato por medio del cual los estudios universitarios de Samuel quedaban pagos. Encontró un testamento dirigido a Flor Alba en el que le pedía que administrara la casa hasta cuando su hijo cumpliera los 18 años, fecha en la cual le pedía que se la entregara. En la misma carta le revelaba las claves para retirar un dinero en Panamá, con el cual mantendría al niño hasta la mayoría de edad. Encontró un cruce de mensajes con Daniela Mejía en los que le pedía que lo dejara en paz y que se fuera de la casa porque su esposa ya había aparecido. Encontró varios intentos de carta dirigidos a Gabriela en los que le contaba cómo eran de infernales y vacíos los días sin ella. Todas las cartas eran hermosas, honestas, y le impidieron a Gabriela seguir conteniendo las lágrimas.

Pero el hallazgo más importante, el que limpió a Esteban de toda duda fue el que encontró en una carpeta que nombró como "SOS Gabriela". Eran cientos de *mails* a funcionarios de la Cruz Roja, la Defensa Civil, el alcalde de Nuquí, el gobernador de Chocó, periodistas, el senador Botero, el ministro Román, el presidente de la República, amigos políticos, congresistas y un sinnúmero de oenegés, en donde les suplicaba que le ayudaran a encontrar a su esposa. Y cuando leyó, entre los borradores de la cuenta de mail, la carta privada de renuncia al ministro Román, entendió que Esteban estaba lejos de ser un corrupto de oficio. Le decía que él no iba a recibir la comisión pactada porque no le interesaba; que si había accedido a viajar a España era por honrar su palabra, empeñada por el préstamo del helicóptero, y que no contara con él para pasar por encima de las organizaciones ambientales que se oponían a la construcción del puerto en Tribugá.

Gabriela lo entendió todo y sintió el impulso de perdonarlo, pero recordó que el mismo Esteban le había dejado claro, en varias oportunidades, que ningún corrupto merecía perdón. Sin embargo, lo llamó para que conversaran y empezaran a descongelar la relación, pero este no le contestó. Se había esfumado hacia los confines de la vergüenza para esconderse de sus sombras y sus pecados. Porque si algo le quedaba claro a Gabriela era que el pobre no era un sinvergüenza ni un mal ser humano sino un pedazo de pendejo sin carácter. De todas maneras, los archivos vistos le sirvieron para comprender lo que Esteban había hecho y por qué lo había hecho. Eso le ayudó a alivianar las penas de su alma, a no arrepentirse de haber regresado y a redescubrir que lo seguía amando y admirando, aunque con enojo.

Por eso se puso en la tarea de encontrarlo.

TREINTA Y OCHO

El narrador

En Cartagena, después de que a Julieta y a las niñas les entregaron el resultado negativo para coronavirus, el libro del Génesis regresó al día primero. Mateo se apareció con montones de regalos y la mejor sonrisa. Para no ser injusto, quiso que el primer abrazo fuera simultáneamente. Fue histórico. Ese saludo de los cuatro, entrelazados, llorando de felicidad, comiéndose a besos, fue épico. Al final del efusivo saludo, luego de limpiarse las lágrimas mutuamente, Mateo puso sus rodillas en el piso y le ofreció a su esposa un cofrecito de color azul. Julieta lo destapó con mucha curiosidad y no fue sino verle los ojos y la sonrisa para adivinar de lo que se trataba. Un anillo de compromiso.

—¿Y esto? —preguntó extasiada.

—¿Quieres volverte a casar conmigo, amor? —le suplicó Mateo con evidente brillo en los ojos.

Julieta no pudo responder por el cúmulo de alegrías que se amontonaron en sus cuerdas vocales. Los policías que llevaron a Mateo hasta su casa estaban mirando la escena y no pudieron menos que aplaudir. Las gemelas le pedían a su mamá que aceptara como si ella estuviera pensando en rechazarlo. Ante la imposibilidad de recuperar el habla, Julieta optó por besarlo. Mateo completó el momento con una frase que la marcó para siempre:

—He vuelto a nacer y quiero que seas mi esposa en todas las vidas que viva, mi amor.

No duraron mucho las palabras ni duró mucho el efecto de la poesía. La primera noche, a Mateo le ocurrió algo similar a lo que le sucedió a Gabriela junto a Esteban. Fue imposible no pensarla. Fue imposible no entrar en comparaciones. Fue imposible sacar la ballena del dormitorio nupcial. El reencuentro no salió bien. Ella le pidió que no se preocupara, que todo volvería a la normalidad con el tiempo. Él la abrazó muy apenado y se quedó dormido en su pecho mientras ella contemplaba con curiosidad el tatuaje que había jurado nunca hacerse.

En verdad la amaba y quería volverse a casar con ella muchas veces, pero su muñeca derecha tenía una ballena tatuada que le recordaba, cada que se lavaba las manos y esto era, por lo menos, dos o tres veces por hora, que su corazón tenía una aurícula superior en Cartagena y un ventrículo inferior en Bogotá.

***

En Bogotá las cosas no estaban mejor. Pasaron varios días sin que Gabriela supiera nada de Esteban. Ni Hermes ni Ornella dieron razón de su jefe. En el ministerio tampoco dieron razón de él. Samuel no entendía porque había aparecido su mamá, al mismo tiempo que su papá había desaparecido. En un acto poco inteligente, su tía Flor Alba le dijo que sus papás estaban peleando debido a su imprudencia de contarle lo de Daniela. Desde entonces, el niño empezó a ser consumido por la culpa y hasta llegó a recular en sus denuncias inocentes. Le dijo una noche a su mamá que lo que le había contado de la señora esa no era cierto y hasta le pidió perdón. A Gabriela se le rompió el corazón porque enseguida supo que todo lo que quería Samuel era que su papá volviera y por eso se dio a la tarea de intensificar la búsqueda para perdonarlo, para pedirle que volviera a casa, para procurar la felicidad de su hijo.

Lo buscó por cielo y tierra y no lo encontró.

Entonces me buscó para que la acompañara a un lugar en el que ella creía que estaba. Era un lugar que Esteban amaba y a donde iban a calificar exámenes juntos cuando mi cuñado era profesor.

Era un lugar pobre pero mágico. Una casita vieja, con chimenea, donde mi hermana y mi cuñado habían concebido a Samuel. Un ranchito tiznado por el humo de la leña, enclavado en una vereda en plena montaña, a dos horas de la capital. Allá, a orillas del embalse de Tominé, lo encontramos al lado de una fogata, muy embriagado, cantando vallenatos melancólicos en medio de un llanto lastimero. Estaba tan perdido que ni nos reconoció al vernos. Le hablé y me ofreció un trago. Gabriela se mantuvo aparte, envuelta en pena. Jamás lo había visto así y eso la hizo sentir mal.

—¿Por qué no vuelve a la casa, cuñado? —le dije pasándole un brazo sobre su hombro.

—No tengo casa. ¿Usted quién es?

—El hermano de Gabriela, pendejo. ¿Ya no se acuerda de mí?

Hizo un alto y se quedó mirándome mientras el hipo le sacudía el cuerpo cada seis o siete segundos. Asintió con la cabeza varias veces, y se embutió un par de tragos más. Me dijo algo muy bonito:

—Estoy aquí porque no merezco a su hermana. Esa mujer es mucho para un infeliz como yo.

—No diga eso, cuñado. Usted es un hombre bueno, un hombre valioso.

—Pero la cagué, viejo. La cagué.

—Fresco que todos la cagamos de vez en cuando —le dije—. ¿Acaso hay alguien perfecto?

—Sí —aseguró, se metió otro trago.

—¿Dios?

—No. Si Dios fuera perfecto este mundo no estaría tan picho como está y no habría tanto hijueputa.

—Pero fresco que ahí nos mandó esa pandemia para que afináramos —le dije para distender el ambiente.

—Buen punto, pero no. Seguro se mueren los buenos y los malos siguen como si nada… Porque, ah, hijueputa mundo este para injusto —dijo con amargura, bebió otro trago.

Gabriela me hacía señas para que le quitara la botella.

—¿Entonces el diablo es el perfecto?

—Tampoco. El diablo es un pobre marica que se la pasa robando y matando. Se llama Leonidas Román. La única perfecta que conozco es Gabriela, amor de todas mis vidas porque si me muero, esa mujer… esa mujer vuelve a ser la mujer de mi vida. Las veces que sea…

Gabriela sonrió con ternura y sintió que ya era hora de volver al día anterior a su viaje a Nuquí cuando todo era perfecto, cuando todo era armonía y paz. Entonces le dije a Esteban que dejara de tomar porque ella estaba en la casa y no me creyó. Me dijo que ella estaba muy disgustada y con razón.

—Me contó sobre la tal Daniela, pero terminó absolviéndolo para que no se sintiera mal. Todos tenemos el derecho de rehacer nuestras vidas, cuñado. No se dé tanto palo con eso. Yo también creí que mi hermana estaba muerta y me conseguí otra hermana. Ella lo sabe —dije en broma, pero no entendió el chiste y siguió en modo trascendental.

—Pero ese no es el problema —me explicó—. Eso me lo hubiera perdonado porque ella es una mujer inteligente y consciente… usted que es hombre me entiende.

Asentí con la cabeza y le recibí un último trago a lo que concluía:

—Lo que no me perdona es que me haya vendido, porque le digo la verdad, cuñado… Yo me vendí. Soy un pobre hijueputa que nunca aprendió a decir que no. Nunca. Me da pena mi falta de carácter, mi falta de huevas. Soy un *pusi lamine*, *lanime*… Esa mierda.

—Pusilánime —le corregí.

—Esa mierda… mejor dicho, un pelele. Porque le juro que ni soy corrupto ni jamás traicionaría la lucha y los ideales que tenemos en esa casa. Me dejé enredar porque estaba desesperado sin ella… Necesitaba encontrarla y el malparido ministro corrupto de mierda ese se aprovechó de mí. Y yo me dejé porque soy un… Eso que usted dijo.

—Pusilánime.

—Eso… Un pelele. Yo necesitaba el helicóptero para encontrar a mi amor. Me estaba muriendo sin ella.

—Pero venga, cuñado, camine hablamos en la casa que acá está haciendo mucho frío. Además, usted ha tomado mucho. Vamos, hable con Gabriela y arreglen las cosas. Ella va a entender.

En esas apareció Gabriela y le ofreció sus manos para que se levantara. Esteban se rehusó. No la quería ver. Sentía mucha vergüenza. Sin embargo, ella lo tomó y entre los dos lo llevamos a la cama. Allá se quedó dormido bocabajo porque no quería que Gabriela lo mirara a los ojos. Estaba inconsolable. Sin esposa, sin hijo, sin casa, sin ilusiones, sin reputación y con un puesto que aborrecía, viviendo un encierro voluntario, mientras el coronavirus mataba a millones de personas en el mundo.

Se le notaba decidido a dar un vuelco total a su vida. Se le notaba con ganas de matar al Esteban que lo había metido en problemas, al Esteban que había traicionado sus propios principios. El Esteban pelele que no tomaba determinaciones, el tibio que siempre estaba en la línea del medio.

Sabía que necesitaba de una maniobra audaz para recuperar a Gabriela, pero sabía que pedirle perdón de rodillas no era suficiente. Lo que mi cuñado necesitaba era recuperar su confianza y sobre todo su admiración. No iba a resultar difícil porque Gabriela ya estaba convencida de que ninguno de sus errores había estado animado por la mala fe.

Pero había algo seguro. Las cosas jamás volverían a ser como antes de su partida a Nuquí. Cada vez que usaba sus manos tenía que verse la ballena. Y eso la conducía, ineludible e inevitablemente, al recuerdo de sus encuentros con Mateo. Alcanzó a sentirse tan mortificada con eso que hasta pensó en recurrir a algún experto para que le borrara el tatuaje o se lo redibujara.

En la mañana, cuando Esteban despertó, mi hermana ya no estaba. Se había ido a ver con mi sobrino, pero me pidió, encarecidamente, que me encargara de llevar a su esposo hasta la casa. No recordaba nada de la noche anterior. Tan amnésico estaba que me volvió a saludar y me preguntó qué hacía allí y que cómo lo había encontrado. Le dije que habíamos venido con mi hermana porque ella sospechaba que estaba en esa cabaña. No me creyó que Gabriela hubiera estado. Le aseguré que sí y le dije que ella nos

estaba esperando en la casa para desayunar. Me dijo que no. Que no tenía cojones para mirarla a los ojos. Que sus embarradas habían sido muchas y muy delicadas.

—Yo ya muero sin volverla a ver.

—Deje de hablar huevonadas, cuñado, que ustedes se quieren y el amor puede con todo. Ella ya lo perdonó. Lo vi en sus ojos anoche.

—Aunque me perdone… No soy capaz de mirarla. Ella me tenía en un pedestal —recordó y se puso a llorar—. Me bajé a los golpes. Maté esa imagen que tenía de mí.

—No diga eso, cuñado. Tienen un hijo hermoso en qué pensar. Dejen el orgullo y vuelvan a empezar. Usted no tiene la culpa de que ella se haya perdido. Ella tampoco tiene la culpa de lo que usted hizo. Fue una prueba del destino o de Dios si lo quiere ver así. Vamos.

—No. Mejor acompáñeme donde mi hermana, por favor. Yo le digo al chofer que después lo lleve a su casa. Necesito bañarme y arreglarme. A lo mejor cambio de parecer de aquí a la noche.

—Vamos, pero escúcheme. Mi hermana lo ama, lo está esperando… No pierdan eso tan lindo que construyeron con los años. Samuelito lo quiere ver.

Esteban asintió y se mostró listo para salir.

Durante el viaje estuvo callado, mirando los paisajes, soñando despierto, maldiciendo en silencio sus errores. De la nada dijo:

—Si uno pudiera devolver el tiempo…

Me quedé mirándolo a ver si era conmigo, pero no me estaba hablando a mí. Él permaneció abstraído, hablando solo.

Lo acompañé hasta donde su hermana Flor Alba y me dijo que le dijera a mi hermana que se iba a tomar un tiempo para perdonarse y para conseguir la valentía de enfrentar sus miedos. Que no la volvería a mirar a la cara hasta demostrarle que era capaz de enmendar sus errores. Al niño le mandó a decir que lo amaba, que nunca lo iba a dejar solo. Se bajó animado, como con ganas de revolcar el mundo y nunca más volví a saber de él. Luego mi hermana me recriminaría no haberlo llevado al menos a su casa.

Esteban decidió regresar la película de su vida al momento exacto en que fue nombrado viceministro de la Biodiversidad. Entonces llamó a la secretaria del ministerio y le dijo que necesitaba hablar con el doctor Román.

—El doctor está en cuarentena —le respondió ella.

—No me importa. Necesito que me responda la llamada o adviértale que se va a arrepentir.

Ante tamaña amenaza, a los tres minutos exactos el ministro Román le devolvió la llamada al celular. Lo saludó con lambonería calculando, pero cuidándose de no empoderarlo.

—¿Qué pasó, Andrade? Cuando me llamaste, estaba tomando una ducha.

—Doctor Román, llamo para decirle que mi esposa ya se enteró de todo lo que hice. Me toca renunciar si quiero recuperarla.

—No puedes, Andrade. Ya conoces las reglas. Tenemos muchas cosas por arreglar, tú me entiendes.

—Eso es lo que menos me preocupa, doctor. Mi esposa es mi prioridad en la vida. La voy a recuperar al precio que me toque pagar. Así que necesito que me reciba hasta el último peso que me dio y me libere de toda esta mierda. Regreso a mi puesto anterior, no me importa si con menos sueldo.

—Andrade, le propongo que se calme y que hablemos con calma. Las cosas no son como usted piensa.

—Necesito que me saque de esto ya mismo y que eche para atrás el contrato de Tribugá. De lo contrario iré, a la Fiscalía a contar toda la verdad.

Román sintió que un rayo le partía la garganta en dos. Supo que lo hacía recapacitar o su viceministro lo terminaría hundiendo hasta el cuello ante las autoridades y ante los medios. Un lujo que no se podía dar a pocos días de renunciar al cargo para no inhabilitarse, pues pensaba aspirar al Senado de la República. El paso previo que le faltaba antes de aspirar a la presidencia.

Una hora después se vieron dentro de la camioneta de Esteban e hicieron bajar al chofer para conversar tranquilos.

—Puedo recibirte la plata y sacarte de todo, pero no puedo detener el contrato. Esa licitación ya está adjudicada. Está andando

y nuestros amigos ya hicieron las inversiones iniciales del inicio de obra. Estamos hablando de cientos de millones de dólares, doctor Andrade.

—Ambas cosas, ministro. Me saca de su mafia y detiene el contrato. Ese puerto no se hará. De lo contrario me entrego a la Fiscalía y cuento todo.

—¡Estás loco! Te van a meter preso, idiota. Más bien te propongo otro trato. Te doblo la comisión. Te la consigno hoy mismo en Panamá o en Islas Caimán. Donde me digas, y te ayudo a salir del país con tu mujer y tu hijo para alguna embajada, la que quieras: Francia, España, Australia… —le propuso Román a gritos, imbuido en el desespero.

Pero Esteban no quería dinero ni poder ni burocracia, solo quería besar a su mujer.

—Puede meterse su dinero cochino por el culo, ministro. No ha entendido ni mierda de por qué estoy aquí.

—Sí yo sé que quiere volver con su esposa, pero si comete una locura no la volverá a ver nunca, nos van a meter presos a todos, porque aquí estamos todos untados.

—Pues nos vamos todos a la cárcel, no me importa. Que mi mujer sepa que alguna vez tuve cojones para algo. Tal vez así vuelva a admirarme.

—Andrade si las cosas están así, me toca hablarle con sinceridad. Estamos todos untados, pero todo está cuadrado para que si nos investigan el culpable de todo sea usted. No sea pendejo. ¿Con quién pensaste que estabas tratando?

—¿Ah, sí? ¿Y qué le hace pensar que no estoy grabando esta conversación, ministro Román?

—¿En serio? —dijo con asombro, aterrado por su novatada.

Esteban guardó silencio, lo que fue interpretado por Román como un sí.

—Bueno, pues desempolvemos las grabaciones.

—Como quiera. Aquí se trata de quién tiene más que perder, doctor Román…

El mundo se paralizó para el corrupto ministro. Sintió como si muchas manos lo tuvieran agarrado de las pelotas y no tuvo más

remedio que tranzar.

—Mire, doctor Andrade, no hablemos esas cosas por aquí y más bien lleguemos a acuerdos y busquemos soluciones… Esto no es conveniente para ninguno de los dos.

—No me importa. Que pase lo que tenga que pasar, doctor Román. Usted me cagó la vida y necesito resucitar. No quiero su dinero sucio, no quiero sus viajes ni sus viejas, porque hasta con culos me quiso enredar. Y quiero que haga una declaración pública en la que el gobierno desiste de construir el puerto de Tribugá.

—Eso es imposible. Ya estamos hasta el cuello.

—Aproveche la pandemia y diga que el planeta nos está enviando un mensaje y que lo estamos acatando. Saldrá aplaudido y si su ambición es la de ser presidente créame que se echará al bolsillo a todos los ambientalistas del país. Los jóvenes lo van a amar.

Román, asustado, no soportó más la amenaza y le dijo que ese punto no era negociable. Y no tuvo tiempo de reaccionar porque de inmediato Esteban abrió la puerta de la camioneta y se bajó. Desde afuera lo invitó a salir.

—Entonces no tenemos más nada que hablar. Tengo que irme.

—Está bien, espéreme. Deme tiempo. Yo arreglo las cosas.

—Tiene una hora, doctor Román. Es exactamente el tiempo que tardo en llegar a la Fiscalía. Aunque con la ciudad desocupada pueden ser cuarenta minutos.

—Deme dos horas. Por favor. Tengo que hablar con el presidente.

—Está bien. Dos horas y ni un minuto más. Si en ese tiempo no hace la declaración, no me vuelva a llamar, ministro. Pasará lo que tenga que pasar.

Román se bajó muy angustiado y Esteban le pidió a su conductor que volviera al carro para que lo llevara a la Fiscalía.

TREINTA Y NUEVE

El tapabocas

Román sabía que el tiempo corría en su contra y no quiso perderlo. En dos minutos ya tenía en mente todo el plan que debía ejecutar con premura si no quería terminar en la cárcel y desprestigiado. Con desespero le pidió a Augusto Rey que se reunieran y en menos de quince minutos ya estaban planeando el paso a seguir. Rey se encargaría de todo. Lo primero que hizo fue llamar a un guardaespaldas que apodaban "El Ñato" y que, de todos, era el que más confianza le brindaba. El Ñato era el que le conseguía "amiguitas" al jefe y también el encargado de comprar pequeñas dosis de cocaína que Román consumía con cierta regularidad. También llamó a Daniela y le pidió que le enviara "el material".

—¿Qué va a hacer con eso, jefe?

—Me toca usarlo… Andrade se salió de madre y toca controlarlo.

—Ya se lo envío, pero por favor. Proteja mi identidad.

—No te preocupes. Envíame lo que tengas rápido.

Daniela encontró en Augusto la manera de vengarse y no iba a ahorrar esfuerzos para hundir a Esteban.

—¿Cuánto nos cobran por cargarnos a un viceministro? —le preguntó Augusto al Ñato.

—Uy, patrón, no sé, porque por un ministro cobran mil palos.

—No importa, podemos pagar lo mismo por el vice.

—Usted sabe que toca en efectivo.

—Mil para ellos y cien para usted, Ñato. Pero ya sabe la regla. Si se cae la vuelta, nadie nos conoce. Pagan ellos y la investigación muere en usted. Nosotros lo ayudamos a sacar lo más rápido que se pueda, pero no nos conoce. Si nos echa al agua, paga su familia.

—Yo sé cómo es la vuelta, patrón, no se preocupe.

—Entonces pase por la plata a mi casa en media hora. Se la tengo en efectivo.

Augusto se fue a casa de Román por el dinero para pagar los sicarios y en menos de quince minutos le dijo que estaba en el parqueadero esperándolo.

Cuando Román se despidió de su esposa, tenía una tula de dinero en efectivo que acababa de sacar de la caja fuerte del closet, que estaba bajo el amparo de un altar de la virgen. La mujer le dio un beso y una recomendación:

—No olvides el tapabocas, amor.

Román se quedó mirando la pistola de su escolta.

—No olvidaré el tapabocas, mi amor —le dijo. Luego le dio un beso y salió afanado. Metió la tula con el efectivo en la cajuela de la camioneta de Augusto y subió apresurado al puesto delantero a ultimar detalles.

—Toca ponerle el tapabocas a El Ñato también.

—¿Por qué? Ñato siempre ha sido leal —recordó Augusto.

—Está vuelta es muy delicada. No podemos dejar cabos sueltos.

—Como tú digas, jefe, pero yo no lo veo necesario. Las calles están solas. No hay ni policías. No creo que agarren a los sicarios.

—Bueno. Lo dejo a tu discreción.

Román se bajó y Augusto arrancó hacia su casa, en donde lo estaba esperando El Ñato. Cuando le entregó la mitad del dinero al escolta le advirtió que el otro 50% se lo entregaban cuando el trabajo estuviera hecho.

—No hay problema, patrón. Esa es la regla. Entonces dígame cómo se llama la pinta y en dónde la encontramos.

—Es el viceministro de Biodiversidad, Esteban Andrade.

El Ñato no podía creerlo. Cuando conoció el nombre de la víctima se lamentó tener que eliminar a un hombre tan decente y tan

inofensivo para el mundo.

—¿Qué pasa?

—Me da cagada cuando tienen que morir las personas buenas.

—Ñato, me asusta.

—No nada, señor. Yo sigo firme pa' las que sea —le dijo, pero no perdió la oportunidad de sacarse la duda—: Con tal de que no me vaya a matar a mí también cuando termine la vuelta.

—¿Cómo se le ocurre, Ñato? ¿Cuántos años llevamos juntos? Deje la bobada y arranque porque tenemos el tiempo en contra.

—¿Dónde encuentro al viceministro?

—Váyase a buscar a los sicarios mientras lo ubicamos. Le mando la dirección en clave, ya sabe. Mensaje de una sola vista.

—Hágale.

Muy asustado al sentirse partícipe de un crimen injusto, se persignó y se fue hasta los barrios que había incrustados en las montañas surorientales de la capital y empezó a ubicar, con desespero, a un amigo de la infancia, de aquellos que se habían torcido en algún punto de camino a las ilusiones del bachillerato.

Augusto tenía un problema: no sabía en dónde estaba Esteban. Entonces el ministro Román le recordó, por la aplicación por la que manejaban temas delicados, que las camionetas de la UNP, que les entrega el gobierno para su protección, estaban dotadas de un chip de localización y se dirigió hacia la entidad para hablar con el director. Le dijo que estaban muy preocupados porque el viceministro Andrade no se reportaba desde hacía varios días y le pidió el favor de localizar la camioneta adscrita a su esquema de seguridad. El director le dijo que solo en casos excepcionales podía romper esa reserva, pero Román se apresuró a recordarle que en el ministerio había una vacante con una remuneración bastante jugosa para su esposa. Enseguida, el director de la UNP no dudó en calificar de excepcional el caso y accedió a entregar su localización.

Lo ubicaron en el parqueadero de un hotel del centro de la ciudad. En ese lugar estaba Esteban, solo, sin conductor, esperando dentro del carro a que transcurrieran las dos horas del plazo que le dio al ministro, cuando a su celular llegó un mensaje de aquel. En un

comienzo no quiso abrirlo. Sin embargo, pensó que se podía tratar de alguna propuesta interesante.

Bastaba con ver la mirada de pánico y vergüenza que puso el acorralado Esteban para entender lo que estaba viendo: fotos y videos de sus relaciones sexuales con Daniela. Videos muy explícitos, uno de ellos sobre la cama matrimonial que con tanta ilusión había escogido Gabriela. Al final de los archivos había un mensaje que decía: "Andrade, hagámonos pasito… ¿o quiere que su mujercita vea cómo sufriste en su ausencia?".

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Mil veces maldito! —exclamó lanzando el celular con fuerza contra una ventana de la camioneta y se puso a llorar como un niño. En ese momento recibió una llamada que debía ser importante porque la contestó de inmediato. Fue corta, de hecho, Andrade no alcanzó a hablar. Luego de colgar, abandonó la camioneta y se apresuró a coger un taxi, uno de los pocos que tuviese permiso de trabajar en la pandemia.

Calculando que ya había visto los videos grabados por Daniela, Román empezó a bombardear a Esteban con llamadas. Y como sabía que los videos no eran incentivo suficiente para que Andrade desistiera de sus intenciones, mandó a presionar a El Ñato a través de Augusto.

El Ñato le dijo que ya estaba negociando pero que no sabía en dónde encontrar al "paciente". Román le hizo llegar las coordenadas y hacia allá se empezaron a desplazar junto con su amigo "Joselo", pero no dieron con el viceministro.

En principio, El Ñato reconoció la camioneta, pero al ver que pasaban los minutos sin que nadie saliera de ella decidió acercarse y golpear en la ventana. Nadie respondió. La camioneta estaba sola. Entonces pidió instrucciones a su jefe. Román le dijo que no se podía mover de ahí, que lo esperara porque debía estar cerca.

Pasaron dos horas y llegaron a la conclusión de que Andrade no iba a volver. Ignoraban que un amigo de Esteban, que trabajaba en la DNP, lo había llamado para advertirle que alguien había pedido localizarlo con el GPS de la camioneta.

Ya muy desesperado, Román le pidió a El Ñato que se trasladara con su "amigo" hasta el búnker de la Fiscalía a esperar que Andrade

se apareciera por allá.

—No es factible "darle" en ese lugar, jefe. Puede ser el sitio más vigilado de Colombia —le explicó con mucha razón El Ñato.

Román respondió colgando la llamada.

Entonces intentó por el lado de Daniela.

—Hazme un favor, Daniela —le dijo con la voz temblorosa—. Ya le mandé "el material" a Andrade. No sé cuál fue su reacción porque no me responde. Si te llama ponle una cita y no vayas. Me dices la hora y el lugar y yo voy a en tu lugar.

—¿Y por qué no lo cita usted, doctor Román?

—Daniela, Andrade va para la Fiscalía, hay que detenerlo como sea o tendremos problemas, incluso tú y ya sabes por qué.

Pensando en que, si el ministro se metía en líos, ella también terminaría implicada, Daniela se comprometió a llamarlo sin conocer las criminales intenciones de su jefe.

Cuando Esteban, que estaba de camino al búnker de la Fiscalía, escuchó el teléfono y vio en la pantalla el número de Daniela, creyó que esta era la oportunidad propicia para ponerla en su lugar:

—Maldita. Me grabaste de nuevo.

—Lo siento —le respondió ella con un llanto fingido, y explicó—: tenemos que vernos porque hay algo más grave. Tengo evidencias más grandes para hundir a Román. Veámonos.

—Ya no te creo. Lo de España lo entiendo, si ese era su maldito trabajo, pero lo de mi casa no. ¿Grabarte en mi cama, en la cama de mi esposa? Eres mucha perra infeliz.

—De verdad perdóname, no sé qué más decirte.

Enseguida a Esteban se le ocurrió una muy mala idea, pedirle a su examante que le sirviera de testigo en la denuncia que iba a instaurar contra el ministro.

—Si lo haces, creeré en tus lágrimas y en tu arrepentimiento.

—Dale. Dime qué hay que hacer.

—Veámonos —le dijo y le mandó una dirección.

Desde luego Daniela aceptó mientras, en tiempo real, le enviaba la dirección a Román.

Sobre todo los inocentes cometen errores y Esteban no fue la excepción. Citó a Daniela en casa de su hermana Flor Alba y hasta

allá llegaron los sicarios.

Gabriela estaba muy inquieta con la situación. Me lo comunicó muy temprano y me volvió a putear por haberlo dejado solo. Entonces lo llamó sin hacerse muchas ilusiones porque Esteban le rechazaba todas las llamadas. Tenía una vergüenza tan grande que le daba miedo hablarle. Pero contra todo pronóstico, esta vez sí le contestó y le dijo que iba a pasar a la casa un momento.

Minutos después se apareció allí con cara de trasnochado, enguayabado, angustiado y avergonzado. La verdad es que estaba bastante descompuesto y a Gabriela no le hubiera gustado que Samuel lo viera así, pero él insistió en ver al niño. Se encerró varios minutos con mi sobrino y no sabemos lo que le dijo, pero la reunión terminó con un abrazo del alma y muchos besos. Luego hablaron con mi hermana.

—Te veo mal, Esteban. ¿Por qué no te quedas y descansas? Te hace falta. Te puedo preparar el baño para que te duches, para que te cambies.

—Voy para la Fiscalía, Gabriela.

—¿Qué vas a hacer?

—Demostrarte que tengo pantalones, que soy capaz de hacer cosas que no hacen los pusilánimes. Quiero que me vuelvas a admirar.

—Si dejé de admirarte no es porque hubieras estado con otra persona, Esteban. Eso lo entiendo. Es porque fuiste egoísta con el mundo. Pensaste en ti. Pensaste en tu estabilidad emocional y les entregaste a esos malditos corruptos las selvas, los ríos, las ballenas, los manglares…

Esas palabras arruinaron la moral de Esteban, pero Gabriela continuó azotándolo sin consideración alguna:

—Eras la luz que iluminaba mi camino, el sabio que siempre quería consultar. Eras mi seguridad entera. Confiaba en ti como el marinero confía en el faro y de repente se apagó.

Esteban se echó a llorar como un niño. Cada palabra de Gabriela lo derrumbaba por dentro. Sin embargo, ella, dolida como estaba, no tuvo piedad y continuó hundiendo el taladro en el corazón de mi cuñado.

—Siento mucho esto, pero tengo que decirlo o me ahogo: eras una certeza para mí y ahora eres una duda. Confiaba en ti como quien cree en un héroe y lo vio quitarse la máscara. Ya no eres mi héroe, Esteban. Eras mi refugio y hoy me siento a la intemperie.

—Lo sé, pero voy a recuperar tu admiración, Gabriela. La voy a recuperar, cueste lo que me cueste.

—No hace falta que me demuestres nada, Esteban. Yo te creo. Eso que piensas hacer es muy arriesgado. Sabes lo peligrosas que son las mafias que estás enfrentando. Mejor quédate y hablemos. Esto se puede salvar. Podemos volver a ser los mismos de antes.

—Mientras no deshaga las estupideces que cometí, nunca me vas a volver a admirar como lo hacías antes, desde que era tu profesor. Eso era hermoso. Y a mí no me sirve amor sin admiración, Gabriela. Amor sin admiración es compasión, lujuria o necesidad y no lo quiero así. Voy a hacer algo para que te vuelvas a sentir orgullosa de mí.

—¿Es peligroso, Esteban? No quiero que te pase nada.

—Si quiero que volvamos a estar como antes… tengo que arriesgar algo.

—Te estás metiendo con mafias de la política. Es gente muy mala, mi amor.

—No tengo miedo. Durante muchos años sentí miedo y solo obtuve una tranquilidad momentánea. Ya no quiero estar cómodo. Quiero hacer lo correcto, lo que me toque. No volveré jamás a agachar la cabeza.

—Ten cuidado, por favor. El niño te ama, piensa en él.

—En él y en ti. Ustedes son el único sentido que tiene mi vida. Te amo, Gabriela, te amo como nunca he amado a nadie, mi amor.

Se abrazaron con todo el amor que les quedaba, pero al soltarse Esteban vio la ballena en el antebrazo de su mujer y le recordó lo mucho que había contribuido a revolcarlo todo en su vida. Así mismo la sintió como una premonición de lo que estaba a punto de suceder, de que no había nada que lo volviera a ese pasado en el que había sido tan feliz. El celular de Esteban sonó fuerte y ya no quiso soltar a Gabriela para responder la llamada, pero ella insistió:

—Puede ser importante.

Era un número desconocido.

—Contesta, tranquilo —le dijo ella llenándolo de confianza.

Oh, sorpresa: al otro lado de la línea estaba el compañero de aventuras de mi hermana, Mateo Villegas.

—Hola, buenos días —dijo con voz lacónica.

—¿De dónde llama? ¿A quién necesita?

—Soy la persona que estuvo perdida con su esposa en el Chocó.

—Ah, sí, claro. ¿Cómo le va? ¿Necesita a mi esposa?

—No. No. Oh sí, sí… Es para…

—Ya se la paso —lo interrumpió y le alcanzó el celular a Gabriela —. Es el señor con el que… Bueno, el que te acompañó durante estos meses…

Gabriela quedó pasmada. No sabía qué decir. En cámara lenta recibió el teléfono y lo llevó a su oreja, pero muy pronto se arrepintió. Se enfadó porque Mateo estuviera rompiendo el pacto y le pidió a su esposo que no se lo pasara.

—Dile que no quiero hablar.

Mateo alcanzó a escuchar y su rostro entristeció de inmediato. Esas mismas palabras se las repitió Esteban y le preguntó si quería dejarle alguna razón.

—Es que me están llegando a la agencia de viajes varias demandas de algunas de las personas que murieron en esa lancha y quería saber si ella, a lo mejor, sin compromiso, claro está, quisiera servirme de testigo en la eventualidad en que las cosas llegaran a los tribunales. Usted disculpará, pero…

—Se lo diré —le dijo con mucha seriedad, volviéndolo a interrumpir, y después colgó sin despedirse.

A Gabriela se le removieron algunas fibras, pero no las suficientes para desenfocarse de su objetivo inmediato: tratar de volver a ser feliz al lado de su esposo y de su hijo.

CUARENTA

El triunfo de la mentira

Mateo quedó muy afectado. Aunque el tema de las demandas que le estaban interponiendo era real, lo demás era invento suyo. Solo quería escucharla, aun a sabiendas de que rompía las reglas, pero no lo logró. El "dile que no quiero hablar" que escuchó en segundo plano le llegó fuerte y claro, y sirvió de amargo contentillo. La verdad es que Mateo estaba lejos de superarla. Luego de convivir varias semanas al lado de su esposa había llegado a la conclusión de que las amaba a las dos y no quería, por ningún motivo, perder a ninguna.

Él tampoco era indiferente para Gabriela y de vez en cuando lo pensaba, pero no con la misma intensidad ni al punto de querer romper el acuerdo por escucharlo. Ni siquiera para cambiar su amor por el de Esteban. Aun así, luego de que su esposo colgó la llamada, hizo cuentas de los meses y los días que le faltaban para regresar a Nuquí y lo pensó con algo de miedo.

Gabriela convenció a Esteban de que se duchara y se cambiara en la casa, pero él le dijo que tenía una cita muy importante y que no podía llegar tarde. Mi hermana lo convenció de que tuviera esa cita en la casa y que ella más bien se iba para donde Sofía Galindo con el niño. Esteban se negó a sabiendas de que la cita era con Daniela, pero Gabriela insistió.

—No importa que sea con esa mujer —le dijo sorprendiéndolo.

—¿No te dan celos?

—No. Y menos de ella. Sé que estás dejando arregladas tus cosas y no tengo problema en que tengas esa cita aquí. En otro lugar me parece peligroso, mi amor. Y más si piensas devolver esa plata. Te pueden grabar.

—Me va a entregar pruebas contra Román. Necesito esas pruebas, amor.

—Lo entiendo, mi vida, pero recíbela acá.

—Está bien, así lo haré y otra cosa, amor. Si me llega a pasar algo, llama a este senador. Ahí te mando el contacto. Se llama Gerardo Botero. Le pasé mucho material para tumbar la licencia de Tribugá y, de paso, tumbar a Román.

—Sé quién es, Sofía me contó. Lo voy a contactar, pero no digas bobadas. No te va a pasar nada.

Esteban asintió sonriendo con tristeza por la ironía mientras miraba la hora en su reloj de pulsera. Se afanó y corrió a ducharse. Se estaba empezando a entusiasmar con el retorno a la normalidad.

Antes de entrar al baño, se devolvió para abrazarla y le volvió a pedir perdón.

Gabriela lo absolvió con amor sincero:

—Eres un hombre bueno, Esteban. Tú y Samuel son las dos personas que más amo en este mundo. Vamos a volver a ser lo que éramos antes.

—Mientras no recupere tu admiración no volveremos a ser lo que éramos.

—No te preocupes más por eso. Te amo y punto.

—Me amas, pero no me admiras.

Gabriela calló para no decir mentiras. Era así.

Esteban la abrazó, le dio un beso tierno y le renovó su amor:

—Yo sí te admiro y te amo. Eres mi todo, Gabriela. Por volverte a ver cometí muchos errores, ¿pero sabes algo? Los volvería a cometer y luego haría lo imposible por volverte a recuperar, y así mil veces si con eso lograba rescatarte con el helicóptero.

Luego se fue con mucha decisión, con los ojos húmedos y el corazón ahogado. Gabriela lo observó hasta que desapareció de su

vista. Pensó que debía ser justa, sincerarse y contarle que tuvo sexo muchas veces con Mateo Villegas. Pero le faltaría tiempo para eso, así como las agallas.

***

El cambio de lugar tomó por sorpresa a Daniela. Nadie se esperaba que Esteban la citara en su casa.

—¿Y tu mujer? —le preguntó extrañada—. Esa mujer es una salvaje, me sacó a golpes de allá.

—No te preocupes. Todo está arreglado —le dijo Esteban y procuró tranquilizarla—: ella no va a estar.

—De una vez aprovecho para sacar unas cosas que se me quedaron —le dijo con descaro, sin sonrojarse.

—Aquí te espero —le dijo recién salido de la ducha y empezó a acicalarse.

Escogió su mejor vestido y sus mejores zapatos. Tenía claro que ese era un gran día para él, el día en que limpiaría su nombre y su consciencia. Daniela le contó a Román sobre el sitio de la reunión y el ministro no tuvo más alternativa que recomponer su estrategia. Lo importante era no dejarlo llegar a la Fiscalía.

En esas se cumplieron las dos horas del plazo y Esteban llamó a Román.

—Se ha cumplido el plazo y no he visto su declaración en los medios, ministro.

—Ni va a salir, Andrade. Pensé que con los archivos que le envié había quedado claro el tema.

—¿Piensa que me va a intimidar con eso? No sea iluso, ministro. Mi esposa ya sabe lo que pasó.

—Su esposa tal vez, pero su hijo no.

—No tiene edad para entender esas cosas.

—En un par de años sus amiguitos del colegio se encargarán de explicárselas. Es una mancha que nunca se va a borrar de las redes sociales, Andrade.

—No le tengo miedo a las redes sociales. No tengo cuentas en ningún portal de esos. Más bien usted debería tener miedo cuando publique los audios de nuestras conversaciones. Al fin y al cabo, yo solo aspiro al amor de una mujer; usted aspira al Senado y luego querrá ser presidente de la República, ¿no es cierto?

Román guardó un largo silencio.

Estaba pensando en la siguiente jugada para zafarse del jaque.

***

Gabriela estaba hablando con Sofía Galindo de cómo aprovechar la pandemia, el hecho de que el virus estaba cobrando vidas a granel, cuando recibió una llamada. Como era de un número desconocido, decidió no responderla. Era Esteban tratando de decirle algo importante. Volvió a marcar, pero Gabriela se rehusó a contestar por segunda vez. Entonces su esposo decidió dejarle un mensaje. Estaba angustiado.

Las dos amigas estaban tan ocupadas que a Gabriela no se le ocurrió mirar el buzón. Desde dos computadoras estaban tuiteando en contra del puerto de Tribugá y, en media hora, lograron posicionarlo como un tema tendencia: #NoAlPuertoEnTribugá. La endorfina que les produjo el reconocimiento de los internautas les sirvió de combustible emocional para pasar las siguientes horas tratando de que no se les cayera la tendencia.

Ya en la noche, cuando Samuel pidió comida, Gabriela cayó en cuenta del mundo real: tenía un hijo con hambre y un esposo en problemas. Mientras le preparaba algo de comer a Samuel, decidió llamar al segundo.

Esteban no contestaba.

Al cabo de más de una docena de llamadas empezó a preocuparse. Y estaba en trance de ir a su casa a ver qué estaba sucediendo, cuando a su WhatsApp entró un mensaje de Esteban que la tranquilizó por completo:

—Amor, todo salió bien. Estoy en casa recopilando las pruebas para demostrar mi inocencia y metiendo las grabaciones en un archivo. Besos al baby. Me voy a tardar varias horas y quiero estar tranquilo. ¿Te podrías quedar esta noche allá?

Gabriela le respondió que sí, que no había problema, que no se preocupara y lo felicitó por la decisión tomada, pero le pidió que la llamara un minuto para que se despidiera del niño. Al momento le llegó un mensaje que decía: "Dile a bebé que lo llamo antes de acostarme. No me quiero desconcentrar de esto tan importante que estoy haciendo".

"Le diré, amor. Hablamos ahora".

***

Al día siguiente, mientras dormía abrazada a su pequeño, Sofía irrumpió en la habitación que le había asignado a su amiga y le pidió que encendiera la televisión porque estaban pasando una noticia terrible.

—Sin necesidad de televisión, Sofía. ¿Dime qué pasó?

—¡Gabriela, Esteban está en problemas! ¡Prende la tele!

—¿Qué es? —le preguntó preocupada y se sentó en la cama buscando el control remoto del televisor mientras le pedía a gritos a Dios que no fuera algo grave.

Encendió la televisión y, en primer plano, ante una horda de periodistas, estaba el ministro Leonidas Román mostrando las pruebas del desfalco más grande que funcionario alguno hubiera cometido en ese ministerio.

—Por otorgar esa licencia a un consorcio que aún no hemos determinado porque se esfumaron sin dejar rastro, el viceministro Andrade recibió una coima de dos millones de dólares que le fueron consignados en Panamá: aquí está el comprobante de la transacción. Y en Colombia recibió, en una sola consignación, dos mil millones de pesos. Aquí está la copia de esa transacción, expedida por el banco donde fue consignado el dinero.

Los periodistas se agolparon a preguntar, pero Román los silenció para terminar de clavarle el puñal a Esteban.

—Termino mi exposición y con gusto les respondo sus preguntas —les dijo con voz pausada y continuó—: Como les venía contando, el viceministro Esteban Andrade cobró relevancia dentro del ministerio cuando su esposa, que no dudamos está envuelta en este concierto para delinquir, desapareció durante un naufragio en el océano Pacífico frente a las costas de Nuquí y por esa razón, por solidaridad, lo ascendí de cargo y le encomendé la misión de ser mi viceministro de la Biodiversidad.

—Ministro —pidió la palabra una periodista de un medio radial.

—Adelante, querida periodista.

—¿Usted cree que la esposa del viceministro pudo inventar que estaba perdida para facilitar el accionar extorsivo de su fundación?

—Bueno, es algo que las autoridades tendrán que determinar, pero es algo que no se puede descartar. Estamos hablando de las mafias en que se han convertido algunas oenegés, que solo pretenden extorsionar al Estado y a los contratistas que le apuestan a este país a cambio de cesar sus acciones vandálicas.

En Cartagena, Mateo se indignó y muchísimo con la respuesta del ministro.

—Eso es mentira mi amor —le dijo a Julieta— ¿Cómo se va a inventar eso esa pobre mujer, si estuvimos a punto de morir varias veces? Qué señor tan mentiroso.

—Tranquilo, amor, Dios sabe cómo hace sus cosas y él y solo él sabrá esclarecer este asunto.

—Es que si me toca voy y atestiguo. Si los han de condenar que no sea con mentiras.

—No, señor. Tú no te vas a meter en nada. Eso es peligroso, amor. Piensa en las niñas y en mí. Ya mucho sufrimos con lo que pasó para tener que someterlos otra vez a un calvario de estos.

Mateo guardó silencio, pero se empezó a llenar de rabia y recordó pasajes de sus charlas, cuando Gabriela le advertía de la peligrosidad de esta gente.

***

En Bogotá, Román puso fin a la rueda de prensa diciendo:

—De modo que le pido a la Fiscalía General de la Nación una exhaustiva investigación contra él y contra la Fundación Mares Vivos para esclarecer estos hechos, porque estas personas que le juegan sucio al país, estas personas que se roban el dinero de los impuestos de todos los colombianos deben estar presas. Son un peligro para la sociedad. Y así mi vida corra riesgos por enfrentar y denunciar a esas mafias, lo asumo con patriotismo.

Indignada y pasmada a la vez, Gabriela apagó el televisor sin escuchar las preguntas de los periodistas y sin poder creer que esto estuviera pasando. Pero tampoco alcanzó a mirar la parte más cínica de la rueda de prensa. El ministro Román presentó al reemplazo del viceministro destituido y acusado: la doctora Daniela Mejía, la misma mujer que usurpó su casa, la misma mujer que infiltró a su esposo con intenciones de involucrarlo en el plan mafioso del ministro.

Samuel, medio dormido, preguntó si ese que acababan de ver en la televisión era su padre y Gabriela lo cubrió con sus brazos como alas capaces de protegerlo de cualquier mal.

No han inventado las palabras precisas, en ningún idioma, para expresar la desolación de su cuerpo, la demolición de sus fibras, el ahogo que sintió y que estuvo a punto de dejarla sin aire. Un silbido mudo y penetrante retumbó en los oídos de Gabriela durante esos primeros minutos después de la noticia. No solo por la inminente posibilidad de perder su libertad, sino por lo que estaría sintiendo Esteban en ese momento. Le marcó varias veces y no contestó.

Aun así, con el peso de la noticia aplastándola, Gabriela sacó fuerzas para llamarme y pedirme que la acompañara a su antigua casa. Yo, desempleado como estaba hacía cuatro semanas, me ofrecí a acompañarla a lo que fuera. Luego, le pidió a Sofía que cuidara de su hijo, pero ella le dijo que no la iba a dejar sola en esos momentos. Entonces llamaron a Flor Alba para que se hiciera cargo de Samuel.

—No puedo esperar a que llegue Flor Alba, amiga. Por favor.

Sofía entendió el momento y la premura, y mi hermana salió como loca hacia mi casa. Allí nos juntamos y partimos hacia su casa a buscar a Esteban para rodearlo en tan difícil momento.

En Cartagena, Mateo estaba impresionado con la noticia, pero se tragó convenientemente la manipulación de Román, amplificada por los medios.

—Yo sabía que ese tipo era un corrupto —le dijo a Julieta mientras recordaba la única vez que lo vio—: Tenía una cara de levantado, de mantenido que no podía con ella. De hecho, me mintió, me dijo que estaba consiguiéndome un avión que me trajera hasta acá y era mentira. Pero Dios no se queda con nada, ahí lo pillaron y seguro va para la cárcel. Bien hecho. Solo me da pesar con la esposa.

—¿Qué tal es ella? La debiste conocer muchísimo… tanto tiempo juntos…

—Una belleza de persona. Es una mujer inteligente, de principios. Pensamos distinto sobre la economía, sobre la religión y muchas cosas, pero está entregada a sus luchas ambientalistas.

—Pobrecita —exclamó Julieta—. Debe estar sufriendo mucho con esa situación.

Mateo asintió mientras acariciaba su tatuaje maniáticamente.

***

Llegamos a la casa. Gabriela no pudo abrir porque la puerta estaba trancada por dentro. Ella se desgarró la garganta llamándolo a gritos por cuanto huequito existiera pues por teléfono era más inútil aún. Pasaron dos horas sin obtener respuesta hasta que decidimos ir en busca de un cerrajero. Para entonces la noticia entregada por Román a los medios ya corría como pólvora. A mi celular entraron múltiples llamadas de periodistas, colegas indagando por el parentesco de Esteban con mi hermana.

El caso es que al tiempo con el cerrajero llegaron varios periodistas. Por recomendación mía, Gabriela les dijo que no se iba a

pronunciar hasta no hablar con su esposo y con un abogado.

Cuando el cerrajero logró abrir la puerta entramos en busca de Esteban y lo que encontramos nadie lo puede narrar, ni el mejor escritor, si lo que se pretende es ser fiel a la reacción de mi hermana. Nunca en mi vida había visto una persona desmoronarse de esa forma, partirse en dos. La vi vomitar el corazón. Vi su cabeza desprenderse de su cuerpo y rodar sobre brasas encendidas. Vi sus ojos apagarse como luciérnagas moribundas, la vi aplastada por un alud de rencores. La vi siendo engullida por un monstruo sin alma. Entonces le faltó el aire y se desmayó en mis brazos. El tiempo quedó suspendido.

Un periodista atrevido que se nos coló por detrás dio cuenta al mundo de la escena macabra que acabábamos de presenciar, y ya no pudimos contener la montaña que se derrumbaba sobre el camino que hasta ese entonces habíamos transitado. Aparentemente, Esteban se había adelantado a la muerte y había puesto fin a sus días.

CUARENTA Y UNO

El suicidado

El fallecido, que no alcanzó a cumplir los 58 años, yacía colgado de un lazo triste, muy nuevo para mi sospecha, amarrado a una vieja viga de madera, de las muchas que sostenían el techo de la vivienda. Tenía los ojos bien abiertos y nos miraba a todos como con rabia, mientras su cuerpo se movía pendularmente al vaivén de una brisa suave que se colaba por las ventanas medio abiertas de la sala.

Bajo unas cejas bien pobladas, sus párpados lucían cansados y su cara, que siempre fue lánguida, estaba pálida. Con una expresión de altivez, era como si el difunto quisiera hacernos creer que la muerte no le había dolido, pero que estaba bravo, pues desde todos los ángulos pareciera estar alegando.

La silla desde la que hubo de lanzarse, una de las cuatro que conformaban el comedor, estaba ladeada sobre el baldosín ajedrezado, pisando uno de sus zapatos. El otro mocasín perfectamente lustrado, color marrón y de reconocida marca, aún permanecía calzado en su pie izquierdo, que se mecía con el resto del cuerpo.

A juzgar por el olor a pintura que aún expelían las paredes blancas, la casa parecía recién remodelada. Un reloj de pared marcaba las 11:11 de la mañana. Sobre la mesa había un frutero con mandarinas magulladas, mangos amarillentos, un par de

bananos descompuestos que ya empezaban a atraer insectos; un par de recibos de servicios públicos sin pagar, y un plato sucio con huesos de pechuga de pollo que Orión, el gato, olfateaba con un gesto adusto, con total ignorancia sobre lo que estaba sucediendo.

El sol de la mañana, que se colaba por cuanto huequito encontraba, hacía más explícita y tenebrosa la escena.

—¿Para qué remodela una casa alguien que se quiere morir? —preguntó un joven detective que parecía estar estrenando título y empleo, y que con lápiz y libreta en mano procuraba encontrar pistas.

Razón no le faltaba al neófito investigador. El muerto dejó una escueta nota de despedida pidiendo perdón a su esposa y a su hijo por la nefasta decisión. En ese papel medio arrugado les explicaba que no pudo cargar con el peso de su vergüenza. Sin embargo, para Gabriela esa no era la letra de Esteban. Se notaba que la habían tratado de copiar, pero no les quedó perfecta.

—A lo mejor lo obligaron a escribirla y la escribió con otra letra para dejarnos una pista —opiné.

Ella estuvo de acuerdo con esa posibilidad. Más que nadie, conocía su caligrafía pues conservaba y había leído hasta el cansancio cada una de las notas, poemas y carticas de amor que le regaló su esposo durante el noviazgo y hasta los primeros años de matrimonio. También le pareció sospechoso que Esteban no avisara a nadie de sus intenciones y que no se despidiera de su hijo, uno de los dos seres que más amaba en el mundo y por el que fue capaz de darlo todo.

La meticulosidad y pulcritud de mi cuñado eran tan grandes, que nadie que lo conociera albergaría en su cabeza la posibilidad de que pudiera irse de este mundo sin dejar su funeral arreglado o una deuda pendiente. Solía pagar con dos años de anticipación las vacaciones familiares y tampoco era de los que esperaba la última fecha de las cuentas de servicios públicos para ponerlas al día.

Ese conjunto de detalles no pasó desapercibido dentro del corazón destrozado de mi adolorida hermana que no dejaba de preguntarle al muerto, una y otra vez, sobre el porqué de su decisión.

—No es fácil soportar las calumnias que le lanzó el ministro —opiné—. Debió sufrir mucho por eso y a lo mejor prefirió matarse a tener que darle explicaciones al mundo y sobre todo a ti y al niño —agregué echando más leña al fuego. Tanto que por momentos olvidaba que Esteban estaba muerto, y era como si se volviera a topar con el cuerpo colgando.

—Yo también estoy metida en esas mentiras y nunca pensé en matarme —reflexionó—. Al contrario, tengo mucha rabia y quiero vivir para acabar con ese mentiroso. Él es el corrupto, el que metió a Esteban en todo esto. Él fue el que lo mató. De eso no tengo la menor duda.

—¿A quién te refieres?

—Al ministro Román. Es un demonio, es malvado. Esteban me contó todo lo que le hizo. Hasta le metió por los ojos a la mujer que hoy lo reemplaza en el cargo. Todo esto huele mal, Gonzalo. Muy mal.

—Tranquila. Con calma lo vamos a demostrar. Tienes que contratar un abogado, ¿eres consciente de eso?

—Sí. Ya lo había pensado, pero por ahora centrémonos en esto.

Luego mi hermana volvió a recordar que su esposo estaba muerto y se rompió a llorar de nuevo, se encogió de dolor como una sombra que ya no tiene a quien seguir. Entonces alguien le alcanzó un vaso con agua, pero le detuve el brazo cuando estaba a punto de llevarlo a su boca.

Ella me miró como pidiendo explicación y le susurré al oído un nombre:

—Jorge Enrique Pizano, acuérdate de cómo lo envenenaron.

Enseguida lo entendió y dejó el vaso con agua a un lado. Para evitar un accidente mortal, lo regué inmediatamente dentro de una matera.

—¿Tú crees que me quieran matar? —me preguntó.

—Estoy seguro —respondí—. Si todo esto es un montaje, como parece serlo, no van a querer dejar ruedas sueltas. Además, tú eres un obstáculo para la construcción de ese puerto en el Chocó. De ese contrato es que ha salido plata para cagarte la vida y para su carrera política.

Sollozando me volvió a repetir que la última vez que hablaron él había quedado de llamar para despedirse del niño.

—Nunca lo hubiera dejado desamparado… Por eso no me como el cuento del suicidio, Gonzalo. Me niego a creerlo —dijo en un tono reiterativo, mientras intentaba en vano de detener las lágrimas.

—Tenemos que hacerles creer que nos comimos el cuento del suicidio —le dije casi al oído al mismo tiempo que los agentes de la Fiscalía empezaban a descolgar el cadáver con la naturalidad y la brusquedad con que se desgaja un racimo de plátano.

Gabriela me dijo que no tenía dudas de que a Esteban lo habían asesinado. Me recordó que, en calidad de viceministro, viajó a España con el ministro Román y que de allá llegó enredado.

—De hecho, nunca supo quién le consignó ese montón de plata en la cuenta. Plata que él no pidió. Por eso no la gastó y la mantenía toda en la caja fuerte. Ellos sabían de la caja fuerte. Por eso le mandaron a la mujer esa a la casa. Lo hicieron para embaucarlo. Todo estaba planeado como una venganza contra mí porque nunca les permitiré construir ese maldito puerto en Nuquí.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron, qué te dijo? —indagué.

— Anoche. Me dijo que tenía pensado ir a la Fiscalía a hacer las denuncias. Se notaba contento de limpiar su reputación.

—¿Te llamó?

—No, me escribió un mensaje. Por acá lo tengo —dijo, y buscó el mensaje en su celular. Al instante me lo mostró.

—¿Te escribía así? ¿Sientes que ese mensaje lo escribió él? —le pregunté.

—No había pensado en eso, pero acabo de caer en cuenta que sí se refirió al niño con palabras que nunca le decía.

—¿Cuáles?

—Baby, bebé.

—Pudo pasar que le quitaron el celular y mandaron mensajes a sus familiares para despistar.

—¿Tú crees que cuando me escribió, ya estaba muerto?

—Es probable.

—Eso quiere decir que lo tenían secuestrado desde anoche —concluyó Gabriela aterrada por el sufrimiento que su esposo debió padecer.

—Lo raro es que no se le notan rastros de tortura.

—Les ponen una bolsa plástica en la cabeza hasta ahogarlos. Créeme que así cualquiera hace lo que le digan.

Inmediatamente le pedí que recuperáramos con urgencia el celular de Esteban. Cuando mi hermana intentó esculcar el cadáver un agente del CTI se lo impidió a gritos.

—No puede manipular la escena, mi señora. Eso es un delito.

—Necesito el celular de mi esposo —les gritó

—No tiene celular. Ya le buscamos y no hemos encontrado nada. Solo estas dos cosas —dijo exhibiendo una memoria USB y el reloj digital.

—Los quiero.

—No se puede. Formarán parte de la investigación.

—Por favor. Al menos el reloj. Es un regalo de aniversario.

El agente miró hacia todas partes y decidió hacer una concesión. Le devolvió el reloj, pero conservó la memoria. Gabriela agradeció asintiendo con la cabeza.

—Debiste convencerlo de que mejor te diera la memoria.

—Sí, pero ¿cómo? Lo pueden echar al pobre. Creo saber qué contiene esa memoria, Esteban me dijo que estaba recopilando datos para llevar a la Fiscalía.

—¿Quiere decir que no los alcanzó a entregar?

—Es lo que necesito que me ayudes a averiguar Gonzalo. No me dejes sola en esto, por favor.

Al momento llamó Flor Alba y nos contó que su casa estaba siendo allanada por un montón de hombres fuertemente armados.

—La Fiscalía se llevó una caja fuerte que mi hermano trajo ayer —nos dijo con mucho nerviosismo, ignorando aún que su hermano estaba muerto.

No fuimos capaces de darle la noticia por teléfono por temor a que se lo comunicara a Samuel sin el cuidado que requería.

—¿Qué hay en esa caja fuerte? —le pregunté.

Ella, sin vacilar, me dijo que la plata que había recibido Esteban como parte del negocio que hicieron en España con el ministro.

—Pero él me juró que se lo habían consignado a su cuenta sin su consentimiento y que estaba dispuesto a devolverlo.

Eso me hizo pensar que mi hermana podía resultar involucrada y le aconsejé que nos fuéramos. Me dijo que ella era más que inocente y que no iba a huir como una rata, que lo iba a enfrentar.

—¿A lo mejor Esteban se enteró de la rueda de prensa y del allanamiento y no soportó la vergüenza y por eso se suicidó? —le pregunté seriamente.

—No lo creo. Yo sé que lo mataron, son muchas cosas que no me cuadran.

Luego añadió:

—Él jamás hubiera intercedido para que le otorgaran licencia ambiental a ese puerto. Lo hizo para que le prestaran un helicóptero, para buscarme. Por eso te pido que me ayudes. Por favor. Tú tienes amigos, fuentes. No me dejes sola en esto, Gonza, te lo suplico.

Y agregó con la ilusión de llenarme de más razones: —Él era como tú… nunca se callaba lo que pensaba. Y tú sabes que ser correcto en este país puede costar la vida.

Cuando los hombres alzaron la bandeja metálica que cargaba el cadáver para sacarlo de la casa envuelto en una bolsa, rumbo a la camioneta que lo esperaba afuera, mi hermana me pidió, con una mirada triste, que le permitiera despedirlo.

Con dolor y a pasos lentos y cortos, como de condenada a muerte, se acercó con desazón a lo que quedaba del único hombre que había amado en su vida y, cuando lo tuvo a pocos centímetros, lo admiró con amor profundo, le cerró los ojos, le arregló el cuello de la camisa, le acarició la cara, suspiró, dejó caer una lágrima sobre su frente y luego lo abofeteó con rabia:

—¿Por qué, por qué, por qué?

Luego de que la detuve, y que logré sacarla del shock, se desgajó a llorar sobre mi pecho mientras me suplicaba de nuevo que le ayudara a investigar el caso.

Siempre he pensado que hay deberes morales para con la familia, pero también con el planeta que te aloja. Y las dos cosas se

conjugaban en este caso. Tumbar un ministro siempre será un fetiche para cualquier periodista y más para mí que siempre he intentado tumbar funcionarios públicos con mis denuncias y solo he logrado tumbarme a mí mismo. Y si ese ministro era el encargado de depredar los bosques y las selvas de mi país por mera codicia, el caso era perfecto para terminar de hundirme o para colocar, por fin, una estatuilla del Premio Simón Bolívar en la pobre repisa de mi apartamento, donde solo tengo gatos de madera, una que otra artesanía envejecida y una medalla del colegio que en realidad no me pertenece. Me la quedé porque le presté plata a un compañero y nunca me la pagó.

Pero también era la oportunidad de convertirme en un periodista con credibilidad. La última vez que lo intenté, el portento que denuncié por hacer negocios con la salud de la gente se me vino encima con tanto poder, que terminé vetado en todos los medios y preso durante seis meses por no retractarme de lo que él llamó, ante jueces y fiscales de su nómina, una vil calumnia.

El caso del posible asesinato del esposo de mi hermana Gabriela era tan apasionante, que la hubiera ayudado a investigar la muerte de mi cuñado aun sin conocerla y a cambio de nada. Era de esas empresas divertidas que cualquiera, con medio centímetro de empatía por el planeta y una buena cuota de locura, emprendería gratis.

Además, tenía tiempo de sobra, pues me acababan de echar de un periódico de cuyo propietario no quiero acordarme, aunque casi todo lo que consumo para vivir me recuerda que existe. Esa fue la quinta despedida sin causa justificada de mi larga y fracasada carrera. Ni siquiera me detuve a preguntarle a mi hermana cómo íbamos a financiar la investigación porque de sobra sabía que las personas honestas casi nunca tienen plata.

En la noche llegué a mi apartamento sin dejar de pensar en la muerte de mi cuñado. Las noticias daban cuenta del montón de dinero encontrado en la caja fuerte mientras la favorabilidad del ministro Román crecía como espuma entre la opinión pública. Entonces recordé la imagen del muerto emputado que tenía Esteban allá colgado y ese retrato bailó dentro de mi mente hasta que logré

quedarme dormido sobre el sofá donde duermo desde que Johana se me llevó la cama, dos días después de que me echaran de un periódico por denunciar a un senador ladrón que resultó más inteligente que el zorro que se come los huevos de oro, que al verse descubierto tejió una coartada tan creíble y elegante que las gallinas terminaron votando por él al mismo tiempo que recogían sus plumas.

Después les cuento de Johana.

Cuarto de hora

En la mañana, mientras mi hermana consultaba a una psicóloga para que la entrenara en el arte de dar malas noticias a un menor de edad, me le aparecí a Claudia Miranda, una excompañera de la facultad de periodismo que hacía dos años había montado, sin éxito, una revista digital que sobrevivía a punta de chismes amarillistas, *likes* comprados, y de algún subsidio mensual que le fijó su padre a cambio de no hablar mal del presidente de la República. La desdichada intentaba llevar la revista a punto de equilibrio y, desde luego, no lo estaba logrando.

Sentí que se sorprendió, por lo que no dudé en invitarla a tomar un café de negocios en un refugio semisecreto de esos a los que acudimos quienes tenemos una doble vida. Apenas entró, me divisó con visos de alegría y se sentó enfrente, en un antiguo butaco de madera con sentadero y espaldar de cuero. La recibí con el cheque de mi última liquidación en la mano. Mientras lo observaba, preguntó sorprendida:

—¿Para qué es esto?

—Necesito que me contrates —le dije sin mirarla, mientras le endosaba el cheque y le advertí, antes de que me rechazara con la excusa de no tener fondos—: aquí tienes para pagarme seis meses. Eres mi única oportunidad —le recalqué mientras un mesero septuagenario esperaba la orden—. Quiero que seamos socios —concluí y luego pedí un americano y un latte para ella. Uno sabe qué toman los viejos amigos.

—Con esto puedes sostenerme por el tiempo que tengo para hacer la investigación sobre un crimen, que nos puede cambiar las vidas.

No tuvo manera de negarse.

Cuando le conté que se trataba del sospechoso suicidio del viceministro de Biodiversidad se puso nerviosa y encendió un cigarrillo, y comenzó a hacer preguntas:

—¿Acaso ese señor no se suicidó? ¿Acaso no es un corrupto? ¿Qué hay de interesante en ese caso? Para mí está resuelto. Le pillaron la plata del soborno en una caja fuerte que tenía en la casa.

—No es lo que piensas —le respondí y la llené de motivos—: Ese hombre era mi cuñado, lo conozco hace años. Nadie más honesto que él. Mi hermana tiene cómo demostrarlo. Todo se trata de un montaje de su jefe el ministro Leonidas Román.

Con los ojos brotados me dijo que esto nos podría traer problemas. Le respondí, con sinceridad, que también podía significarnos un premio nacional de periodismo.

Los premios siempre han atraído a las personas que buscan reconocimiento, y Claudia era una de ellas. Tenía un padre serio y cruel, más parecido a un iceberg que a un ser humano. Un cajero electrónico que escupía cubos de hielo y billetes fríos. Un ogro, políticamente correcto, que nunca le faltó con la comida, el vestuario, el estudio y los viajes, pero que jamás tuvo para ella una palabra linda ni un abrazo cálido.

Solo dos veces al año, Claudia lo veía contento. A mediados de julio y a principios de diciembre, por los días en los que ella le presentaba el reporte de notas de la universidad. Con cada cinco el viejo Armando sonreía satisfecho y la abrazaba por unos instantes. Eran segundos sublimes para ella. Desde que murió su madre, cuando ella apenas aprendía a leer y escribir, sentir los brazos de su padre, el beso sobre su mejilla, su olor, significaban para Claudia una recompensa divina. Por eso, cada vez que sacaba menos de esa nota en la universidad, se inventaba la manera de mejorarla para sentir su tacaño abrazo. Así fuera por un instante… dos veces al año.

Un día, al no ver un solo "cinco" en el reporte de notas, Claudia decidió acceder a las pretensiones morbosas del profesor de una

materia que acababa de perder y que la venía acosando desde hacía tres semestres. Se le entregó en su apartamento sin que se le oyera un solo quejido. Ni de dolor ni de placer. Ella solo pensaba en mejorar la nota para asegurarse el abrazo efímero de su padre. Claudia, de la nada, transformó ese 2.5 en 5.0, y la sonrisa de su padre compensó la humillación. La abrazó como nunca y le dijo que se sentía orgulloso de ella.

En un momento, mientras apagaba el cigarrillo contra un cenicero atestado de colillas, mi nueva socia hizo una pausa para preguntarme por qué la había buscado a ella y no a otro compañero, u otro medio. Le dije que para escribir sobre la corrupción y los abusos del poder de las élites ya nadie iba a abrirme espacio, y menos por estos días en que los grandes grupos económicos y magnates del sector financiero se habían hecho a la mayoría accionaria de casi todos los medios de comunicación masiva del país.

—Compran medios para pagar favores a los políticos que los enriquecen y para perseguir a quienes no son funcionales a sus intereses.

Claudia se quedó callada por largos segundos y luego escupió una preocupación:

—El ministro Román es muy poderoso… además, es amigo de mi papá.

—¿Y qué pasa con que sea amigo de tu padre?

—Puedo perder un pequeño subsidio de mantenimiento que me da mensualmente. Además, tú sabes… cuando vea el artículo me va a llamar para que lo baje.

—¿Qué clase de periodista eres, Claudia? ¿Es en serio lo que me estás diciendo? ¿Dónde queda la independencia, dónde queda el juramento que hicimos de buscar la verdad y ser objetivos?

—No quiero pelear con mi papá.

—Está bien… yo firmo solo la investigación. Lo menos que quiero es meterte en problemas.

—¿Y te ganas solo los premios?

—¡Obvio!

No le gustó ese punto. Se quedó pensativa. Al cabo de unos segundos tomó aire, se empoderó y me dijo que lo hiciéramos

juntos.

—A la mierda mi papá.

—Eso es… así se habla, socia. Y no te preocupes. No hay nada más poderoso que la verdad. Si ese tipo, por más abolengo, influencias, dinero y poder que tenga, está involucrado, lo llevaremos a la cárcel.

—O él nos lleva al cementerio —exclamó resignada.

—No te voy a negar que esa, también, es una gran probabilidad.

En ese mismo instante, un cuerpo de agentes del CTI le estaba leyendo sus derechos a mi hermana por el delito de concierto para delinquir. Se la llevaron presa sin que pudiera explicarle a Samuel que su padre había muerto. Me llamó para contarme que la llevaban detenida y a pedirme el favor de que yo asumiera la responsabilidad de explicarle a mi sobrino lo que estaba pasando.

—Acaban de detener a mi hermana —le dije a Claudia—. Estamos enfrentados a una mafia terrible.

Nos quedamos callados. Ella, masticando la oferta de ser famosa a cambio de arriesgar su vida y su patrimonio, yo pensando en un plan "B".

—No importa, hagámosle —dijo a secas y me apretó la mano mirándome con una sonrisita nerviosa—: Tengo miedo, pero toda la vida he tenido miedo. Llegó la hora de sacarlo de mi vida.

Así emprendimos esta aventura periodística. Ella, por *likes*, aplausos, y la aprobación de su padre. Yo, por solidaridad con mi hermana y por el deseo de cambiar la racha, de ganar un caso por primera vez en la vida. La historia, entre romántica y tétrica, tenía todos los ingredientes para hacer que los internautas pincharan el *link* que le certificaría a *Cuarto de Hora* al menos un millón y medio de visitas, y tal vez mejores números al mes para sobrevivir.

Con todas estas motivaciones, Claudia se zambulló conmigo en el expediente y empezamos a escribir una crónica que, al final, luego de que Gabriela nos contó toda la historia, nos dio por titular "Pacto de ballenas".

CUARENTA Y DOS

El monstruo

Lo primero que hicimos fue mirar las cámaras de seguridad de los sitios por donde pudo haber pasado Esteban el día de su supuesto suicidio y los dos o tres días anteriores. ¿Adivinen qué encontramos? Nada. Sospechosamente, habían borrado todos los archivos de las cámaras por donde mi cuñado pasó esos días. No dejaron rastro de él.

Pedimos a la DNP la bitácora de los movimientos de su camioneta durante los últimos días y no nos la entregaron alegando que ya la Fiscalía había solicitado esa prueba. Encontramos la camioneta en un parqueadero del centro de la ciudad, pero la cámara de seguridad del lugar también estaba dañada.

Hablamos con Hermes, el conductor de Esteban, y nos dijo que, desde el día anterior a su muerte, el viceministro lo había despachado a su casa. Quizá el dato más diciente, y que empezaba a corroborar que a mi cuñado lo habían asesinado, era que sus denuncias jamás llegaron a la Fiscalía, contrario a lo que le contó a mi hermana. No lo dejaron llegar.

Quisimos hablar con la nueva viceministra de Biodiversidad, comprobada ex amante de Esteban, y nunca nos concedió la cita. Solo pudimos constatar que ella también viajó a España.

El primer contacto que tuvimos con una persona cercana al caso fue con un chiquillo de no más de doce años que se nos acercó un día y nos llamó por nuestros nombres:

—¿Gonzalo, Claudia?

Nos entregó un sobre y se perdió montado en una cicla. Abrimos el sobre y en el interior había un sufragio con una nota que decía: "Si siguen metiendo las narices donde no las tienen que meter uno de ustedes dos se irá a la tumba en menos de una semana". Desde luego Claudia entró en pánico. De inmediato me pidió que abortáramos la investigación y hasta se ofreció a devolverme el dinero que le había entregado. Tuve que acudir a mis dotes de terapeuta emocional para convencerla de seguir. En cambio, yo me encabroné más. Quise buscar al niño para devolverles la nota con un par de groserías.

—Si quieren guerra, guerra tendrán —dije en voz baja para que Claudia no me escuchara, y empecé a llamar a todos los periodistas que conocía.

Con archivos, expedientes, denuncias archivadas y entrevistas a enemigos suyos, a exempleados y a uno que otro amigo, empezamos a armar un perfil del ministro Leonidas Román. Nos llevamos varias sorpresas. Muchas denuncias sobre su *modus operandi*, sobre maltrato a subalternos, sobre acoso a subalternas, sobre múltiples actos de corrupción, incluso sospechas de crímenes, sobornos a jueces y cuanto delito existiera en el Código Penal, pero como siempre sucede con este tipo de personajes, no dimos con una sola prueba contundente que ameritara el riesgo de ponerlo en la picota pública, ni un solo testigo dispuesto a delatarlo. Todos estaban muertos de susto y solían esgrimir los mismos argumentos: "¿para qué me arriesgo?"; "qué saco con denunciar si termino clavado"; "tengo mucho que perder", entre muchos otros lamentables pretextos que confirmaban, ineludiblemente, un miedo reverencial hacia ese personaje que nos alcanzó a cuestionar sobre la efectividad de nuestra investigación.

Nuestra primera conclusión fue que nos enfrentábamos a un monstruo terrible y que las probabilidades de demostrarle algo a la justicia sobre sus comportamientos mafiosos y criminales eran poco

menos que nulas. Sin embargo, hay algo que los corruptos no pueden ocultar: el dinero. Empezamos a comparar el patrimonio y las propiedades que poseían el ministro y su familia con los cargos que había ocupado, y la suma de los sueldos devengados, indexados a la fecha. La proporción era de cien a uno: por cada peso ganado, cien pesos de patrimonio. Eso nos dio pie para solicitar a la Corte Suprema, a través de un anónimo sustentado con certificados catastrales de sus bienes, una investigación por enriquecimiento ilícito.

Sabemos que Román se molestó muchísimo y nos tuvimos que esconder un par de días porque calculamos que su reacción iba a ser violenta. Era astuto, sabía de dónde provenía la denuncia.

Calculamos bien.

Las amenazas arreciaron y esta vez Claudia por poco no soportó la presión. No paraba de repetirme como lora que no quería problemas.

Los problemas no tardaron en llegar. Román habló con don Armando Miranda, el padre de Claudia, y le contó que su hija estaba aliada con el hermano de la esposa corrupta del viceministro que se había suicidado por vergüenza. Hasta ahí llegó la sociedad entre padre e hija.

El papá de mi socia la llamó a pedir cuentas. Le dijo que él no se había quemado las pestañas pagándole los estudios en la mejor universidad para que terminara aliada con comunistas corruptos. Enseguida, sin darle tiempo a defenderse, le quitó la ayuda y la expulsó de su casa. A Claudia no la afecto tanto el golpe económico como el emocional. Don Armando Miranda le dijo, mientras de sus ojos expulsaba ráfagas de odio, que si seguía en andanzas con comunistas y guerrilleros no le volviera a dirigir la palabra. Ella, que estaba más convencida que nadie de la inocencia de mi cuñado, hizo caso omiso a las amenazas de su padre y continuó a mi lado, pero con una advertencia:

—Mi papá no se puede enterar.

Estábamos peor que cuando comenzamos. Y lo complejo era que, desde la rueda de prensa en la que denunció a Esteban, la popularidad de Leonidas Román había empezado a crecer

exponencialmente y ya nadie admitía que se hablara mal de él. A punta de pauta, casi acabando el presupuesto del ministerio, empezó a callar medios impresos, emisoras y noticieros de televisión, y delegó a Augusto Rey la contratación de una empresa de *bots* para masificar un relato de Román en redes sociales como político anticorrupción.

Toda la prensa se sincronizó con sus intereses electorales. Ya nadie hablaba mal de Román ni de su pasado. De ser un político del montón, cuestionado y con poca o nula reputación, pasó a ser el héroe del año. Era tal su popularidad, que Augusto también pagó a los *influencers* más importantes de Twitter, Instagram, TikTok y YouTube para que empezaran a comentar que un hombre como el ministro Román no debía lanzarse al Senado sino a la presidencia de la República, porque "el país necesitaba personas que combatieran la corrupción con esa valentía y decisión".

Los medios empezaron a hacer coro de esa propuesta y, en menos de dos semanas, Leonidas Román empezó a figurar como un fuerte candidato a la presidencia. Para afianzarse aún más, le pagó a la encuestadora de un amigo para que lo ubicara entre los favoritos utilizando una metodología dudosa, por ejemplo, hacer más encuestas en el pueblo y en el departamento donde nació que en ciudades más grandes, en donde lo odiaban.

Esa encuesta lo terminó de posicionar. Los *influencers* se encargaron de difundirla en todos los rincones de la internet y Leonidas Román no tuvo más remedio que citar una nueva rueda de prensa para renunciar al cargo y contarle al país sobre su aspiración a la presidencia de la República:

—A ustedes les consta que mi humilde aspiración era la de ser senador —declaró con fingida humildad—, pero la gente manda. El pueblo pide que sea su candidato a la presidencia y no puedo despreciar el querer de la mayoría. Por eso he decidido renunciar al ministerio, donde hice una gestión ejemplar y transparente, para aspirar al primer cargo de la nación —concluyó con una sonrisa burlona.

Periodistas e *influencers* se volcaron a difundir la noticia: "El ministro anticorrupción que se sacrificará para prestar un servicio a

la patria". El único problema de Román era que su partido ya había escogido candidato y lanzarse al mismo cargo implicaba pelearse con Germán Bastidas, que no era cualquier político, sino el mismísimo que lo había llevado a la política.

Bastidas lo impulsó desde su primera campaña al Concejo de Bogotá; era su mentor. De hecho, fue quien lo recomendó con el Presidente de la República para el ministerio. Bastidas sintió que Román estaba cometiendo una tremenda deslealtad con él y rompió relaciones.

Con Claudia quisimos meternos por esa fisura, pero nos costó trabajo. Supusimos, por la rabia que proyectaban sus ojos cuando le hablamos de Román, que, Germán Bastidas, iba a terminar hablándonos de él. Estábamos equivocados. Bastidas sabía tantas cosas de Román, como Román de Bastidas. En esos grupos políticos que actúan como mafias, todos suelen conocerse mutuamente las marranadas.

La verdad es que no sabíamos por dónde más comenzar. Mi hermana era clave para mostrarnos la punta de la piola, pero seguía detenida y a la espera de la decisión de un juez de garantías que, desde luego, estaba siendo sobornado por Román. Todo lo tenía controlado.

Entre los amigos de Esteban y los de Gabriela nos dimos a la tarea de hacer una campaña para conseguir el dinero de la fianza que le pusieron, pero no fue fácil. Recaudamos menos de la mitad. Sin embargo, sucedió un milagro. No sabemos quién ni por qué consignó lo que faltaba, y a mi hermana le dieron casa por cárcel y un lindo brazalete que debía tener en el tobillo todo el tiempo, a modo de recuerdo.

El trauma de Samuel

Lo primero que hizo, desde luego, fue ir a abrazar a su hijo. Samuelito estaba achicopalado, destrozado. Ni siquiera se puso feliz al verla. Le dio miedo volver a celebrar su regreso, asociando, tal vez, ese feliz acontecimiento con todas las tragedias que estaban

pasando. Estaba inmóvil, como parado sobre una mina, como suponiendo que al moverse algo explotaría. Miraba hacia el piso como si allí hubiera un escape de la realidad.

Mi hermana lo abrazó con cuidado de no hacerle más daño y le suplicó que volviera a creer en ella y en la vida. Pero Samuel tenía la actitud del pajarito que presiente la tormenta después de superar un vendaval. Recuperar su felicidad, su autoestima, su espontaneidad, su confianza iba a ser muy difícil. Todas estas cosas hacían que mi hermana maldijera por haber sobrevivido al naufragio.

—¿Por qué no me mataste, Señor? ¿Por qué? —se repetía cada tanto, consciente de que todas las flores que había encontrado a su regreso se habían marchitado.

Como pudimos, entre Sofía y yo la animamos a seguir y la convencimos de que el causante de toda esta debacle no podía seguir impune, hablando contra la corrupción en los medios de comunicación y en línea recta hacia la presidencia.

Entonces nos pusimos a revisar minuciosamente la casa de mi hermana, centímetro a centímetro, en el entendido de que la última persona distinta a Esteban que estuvo allá fue Daniela, la recién posesionada viceministra de Biodiversidad.

Empezamos a abrir cajones. El clóset estaba repleto de tacones, ropa interior femenina, paquetes de toallas higiénicas y prendas estrafalaria. Sobre la mesa de noche que le correspondía a mi hermana había un par de aretes y una dirección anotada sobre un papel, escrita con afán: "Parqueadero del Gran Centro Comercial".

Gabriela advirtió que ella no había visto esas prendas en su vida, ni siquiera durante el poco tiempo que había alcanzado a pasar en su casa luego del retorno.

—Estaban sembrando evidencias —opinó Sofía.

Gabriela asintió con rabia mientras su amiga retrataba con su cámara cada rincón de la casa. Estaba decidida a sumarse a nuestro equipo hasta encontrar la verdad, en medio de la dificultad enorme que significaba el aislamiento por la pandemia. Oficinas públicas en teletrabajo, calles desocupadas, y el virus volando de boca en boca, de mano en mano, sin control, mientras los políticos buscaban obedecer a sus amos minimizando el problema, tratando de

maquillar los efectos brutales del virus para poder ordenar, en el menor tiempo posible, la apertura de negocios, vuelos, empresas e industrias. Gobernantes jugando con la vida de millones de personas, ignorando la contagiosa y mortal amenaza que a todos frenó. Una orden divina de la naturaleza para que nos detuviéramos a admirar el hermoso paisaje que teníamos tan cerca, que nos habíamos esforzado en olvidar.

Un virus que a todos enseñó, a las malas, a valorar la cercanía, a extrañar el abrazo, a añorar las pequeñas cosas. Un encierro obligatorio que nos dejó claro que, de vez en cuando, hay que detenerse antes de cruzar un río para medir los riesgos; tomar aire puro antes de mirar hacia el futuro; hacer una retrospectiva para corregir el rumbo; meditar para reorganizar las prioridades de la vida; hacer un alto en el camino para reinventar el amor; dejar de contar muertos como meras cifras; subir a la montaña para observar la destrucción causada con las promesas de un progreso egoísta.

Era tanta la desolación que, ante la falta de pruebas y la imposibilidad de buscarlas, a Gabriela no le quedó más remedio que equivocarse. Decidió romper el pacto para buscar refugio en el consejo de Mateo. No le fue difícil encontrar el teléfono de la agencia de viajes. Se metió al baño, marcó a su oficina. Del otro lado contestó una voz dulce con acento costeño. Era su esposa, Julieta. Gabriela se quedó muda y colgó. Luego se fue donde la hermana de Esteban. Tenía la sospecha de que se les había pasado algo.

Con los ojos hinchados, la nariz roja e irritada y la voz destemplada de tanto llorar, Flor Alba les contó los detalles de la última vez que vio a Esteban. Fue el día en que llegó con dos hombres a descargar la pesada caja fuerte.

—Estaba triste. Muy triste. Creo que no dormía bien porque se le notaba ansioso y nervioso. Me pidió que cuidara mucho de su esposa y de Samuelito. Le pregunté si pensaba cometer alguna locura, porque a mí me dio miedo que me dijera esas cosas y me respondió que sí.

Sofía y Gabriela se miraron con desilusión presintiendo que la teoría del suicidio fuera cierta. Sin embargo, le preguntaron:

—¿Crees que Esteban se quitó la vida?

Flor Alba agachó la mirada para que sus interlocutoras no la vieran llorando y negó contradictoriamente con la cabeza mientras exhalaba un "sí".

—¿Tú crees en verdad que tu hermano se mató?

—Colgarse de un lazo, pegarse un tiro o enfrentar a esa gente tan mala y tan peligrosa es casi lo mismo, Gabrielita. Si digo que Esteban se suicidó es porque a mí parece que se metió a desafiar a quien no debía. Esa gente es muy poderosa.

Gabriela volvió a desear no haber sobrevivido al naufragio. Las palabras de su cuñada estallaron en sus oídos como una condena, como la voz de un togado estricto pidiendo para ella la cadena perpetua.

—¿Por qué tuve que volver? —preguntó entre sollozos—. ¿Por qué no me quedé perdida en la selva? ¿Por qué no me tragó el mar? Nunca debí aparecer, nunca debí volver. Él ya era feliz sin mí. Mejor que se hubiera vuelto corrupto. Estaría vivo y mi hijo no se estaría muriendo en vida al ver a su papá muerto y a su mamá en la cárcel. Esto no es justo. A lo mejor hasta estaría feliz con la mujer esa.

—Si se refiere a esa mujer, jamás. Nunca la quiso, cuñada. La grandulona esa se le metió por los ojos. Mi hermano nunca dejó de amarte un segundo. Te buscó por cielo y tierra.

Gabriela no supo si sentirse mejor o peor con esa información, pero sí empezó a entenderlo todo.

—¿Cuándo él te dijo que cometería una locura no se habría referido a otra cosa, diferente a la muerte?

Efectivamente, la locura a la que se refería Esteban tenía que ver con ir a la Fiscalía a lavar su conciencia. Hacer lo que fuera con tal de que a Gabriela le quedara claro que nunca estuvo casada con un mal hombre. Quería descargar la basura infectada de corrupción que Román le había inoculado en la cabeza a punta de trampas y chantajes. Quería que los culpables de recibir sobornos por la construcción del puerto de Tribugá pagaran con cárcel la bajeza de entregar al mejor postor los recursos naturales de todo un planeta.

Esteban murió por ingenuo, por pendejo, por no haber aprendido, durante tantos años en la administración pública, que no se puede confiar en ningún político. Estos son, por antonomasia y

por necesidad, por ambición y por naturaleza, una especie temible, abominable, peligrosa, cizañera, ladrona, a veces asesina y, por sobre todas las cosas del mundo, una especie cínica e incoherente.

En esas entró una llamada al celular de Flor Alba. Era Ornella, quien fuera la secretaria de Esteban en el viceministerio. Le dijo con voz nerviosa y muy tenue, como si estuviera hablando a escondidas, que necesitaba hablar con la esposa del viceministro. Flor Alba le dijo que estaba aquí, que si quería se la pasaba, pero Ornella le dijo que lo que tenía que decirle era muy grave y que prefería hacerlo personalmente. Le preguntamos dónde estaba para ir de inmediato, pero en ese momento se cortó la llamada. Por más que intentamos restablecer la comunicación fue imposible. El celular de Ornella sonaba apagado.

Menos mal Flor Alba cayó en cuenta en ese momento que tenía un par de audios de su hermano sin escuchar en el buzón de mensajes. Se escuchaba al pobre de Esteban angustiado, perseguido, advirtiéndole a Flor Alba que llamara a Gabriela a decirle que debía esconderse con mi sobrino, y que con Ornella, su secretaria, le había dejado una carpeta con la que podría salvar su vida.

CUARENTA Y TRES

Contra la corrupción se pierde o se pierde

Buscamos a Ornella por cielo y tierra, porque ya la habían despedido, y la encontramos a punto de irse del país. Estaba en el aeropuerto. Temía por su vida. Le preguntamos por la carpeta y nos entregó las llaves de su casa para que la sacáramos, pues no estaba dispuesta a devolverse ni a perder el vuelo.

De camino hacia la casa de Ornella se nos aparecieron dos motocicletas en plena marcha, una a cada lado. Sentimos mucho miedo, pero del susto no pasó. Una patrulla de la policía, que apareció de milagro, los hizo escabullirse a toda velocidad.

Al poco rato nos enviaron el link para asistir al sepelio virtual de Esteban. Así lo dictaban los protocolos de seguridad y así nos tocó asumirlo. El exministro Román se unió a la llamada, y muy compungido, escondiendo su mentirosa boca bajo una máscara protectora de color negro, pronunció un discurso para la opinión pública, mientras Esteban era reducido a cenizas en solitario, dentro de un horno crematorio cuya chimenea llevaba ocho semanas emanando humo ininterrumpidamente, incinerando muertos de la pandemia.

—Esteban Andrade fue un funcionario correcto como pocos hasta que la codicia se apoderó de él —dijo sin darnos oportunidad de refutarlo, y eso no fue todo. El maldito continuó enlodando su nombre sin sonrojarse—: Los tentáculos de la maldita corrupción se han tomado todas las esferas de la administración pública y es nuestro deber combatirlas. La corrupción es un cáncer que debemos extirpar con decisión y valentía. No solo porque le quita presupuesto a la inversión social, con la que necesitamos superar la pobreza y acortar esas odiosas brechas de desigualdad que nos han condenado a la violencia eterna, sino porque echa a perder vidas valiosas como la del exviceministro Andrade. Quiero decirles a todos los funcionarios públicos de la nación que este caso servirá para que lo piensen dos veces antes de vender sus principios a cambio de un dinero que, por mucho que sea, resulta siendo una ilusión. Y para que los corruptos sepan que el que la hace la paga, he decidido, antes de abandonar el cargo, dejar adjudicado por emergencia manifiesta y por contratación directa los acueductos de cinco municipios de la costa atlántica y cuatro de la costa pacífica. Nueve proyectos que le cambiarán la vida a más de tres millones de personas, compatriotas que toda su vida tuvieron que bañarse a totumadas y cocinar con agua turbia sacada de ríos, muchas veces contaminados.

Ignoraba el ministro Román que mientras escupía todo su cinismo por las redes sociales, mi hermana, Claudia, Sofía y yo estábamos abriendo la casa de Ornella y luego su estudio y luego la carpeta que dejó Esteban para cagarnos en su vida y en su discurso falaz. No tuvimos que leer mucho. Ahí estaban las pruebas de la licitación amañada, los pagos que recibió y una memoria USB con las conversaciones que mi cuñado le había grabado al ministro. Jaque mate al capo de capos. Teníamos en las manos pruebas suficientes para mandar a la cárcel al corrupto mayor, al peor impostor de la política nacional.

—Tenemos que llevar esto ya mismo a la Fiscalía —les dije, y metí la carpeta entre la pretina del pantalón y la espalda.

Estábamos saliendo atropelladamente de la casa cuando aparecieron varios hombres armados apuntándonos a la cabeza.

—Dejen el afán. Ustedes no van a ninguna parte —nos dijo el que parecía ser el jefe. Sofía y Gabriela intentaron ponerse agresivas, pero recibieron sendos golpes que me obligaron a reaccionar.

—La carpeta —exigió el jefe.

—No la encontramos —dije y el hombre empezó a reírse. Luego encendió un cigarrillo con total parsimonia e hizo una llamada desde su celular.

—Ñato, active la cámara —ordenó apenas le contestaron.

Enseguida apareció Flor Alba en la pantalla. Estaba llorando al lado de un hombre que escondía su cara tras un pasamontaña mientras cargaba a Samuel.

Gabriela se quiso morir, pero el jefe armado la calmó.

—Tranquila, tranquila. Nos dan la carpeta y al niño no le va a pasar nada.

—Déjenlo. ¡Es un niño, es un niño! —le gritaba, pero el hombre que solo se limitaba a aspirar el humo del cigarrillo, aparentaba disfrutar la situación.

Luego apagó el cigarrillo contra el piso y sentenció:

—No tenemos mucho tiempo. Voy a contar hasta tres y me entregan la carpeta. Si no me la entregan —se acercó al teléfono y ordenó—: le pegan tres tiros al muchachito. Uno… dos…

No tuve más remedio que interrumpir el conteo y darle la carpeta.

Guardé la esperanza de que no me pidiera la USB, pero la perdí al instante:

—Y la memoria —gritó.

Entendí que lo sabían todo, que nos tenían los teléfonos interceptados y que no había más nada que hacer diferente a salvar nuestras vidas. Los hombres quemaron la carpeta y la memoria en nuestra presencia. Luego se acercaron con "buenos modales" y nos advirtieron "cariñosamente":

—Miren, yo ya perdí la cuenta de la gente que he matado. Matarlos a ustedes y al niño y a la señora que lo cuida sería para nosotros como estornudar, como cagar, como echarse una meada. Pero hoy no tenemos ganas de matar a nadie. Mi mamita, que en

paz descanse, estaría cumpliendo años. No le voy a dañar el día. Se van a ir de aquí inmediatamente, van a ir a sacar sus cositas, agarran al niño y si quieren a la señora, y se van de la ciudad antes de que sea medianoche. No queremos jugadas, no queremos traiciones. A las doce de la noche empezamos la cacería y créannos que ninguno de ustedes vivirá para contar el cuento. Olvídense de lo que estaban investigando. Olvídense del ministro. Olvídense de todo. En la vida se gana y se pierde y ustedes perdieron esta vez. No tienen por dónde encontrar nada. Así que salven sus vidas. Lárguense ya mismo a alistar sus maleticas y los dejamos vivir, por favor y gracias. ¿Entendieron?

La primera en responder fue Claudia. Les dijo que sí mientras temblaba de miedo. Los demás permanecimos callados.

—Es el mejor consejo que les han dado en sus vidas. Se los juro. No tienen cómo enfrentarnos —advirtió y nos apuntó a la cabeza a cada uno haciendo disparos imaginarios mientras sus secuaces celebraban con carcajadas.

Luego empezaron a salir reafirmando las amenazas:

—No olviden, a las doce de la noche empieza la cacería. A las doce de la noche sus vidas nos pertenecen. A las doce de la noche mi madrecita santa deja de cumplir años y ya no tendré remordimientos por arruinarle su día… Adiós pues, y por su bien ojalá no nos volvamos a ver nunca.

Nos quedamos sin saber qué decir. Nos abrazamos y Gabriela nos pidió que la lleváramos cuanto antes a casa de Flor Alba, y por el camino la llamó para preguntarle por el niño.

—El niño está bien —le respondió sin imaginar que ese nuevo trauma le echaría a perder la estabilidad emocional de por vida.

Dos horas más tarde estábamos metiendo las maletas en los carros con rumbo a la casita de los papás de Esteban. El mismo lugar donde lo encontramos ebrio y triste. Entendimos que hay peleas que se pierden antes de darlas y esta era una de esas. Lo más inteligente era preservar la vida de todos. El conductor, que seguía siendo fiel a mi cuñado a pesar de todo, nos llevó hasta allá.

Esteban nos dejó dicho, con su chofer, que había personas más importantes que Román en todo el entramado de corrupción. No nos

pudo dar sus nombres, pero nos dio a entender que en esa mano negra que lo manejaba todo, que decidía quién subía o quién bajaba, quién respiraba o quién moría, había por lo menos dos expresidentes y el actual presidente de la República; media docena de fiscales de alto rango, magistrados de todas las cortes, el registrador nacional, el fiscal general, la procuradora y el contralor de la República; más de la mitad de los senadores, la tercera parte de los representantes y por lo menos cuatro hijos e hijas de expresidentes.

Enfrentar esos poderes con una socia atemorizada y dos lideresas sociales era poco menos que un suicidio similar al que cometió el mismo Esteban poniéndose a desafiar a la mafia de Román.

Entendimos que en todos los ámbitos es posible que David derrote a Goliat, menos en la política colombiana. Estas mafias son muy poderosas, gozan de impunidad, tienen mucho dinero y poder corruptor. Compran al que sea, le llegan al precio. Derrotarlos tomará tiempo, paciencia y agallas.

Pero esta historia no termina aquí.

El odio

Cueste lo que cueste daremos con sus nombres, revelaremos sus relaciones con narcotraficantes y redes de pedófilos; descubriremos sus jugosas cuentas en paraísos fiscales, destaparemos sus vínculos con los grandes contratistas corruptos de este país, pase lo que tenga que pasar.

Imposible que siempre caigan los mandos medios y los peones de la cadena, jamás las vacas sagradas de la corrupción. Desde ya estamos preparando el arsenal de argumentos. Estoy hablando con periodistas indignados de todo el país para que emprendamos una nueva cruzada en equipo. Desenmascararlos puede costarnos la vida y no el premio que tanto anheló la pobre Claudia para conquistar el abrazo de su padre. Seguramente en la tumba ese abrazo será más cálido. Porque estamos dispuestos a jugárnosla por entero. Han

cometido el peor horror: dejar a la gente sin salida, acorralarla, porque en este estado las víctimas no tenemos nada que perder salvo la rabia que nos inocularon.

No lograron hacernos claudicar. Por ahora solo han conseguido llenarnos de odio. Odio por ellos, odio por sus prácticas, odio por quienes los aplauden.

Ahora nos vamos derrotados, pero no para siempre. Nos alistaremos para una nueva batalla. Si no la ganamos, Román será presidente. No puedo decir que el país se irá a pique con él porque no es distinto a todos los que ya han gobernado. Hará la tarea: pan y circo para los ignorantes, represión y estigmatización para los inteligentes, gabelas tributarias para los ricos, impuestos despiadados para la clase media.

Saben apretar a la gente hasta ponerla morada y soltarla antes de asfixiarla. Saben prometer en campaña e inventar disculpas gobernando. Saben enriquecer a los más ricos bajo la teoría de que si les llenan el vaso este se rebozará y empezará a regar riqueza hacia los de más abajo. Lo saben todo.

Pero hay algo con lo que nunca han podido y nunca podrán controlar: la rabia que nos une. Haremos un nuevo pacto por la memoria de Esteban. Un pacto por descubrir el cerebro intocable, la cabeza del monstruo, la mano negra e invisible que maneja los hilos del poder mafioso. No descansaremos hasta poner sus nombres en los titulares de todos los medios, incluso en los de su propiedad.

Si no lo hacemos ya es porque somos conscientes de nuestras limitaciones. Teníamos dos alternativas: seguir con nuestra investigación y engrosar la lista de mártires olvidados, o parar por un tiempo mientras se aquietan las aguas turbias del fango apestoso donde nos estamos metiendo. Optamos por lo segundo, pero sin dejar de trabajar en silencio: a paso de hormiga.

Todos los días hablamos con el senador Botero y con su equipo. Cada vez sabemos más cosas y las estamos documentando.

Por ahora, Román se lleva el triunfo. Limpió su imagen, encabeza las encuestas, le llueve dinero de todas partes para financiar su campaña, y pontifica sobre la moral y las buenas costumbres en los medios de comunicación. Es el personaje político del momento.

Pero somos conscientes de que esto no acaba con Román. En la política colombiana hay miles como el ministro, incluso más perversos, más cínicos, más malvados, incluso más ladrones, en la izquierda, en el centro. Y a ninguno le va mal.

Recorren el mundo en primera clase y en hoteles cinco estrellas, educan a sus hijos en las mejores universidades de Estados Unidos o Europa, tienen clósets repletos de ropa de las mejores marcas, usan los perfumes más exquisitos, se ponen los mejores relojes. Nadie los toca. Y cuando alguien los escupe o los putea, con más impotencia que efectividad, le dicen que es una persona con odio en su corazón y la estigmatizan o la tildan de resentida.

—No dividan, por favor. Hay que unir a este país —dicen con cinismo los que viven rompiendo el contrato social.

¡Malparidos! —les grita el dolor de mi hermana y les advierte—: El odio, en estos casos, deja de ser un sentimiento negativo y se convierte en un grito de lucha. Es una reacción química a una injusticia. Lo inoculan en la mirada de los niños que comen de la basura cuando los políticos como Román les roban el dinero de su bienestar. Lo entonan los jóvenes cuando los Román les roban la plata de su educación. El odio les cuartea las arrugas a las madres que esperan desde hace años a sus hijos o a sus esposos desaparecidos. Lo maceran en silencio los soldados reclutados en el barrio popular o en la vereda abandonada, que tienen que matarse con sus amigos de infancia para que los hijos de los Román puedan vivir tranquilos y a sus anchas. Lo arrastran en sus pies desplazados los hijos de los líderes sociales que los Román han dejado huérfanos. Lo llevan en sus cicatrices las mujeres abusadas por jefes déspotas y machistas como Román. Lo llevan en sus manos sucias y llenas de llagas los campesinos a quienes los criminales aliados con políticos como Román les arrebataron las tierras. Lo llevan en sus pasaportes quienes tuvieron que dejar a sus familias, huir de la barbarie y de la persecución por pensar distinto a los Román. Nosotros llevamos el odio en la sangre desde el día en que asesinaron a mi esposo y le montaron pruebas para enterrarlo como a un corrupto perverso. Desde el día que le pusieron una pistola en la cabeza a mi Samuel. Desde el día en que me metieron a la cárcel, sin una sola prueba.

Desde el día en que a Claudia y a mi hermano les enviaron un sufragio para que no publicaran sus investigaciones. Un odio que se nos ha vuelto amigo y que alimentamos a diario con cada sonrisa que esboza Román al ser entrevistado.

Mi hermana tiene razón. El odio que nos han sembrado alcanza para varias cosechas porque lo regamos día a día con lo que nos vamos enterando, y retoña cada que Román sube un punto en las encuestas.

Ningún libro que hable de mafias políticas puede tener un final distinto por ahora. En política la regla es que los malos triunfen. Por eso, no queremos que se nos pase el odio por Román, por las injusticias que un personaje como él representa. En cambio, vamos a cuidarlo para que se convierta en el motor de nuestra indignación. En el combustible con el que pensamos hacer estallar un sistema corrupto, para que los Román, todos los corruptos como él, paguen hasta el último peso y la última vida que han arrebatado desde su oscuridad.

Una esperanza gris

Solo algo salvó mi año: ennoviarme con Sofía, la amiga de Gabriela, grandiosa mujer. Se indigna hasta porque las nubes no dejan pasar el sol cuando Samuel está jugando al aire libre. Lo ha adoptado como su sobrino y le demuestra su amor cada vez que ve la oportunidad de hacerlo. El pequeño de a poco se va recuperando gracias al amor de su madre, su tía Flor Alba y mi Sofía.

Estuvimos todos los meses del pico de la pandemia en la finquita, cultivando frutas, criando pollos y gallinas ponedoras, ordeñando un par de vacas que compramos con el cheque de mi liquidación. Claudia me lo devolvió.

Cerramos redes sociales, cambiamos de números de celular y nos borramos del radar de Román y sus hombres. Solo Hermes, el conductor de Esteban, sabe en dónde estamos, pero confiamos muchísimo en él. Nunca nos ha defraudado y es quien nos consigue medicinas y otras cosas que no encontramos en el pueblo.

Son muchos los traumas acumulados y ninguno de nosotros escapó a ellos. Sofía quedó embarazada y se aterró tanto con la posibilidad de parir una víctima más de este conflicto interminable que enseguida me pidió que buscáramos ayuda para abortar. Samuel no quiere volver al colegio y Flor Alba llora todos los días porque no tiene una tumba para visitar a su hermano. Claudia no volvió a hablar con su padre y siente que el haber roto esa dependencia de su mendigado cariño la ha puesto en el camino de forjar un carácter propio.

Gabriela tampoco volvió a ser la misma. Lleva varios dolores encima. El dolor de haber perdido a su esposo, el dolor de no haberle podido dar sepultura, el dolor de ver a su hijo con pérdida total de la confianza en la humanidad y el dolor de pensar que, si no hubiera aparecido, las cosas hoy serían distintas. Aun así, saca fuerzas para seguir con su vida y empieza a preparar su tradicional viaje anual a Nuquí. Conserva la esperanza de volverse a ver con Mateo, no porque necesite sexo, todavía está haciendo su duelo, sino porque siente la necesidad de recoger sus huellas y de cumplir el pacto de ballenas.

Con una vida tranquila, aunque amarga, y con una venganza pendiente, hemos pasado los últimos cuatro meses. Flor Alba, nos ve tan enfermos espiritualmente que nos aconseja ir a misa y acercarnos a Dios. Ninguno lo ha considerado seriamente, pero Gabriela es la menos interesada. Dice que con los triunfos de Román ha dejado de creer en la justicia divina. No puede creer que a los malos les siga yendo tan bien. No puede creer que se paseen por la vida, cometiendo cuanto delito existe sin que la justicia los toque.

CUARENTA Y CUATRO

17 de septiembre de 2020

Como lo había prometido y como lo deseaba, Gabriela regresó a Nuquí en septiembre, pues, por suerte, se acababa de terminar la prolongada cuarentena que se decretó en muchos lugares del mundo para atajar el contagio del COVID.

***

Gran parte de la humanidad estuvo confinada por más de cinco meses, un periodo que significó no solo el encierro de los cuerpos, sino, también, el encarcelamiento invisible de sus mentes.

El enclaustramiento hizo mella en la salud mental de millones de personas. La rutina se volvió caótica, el ruido que dejó de escucharse en las calles se trasladó al interior de los hogares y muchos comenzaron a convivir con la ansiedad, el insomnio y la intolerancia.

La separación forzada y prolongada de amigos y familiares, el miedo constante al contagio, la muerte abrupta de seres queridos, la sobreexposición a noticias alarmantes, a la pobreza y al hambre incrementaron la depresión, el estrés y los sentimientos de soledad y

de miedo en los grupos más frágiles y vulnerables de la sociedad, especialmente aquellos que se vieron obligados a convivir veinticuatro horas al día al lado de personas violentas que les generaban terror.

Pero también significó una oportunidad de oro para la naturaleza. Durante aquellos meses en que nos tuvimos que abstener, a la fuerza, de depredar el planeta, la Tierra sintió por primera vez en décadas un alivio inusitado, un silencio acogedor. Sin miles de aviones, los cielos aclararon como ojos de recién nacido y los ríos recuperaron su voz antigua. Peces y aves volvieron a fluir y a juguetear con libertad.

La naturaleza ocupó los intersticios que le habían sido negados. Las montañas estaban más verdes que nunca, los nevados recuperaron sus ruanas de hielo, los mares recobraron la calma casi olvidada y las carreteras descansaron del temblor incesante de los automóviles y los campos estuvieron en paz. Las olas volvieron a escucharse y la vida submarina se movió con alegría, como si el océano hubiera bajado la guardia. En tierra, los animales salieron de sus madrigueras y bosques porque la ciudad, de pronto quieta, de pronto silenciosa, dejó de ser una amenaza latente. Fue hermoso verlos caminar por avenidas y ciudades sin ninguna prevención.

Más de siete millones de personas murieron en el mundo pero no, no fue una venganza de un resentido Dios. La naturaleza no sabe de esas cosas horribles. Simplemente estornudó por la alergia que le había provocado la contaminación excesiva, y con ese gesto nos mostró que aquietarnos de vez en cuando le hace mucho bien.

Por lo que haya sido, nunca más los humanos volvimos a ser los mismos. Descubrimos que éramos más frágiles de lo que creíamos y ahora nos refugiamos en nuestros temores. Nos cuesta compartir porque hemos perdido el entusiasmo para relacionarnos, al punto que muchos prefieren el sexo virtual o el celibato. Hay menor tolerancia a la frustración. Nos estamos adaptando a un mundo sin niños porque descubrimos que la vida puede ser muy corta y necesitamos disfrutarla "alivianando" el equipaje. Dormimos menos, nos estresamos más y los círculos sociales ahora son más virtuales

que presenciales, pues las redes sociales nos consumen y preferimos *likes* que abrazos.

La pandemia, sin embargo, también liberó mentes. Muchos escritores terminaron sus libros, muchos pintores terminaron sus cuadros, muchos compositores escribieron sus canciones. Músicos sincronizados por la tecnología y las ganas de hacer más ameno el encierro de la gente ofrecieron conciertos desde diferentes lugares del mundo.

Una sensación de vacío hizo que los infieles extrañaran a sus amantes, las abuelas a sus nietos, los alumnos a sus profesores, los viajeros que se quedaron atrapados en otros países a sus familias.

Los soldados no extrañaron la guerra ni la naturaleza a los humanos.

***

Mi hermana, que sí había extrañado a Mateo, aterrizó en Nuquí con el corazón en la mano. Sin embargo, al bajar del avión preguntó primero por el asesinato de Juana Perea que por él.

—La mató alias "El Tigre" —aseguró Víctor—, un miembro de las estructuras paramilitares que campean en la zona. Se sabe que la mataron por oponerse a la construcción del Puerto de Tribugá.

El Tigre era el alias de Nestor Leonel Lozano Muriel, un miembro del Clan del Golfo que, a la postre, fue condenado por la justicia a dieciocho años de cárcel.

Gabriela nunca dejó de lamentar la muerte de Juanita, y aunque no maldijo a los asesinos se alegró por que los tuvieran presos. Lloró de nuevo a su amiga mientras acariciaba a Foca, pero su corazón que ya empezaba a volverse resistente al dolor, se seguía llenando de razones.

Mientras mi hermana lloraba en el cementerio junto al perro de Juana, decenas de trabajadores e ingenieros se encontraban cerca de la playa levantando la topografía del terreno para construir el puerto de Tribugá. Se indignó, pero no quiso decir nada. Su libertad

condicional se lo impedía. Sin embargo, llamó a Sofía para contarle que ya estaban empezando las obras y le envió fotos para que iniciaran una protesta coordinada en las redes.

En el hotel de Nuquí la recibieron como a una heroína. Llegó con ayudas de todo tipo para las comunidades indígenas, a quienes había dado su promesa de volver. Orlando le revisó el tatuaje, le dijo que estaba bien y le propuso hacerse uno nuevo. Los niños del club de surf la agasajaron y le renovaron el cariño en una tertulia nocturna, en una playa alumbrada con antorchas. Gabriela les correspondió el amor con dos nuevas tablas y a Camilo le entregó una cajita que despertó la curiosidad de todos sus compañeros. El niño la destapó con una sonrisa que pocas veces se le veía. Era el computador que le había pedido en una carta hacía unos meses, para poderse ganar la vida en adelante. Como se lo escribió quería convertirse en influencer y youtuber, y nadie tuvo dudas de que lo lograría.

Camilo también le tenía una sorpresa. Había aprendido a manejar con maestría la tabla de surf adaptada y no tardó en demostrárselo.

El chico levantó la tabla con entusiasmo y se la puso debajo del brazo. Caminó a brincos sobre su única pierna hasta el agua, esforzándose por no perder el equilibrio. Se adentró unos metros dentro del mar, como pudo se montó en la tabla y remó con los brazos flacos hasta donde se formaban las olas medianas, a unos cuarenta metros de la orilla.

Víctor estaba en vilo. No le quitaba los ojos de encima, tenía el corazón en fuga. Estaba listo para rescatarlo si fuera el caso, pero no se quiso atravesar en su intento de demostrarle a Gabriela lo que había aprendido. Los otros chicos se agolparon a su alrededor, asombrados y rezando para que nada pasara. Cuando la primera ola tumbó a Camilo, todos querían acudir en su ayuda, pero el instructor lo impidió.

—Quietos. Nadie lo ayuda. Ustedes saben que eso a él le molesta.

Tenía fe en lo que estaba haciendo el chico.

Llegó la segunda ola y Camilo la dejó pasar porque avizoró en el horizonte una más gigante y difícil de volver a ver en pocos minutos.

Supo que esa mole de agua, del tamaño del muro de los lamentos, era su oportunidad para romper la discriminación.

Gabriela interpretó el momento y empezó a grabar desde su celular.

Camilo tomó tres bocanadas de aire y sin dejar de mirar la montaña de agua, puso el muñón de su pierna amputada sobre la tabla, y empezó a remar con fuerza, con sus manos abiertas como las patas de un ganso. Aguantó la ola con calma casi profesional, y cuando sintió que estaba a pocos metros, puso su otra rodilla sobre la tabla, se concentró, sacó fuerza de donde no tenía y empezó a levantarse con grandes posibilidades de perder el equilibrio. Cuando tuvo dominio de la tabla empezó a deslizarse sobre el agua, mientras sus compañeros y sus instructores aplaudían emocionados. Esto le devolvió a Camilo la confianza para siempre. Apenas su humanidad alcanzó la cresta de la ola, el niño, con descomunal fuerza, terminó de arrodillarse sobre la tabla y procedió a levantarse sobre su única pierna.

La ola lo atacó sin misericordia y él la atacó a ella sin miedo y con amor propio. De repente, la tabla ganó velocidad ante la mirada perpleja de todos. No duró mucho su aventura, tal vez unos segundos que para él fueron décadas, pero sí lo suficientes como para ganar el respeto de la escuela y la admiración de Gabriela.

Luego de que cayó al agua, sacó una carcajada del alma que le hizo tragar agua salada y hasta lloró de alegría. Buscó la tabla a tientas y salió con ella a la playa, donde todos lo esperaban con algarabía para felicitarlo. Se acercó a Víctor, le entregó la tabla, que aún escurría agua, y mirándolo fijo a los ojos atinó a decirle:

—Se lo dije, profe, yo soy normal. ¡Soy normal! —gritó con euforia.

Todos estallaron en júbilo. Gabriela lo abrazó y sintió que ese era unos de los regalos más hermosos que le habían dado en toda su vida. La madre de Camilo, muy apenada, escondió un rejo que traía en la mano para castigarlo por su irresponsabilidad y prefirió abrazarlo con tanto orgullo como el que puede caber en el corazón de un millón de madres.

A partir de ese momento le creyeron. Nunca más volvieron a subestimarlo. Camilo logró lo que muchos seres humanos con sus extremidades completas no han podido alcanzar por falta de confianza en sí mismos. Con ese acto heroico, Camilo se quitó de encima doce años de discriminación y empezó una carrera muy exitosa en las redes sociales con el video que le había hecho Gabriela.

Ella estaba tan feliz con los avances de Camilo que a su cabeza llegó una brillante idea que en realidad no lo era tanto: conseguir una prótesis para que Camilo volviera a caminar sin muletas. Le dijo a Víctor que con peticiones a distintas fundaciones y con una Vaki en redes sociales fácilmente podían conseguir el dinero. Todos estuvieron de acuerdo, pero cometieron un error: no le preguntaron a Camilo si quería la prótesis. Daban por hecho que lo harían feliz con semejante regalo. Cuando le contaron del plan y por instrucciones del ortopedista intentaron tomarle las medidas, Camilo se enojó muchísimo.

—No necesito una prótesis —les gritó y enfatizó—: Soy normal. Profe, yo a usted le dije que soy normal. ¿Es que no se dan cuenta?

Luego se marchó, entre orgulloso y molesto, dando brincos con su única pierna y, sin mirarlos, les gritó mientras se alejaba:

—Doña Gabriela, prefiero un celular o un traje de baño bien bonito.

Gabriela lo miró sonriendo con ternura y le fue inevitable pensar en su Samuel. Entonces corrió hacia el muelle donde lo esperaba la lancha para llevarla a Termales.

Para su sorpresa, la conductora de la lancha era Carmen Rosa. Y quiso abrazarla para felicitarla cuando se llevó la segunda sorpresa: la exesposa de Óscar llevaba puesta una camiseta con una publicidad política que le perforó la parte negra del corazón. "¡Román presidente!", decía el estampado con una foto del desgraciado.

Pero no alcanzó a enfurecerse porque enseguida sintió que una mano se extendía desde la barca para ayudarle a subir. No tuvo que levantar la mirada para saber a quién pertenecía. En el antebrazo se veía la misma ballena que ella llevaba tatuada. Levantó la mirada y

se estrelló contra un volcán haciendo erupción en su propia cara. Era Mateo.

Ella no supo si alegrarse o preocuparse. Él no supo si sonreír o permanecer serio. Fue un momento entre mágico y engorroso que ambos, sin embargo, esperaban.

Ella subió a la embarcación disimulando sus nervios y se sentó a su lado.

—Pensé que no ibas a venir —comentó Mateo sin saber en dónde esconder tanto amor acumulado.

—Yo daba por hecho que no vendrías a reunirte con la esposa de un corrupto. Porque me imagino que eso es lo que tienes en mente.

—Me da mucho pesar que tu esposo se haya vuelto corrupto, me habías dicho que era un gran tipo.

—Fue un gran tipo.

— Las pruebas que presentó Román fueron contundentes, ¿no?

—Es lo que te vendieron y es lo que compraste porque los corruptos como Román y los medios manipulan la mente de las personas.

—Oye, no calumnies a un tipo valiente que arriesga su vida para denunciar a los corruptos. Es más, pienso votar por él. Quiero que sea presidente. Necesitamos gente honesta en el poder.

—No puedo creerlo —exclamó Gabriela con profunda decepción, negando con la cabeza y sentenció con una falsa sonrisa—: nunca te voy a poder admirar.

—Ya me lo has dicho, pero yo no vine ni a juzgar ni a discutir la inocencia de tu esposo. Vine a cumplir una cita porque, tengo que confesarlo, me moría por verte. Es la verdad.

Gabriela guardó silencio y respiró profundo para evitar una confrontación. Al fin y al cabo sabía que Mateo y millones más pensaban parecido.

Mateo trató de ser amable y hasta quiso contarle todo lo que había hecho en esos meses, pero Gabriela le pidió que se guardara las palabras.

—Tenemos un pacto —le recordó ella.

—Lo recuerdo muy bien.

—Entonces no me cuentes nada de lo que has hecho, solo abrázame fuerte estos tres días y regresa a tu vida —le dijo ella y se recostó contra su hombro suplicando al mundo un poco de ternura, luego de pasar los peores meses de su vida.

Mateo la abrazó y le besó la cabeza. Ambos cerraron los ojos y se entregaron al destino nuevamente.

—¿El año entrante nos volveremos a ver? —preguntó afanado.

—Voy a venir todos los septiembres. No sé tú.

—Si es que el COVID no nos mata antes —renegó Mateo—. Ni siquiera hay vacunas suficientes y las pocas que llegan no se aplican con la rapidez que se necesita. Ha muerto mucha gente.

—No me digas que estás protestando contra el gobierno que elegiste.

—Tengo derecho, ¿no?

Gabriela sonrió y no quiso desperdiciar la oportunidad para lanzarle una puya:

—Si algún día te admiro podrías aspirar a mi amor.

—¿Aún no lo tengo?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque soy humana.

Mateo suspiró profundo y decidió jugar su juego:

—¿Cuál es el plan? —preguntó.

—Una noche en Termales en el hostal que dejó Juana y dos en Juradó. Tenemos que ir a dejar las ayudas que prometimos.

—Yo traje mi parte —le contó observándola fijamente y con ese amor pasmado que traía.

—¿Qué tengo que hacer para que me admires? —preguntó Mateo, preocupado.

—Uf. La lista es larga —anticipó Gabriela—, pero principalmente dejar de ser un idiota útil.

—Eso quiere decir, ¿volverme un izquierdoso?

—No. No dije eso. En la izquierda también hay muchos idiotas, si quieres saberlo. Me refiero a que por una vez en tu vida tengas empatía, sentido común, objetividad, criterio y dignidad. Una persona que tenga esas cinco cosas no es un idiota.

—¿En serio no tengo nada de eso?

—Ninguna. Muy en serio —sentenció Gabriela y Mateo se quedó pensando.

Carmen Rosa los observaba con algo de simpatía, pero con un poco de envidia. Se acordó del día en que, Óscar en vez de su esposo, llegó Mateo. "Dios sabe cómo hace sus cosas", pensó en voz alta y detuvo la marcha. Todos se quedaron sorprendidos.

—Se apagó el motor —gritó Carmen Rosa, y Gabriela y Mateo entraron en pánico.

No podía ser que les pudiera pasar lo mismo dos veces. No alcanzaron a preguntar qué pasaba cuando en medio de risas Carmen Rosa tiró de la guaya y encendió el motor de nuevo. Mateo y Gabriela sonrieron, mientras Carmen Rosa les gritaba en medio de risas:

—Solo quería pegarles un sustico, pero aprovecho para decirles que se pongan chalecos salvavidas y que no se me quiten el tapabocas, por favor.

La barca continuó el viaje hasta llegar al punto en que solían avistarse las ballenas. El motor se acalló y Carmen Rosa les pidió silencio a todos los pasajeros. Mateo empezó a susurrar en el oído de Gabriela algunas de las frases que tenía atascadas en su garganta.

—Te he pensado cada segundo desde el día que nos separamos. No me gustaría perderte de vista otra vez. Un año es mucho tiempo.

—Pactamos vernos cada año —advirtió Gabriela con severidad, también susurrando.

—Tu esposo ya no está —le recordó él— podríamos vernos más seguido.

—Pero tu esposa sí está —le respondió ella con enojo.

Mateo no tuvo más alternativa que guardar silencio.

Pero Gabriela no se conformó, quiso decirle más cosas:

—Ahora, si lo que quieres es una moza, no nos vemos más. Porque yo este pacto lo veo como algo sublime, como el resultado de una gesta hermosa, como un homenaje a los caprichos de ese destino macabro que nos quiso juntar por algún motivo que quizá desconozcamos; como una bendición de Dios y lo digo por ti que

crees en él. Así que no lo dañes, no lo vuelvas algo sexual porque ni siquiera sexo vamos a tener esta vez. Tengo vivo el luto de mi esposo y no sería capaz. Solo vine por un abrazo del hombre que me ayudó a sobrevivir, vine a seguirme descubriendo porque esa odisea me sirvió para saber que muy poco sé de mí. Así que no me decepciones. Aprende a tener grandeza, controla tus demonios o terminaré más decepcionada de lo que estoy y eso sería una gran pena.

—Hagan silencio, hombe… —gritó Carmen Rosa a la pareja.

Gabriela ya había terminado de hablar y a Mateo no le quedaron más ganas de decir nada después de las cosas contundentes pero hermosas palabras que le dijo ella.

De repente, se escuchó un ruido de agua. Todos posaron su mirada sobre un remolino que se estaba formando a unos treinta metros, y ahí apareció la cabeza de una ballena jorobada. Asomó casi todo su cuerpo. La corpulenta se elevó ortogonal al horizonte. Gabriela cerró los ojos para escuchar, como una forma de hacer catarsis de sus traumas con el mar. Inmediatamente el cetáceo se dejó descolgar por la inercia y se clavó sobre el agua dejando que su cola quedara por fuera un par de segundos para que los pasajeros pudieran fotografiarla. Al momento se escuchó el canto hipnótico y melancólico de una ballena y todos los pasajeros de la lancha estallaron en júbilo y hasta se abrazaron.

—¿Muy lindo cierto? —preguntó Carmen Rosa—. ¿Si quieren ver más tenemos que ir mar adentro, unas cuantas millas? ¿Están de acuerdo?

—Noooo —gritaron Gabriela y Mateo al unísono, y les fue inevitable soltar sendas risas.

Carmen Rosa entendió todo y continuó el viaje hacia Termales.

Mateo se quedó mirando la boca de Gabriela como un niño hambriento y a la mujer le quedó imposible negarle un beso en semejante momento. Se empezaron a besar mientras Carmen Rosa reemprendía la marcha.

—¿A qué te piensas dedicar ahora?

—Emprenderé tres guerras muy difíciles. Una cruzada por limpiar el nombre de Esteban, una batalla muy dura por impedir la obra del

Puerto aquí, en Tribugá, y una guerra frontal contra los corruptos que le arruinaron las vidas a mi familia. ¿Por qué preguntas?

—Solo quería saber.

—¿Me vas a ayudar? —preguntó Gabriela en broma.

—Si con eso gano tu admiración, sí. Lo puedo pensar.

—Te metes a esta lucha y podría llegar a sentir por ti cosas inimaginables.

—Lo voy a pensar.

—Tiene que nacerte. No lo vayas a hacer por mí.

—Puedo apoyar desde la parte económica. Entenderás que no me puedo involucrar tanto. Por ejemplo, jamás iría a una marcha. Nunca.

—¡El apoyo económico sería suficiente!

—¿Y me volverías a admirar?

—No sé. Pero podría considerarlo.

Él la volvió a besar largamente. Cuando abrieron los ojos, estaban pasando por el hostal de Juana Perea. Gabriela observó con tristeza el lugar, levantó su puño izquierdo al aire en señal de protesta y gritó muy fuerte:

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

Los pasajeros la miraron con desazón.

Mateo también sintió un poco de pena ajena y la abrazó para que ella se callara.

—¿Te avergüenza que pida justicia en protesta por el asesinato de una persona buena?

—Me avergüenza tu odio. Siempre vives llena de resentimientos.

—Bueno, pues yo me siento muy orgullosa de sentirlo, ¿sabes? —dijo y siguió clamando—: justicia, justicia, justicia…

Tímidamente Mateo sintió ganas de apoyarla, se sumó en voz baja al coro:

—Justicia, justicia…

Un turista preguntó por qué pedían justicia y Gabriela le explicó que a la dueña de ese hostal la habían matado por proteger la naturaleza de este lugar. Entonces el turista y los demás se sumaron al coro. De repente, los diez de la barca, incluida Carmen Rosa,

terminaron reclamando justicia para Juana Perea. Gabriela se emocionó mucho y besó a Mateo:

—Gracias —le dijo muy contenta.

—Me gustó. Se siente bien —comentó él.

—Ahí poco a poco vas recuperando tu humanidad.

—¿Qué sigue?

—Quiero ver cómo se pudre Leonidas Román en una cárcel. Lo quiero ver sufriendo y pagando por todo lo que ha hecho.

—Déjale eso a la justicia divina.

—No. Dios tiene muchos juicios pendientes y suele ser muy demorado. Quiero verlo destrozado en el menor tiempo posible.

—Esa rabia no te va a ayudar. ¿Por qué no buscas a Dios? Él te puede limpiar el corazón.

Gabriela prefirió callar. Con tanta injusticia, cada vez creía menos en esa fantasía.

Entonces Mateo le preguntó si a ella no le gustaría asistir a la iglesia y buscar asesoría espiritual.

—No —dijo con una sonrisa petulante— si algo he aprendido en estos meses es que nadie muere en la víspera.

—Entonces por lo menos necesitas un guardaespaldas y nadie te puede cuidar mejor que Dios. Acéptalo. Tienes que escupir todo ese veneno que llevas dentro.

Un silencio se instaló en la brisa.

—Qué soberbia la tuya, mujer. Estás enfrentando gente muy poderosa. Te pueden matar.

—Si no busco refugio en Dios, no es ni siquiera porque no crea en él. En estos momentos estoy pensando que hay una fuerza oscura muy poderosa detrás de todas las injusticias que suceden en este mundo, y si hay negativo, hay positivo y ese positivo debe ser Dios. Alguien que administra nuestros karmas y nuestros dharmas. No dudo de que esas leyes existan. Lo que pasa es que esa fuerza oscura le está ganando la batalla a Dios, la oscuridad está derrotando a la luz y tenemos que ayudarle.

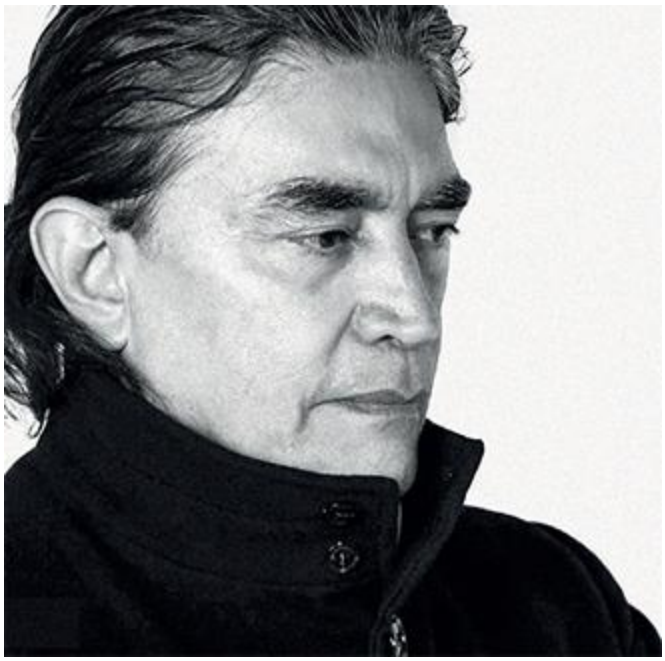
—¿Entonces? ¡Vamos a la iglesia! Conéctate con el creador de todo esto, el cura de mi parroquia es santo, es sabio, —le aseguró—:

Él te puede ayudar a encontrar el sosiego y tranquilidad que necesita tu espíritu.

Gabriela se quedó mirándolo con rabia y compasión a la vez y le dijo algo que lo marcaría para siempre:

—No, gracias. Tengo varios asuntos pendientes que requieren de toda mi rabia, Mateo —le dijo mirando a la nada con rencor y luego sentenció—: Por ahora, prefiero no buscar ayuda espiritual Me da miedo que ese cura me enseñe a perdonar.

CONTINUARÁ



GUSTAVO BOLÍVAR (Girardot, 1966). Escritor y guionista, alcanzó proyección internacional con *Sin tetas no hay paraíso* y creó historias de alto impacto como *El capo*, *Pandillas, guerra y paz*, *Tres Caínes* y *Los Victorinos*, *El Bronx*, todas centradas en las tensiones del conflicto, la corrupción y el narcotráfico. Sus obras han llegado a numerosos países y lo consolidaron como un narrador que combina ritmo, crudeza y sensibilidad social. Tanto que ha sido considerado el padre de un género que irrumpió con fuerza hace 20 años en sus libros, después adaptados al cine y la televisión: el realismo trágico.

Como pocos escritores en el mundo, Bolívar pudo infiltrarse dentro de las entrañas del monstruo sobre el cual tantas veces ha escrito: la política. Fue dos veces senador de la República por las coaliciones Decentes y Pacto Histórico. Es reconocido por su postura contra la corrupción y su defensa de causas sociales. También dirigió el Departamento para la Prosperidad Social. Su doble vida —entre la ficción que denuncia y la política que enfrenta esas mismas realidades— lo convierte en una figura única con el privilegio de vivir en carne propia lo que cuenta.

En 1997 publicó *El Cacique y la Reina*; en 2002 *Así se roban las elecciones en Colombia*; en 2005 *Sin tetas no hay paraíso*; en 2008 *El suicidario del Monte venir*; en 2013 *Al amanecer entenderás la vida*; y regresa ahora con *Nadie muere en la víspera*, quizá su obra más madura e intensa.

Foto del autor: © Mauricio Vélez

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

La hora de los lobos
Mario Mendoza

Saturno tropical
Jorge Enrique Abello

Una lucha contra el olvido
Juan Guillermo Mercado y Martín Mestre Yúnez

Hundida
Colleen Hoover

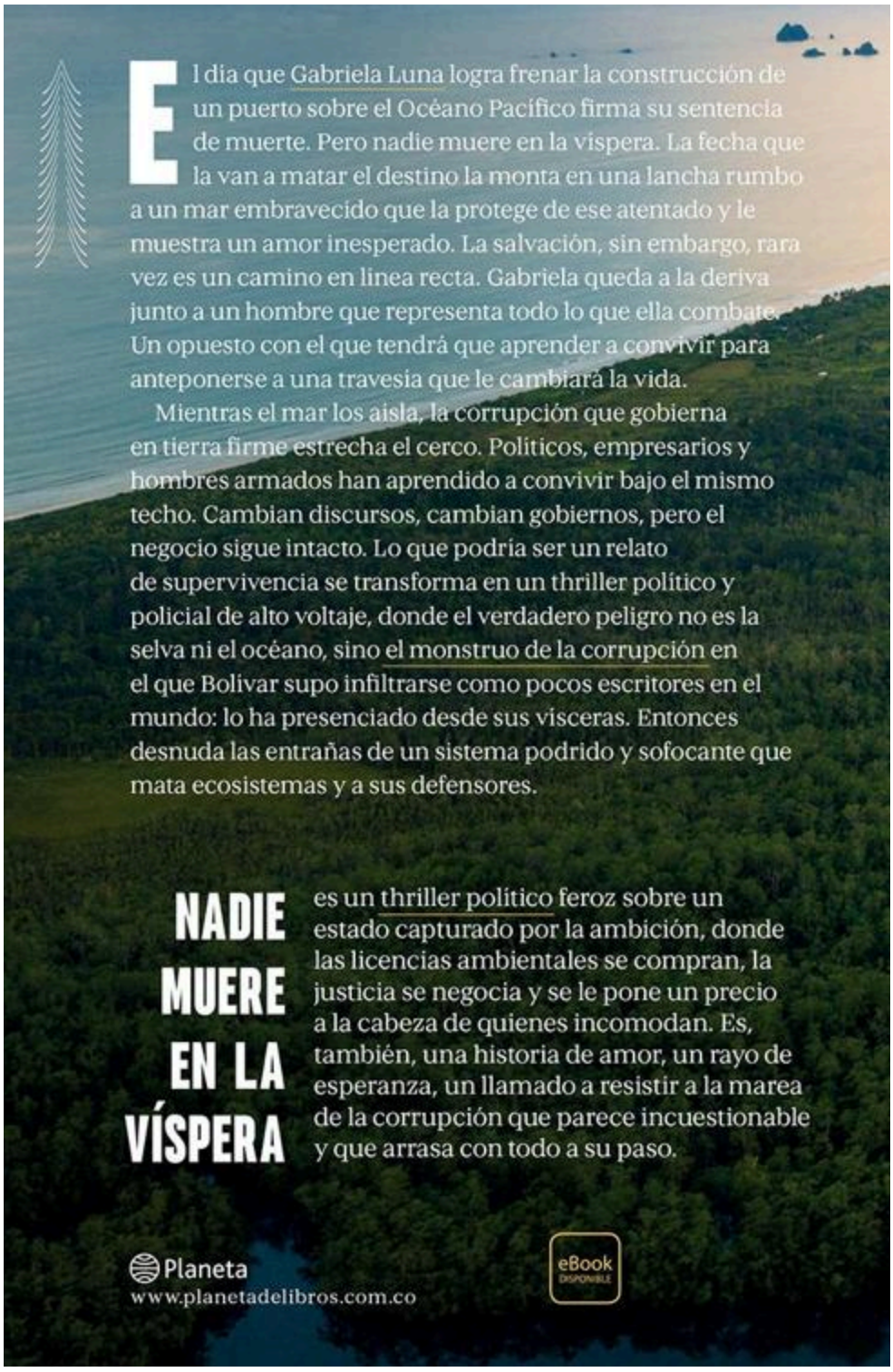

El día que Gabriela Luna logra frenar la construcción de un puerto sobre el Océano Pacífico firma su sentencia de muerte. Pero nadie muere en la víspera. La fecha que la van a matar el destino la monta en una lancha rumbo a un mar embravecido que la protege de ese atentado y le muestra un amor inesperado. La salvación, sin embargo, rara vez es un camino en línea recta. Gabriela queda a la deriva junto a un hombre que representa todo lo que ella combate. Un opuesto con el que tendrá que aprender a convivir para anteponerse a una travesía que le cambiará la vida.
Mientras el mar los aísla, la corrupción que gobierna en tierra firme estrecha el cerco. Políticos, empresarios y hombres armados han aprendido a convivir bajo el mismo techo. Cambian discursos, cambian gobiernos, pero el negocio sigue intacto. Lo que podría ser un relato de supervivencia se transforma en un thriller político y policial de alto voltaje, donde el verdadero peligro no es la selva ni el océano, sino el monstruo de la corrupción en el que Bolívar supo infiltrarse como pocos escritores en el mundo: lo ha presenciado desde sus vísceras. Entonces desnuda las entrañas de un sistema podrido y sofocante que mata ecosistemas y a sus defensores.
NADIE MUERE EN LA VÍSPERA es un thriller político feroz sobre un estado capturado por la ambición, donde las licencias ambientales se compran, la justicia se negocia y se le pone un precio a la cabeza de quienes incomodan. Es, también, una historia de amor, un rayo de esperanza, un llamado a resistir a la marea de la corrupción que parece incuestionable y que arrasa con todo a su paso.
Planeta
www.planetadelibros.com.co
eBook
DISPONIBLE

Table of Contents

Página del título
Copyright
Índice
UNO: 21 de septiembre de 2018
DOS: La víspera
TRES: Un viaje extraño
CUATRO: Los estragos de la intolerancia
CINCO: Un viaje más largo de lo esperado
SEIS: Las reglas de juego se respetan
SIETE: Siembra en el mar
OCHO: Un salvavidas envenenado
NUEVE: Una cena muy costosa
DIEZ: La ambición mata
ONCE: La inmensa y fría soledad
DOCE: Tan cerca, pero tan lejos
TRECE: El odio
CATORCE: Filosofando en medio de la nada
QUINCE: La razón se impone
DIECISéIS: El día antes de perder la esperanza
DIECISIETE: Una cita agridulce
DIECIOCHO: Cuando el dolor entra a casa
DIECINUEVE: Una cita en la Luna
VEINTE: Pide un deseo…
VEINTIUNO: La nada
VEINTIDÓS: La gama de verdes
VEINTITRÉS: La vida sigue
VEINTICUATRO: Daniela
VEINTICINCO: Sobre tatuajes y lealtad
VEINTISÉIS: El nido de ratas
VEINTISIETE: Hijos del agua salada
VEINTIOCHO: La sabiduría emberá
VEINTINUEVE: El legado de Gabriela

TREINTA: El virus
TREINTA Y UNO: Un prostíbulo llamado Congreso de la República
TREINTA Y DOS: El chantaje
TREINTA Y TRES: El retorno a donde empezó todo
TREINTA Y CUATRO: Pacto de ballenas
TREINTA Y CINCO: Un reencuentro lleno de preguntas
TREINTA Y SEIS: Renace la Tierra
TREINTA Y SIETE: Los traumas de Samuel
TREINTA Y OCHO: El narrador
TREINTA Y NUEVE: El tapabocas
CUARENTA: El triunfo de la mentira
CUARENTA Y UNO: El suicidado
CUARENTA Y DOS: El monstruo
CUARENTA Y TRES: Contra la corrupción se pierde o se pierde
CUARENTA Y CUATRO: 17 de septiembre de 2020
Contraportada